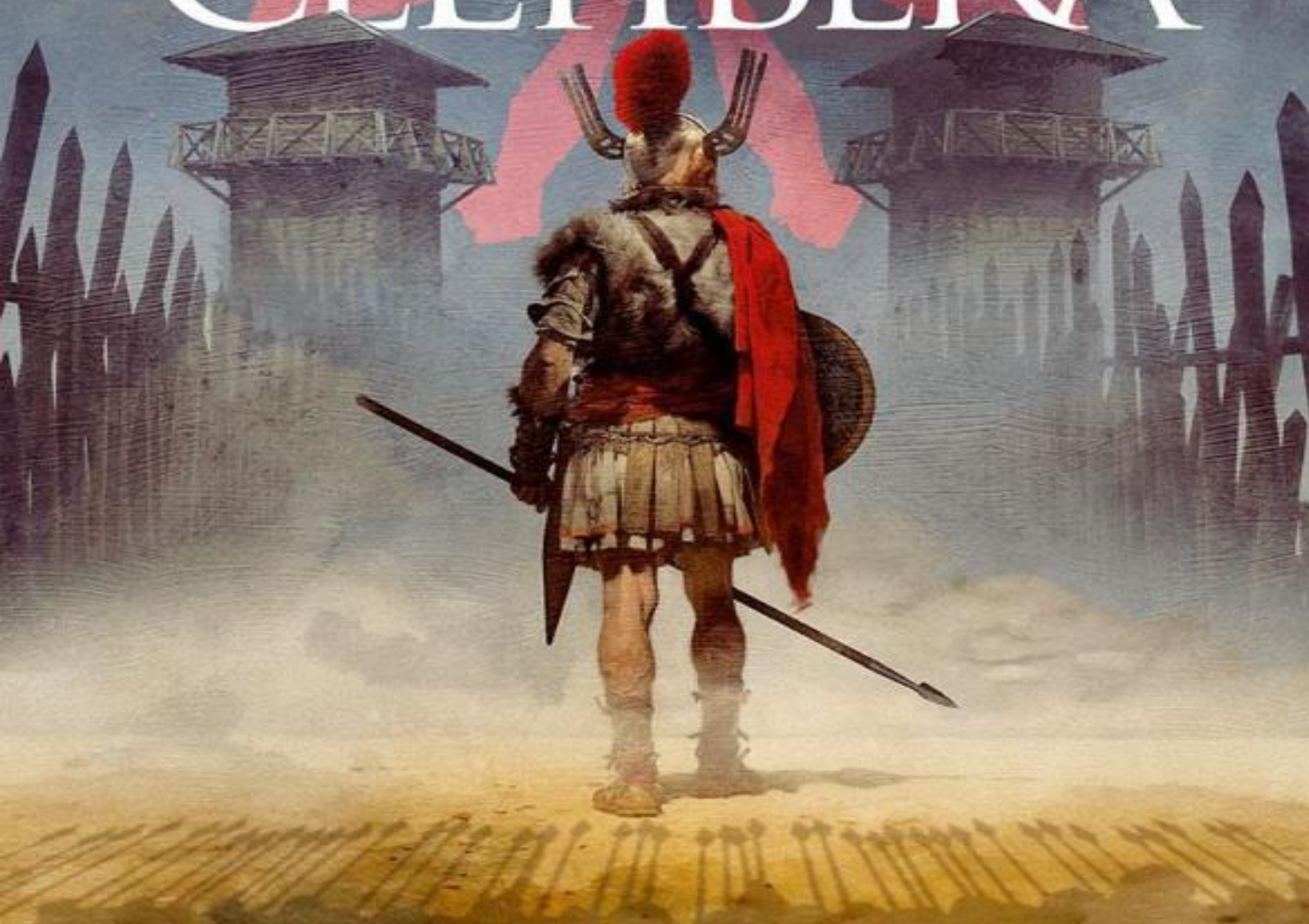


AGUSTÍN TEJADA

FURIA CELTÍBERA



Pàmies

AGUSTÍN TEJADA

FURIA CELTÍBERA



Pàmies

AGUSTÍN TEJADA

FURIA CELTÍBERA



Pàmies

AGUSTÍN TEJADA

FURIA CELTÍBERA



Primera edición: marzo de 2024

Copyright © 2024 Agustín Tejada Navas

© de esta edición: 2024, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-10070-08-0

BIC: FV

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

[63](#)

[64](#)

[65](#)

[66](#)

[67](#)

[68](#)

[69](#)

[70](#)

[71](#)

[72](#)

[73](#)

74

75

76

Epílogo

Glosario latino y otras voces prerromanas

Listado de topónimos romanos y prerromanos

Contenido especial

I

Año 181 a. C., últimos días del otoño

Flecos de una luz dorada y decadente atravesaban los ventanales de la Curia Hostilia. Caía la tarde en Roma, lenta, perezosa, expectante. Por la mañana, los senadores habían discutido acaloradamente sobre las provincias de un imperio cada vez más extenso y costoso. Preocupaba el reparto de recursos, tanto humanos como económicos, para el año entrante.

Como en otras ocasiones, Hispania había absorbido la mayor parte del debate. Inquietaba especialmente la situación de la Celtiberia, a pesar de las cartas apaciguadoras enviadas por el todavía pretor Quinto Fulvio Flaco. Y es que, al margen de las palabras, las bajas en las legiones allí destacadas seguían siendo constantes, enormes, dramáticas.

Hablaron en primer lugar los antiguos procónsules que aún quedaban vivos en la Cámara — Manlio Acidino, Municio Termo, Porcio Catón el Viejo...— y quienes habían servido a su lado. Pero en vez de centrarse en los problemas presentes y sus soluciones posibles, aquellos hombres se dedicaron a recordar, e incluso a engrandecer, sus antiguas victorias sobre las tribus mediterráneas.

Gracias a ellos —sostuvieron—, indiketas, ilergetes, ilerjavones, edetanos y demás pueblos del este habían dejado de ser hostiles para convertirse en obedientes tributarios a las arcas de Roma. Al acabar sus intervenciones, todos sin excepción afirmaron conocer bien el vasto territorio ocupado por los temibles celtíberos, pero solo sobre los mapas.

Si no penetraron más en la inhóspita Celtiberia, dijeron, no fue por miedo, sino porque su labor había sido otra: allanar el camino para los gobernantes que vinieran tras ellos. Si las conquistas en el interior de Hispania no estaban dándose ahora tal y como el Senado esperaba..., eso ya era cosa de otros.

Tomaron la palabra después quienes habían ejercido magistraturas curules en Corsica o en Sardinia. Y también los patres, cabezas de las familias patricias descendientes de Rómulo y Remo, gentes acaudaladas que ocupaban un escaño más por derecho que por arrojo guerrero.

Hablaron poco y en tono abrumado aquellos senadores obesos. Admitieron no haber pisado jamás un campo de batalla. Se reconocieron, pues, ajenos a la problemática creada por una lejana provincia que, según algunos, acarreaba ya más muertes para Roma que la guerra entera contra Cartago.

En buena lógica, Tiberio Sempronio Graco debería haber intervenido en mitad de aquel debate, justo entre los expertos y los ignorantes. Su reciente nombramiento como pretor de la Hispania Citerior así lo aconsejaba. Y, sin embargo, prefirió callarse.

No lo hizo por el temor a parecer bisoño ante colegas más curtidos en las lides de la guerra, sino por mera prudencia. A sus cuarenta y un años solo había visto una batalla, y de lejos: la de Magnesia, en la campaña que enfrentó a Escipión el Asiático y a Antíoco III, el rey seléucida. Graco había servido allí como simple tribuno del afamado general romano. Después, a su vuelta a Italia, había desempeñado el resto de magistraturas menores que ya le garantizaban un puesto vitalicio en el Senado.

Cualquier otro habría quedado conforme con lo obtenido; se habría dedicado a engordar bajo una toga mientras escuchaba sesiones insulsas entre bostezo y bostezo. Y, sin embargo, Sempronio el Plebeyo, como algunos se referían a él despectivamente, pretendía seguir subiendo peldaños en la carrera política. Su origen humilde, había decidido, no iba a impedirle escalar hasta la misma cúspide del cursus honorum; aunque, para ello, era vital triunfar donde otros habían fracasado.

Aquella pretura en Hispania le abría las puertas para convertirse, con el tiempo, en cónsul. Incluso la censura, el escalafón más alto, estaría a su alcance si los dioses lo bendecían con una aplastante victoria sobre esos demonios hispanos.

Graco se había informado bien sobre la mejor estrategia que debía seguir para conquistar la Celtiberia. No en vano había pasado horas departiendo con su amigo Terencio Varrón, gobernador de la Citerior varios años atrás y uno de los primeros en chocar de manera contundente, aunque breve, con un ejército celtíbero. Quería explayarse, pues, Sempronio Graco ante el Senado; y demostrar sus conocimientos. Pero no lo haría sin antes escuchar a los heraldos que su predecesor, Quinto Fulvio Flaco, había mandado desde Hispania.

Debía reconocer que la curiosidad lo corroía por dentro. No resultaba corriente que el pretor de una provincia hiciera llegar una embajada para dar cuenta de sus logros tan pronto, tres meses antes de cumplirse el plazo oficial para el relevo de sus legiones. Pero por alguna razón que a él se le escapaba, Quinto Fulvio Flaco tenía mucha prisa por dirigirse al Senado; y a tal fin varios de sus oficiales estaban a punto de presentarse con noticias frescas.

Chirriaron los portones de la Curia Hostilia cuando ya casi nadie contaba con la visita. El repiqueteo inconfundible de botas claveteadas llenó de ecos metálicos una cámara repleta de togas y hombres curiosos. Tres oficiales aparecieron bajo el quicio de la puerta. Venían ataviados con coraza musculada y largas grebas. Dos eran bastante jóvenes. Respondían a los nombres de Lucio Menio y Terencio Massa, y dijeron ser tribunos. El tercero no se molestó en presentarse. Se quedó apoyado en la columna más próxima a la salida, como si ya tuviera prisa por irse. Por edad, a Graco se le antojó que el desconocido bien podría ostentar el rango de legado. Y, sin embargo, a aquel hombre no le importó que los tribunos llevaran la voz cantante.

Tras saludar ceremoniosamente a los cónsules y al princeps senatus, Terencio Massa dio dos fuertes palmadas. Pareció que aquella la señal daba comienzo a una función de teatro que ya traían preparada desde la propia Hispania.

A los pocos segundos, un armatoste con ruedas irrumpió en la sala ante el desconcierto de los senadores. Lo empujaban media docena de legionarios rasos, unos soldados que dejaron el carromato justo entre las dos columnas que soportaban la cúpula de la curia y después se

marcharon por donde habían venido.

Un voluminoso bulto cubierto por una recia lona resaltaba sobre la plataforma rodante. Massa se subió al vehículo de un salto.

—¡Nobles magistrados, el pretor Quinto Fulvio Flaco desea haceros partícipes de la noticia más esperada en Roma desde hace décadas: por fin la Celtiberia hispana es ya territorio sujeto al Imperio! —tronó el joven oficial desde su improvisado púlpito. Después tiró de la tela y dejó que los primeros rayos del crepúsculo iluminaran la jaula.

Más de trescientos pares de ojos atónitos escudraron la pequeña mazmorra de madera y barrotes. Había una silueta parda agazapada en su interior. El prisionero se encontraba en cuclillas, con los brazos abrochados alrededor de las piernas y la cabeza apoyada sobre las rodillas.

—¡Este es Magilo, el gran jefe celtíbero, el último escollo antes del sometimiento! —aulló de nuevo un eufórico Massa.

Voces de admiración precedieron a la avalancha. Una marea blanca manchada de vetas de color púrpura se descolgó de los bancos para arremolinarse alrededor de la jaula. Pocos fueron los que aguantaron la tentación de observar de cerca a la fiera.

Tiberio Sempronio Graco fue uno de ellos. A pesar de que la curiosidad lo reconcomía por dentro, se mantuvo impertérrito en su asiento mientras escuchaba el rechinar de sus propios dientes. Si lo que afirmaban aquellos dos tribunos era cierto, su gobierno de la Hispania Citerior sería un mandato sin laureles, una pretura sin lustre. Con la Celtiberia ya sometida, sin batallas, sin victorias, sin sangre..., ya podía ir despidiéndose de optar al consulado y, por supuesto, a la censura. Trató de serenarse mientras examinaba al prisionero.

Aunque estaba replegado sobre sí mismo, el celtíbero le pareció un gigante. De poco iba a servirle, sin embargo, su indiscutible fortaleza porque sus captores le habían colocado grilletes en muñecas y tobillos. No se le veía la cara debido a la postura, pero el cabello lo gastaba largo y encrespado, a la usanza de las tribus salvajes. Iba ataviado el tal Magilo con un grueso sagum de rica lana, bandas de piel de ciervo para las pantorrillas y botas de cuero.

El princeps senatus se dirigió por fin a Massa.

—Nos gustaría verle la cara... —le dijo.

Al tribuno le faltó tiempo para reprender al cautivo.

—¡Magilo, ponte en pie ahora mismo y levanta la cabeza!

El celtíbero no movió ni un músculo. Entonces Massa le repitió la orden hasta tres veces, pero el resultado fue el mismo. La obstinada desobediencia del cautivo hizo reaccionar al princeps senatus, que envió a dos lictores dentro de la jaula, para que fueran ellos quienes metieran en cintura al rebelde.

A ambos guardianes les bastó una escueta mirada para entenderse. Entraría el primero de ellos

con el gladius envainado y las manos libres. Un par de golpes y unos empujones deberían ser suficientes para desperezar al hispano. El segundo lictor se mantendría a la expectativa detrás de su compañero, con la espada preparada por si acaso.

Sintió Magilo el manotazo en la nuca; y la zarpa que, aferrada a su hombro, quería arrancarlo del suelo. Se dejó hacer el celtíbero como un muñeco de trapo. Pero reaccionó como una alimaña acorralada cuando tuvo frente a sí a su enemigo.

Un tremendo cabezazo en pleno rostro hizo trizas la nariz y los pómulos del guardián romano. Los chasquidos de los huesos levantaron algunas exclamaciones de sorpresa entre los senadores. El derrumbe del lictor hizo rugir muchas gargantas sedientas de espectáculo, como si en la Curia Hostilia fuese a celebrarse un combate a muerte entre gladiadores.

El segundo guardia se abalanzó sobre el prisionero en medio de la algarabía. Le lanzó un golpe de filos, pero el celtíbero le enredó la estocada usando sus propias cadenas. Después lo atrajo hacia su cuerpo de un brusco tirón y le endosó un rodillazo en la entrepierna. El cautivo todavía aprovechó la extrema cercanía de su adversario para arrancarle la nariz de un mordisco.

Aulló el lictor como un puerco herido al sentir el destrozo en su apéndice. Instintivamente, soltó su gladius con el fin de taparse el boquete y la hemorragia con las manos. El sufrimiento no le duró mucho, pues Magilo le rajó las tripas con su propia arma. Dos pupilas inyectadas en sangre, enmarcadas por una maraña de pelo y barbas negras, se posaron entonces sobre los senadores más próximos a los barrotes. Un silencio de plomo y miedo planeaba sobre la curia cuando una sombra se coló, rauda, dentro de la jaula.

Era el tercer enviado de Fulvio Flaco, el que aún no había abierto la boca ni para identificarse. Trataba de impedir el oficial itálico que el guerrero hispano rematara al primer lictor y después, tal vez, dejara a Roma sin su gobierno. Magilo lo miró con odio, masticando maldiciones en su idioma, como si entre ambos existiesen viejas cuentas pendientes.

Incapaz de romper sus cadenas, el celtíbero se vio obligado a asir la empuñadura de la espada con las dos manos. Lanzó después un golpe recto, duro, letal —quizá— para un principiante. Pero no para el tercer heraldo de Fulvio Flaco, que desvió el mandoble con el plano de su gladius y estampó, casi a la vez, su puño libre en el rostro del bárbaro. Se tambaleó Magilo, aturdido por el mazazo. Acabó derrumbándose cuando el romano lo golpeó en la frente con el pomo de su espada.

—¡Maldita sea, Magilo, tan solo te habían pedido un poco de respeto! —le espetó el vencedor al vencido. Después, aquel oficial lacónico se abrió paso entre un enjambre de mirones. Se alejó tranquilo, rumbo a los soportales de la curia. Iba dejando tras él una estela siniestra de huellas rojas.

A Aulo Valerio, el princeps senatus, le costó una eternidad hacer retornar el orden a la Cámara. Si lo hizo, fue sobre todo porque los dos tribunos le dijeron que aún no habían entregado su mensaje completo.

Según Massa, todavía quedaban dos puntos muy importantes. El primero tenía que ver con el número extraordinario de ciudades celtíberas sometidas durante la campaña. Eran ciento

cincuenta y nueve exactamente, y su compañero Lucio Menio se lanzó a la lectura de todos sus nombres, uno por uno. Hasta Magilo se despertó cuando el tribuno no había leído ni la mitad de la lista. Hacia el final de aquel aburrido soliloquio, y como si la mención de sus fortalezas perdidas lo enloqueciera, el caudillo hispano se levantó del suelo y se puso a dar gritos como un energúmeno.

Golpeaba a la vez los barrotes con pies y manos, lanzaba improperios ininteligibles, escupía a los senadores... Aulo Valerio se vio obligado a pedir que lo sacaran de la curia con el fin de que cesara el escándalo. Menio pudo así terminar su interminable retahíla de nombres raros.

—Ciento cincuenta y nueve oppida conquistados... Eso está muy bien, hijo —asentó el senador más veterano—. ¿Y en cuanto al segundo punto? Ya casi es de noche...

Ambos tribunos cruzaron entonces una mirada cómplice, como si ya hubiesen abordado la parte más fácil de su misión y ahora viniese lo realmente escabroso.

—Se trata de dos peticiones por parte de nuestro superior —sostuvo Massa.

—Tú dirás, hijo.

El tribuno más locuaz se aclaró la garganta. Quería que su voz sonara firme y sin titubeos entre tanto prohombre.

—Dadas las grandes victorias y todas las ciudades y territorios ganados por nuestro ejército al enemigo celíbero, el pretor Fulvio Flaco reclama, con el debido respeto..., ¡un triunfo a su regreso de Hispania!

Aulo Valerio entornó los ojos. Tenía casi noventa años. En su vida como magistrado había asistido a muy pocas concesiones de los máximos laureles militares. Generales más renombrados que Flaco habían fracasado en su pretensión de alcanzar un triunfo o una simple ovación al volver de sus campañas. Eran muchos los méritos requeridos. Y eso incluía los económicos. Los enviados de Flaco se habían presentado sin oro ni plata... Sin embargo, la conquista de la siempre rebelde y sangrienta Celtiberia tal vez mereciera un desfile y un festejo en toda regla.

El venerable anciano interrogó con la mirada a los dos cónsules presentes en la sala. Le pareció que ambos asentían, aquiescentes. No obstante, aunque se tratara ya de un mero trámite, el protocolo debía cumplirse.

—Tendremos que discutirlo un poco entre nosotros antes de dar el beneplácito... —sonrió, paternal, el viejo Aulo Valerio.

Cabeceó Massa, conforme, pero tragó saliva como si aún le quedaran palabras en la garganta.

—Hay una cosa más, princeps.

—Dime, hijo.

Los dos tribunos volvieron a mirarse. Había una traza de indecisión en los ojos de aquellos

jóvenes.

—Quinto Fulvio Flaco solicita permiso para repatriar a su ejército cuanto antes.

Al princeps senatus le cambió el gesto de un soplo. Era aquella una petición sumamente inusual. De hecho, contravenía las normas del reglamento. Hasta la fecha, todas las legiones invernaban en las mismas provincias en las que estuvieran destacadas, hasta que se producía su relevo en el mes de marzo. Jamás un ejército, y menos uno victorioso, se había marchado de su destino con los primeros fríos.

—¿Te refieres a regresar de Hispania antes de que caiga el invierno? —repuso un desconcertado Valerio.

—Bueno, no tanto... —titubeó el tribuno—. A juicio de Fulvio Flaco, las calendas de enero podrían ser una buena fecha. Tened en cuenta todos los esfuerzos y los sacrificios..., las bajas acumuladas... —añadió Massa con ademán compungido—. Los hombres bien merecen el favor de poder volver un poco antes a Italia con el fin de ver a sus familias y ocuparse de sus negocios.

Asintió, magnánimo, Aulo Valerio. Nadie mejor que él para hacerse cargo del problema. En su larga existencia había sido soldado antes que senador. Había asistido de cerca al crecimiento imparable del Imperio. Los territorios bajo el control de Roma eran cada vez mayores, más lejanos, sobre todo desde el despliegue masivo en Hispania. Los soldados servían en el ejército más tiempo que nunca. Se veían obligados a abandonar sus campos y sus negocios en Italia durante largos meses al serles denegado el permiso para retornar a casa. Aunque, en última instancia, el pretor de turno podía decidir sobre la concesión de licenciamientos al finalizar su campaña, la ley contemplaba una prestación militar de hasta veinticinco años.

Aulo Valerio trató de mostrarse ecuánime.

—Créeme, hijo, que entiendo los sentimientos de tu pretor perfectamente. Lo que nos solicita se me antoja justo, pero supone modificar muchas cosas: leyes, plazos, planteamientos... Se trata de una decisión de gran envergadura. No obstante, si tenéis un poco de paciencia, tal vez podáis marcharos de aquí con una respuesta definitiva.

Ardía en deseos Sempronio Graco de hacer la guerra en Hispania; de ganar renombre, riquezas y gloria a costa de una estirpe guerrera con fama de indomable. Pero las cosas no podían hacerse al buen tuntún o por capricho. Por eso le indignó la pretensión desconsiderada de su antecesor en el cargo. Porque si el Senado decidía mostrarse condescendiente con Fulvio Flaco, a él le quedarían escasas semanas para prepararse.

Tendría, en ese caso, que recurrir a las cloacas de Roma para reclutar mercenarios. Pero lo único que encontraría allí serían proletarii de la más baja estofa: maleantes sin escrúpulos, criminales o jugadores con deudas impagables. Gentes carentes de ideales y disciplina que, además, no podrían costearse un buen equipo. Malos mimbres para un cesto que debía soportar mucho peso.

Afortunadamente, su turno de palabra en aquel decisivo debate sería el último, justo detrás de Lucio Postumio Albino, pretor entrante en la Hispania Ulterior. La votación resultante traería a Fulvio Flaco y a sus hombres a casa en pocas semanas o los dejaría unos meses más a merced de

los celtíberos. Estimó Graco en una hora el tiempo disponible antes de que le llegara el turno. Por eso abandonó su asiento tranquilamente y se dirigió a la salida.

Iba el futuro pretor mascullando letanías por lo bajo. Le habían indignado los mensajes grandilocuentes y la petición extemporánea de su antecesor en el cargo. Pero, sobre todo, le costaba creer que los triunfos se hubieran dado fácilmente, tal y como afirmaban sus tribunales. Resultaba aritméticamente imposible someter tantas ciudades enemigas en tan poco tiempo. Pero ¿y si fuera cierto? ¿Y si Flaco se le hubiera adelantado en el camino del éxito?

La amargura y la impotencia alternaban con la ira y la envidia en el corazón de Sempronio Graco. Le impedían darse cuenta de que iba siguiendo de manera inconsciente el sendero de huellas ensangrentadas que terminaba en los soportales de la curia. En su fuero interno albergaba la esperanza de que aquel oficial anónimo que con tanta contundencia había ejecutado su trabajo se prestara al diálogo. Necesitaba saber algo más de esa meteórica y sospechosa campaña de su antecesor en un infierno llamado Celtiberia.

De lejos, el desconocido le había parecido un hombre reservado. No obstante, con el acercamiento debido, tal vez encontrase algo de sinceridad debajo de su costra de laconismo.

II

Encontró al oficial romano de espaldas, con el hombro derecho apoyado en una de las columnas. Se trataba de un hombre atlético, de cabellos rubios y piel tostada. Saltaba a la vista que había pasado mucho tiempo expuesto al sol implacable de Hispania. A pesar de lo avanzado del otoño, el desconocido no gastaba pantalones, ni capote de invierno. Lucía los brazos y las piernas desnudos, como si temiera el embarazo de la ropa en el momento del combate.

Le extrañó a Graco que la coraza musculada le quedara algo pequeña. A fin de cuentas, ese tipo de prendas se confeccionaba a medida, y no era normal que alguien cambiara tanto de hechuras a partir de los treinta años. Poco más le duró la contemplación al intruso, porque el oficial de Fulvio Flaco se giró como accionado por un resorte a los dos segundos; como si de pronto hubiera sentido el hálito de un asesino sobre la nuca.

—Mi nombre es Tiberio Sempronio Graco. Soy el futuro gobernador de la Hispania Citerior —hubo de presentarse cuando el otro echó mano a la espada.

Tras un momento de indecisión, un taconazo y una leve inclinación de cabeza precedieron a las primeras palabras del oficial de Flaco.

—¡Pretor...! —ladró mientras adoptaba un aire más marcial, aunque sin abandonar aquel rictus impenetrable.

Abrochó sus manos tras la espalda el senador romano y fingió examinar las baldosas del suelo.

—Tan solo quería felicitarte por la forma en que has solventado el problema suscitado ahí dentro... Es posible que hayas salvado muchas vidas... —sostuvo en una pose aparentemente introspectiva.

El semblante del oficial permaneció imperturbable. Se le notaba, sin embargo, que trataba de adivinar el motivo real de tan inesperado encuentro. Penetrar dentro de una jaula y dejar fuera de combate a un hombre encadenado no le pareció causa suficiente para tanto agasajo.

—Una actuación brillante... —continuó un pensativo Graco—. Un comportamiento algo inusual para todo un legado...

Frunció esta vez los labios el heraldo en un gesto de incomodidad que no pasó inadvertido para el futuro pretor de Hispania. Sus años de vida parlamentaria le habían enseñado a descifrar los ademanes de las personas, sobre todo los de aquellas que dicen lo que no piensan. O, simplemente, se sienten a disgusto en la impostura.

—Cumplí con mi deber. Eso es todo —murmuró al fin el hombre de Flaco.

Graco asintió con fingida aquiescencia.

—Oh, sí, desde luego. Lo decía más que nada por el riesgo... Ese salvaje podía haber acabado contigo. Y a ningún pretor o procónsul le gusta perder legados en reyertas absurdas. ¿No te parece?

El desconocido torció el gesto.

—En realidad, no soy legado —reconoció al fin.

Entornó los párpados Graco mientras examinaba de manera más exhaustiva al militar itálico. Distinguió cicatrices en antebrazos y muslos, además de un viejo corte en la frente. También lucía marcas de espada en las grebas. Demasiados tajos, efectivamente, para tratarse de un oficial de alto rango.

—¿Qué eres entonces?

—Soy un simple centurión.

—Pero esa coraza...

Se encogió de hombros el impostor, silencioso.

—Fulvio Flaco se empeñó en que la llevara. Había que mantener las apariencias ante el Senado, me dijo.

Asintió Graco mientras trataba de hacerse cargo.

—Entiendo, pero entonces, ¿qué pintas tú al lado de los dos tribunos? ¿Cuál es tu auténtica misión en esta embajada?

Al centurión se le escapó una risa floja.

—Lograr que Massa, Menio y el caudillo celtíbero llegaran vivos hasta esta cámara.

—Ah, vaya, pues parece que eso sí lo has conseguido... —cabeceó Graco, admirativo, mientras tensaba de nuevo la cuerda de su arco—. Y, sin embargo, a un hombre como tú no debe de gustarle que lo obliguen a participar en una patraña —dijo.

Adquirió la cicatriz en la frente del centurión una curvatura peligrosa.

—No sé a qué te refieres.

Estaba Graco en su terreno y por eso no le arredró la mueca.

—Solo un necio o un niño podrían creerse ese cuento que nos habéis contado sobre una Celtiberia ya sometida.

Guardó un respetuoso silencio el centurión romano a pesar de la pulla. La experiencia le había enseñado a morderse la lengua al tratar con superiores coléricos.

—¿Vas a decirme acaso que conquistasteis ciento cincuenta y nueve ciudades?! ¿En una sola campaña? ¿Y ese salvaje que habéis traído es la prueba de semejante hazaña? —insistió Graco con desatada vehemencia.

De nuevo, el silencio fue la respuesta del veterano.

—¡Contesta! ¡Es una orden!

Un rictus de hastío se dibujó en el rostro curtido del centurión de Fulvio Flaco.

—¿Qué es lo que quieres de mí exactamente, pretor?

A Graco le quemaba la boca.

—¡La verdad!

Chascó la lengua el interpelado.

—En Hispania, la verdad es muy compleja —murmuró—. Y depende mucho de cómo se miren las cosas.

—¡No te entiendo! ¡Explicate, maldita sea! —se exasperó Graco.

Agitó la cabeza aquel veterano de las guerras de Hispania.

—Lo comprenderás todo mucho mejor cuando vayas.

Se tomó Graco la respuesta como un acertijo. Lo cual todavía incrementó más su ira.

—¡Contéstame solo a una pregunta: ¿crees que un pretor merece disfrutar de un triunfo a cambio de un triste prisionero y una lista con nombres de ciudades que tal vez ni existan?!

Las dimensiones de la coraza le impidieron al centurión encogerse de hombros con más soltura.

—Eso no es cosa mía —murmuró—. En cualquier caso..., no me oirás criticar jamás a ninguno de los pretores con los que he servido. ¿Qué te hace pensar que tú serás mejor que Quinto Fulvio Flaco cuando llegue el momento?

Notó Graco cómo la inquina se le agolpaba detrás de los ojos. Le irritaba que lo compararan con un farsante.

—Al menos yo no seré un gobernante mentiroso —gruñó desabrido.

El silencio rodeó durante unos segundos a ambos hombres. Era, sin embargo, una quietud corrompida por los ecos lejanos del debate.

—¿Cuántos legionarios tiene Flaco en Hispania ahora mismo? Eso sí podrás decírmelo... —arguyó un Sempronio Graco más calmado.

—Unos cuatro mil.

El magistrado dio un respingo.

—¡Tengo entendido que dispuso de hasta siete mil! ¿Dónde está el resto?

El centurión esbozó una mueca patibularia.

—Siguen allí. Muertos.

—¿Muertos?! ¡¿Tantos?!

—Así es. Encontrarás sus tumbas diseminadas por toda la Celtiberia; pero, sobre todo, en los lugares donde libramos las peores batallas.

Estuvo Graco a punto de disculparse por lo absurdo de sus palabras.

—Entonces los que quedan serán buenos... —reflexionó.

Un atisbo de sonrisa endulzó el semblante impenetrable del veterano soldado.

—Los mejores, sin duda —respondió.

Graco escrutó al fin la Cámara. Massa y Menio seguían en medio de una sala alborotada. Al parecer, los senadores habían ejercido un uso de la palabra bastante breve. Andaban ya muchos preguntándose por el paradero del nuevo pretor de la Hispania Citerior. Su turno para intervenir había llegado. Su opinión era de vital importancia antes de concederle o negarle a Fulvio Flaco el triunfo que tanto reclamaba.

—El hombre de la jaula..., ese tal Magilo, ¿es realmente un jefe celtíbero de prestigio? —inquirió Graco, ajeno al jaleo.

—Era uno de los caudillos principales de la Celtiberia, en efecto. Hasta que cayó en nuestras manos...

—¿Combatiste contra él?

—En varias ocasiones.

Un aire de pensamiento rodeó a Graco.

—¿Su oppidum es uno de los de esa maldita lista? —preguntó al cabo.

—No, Segeda es una fortaleza inexpugnable. A esa no pudimos ni acercarnos.

—¿Y cómo lo prendisteis entonces?

—Obviamente, fuera de sus murallas —sonrió el centurión con una traza de ironía—. Incluso los celtíberos salen de su casa cuando la ocasión lo merece.

Pareció haber dado por terminada la charla el senador romano y, de hecho, inició su regreso a la curia. Pero se detuvo a los pocos pasos como si hubiera olvidado algo valioso entre las columnas. Giró sobre sí mismo y dirigió sus ojos hacia el centurión anónimo.

—¿Puedo saber tu nombre? —le espetó.

—Me llaman Máximo Vento.

III

Tiberio Sempronio Graco cruzó bajo la mirada admonitoria del princeps senatus de camino a su escaño. Aulo Valerio no era de los que permitían retrasos injustificados. Tomó después la escalinata que lo dejaría en la bancada superior de la Cámara. Subió los peldaños de dos en dos, entre un coro de murmullos. Trataba de discernir, mientras ascendía, las voces reprobatorias de las meramente curiosas.

No contaba el nuevo pretor con demasiados amigos en el Senado. Posiblemente eran muchos más sus detractores, aunque aquellos hombres mantenían su desprecio en secreto. Dos eran los sobrenombres que Graco cargaba sobre su espalda, aunque solo uno lograba hacer mella en él. Lo de «Sempronio el Plebeyo» lo llevaba con dignidad de pontífice. De hecho, casi le enorgullecía, pues aludía a sus modestos orígenes. El segundo, sin embargo, le quemaba las entrañas.

«El Delfín de los Escipiones» era un apodo pérfido. Hacía referencia a su matrimonio con Cornelia, hija menor del difunto Africano; y a su dócil sometimiento al clan familiar más poderoso de Italia. Odiaba Graco el apelativo. No obstante, debía reconocer que a aquel parentesco con el gran Publio Cornelio Escipión le debía casi todo en la vida; principalmente el respeto —por no decir el miedo— de sus rivales.

Desconocía el rumbo que había tomado el debate en su ausencia. Su única preocupación residía en lo concerniente a la retirada, o no, de las legiones destacadas en la Hispania Citerior. Lo otro, lo de la concesión del triunfo a Fulvio Flaco por sus supuestos méritos..., era una cuestión secundaria.

Había alcanzado Graco su asiento justo en el instante en el que su colega en la Hispania Ulterior desestimaba su turno de palabra. Le extrañó la actitud de su colega, aunque bien era cierto que a Lucio Postumio Albino podía considerársele un hombre prudente; un tipo de los que nadan y guardan la ropa con tal de evitar encontronazos con otros senadores y, tal vez, futuros cónsules.

Tras la renuncia, Aulo Valerio instruyó brevemente a los dos tribunos de Fulvio Flaco sobre la identidad del hombre que iba a dirigirse a la Cámara. Lo que no les dijo es que tal vez fueran a sufrir también su interrogatorio. Después, una simple cabezada del anciano dejó al Delfín de los Escipiones frente a una sala todavía rumorosa.

—Princeps senatus..., venerables magistrados de Roma..., reflexionemos, si os parece, sobre el problema más acuciante planteado por estos dos jóvenes tribunos: el relevo inmediato de las tropas destinadas en la Hispania Citerior.

Se le antojó a Graco que Massa y Menio se habían vuelto momentáneamente estatuas tras escuchar sus primeras palabras. La decisión última del Senado les afectaba de manera muy directa. Suponía regresar a casa en cuestión de semanas o, en caso contrario, seguir peleando unos cuantos meses más en una tierra inhóspita.

Dos antorchas ardían ya a la entrada de la Curia Hostilia, muy cerca de los soportales. Una silueta maciza, apoyada en una de las vigas de la puerta, destacaba entre ambos fuegos. Continuó Graco con su discurso mientras observaba la estampa despreocupada de Máximo Vento.

—No es mi intención provocar un conflicto con Fulvio Flaco; como no lo es tampoco oponerme al dictamen final de este Senado. Tan solo quisiera que actuásemos de la forma más consecuente —dijo, y giró la cabeza hacia a su derecha—. Y para ello, creo que resulta fundamental escuchar el parecer de alguien que puede verse tan perjudicado como yo si esas legiones regresan de Hispania antes de tiempo. Considero inconcebible que mi colega en la Ulterior prefiera guardar silencio en un asunto tan delicado para el devenir de Roma y su Imperio.

Trescientas miradas se posaron como pesados buitres metálicos sobre la figura desprevenida de Lucio Postumio Albino. Torció el gesto el general romano, pues no había contado con tener que significarse. Ahora, sin embargo, las alusiones de Graco lo habían dejado a los pies de los caballos.

Se levantó de su banco el militar romano con parsimonia. Carraspeó para aclararse la garganta y se dirigió a sus compañeros senadores con voz firme. Una vez metido en faena, no era Albino de los que se arrugaban.

—Todo el mundo sabe que para un pretor recién nombrado resulta casi imposible reunir un ejército antes de la primavera. Si Fulvio Flaco embarca ahora a sus tropas, la Hispania Citerior quedará irremediablemente desprotegida durante tres meses al menos. Y también quedaría comprometida la zona que me concierne. Votaré, pues, en contra del regreso inmediato de esas legiones —argumentó con valentía.

Sonrió Graco para sus adentros.

—Ya me parecía a mí... —sostuvo cabeceando—. Por esa misma razón mi voto será igualmente negativo.

Aulo Valerio miró en derredor. No había mucho más que tratar al respecto. Así pues, ordenó llevar a cabo un referéndum urgente. Únicamente cinco senadores apoyaron la tesitura planteada por Massa y Menio. Graco vio entonces el camino expedito para seguir hablando.

—En cuanto a la concesión de ese triunfo a cuenta del sometimiento de la Celtiberia hispana... —arguyó con cara de circunstancias—, antes de que nos pronunciemos, me gustaría formular algunas preguntas.

—Por supuesto —suspiró el princeps senatus.

La decepción había forjado una máscara de cera en los rostros de los dos tribunos. Contrastaba bastante con la estampa ígnea de Máximo Vento, que seguía la sesión entre ambos hachones.

—De manera que, según decís, la Celtibera ya está totalmente controlada... —musitó Graco como si hablara consigo mismo.

—¡Así es, pretor! —ladró Massa al instante.

—¿Y cuántas ciudades dijiste que se os rindieron en esta campaña? —Esta vez el escrutinio del magistrado se clavó en Menio, que continuaba con el rollo en la mano.

—¡Casi doscientas, pretor! —aulló el joven oficial.

—Y todas son ya estipendiarias de Roma, supongo...

—¡Sí, pretor!

Cabeceó Graco con satisfacción fingida. Se ajustó la toga con parsimonia. Después disparó su primer dardo.

—En ese caso, ¿tendrías la bondad de volver a citar algunas? Una docena sería suficiente...

Pretendió Menio echar mano de su lista, pero Graco lo frenó antes de que pudiera hacerlo.

—No creo que necesites consultar tus apuntes para una tontería así... —le dijo.

Una carcajada multitudinaria rebotó contra el techo de la Curia Hostilia y después contra la cabeza del propio tribuno. El aturdimiento y el miedo al ridículo le paralizaron los dedos y hasta la garganta. Al final, Menio acertó a farfullar ocho nombres.

Cinco magistrados se levantaron de sus asientos al instante. Gritaban, gesticulaban, daban voces cada vez más altas. Marcio Porcio Catón el Viejo se erigió en el representante de los escandalizados.

—¡Esas ciudades son tributarias de Roma desde hace más de una década! ¡Se encuentran en territorio ilergete, edetano o ilerjavón, pero no en Celtiberia! ¡Yo mismo conquisté varias de esas fortalezas con mis legiones! —chilló el hombre que siempre había parecido un anciano, incluso de niño.

Terencio Massa salió en ayuda de su compañero en mitad de la trifulca. Aseguró que todo era un malentendido, un mero problema de lindes. Las fronteras entre las tribus hispanas eran líneas siempre inestables, dijo. Y, de ahí, las confusiones geográficas.

—Entiendo. En cualquier caso, entre esos ciento cincuenta y nueve oppida celtíberos sometidos al Imperio que ha citado tu compañero, a buen seguro habrá al menos media docena de los que no haya duda... —intervino de nuevo Graco, y regresaron las risas a la sala—. ¿Serás tú, pues, quien nos facilite ese puñado de nombres? No parece que sea pedir mucho...

Se lo pensó el tribuno hasta que empezó a escuchar murmullos de extrañeza en los bancos. Entonces balbució cinco palabras intrincadas, casi ininteligibles; pertenecientes a cinco urbes que, en esta ocasión, no desataron la protesta de los antiguos procónsules. Graco todavía les lanzó una mirada consultiva, pero Catón, Manlio Acidino, Varrón y los otros se encogieron de hombros. Al fin y al cabo, ellos solo habían asomado la nariz en un atolladero llamado Celtiberia y después se habían marchado corriendo.

Buscó el nuevo pretor al único que podía confirmarle el hecho con un simple asentimiento, pero

encontró las antorchas huérfanas. Máximo Vento había desaparecido de los soportales. Había abandonado una sesión que probablemente le había aburrido desde el principio.

—¿Sólo cinco? —inquirió al fin Graco.

Terencio Massa compuso un gesto de impotencia.

—El celtíbero es un idioma raro. Se trata de nombres a veces impronunciables. De ahí, la lista... —se disculpó.

Frunció el ceño Graco antes de recurrir a los refranes.

—Ya. Aun así..., malo es el amo que olvida tan pronto el nombre del esclavo —dijo—. Y peor aún, el recaudador que no encuentra la casa en la que llenar el cofre de los impuestos...

El comentario arrancó otra risotada unánime entre los senadores. Graco, sin embargo, todavía quería rematar a su víctima.

—Supongo que, al menos, sabréis decirnos el nombre del oppidum de ese cabecilla al que habéis traído en una jaula...

Massa y Menio se miraron en silencio.

—Sí, se llama Segeda en lengua romana. Para ellos, Sekaisa —habló al fin el portador del rollo.

—Y está en vuestra lista, claro.

—¡Por supuesto! —El tribuno desenrolló el documento bruscamente y colocó su dedo índice sobre uno de los nombres. No le costó nada buscarlo, porque traía la lista ordenada alfabéticamente.

Asintió Graco un par de veces con los labios apretados en un mohín de extrañeza.

—O sea, que atacasteis su ciudad... La conquistasteis por la fuerza..., apresasteis a su caudillo... ¿y no nos habéis traído ni unas monedas de su tesoro, ni sus espadas engastadas de plata y oro, ni siquiera una sucia torques de las que usan esos bárbaros en sus ceremonias? —preguntó mientras hacía como si buscara algo con la vista alrededor de los dos oficiales de Flaco.

Planearon otra vez los murmullos, sonaron algunas carcajadas y después llegaron los abucheos y el pataleo. La máscara que cubría los semblantes de los tribunos, más que de cera, parecía hecha de cardenillo. Juzgó Graco aquel momento como el más oportuno para dirigirse a la Cámara.

—¡Princeps senatus, venerables magistrados, estos hombres nos han entregado un mensaje que es pura farsa! —tronó el futuro gobernador de media Hispania en medio del escándalo—. ¡Quinto Fulvio Flaco ha pretendido engañar a este Senado! ¡Ha querido hacernos creer que la Celtiberia es un jardín inofensivo en vez de un matadero de soldados! ¡No es un triunfo en las calles de Roma lo que debiera esperar a un embaucador de su calaña, sino la cárcel!

Aulo Valerio se vio obligado a golpear el suelo de la curia con su bastón de madera para hacer

retornar el orden. Rápidamente, instó a los senadores a pronunciarse a mano alzada. Ni siquiera los cinco que antes habían votado a favor del regreso prematuro de las legiones de Flaco se atrevieron ahora a apoyarlo.

Abandonaron los dos tribunos la sala con la cabeza gacha. Se les veía afectados. Habían fracasado lamentablemente por culpa de un pretor puntilloso; de un general que jamás había atravesado a nadie con su espada y, sin embargo, soñaba con librar mil batallas legendarias en Hispania y ganarlas todas. Porque solo ellas le traerían la gloria, la fama y el consulado.

Una mano se posó en el hombro de Graco cuando más enfrascado se encontraba en sus pensamientos. Era Lucio Postumio Albino.

—No me importa que me hayas aludido antes —le dijo—. En realidad, tienes razón en lo que dices. Solo quería despedirme. Mañana parto para Rávena. He oído que allí se recluta a buenos soldados.

Aceptó Graco el apretón de su colega.

—Entonces nos veremos ya en Hispania...

Arrugó los labios el flamante gobernador de la Ulterior.

—Mejor no —asentó lacónico.

—¿Por qué?

—Porque eso significaría que uno de los dos anda metido en problemas y necesita ayuda desesperadamente.

IV

Año 180 a. C., calendas de marzo

Vomitó Sempronio Graco por encima de la borda y se enjuagó la boca con agua salada. La náusea lo había perseguido en todas y cada una de aquellas jornadas de viaje. Afortunadamente, las costas de Hispania ya estaban muy cerca. A solo tres millas de distancia, la ciudad de Tarraco brillaba sobre las aguas celestes del mare Internum como una coraza de oro recién bruñida. Eran dignas de admiración sus gruesas murallas, así como las torres defensivas. Al nuevo pretor le asombraron del mismo modo los acueductos que llegaban a la ciudad desde el río Tulsis, una construcción que había requerido dos órdenes de arquerías.

Frunció el ceño, sin embargo, al divisar, al norte, el mausoleo de los Escipiones. Tarraco era, al fin y al cabo, obra de su difunto suegro, Publio Cornelio Escipión, y de su hermano Cneo. Ambos habían puesto los pilares de tan esplendorosa urbe apenas tres décadas antes, durante la guerra inaplazable que Roma había librado contra Cartago.

No se atrevió a calificar de envidia el sentimiento que en aquellos instantes le trepaba por el pecho. Pero lo cierto era que él soñaba también con fundar una ciudad igual de grandiosa que Tarraco, un oppidum que engrandeciera su apellido y lo acercara al de su familia política. Tal vez cuando todo acabara..., cuando los malditos celtíberos ya no existiesen. O no supusiesen una amenaza para el Imperio.

Divisó en la playa a los dos magistri que defendían los intereses de Roma en la ciudad de Tarraco. Habían atravesado los dos estadios que separaban la muralla de las aguas del mare Internum y parecían listos para el recibimiento. Graco pensaba utilizar la amplia explanada para instalar allí su campamento. Así lo había hecho saber por carta. Bajo ningún concepto deseaba que sus soldados se distrajeran dentro de una urbe tan populosa. Las máquinas de asedio, la impedimenta y la jaula de barrotes con su insigne prisionero dentro..., eso sí lo descargarían los marineros en la dársena. El nuevo pretor de media Hispania examinó por última vez sus naves antes del desembarco.

Traía consigo un ejército de cinco mil hombres. La mitad eran hastati, soldados jóvenes y con los recursos justos; iban provistos de armadura, escudo y espada. Contaba, asimismo, con tropas más expertas: mil principes y otros tantos triarios dotados de un equipamiento más caro y profesional. El resto de aquella legión estaba formado por vélites, legionarios con una misión muy concreta: hostigar al enemigo mediante el lanzamiento de sus jabalinas en los prolegómenos de la batalla.

No viajaban tropas de caballería dentro de esas naves. Graco sabía de la dificultad para transportar equinos a través de las aguas. Y de ahí, que pensara reclutar jinetes entre los socii iberos de la costa. Tampoco iban mujeres en aquellos barcos, a excepción de las acompañantes de sus seis tribunos. Incluso Cornelia, su esposa, había recibido un no por respuesta cuando había

propuesto seguirlo hasta Hispania.

Graco era contrario a la convivencia de los dos sexos dentro un campamento. La consideraba perniciosa para unos hombres que debían entregarse solo a la guerra y no a otro tipo de juegos. Sin embargo, no había podido evitar que sus oficiales de mayor rango arrastraran consigo a sus prometidas pensando, erróneamente, que en Hispania los aguardaba una luna de miel anticipada.

A los soldados, en cambio, les había negado ese derecho, a pesar de que muchos habrían podido costear el pasaje de sus novias o amantes. No se hacía ilusiones, sin embargo, el militar itálico. Sabía que, tarde o temprano, aquellas mujeres alcanzarían Hispania de algún modo, siguiendo la estela de sus hombres; y aparecerían cualquier día en el horizonte, formando parte de una muchedumbre interesada en la que también irían artesanos, quincalleros, tahúres, prostitutas e incluso niños. Se obligó Sempronio Graco a regresar al presente, a lo más inmediato y urgente: el reclutamiento de tropas auxiliares.

Tras la marcha apresurada de los tribunos de Flaco, el Senado le había autorizado a reclutar a siete mil jóvenes iberos una vez que pisara las playas de la Tarraconensis. Si todo marchaba según lo previsto, en pocas semanas reuniría un contingente de doce mil soldados, un ejército nunca visto en Hispania desde las Guerras Púnicas. Y, aun así, Graco desconfiaba del auténtico potencial de sus auxiliares.

Alistaría a muchos combatientes ilergetes, indiketas o ilercavones, pero a la fuerza. A la hora de la verdad serían muñecos vestidos de cuero y hierro con una motivación discutible, tal vez nula. Además, ¿qué clase de habilidad guerrera podía esperarse en personas a las que la propia ley romana impedía portar armas en las calles de sus oppida?

En cuanto a sus legionarios itálicos..., solo un tercio de ellos había combatido en algún momento. Y no en batallas campales, sino en pequeñas escaramuzas contra piratas o maleantes. Contaban todos con una formación básica, recibida en el Campo de Marte, pero su comportamiento frente a una ruidosa barrera de escudos llena de rostros feroces todavía estaba por verse. Por eso Sempronio Graco exigió más al Senado aquel día, y se salió con la suya.

Los dos magistri lo informaron en la misma playa sobre el imprevisto retraso de su predecesor en el cargo. Flaco todavía no se había presentado en la ciudad para efectuar el relevo de tropas. Las razones para aquella tardanza eran desconocidas, dijeron. Afortunadamente, al final, fueron solo cuatro los días de espera. Cuando supo de su llegada, Graco se subió a la Torre de Minerva para presenciar mejor el acercamiento.

Durante más de una hora, un cúmulo de polvo le escondió la escandalosa merma. No eran más de tres mil los legionarios que avanzaban desde el sur hacia Tarraco. Venían caminando a buen paso, aunque en desorden, seguros de que en esas tierras del este ya no los aguardaban más emboscadas.

Una segunda nube emborronaba el horizonte a menos de media milla de distancia. Graco no podía ver su contenido, pero lo adivinaba de sobra. Eran las rémoras que él tanto aborrecía. La excrecencia humana que persigue a toda legión romana como si fuera su sombra.

Igual que ocurría con sus propias tropas, la mayor parte de aquellos soldados pertenecía a una clase pudiente. No eran vulgares proletarii sin oficio ni beneficio. Tenían tierras en Italia, o negocios florecientes. Costeaban su propio armamento cuando eran llamados a filas y podían permitirse ciertos lujos. Muchos se habían traído hasta Hispania a sus siervos. Otros los habían adquirido por el camino. Algunos habían tomado esposas de facto, aunque no de iure, debido a la prohibición expresa de contraer matrimonio durante el servicio militar.

Escupió Graco su desprecio y su destemple por encima de las almenas y centró su atención en las huestes de Flaco y los carromatos que custodiaban. Contó hasta seis, y le extrañó tan alto número. Reparó entonces en la carga de los vehículos. Cuatro iban llenos de chatarra castrense: armaduras desvencijadas, lanzas dobladas y otros desechos de campaña. Dos circulaban tapados con lonas. Escondían media docena de bultos con formas excesivamente regulares como para no tratarse de cofres. El propio Fulvio Flaco venía cabalgando junto a ellos flanqueado por sus dos tribunos favoritos, los que había mandado como emisarios a Roma con ese burdo cuento sobre la Celtiberia. A Máximo Vento no acertó a verlo. Pero lo imaginó entre la infantería que protegía la retaguardia.

Frunció el ceño el nuevo pretor al examinar de nuevo los arcones. Eran pocos para tratarse de los tributos obtenidos de las ciudades iberas sometidas. Eran ciertamente demasiado grandes si contenían las ganancias acumuladas por Flaco durante su pretura; a no ser que las tribus celtíberas se hubiesen vuelto dóciles de repente.

Cruzó el río Tulcis aquel menguado ejército por el puente situado muy cerca de su desembocadura. Penetró después en la ciudad por la puerta sur y se dirigió directamente hacia el foro entre un mar de ovaciones. Supuso Graco que tan triunfal desfile era la forma de despedir a las tropas que habían defendido la Hispania Citerior durante una larga campaña. Le extrañó, no obstante, ver a los legionarios tan cargados en su último viaje desde Castra Atiliana. Todos portaban zurrone y macutos a la espalda, cuando lo suyo habría sido depositar todo lo accesorio en los carros de la impedimenta. Por alguna razón, sin embargo, los hombres de Flaco sentían un apego especial por el contenido de sus bolsas.

Descendió el nuevo pretor por los escalones de la torre como si lo estuviera persiguiendo su esposa Cornelia en medio de la noche. Quería abordar a su antecesor antes de que desapareciera entre la muchedumbre. Los dos debían atar todavía algunos cabos sueltos.

Una flecha invisible atravesó la coraza de Fulvio Flaco y reventó en astillas dentro de sus entrañas cuando tuvo frente a sí a su sustituto. Ambos generales no habían coincidido en dos años, aunque obviamente sabían el uno del otro. Se le antojó a Graco que el mandato en Hispania había desmejorado severamente a su contrario. Enseguida se dio cuenta de que no había sido el gobierno de una provincia lo que había avejentado a Fulvio Flaco, sino los disgustos.

—Si estuviéramos en otro lugar y sin testigos..., juro que me costaría decidir entre darte la mano o propinarte una estocada —masculló el recién llegado a Tarraco.

Aguantó Sempronio Graco la mirada y la pulla mientras reparaba en la presencia discreta de Massa y Menio a espaldas de su jefe.

—Lo dices por lo del triunfo... —murmuró al fin.

—Lo digo por todo.

Agitó la cabeza Graco con vehemencia.

—Lo cierto es que nada de lo que le pediste al Senado resultaba procedente. Y por eso te lo negamos —repuso tranquilamente.

Una mueca torcida se dibujó en los labios agrietados de Flaco.

—Me lo negaron porque tú te empeñaste. Lo de la vuelta a casa antes del invierno ya no tiene remedio. Pero lo otro, lo del triunfo al arribar a Roma..., eso todavía puedo conseguirlo —dijo, y se giró hacia sus arcones con ojos enigmáticos.

Lucía algunas salpicaduras de sangre en su coraza el pretor saliente. El semblante también lo gastaba ceniciento, con algunas manchas de sudor endurecido en las sienes. Le dieron mala espina aquellos signos a Graco y se lanzó sobre el arca que tenía más cerca sin pedir permiso a su propietario. Massa y Menio salieron entonces de las sombras con intención de impedirlo, pero Flaco los contuvo con un gesto de la mano. La indiscreción de su colega no parecía importarle.

Había algunos cascos de bronce celtíberos dentro del cofre. Y torques, fíbulas, brazaletes y diversos abalorios de plata con manchas rojas, frescas, recientes. Lo de los anillos con sus dedos aún enhebrados solo lo distinguió Graco tras fijar la mirada en el fondo. Se abalanzó entonces sobre los arcones restantes, siempre bajo la mirada displicente de Flaco. Encontró monedas, collares, pulseras y otras baratijas flotando en un caldo sucio hecho de sangre y polvo. Un conato de arcada le revolvió el estómago.

—Esto que traes no tiene nada que ver con el estipendio... —adujo circunspecto.

Flaco mantenía aquella sonrisa a medio camino entre el desprecio y la suficiencia.

—Nadie ha dicho que en esos cofres viajaran tributos de ciudades estipendiarias. Eso ya se recogió en su momento...

Cerró Graco la tapa de un golpe. La realidad se había posado al fin dentro de su cabeza como un adoquín de roca maciza.

—No pudiste conquistar grandes ciudades ni fortalezas en dos años enteros. Por eso has estado desvalijando poblados y aldeas celtíberas en estos últimos meses. Para volver con algo. ¡Roma no concede triunfos a los saqueadores! —le reprochó a su antecesor, como si la rapiña estuviera reservada únicamente a la soldadesca más baja.

Fulvio Flaco chascó la lengua con sorna.

—Lo veremos muy pronto. Lo bueno es que tú no estarás allí esta vez para impedirlo. Mañana mismo embarcaré con mis hombres —sonrió.

El jolgorio de la celebración llamó la atención de Graco. Levantó la cabeza. Vio cómo las tabernas y los prostíbulos del cardo maximus se llenaban de legionarios eufóricos; de hombres que regresaban de perpetrar innumerables fechorías en los confines de la Celtiberia; de soldados que habían pasado meses soñando con la vuelta a casa. En un banco cercano, Máximo Vento estaba limpiándose los restos de sangre de debajo de las uñas con la punta de su daga.

—Mucho me temo que tus hombres no van a marcharse de Hispania —asentó el nuevo pretor tras extraer un rollo de entre sus ropas.

Flaco recibió el documento de manos de su interlocutor con ademán intrigado.

—¿Qué diablos es esto?

—El dictamen del Senado para que tus legionarios formen bajo mi mando en esta nueva campaña.

Un aire de incredulidad petrificó las facciones de Flaco.

—Algunos de esos hombres llevan varios años seguidos combatiendo. Tienen haciendas de las que ocuparse en Italia. Merecen volver a sus casas al menos unos meses. Ya les negaste pasar allí el invierno —abogó por los suyos el militar itálico. Pero al ver el rictus inmovible de su colega, añadió—: Tengo derecho a licenciar a quienes me plazca.

Endureció el gesto el nuevo gobernante de la Citerior.

—Según este documento no. No habrá jubilación ni licenciamiento para ninguno de tus veteranos. El Senado los considera imprescindibles en la guerra contra los celtíberos. Los necesito.

Asintió Fulvio Flaco al fin con un mohín de desánimo. Lo sentía por sus soldados. Pero también conocía los efectos de empuñar una espada por su lado erróneo: enfrentarse a Graco y, por consiguiente, al Senado, sería igual que tratar de agarrarla por los filos. Y cortarse. Y cerrarse las puertas del triunfo definitivamente.

—Esos veteranos te darán más problemas que satisfacciones —le auguró a quien le tomaba el relevo.

—¿Por qué? —Había una traza de desafío en el tono de Graco.

—Porque tú no has hecho nunca la guerra y no estás acostumbrado a manejar alimañas.

Tragó saliva Sempronio Graco ante unas palabras tan agoreras. Se le fue la mirada al banco de piedra casi por instinto. Pero Máximo Vento ya no estaba sentado a la sombra de los soportales. Al parecer había terminado de adecentarse los dedos y se había unido a las fieras a las que él mismo comandaba.

V

Se dejó llevar Máximo Vento sin oponer resistencia. En realidad, no se paró a pensar en la razón por la que dos tribunos de Graco habían venido a buscarlo a los barracones. Sí se fijó en las manos de aquellos oficiales. Estaban limpias de cicatrices y no tenían callos. Si el nuevo pretor de media Hispania hubiese querido matarlo, habría enviado a gente más competente.

Abandonaron la ciudad por su puerta oeste. Después rodearon el campamento de la playa hasta dar con su via principalis. Carecían aquellos reales de agger y foso. La empalizada contaba con apenas tres codos de altura. Se trataba de un simple elemento de delimitación más que de disuasión. Hasta un niño pequeño la habría saltado sin ayuda. Una falta de seguridad tal vez comprensible, aunque no aconsejable, se le ocurrió a Vento.

Avanzaron los tres hombres entre las líneas de contubernios en dirección al foro; hasta que el centurión se detuvo en seco a solo dos pasos del praetorium. Había una jaula de barrotes junto a la tienda del comandante de las tropas recién instaladas. Su inquilino ya no vestía las ropas propias de un dignatario celtíbero. Alguien le había arrancado las pieles de oso, las bandas de lana para las pantorrillas e incluso las botas. En su lugar, Magilo lucía una manta raída.

Chocaron las miradas de ambos hombres por accidente. Una especie de mugido animal se le escapó al celtíbero al ver al romano tan cerca. Se levantó de un salto y agarró los barrotes que lo confinaban como si blandiera dos gruesos solliferrea. Al hacerlo, la manta se le escurrió de los hombros. Descubrió una desnudez huesuda y sucia. Máximo Vento reparó en los desperdicios esparcidos por el suelo. Y en el cubo negro lleno de inmundicias hasta los bordes.

—¿Qué hace este aquí? —demandó el centurión con el ceño arrugado.

—El pretor va a utilizarlo durante su campaña —respondió uno de los tribunos.

—¿Cómo?

No hubo más explicaciones. Un burdo empujón catapultó a Máximo Vento dentro de la tienda en la que Sempronio Graco inspeccionaba dos mapas de Hispania. Uno estaba en su poder gracias a la amistad que lo unía a Aulo Terencio Varrón, pretor de la Citerior apenas tres años antes; el otro era la herencia envenenada de Fulvio Flaco. Pretendían reflejar aquellos planos la situación en que cada gobernador había dejado las cosas a su marcha.

Terencio Varrón había confeccionado el suyo de manera simple. Mostraba en su plano una división —teórica e intangible— entre las dos Hispanias, Citerior y Ulterior, así como las ciudades consideradas amigas. Es decir, las que pagaban de manera infalible sus tributos a Roma. A esos oppida, en su inmensa mayoría situados en la costa del mare Internum, el general romano los llamaba de manera eufemística «socii».

Quinto Fulvio Flaco había delimitado, asimismo, las dos provincias, pero con colores. Había

pintado de verde su zona de gobierno, y a toda ella le había puesto la etiqueta de estipendiaria, sin excepciones. Eso incluía no solo la costa este de Hispania, sino también la meseta central, las llanuras, las montañas y los valles ocupados por gentes tan levantiscas como los celtíberos, los vacceos y los carpetanos.

Gruñó Graco su desagrado ante lo que parecía un prado idílico en el que criar ovejas. Después se giró para mirar de frente a su invitado.

—¿Dirías que la realidad pintada por Fulvio Flaco es... auténtica? —le preguntó tras buscar una palabra que no sonara excesivamente ofensiva.

Examinó Vento el mapa con ojos opacos. De su boca no escapó ni un solo comentario.

—¿No te resulta curioso que una provincia pueda cambiar tanto en solo dos años? —insistió Graco en vista de tan pertinaz silencio.

Un suspiro de cansancio se le escapó a Máximo Vento a través de la coraza.

—La realidad en Hispania puede ser muy caprichosa. Varía mucho de un mes para otro —murmuró con desgana.

Asintió Sempronio Graco mientras observaba a aquel centurión lacónico. Se percató de que no podría arrancarle muchas palabras a una estatua de piedra. Pero sí tal vez unas pocas.

—Te he hecho llamar para comunicarte algo —dijo.

Cabeceó Vento sin despegar los labios.

—Voy a quedarme con los legionarios de Flaco. Voy a obligarlos a seguir combatiendo a mi lado. El Senado lo ha autorizado.

Continuó el suboficial romano en la misma pose, con los labios cosidos por un hilo invisible.

—Es una cuestión que a ti también te incumbe...

Un leve pestañeo fue el único gesto que a Graco le sirvió para identificar el consentimiento de aquel hombre.

—¿No tienes nada que preguntar? —insistió.

Vento negó de manera imperceptible con la cabeza.

—¡Maldita sea, di algo! —se encrespó el gobernador de media Hispania.

Un amago de sonrisa iluminó el semblante tostado de Vento.

—Llevo desde los diecisiete años en el ejército. No conozco otro mundo fuera de esto. Las legiones de Roma son mi familia —reconoció sin ambages.

Las cejas de Graco rozaron su flequillo debido a la sorpresa.

—¿Cuánto tiempo has pasado sirviendo entonces?

—Catorce años.

—¿En qué lugares?

—Siempre en Hispania.

Alzó la mirada al techo de su praetorium al general romano mientras hacía cálculos.

—¿Estás aquí desde los tiempos de Cayo Flaminio?! —preguntó estupefacto.

—Así es.

Se le fueron casi todos los miedos al militar itálico, al menos en lo concerniente a la renuncia de aquel hombre.

—Bien, si has luchado junto a tantos pretores, supongo que no tendrás inconveniente en hacerlo ahora a mi lado... —dijo.

—No hay problema —consintió Vento; sin ilusión, sin aspavientos. Le alargó entonces Graco un breve documento y un cálamo con la tinta justa para la firma. Resultó singular el garabato, porque el centurión apenas escribió sus iniciales y les dibujó un bonito gladius en el medio.

Se apresuró Graco a poner el papiro a buen recaudo antes de seguir hablando. Había empeñado su sueño muchas noches cavilando sobre el problema. Deseaba contar con la opinión de un experto.

—Y en cuanto al resto de veteranos... ¿cómo crees que se lo tomarán ellos?

Vento compuso un gesto de indiferencia.

—No me pagan por pensar tanto.

Sonrió ladino el nuevo pretor de la Hispania Citerior.

—Tal vez ahora sí vayan a hacerlo —replicó, y le entregó a su invitado un rollo que descansaba junto a los mapas.

Aceptó el pliego Vento como si manoseara una víbora con los dedos.

—¿Qué es esto? —preguntó al ver el sello del Senado sobre el lacre rojo.

—Tu nombramiento como legado.

A Máximo Vento la coraza de impavidez que los años de milicia habían fraguado sobre su corazón y su cuerpo pareció resquebrajarse como hielo fino. Se le atascaron los dedos mientras

desenrollaba la misiva. Casi se arrepintió de haber estampado su rúbrica tan a la ligera.

—¿Pero eso no contraviene las normas? —titubeó.

—Bueno, las decisiones del Senado, igual que la realidad de Hispania, son a veces muy caprichosas. Pueden cambiar de un mes para otro —sonrió Graco, parafraseando al antiguo centurión de Flaco.

El sarcasmo no descargó a Vento de preocupaciones.

—Además, no sé si estoy preparado para desempeñar un cargo así... Sería un salto muy grande en mi carrera, tal vez excesivo —dijo mientras leía, absorto, el legajo.

—Vas a adelantar muchos peldaños de una manera un tanto irregular dentro del cursus honorum. Eso es cierto —admitió Graco—. Pero el Senado entiende que estamos ante circunstancias excepcionales que requieren medidas también excepcionales. Así pues, no puedes negarte al nombramiento. En cuanto a lo de estar preparado..., yo soy el que nunca ha hecho una guerra; y jamás ha tratado con alimañas. Necesito tu ayuda —se sinceró el nuevo gobernante.

Rememoró Vento la conversación mantenida con Graco en la Curia Hostilia casi cuatro meses atrás, cuando una ambición desmesurada y peligrosa rebosaba a chorros por los ojos de aquel hombre. Se alegró de que la incertidumbre y el miedo hubiesen tomado el relevo. No era la Celtiberia hispana el mejor lugar para sobrevivir al lado de un pretor loco y, además, inexperto.

—Haré lo que esté en mi mano —dijo, y dio un taconazo.

Asintió Graco satisfecho.

—En cuanto a esos veteranos... preferiría que no supieran nada sobre mis intenciones hasta el último momento —le confió a su nuevo subordinado.

—No debes preocuparte por ello. Flaco es el primer interesado en que el gallinero no se altere antes de tiempo —respondió Vento con un deje de ironía. Después se dio la vuelta con intención de marcharse. Pero se detuvo en la misma puerta.

—¿Hay algo nuevo que quieras decirme? —Graco se había inclinado otra vez sobre sus mapas de la discordia.

—Es sobre Magilo.

—¿El guerrero celtíbero?

—Sí.

—¿Qué pasa con él?

—Me gustaría saber para qué vas a utilizarlo en tu campaña.

—Dijiste que era un caudillo importante...

—Así es.

—Pues lo usaré para ablandar la resistencia de otros de su especie. Seguro que muchas fortalezas abrirán sus puertas sin lucha y me besarán las botas cuando vean lo que hago con él delante de sus narices.

Bandeó la cabeza Vento con abierto disgusto. Se dio cuenta de que el trabajo para devolverle la vista a un gobernador ciego iba a ser largo, y requeriría de mucha paciencia.

—Eso que dices no sucederá —asentó taxativo.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque conozco a los celtíberos. Humillar o torturar a uno de sus jefes delante de los suyos incrementará todavía más su odio hacia nosotros. Y, además... —Vento hizo una pausa—, un prisionero muerto no suele valer de mucho.

Se giró el pretor con aire sorprendido.

—No había pensado matarlo tan pronto...

—Me refiero a las condiciones de su cautiverio. Morirá si no le damos más ropa y comida. Por otra parte... tal vez proceda ponerlo en un calabozo.

Sempronio Graco sonrió afable.

—Te prometo pensarlo. En realidad, solo pasará esta noche a la intemperie. Mañana haré el traspaso de poderes con Fulvio Flaco y después, nada nos impedirá abandonar Tarraco con mis hombres y sus veteranos —dijo.

—Si vas a pensar algo, hagámoslo ahora —sugirió Vento, con medio cuerpo todavía dentro del praetorium.

VI

Magilo pernoctó en una mazmorra aquella noche, y también las seis siguientes. En realidad, lo hizo todos los días en los que las legiones de la Citerior permanecieron estacionadas en Tarraco. Y es que Vento impuso al final su criterio. Sugirió llevar su nombramiento como legado en secreto hasta última hora. Asimismo, aconsejó demorar tanto la ceremonia de relevo como la partida de los ejércitos.

Los veteranos de Flaco, le dijo a su nuevo superior, necesitarían al menos una semana para dilapidar el dinero de sus bolsas. Además, la notificación sobre la prórroga de su alistamiento iba a levantar ampollas en muchos. Por eso convenía dirigirse a esos hombres cuando sus cuerpos estuvieran cansados y sus mentes abotagadas por los coletazos de la borrachera.

El mismo Vento buscó el amparo del vino agrio aquella misma tarde. Era costumbre beber tras el combate; aunque, en realidad, no habían librado batallas precisamente meritorias en los últimos meses. Se habían dedicado a asolar pequeños asentamientos celtíberos en la cuenca del río Durius como si fueran bandidos. En verdad, la tropa se había dejado llevar por la cólera desatada de un comandante iracundo.

Y es que el pretor se había molestado por las noticias traídas desde Roma por de sus tres heraldos. Le contrarió a Flaco la imposibilidad de repatriar a sus tropas antes de la primavera, pero lo que más le ofendió fue la negativa del triunfo. Por eso había decidido presentarse ante el Senado cargado de trofeos. Para que los mismos magistrados que habían osado perjudicarlo a instancias de su sucesor en el cargo inclinasen ahora la cabeza a la vista de sus logros. Poco le importó entregar una Celtiberia revuelta tras tanto pillaje. Más bien le agradaba la idea de que su sustituto fuera a encontrarse a un pueblo resentido con el ejército romano.

Abandonó Vento los reales que Fulvio Flaco había plantado junto al acueducto. Dejó atrás un campamento prácticamente vacío. Pocos eran los hombres que no se habían internado en la ciudad para celebrar la vuelta a casa. Las mejores tabernas y los prostíbulos más lujosos se encontraban en el cardo maximus, aunque también había tiendas y garitos en los alrededores del Foro. Era justamente ese bullicio el que el antiguo centurión pretendía esquivar de camino al puerto. Por eso se dirigió directamente a los arrabales del sur siguiendo el contorno de la muralla oeste.

Avanzaba Máximo Vento entre dos luces. Iba con la coraza puesta, el casco abrochado y el gladius colgado del cinto. Nunca se había fiado de la zona portuaria a pesar de las apariencias. Se cruzó con varios borrachos y algunos grupos de legionarios perdidos en su búsqueda de amores baratos. Vio cómo cerraban a toda prisa los negocios respetables a medida que caía el crepúsculo. Era Tarraco una urbe entregada a comerciantes, carpinteros, herreros, albarderos y, en general, a cualquier gremio artesano que tuviese algo que venderle al ejército.

Se entretuvo Máximo Vento unos instantes en la contemplación de aquellas gentes pacíficas. A veces trataba de imaginarse a sí mismo cuando obtuviera su certificado definitivo de honesta

missio. Le resultaba inquietante, sin embargo, anticipar el futuro de un hombre arrojado a la vida civil sin otras habilidades que las de la guerra. ¿Cuánto tiempo lograría llevar una existencia recta un ciudadano incapaz de fabricar nada útil con sus manos? ¿Cuántas semanas o días tardaría en ofrecerse a alguien como sicario debido al hambre? Agitó la cabeza con el fin de apartar de su mente tan truculentas visiones. Ya no le quedaba mucho para alcanzar los suburbios, una zona que conocía bien desde muchacho.

Había adquirido Vento el vicio de beber solo y emborracharse en silencio cuando la ocasión era propicia. Y, sin embargo, hacía una excepción cada vez que el ejército recalaba en Tarraco. En Paratus ad bellum, aquel militar solitario estaba dispuesto a aceptar cierta compañía.

Le había llamado la atención el nombre la primera vez que visitó la ciudad en la época de Cayo Flaminio. Y es que el lupanar en cuestión le pareció realmente «preparado para la guerra», tal y como rezaba su letrero. Disponía de abundante comida fría y mucho vino; pero, sobre todo, contaba con un buen puñado de mujeres sin temor a los caprichos.

Se trataba, en su inmensa mayoría, de antiguas esclavas venidas de Roma; aunque también las había de origen hispano. Viudas ilergetes o edetanas a las que las circunstancias de la guerra habían forzado a una vida de infamia. E incluso alguna esposa celtíbera repudiada por su marido y expulsada de su oppidum.

Penetró Vento en el burdel con la sensación de volver a pisar su casa. Crepitaban algunos leños en la chimenea. Bisbiseaban una decena de fornicatrices a la espera de clientes que jamás llegarían. Un rumor lejano de voces se filtraba, tenue, desde la trastienda. No había más sonidos aparte de la lumbre y los susurros. Para quien no lo conociera, Paratus ad bellum bien podría haber pasado por templo de oración antes que por prostíbulo.

Existía, no obstante, una buena razón para tal calma decrepita: el plantel de meretrices del local apenas había cambiado en década y media. Sus célebres delicatae de otros tiempos —jovenzuelas casi adolescentes de tobillos finos y pechos puntiagudos— se habían convertido en complacientes mujeres maduras. Y, sin embargo, Máximo Vento seguía acudiendo puntualmente a su cita con aquel tugurio.

En su fuero interno no se consideraba un cliente, sino un invitado. Había descubierto Paratus ad bellum siendo un imberbe, cuando sus empleadas ya eran auténticas expertas en el mundo del sexo mercenario. Se había hecho un hombre a su lado, a medida que ellas envejecían irremediablemente. Un extraño conflicto de sensaciones lo aturullaba a veces: no sabía si sentirse hijo o amante de aquellas afables prostitutas.

Tomó asiento en su mesa de siempre, se aflojó un poco las correas de la armadura y se desprendió del casco. No le hizo falta pedir nada. A los pocos minutos le sirvieron un plato de chacinas y una jarra de vino tinto. Se lo llevó Tais, su preferida, la mujer que mejor sabía respetar su conversación desgana, su gesto hermético y sus rarezas.

—He oído que pronto se producirá el relevo de tropas... —le dijo la mujer mientras le abrillantaba el casco con un trapo sucio.

Asintió Vento tras vaciar su jarra de un trago. Tais se la rellenó al instante.

—¿Volverás a Italia esta vez?

Negó con la cabeza el centurión romano.

—Te reenganchas otro año, entonces...

—Sí.

Una mueca triste ensombreció el rostro pintado de la prostituta.

—Me alegro y a la vez lo siento, aunque no por ti —dijo.

Se quedó Vento a mitad de trago.

—¿Por quién entonces? —preguntó intrigado.

Una mano avanzó por debajo de la mesa como una culebra desvergonzada. Se posó sobre el muslo pétreo del centurión romano.

—Por la mujer que estará esperándote en Italia y va a quedarse un año más sin marido.

Terminó al fin Vento su tercera jarra. Se le escapó un eructo.

—Sabes mejor que nadie que tú eres la única —respondió.

Se le ensombreció el semblante a Tais. Acarició con su otra mano la nuca hirsuta del soldado, y después el cuello, y las mejillas.

—Eres tan adorable... —le dijo en un susurro—. Pero sabes muy bien que yo no soy una mujer, sino una puta.

Mostró Vento su mirada más franca.

—A mí eso no me importa.

—Te llevo diez años —le respondió ella mientras le servía más vino—. ¿Quieres tener que cuidar de una vieja pasado mañana, además de soportar la vergüenza?

Acabó Vento en silencio su plato de adobos. Permaneció después unos instantes meditabundo.

—Van a ascenderme, ¿sabes? —dijo al fin con una traza de orgullo.

Había surgido Vento de las sentinas de Roma, como los gusanos. Fulvio Flaco lo había hecho suboficial debido a su arrojo en el combate. Sempronio Graco iba a darle la oportunidad de parecer importante. Tais tenía todavía el casco con la crista transversa sobre las rodillas.

—¿Te van a hacer prefecto? ¿Sin haber estudiado nada? —musitó extrañada.

Curvó Vento sus labios carnosos.

—Me han nombrado legado, pero todavía es un secreto —sonrió—. Brindemos por ello, y por nosotros.

Tais tomó un vaso pequeño y se mojó los labios de caldo rojo. Se dio cuenta de que su acompañante levantaba su jarra con dedos temblorosos.

—¿Quieres que nos retiremos ya?

Se dejó arrastrar el centurión hasta uno de los reservados como un buey obediente. Comprendía que sus pensamientos más lúcidos iban poco a poco cubriéndose de telarañas. Apenas se percató de que una mano experta lo despojaba de la armadura y la túnica. Emitió un largo suspiro al sentir aquellos dedos suaves sobre las cicatrices del pecho. Gimió cuando los labios de Tais le acariciaron el miembro enhiesto. Advirtió entonces la experta meretriz cómo los jeribeques del éxtasis comenzaban a desfigurar el gesto de su amante.

—¿Me doy ya la vuelta? —le preguntó solícita.

—Sí, por favor.

Desconocía Tais el motivo real de aquel gusto. Pero no era el placer de la postura lo que impulsaba a Vento a esconder su rostro durante la cópula, sino la vergüenza. Le había ocurrido durante su primera visita a una casa de lenocinio en Roma, justo antes de alistarse. Había escogido a una prostituta vieja para estrenarse. Pero a la meretriz le había dado por reírse a carcajadas al contemplar el gesto convulso de Vento durante el orgasmo. Desde entonces ninguna mujer había vuelto a verle la cara mientras copulaba.

—¿Dormirás aquí esta noche? —inquirió ella cuando el silencio volvió a rodearlos.

—Solo hasta al alba. Debo estar de vuelta en el campamento antes de que Flaco ordene formar para la ceremonia.

Tais le acarició la mejilla.

—Y ya no volverás hasta que acabe la campaña...

Se encogió de hombros el militar romano, pero antes depositó un beso sobre el hombro desnudo de la prostituta.

—Si vuelvo..., es que aún estoy vivo.

Cerró los ojos, tranquilo, Máximo Vento. Sabía que Tais lo quería en el fondo. Lo notaba en su bolsa al despertarse. Porque, mientras dormía, aquella mujer nunca le robaba más de lo necesario.

VII

Incluso a oídos de Magilo llegaron los ecos de la fanfarria. De hecho, lo despertó aquel rumor lejano de tubas, timbales y trompetas. Era un escándalo parecido al de la batalla, y por eso le causó un sobresalto. Se tiró del camastro como si la manta que lo tapaba estuviera ardiendo. Comenzó a vestirse de prisa con las ropas que sus captores le habían proporcionado días antes. Y es que el celtibero mantenía la costumbre de dormir desnudo, como en sus tiempos de libertad en Sekaisa.

Tiritó mientras se enfundaba el viejo sagum y los calcetines de lana. Escudriñó el exterior después entre las rejas de su celda. Lo que vio le puso los pelos de punta. Había un grupo de legionarios ensamblando tablas en medio del foro. Pensó que construían el cadalso donde lo ejecutarían aquella misma mañana; pero, aunque él no lo sabía, se trataba en realidad del púlpito para los discursos.

Le extrañó también el frenesí de los soldados. La legión al completo se dedicó durante un buen rato a plegar sus contubernios bajo los gritos de los centuriones. Después formaron en aquel mismo espacio y se pusieron a esperar, sin otro quehacer, mientras el sol ganaba altura en el horizonte.

Se sentó Magilo a roer un trozo de queso duro sobre el catre. Tanto trajín por parte del enemigo le daba que pensar. Escupió el tercer mordisco con cara de espanto. No a causa del mareo producido por tanto viaje en barco, sino porque se dio cuenta de que estaba comiendo demasiado. Desde hacía algunos días, los romanos le ofrecían más alimento, pero él solo ingería lo justo para no morir de hambre. Sabía que, tarde o temprano, regresaría a la jaula, y todavía albergaba la esperanza —absurda— de que su creciente delgadez le permitiera escapar en algún momento a través de los barrotes.

Volvió a asomar su cara de pájaro enjaulado por entre las rejas a la media hora. El escándalo de trompetas había llegado ya a las puertas del campamento de la playa. Un grupo de patricios ataviados con togas impolutas y hechuras de mandatarios penetraba en ese instante por la porta praetoria. En medio de todos ellos desfilaba el único hombre acorazado: Quinto Fulvio Flaco.

Mugió Magilo como un toro enfurecido al reconocerlo. Odiaba a aquel pretor por lo que le había hecho. Detestaba a todos los militares que servían a su lado. Aborrecía al pueblo romano en su conjunto. Sobreviviría al cautiverio, se prometió, con tal de vengarse; aunque, para eso..., primero tendría que idear la manera de fugarse.

Detrás de tal pléyade de hombres insignes venía el ejército saliente de la Hispania Citerior. O lo que quedaba de él tras los duros enfrentamientos librados en Celtiberia. Magilo escrutó a aquellos veteranos con ojos expertos. Reconoció incluso algunas caras, de haberlas visto a dos palmos de la suya en la barrera de escudos. Muchos venían todavía algo perjudicados por varios días de excesos. Aun así, saltaba a la vista que se trataba de tropas de élite.

Lucían caligulae con los clavos arrancados por las caminatas; se cubrían con cascos deformados por golpes de maza o de falcata; gastaban cotas de malla burdamente suturadas con trozos de alambre. Imponían incluso los motivos de sus estandartes.

Magilo había visto muchas enseñas romanas en su vida de guerrero. Normalmente, el enemigo blandía banderolas con caballos, cabras montesas o aves rapaces. Su visión les servía a aquellos soldados como orientación durante el combate, y también como recordatorio de sus orígenes. Los hombres de Flaco debían de pelear en nombre del demonio a juzgar por los espeluznantes animales mitológicos que mostraban en sus pendones.

Divisó a Sempronio Graco al frente de su ejército. Su nuevo carcelero y sus tropas bisoñas resplandecían al sol de la mañana como muñecos de juguete. Cegaban la vista sus cascos recién bruñidos; apestaban a cuero nuevo sus ropas y sus coturnos; brillaban como el oro hasta las hebillas de sus corazas. A ninguno le afeaba el rostro un solo rasguño.

Imaginó Magilo al fin el propósito de la ceremonia, y se dispuso a presenciar desde su celda un protocolo que jamás ningún celtíbero había visto de cerca, ni de lejos tampoco: el del relevo de las tropas invasoras.

Dominaba el caudillo el habla vulgar de los legionarios itálicos, pero se le atragantaron los latinajos utilizados por sus jefes. Apenas entendió nada de la florida disertación de Fulvio Flaco. De haber sido un hispano más culto y romanizado, se habría enterado de que el pretor saliente se limitaba a divagar sobre la grandeza del Imperio y el compromiso de sus ciudadanos con el Estado. Para los veteranos que habían peleado a su lado dos campañas enteras, la despedida de su general resultó tan breve como sorprendente.

—Me gustaría deciros que todos volvéis a casa conmigo, tal y como os había prometido; pero lo cierto es que el Senado ha decidido justamente lo contrario. —Agitó sobre su cabeza el documento de marras—. Ha dejado vuestra suerte en manos de mi sucesor. Solo de él dependen los licenciamientos, y al parecer desea reteneros a todos. —Los murmullos de protesta no impidieron que Flaco se despidiera de los suyos—: Llevad a Roma siempre en el corazón, pelead junto a Graco igual que lo hicisteis conmigo... y tal vez volváis a casa vivos y más ricos —les dijo.

Rápidamente se bajó de la tarima y se dirigió a grandes trancos a la dársena donde esperaba un único barco. Para él y sus oficiales. El resto de la flota había zarpado de noche, con todas sus embarcaciones vacías. Se había hecho así a instancias de Graco, y con la aprobación de Máximo Vento, con el fin de evitar contratiempos a la mañana siguiente.

Aunque continuaba in albis, Magilo percibió aires de revuelta en aquel ejército súbitamente descabezado de mandos. Tan solo los centuriones se habían quedado al frente de sus compañías, pero murmuraban igual que los soldados. Se le ocurrió al cautivo que si los descontentos rompían la formación y se liaban a cuchilladas con sus compañeros de enfrente, tal vez pudiera aprovechar la confusión para intentar la fuga. Desgraciadamente, Sempronio Graco le escaldó las ilusiones a los dos segundos.

Se aupó a la tribuna el general romano sin pérdida de tiempo. Desenrolló con parsimonia la orden senatorial que convertía a aquellos soldados estupefactos en forzados evocati, y comenzó a

hablarles como si estuviera predicando desde su banco en el Senado.

Aludió a la necesaria e inaplazable defensa del Imperio por parte del ejército de la República, y al amor hacia la nación esperable en todo ciudadano itálico; y a los ímprobos esfuerzos a los que ambas cosas obligan en ocasiones a los mejores. Y a los sacrificios inevitables en un camino de espinas; y a la renuncia, aunque solo durante un tiempo, a la tierra, a los negocios y a la familia.

Lejos de aplacar la algarabía, cada razón propuesta por Graco parecía un latigazo en las carnes de los que ya habían pasado por obligaciones, renunciaciones y sacrificios durante veinticuatro meses. Cundía también el desánimo entre los acompañantes de unos soldados abandonados por su líder en tierra inhóspita. Menudeaban los gritos de horror o ira al otro lado de la empalizada.

Se lamentaban los siervos por la mala suerte de sus amos, y de ellos mismos. Lloraban las mujeres que aún no eran esposas, y los niños a los que mantenían escondidos entre sus faldas. Y es que Graco no les había permitido traspasar las lindes del campamento. Temía que entre aquella turbamulta gesticulante se colaran tahúres, prostitutas y otros maleantes dispuestos a pescar en río revuelto.

Se relamió Magilo en la umbría de su jaula al sentir los primeros golpetazos contra los troncos. No podía descartarse que tan variopinta multitud forzara al final la entrada en unas instalaciones excesivamente endebladas. Vio reverdecer sus sueños de libertad el celtíbero en el temblequeo de aquellos postes. De hecho, uno de los tabiques de su mazmorra era parte de la cerca.

A poco que arreciaran los empujones, la empalizada completa se vendría abajo. Después, el propio tumulto disimularía su fuga. Aun así, sería mejor huir armado. Por eso, el guerrero belo buscó a su alrededor algún objeto cortante. Pero solo encontró a mano un vaso vacío y un plato lleno de desperdicios, ambos de loza. Los rompió, y se quedó con el pedazo menos roto.

Estaba el pretor temblando sobre su tarima. Miraba con ojos angustiados a unas tropas curtidas en centenares de batallas, y ahora descontentas. Si un simple prefecto, o incluso algún centurión de renombre, lanzaban al aire un «Rompan filas», la rebelión de los veteranos de Flaco estaría servida. Provocaría, además, una sangrienta confrontación entre los que acababan de llegar y los que querían irse. El resultado de la masacre no estaba nada claro, a pesar de la ventaja numérica de sus legionarios.

Afortunadamente, Graco se acordó de Máximo Vento a tiempo. Recordó cómo su legado le había aconsejado prescindir de arengas políticas y centrarse en asuntos más tangibles y terrenales. Los veteranos de Flaco ya habían probado con creces su compromiso con Roma y sus capacidades de resistencia, le había dicho. Pero en aquellos instantes de incertidumbre y cólera necesitaban otro tipo de acicates.

Asintió imperceptiblemente el nuevo pretor hacia su legado antes de volver a tomar la palabra. Se propuso nivelar la balanza de las disensiones de una manera rápida y eficiente. Lanzó por encima de aquella nube de comentarios reivindicativos un mensaje cargado de valiosas prebendas. Consiguió que los veteranos de Flaco lo escucharan con atención. Incluso Magilo aguzó el oído.

Prometió derecho de saqueo en todas las ciudades que no se rindieran de inmediato. En los otros

oppida, en los que aceptaran la tutela de Roma a cambio de tributos, Sempronio Graco les aseguró que renunciaría a su parte. Entregaría aquel dinero a los evocati, para compensarlos por el esfuerzo. Asimismo, afirmó tajante, repartiría —esta vez entre toda la tropa— el quinto destinado al Senado.

La golosina no consiguió acallar del todo los murmullos. Pero sí logró al menos convertir las voces amenazantes en exclamaciones de sorpresa. Después, sí llegó el silencio. Tenso, frágil, sospechoso. Magilo preparó su primitivo cuchillo de loza.

Una garganta ronca rugió desde las primeras filas. Era un centurión con el pecho plagado de phalerae. Sin duda un referente, un héroe, un hombre respetado por la tropa.

—¿Cómo sabemos que podemos fiarnos de ti?! —tronó el suboficial con descaro.

Ignoró Graco el tono desafiante del desconocido. Forzó incluso una media sonrisa y respondió con un mensaje tajante y directo como un flechazo a quemarropa.

—Porque pienso designar a ese hombre como mi legado —replicó Graco desde su tribuna, y señaló con todo el brazo extendido a Máximo Vento—. Comprendo que aún no confíes demasiado en mí porque no me conoces. Pero apuesto a que seguirías a tu viejo camarada hasta el infierno si él te lo pidiera. Este hombre tendrá mando directo sobre todos vosotros —continuó Graco en medio de un foro ya enmudecido—. Jamás haréis nada que él no apruebe antes.

Máximo Vento salió por primera vez del anonimato. Caminó quince pasos y se colocó frente a quienes habían sido sus compañeros de filas. Portaba todavía el casco con la crista transversa, pero un joven tribuno le llevó corriendo otro con el penacho rojo propio de los oficiales.

Habían cesado las voces de la misma manera que los truenos se extinguen tras el relámpago. Roncos, lejanos, imprevisibles. Tres mil pares de ojos contemplaron con una mezcla de devoción y sorpresa al hombre que tenían frente a ellos. Todos aquellos fieros combatientes sin excepción habían compartido espacio con Vento en el muro de escudos. Se habían apoyado en su hombro al recibir una herida de falcata o un hachazo. Habían sentido su brazo alrededor de la armadura mientras los ayudaba a abandonar la primera línea. Pocos podían llamarse amigos íntimos, eso era cierto; y sin embargo, no existía ni un solo legionario que no respetase al nuevo legado de Graco.

Le había pillado por sorpresa a Vento tan meteórico ascenso. Pero así eran los mandos preferidos por la soldadesca más curtida: hombres de pocas palabras, militares de mirada gris y juicio sereno. Oficiales que se batían igual que sus subordinados si las cosas vienen mal dadas. Máximo Vento había sido un legionario ejemplar durante muchos años, un centurión destacado en las filas de Fulvio Flaco... ¿Por qué no habría de ser también un legado competente en el ejército de Tiberio Sempronio Graco?

Magilo divisó al recién nombrado legado entre las rejas. Apenas lo había visto una sola vez desde la escena ante el Senado romano. Un revoltijo de sensaciones recorrió las tripas del guerrero celtíbero como el barrunto punzante de la diarrea. Detestaba a aquel hombre por tratarse de un invasor extranjero. No podía, sin embargo, evitar admirarlo como combatiente. Ambos habían coincidido varias veces peleando frente a frente. No habían logrado matarse por caprichos

del destino, o debido a la mala suerte. Y es que no siempre las batallas se resuelven con una victoria clara. A veces la noche evita la degollina del enemigo cuando mejor pintan las cosas; en otras ocasiones, uno de los ejércitos —normalmente el celtíbero— opta por una retirada apresurada para evitar la catástrofe.

Habían cruzado, en cualquier caso, muchos golpes en los páramos de la Celtiberia. Por eso cada cual conocía el nombre del otro. Se lo habían preguntado mientras intercambiaban gruñidos, insultos y salivazos entre tajo y tajo. Algunas de las cicatrices que Vento lucía en el pecho se las debía a él. Y también al contrario. Mientras aferraba con fuerza su plato roto, Magilo se preguntó qué pasaba por la cabeza de su enemigo en aquellos momentos de aparente duda.

Traía Vento un esbozo de discurso guardado en algún lugar de su mente. Había pensado dirigirse a sus antiguos compañeros con el realismo más descarnado. El reenganche, iba a decirles, no era lo peor que podía ocurrirle a un soldado con varios años de milicia a sus espaldas. Volver a Italia no iba a reportarles más que dolor y desesperanza. Porque encontrarían sus tierras ya yermas de no cultivarlas; y los negocios perdidos debido a la desatención inevitable de los criados. Lo más fácil, e incluso lo recomendable para ellos, sería seguir con el trabajo que mejor dominaban: el de matarifes. Al menos una campaña más, un tiempo en el que recogerían copiosos beneficios, según les había prometido Graco.

Torció el gesto Máximo Vento al descubrir que eran demasiadas palabras como para no trabucarse. Por eso cambió de idea sobre la marcha. Nombró a varios prefectos entre los centuriones de su confianza y luego impartió algunas órdenes para la tropa.

—Volved al campamento del acueducto y desmontadlo. Saldremos de Tarraco en dos horas. No quiero retrasos —les dijo, y se marchó a preparar sus cosas.

Dejó caer Magilo su estilete de loza al atisbar el final de un sueño sin fundamento. Se quebró el arma en mil pedazos, igual que su ánimo, cuando vio que sacaban a los bueyes de los establos, y la jaula. Contaba aquel engendro del diablo con nuevos barrotes; más gruesos y juntos. Ya no habría manera de pasar entre ellos, se dio cuenta; ni aun convirtiéndose en lagartija.

—¡Vento! —llamó a su enemigo al verlo pasar cerca de la mazmorra.

Se detuvo el militar romano junto a la puerta de la celda. Ambos hombres se miraron en silencio durante unos segundos.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora, Magilo?

Tardó unos segundos el guerrero de Sekaisa en deshacer el nudo trabado por la rabia. Le afligía la imposibilidad de escaparse; le irritaba tener que pedirle favores a su carcelero.

—¡Mátame, Vento! ¡Ahora! —exclamó tras superar el segundo escollo.

Observó el legado de Graco a su prisionero con los brazos en jarras. Más de un hombre le había suplicado la muerte, pero en otras circunstancias. Normalmente eran la tortura o las heridas obtenidas en la batalla las que empujaban a muchos a pedir cita anticipada con los dioses.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó impertérito.

Magilo humilló la mirada. Se vio, sin querer, los pies enfundados en calcetines rojos, de legionario; y los tobillos sujetos por grilletes. Se palpó el sagum raído con manos trémulas.

—No quiero que me paseéis por toda la Celtiberia metido en una jaula —dijo casi llorando.

—No vas a ir todavía a tu tierra —le dijo Vento, pero no logró que sus palabras consolaran al prisionero.

VIII

Crujían los adoquines de la vía Heraclea bajo las caligulae claveteadas de una legión y media. Ladraban órdenes los centuriones mientras empleaban sus varas con algunos rezagados. Resoplaban los más veteranos para seguir el ritmo de los legionarios más jóvenes. Sufrían también los bueyes de la impedimenta y los que tiraban de las máquinas artilleras en la subida interminable a Atanagrum.

Un calor casi estival derretía las armaduras y los cascos apenas tres días después de las nonas de marzo, pero Sempronio Graco estaba decidido a alcanzar la antigua capital ilergete antes del mediodía. Había decidido iniciar allí el reclutamiento forzoso de auxiliares hispanos. Según Máximo Vento, habían transcurrido cinco años desde la última vez que un pretor hiciera allí leva. Así pues, la ciudad había tenido tiempo de sobra para recuperarse de la sangría, aunque ya no era ni la sombra del poderío que un día hiciese temblar a romanos y cartagineses.

El daño y la devastación habían sido grandes en las últimas décadas. Y, sin embargo, la Athanagia de los iberos había rehecho su vida de algún modo. Todavía podía considerarse una urbe suficientemente populosa como para encontrar en ella a un puñado de buenos soldados. Obviamente, Iltirta y Bolskan eran ciudades mucho más florecientes, pero Fulvio Flaco ya las había esquilado de jóvenes guerreros dos años antes. Volver a ellas y exigir más hombres resultaba a todas luces improcedente.

Penaba Magilo dentro de su cárcel rodante. El sol del mare Internum lo castigaba mucho más que el de su tierra. Desconocía aquellos territorios cuajados de colinas y pinos chaparros. Por eso miraba con interés los vericuetos por los que circulaba la tropa y, un poco más atrás, sus sempiternos acompañantes.

Sempronio Graco no había podido impedir que los veteranos que había heredado de Fulvio Flaco cargaran con sus sirvientes y sus amantes. Las prostitutas, los mercachifles y los tahúres también los seguían a cierta distancia. Esas gentes, le había dicho Vento, eran una peste tan vieja e inevitable dentro del ejército romano como lo eran las moscas para las acémilas.

Se asombró Magilo ante el esplendor ruinoso de Atanagrum. Jamás había visto un oppidum con dos murallas concéntricas, provistas, ambas, de foso. De aquel sistema defensivo, sin embargo, solo quedaban los restos, y tal vez los recuerdos de la derrota. Las torres que guarnecían las puertas yacían todas desmoronadas sobre sus cimientos. La muralla, las almenas y el adarve mostraban los mordiscos certeros de los onagros. El batir constante de los arietes había abierto enormes brechas en los lienzos. En cuanto a los fosos, hasta un niño habría sido capaz de cruzarlos saltando entre los escombros. A la Athanagia ilergete podían haberle arrebatado su fuerza y su belleza. Pero aún tenía algo que nunca muere en el alma de un guerrero: el orgullo y el odio. Eso fue lo que a Magilo le pareció leer en las facciones de su gobernante.

Respondía al nombre de Estobeles aquel régulo ilergete, y sabía perfectamente qué esperar de la visita de Sempronio Graco. No en vano el pretor de media Hispania le había enviado dos

emisarios el día anterior con el fin de notificarle su llegada y sus intenciones.

Pretendía el romano alistar mil hombres, de entre veinte y treinta años, en Atanagrum. Setecientos de a pie, armados con espada, escudo y jabalina, y trescientos de a caballo. Se trataba a todas luces de una cifra desproporcionada. Pero, según Vento, tras las quejas y los lloros iniciales de los caudillos locales venía, de manera infalible, el regateo; y después, el acuerdo. Era aquella una vieja costumbre practicada por todos los pretores y procónsules de Hispania: pedir el doble de lo que uno espera obtener realmente.

Frisaría Estobeles los sesenta años, una edad harto inusual para la época. Era todavía alto y fuerte, pero su vientre lucía ya más ancho que sus hombros. Por eso, a la vieja armadura que esa mañana se había puesto para recibir a los romanos le habían tenido que añadir algunos trozos de correa para que el caudillo pudiera fijársela al torso. También el cono de hierro que llevaba, encasquetado sobre su cabellera blanca se le había quedado pequeño con el paso del tiempo. Más parecía un burdo bebedero de ocas que un casco.

Habría hecho bien Estobeles en morir antes. En primer lugar, habría evitado formar parte de una rebelión imposible al lado de Indibil y Mandonio; y, por ende, muchas visitas como aquella. Pero, sobre todo, se habría ahorrado la desgracia de ver su propia ciudad arrasada por las legiones de Cneo Cornelio Escipión.

—¿Tienes preparado lo que te pedí? —lo aseteó Graco cuando estuvo frente a él a las puertas de la antigua fortaleza.

Mantén el caudillo ilergete los párpados entornados, para proteger sus ojos del sol y, posiblemente también, para esconder sus intenciones.

—Claro. Tengo a los hombres formados ahí dentro —murmuró lacónico.

Se refería el ibero al espacio limitado por las dos murallas defensivas. Un patio circular lleno de escombros y grietas traicioneras, una ratonera ideal para acabar con una legión romana utilizando apenas un centenar de buenos arqueros. Por eso, una centuria en formación de testudo acompañó a Graco al interior de Athanagia. El mismo pretor desenvainó su gladius y se colocó detrás del ilergete. Iba preparado para acuchillarlo en cuanto cayera la primera flecha. Pero no hubo descarga de proyectiles.

A la sombra de la antemuralla formaban doscientos seres maltrechos, ancianos en su mayoría. Al que no le faltaba un brazo carecía de pierna. O de ojo. Vestían todos andrajos. Portaban vetustos escudos rajados por la humedad y el desuso. Su armamento era pura cochambre. Viejas falcatas que tal vez hubiesen tenido buenos filos tres décadas antes, pero ahora no habrían logrado cortar un miembro humano ni por desgaste.

—¿Qué es esto?! ¿Se trata de una broma?! —aulló el pretor romano tras observar durante unos segundos a los patéticos supervivientes de la última insurrección ilergete.

Estobeles compuso una mueca de aflicción impostada.

—Es lo que hay... Son malos tiempos —se lamentó.

Procuró amortiguar Graco el agudo rechinar de sus dientes. La osadía del régulo lo descomponía. Logró a duras penas imponerse calma.

—Quiero ver tu ciudad al completo —exigió al cabo.

Estobeles cabeceó como un buey manso.

—Por supuesto...

Se puso al frente de la comitiva el líder ilergete con el fin de mostrar a sus invitados los entresijos de su enorme polis. Se admiró Sempronio Graco ante una laberíntica retícula de calles empedradas, surcadas de profundos surcos: las trazas de los carros que aún recorrían el oppidum a diario.

Probó el agua cristalina de las numerosas fuentes de Atanagrum. Se detuvo en una amplia plaza con soportales, y contempló con estupor los puestos de verduras y carnes. Había mercaderes de una edad parecida a los guerreros tullidos del patio. Y mujeres jóvenes discutiendo sobre precios. Y niños de todas las edades correteando entre faldas.

—¿Dónde están los padres de esas criaturas? —demandó Graco tras contemplar pensativo la estampa.

Fingió Estobeles un dolor irrestañable.

—Muertos —dijo.

—¿De qué?

—De pena, pretor.

Escogió Graco la vía más ancha desde la plaza para adentrarse aún más en el oppidum. Ascendió por ella como si la conociera. Se detuvo en su punto más alto, ante una casa enorme de tres plantas. Un edificio marmóreo, construido enteramente de piedra con robusta techumbre de pino.

Habían parado muchos carros a la entrada de aquella morada imponente a juzgar por el número y la profundidad de las roderas. Al menos durante treinta o cuarenta años, el patio y sus almacenes se habrían llenado de valiosas mercancías, o de cofres cargados de tributos, o tal vez de esclavos capturados en territorios vecinos. Al dar la vuelta, los vehículos habían grabado un sinfín de trazos indescifrables, igual que el mensaje enigmático de un dios tartamudo y loco.

Se quedó Graco contemplando aquellas cicatrices milenarias durante un minuto. Después musitó:

—Esta es tu casa, claro.

La sorpresa arrugó el ceño de Estobeles.

—Así es —asentó a la defensiva.

—Que salgan todos.

A un gesto de Vento, diez legionarios irrumpieron en la vivienda. Sacaron a empellones a una mujer vieja, a otra de mediana edad y a dos zagales casi barbilampiños.

—¿Quiénes son estos? —repuso Graco al ver a los muchachos.

—Mis nietos.

Chascó la lengua con sorna el militar romano.

—Y su padre estará muerto, supongo... —reflexionó en alto.

—Sí.

—De pena...

—Eso es.

Se le ofuscó el gesto al mandatario itálico. Le urgía poner fin a tamaña burla, pero no sabía cómo hacerlo. Máximo Vento vio muy cercano el martirio lento y agónico de Estobeles. Un suplicio que solo serviría para acortarle los plazos a un anciano ilergete que ya vivía con permiso de los dioses. El rey ibero moriría con la boca cerrada, guardando para sí el misterio de sus paisanos desaparecidos.

Se dirigió entonces el legado a los mismos soldados que habían registrado la casa.

—¡Crucificad a los muchachos! Y a él... ¡ponedlo en la jaula con el celtíbero! —ordenó con voz estentórea.

Un grito de terror se le escapó a la madre de los dos chicos mientras su abuelo se arañaba la cara como si los piojos le devoraran la piel y los ojos.

—¡¿Por qué?! ¡No podéis cometer semejante atropello! ¡Somos un pueblo amigo de Roma...! Vosotros mismos nos llamáis socii... —gimoteó el oligarca ibero.

Ventó asíó al ilergete por los cuellos de su túnica. Lo zarandeó sin contemplaciones antes de bufarle al rostro:

—¡Nos estás tomando el pelo, maldito viejo del diablo! ¡Aquí tienen que resucitar muchos muertos esta misma noche si no quieres quedarte sin nietos!

IX

Les arrancaron la ropa y les untaron el cuerpo con miel a los dos nietos de Estobeles antes de crucificarlos a las puertas de Atanagrum. Lo hicieron con el fin de que el pringue dulzón atrajera a los bichos. Y el dolor del castigo se mezclara con el de los picotazos y los mordiscos. A Estobeles también lo desnudaron, pero solo de su honra. Lo despojaron de cualquier distintivo regio, incluido su precioso cinturón de piel de ballena engastado con clavos de plata. Después lo empujaron dentro de la jaula.

Graco le lanzó a Vento una mirada de preocupación antes de abandonar al ilergete y a sus dos nietos a su suerte. El legado le respondió con una simple palabra que llevaba, sin embargo, trazas de certeza. «Aguantarán», murmuró simplemente, y se volvió para impartir nuevas órdenes.

Únicamente veinte hombres, dispuso, quedarían al cuidado de los represaliados. El resto del ejército desharía el camino hasta donde los agrimensores y los vélites ya habían pasado horas levantando el campamento.

Penetró Estobeles en la jaula de barrotes con precaución de perro asustado. Llevaba los puños prietos por si la fiera peluda con la que iba a compartir encierro trataba de despedazarlo. A pesar de las apariencias, ambos hombres militaban en bandos teóricamente opuestos. Ahí era donde la historia y las circunstancias habían colocado a los dos usuarios de la cárcel.

Magilo recibió a su acompañante en silencio, como quien observa a un fantasma bonachón e inofensivo. Ello le dio pie al mandatario de Athanagia a tomar asiento junto al prisionero más antiguo.

—Me llamo Estobeles y soy el rey de los ilergetes —dijo en su idioma.

—¡No te entiendo, maldita sea! —gruñó el celtíbero en su propio lenguaje.

Lanzó una risotada el recién llegado al hacerse súbitamente consciente del problema. Entonces lo repitió todo en la lengua común proporcionada por los invasores. Asintió el cautivo de Sekaisa tras escuchar palabras más comprensibles.

—Mi nombre es Magilo, caudillo de los belos y los titos —asentó con orgullo.

Durante unos minutos, el silencio rodeó a ambos hombres como una serpiente de piel sedosa. De repente, Estobeles ahogó un conato de carcajada.

—¿De qué te ríes? —le preguntó su anfitrión.

—Nada, de que yo me he llamado rey y tú caudillo. Y mira cómo estamos...

Se encogió de hombros el guerrero belo.

—Bueno, la vida tiene estas cosas... No hay que darle más vueltas —arguyó con aire conciliador—. En cualquier caso, lo tuyo es mucho peor que lo mío.

Estobeles enarcó dos cejas frondosas y plateadas.

—¿Por qué dices eso? —gruñó.

—Porque mi cautiverio es solo pasajero. En cambio, tu esclavitud es ya para siempre.

Digirió el ilergete aquellas palabras como si tragara sapos podridos. Masticó sórdidas letanías en su idioma, pero acabó recurriendo a la única manera posible de entenderse.

—Te perdono la ofensa porque no sabes de qué hablas. Tú no tienes ni idea de lo que es luchar contra estas malditas legiones. Tan solo has tenido suerte de que tus tierras se encuentren más lejos de Roma que las mías. Pero acabarás igual que todos. Es una mera cuestión de tiempo —masculló al fin en lengua latina.

Magilo se levantó de un salto. Le ardían el estómago, y la garganta, y los ojos debido al desprecio.

—¿¡Quién te has creído que eres para insultarme?! ¡Soy el gran Magilo, y tengo el culo pelado de matar romanos! ¡Vivo en un territorio libre porque los belos somos gente indomable, no como vosotros, malditas mujerzuelas costeras!

Se irguió también el ibero tras la andanada. Los prisioneros quedaron frente a frente, con las puntas de las narices rozándose y los ojos enrojecidos por la cólera.

—¿A asaltar a una partida de forrajeadores y matar cuatro soldados sin armas lo llamas pelear contra Roma? Me das pena... —A Estobeles se le escapó un suspiro de lástima. Después adoptó una pose abstraída, introspectiva, mientras su adversario maldecía en lengua celtíbera.

Magilo dio un respingo cuando la mano derecha de Estobeles se le posó en el hombro. Le recordó a su propio padre cuando el anciano quería concienciarlo de algo.

—Hijo, yo he visto cosas que no podrías ni imaginarte —le dijo el ibero muy quedo al oído.

No se atrevía el celtíbero a rechazar el contacto, pero le quemaban los dedos de Estobeles sobre el sagum.

—¿¡Cuáles?!

Pasó por alto el ilergete la pregunta.

—¿Sabes quiénes fueron Indíbil y Mandonio?

La memoria de Magilo viajó en el tiempo como una flecha sin puntería.

—El caso es que me suenan esos nombres, pero no sé de qué... —murmuró, incapaz de recordar los cuentos de su niñez en Sekaisa.

Cabeceó Estobeles, condescendiente.

—Claro, con razón no sabes que entre ellos y yo llenamos de sangre romana las playas de estas costas. Matamos a veinte mil legionarios el primer día, y a otros tantos el segundo.

Frunció el ceño Magilo ante cifras tan astronómicas.

—¿Y cómo es que no ganasteis?

—Porque cada mañana aparecían en el horizonte nuevos trirremes con más enemigos. Y por eso no hubo manera de derrotarlos... —Se le quebró la voz a Estobeles al rememorar la tragedia.

—Ya. ¿Y qué fue de ese tal Indíbil y del otro?

—Ejecutados.

Asintió Magilo, compungido.

—Claro, es natural. Es que cuando uno es un rebelde, ya sabe a lo que se expone si lo pillan —dijo.

Una luz de intriga se le filtró, sin embargo, a través de los párpados a los pocos segundos.

—¿Y cómo es que a ti no te mataron? —preguntó mientras miraba de frente al ilergete.

Estobeles no pudo por menos que humillar la cabeza ante la fuerza de aquellos rayos incandescentes.

—Bueno, esa es una historia de la que no estoy muy orgulloso —reconoció—. Lo cierto es que cuando los romanos te hacen prisionero y no te ejecutan a las primeras de cambio, eso es porque esperan utilizarte en algún momento para algo. Así que... ve preparándote.

Magilo dio un paso atrás en la jaula, como si quisiera poner distancia con su interlocutor ibero.

—¿Qué podrían querer de mí esos cabrones?! —exclamó entre sorprendido y asustado.

Negó despacio Estobeles.

—No lo sé, pero no será nada bueno, ni barato. Anda, sentémonos otra vez, como amigos —sugirió.

La noche se les había echado encima sin enterarse a los dos cautivos. Tampoco habían reparado en que su larga conversación había estado amenizada por los gritos constantes de uno de los crucificados.

—¿Esos de ahí arriba son hijos tuyos? —preguntó de repente Magilo.

—Nietos.

—Ya, pues te ha salido uno medio bueno, pero el otro es un blandengue. En cualquier caso, eso es siempre culpa del padre y no del abuelo.

Compuso una mueca de disgusto el rey de los ilergetes.

—Sí, es que Balkeatin, el de los quejidos, será un día mi heredero. Y, lo quieras o no, se ha criado de otra forma. Ya sabes...

—Sí, entiendo que entre todos lo hayáis convertido en un consentido. ¿Y cómo se llama el mudo? —quiso saber el celtíbero.

—Arranes habla..., pero poco. Es más duro que su hermano porque ha estado siempre más cerca de mí. Es quien me ayuda con el negocio. ¿Sabes a qué me refiero?

—Por supuesto. Quieres decir que es tu mano derecha a la hora de extorsionar y presionar a los arrendatarios de tus tierras en la época de cobros. El que falsea el vino y el aceite que importas antes de revenderlo por el doble. El que te acompaña a los mercados de otras ciudades y le endosa una buena tunda a quien se pone tonto con los precios —resumió Magilo.

—Sí, ese tipo de cosas.

Un breve silencio planeó sobre la jaula y sobre las voces quejumbrosas de Balkeatin; hasta que una súbita curiosidad espoleó al mandatario ilergete.

—Y tú... ¿tienes hijos? —le preguntó a su compañero.

Una lágrima traicionera descendió por la mejilla de Magilo. Había logrado contener durante muchos meses los mordiscos de la nostalgia. La pregunta, sin embargo, lo llevó inevitablemente al recuerdo. Y este, al llanto.

—Dos, creo —gimió, con las manos sobre la cara.

—¿Crees?

Apretó los puños Magilo hasta hacerse sangre en las palmas. Habló solo cuando estuvo seguro de que la frase no se le quedaría a medias.

—Tenía uno ya al caer preso, pero Izaro estaba embarazada. Espero que el segundo ya sepa gatear cuando vuelva...

Estobeles le aferró la mano.

—¡Por supuesto! —lo consoló antes de añadir—: Izaro... Jamás había escuchado ese nombre.

Se explicó Magilo con naturalidad y solvencia:

—Es que es del norte, de origen autrigón. Su padre era un mercader que solía pasar por Sekaisa con un carro cargado de ánforas de vino e hijas solteras. Un año le compré a la pequeña. Ya sabes cómo funcionan estas cosas...

Estobeles frunció los labios. Se hacía cargo perfectamente.

—Claro, es que tener hijas no trae cuenta. Al final, tienes que buscarles salida de una manera u otra...

—Eso es.

La alborada hizo arreciar los gritos del futuro heredero. Había más mosquitos en el exterior, y más silencio dentro de la jaula. Las palabras parecieron agotadas sin remedio, a pesar de que ambos hombres continuaban apretándose la mano.

—Me imagino que ya lo sabes, pero es mi obligación decírtelo —sostuvo Magilo de repente.

—¿El qué?

—Que todos los que regresen esta madrugada para unirse a los romanos morirán en cuanto se enfrenten a mi gente. O a los arévacos, o a los pelendones, o a los vacceos... En realidad, somos todos igual de fieros.

Estobeles aumentó su presión en los dedos.

—Lo sé. Ya me he hecho a la idea —dijo, y esta vez fue a él a quien le sobrevino el llanto.

Se dio cuenta Magilo del sufrimiento del ilergete, y se sintió culpable por ello.

—Bueno, no te des tormento por eso —le dijo—. A lo mejor no vuelve ninguno...

Irguió la cabeza Estobeles como accionado por un resorte.

—¡Pero entonces esos dos morirán en la cruz! —se espantó ante tan horrible expectativa.

—No lo creo —le contradijo su compañero de jaula—. Me ha dado la impresión de que Máximo Vento lleva la voz cantante en este asunto. A pesar de ser un puto romano, no es un tipo demasiado sanguinario.

—¿Conoces al legado de Graco?!

—Pues claro —presumió el celtíbero.

—¿De qué?

Las palabras le salieron al caudillo belo como el latigazo de una catapulta.

—¡De la guerra!

X

Sempronio Graco y Máximo Vento contemplaron admirados una escena enternecedora y a la vez paradójica. Los dos prisioneros enjaulados dormitaban apaciblemente recostados uno en el hombro del otro. Las manos las mantenían, además, entrelazadas, cuando en realidad deberían de haberlas utilizado para sacarse los ojos durante la noche.

Estobeles fue el primero en espabilarse.

—¿Han vuelto? —preguntó ansioso mientras se ponía en pie de un salto.

Compuso Graco una mueca de circunstancias.

—Algunos —dijo.

Salió de su encierro con paso inestable el rey ilergete.

—¡Balkeatin! ¡Arranes! ¡Estáis vivos! ¡Muy pronto acabará vuestro suplicio! —les gritó eufórico. Después echó a correr hacia el patio de Athanagia para comprobar el éxito de sus mensajes.

Y es que a Estobeles los romanos le habían permitido enviar dos heraldos a los valles y montes cercanos antes de meterlo en la jaula. El primero portaba palabras de súplica. Pedía a todos los hombres útiles que salieran de sus escondrijos y volvieran por las buenas. Era, al fin y al cabo, de obligado cumplimiento entre todos los pueblos iberos someterse al cupo exigido por el Senado.

El segundo emisario tenía orden de dejar transcurrir dos horas antes de llenar los aires de amenazas si no se advertían movimientos. Y así lo hizo. Juró en nombre del rey que los prófugos perderían el arriendo de sus tierras. Jamás volverían a pisar Athanagia. Ni siquiera para despedirse de sus mujeres y de sus hijos, a los que Estobeles vendería personalmente en el mercado de esclavos.

Dos centenares de reaparecidos se agolpaban junto a la antemuralla con aire de rebaño. Máximo Vento los mandó formar en filas de a veinte, separadas cada una por un par de pasos. Después se puso a inspeccionar aquellas tropas auxiliares con ojo experto. A Graco le chocó que en un momento dado les hiciera mostrarle las manos. Supuso el pretor que buscaba signos de callosidades, de haber manejado al menos el arado. Pero se equivocó.

—El hijo de Estobeles no ha regresado —le dijo en un aparte.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ninguno lleva el anillo propio de los herederos al trono.

—¿Y si se lo ha quitado antes?

Vento sonrió ante la ingenuidad de un oficial inexperto.

—Se le notaría la marca —dijo.

Graco se encogió de hombros.

—Ya, bueno, ¿tanto lo necesitábamos?

—En realidad sí. A este tipo de tropas —sostuvo Vento en referencia a los auxiliares hispanos— se las controla mejor si entre ellas viaja un referente, aunque valga poco.

Se quedó mirando el pretor a unos jóvenes ilergetes que tenían más aspecto de comerciantes que de guerreros.

—Supongo que tendremos que contentarnos con estos mimbres, por el momento... —dijo.

Asintió Vento, aunque con ciertos reparos.

—Así es. No obstante...

—¿Qué?

—Deberíamos cargarle a Estobeles los gastos añadidos.

Parpadeó Graco como si un fantasma invisible le estuviera soplando en los ojos.

—¿Qué gastos?

—Tú no has visto su armamento, ni sus corazas. Todo es pura chatarra. Habrá que equiparlos un poco antes de lanzarlos a la batalla... ¿Acaso crees que el Senado va a adelantarte el dinero?

—No —murmuró Graco abrumado—. Pero no sé cómo podríamos sacar más de ese viejo monarca.

Se acercó Vento al rey ilergete con ademán decidido. Lo aferró por el pecho y lo zarandeó en un ataque de cólera impostada.

—¡Atanagrum se ha reído de Roma! —le gritó a la cara—. Son muy pocos hombres los que aportas, y además da risa verlos. Con esas falcatas y esos discos de bronce cubiertos de cardenillo no asustarían ni a las picarazas. Morirán todos en el primer combate, y será culpa tuya.

Se tambaleó el régulo como si fuera a desmayarse.

—Pero yo no puedo hacer más de lo que ya he hecho... —se lamentó.

Venía Máximo Vento ya preparado desde el campamento. Había hecho traer un carro blindado enorme, cargado con un cofre no menos grande.

—Vas a llenar esto de monedas, de oro o plata, no de bronce.

Se le puso la mirada de náufrago al oligarca ilergete.

—¡No tengo tanto ahora mismo! ¡Ya pagamos el estipendio a principios de año! ¡Yo soy precisamente quien más aporta! —se defendió.

Volvió Vento a mostrarse inflexible.

—Esto no tiene nada que ver con el estipendio, sino con tu desidia como monarca —le dijo, y abrió la tapa del arca.

Examinó Estobeles la enorme caja con mirada intrigada. Vio una curiosa línea roja pintada en sus laterales. Una marca que parecía dividir en dos mitades exactas la capacidad del cofre.

—Si lo llenas hasta arriba, libraras a tus dos nietos del alistamiento. Si tus monedas solo alcanzan hasta la línea roja, uno de los dos se vendrá con nosotros —zanjó Vento.

Se estiró de las barbas y de los pelos Estobeles como un demente. Se arañó la cara hasta hacerse sangre.

—¡No podéis cometer una crueldad así! ¡Tienen diecisiete y dieciocho años! ¡Son todavía unos niños! —aulló desesperado.

—Te equivocas —le contradijo Vento—. A esa edad yo ya estaba en el ejército. De hecho, estuve aquí mismo, con Catón el Viejo, aunque no te acuerdes de mí.

Le cambió repentinamente el gesto a Estobeles. Dejó de plañir como una viuda. Se le afilaron las facciones mientras buscaba palabras perdidas en las brumas del odio.

—Marco Porcio Catón, ese hijo de la gran puta... —resolló entre dientes.

Sonrió Vento.

—Aún vive, por si quieres mandarle recuerdos...

Silenció su ira Estobeles a duras penas. Detestaba a aquel antiguo pretor tanto como a Escipión, o a la familia Barca, o a todos los cartagineses aunque ya estuviesen muertos. A decir verdad, los ilergetes odiaban a todos los que habían usado sus playas para desembarcar en Hispania e invadirla.

—Dame dos horas —murmuró, y mandó a un par de siervos al interior de su casa.

Pareció al final un pozo sin fondo el cofre proporcionado por Máximo Vento. Porque cuando Estobeles vació su última saca, la altura de las monedas no se acercaba ni de lejos a la línea roja. Resopló entonces su malestar el legado de Graco.

—Me temo que nos llevaremos a uno de tus nietos y las piernas del otro —dijo.

Se arrodilló Estobeles, incapaz de captar el sarcasmo.

—¡Déjame que eche también anillos, y collares, y algunos platos de oro! —suplicó.

—Vamos a ver si basta con eso...

Desapareció la marca roja por las justas con las joyas del ilergete. Pero no las telarañas de las esquinas superiores. Aprovechó Vento el llanto de Estobeles para mirar de reojo a Sempronio Graco. No lo encontró lívido, ni siquiera afectado por la extrema crueldad del método. Así debía ser un pretor, según su criterio. Un hombre duro, en formas y aspecto; capaz de mantener tensa la soga de la horca, pero sin llegar a convertir a un pobre torturado en difunto.

—Vamos fuera, adonde las cruces —le dijo el legado al régulo.

Se dejó arrastrar Estobeles como un pelele hasta las puertas de su ciudad. Se hincó de rodillas frente a sus nietos. Gemía mientras anticipaba las desdichas del elegido. Pensó en echarlo a suertes, pero se dio cuenta que no sería justo. Serenó lo justo su mente antes de decir:

—Llevaos a Arranes.

A Balkeatin le faltó tiempo para jalear a su abuelo. Al menos había parado de dar gritos y ahora profería hasta carcajadas histéricas. Fiel a su estilo, Arranes guardó silencio. Lanzó primero una mirada de desprecio a su hermano y otra de confianza a su abuelo.

Corrió de pronto Estobeles hacia la jaula en la que Magilo lo observaba todo con ojos sombríos. Quiso hablarle al prisionero, pero no le pasaban las palabras por la garganta.

—Has hecho bien —lo consoló Magilo—. Has elegido al más fuerte.

Asintió el viejo régulo con lágrimas en los ojos.

—Quiero pedirte algo —musitó al fin.

—Lo que quieras.

—Me gustaría que te ocuparas de él —suplicó—. Si algún día escapas, claro...

Abrió los brazos el celtíbero en un ademán de impotencia.

—Vamos a estar en bandos opuestos... —arguyó estupefacto.

Un arroyo de lágrimas limpió el rostro manchado de polvo del ilergete.

—Me refiero a que si... —comenzó, pero el nudo de la garganta le trabó el resto de la frase.

Cabeceó Magilo despacio, consciente al fin de la desgracia inevitable del anciano.

—Quieres decir que, si hemos de matarlo, lo hagamos rápido.

Un barullo de flemas se le escapó al monarca ibero entre las comisuras de la boca.

—Sí, eso —musitó con voz inaudible.

El guerrero belo estrechó los dedos trémulos del ilergete a través de los barrotes.

—Descuida, me ocuparé personalmente —le prometió.

—Gracias.

XI

Abandonó Vento la ciudad de Atanagrum a la mañana siguiente. Se llevó con él a una turma de caballería para que aquellos jinetes custodiaran el cofre de Estobeles durante el viaje. Graco le había ordenado dirigirse a Emporiae con el fin de cambiar el oro del rey ilergete por material de guerra que no fuera de juguete. La antigua colonia griega tenía buenos artesanos, y los mejores mercados en los que encontrar espadas y armaduras reglamentarias. En el momento de partir, sin embargo, el legado encontró a su superior esperándolo a las puertas del campamento.

Tan súbito encuentro intrigó a Vento. No tenían nada de qué hablar tras haber zanjado todos los temas la noche anterior. Graco le había detallado la ruta que seguir sobre un mapa, además de la fecha y el lugar del reencuentro. Se verían de nuevo en la ciudad de Hibera, capital de los ilerjavones. Hasta allí pensaba ir progresando el pretor de media Hispania mientras iba engrosando sus tropas auxiliares.

—Quería desearte suerte para el trayecto y también con los mercaderes griegos... —sonrió Graco.

Asintió Máximo Vento en silencio. Le pareció, no obstante, advertir un cierto nerviosismo en el pretor romano.

—Eso ya me lo dijiste ayer —murmuró, consciente de que, por alguna razón, a su superior se le había atascado la lengua.

—Tienes razón. Lo cierto es que quería darte las gracias —confesó Graco con la mirada puesta en las punteras de sus botas.

—¿Por qué?

—Por enseñarme. No sé cómo habría manejado la situación sin tu ayuda —dijo.

—¿Te refieres a toda la escena con Estobeles y sus nietos?

—Sí.

Agradeció Vento el cumplido con un amago de sonrisa.

—Bueno, nadie nace aprendido.

—Sí, claro.

Titubeaba aún el pretor romano. Miraba de reojo a los seis tribunos que lo habían acompañado hasta la porta principalis.

—¿Hay algo más que quieras decirme? —solicitó el legado, consciente de la desazón de su

superior.

Cabeceó Graco, circumspecto. Le costaba encontrar las palabras dentro de una bolsa en la que solo estaban las justas.

—En realidad sí.

—Tú dirás...

—¿Fulvio Flaco actuaba así cuando pretendía hacer leva entre los pueblos de la costa?

Se aupó Vento sobre su montura antes de responder a una pregunta hartamente innecesaria.

—Ese era su estilo, sí —dijo—. Y el de todos los pretores con los que he servido.

—Ya. Pensaba que convenía respetar un poco más a los socios hispanos —murmuró Graco con aire reflexivo.

—No te engañes —replicó el antiguo centurión—. No estamos tratando con socios. Ilergetes, ilerlavones y edetanos tan solo son tribus sometidas que no han dejado de odiarnos aunque ya no nos den guerra.

Giró la cabeza Graco para observar a su colección de tribunos.

—Entiendo —dijo, y añadió—: Hay una cosa más. Me gustaría que te los llevaras a Emporiae contigo. Ya sabes... Son hijos de senadores amigos y me da la impresión de que aquí se están aburriendo un poco.

Vento contempló con desgana a los seis jóvenes oficiales. Estaba cansado de verlos holgazanear por el campamento; acompañados muchas veces de las amantes o meretrices que se habían traído de Italia. A pesar de su rigidez con la soldadesca, Graco no había podido impedir que aquellos hijos consentidos, aprendices de político, se tomaran la guerra como la prolongación de una fiesta en el salón de su casa.

Chascó la lengua el legado al reparar en el atuendo de los tribunos. Todos iban con las correas de la armadura flojas y el casco desabrochado. Ninguno había tenido la precaución de coger escudo para el desplazamiento. Y en cuanto a las espadas, las portaban de cualquier manera. Guardadas dentro de la manta de viaje o bamboleándose en un flanco del caballo.

—Lo siento, pretor. Roma no me paga por entretener a bribones. Ya me ocuparé de ellos a la vuelta, si lo que quieres es devolverles a sus padres unos buenos soldados —le prometió antes de picar espuelas y desaparecer ladera abajo seguido de una turma de caballería.

Dos antiguos centuriones, ascendidos a prefectos por él mismo tras el traspaso de poderes, fueron los oficiales elegidos para acompañarlo en el desplazamiento. Séptimo y Marcio habían pasado también media vida entre armas. Sabían distinguir un buen filo de otro mediocre, independientemente del brillo del metal o de la filigrana de sus acanaladuras.

Si escogieron Emporiae frente a otros mercados hispanos fue simplemente por la increíble variedad de la oferta. Allí podía uno encontrar robustas falcatas celtíberas, largas hojas aquitanas, el típico gladius romano e incluso viejos aceros hoplitas. Eligieron entre los tres las mejores herramientas usando un criterio relativamente simple: querían armas que aguantaran toda una batalla sin doblarse. En cuanto a las armaduras y los cascos, compraron tantos como espadas.

Examinó Vento con curiosidad aquellas doscientas corazas. Repasó con los dedos sus escamas antes de pagarlas. Comprobó que no había agujero sin puntada de alambre. Cada coraza de escamas aparecía bien cosida o, cuando menos, remendada con sumo acierto. Evidentemente, ninguna era nueva ni había sido fabricada en Hispania. Resultó inevitable preguntarse de qué debacle romana procedían esas corazas. Al final, el mismo Vento adquirió una casi nueva, hecha con preciosas escamas de bronce. Le gustó el brillo de sus pétalos. Sonrió hacia sus adentros al imaginarse a sí mismo dentro de aquel blindaje rutilante en su próxima cita. Le compró también al mismo mercader un collar de plata que, según le dijo, había pertenecido a una princesa indiketa.

Se sorprendieron Séptimo y Marcio, pero solo al principio, cuando Vento dio por cerradas las operaciones sobre el armamento tras gastar únicamente dos tercios del cofre de Estobeles. Cruzaron después una mirada cómplice cuando su amigo insistió en emplear el resto del oro ilergete en la ciudad de Tarraco.

—Eres un poco tonto, Máximo —le reprendió entonces Marcio, el más veterano de los prefectos.

Se azoró algo el legado de Graco al sentir que se le transparentaban los sentimientos. Por eso reaccionó de manera pueril y a la vez violenta.

—¿Por qué?! ¿Por amar a una mujer?!

—No, hombre. Por pagar de tu bolsa lo que podías haberle cargado al Estado sin ningún problema —trató de aplacarlo su amigo.

Manoseaba Vento la joya ibera con dedos temblorosos mientras anticipaba el momento. Se imaginaba ya el collar ceñido al cuello de Tais. Y la alegría infinita de la mujer al volver a verlo tan pronto.

—Ya, pero en ese caso el regalo sería de Roma y no mío... —murmuró con aire de niño enamorado.

XII

Alcanzaron Tarraco cinco días más tarde en un viaje tranquilo, exento de vicisitudes. Pero es que aunque hubieran sufrido el asalto de una banda de maleantes, era dudoso que Máximo Vento se hubiese dado cuenta. Porque el legado hizo todo el camino de la costa inmerso en una nube. Mudo, ausente, sin escuchar siquiera los crujidos del carro blindado o la cháchara insulsa de sus compañeros. Incluso dejó en manos de los prefectos la compra del material bélico restante cuando llegaron. Él se fue directamente a los cuarteles para acicalarse.

Se abrigó el casco de oficial con un cepillo encerado, y también las phalerae ganadas en sus tiempos de centurión antes de colocarlas sobre su nueva coraza de bronce. Se lustró incluso los botines mientras canturreaba. Aún seguía Máximo Vento con aquel aire de sonámbulo alelado cuando emprendió la marcha hacia los suburbios del puerto. Por eso escogió el camino más corto para alcanzar el prostíbulo, el que atravesaba el barrio de los pescadores.

No reparó en el peligro que implicaba aquella ruta. Además, portaba la bolsa del dinero a la vista de todo el mundo, tintineando en su cingulum como un reclamo infalible para criminales. Incluso la torques de plata la mantenía apretada en la mano, lanzando unos reflejos blancos que no habrían pasado inadvertidos ni a los ciegos.

Dos hombres le cerraron el paso antes de que abandonara aquel callejón oscuro. Otro par surgió a su espalda. Los cuatro habían pasado una hora escondidos detrás de un montón de redes viejas a la espera del primer incauto. Máximo Vento torció el gesto al hacerse consciente de su terrible imprudencia. El exceso de confianza y el enamoramiento habían cegado a la alimaña que llevaba dentro, aunque también aquellos cuatro malhechores habían errado en su diagnóstico.

En la penumbra del callejón habían tomado la silueta distraída de Vento por la de un joven tribuno en busca de una noche de vino y sexo. Estaban convencidos de que un aprendiz de militar, bisoño y pusilánime, elegiría vivir antes que agonizar con las tripas abiertas en medio de un tugurio infecto.

—Lo cierto es que ando con un poco de prisa —gruñó Vento, desabrido, al tener que detenerse.

Dos de los asaltantes prorrumpieron en carcajadas. Los otros dos simplemente sonrieron ante la ocurrencia.

—Oh, no tienes de qué preocuparte. No vamos a robarte tiempo. Tan solo nos quedaremos con tu dinero, tu collar de plata, tu armadura y tus botines de cuero. Si estás por la labor..., podrás continuar tu camino en un par de minutos —le respondió quien parecía llevar la voz cantante.

Cabeceó su fastidio Máximo Vento igual un buey incómodo con la yunta.

—No estoy bromeando —murmuró—. Este dinero y esta torques no son para vosotros. Hacedos a un lado y os prometo que no tendréis problemas conmigo. Tal vez mañana vuelva para daros

unas monedas.

Esta vez rieron los cuatro; aunque dos de ellos enmudecieron al instante cuando el legado de Graco se echó la capa al hombro y descubrió las phalerae de bronce que portaba prendidas del pecho. Demostraron así esos hombres que en algún momento de sus vidas habían servido en el ejército. Y conocían el significado de unas condecoraciones que solo obtenían los más temerarios en el combate. De hecho, ambos conservaban todavía parte de su equipo reglamentario: la coraza de malla, el gladius y las sandalias claveteadas.

—Resultas muy gracioso para estar a un paso de la muerte, pero la verdad es que se nos está acabando la paciencia —le urgió el líder de aquella banda.

Asintió Vento con gesto de cansancio.

—Está bien. No digáis luego que no os había advertido... —les previno mientras los analizaba por última vez.

Supuso el legado de Graco, y acertó, que los dos veteranos se mantendrían a la expectativa. Para fajarse en la pelea solo si los dos rufianes que tenían por jefes encontraban más problemas de los previstos.

Había ido Vento, mientras tanto, acercándose a la pared que tenía más próxima; con el fin de pegar su espalda al muro rugoso y mostrar únicamente su perfil a las dos parejas de asaltantes. De aquella guisa, con el gladius en la derecha y la daga en la izquierda, se puso a esperar la primera acometida.

Fue el más bravucón el primero en probar fortuna con su espada. Iba el truhán protegido por un simple chaleco de cuero. Una prenda válida en reyertas entre tahúres tramposos y proxenetas. Una protección insuficiente para enfrentarse a un soldado que había dejado de contar sus muertos hacía años.

Esquivó Vento la estocada recta con un leve escorzo del tronco. Después utilizó la propia inercia del contrario para colocarse tras él y aferrarlo por el cuello con el antebrazo derecho. Con la mano izquierda le endosó un palmo de acero en el costado. Quedó entonces el malhechor con la boca llena de sangre y las piernas temblando. Era una cuchillada mortal, pero a medio plazo.

Un ligero empujón envió al moribundo a los brazos de su compañero. Giró Vento entonces como las serpientes para detener un tajo de filos por el lado contrario. Lo hizo mediante una defensa en cruz, para forzar después la cercanía con un rostro cetrino, iracundo, distorsionado por la cólera provocada por una víctima desobediente.

Escupió Vento sobre aquellos ojos congestionados, y esperó el efecto demoledor de la maniobra. Trató el rufián de quitarse las flemas con el codo mientras blasfemaba, pero se le quedaron a medias tanto la maldición como el gesto, y cayó de rodillas después de encajar una brutal patada en la entrepierna. Vomitó aparatosamente en esa pose, sin lograr identificar si la arcada era consecuencia del salivazo o del golpe en sus partes más íntimas. Un curioso giro de muñeca permitió a Vento aferrar sus armas a la usanza de un matarife.

—A este tipo de cosas me refería antes —murmuró antes de clavar ambos filos bajo las escápulas de su enemigo, justo en mitad de los pulmones.

Un quejido hondo precedió a una respiración agónica, sibilante, por parte del ajusticiado. Trataba el desdichado de hinchar su pecho con desesperación, pero el aire se le escapaba a chorros por los nuevos agujeros. Se volvió entonces Máximo Vento para enfrentarse a los dos supervivientes en medio de aquel concierto de víboras. Les dirigió una mirada extraña, entre admonitoria y comprensiva, antes de decirles:

—Apuesto a que fuisteis buenos triarios en otra época, pero la vida civil os ha echado a perder tras el retiro. Y ahora ni siquiera la pensión que recibís de Roma os da para cubrir vuestros vicios. Yo os ayudaré. No os preocupéis. Para eso estamos los compañeros. —Cabeceó el legado con franca empatía—. Pelead contra mí y mañana ya no tendréis deudas que saldar con nadie. Porque estaréis muertos.

No les hizo falta cruzar ni una sola mirada a aquellos dos soldados caídos en desgracia. Los años gastados en la milicia y en la batalla les habían procurado un perfecto conocimiento mutuo: ambos eran capaces de anticipar la reacción del otro un segundo antes de que ocurriera. Por eso, en cuanto Vento avanzó un paso hacia ellos, los dos echaron a correr al mismo tiempo; sin preocuparse de quiénes iban aún a tardar en morir un rato. Sin detenerse a pensar si era la cobardía o la prudencia lo que les hacía elevar las rodillas de aquella manera tan exagerada.

XIII

Tampoco Vento perdió tiempo en el callejón. Tenía otras cosas más importantes de qué ocuparse. En realidad, hizo todo el trayecto hasta el prostíbulo manoseando de nuevo la torques de plata. Temía el momento de la verdad. A pesar de haberlo repetido todo mil veces, dudaba de su capacidad para dirigirle a Tais una sola frase con sentido.

Se detuvo el legado de Graco frente a las puertas de Paratus ad Bellum con una extraña sensación de flojera en las piernas. De repente se sentía débil, vulnerable, insignificante, igual que un soldado novato ante su primera batalla. Le temblaban las mandíbulas. Le bailaban las palabras dentro la garganta como notas discordantes de una flauta desafinada.

Trató Vento de recomponerse a la luz de los faroles rojos de la entrada, pero entonces reparó en las salpicaduras. Había tenido la precaución de limpiar sus armas en las ropas de los moribundos. No se había percatado, sin embargo, de que llevaba los calcei y la capa manchados de sangre. Blasfemó por lo bajo mientras se arrancaba la prenda de los hombros y la plegaba sobre el brazo derecho como si fuera un magistrado romano. Penetró en el local un segundo después, consciente de que ya no se acordaba de nada. Entonces decidió abandonarse al sentimiento. Su corazón, pensó, lo guiaría en el laberinto de sus emociones.

Frunció el ceño el legado al encontrar un ambiente muy distinto al de otras veces. No había apenas mesas libres, ni chicas ociosas. Algunas ya se habían retirado a sus cuartuchos una vez acordados el servicio y el precio con algún cliente. La mayoría, sin embargo, todavía estaba entregada a ese jugueteo triste que precede al entendimiento y, después, a la cópula.

Aturdió a Máximo Vento el griterío atronador de tantos hombres. Le molestaban sus voces y hasta sus formas de manejarse con las prostitutas. Se había malacostumbrado, en realidad, a la soledad de un local que no siempre resultaba un lugar tranquilo.

Reconoció Vento con abierto disgusto a aquellos ruidosos visitantes. Se trataba de marineros llegados a Tarraco para llenar sus barcos con diversos productos. No era tiempo de cereales todavía, ni de aceite o vino. Las minas de Hispania, sin embargo, nunca dejaban de producir circonio, plomo blanco, plata e incluso oro. Saltaba a la vista que los patrones de aquellos navíos habían optado por burdeles caros. Sus lacayos, en cambio, habían encontrado en Paratus ad Bellum el lugar idóneo para endulzar la noche.

Una de las chicas se acercó a Máximo Vento con gesto solícito. El legado de Graco no le permitió siquiera abrir la boca.

—¿Tais? —le preguntó al no verla sentada a las mesas.

Sonrió Mirta con aire desangelado.

—Está con un cliente —dijo.

—¿En qué cubiculum?

—En el tres.

Observó Vento la puerta del cuartucho. Estaba cerrada a cal y canto, igual que los dos colindantes. Aun así, a través de aquellos finos tabiques se filtraban gruñidos de hombres rudos y jadeos mentirosos.

—Esperaré —decidió, y se dirigió a la única mesa libre.

Mirta lo siguió hasta el rincón en silencio. Había sido la etrusca una mujer voluptuosa, casi espléndida hasta los treinta y cinco años, justo cuando un jovencísimo Máximo Vento comenzara a frecuentar el prostíbulo. Habían compartido lecho en ocasiones.

—Es que luego tiene otros dos clientes más... Puede que tarde mucho. Si quieres, yo puedo ocupar su sitio esta noche. No sería la primera vez... —le susurró la meretriz al oído.

Agradeció Máximo Vento el ofrecimiento, pero negó, decidido. No eran la edad o unas curvas de vértigo convertidas ya en montañas derrumbadas lo que lo retraía. En realidad, no había vuelto a tocar a ninguna otra mujer desde que Tais lo encandilara con su gesto lánguido y sus arrumacos de gata siamesa. Y de eso hacía ya bastantes años.

—Limítate a decirle que estoy aquí cuando acabe —le pidió.

—Es que tal vez ya no pueda satisfacerte cuando termine. Tres hombres pueden ser muchos, si son exigentes... —se empecinó Mirta.

Resopló Vento como una acémila en una cuesta. Notó de repente los efluvios de una cólera ciega y quizá exagerada. Pero es que tanta insistencia lo exasperaba.

—¡Maldita sea, he dicho que esperaré! —exclamó tras estampar su puño contra la mesa.

Mirta dio un respingo.

—Está bien. ¿Quieres comer algo mientras tanto?

Hurgó Vento en su bolsa con dedos nerviosos.

—Beberé solo vino —gruñó, y puso un puñado de monedas de bronce sobre la mesa.

—Esto es mucho...

Bufó de nuevo el antiguo centurión romano. Empezaba a molestarle tanta charla innecesaria.

—Es para que saques otra jarra cada vez que la veas vacía sin que tengas que preguntarme —gruñó. Después se puso a examinar a los dos hombres que esperaban los favores de su amada.

Se bebió Vento varias jarras mientras diseccionaba con los ojos a los desconocidos con ademán huraño. Ambos lucían una barbita rala, inusual para un ciudadano romano. Además, su tez

oscura los delataba como marineros tripolitanos o tal vez numidios. Un hombre abandonó el cuartucho de Tais cuando el legado buscaba ya su cuarto vaso.

Tenía Máximo Vento la mirada perdida y los párpados convertidos en hendiduras muy estrechas; aun así los ojos le dieron una vuelta entera dentro de sus cuencas al ver que los dos africanos entraban juntos en el cubiculum.

La mano auxiliadora de Mirta evitó el derramamiento. Se había puesto el romano en pie de un salto, con la espada en una mano y la daga en la otra. Farfullaba horribles amenazas hacia los dos marineros mientras se tambaleaba como un beodo patético.

—Ten paciencia. Ya no será mucho... —lo consoló tras dejarle más vino.

Tenía Máximo Vento el cabello del color del trigo una semana antes de la siega. Lo gastaba muy corto, tan solo para que Tais pudiera frotarse la palma de la mano en aquel cepillo dorado. Estaba soñando precisamente con aquellos dedos de seda cuando una voz harto conocida lo sacó de tan apacible duermevela.

Abrió el legado dos ojos turbios, vidriosos; y se dio cuenta de que su cabeza reposaba sobre la mesa. Veía brillos que parecían faroles locos, y siluetas sin forma ni contorno; hasta las voces sonaban distintas entre las grietas de la borrachera.

Se irguió al fin sobre su silla con sonrisa bobalicona.

—¡Tais! —balbució eufórico.

Un amago de sonrisa endulzó los rasgos amoratados de la prostituta.

—Hoy no es un buen día para verme.

—¿Por qué? —murmuró un Vento todavía ciego.

El silencio de la mujer aguzó los sentidos del visitante. Le aflojó los tentáculos del vino. Le soltó algo el nudo de la lengua.

—¿Qué... qué te ha ocurrido?! —preguntó al fin al ver el rostro magullado de su amada.

—Nada.

Volvió Vento a echar mano de su espada, aunque sin llegar a desenvainarla.

—¿Quién te ha hecho eso?! —demandó, consciente de que Tais tenía un ojo cerrado y el otro a punto de estarlo.

—Nadie.

—¡Han sido esos dos malnacidos! —bramó el romano colérico.

—Ha sido mi trabajo, Máximo. Tú cobras por matar. Yo, por dar placer a otros. Es así de

sencillo.

Se le ofuscó la mirada al legado de Graco. Cabeceaba con disgusto mientras mascullaba frases inconexas. Al fin, dijo:

—Ya, pero los golpes...

—Todo es parte de lo mismo. Hay hombres que disfrutan así —le explicó Tais con un suspiro.

Recordó al fin Vento el motivo de su presencia en Paratus ad Bellum. Se serenó al sentir el roce embaucador del collar de plata en su pecho. Se hurgó dentro del forro de la armadura y extrajo la preciada joya.

—Ya no habrá más noches así, Tais. Te lo prometo. Vas a venirte conmigo. Quiero que seas mi esposa, y este es mi regalo de compromiso —le dijo con la torques en la mano y los ojos acuosos.

Trató después de anudarle la cadena alrededor del cuello, pero ella lo aferró por la muñeca.

—Eres un loco maravilloso, Máximo, pero no puedes pedirme cosas imposibles —le dijo entre lágrimas.

—¡No son cosas imposibles! Hay... hay más mujeres en el campamento... —se empecinó el legado.

Frotó su palma Tais en aquella cabellera rebelde. Lo hizo despacio, con inusitada ternura, mientras leía los brillos sinceros de una mirada honesta. Sintió pena de la ingenuidad infantil de un hombre bueno, en su mayor parte.

—Ya sé que hay mujeres entre vosotros. Muchas chicas de este local siguieron antes a las legiones durante años. Pero yo no lo haré. Prefiero gastar el poco tiempo que me queda complaciendo a comerciantes y artesanos antes que a soldados ebrios tras la batalla —respondió sombría.

Apretó Vento las manos de Tais entre las suyas. No pensaba el joven legado darse por vencido al primer golpe.

—¡No me refiero a eso! No te estoy hablando de... de ejercer este oficio en los arrabales de ningún campamento romano. ¡Te hablo de vivir en mi propia tienda, igual que las prometidas de los tribunos! ¡Es enorme! ¡Nos veríamos todos los días..., pasearíamos por donde tú quisieras, como hacen ellos!

Se libró Tais de las manos volcánicas de Vento. Las suyas, notó él, estaban frías como la escarcha. Una mueca de infinita tristeza arrugó aquel rostro tumefacto.

—¿Qué edad tienen esas muchachas? —preguntó.

—No sé... Veinte..., veintiuno...

—¿Sabes quién sería yo para esas jóvenes patricias? ¿Sabes cómo me llamarían cuando nos cruzáramos con ellas?

Se aturulló Vento ante la pregunta.

—No sé a qué...

—La puta del legado. Y si no..., la madre viciosa de Máximo Vento. ¿Con qué apelativo te quedas?

Una lágrima traicionera le resbaló al romano por la mejilla.

—No... no tiene por qué ser así... —gimió mientras hacía un nuevo intento de colocar la torques. Tais lo detuvo de nuevo, esta vez con mayor firmeza a pesar de los hipos y de los sollozos.

—Yo no soy para ti, Máximo —lloriqueó—. Pertenecemos a mundos distintos. Recorremos caminos que jamás se encontrarán en ningún punto. Lo que necesitas es una mujer de verdad y no una...

Puso Vento su dedo índice sobre los labios de Tais para frenar el exabrupto.

—¡Pero yo te quiero! —exclamó con desespero—. ¡Y, además, no sé dónde viven esas mujeres que dices...!

Tais frustró el tercer intento del legado por colgarle el collar de plata. Se lo quitó de las manos y lo guardó entre las suyas. Después, le puso palabras a una tristeza recóndita e irrestañable.

—¡Maldito seas, Máximo Vento, por hacerme sentir una mujer amada todos estos años! ¡Maldito sea el día en que me encapriché de ti y te puse pájaros sin alas en la cabeza! ¡Vete de aquí y no vuelvas! —le dijo mientras lanzaba la torques contra el suelo.

Abandonó Vento el prostíbulo trastabillando, como si lo hubieran apuñalado de muerte cien veces. Se olvidó de la capa y el casco. El collar ni lo buscó, porque no quería quemarse los dedos al tocarlo. Caminaba como un sonámbulo dentro de un laberinto sin salida. Ni siquiera se percató de que estaba volviendo a los cuarteles a través del mismo callejón oscuro.

Pasó sin darse cuenta por encima de los cadáveres que él mismo había sembrado pocas horas antes. Iba llorando a mares cuando cruzó al lado de los dos antiguos triarios, que seguían emboscados en las sombras. Al final, habían elegido aquella vida de infamia para zanjar sus deudas. Lo de acabar en el cementerio para evitar saldarlas no acabó de convencerlos.

Se asombraron los dos truhanes al ver a ese asesino impasible sorbiéndose los mocos. Cometieron un nuevo error al no atacarlo en aquel mismo instante, porque lo habrían acuchillado sin ningún esfuerzo. A decir verdad, el propio Vento se habría prestado voluntariamente al sacrificio, pues estaba más muerto que vivo cuando alcanzó su camastro en los barracones de Tarraco.

XIV

Quiso el legado de Graco abandonar la ciudad antes de que el sol lanzara su primer rayo por encima del horizonte. Y, por eso, hizo madrugar a sus compañeros de viaje a la mañana siguiente. Era, en realidad, una huida de sí mismo. Aunque su propio orgullo le impedía reconocerlo, con treinta años ya cumplidos, Vento estaba dejando atrás las cenizas de una adolescencia anómala. Para convertirse, si los dioses no lo reclamaban antes, en un hombre hecho y derecho. Tuvo suerte, en cualquier caso, de que las prisas le ahorran el disgusto que habría acabado de rematarlo.

Se marchó de Tarraco sin enterarse de que aquella misma noche unos borrachos habían encontrado un cuerpo sumergido en las aguas de la dársena. Acudieron varios vigilantes y hasta un físico a los gritos de los beodos. Entre todos rescataron un cadáver con claros signos de violencia. Cabeceó sesudamente el médico tras el examen. Afirmó que las cosas estaban muy claras: o se trataba de un asesinato para robar la joya que la mujer lucía al cuello o de un desgraciado accidente. No era en absoluto descartable, sostuvo, que la fallecida hubiese querido darse un baño y la torques la hubiese lastrado como una pesada ancla; tal era la calidad de su plata.

—¿Y si ha sido un suicidio? —farfulló entonces uno de los borrachos.

—Imposible —resolvió, tajante el galeno, que al parecer entendía de los desgarros del alma tanto como de los del cuerpo—. La muerta es una conocida prostituta de Tarraco —asentó con calma—. Este tipo de mujeres no tiene corazón, y por tanto no sufre de mal de amores. Jamás en mi vida me he encontrado con una que se quitara la vida a propósito.

Pretendía Vento cubrir las sesenta millas que separaban Tarraco de Hibera en una sola jornada. Pero al carro en el que portaban las armaduras y las espadas se le rompió una rueda en un socavón del camino. Lo repararon durante la noche y, al final, el retraso fue de unas pocas horas. Un día y medio en el que Máximo Vento no despegó los labios. Tampoco lo hicieron los dos prefectos. Séptimo y Marcio sabían distinguir a las mil maravillas cuándo el antiguo centurión sería capaz de matar a alguien tan solo por haber dado un estornudo a destiempo.

Se detuvo el convoy en un altozano tras rodear la capital de la Ilercavonia. Desde allí divisaron el campamento que Sempronio Graco había plantado a menos de cien pasos del río Hiberus. Era enorme. Tuvo que hacerlo así el pretor de la Citerior con el fin de dar cobijo a todos los auxiliares hispanos reclutados por el camino.

—Parece que no le ha ido mal al viejo a la hora de hacer leva entre los ilercavones... —murmuró Marcio—. Ahora sí que vamos a tener trabajo de verdad. —Se refería el prefecto al adiestramiento de aquellas tropas. Justo en ese instante, los iberos estaban ejercitándose en los campos anexos al campamento. Los centuriones los habían dividido en dos grupos con el fin de simular un enfrentamiento.

Avanzaban ambas formaciones al compás de los timbales, hasta que escucharon la orden. Entonces se acometieron los unos a los otros con espadas de madera; pelearon unos minutos y, al son de las tubas, dejaron espacio a los que llegaban por detrás con el brazo fresco. Eran maniobras muy básicas las que practicaban aquellos soldados hispanos, pero no por ello estaban exentas de mérito.

—Les queda mucho, pero no es mal comienzo —sostuvo Séptimo, pero no obtuvo respuesta ni comentario alguno por parte del legado.

Seguía mudo como una momia Máximo Vento, pero había fijado su mirada en uno de los auxiliares. Era muy joven el guerrero, demasiado para destacar tanto sobre el resto. Se colocaba el muchacho de manera invariable al frente de sus compañeros. Los animaba, los arengaba antes y durante el combate. No paraba de lanzar mandobles como un loco hasta que la llamada de las buccinae lo obligaba a retirarse. Era, en el fondo, la misma forma de combatir de los campigeni romanos, los legionarios que peleaban de manera suicida en primera línea, los hombres de los que dependía la moral de toda la tropa y, muchas veces, la propia victoria.

—¿Quién es ese loco? ¿No os recuerda viejos tiempos? —preguntó de pronto Marcio.

—¿Quién no se acuerda de aquellos años? —terció Séptimo con ojos evocadores. Y es que los tres habían flanqueado muchas veces a Máximo Vento en el muro de escudos, en los lugares más arriesgados de la batalla, en unos puestos que les habían granjeado fama, dinero y ascensos.

—Es Arranes, el nieto de Estobeles —gruñó entonces el legado, a quien no parecía gustarle el comportamiento del ilergete.

Penetró la turma en el campamento a través su porta praetoria. Giró el grupo de treinta jinetes a la derecha para recorrer el intervallum hasta los establos. Allí, el legado se dirigió a sus hombres. Les concedió el día libre a todos, incluidos Marcio y Séptimo, aunque los dos prefectos deberían presentarse antes en el puesto de mando de Sempronio Graco con el carro de las armaduras.

—¿Y no sería más propio que eso lo hicieras tú? —se atrevió a inquirir Marcio. Imaginó Vento el disgusto del pretor romano al descubrir un número inferior de armaduras y equipos al que había previsto. Anticipó sus preguntas y sus indagaciones. Llevaba dos días sin dormir. Se sintió incapaz de soportar el rapapolvo.

—Tal vez hable con él más tarde. Ahora no estoy para monsergas —arguyó, y se despidió de todos con un gesto de la cabeza. Quería Vento darse una chapuzón en el vado del Hiberus, para quitarse el polvo de los caminos y otros lodos más internos. Estaba a punto de salir al exterior cuando pasó accidentalmente junto a los calabozos. Se detuvo frente a las rejas, como si Magilo y todas las inmundicias que rodeaban al celtíbero perteneciesen a un mundo casi olvidado.

—¿Cuánto hace que el prisionero no ve agua limpia? —le preguntó al centinela encargado de su custodia.

—No lo sé, legado —se disculpó el soldado—. A veces le echamos un cubo por encima... Lo

cierto es que nadie se atreve a sacarlo de la jaula.

—¿Por qué?

—Por si nos ataca. Dicen que este hombre mató a dos lictores en el Senado romano usando simplemente sus manos.

Vento abrió la puerta de la mazmorra para horror del centinela.

—Sal de ahí, Magilo. Y camina hacia el río.

Sabía el guerrero belo identificar la autoridad en la voz de un hombre. Aun así, su orgullo lo obligaba a mantenerse desafiante.

—¿Y si te mato durante el trayecto?

Vento se encogió de hombros.

—Puedes intentarlo, pero sería una forma un poco absurda de suicidarse.

—Ya. ¿Y si echo a correr?

Emitió Vento un suspiro de hastío.

—¿Qué distancia crees que podrías recorrer antes de que las ballistae de las torres te dejaran como un coladero?

Inició Magilo el camino del río con paso inestable. Además, iba descalzo, y le dolían las piedras en las plantas. Se pararon ambos hombres en la misma orilla tras andar varios minutos en silencio.

—¿Qué haces? —preguntó el celtíbero al ver que el romano se desprendía de su ropa y hasta del gladius.

—Yo también voy a lavarme —respondió Vento—. No sabía que los de tu tribu se bañasen vestidos.

Se arrancó Magilo al fin de su viejo sagum. Le incomodaba un poco mostrar sus vergüenzas al enemigo. Pero el romano también estaba en cueros y no parecía violento por la circunstancia. Penetraron despacio en la corriente hasta dar con una pequeña poza en la que tomaron asiento el uno frente al otro. El celtíbero esquivó los ojos glaucos de su contrario, pero solo al principio; hasta que se dio cuenta de que la mirada del legado viajaba perdida entre los remolinos.

—¿Qué te ha pasado en ese viaje que habéis hecho? —quiso saber el guerrero belo.

Regresó de sus pensamientos Máximo Vento con el gesto hosco.

—Nada. ¿No ves que estoy de una pieza? —rezongó.

Cabeceó Magilo condescendiente mientras frotaba sus ropas sucias en las espumas blancas del Hiberus.

—Por fuera sí, pero por dentro...

Irguió la cabeza el romano como si una anguila le hubiese mordido en las nalgas.

—¿A qué te refieres?

—A que a un tipo como tú, sin amistades ni vicios raros..., solo hay una cosa que pueda hacerle daño realmente.

La curiosidad acicateó al legado.

—¿El qué?

—Una mujer.

Vento emitió un bufido de desdén que espantó a varias libélulas.

—¿Qué sabrás tú de eso...? —masculló.

—Oh, bien poco, la verdad. Porque yo no he tenido nunca que mendigar amores. Me compré una esposa una vez, y me salió buena —sonrió satisfecho el celtíbero—. Izaro estará ahora mismo esperándome con un hijo debajo de cada brazo, hasta yo que vuelva. Y entonces, todo...

Vento elevó una mano. Decidió cercenar las ilusiones infundadas del prisionero de un certero tajo. Las amputaciones, sabía por experiencia, solían doler menos en frío y de un solo golpe.

—Magilo...

—¿Qué?

—No vas a volver nunca con los tuyos. Es mejor que te vayas haciendo a la idea —murmuró el romano con ademán grave.

Dejó de frotar su sagum el de Sekaisa. Dos punzones negros se asomaron entre los párpados del jefe de los guerreros titos y belos.

—¿Qué sabes tú de eso?! ¿Qué es lo que Graco me tiene preparado?! —demandó ansioso.

Bandeó la cabeza Vento con gesto sombrío.

—Te lo diría si lo supiera, pero puedes imaginarte que nada bueno —respondió, atento otra vez a los torbellinos.

Croaban las ranas con escándalo en la orilla del vado, pero interrumpieron su concierto cuando Magilo golpeó la superficie del agua con su puño.

—¡Tienes una deuda pendiente conmigo, Máximo Vento! ¡Y tú lo sabes! ¡Algún día tendrás que saldarla, aunque sea matándome antes de que Graco lo haga! —resolló colérico el celtíbero.

Trataba el romano de distinguir el fondo sucio de aquella poza. O eso parecía al menos, a juzgar por su pose. Agitó lentamente la cabeza cuando se dio cuenta de que no veía nada.

—Era Fulvio Flaco quien tenía esa deuda. Yo solo cumplía órdenes. Es mejor que volvamos ya al campamento. Tal vez no haya sido buena idea darnos este baño —musitó sin levantar la vista del agua.

El eco del cascajo persiguió a dos sombras entristecidas hasta las puertas del campamento. Pero antes de levantarse y embarrar la corriente, Vento y Magilo todavía estuvieron un buen rato sumergidos en la poza; mudos, evitando mirarse de frente. Ninguno quería que el otro se percatara de que tenía los ojos igual de turbios que las aguas del Hiberus.

XV

Salió Vento de su tienda atándose los correaes y las botas a toda prisa. Por las justas se había quitado las legañas de los ojos con el agua de la jofaina. Hacía rato que el campamento bullía en el trasiego tintineante del desayuno. Muchos legionarios comían sus raciones de gachas o de carne cocida a la puerta de sus contubernios. Se veían otros grupos mayores acomodados en el intervallum. Había veteranos charlando con novatos. Bromeaban vélites y triarios, sin preocuparse de su rango en aquel ejército, o de sus orígenes más o menos pudientes en Italia. Todos los pretores consideraban el tiempo dedicado al ientaculum como uno de los momentos más idóneos para cultivar la camaradería entre sus hombres.

Aunque no podía apreciarlo con la misma nitidez dada la lejanía, en el otro extremo del campamento estaba sucediendo lo mismo. Los auxiliares hispanos llenaban sus cuerpos de energía antes del entrenamiento. Hacían nuevas amistades los jóvenes iberos reclutados en la Hispania sometida. Estrechaban sus lazos de hermandad ilergetes, ausetanos, ilerjavones y otras tribus de la costa.

Se admiró Vento, mientras se dirigía a la zona de los oficiales, de que la algarabía no lo hubiese despertado antes. Torció el gesto al notar dolor en el pecho, pero atribuyó la molestia a la dureza del camastro y no a las cicatrices del alma. Al fin y al cabo, aquella noche había decidido hacer tabula rasa con su vida.

Marcio y Séptimo lo vieron llegar con ojos benévolos. «Un día es un día», venían a decirle los dos prefectos con esa mirada aquiescente. Vento saludó a sus dos compañeros de viaje con un gesto de la cabeza. Estaban sentados en un extremo de la mesa. En el lado opuesto desayunaban los tribunos y sus prometidas. Graco estaba en medio de ambos grupos; solo, abstraído, con la vista puesta en las sobras de un desayuno frugal y tal vez insuficiente.

Había varios sitios libres en el espacio reservado a los prefectos, pero Máximo Vento juzgó más oportuno tomar asiento junto a su superior inmediato. Ya había conseguido evitar a Graco toda la tarde anterior, incluso durante la noche. Pero como bien sabía él, las piedras lanzadas por un onagro siempre acaban cayendo al suelo por mucho que vuelen.

Inspeccionó Máximo Vento las fuentes que contenían el alimento de los oficiales. Tenía hambre después de dos días casi sin probar bocado. Se sirvió habas en abundancia, lentejas, puerros y varios trozos de carne de cerdo. Después lo roció todo con garum. Como bebida, optó por el agua.

—Solo has traído trescientas corazas y otras tantas espadas... —adujo Sempronio Graco como si hablara consigo mismo.

Esperaba Vento la andanada, y procuró responder sin alterarse.

—Así es. El tesoro de Estobeles no dio para más —confirmó.

El pretor de media Hispania dio rienda suelta a su sarcasmo.

—Por si no te habías dado cuenta, he conseguido siete mil auxiliares de a pie y quinientos jinetes. Ya me dirás qué vamos a hacer ahora... ¿Un sorteo, quizá, para ver quiénes son los trescientos agraciados? —preguntó.

Pescó Vento un trozo de queso y algunos fiambres de otro plato con ademán indiferente.

—Yo me encargo de eso —respondió.

Asintió en silencio Sempronio Graco, pero continuó con aquel rictus de profunda pesadumbre.

—¿Hay algo más que te preocupe? —le preguntó su legado.

—La crecida —confesó—. Creo que va para largo. Este maldito río va a hacernos perder mucho tiempo. Mañana me reuniré con los ingenieros para que empiecen a construir un puente —resolvió el pretor con gesto cansado.

—No lo hagas —zanjó Vento categórico.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto crucemos el Hiberus, estaremos expuestos al hostigamiento por parte de cualquier contingente celtíbero. ¿Crees acaso que tu ejército está ya preparado para el combate?

Dejó Máximo Vento la cuchara sobre su escudilla vacía y se dispuso a dar por terminado el ientaculum. Graco lo miró con ojos desvalidos.

—¿Ya te vas?

—Hoy quiero encargarme en persona de las maniobras —replicó el legado—. Por cierto, me gustaría llevarme a esos conmigo.

Siguió Graco la dirección que marcaba aquel dedo plano como si observara el vuelo amenazante de una flecha. El dardo se clavó, para su disgusto, en medio de los tribunus. Habían terminado de desayunar los jóvenes oficiales, pero no de beber vino. Reían y charlaban despreocupados mientras sobaban los costados de sus prometidas.

—¿A ellos? —exclamó Graco aterrado—. Son hijos de amigos, ya te dije. No puedo exponerlos a ningún peligro, ni siquiera a los golpes. Tengo que devolverlos a sus padres sanos y salvos...

Vento sacudió la cabeza en ademán desaprobatorio.

—No puedes garantizarle a un padre que le devolverás a su hijo vivo si lo arrastras a la guerra —respondió muy tranquilo—. Son seis brazos que, tarde o temprano, necesitaremos.

Graco sufrió un sobresalto.

—¿Te refieres a hacerlos combatir en un campo de batalla?!

—Sí. Incluso a un pretor le toca remangarse en ocasiones.

Una palidez lechosa invadió el semblante del militar romano como si se tratara de una extraña gangrena blanca.

—¿Insinúas que Fulvio Flaco tuvo que pelear en primera línea?! ¿Contra los celtíberos?! ¿Con espada y escudo?!

—Así es.

Se miró sus propios brazos el pretor romano, y después el cuerpo. Tembló al verse como un alacrán decrepito dentro de una armadura. Le entró pánico tan solo de pensar en un enfrentamiento directo con un bárbaro hispano.

—¿Y era bueno? —preguntó, en referencia a su predecesor.

—Cumplió como se esperaba.

Llegó Vento a la campa perseguido a corta distancia por Sempronio Graco y sus seis tribunos. Venían los jóvenes murmurantes, confundidos, maldiciendo por lo bajo la ocurrencia de un vulgar centurión ascendido a legado por capricho. Desconocían, en realidad, lo que aquella mañana de mediados de abril iba a depararles.

Estaban ya los grupos formados para iniciar las maniobras junto al Hiberus, pero Vento reunió a los centuriones e hizo cambiarlo todo. No deseaba presenciar más despliegues teóricos de las tropas auxiliares. No quería que los legionarios reclutados por Graco en Italia perdieran el tiempo haciendo como que peleaban entre ellos. Le deprimía ver cómo los veteranos de Flaco perdían facultades por la falta de entrenamiento.

Dispuso Máximo Vento que todos los guerreros iberos formaran juntos en la campa inmensa del vado. Era más de un estadio ocupado por un ejército de siete mil hombres con una profundidad de diez en fondo. Frente a los auxiliares colocó a las tropas romanas. Situó en el centro a los soldados traídos por Graco de Italia, comandados por los seis tribunos. En las alas combatirían los veteranos de otras guerras. El cometido de la caballería ibera se limitaría a impedir que aquellos lobos que había colocado en los flancos rodearan a los hispanos desde el primer instante.

Un escalofrío recorrió la nuca de Graco al observar los preparativos.

—¿Estás seguro de lo que haces? —le preguntó a su subordinado.

—Llevan espadas de madera. Solo habrá algunos contusionados —lo tranquilizó Vento.

—Es que no sé si es buena idea forzar un combate entre los auxiliares y mis tropas... —insistió el pretor.

El bufido de las tubas puso a las dos mareas humanas en movimiento. A los pies de un estupefacto Graco iba a librarse una batalla campal que implicaría a casi quince mil hombres. Es

decir, todo su ejército.

—Los iberos nos odian tanto como cualquier otro pueblo hispano. Por eso, hoy van a ejercitarse con más motivación que otros días. Por otra parte, quiero conocer la auténtica valía de la legión que te has traído de Italia —explicó Máximo Vento.

Lanzaron sus pila ambos ejércitos cuando solo cincuenta pasos separaban los escudos oblongos de las caetrae iberas. El silbido de aquellos proyectiles sin punta y el eco sordo de sus impactos sepultaron las protestas de Graco. Romanos y auxiliares realizaron un último lanzamiento a los pocos segundos y se prepararon para el cataclismo.

Destacaban los penachos rojos de los seis tribunos en el centro de la formación romana, a pesar de que Vento los había puesto en tercera fila. Resaltaba también un casco de bronce coronado con plumas blancas en el corazón de las filas iberas. De hecho, su osadía y sus prisas por iniciar el combate habían arrastrado a un buen número de compañeros, convirtiendo la primera línea auxiliar en una suerte de pico de pájaro.

Graco se rascó por debajo de las carrilleras.

—Un momento, ¿ese no es...?

—Sí, es Arranes, el nieto de Estobeles —respondió Vento un segundo antes del topetazo.

Tembló más la barrera romana que la ibera. Retrocedieron un poco los hastati y los principes de Graco tras el impacto, pero sin descomponerse. Había intercalado Vento a un centurión en cada fila. Se oían los gritos de aquellos fieros suboficiales animando —a veces obligando— a unos soldados todavía inexpertos.

Sonó el primer silbato a los cinco minutos. Era la señal acordada para el relevo, la maniobra que convertía a un contingente de apenas cinco mil hombres en una máquina invencible, incluso ante ejércitos diez veces mayores.

No resultó el cambio perfecto. Se colaron algunos guerreros hispanos entre las grietas de una muralla de escudos todavía imperfecta. Pero los centuriones los rechazaron a golpe de gladius. Un nuevo silbido dejó a los seis tribunos a un solo paso de la batalla. Y es que los embates de Arranes y un puñado de osados ilergetes estaban apelotonando peligrosamente la formación romana.

Cabalgó Vento hasta la zona en la que hastati, principes y triarios se batían a brazo partido con los auxiliares. Quería ver la escena de cerca. Se dio cuenta nada más llegar de que los centuriones estaban prolongando la pelea con el fin de no tener que exponer a los tribunos en la muralla de escudos. Fue el propio legado entonces quien usó el silbato.

Arranes y su grupo percutieron contra los hombres de los penachos rojos como si acabaran de iniciar el combate. No tardaron mucho en derribar a tres de ellos. Dos centuriones trataron de tapar el hueco, pero los tribunos que aún quedaban en pie seguían retrocediendo ante la avalancha de golpes.

Les corría la sangre por el rostro. Trastabillaban, cruzaban voces de pánico mientras se cubrían como podían de la ira del enemigo. Se olvidaron muy pronto de lanzar tajos. Se desentendieron de una obligación fundamental en el muro de escudos: proteger el flanco derecho del compañero más próximo.

Había perseguido Graco a su imperturbable legado hasta la campa de la discordia. Trató de hacerse oír en medio del estruendo.

—¡Maldita sea, detén esta locura de una vez por todas! —aulló descompuesto.

Se giró Vento hacia su superior. Sonrió con calma antes de decirle:

—Si se tratara de un lance real, con espadas de verdad, nuestra victoria estaría asegurada. De hecho, sería una masacre. ¿No ves que los veteranos ya han conseguido desbordar a los iberos por las alas?

El comentario no pareció aliviar del todo a Graco.

—Ya, pero es que ese grupo de bárbaros podría acabar con alguno de mis tribunos si no lo remediamos antes...

Permitió Vento que la pelea continuase todavía durante cinco interminables minutos. Y eso... a pesar de que los aprendices de oficiales de aquella legión se estaban llevando la peor parte. Al final, el empuje de Arranes y los suyos había logrado desordenar las filas romanas en su centro; lo suficiente al menos como para convertir la zona en un revoltijo de soldados itálicos y guerreros hispanos enfrentados en un sinfín de combates cuerpo a cuerpo. Era aquella escena un monumento al caos, ciertamente la antítesis de la batalla que cualquier general romano manejaba en su mente.

Se había enzarzado el nieto de Estobeles con el único tribuno que todavía se mantenía en pie. A decir verdad, se ensañó con él. Le rompió la nariz y le abrió una brecha en cada pómulos a base de espadazos. Le chafó una clavícula y el antebrazo derecho de la misma forma. En realidad, pocos huesos debían de quedarle sanos al joven oficial cuando un silbato salvador interrumpió la tunda.

Se encontraba Arranes recibiendo los parabienes y los abrazos de los suyos cuando Vento lo agarró por el brazo y lo sacó del tumulto.

—Desearías matar romanos y ser un héroe delante de los tuyos... Me parece bien. Prueba entonces con quien ordenó crucificarte a las puertas de tu casa —le dijo, y le puso en la mano su propio gladius de acero.

Se sorprendió Arranes del desafío, y también del canje de herramientas. Le pareció al principio una broma, aunque el gesto contraído del romano y el rápido incremento de espectadores pronto lo convencieron de lo contrario. Por el rabillo del ojo iba viendo cómo auxiliares iberos y legionarios formaban un círculo alrededor de los contendientes. Al fin y al cabo, no todos los días podía verse un duelo a muerte entre todo un legado y un humilde ilergete.

Contempló Arranes el gladius metálico con ojos estupefactos. Se había peleado en Athanagia con otros jóvenes utilizando palos o trancas. Había tenido que emplearse de manera violenta en ocasiones con el fin de cobrar los impuestos con los que su abuelo gravaba a sus arrendatarios. Pero jamás había matado a nadie. No podía creer que un oficial romano fuera a arriesgar su vida de una manera tan absurda y temeraria. A él los espadaños de su rival le producirían simples moratones. Cada uno de sus golpes, sin embargo, provocaría una grave hemorragia en su contrario, o tal vez la muerte inmediata.

Chascó Vento la lengua con desdén, harto de la inacción del ibero.

—¿Empezamos ya o quieres que llame a tu abuelo, o mejor aún, a ese hermano tuyo que lloraba en la cruz como una niña? Seguro que ellos tienen más agallas que tú para el combate —le dijo.

Llamearon por fin los ojos del ilergete. Pareció por un instante que las plumas blancas que portaba sobre el casco corrían el peligro de chamuscarse. Lanzó entonces Arranes una catarata de tajos furiosos que solo encontraron sombras, o demonios intangibles. Porque Vento nunca estaba donde caían los golpes. Danzaba el penacho rojo del legado alrededor del guerrero ilergete como si fuera un espíritu intangible. Soltó el brazo por primera vez el romano cuando a su contrincante comenzaba a pesarle el escudo. El golpe de planos dejó a Arranes aturdido, tambaleándose como un muñeco sin hilos. Aprovechó entonces Vento para romperle la nariz con el puño de la espada.

Puso la rodilla en tierra el nieto de Estobeles. Jadeaba, escupía sangre a raudales mientras su contrario se limitaba a esperarlo con los brazos en jarras. Arremetió a los pocos segundos el joven ibero con más ira, pero sin cabeza. Consumió sus escasas fuerzas percutiendo contra el escudo de Vento, que esta vez sí arrancó chispas de su caetra. Las voces de ánimo de miles de iberos impidieron a Arranes darse cuenta de que su rival solo pretendía encelarlo con el fin de mantenerlo cerca.

Un aullido de dolor se le escapó al joven ilergete al sentir la punta de un gladius de madera entre las costillas. Escuchó incluso el crujido de aquellos huesos al quebrarse, porque el disco de bronce que llevaba puesto solo lo protegía de los golpes en el pecho, pero no en los costados.

Se derrumbó al fin el vencido sobre sus rodillas. Tosía, temblaba, maldecía en su idioma; buscaba con la mirada perdida el gladius que, inexplicablemente, había escapado de sus manos. Vento lo derribó definitivamente con una patada en el pecho. Después, el legado se acucilló junto al ilergete.

—La próxima vez que deshagas la línea de escudos para hacerte el héroe entre los tuyos, te mataré yo mismo antes de que acabe la batalla —le dijo con la garganta ronca.

Estaba el legado de Graco abriéndose camino entre el cinturón de curiosos cuando oyó la voz congestionada de Arranes.

—¿Qué te ocurre ahora? ¿Quieres que sigamos un poco más? —le preguntó el romano.

—¡Solo quiero que sepas que te odio, y que un día te mataré! —resolló el ibero desde el suelo.

Asintió Máximo Vento con aire grave.

—Me parece bien —le dijo—, pero solo te pido una cosa: que me mates de frente. Acuchillar por la espalda no aporta dignidad a un hombre.

Estaba Graco detrás de Vento, y lo abordó en cuanto este se alejó cuatro pasos del herido.

—Pensaba que convenía tener en las filas auxiliares a un noble ibero como referente, para controlar mejor a los guerreros hispanos y esas cosas... —gruñó el pretor recordando el consejo que el propio Vento le había dado en Atanagrum—. No sé si después de la escena estos jóvenes van a querer luchar con nosotros de buena gana.

—Lo harán porque no tienen más remedio —sentenció un Vento sudoroso—. Permitir el exceso de carisma entre esta gente tampoco es bueno.

Se alejó después el legado con aire satisfecho. Pensaba que había aleccionado a un soldado díscolo y equivocado delante de los suyos, cuando, en realidad, tanto Arranes como los seis tribunos solo habían pagado los platos rotos de una amargura todavía fresca.

XVI

Tardó casi dos semanas el río Hiberus en aplacar su fuerza, pero no fue aquel un tiempo desperdiciado por las legiones de Graco. Pulieron sus artes los auxiliares hispanos en sus enfrentamientos diarios con los legionarios romanos. Mejoraron también los reclutas traídos de Italia, aunque según el hombre que vigilaba sus maniobras a diario, «Solo el combate real curte a un soldado».

Arranes no volvió a desbaratar la barrera de escudos con su ímpetu. Tal vez había entendido la importancia de la cohesión de las líneas; o, quizá simplemente, estaba esperando a vengarse de Vento cuando la ocasión fuera propicia.

En cuanto a Magilo, acudió al vado dos veces por semana. Prometió que no atacaría a nadie durante el traslado, y lo cumplió; pero, aun así, sus guardas le colocaron grilletas en tobillos y muñecas. Se bañó el celtíbero solo en la poza mientras contemplaba con cierto desdén los avances, los repliegues y las acometidas de unos soldados que jugaban a la guerra con armas de madera.

La corriente había amainado mucho para las calendas de mayo. El agua bajaba a un nivel asumible como para pensar en cruzar el río sin sobresaltos. Cubría ya justo por debajo de la panza de una mula. Graco decidió que la operación de vadeo comenzaría a la mañana siguiente. Aquella última noche convocó a Vento a su praetorium.

Fue una llamada inesperada, que pilló al legado a punto de acostarse. Ya se había quitado la armadura y el cinto con la espada. No volvió a colocarse la coraza de escamas, pero sí se colgó el gladius con el fin de no verse enteramente desnudo. Encontró a Graco sentado a una mesa que no contenía mapas, como otras veces, sino una enorme jarra de vino de la que el pretor iba sirviéndose poco a poco. Desestimó Vento la invitación para tomar asiento con una breve cabezada. Prefería permanecer en pie cuando desconfiaba de algo o de alguien. Y aquella noche, el rictus concentrado de su superior en el cargo no acababa de tranquilizarlo. Sabía que la sesera de Sempronio Graco era una caja vacía de nociones militares; pero también un espacio oscuro en el que quizá habitasen demonios que aún no habían asomado los cuernos para manifestarse.

—Te saliste de la ruta indicada cuando te mandé a comprar armamento —sostuvo de pronto Sempronio Graco con voz dolida—. Te fuiste a Tarraco en vez de regresar directamente desde Emporiae, y no me lo dijiste...

Mantenía el militar romano la mirada puesta en las irisaciones del vaso mientras esperaba una respuesta. Unas palabras que no llegarían ni bajo tormento. Para Máximo Vento, guardar un silencio culpable era mucho mejor que buscar excusas que se derrumbarían como un muro de adobe al primer golpe de ariete.

—No han sido Séptimo ni Marcio los que me han venido con el cuento. Te recuerdo que te fuiste de viaje con treinta hombres..., y espero que no vayas ahora a torturarlos a todos para ver quién

se ha ido de la lengua —prosiguió Graco al percibir cábalas de muerte en las luces tenebrosas de aquellos ojos verdes.

Humilló la cabeza Vento como un niño avergonzado por una travesura. No logró, sin embargo, interrumpir el soliloquio encendido de su pretor.

—Eres un soldado intrépido, un oficial experto e intachable, un hombre cruel cuando procede. Pero incumpliste mis órdenes. Arriesgaste dinero del Estado y un cargamento de lo más valioso tan solo por ver a una prostituta. ¿Acaso Fulvio Flaco y los otros pretores te permitían este tipo de deslices o es que siempre lo llevaste en secreto? —El escrutinio ígneo de Graco se posó en la sombra cenicienta de un hombre abrumado—. No sé si entiendes la gravedad de los hechos. Desde el primer momento vi tus fortalezas y por eso te nombré mi legado. Debo conocer también tus debilidades, para saber que el día menos pensado no echarás a correr detrás de una mujerzuela en medio de una batalla. —Respiró hondo un par de veces el militar romano con el fin de serenarse. Después dijo: —Dime cuál es tu historia. Ayúdame a entenderte, y a perdonarte.

Se tenía Vento por un ser sin indicios. Peleaba al menos por serlo. A tal fin rehuía siempre cualquier conversación que tratara de escarbar en su pasado más allá de su alistamiento en el ejército.

—Yo no tengo historia —murmuró con gesto hermético.

Suspiró Graco como si acabara de escalar una gran montaña. Se sirvió más vino, aunque no era un hombre inclinado a los placeres de Baco. Asintió pensativo, consciente de que una confesión como la que él demandaba requería antes un sacrificio.

—Todo el mundo la tiene —dijo—. La mía, por ejemplo, es la de una vida en la sombra. Nací en una familia acomodada, pero no aristocrática. Me daban envidia los que podían llamarse patricios, y por eso me propuse ser uno de ellos. O, cuando menos, estar a su altura política. Conseguí ser elegido tribuno de la plebe. Así entré en el Senado. Gracias a las atribuciones del puesto, pude impugnar las acusaciones de corrupción que Catón el Viejo vertió sobre Escipión el Africano tras la guerra contra Antíoco. Quedó absuelto después de mi intervención. A decir verdad, yo lo salvé de ir a presidio. Y él me recompensó entregándome a su hija Cornelia. Reconozco que he llegado hasta aquí gracias a las influencias —confesó con aire sombrío.

Escanció Graco más caldo rojo, pero esta vez en dos vasos. Entendió el gesto Máximo Vento y acabó por sentarse frente al regente de media Hispania.

—¿Y la quieres?

Pareció Graco sorprendido ante la pregunta.

—¿A Cornelia? Era apenas una niña cuando nos casamos... La respeto, por supuesto. Es posible que la quiera incluso, pero sin el enamoramiento.

No había probado el vino Vento desde su última noche con Tais. El sabor le recordó inevitablemente a la mujer que había hecho vibrar su corazón durante tantos años.

—Eso no es querer —musitó tras engullir el líquido.

—¿Y qué es entonces?

Dudó Vento sobre la procedencia de ser sincero. El segundo vaso de vino, sin embargo, le dio el valor de los inconscientes.

—En tu caso, yo lo llamaría el precio de la ambición.

Encajó Graco el comentario en silencio. Se le quedó el aire reflexivo, aunque no tirante. Se llenó el praetorium de un rumor extraño, hecho de suspiros y trasiego de vasos. Durante un buen rato, ambos hombres parecieron incapaces de deshacer el nudo que ellos mismos habían atado a sus cuellos, hasta que Vento comenzó a desenterrar una infancia sepultada bajo los escombros de la tragedia.

—Nací en un burdel de Roma. Mi madre era prostituta en un lupanar de lujo. Me quería...; también las otras mujeres. Me acostumbré a vivir en tal ambiente, entre bellas meretrices y hombres poderosos. Consideré aquella mi casa durante bastantes años.

Observaba Graco con curiosidad al hombre al que había ascendido a general de su ejército aun desconociendo su origen y su pasado.

—Pero un día saliste de ese agujero... —le dijo.

Esbozó Vento una mueca a medio camino entre la pena y la añoranza.

—Un día me crucé a la salida con el hombre que más demandaba sus servicios. Era un conocido senador romano. Pagaba muy bien, aunque muchas veces exigía rarezas.

Graco dio un respingo.

—¡No te preguntaré por su nombre! ¡Es muy posible que lo conozca! —exclamó casi temblando.

Sacudió la cabeza Vento.

—No lo creo. Era antes de tu tiempo. Yo tenía entonces diecisiete años —replicó sin abandonar su rictus lúgubre—. Aquella tarde encontré a mi madre tendida en el suelo. Magullada, ensangrentada. No se movía.

—Estaba...

—Muerta.

Asintió compungido Sempronio Graco.

—Lo siento. Me hago cargo —dijo—. Además, imagino que si el asesino era alguien influyente, todo el asunto quedaría sobreseído al instante...

Máximo Vento continuó hablando como si un vendaval le impidiera escuchar otras voces.

—A la mañana siguiente me colé en una sesión del Senado. Lo esperé a la puerta de las letrinas. Todo el mundo visita el lugar tarde o temprano. Le di cuatro cuchilladas delante de varios magistrados.

—¿Mataste a un senador romano?! ¿Y a la vista de otros?! ¡Empezarían a buscarte de inmediato! —proclamó Graco.

Un atisbo de sonrisa onduló los labios de Vento al recordar su huida de Roma.

—Esa noche hice el camino que separa Roma de Ostia Antica. Un día más tarde tomé un trirreme con destino a Hispania. Me alisté en la oficina de Tarraco nada más llegar; con un nombre falso. Desde entonces no he conocido otro mundo aparte del ejército. Ni a otras mujeres que no fuesen prostitutas. Por Tais incumplí tus órdenes. Por ella daría la vida —sostuvo con voz rota.

Una burbuja de pensamiento envolvió al pretor.

—Entonces... aquella fue la primera vez que volviste a Roma tras los sucesos. Me refiero a cuando apareciste en el Senado con los dos tribunos de Fulvio Flaco y el prisionero celtíbero.

—Así es. Nadie reconoció a un hombre que escapó de las cloacas y que, en realidad, no existe.

Acercó Sempronio Graco su silla a la de su legado. Le pasó el brazo por encima de los hombros. En pose tan paternal le habló al oído.

—Máximo Vento existe —le dijo—. Tú lo creaste. Ten en cuenta que nuestras vidas son igual que los ríos: podemos dedicarnos a ver cómo fluyen, pero también es posible alterar su curso de algún modo. Al menos, ese es el propósito de mi aventura en Hispania. Podía haberme conformado con una magistratura menor, y vivir a la sombra de Cornelia y de los Escipiones. Pero quise postularme para pretor tan solo por demostrarme que puedo estar a la altura. —Torció el gesto Graco antes de confesar—: Cada día soy más consciente de mis limitaciones, por eso me he apoyado en ti incluso cuando no debía. Tengo que seguir adelante, sin embargo, si lo que pretendo es enderezar el curso de mi vida.

Era una jarra enorme, de casi un congio, la que Graco tenía sobre su mesa. Quedó seca durante la noche, pero ambos contertulios solo se percataron de ello cuando las trompetas del amanecer los despertaron con su estridente lamento. Entonces se pusieron en pie de un salto. Se miraron sin dar crédito. Se sentían incómodos, nerviosos; con la extraña sensación de estar desnudos el uno frente al otro. Pero lo cierto era que pretor y legado estaban más unidos que nunca. Habían dormido varias horas con la cabeza apoyada sobre los brazos, separados los dos por apenas un ronquido. Habían compartido historias inconfesables al amparo del vino. Aunque no se dieran cuenta, habían establecido vínculos de los que solo la muerte podría liberarlos en un futuro.

XVII

Un grupo de batidores cruzó el Hiberus con las primeras luces. Eran los encargados de explorar el terreno al otro lado antes de que todo el ejército se pusiera en marcha. El vadeo de un río era una operación sumamente delicada. Exponía a miles de hombres durante mucho tiempo a un ataque tan imprevisto como letal por parte del enemigo.

Un jinete regresó a las dos horas. No había riesgo, dijo. Las legiones podían cruzar sin miedo. No obstante, el resto de la turma seguiría batiendo el terreno hasta el fin de la maniobra.

Solo tras aquel informe ordenó Graco comenzar con los protocolos. Dispuso que los carros con los bastimentos y la impedimenta formaran una barrera cincuenta pasos río arriba. La jaula de Magilo iba sobre uno de aquellos vehículos pesados. El agua se filtraba entre los barrotes; acariciaba los pies de un guerrero belo que olisqueaba los vientos de su Celtiberia natal como si fueran esencia de sándalo. Soñaba todavía Magilo con romper sus cadenas, volver a casa y liderar a los suyos en una batalla que acabara de una vez por todas con un invasor tan cruel o peor que los cartagineses.

La caballería ibera se colocó un poco más abajo que los carromatos, con el fin de retener aún más la corriente. Graco todavía mandó fijar varias cuerdas entre las dos orillas, para que quienes resultaran arrastrados por la fuerza del agua pudieran salvarse. No quería perder efectivos por culpa de un mal resbalón o de un agujero en el lecho.

Buscó el pretor la cercanía de su legado mientras los ingenieros dirigían las maniobras. Lucía Sempronio Graco el rictus algo desencajado, y no era a causa de los excesos de la noche anterior, sino de la incertidumbre.

—¿Puedo confiarte un secreto? —le dijo a Vento.

—Por uno más... no importa.

—No sé qué rumbo tomar cuando estemos al otro lado —admitió cabizbajo—. Debí habértelo comentado la noche pasada, pero me dio vergüenza. En Italia departí largo y tendido con varios pretores de otros tiempos, estudié junto a ellos muchos mapas de la Celtiberia, dibujé avances imaginarios de mis ejércitos sobre aquellos planos, pero... —La vista de Graco se desplomó al otro lado del Hiberus como un ave herida por una flecha.

—Pero ahora ves que todo eso no te sirve de nada. Porque ni las charlas ni los mapas ni los despliegues ficticios tienen nada que ver con la realidad —murmuró un Vento hermético.

—¿Y cuál es la realidad? ¿La guerra diaria? —Le encrespaba a Graco el aparente desinterés de su subordinado.

Tardó unos segundos el legado en hilvanar de manera correcta sus pensamientos. Quería hacerlos

más comprensibles y menos dañinos para los oídos de un gobernante ambicioso pero carente de experiencia.

—La guerra por la guerra tampoco va a servirte —dijo al fin—. Ningún pretor ha sacado provecho de ella. Entre otras cosas porque los celtíberos jamás aceptan batallas en campo abierto. Golpean y se esfuman sin llegar a fajarse demasiado tiempo. Se encierran en sus fortalezas más importantes y, cuando salen, se contentan con causarnos una treintena de bajas. Así es difícil destruirlos.

—Tal vez haya una manera de provocarlos; de incitarlos a librar una gran batalla en la que todos sus ejércitos queden aniquilados para siempre —propuso Graco.

Escondió Vento un atisbo de sonrisa.

—Eso no va a ocurrir nunca —dijo.

—¿Por qué?

—Por la desunión de las tribus de la meseta. En general, estos pueblos no saben de alianzas. Han estado toda una vida peleándose entre ellos y cada cual sigue velando por su propio terruño. Es muy raro que un ejército celtíbero, sea lusón, belo o arévaco, supere los siete mil guerreros. De ahí que su forma de luchar no vaya a cambiar nunca, ni aunque los desafíemos. Pero en realidad..., no tienes de qué preocuparte. El destino decidirá por nosotros.

—Ya, pero estaría bien decidir si avanzamos hacia el sur, bordeando la Edetania, o nos internamos en la Celtiberia Citerior siguiendo el valle del...

Levantó una mano Vento para detener la perorata inservible de Graco.

—No merece la pena decidir nada hasta que no sepamos qué buscan aquellos dos de enfrente —dijo, y apuntó con un dedo a los dos jinetes que charlaban tranquilamente con un decurión romano en la orilla contraria del río.

Habían regresado los integrantes de la turma de caballería de sus labores de exploración, pero no solos. Dos desconocidos los acompañaban. Por su aspecto parecían hispanos. Y de origen noble, a juzgar por los jaeces de sus monturas, sus ropas y su armamento.

Tardó Graco todavía una hora y media en entrevistarse con ellos, porque fue el último en vadear el cauce, como corresponde al comandante de un ejército. Dejó incluso que los niños que habitaban las canabae y sus madres cruzaran antes que él. Eran aquellas criaturas, al fin y al cabo, hijos de legionarios suyos. A quienes no esperó fue a los mercachifles que también vivían junto al campamento.

A muchos no les dio tiempo de recoger el negocio, y se encontraron con que los carros que paraban la corriente se habían ido. Algunos fueron prudentes y se quedaron en la margen norte del Hiberus. Otros más osados se arriesgaron a penetrar en el agua con sus bolsas llenas de mercancía. Solo los que contaban con una caballería donde cargarlas lograron pasar sin contratiempo. Graco no permitió ir a buscar los cadáveres de los que desaparecían río abajo,

gritando y braceando aparatosamente como marionetas ruidosas.

Dijeron provenir de Carabis los dos celtíberos aparecidos en la margen sur del Hiberus, una ciudad amiga de Roma desde hacía varios años y que en aquellos mismos instantes estaba sufriendo el asedio de un gran ejército lusón. Por esa misma razón se habían dirigido en primer lugar al Castra Atiliana en busca de ayuda. Pero en el campamento romano no había efectivos suficientes para una operación de semejante magnitud, les dijeron. Y de ahí que hubiesen cabalgado sin descanso durante tres días hasta dar con el paradero de las legiones del nuevo pretor de Hispania. De no acudir de inmediato, sostuvieron, la fortaleza caería de manera irremediable en manos de los atacantes.

—¿Cómo se llama el jefe del ejército lusón? —Se dirigió Vento a los celtíberos.

—No lo sabemos —respondió el más joven con los brazos abiertos.

—¿Qué más da eso? —terció el más maduro—. Son enemigos nuestros, y por tanto de Roma.

Se apartó Graco unos pasos de los dos celtíberos y se llevó del brazo a Máximo Vento.

—¿Carabis es realmente un oppidum estipendiario de Roma? —le preguntó el pretor a su legado.

—A ratos, como todas las ciudades de esta zona. Pagan y se muestran sumisas cuando nos ven llegar, pero vuelven a la rebeldía en cuanto nos alejamos una legua. La presencia del Castra Atiliana en el horizonte no resulta suficiente para achantarlos de manera permanente.

Una avalancha de preguntas se acumuló en la cabeza de Sempronio Graco. Trató de rescatarlas una a una con cierto orden.

—Ya. ¿Y para qué querías saber el nombre de ese caudillo lusón? ¿Realmente importa?

—Podría.

—¿Y por qué razón un ejército celtíbero atacaría una ciudad de su misma estirpe?

—Ya te dije que esta gente está siempre peleándose, incluso en nuestra ausencia.

—¿Debemos, pues, ayudarlos o crees que podrían estar tramando una emboscada?

Resopló Vento su cansancio mientras observaba a los dos hispanos desde la distancia. El más joven bordeaba justo la edad que separa una infancia despreocupada de una juventud en armas. El otro era veinte años mayor. Tenía trazas de arrogancia y hechuras de hombre próspero. Podía tratarse de padre e hijo perfectamente.

—No lo sé —masculló indeciso—, pero solo se me ocurre una manera de saberlo.

Mandó traer el legado a los dos celtíberos a su presencia.

—Colgad al muchacho —ordenó a sus guardianes con ojos indiferentes.

Se encontraban todos hablando en los sotos del Hiberus. Había árboles de sobra. Una soga voló por encima de una rama y después se enroscó en el cuello del celtíbero más joven. Una palmada sobre los lomos de su caballo lo dejó balanceándose en el aire. Un grito o tal vez un juramento en lengua indígena acuchilló los aires caldeados de la Celtiberia. Era la voz del padre pidiendo clemencia para su hijo.

—¿Cómo se llama el hombre que comanda ese ejército lusón? —volvió a preguntarle Vento mientras el muchacho resollaba en la soga.

—¡Te he dicho que no lo sabemos! ¡No estamos mintiendo! ¡Carabis es fiel a Roma, y ahora mismo está en peligro!

Paseó Vento alrededor del ahorcado con los brazos abrochados a la espalda. Dio dos vueltas completas muy despacio, mirándose las botas, como si estuviera observando las hormigas del suelo.

—Ya no te queda mucho tiempo si quieres seguir teniendo hijo —murmuró como si hablara consigo mismo.

—¡Tencino! ¡Es Tencino quien quiere tomar Carabis! —aulló al fin el mandatario celtíbero.

Fue el propio Vento el que cortó la cuerda de un tajo. El cuerpo del muchacho cayó sobre la arena con estruendo de fardo muerto, pero respiraba. Se llevó el legado entonces a su pretor a un aparte.

—Ahora está todo claro —le dijo.

—¿El qué?! —reclamó Graco, que aún estaba algo espantado por lo del ahorcamiento.

—Que Carabis le tiene más miedo a Tencino que a Roma. Y por eso nos piden ayuda, no por otra cosa.

XVIII

Fue el destino el que impulsó finalmente a Graco a tomar dirección noroeste, con el fin de auxiliar a una ciudad celtíbera de fidelidad dudosa. Estaba convencido de que la liberación de la fortaleza le granjearía las simpatías de sus habitantes. En su fuero interno también confiaba en que los lusones levantarían el asedio en cuanto se enteraran del acercamiento de sus legiones.

Vento le fue explicando por el camino la composición de unas tropas que no estaban formadas por auténticos guerreros, sino por miserables. Y es que, desde tiempos ancestrales, la Celtiberia era una encrucijada muy peligrosa para cualquiera, incluidos sus propios moradores. Grupos de maleantes campaban a sus anchas por los montes debido a la falta de tierras. El desespero y el hambre los habían empujado a una vida de alimañas, y ya no conocían otra. Saqueaban pueblos; violaban, quemaban, mataban a mansalva tanto a nativos como a romanos desprevenidos. Tencino se había erigido en el líder indiscutible de unas fieras que se creían con derecho a conseguir cualquier cosa por la fuerza del miedo.

Cuando aquel ejército acampaba a las puertas de una ciudad modesta, el caudillo lusón exigía a sus mandatarios el acceso inmediato al interior de su oppidum. Una vez dentro, sus secuaces tomaban todo lo necesario para proseguir sus correrías sin penurias. Se llevaban las reservas de vino, caelia, cereales y salazones de las gentes. Muchas veces incluso les quitaban a sus hijas. Si la fortaleza se resistía, Tencino asaltaba sus murallas y robaba lo mismo. Pero después sus hombres se entregaban a una larga orgía de alcohol, mujeres y sangre.

Según Máximo Vento, el caudillo lusón contaba con unos ocho mil secuaces para realizar sus desmanes, y por eso las fortalezas más grandes no solían sufrir el azote de esos demonios. Carabis no era, en principio, de las llamadas inexpugnables, pero Tencino parecía haber pinchado en hueso, hasta el momento.

Las palabras de su legado dieron que pensar a Sempronio Graco, y por eso detuvo su largo convoy al alcanzar la desembocadura del río Salo. Había transcurrido una semana desde que su ejército vadeara el Hiberus. Allí se dirigió a sus soldados y también a los no combatientes. Fue muy claro con estos últimos, sobre todo con las mujeres. Les habló de lucha segura, de grandes desplazamientos, de marchas forzadas, de campamentos de guerra en los que solo tendrían cobida y protección los legionarios. Les auguró la muerte a todos los que no encontraran cobijo en un lugar auténticamente seguro. Y a tal fin les aconsejó descender apenas una legua por el valle del Salo hasta alcanzar uno de los asentamientos romanos más seguros en el norte de Hispania. Aquel era un lugar grande, saneado, con enormes canabae donde todo el mundo podría alojarse y desempeñar sus negocios, les aseguró. Se llamaba Castra Atiliana.

Le hicieron caso a Graco las amantes de los legionarios, e incluso las prostitutas. Se mostraron en cambio reacios a cumplir sus deseos los quincalleros, los mercaderes y los tahúres. Esos vivían a costa de la soldadesca, y estaban acostumbrados a oler el tufo de la muerte igual que los carroñeros.

En ese mismo punto, a una sola jornada a pie de Carabis, Graco pidió a los dos celtíberos escapados del cerco que lo guiasen hasta las cercanías de la fortaleza. Quería ver con sus propios ojos a su enemigo y a las tropas que comandaba. Se hizo acompañar el pretor de Máximo Vento y de una treintena de jinetes. Porque a los dos vecinos de Carabis se les había quedado el gesto tenso desde el episodio del río. Se les notaba resentidos con sus supuestos protectores, y pareció aconsejable tomar precauciones.

Se detuvo la comitiva en un bosquecillo de encinas al cabo de dos horas. Desde allí, Graco pudo divisar la ciudad sitiada y las tropas que pretendían tomarla al asalto.

Estaba la fortaleza celtíbera asentada en lo alto de una amplia meseta. Tenía en aquel instante todas sus puertas bloqueadas por los hombres de Tencino. Se notaba que había habido lucha, y no poca, en el adarve a juzgar por los cadáveres esparcidos por el foso. Al parecer, los lusones habían lanzado varios ataques directos en diversos puntos, pero habían fracasado en todos sus intentos. Por eso, los hombres de Tencino habían tenido que cambiar de estrategia.

Trataban ahora de construir un pasillo que les permitiese alcanzar la puerta sur. Se acercaban al foso en oleadas constantes, protegidos por manteletes, y vertían dentro de él troncos, rocas y escombros. A resguardo de cualquier flecha incendiaria tenían ya preparado el ariete que echaría abajo la puerta sur a base de golpes.

Graco se frotó el sudor de la frente mientras hacía cábalas.

—Dijiste ocho mil hombres... —le echó en cara a Vento al comprobar que el ejército enemigo duplicaba fácilmente esa cifra.

—Bueno, sí, pero eso fue hace ya casi un año... —se justificó el legado.

—¿Ves a Tencino?

Vento alargó el brazo y señaló en dirección este.

—¡No puede ser! —murmuró Graco atónito, como si la imagen del guerrero lusón correspondiera a un error lamentable de los dioses.

Era Tencino una montaña de músculos. Su esbirro más alto no le llegaba ni al hombro. Lucía un simple chaleco de lino blanco que mostraba unos brazos hercúleos y un cuello con extraños tatuajes. En las piernas gastaba pantalones de lana sujetos a los tobillos. En los pies, botas hechas con piel de lobo. Sobre su descomunal cabeza destacaba un casco cónico engalanado con colmillos de algún jabalí gigante. Una larga barba con hilachas grises circundaba un rostro feroz y despiadado.

Graco se giró súbitamente hacia los dos fugitivos de Carabis.

—¿Creéis que podríais colaros en vuestra ciudad de algún modo? —les preguntó.

Asintieron padre e hijo, aunque no dijeron cómo lograrían la hazaña.

—En ese caso, este es mi mensaje para los sitiados: Roma jamás abandona a sus aliados. Mañana estaréis libres de ese Tencino —les prometió el pretor.

Dejaron los romanos a los dos celtíberos en el altozano. Se quedaron ambos a la espera de la noche. Un tiempo en el que las sombras emborronan las poternas horadadas en lugares inverosímiles de una muralla y disimulan también a los hombres que pretender entrar en una ciudad asediada a través de unas portezuelas casi invisibles.

Graco decidió descansar una jornada entera a orillas del Hiberus. Al día siguiente inició el avance sobre Carabis con las primeras luces. Plantó sus reales por la tarde, a una sola legua de la ciudad celtíbera, y permitió que sus tropas repusieran fuerzas como cualquier día. Se retiraron muy temprano los legionarios a sus contubernios, sin dejar en esta ocasión hogueras ni rescoldos en la puerta.

Descansaron unas horas, hasta que los búhos terminaron su concierto. Entonces comenzó el trasiego dentro del campamento. Salían los hombres por las cuatro puertas con las armas envueltas en trapos. Caminaban de puntillas y sin cruzar palabra, pues Máximo Vento había exigido una ausencia total de voces y de tintineos mientras se reunían para la marcha. Aun así, Magilo llamó al legado al verlo pasar junto a su calabozo.

—¿Adónde diablos vais a estas horas? —le preguntó.

—A Carabis. A combatir contra Tencino. ¿Te acuerdas de él?

El nombre del caudillo lusón hizo sonar en la cabeza de Magilo notas de una libertad arcaica y también violenta. En más de una ocasión Tencino había asomado las orejas, o los colmillos, en territorio belo. Para practicar el mismo modus operandi que utilizaba en sus tierras.

—Tencino..., ese hijo de puta —masculló Magilo.

Advirtió Vento la inquina en los ojos del prisionero.

—No te he preguntado, pero igual te apetecería pelear esta vez a nuestro lado... —propuso con tono de sarcasmo.

—Lo que de verdad quiero es que no ganéis ninguno, y muráis todos en esa batalla —rezongó Magilo desde la penumbra.

Rio Vento entre dientes y empezó a darse la vuelta para retornar a sus labores, pero al guerrero de Sekaisa aún le quedaba una súplica imposible.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora? ¿No ves que tengo prisa? —le reprochó Vento.

—Es sobre Arranes, el nieto de Estobeles. Quería pedirte que no le hicieses combatir precisamente hoy, si no te importa...

—¿Por qué?

—Porque si cae vivo en manos de Tencino, tendrá una muerte larga y agónica.

—¿Y eso a ti qué te importa?

—Es que le prometí a su abuelo que yo me encargaría del final del chico personalmente.

Asintió divertido el romano ante lo que consideró un acuerdo absurdo entre bárbaros.

—Ya. Quieres decir que tú lo matarás de una forma más rápida e indolora que ese gigante.

—Sí.

—Pues siento no poder complacerte. Hoy los iberos tienen que demostrar todo lo que han aprendido estos días —respondió Vento, y se alejó de la jaula. Pretendía Sempronio Graco enfrentar a sus veteranos contra las huestes de Tencino desde el primer momento. La estrechura de la meseta, sostuvo, daría ventaja a un ejército pequeño pero competente. Tencino no podría utilizar sus fuerzas de caballería, y su infantería se vería obligada a pelear en una angostura limitada por la muralla y la ladera. Máximo Vento, sin embargo, le quitó la idea de la cabeza un minuto antes de abandonar el campamento.

Los mejores hombres nunca debían entrar en combate a las primeras de cambio, le dijo. Antes procedía desgastar al enemigo poniéndole enfrente tropas prescindibles.

—¿Te refieres a los auxiliares? —le preguntó Graco.

—Así es.

Consintió el pretor en hacer caso a su legado, aunque la vista se le fue de manera inevitable hacia los almacenes.

—En ese caso, tendremos que entregarles las corazas nuevas y las espadas... —sugirió el pretor.

—Todavía no es el momento.

—¡Pero van mal armados! ¡Y peor protegidos! ¡Morirán muchos! —proclamó Graco, asustado ante la expectativa de perder en los primeros lances a buena parte de sus tropas auxiliares.

—Morirán los que sobran —zanjó Vento con contundencia.

Guardó silencio el pretor, incapaz de contradecir a un experto. Aun así, albergaba la esperanza de eludir el combate. Estaba convencido de que, a pesar de las precauciones, Tencino estaría al corriente de su acercamiento. Entonces, el miedo a las legiones de Roma tal vez le haría desistir del asedio.

Acertó Graco en lo primero, pero erró en lo segundo. Al clarear el alba, divisaron al ejército lusón formado ya para la batalla. Al parecer, Tencino rehusaba desprender sus garras de la fortaleza asediada y se preparaba para el combate. Como era de esperar, había ocupado la parte más favorable de la meseta.

Los auxiliares iberos tendrían que pelear en terreno ascendente, enclaustrados entre el foso y la ladera. Y, sin embargo, no le desagradaron a Vento aquellas condiciones adversas. Como centurión, había presenciado muchas veces la defección de unidades enteras de aliados hispanos en medio de una batalla. Esta vez huir resultaría imposible. Caer en el foso significaría la muerte inmediata. Tratar de escapar ladera abajo tan solo prolongaría brevemente la vida de los desertores; porque la caballería de Tencino los cazaría como a conejos en un abrir y cerrar de ojos.

Máximo Vento hizo llamar a Arranes cuando las vanguardias de ambos ejércitos ya se veían las caras.

—Vas a ir en el centro de los tuyos. Quiero que tú mismo elijas a los hombres que deseas tener a tu lado en las tres primeras filas— le dijo.

Llevaba todavía el resentimiento tatuado en el rostro el nieto de Estobeles, pero no se le ocurrió discutir las órdenes. En pocos minutos ya había designado a quienes iban a acompañarlo en la brutal embestida. Vento se encargó del resto.

Dispuso a los iberos en tres cuerpos de siete en fondo. Pensaba lanzarlos en otras tantas oleadas. Por detrás situó a los hastati y a los principes de Graco. Los triarios se mantuvieron en reserva, junto con la caballería hispana, sobre el mismo promontorio desde el que el pretor y su legado se disponían a contemplar la batalla. A los veteranos de Fulvio Flaco confiaba en no tener siquiera que utilizarlos, y por eso los dejó guardando el campamento.

—¿Y no van a salir a echarnos una mano? —Se había quedado Sempronio Graco observando a los sitiados, pues los de Carabis lo miraban todo en silencio desde la empalizada; como si fueran respetuosos asistentes de una representación de teatro griego.

—En general, nunca confíes en aquellos que se hacen llamar amigos de Roma pero aún no te han pagado nada para demostrártelo —le respondió Vento.

Habían empezado a moverse los iberos al escuchar las tubas. Fue el propio Arranes quien decidió el momento de los lanzamientos de pila, pero se precipitó un poco; y los proyectiles se quedaron cortos. No fallaron, en cambio, los hombres de Tencino, que causaron con sus solliferrea las primeras bajas. Unos segundos después llegó el encontronazo de las dos barreras de escudos.

Para todos los auxiliares hispanos, aquel barullo infernal de insultos y tajos se trataba de su primera confrontación con riesgo de muerte. Hasta entonces habían ensayado con espadas de madera. La guerra no la habían visto jamás. En realidad, no la habían escuchado ni en los cuentos de sus abuelas.

Contemplaba Graco la lucha con ojos satisfechos. Porque Arranes y sus elegidos no estaban cediendo ni un paso en la meseta de Carabis, aunque tampoco podía decirse que fueran ganando terreno. Era un toma y daca constante que Máximo Vento decidió dar por terminado a los quince minutos.

—¿Ya vamos a retirarlos? —Se asombró Graco al escuchar el cuerno que marcaba la retirada—. Se están batiendo bien...

—Quiero probarlos a todos. Y además...

Apuntó Máximo Vento en dirección norte, hacia el punto desde el que Tencino observaba las evoluciones de sus hombres. El caudillo lusón también se disponía a aprovechar la retirada de la primera oleada ibera para reemplazar a los suyos. Él mismo iba a colocarse en primera línea, y para ello había empuñado dos hachas de combate, una en cada mano. Después, buscó su sitio en el ala derecha.

Lanzó Vento al segundo cuerpo de auxiliares. Descargaron ilergetes e ilercavones sus lanzas con algo más de tino que los guerreros de Arranes, aunque no lograron detener la marabunta rugiente que el propio Tencino encabezaba.

Peleaba el caudillo lusón a cuerpo gentil, aunque dos de sus lugartenientes lo guarecían con sus escudos. Aquel afán protector de ambos guerreros mermaba bastante su capacidad de tirar tajos. Pero no importaba, porque Tencino mataba por cuatro. Con su primer golpe destartaba la caetra de su contrario. Con el segundo, partía en dos una cabeza o tronzaba un brazo.

La tercera oleada de auxiliares iberos llegó al combate temblando. Apenas oponían resistencia a las huestes lusonas. Además, empezaron a verse copados peligrosamente. Máximo Vento se vio obligado a retirarlos en cuanto los vio pelear de espaldas al foso. Muchos ya estaban muriendo más a causa del miedo que por los golpes contrarios. Tras el repliegue de las fuerzas iberas, Tencino y sus hombres se dedicaron a desvalijar a los muertos.

Recorrían el campo de batalla con un ojo puesto en la legión romana que aún se mantenía en reserva en la loma y el otro en los cadáveres. Recogían armas, arrancaban protecciones y cascos de los guerreros caídos. Rebuscaban entre las ropas de los muertos y de los moribundos. Remataban después a los segundos si eran enemigos; y si no lo eran, los dejaban agonizar sin inmutarse. Cuando Máximo Vento ordenó avanzar a hastati y principes, Tencino lanzó un grito de alerta. Levantó una de sus hachas en el aire y la movió vigorosamente en círculo. Era la señal acordada entre aquellas alimañas para guardar el botín y emprender la huida.

—¿Ves ahora adónde habría ido a parar la mayor parte de las corazas nuevas? —dijo Vento a su pretor, aunque solo obtuvo el silencio por respuesta.

Se había quedado el romano contemplando intrigado las murallas de la ciudad celtíbera. Porque seguían mudas tras la liberación. Se adivinaban muchas cabezas asomadas a las almenas, pero ni una sola voz sobrevolaba la meseta ya despejada de Carabis. Tampoco se abatían los puentes levadizos, ni se abría ninguna de las puertas de la fortaleza. Tanta indiferencia extrañó a Graco.

—¿No deberían alegrarse? ¿Es que nadie va a salir a recibarnos? —gruñó irritado.

Inició entonces el pretor un acercamiento a las torres de la puerta sur a lomos de su montura. Lo hizo en contra de la opinión de Vento, sin portar un simple escudo ni adoptar otras precauciones. Una flecha se clavó entre las patas de su caballo cuando aún no había recorrido cien pasos.

—¡Abrid esa puerta ahora mismo antes de que la eche abajo! ¡¿Acaso no vinisteis a pedir mi ayuda?! —aulló iracundo tras apearse del caballo y partir en dos el dardo.

Había un anciano de cabellera y barbas blancas en la torre derecha. Estaba acompañado por una docena de hombres de una edad parecida que no hacían más que hablarle al oído. El viejo asentía o negaba según el comentario o la pregunta, pero no despegaba los labios. Tanto misterio impacientaba a Graco.

—¿Qué crees que está ocurriendo en esa maldita torre? —le preguntó a su legado.

—Desconfían de nosotros.

—¿Por qué? ¿Acaso no vinieron en busca de auxilio? ¡Pues aquí estamos! ¿Esta es la forma que tienen de agradecérmolo?!

Se encogió de hombros Máximo Vento.

—Hombre, tiene cierta lógica su comportamiento. Al fin y al cabo, acusamos a sus heraldos de mentirosos, y torturamos a uno y estuvimos a punto de matarlo —dijo.

Rechinaron con estridencia los dientes del pretor romano. Maldecía horriblemente mientras continuaba a medio tiro de flecha de la muralla; expuesto a los proyectiles de una ciudad súbitamente desagradecida.

—Tengo una idea para hacer entrar en razón a esos malditos —repuso de repente Graco.

—¿Qué tienes en mente? —Vento enarcó una ceja.

—¡Que me traigan al prisionero con su jaula! ¡Y que los veteranos desmonten el campamento y lo trasladen aquí mismo, a esta maldita meseta! —ordenó con ojos enrojecidos por la cólera.

XIX

Se extrañó Magilo por tan apresurado traslado. Conocía Carabis de sobra, y a muchos de sus moradores. Por eso, la emoción se le fue agolpando en la garganta a medida que el carro que lo transportaba se iba aproximando a la fortaleza. No eran belos, sino lusones quienes lo miraban intrigados desde la muralla. Sin embargo, dadas las circunstancias, para Magilo la sensación de hermandad era la misma que si estuviera llegando a Sekaisa.

Quiso hablar para saludarlos; pero se le quedaron las palabras atascadas en la garganta. Solo pudo agitar los brazos a través de los barrotes mientras las lágrimas se le perdían entre las barbas. A apenas cincuenta pasos de Carabis, los palafreneros saltaron del vehículo y se alejaron del peligro a toda prisa. Después, el silencio planeó sobre la meseta de Carabis con la parsimonia de los buitres. La curiosidad saltó de torre a torre en forma de cuchicheos, hasta que alguien se atrevió a ponerle nombre al inquilino de la jaula. Entonces los murmullos se esparcieron como una lengua de fuego a lo largo del adarve.

—¡Pero si es Magilo! —proclamó al fin una voz anónima.

—¿Magilo de Sekaisa, quieres decir?

—¡Así es!

—Imposible —terció otro más terco—. Ese de ahí es un sucio pordiosero, no un caudillo belo.

—Es verdad, el Magilo que conocemos jamás se habría dejado meter en una jaula; antes habría matado a cien romanos a mordiscos, o se habría quitado la vida estrangulándose con sus propias manos.

—¡Os aseguro que es el jefe de los guerreros de Sekaisa! —se empecinó el primero—. ¿No lo oís llorar? ¡Os digo que esa es su voz!

Se prodigaron los comentarios y las suposiciones durante una hora; hasta que a alguien se le ocurrió tomar el camino más corto.

—¡Magilo, ¿eres tú?! —preguntó el de Carabis a voz en grito. Mas no hubo respuesta. Hacía rato que el antiguo líder de los belos se había dado la vuelta para que nadie viera lloriquear a un guerrero. Se había tapado también los oídos con el fin de amortiguar el sufrimiento.

Sempronio Graco y Máximo Vento contemplaban la escena justo por detrás de la zona de influencia de los arqueros celtíberos.

—Ya te dije que la humillación de un jefe celtíbero no te ayudaría a abrir las puertas de ninguna fortaleza —le recordó el legado.

—Ya lo sé. Pero puede que sí lo haga el miedo.

Creyó entender Vento al fin las intenciones de su superior, y se puso a hacer cálculos.

—Tardaremos bastante tiempo en tener a punto las catapultas y los onagros; tal vez un día entero —sostuvo sin reparar en la mirada colérica de Graco.

—No estoy hablando de usar máquinas de asedio.

—¿A qué te refieres entonces?

Relampagueaban las pupilas del pretor cuando desveló sus planes.

—¡Voy a quemar vivo al prisionero a la vista de esos malnacidos! ¡Así verán cómo las gasta Roma con los desagradecidos! —bramó, e impartió órdenes para que una centuria entera protegiera con sus escudos a los soldados encargados de hacer una pila de troncos bajo la jaula.

Observó Vento los preparativos durante unos minutos. Cabeceaba mientras veía crecer la montaña de leños que convertiría a un hombre vivo en un montón de cenizas y gritos. Se decidió finalmente el legado a compartir sus pensamientos con su superior en el cargo.

—Lo único que lograremos con esa táctica será aterrorizarlos. Entonces volverán a vernos como a enemigos, y atrancarán todavía más sus puertas. Después, solo te quedará una opción para entrar en Carabis. ¿Estás dispuesto a perder mil hombres en esa muralla o prefieres que probemos otra idea? —dijo.

Los ojos de Graco dieron dos vueltas dentro de sus cuencas.

—¡¿Mil bajas?! ¿Tantas?

—Por lo menos.

—¿Qué propones entonces?

Se hizo acompañar Vento de sus dos prefectos de confianza en su recorrido hasta la jaula. Iban los tres a caballo, pero sin escudos.

—¿Estás seguro de que no nos van a disparar desde ahí arriba? —le preguntó Séptimo a su superior tras un estremecimiento.

—No soy adivino, pero lo cierto es que no podemos demostrar miedo ni tampoco recelo ante esta gente —respondió el antiguo centurión de Fulvio Flaco.

Encontraron a Magilo sentado de espaldas a las murallas. Estaba abatido; aún gemía como un jabalí herido por los mordiscos de los perros. Máximo Vento se dirigió a él con voz tranquila pero tajante.

—Sal de ahí y compórtate —le ordenó—. Todo irá bien si no haces tonterías.

Se dejó atar las manos el belo como un esclavo sumiso. Calló incluso cuando vio que una soga lo unía al caballo de Vento.

—¿Adónde vamos? —le preguntó con ojos ofuscados.

—A dar un paseo.

Acicateó Vento a su montura hasta alcanzar un trotecillo imposible para el prisionero. Incapaz de seguir aquel ritmo, Magilo se desplomó de bruces. Todavía aceleró el legado un poco más al ver que el guerrero belo trataba de levantarse. Después se dedicó a arrastrarlo de un lado a otro de la muralla sur entre un mar de murmullos.

Gruñía, bufaba, maldecía Magilo mientras intentaba girar sobre sí mismo. Quería ponerse de espaldas para salvar su rostro de las abrasiones; pero todo su esfuerzo fue en vano. La velocidad resultaba excesiva como para hacer equilibrios. Las volteretas se sucedían sin descanso. El dolor de los golpes contra las piedras del terreno se solapaba cruelmente con el de las raspaduras. Cuando Vento se apeó por fin del caballo a dos pasos de la jaula, a Magilo apenas le quedaba piel sobre los huesos, ni restos de su viejo sagum en el cuerpo. Su carne era una pulpa sanguinolenta. Su mirada, sin embargo, no había cambiado un ápice.

—Eres un hijo de puta, Vento. No te creía capaz de estas cosas. Un día te pedí que me mataras, pero no así, tan despacio —le recriminó al romano—. Me vengaré en cuanto me fugue. Te lo aseguro.

Se arrodilló el legado junto al herido. Señaló los troncos apilados bajo la jaula.

—¿Eres ciego además de estúpido? ¿No has visto lo que Graco quería hacer contigo? Yo soy quien ha evitado que hoy te reunieras con tus dioses. Si es que te debía algo, considérate ya pagado —le dijo con voz muy queda, aunque esto último Magilo ya no lo oyó, porque se había desvanecido.

Vento se volvió después hacia los dos prefectos.

—Llevaos de aquí al prisionero, lavadle las heridas y ponedle ropa nueva —les ordenó.

Había retornado el silencio a la muralla tras la contemplación de un acto de crueldad reservado solo para criminales sin remedio. Era aquella sensación de horror la que mantenía a los habitantes de Carabis encaramados al adarve. Una quietud que Graco aprovechó para avanzar hasta la posición de su legado. Desde allí se dirigió a unas gentes todavía estupefactas.

—¿Habéis visto la suerte que ha corrido el gran Magilo, líder de los belos? ¡Pues eso es lo que haré con todos y cada uno de los integrantes del consejo de Carabis si no me abris la puerta! ¡Os despellejaré vivos y luego os quemaré en una hoguera antes de que las heridas os maten! —les prometió—. ¡Si sois realmente fieles a Roma, tenéis que demostrarlo con hechos!

Volvieron los bisbiseos y las consultas de urgencia a las torres de Carabis. Subían y bajaban siluetas tras entrevistarse con quien parecía administrar los designios de la fortaleza. Pero no había respuesta por parte celtíbera. El enojo ya no le cabía a Graco en el pecho.

—¿Qué crees que están haciendo esos piojosos? —le preguntó a su legado.

—Para mí que están manteniendo una asamblea en el torreón derecho.

Tardaban más de la cuenta los de Carabis en decidirse. Tan inexplicable demora encolerizó a Graco, que envió a un jinete al campamento con la orden de levantarlo de inmediato y trasladarlo hasta las inmediaciones de aquella ciudad tan desobediente. Los veteranos se presentaron antes del mediodía; brillantes, atronadores. Traían tras de sí los carromatos de los bastimentos y toda la dotación artillera de ese ejército.

Graco hizo entonces desfilar a todas sus tropas a lo largo del flanco sur de la ciudad celtíbera. Para que el redoble de tambores y los brillos de las armaduras inclinaran de una vez por todas la balanza de las dudas. Al acabar la marcha, sus hombres dejaron los onagros, los escorpiones y las carroballistae apuntando directamente hacia las torres de Carabis.

A los quince minutos, una maroma crujió en la lejanía; y después otra. El puente levadizo de la puerta sur se abatió sobre el foso en medio de una gran polvareda. Chirriaron varios cerrojos metálicos antes de que el caudillo de los cabellos nevados abandonara al fin su madriguera de piedra.

Cruzó el puente el anciano con paso firme, en apariencia,; y se puso a esperar a Graco con las manos a la espalda. Observó Máximo Vento la empalizada de la cara sur. Había más de cien arqueros y muchas lanzas.

—¿Piensas entrar en Carabis? —le preguntó a su superior.

—Sí.

—¿Quieres que te acompañe?

—Esta vez debo ir solo. No es cuestión de demostrar miedo ni recelo delante de esta gente.

Dio un respingo Máximo Vento al escuchar aquellas palabras, pues le sonaron como si fueran suyas. Quiso advertir a Graco de que tanta coincidencia podía ser un mal augurio. Pero el pretor de media Hispania ya estaba a punto de reunirse con el mandatario celtíbero.

—Mi nombre es Dagenus. Disculpa la tardanza. Pero es que, después de tanta batalla, la ciudad aún no estaba lista para recibirte —afirmó el anciano con una sonrisilla irónica.

—Yo soy Tiberio Sempronio Graco, gobernador de estas tierras en el nombre de Roma —se presentó el itálico.

No inclinó la cabeza Dagenus para mostrar su acuerdo con lo escuchado. No asintió ni negó; simplemente extrajo una tésera de entre sus ropas y se la alargó a Graco.

—Acepta esto como una señal de amistad eterna entre Roma y Carabis —le dijo con la mano extendida.

Miró el pretor la tablilla de madera con ojos indiferentes. Ni siquiera hizo mención de tocarla.

—Aquí no estamos para hablar de amistad, sino de clientela y obediencia —respondió, y le entregó a Dagenus un papiro con muchas letras y números.

—¿Qué es? —demandó el celtíbero.

—El documento que explica la protección que Roma os da, y también el precio que cuesta.

Dejó Graco que la faz del mandatario de Carabis mudara del blanco al verde mientras leía. Después le dijo:

—Ahora ya puedes mostrarme la ciudad que riges con mi permiso.

XX

Quedó Magilo alojado en su nuevo calabozo a primera hora de la tarde. Al caer el crepúsculo, sin embargo, el caudillo belo seguía llevando los mismos andrajos y la misma sangre seca pegada al cuerpo. Séptimo y Marcio se habían limitado a dejarlo en manos del prefecto del campamento, que a su vez encargó las labores sanitarias a tres subordinados. Pero ninguno de ellos se decidía a entrar en la celda, y eso que el prisionero se encontraba casi muerto.

Estaban hablando aquellos intrépidos legionarios muy cerca de los contubernios ocupados por los auxiliares, junto a la porta sinistra principalis. Se disponían ya a echar a suertes quién se jugaría la vida cuando un joven se presentó ante ellos. Les costó reconocerlo al principio, pues el hispano venía ataviado con una de las nuevas corazas de escamas que Vento había repartido entre los más destacados en la pelea.

—A mí no me hará nada. Si me dais el nuevo sagum, el jarro de vino y las vendas para los emplastes, yo mismo entraré en la celda para curarle las llagas —les dijo Arranes.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que ese salvaje no te despedazará en cuanto pongas un pie dentro? —le preguntó el más prudente.

—Es amigo de mi abuelo. Me conoce.

—Bueno, tampoco perdemos tanto si lo hace trizas —rio uno de los legionarios—. Total, para la ayuda que prestan estos iberos...

Tenía Magilo un ojo tumefacto a causa de los golpes, pero el otro lo mantenía entreabierto. Por aquella estrecha rendija vio acercarse al de Athanagia.

—Vaya, esperaba a un maldito romano, para que me rematase de una vez —sostuvo el celtíbero con sorna—, no a un ibero.

Sonrió Arranes mientras empezaba a frotar con vino los restos de lana incrustados en la carne del guerrero belo.

—He visto lo que te ha hecho Vento —murmuró.

Asintió Magilo mientras ahogaba un gemido.

—Son cosas que pasan cuando uno está en manos de estos cobardes —se lamentó entre quejido y quejido—. Yo también presencié la paliza que te endosó ese romano hace unas semanas.

—No sabía que tu calabozo tuviera tan buenas vistas —bromeó el ilergete.

—Bueno, es que ese día estaba bañándome en el río. Cortesía de un hijo de puta llamado Máximo Vento, por cierto.

—Ya.

Un silencio incompleto sobrevoló a ambos guerreros hispanos durante varios minutos. Los dos sabían que aquel reencuentro estaba lejos de ser fortuito.

—Escuché lo que mi abuelo te pidió aquella mañana en la jaula —afirmó de repente Arranes.

Trató Magilo de abrir incluso su ojo inflamado. Se preguntaba hasta dónde pretendía escarbar el nido de Estoboles en las cenizas del recuerdo.

—Me refiero a cuando te hizo prometer que te encargarías de mí. Ya sabes a qué me refiero... —prosiguió el muchacho.

Un aire de reflexión secuestró la atención del celtíbero.

—Aprecio a tu abuelo —sostuvo Magilo al cabo con la mirada en el techo—. Por eso le juré que, llegado el momento, te ahorraría el sufrimiento. Y te mataría rápido y sin apenas dolor. Pero no lo tomes como una sentencia o una amenaza, sino como un favor entre amigos. Así de simples son las cosas de la guerra. A Vento, en cambio, lo haré sufrir como a un perro.

Un atisbo de sonrisa se asomó a los labios del joven ilergete.

—En el fondo me gustaría ser como tú —reconoció Arranes.

—¿Y cómo te parece que soy? —preguntó Magilo intrigado.

—Un ser indomable.

—¿Tú crees?

Asintió Arranes con sinceridad casi ingenua.

—Debes de serlo. Nadie aguanta tanto tiempo encerrado en un agujero sin morirse de nostalgia.

Le dolían a Magilo los refrotes con el trapo untado de vino agrio, pero más lo hizo el comentario de Arranes. Quiso sobreponerse, no obstante, a la cuchillada, y para eso recurrió a una vieja historia.

—Al brujo de Sekaisa lo llaman «la Sombra» porque nadie jamás le ha visto la cara. Algunos afirman incluso que se arrancó los ojos para no ver las barbaridades que hacemos los humanos. El viejo guarda un pájaro dentro de una pequeña jaula. Dice que es el dios Lug, y que el bicho le descifra el futuro del mundo y de las personas, pero yo no me lo creo. Para empezar, no es un cuervo, sino un grajo.

—¿Y qué tiene que ver eso contigo?

Se le pusieron a Magilo los ojos evocadores al abordar el final de su relato.

—Lo cierto es que el animal lanza furiosos picotazos a todo aquel que mete el dedo entre los

barrotes de su jaula. Lleva muchos años en cautividad y se le han quedado las alas lisiadas por la falta de espacio. Pero aún conserva el mismo fulgor de siempre en los ojos. En uno se le adivina el brillo inquebrantable de la libertad; en el otro, el de la venganza. Así soy yo también. Así somos todos los que peleamos a brazo partido contra los romanos. ¿Lo entiendes ahora?

Terminó Arranes de colocar los emplastes sobre las carnes abiertas del celtíbero. Después le ciñó el nuevo sagum y se mantuvo mirándolo durante un rato.

—Comprendo que las gentes de tu estirpe nunca desfallezcan incluso si están prisioneras del enemigo..., pero ¿y si nunca logras salir de este calabozo?

Magilo le acarició el rostro con la dulzura de un padre amoroso. Se le habían enturbiado algo los ojos al celtíbero, pero eran aguas de una calma insólita; de una paz solo al alcance de un alma etérea.

—Da igual, porque mi corazón ya escapa de estas rejas todas las noches. Entonces veo a mi mujer, Izaro, y a mis hijos pequeños. Paseo con ellos por mis montañas. Sueño con mi ejército, con mis guerreros. Soy, en el fondo, como el pájaro enjaulado de ese brujo; aunque con la diferencia de que yo sí volaré de aquí un día. Y regresaré a casa para volver a ser el gran Magilo, caudillo de todos los belos —sostuvo el cautivo con la voz rota por las emociones.

XXI

Se asombró Graco ante lo que descubrió dentro de Carabis. Contaba la ciudad con magníficos edificios de dos e incluso tres plantas, contruidos con mampostería y gruesos troncos. Y con un núcleo urbano ordenado alrededor de dos grandes plazas, con calles limpias y perfectamente adoquinadas. Aun así, el pretor tuvo que mancharse las botas de barro cuando insistió en ver también los barrios de los arrabales.

Allí se cruzó con hombres desharrapados o medio desnudos, y con niños de mirada vacía y mejillas transparentes. Gentes que vivían en covachas de adobe mal cocido y techumbre de bálago. Jamás imaginó Sempronio Graco un oppidum con tantos contrastes, por mucho que Vento le advirtiera sobre Carabis y, en general, sobre toda la Celtiberia: «Cuando unos lo tienen todo, a los otros no puede quedarles nada», le había dicho su legado.

Se refería Vento al poder detentado por la nobilitas celtíbera en detrimento de los más débiles. Solo la aristocracia, en la que se incluían los guerreros, poseía tierras, rebaños de ganado y silabur. Podían considerarse también afortunados aquellos a quienes los ricos ofrecían un trabajo o un huerto que llevar en arriendo. El resto de la población, sin embargo, contaba con escasas opciones de subsistencia.

Los hombres jóvenes y todavía solteros solían sentirse tentados por la vida que Tencino les prometía. Era ciertamente una existencia errante y peligrosa, pero estaba repleta de botín y placeres. Los que ya tenían mujer e hijos pequeños solos podían sucumbir entre despojos mientras el odio a los poderosos los consumía como una gangrena imparable.

No le extrañó, pues, a Graco que dos figuras furtivas lo visitaran esa misma noche en su praetorium. Se presentaron los desconocidos en la porta decumana del campamento romano como si barruntaran que alguien podía estarlos siguiendo. Iban cubiertos con capuchas y mantos negros y hablaban en susurros. Pidieron entrevistarse con «el auténtico gobernador de la Celtiberia a la mayor celeridad posible». No querían que nadie los echara en falta dentro de la fortaleza para no despertar sospechas entre los hombres de Dagenus.

Apenas balbucían la lengua romana los dos fugitivos; aun así, su mensaje no pudo resultar más claro. Dijeron venir en representación de muchos habitantes oprimidos de Carabis con el fin de pedir la reparación de una gran injusticia: la usurpación de todas las tierras de cultivo por parte de unos pocos. Cuando Graco les preguntó cuántos eran «muchos», los celtíberos quisieron hacer cuentas, pero se vieron incapaces de construir una cifra tan alta usando solo los dedos. Entonces afirmaron que los descontentos podrían llenar al menos cuarenta casas como la que ocupaba un demonio llamado Dagenus.

Aquel dato sí le permitió al romano hacer cálculos. Y estimó en no menos de quinientos los resentidos con el principal mandatario de la ciudad y, en general, con las gentilidades más influyentes de la urbe.

Instaron a Graco los sombríos visitantes a tomar medidas antes de que sus vástagos y sus mujeres muriesen de hambre. No le pedían que le diera la vuelta al mundo y los ricos se convirtiesen en pobres y viceversa. Se conformarían con una pequeña parcela en la que cultivar algo de cereal y criar unas cabras.

Se quejaron, asimismo, de los tributos recientemente exigidos a la ciudad, ya que solo habían conseguido empeorar las cosas. La necesidad recaudatoria los había desposeído de lo poco que tenían. Dagenus ni siquiera les había permitido quedarse con las mantas con las que se cubrían por las noches, adujeron compungidos los dos celtíberos. Así pues, tan solo pedían poder sacar adelante a sus familias sin tener que hacer una locura que no deseaban.

Sopesó Graco durante unos segundos aquellas últimas palabras del celtíbero.

—¿De qué locura me hablas? —le preguntó.

—De enrolarnos en el ejército de Tencino y luchar contra todos; también contra Roma.

Despidió Graco a sus dos invitados con la promesa de encontrar una solución inmediata a sus tribulaciones. Después se pasó en vela el resto de la noche. Buscaba la manera de hacer nuevos amigos sin crearse enemigos acérrimos. Creyó haber dado en el clavo justo a tiempo. Faltaban un par de horas para el amanecer, momento en el que Dagenus y los miembros de su consejo debían presentarse en el campamento romano con el estipendio: cien talentos de plata, ochocientos saga, doscientas pieles de buey, doscientos jinetes y trescientos auxiliares de infantería.

Envío Graco un heraldo a la ciudad antes de que se produjera el encuentro. Llevaba el mensajero una carta por la que se instaba a los consejeros a comparecer en el praetorium acompañados de sus nietos más pequeños. Se trataba simplemente de obsequiar a los niños con un recorrido por todas y cada una de las dependencias de un campamento romano por el que seguramente sentían una curiosidad tan infantil como comprensible. Sería una visita divertida en la que podrían contemplar también las evoluciones de la tropa durante su entrenamiento. Así rezaba, grosso modo, la misiva del pretor romano.

Aparecieron las carretas y los diez mandatarios un poco tarde, cuando el sol ya pintaba de un blanco celeste las murallas de Carabis. Pasó el anfitrión por alto aquella impuntualidad y recibió a los niños y a sus influyentes abuelos con gran alborozo. Estaban con él los tribunos de la legión y sus deliciosas amantes.

Y es que Graco había caído en la cuenta de que la primera impresión era de vital importancia para los visitantes más jóvenes. Quería que los pequeños viesan al entrar a romanos casi adolescentes, sin cejas partidas ni feas cicatrices; y muchachas sonrientes que parecían adorables ninfas del bosque.

No opusieron resistencia alguna los alevines celtibéricos, ni tampoco sus mayores, cuando el pretor los exhortó a seguir a unos guías tan amables. Quedó entonces el representante de Roma enfrentado a quienes ostentaban el poder más omnímodo en la ciudad de Carabis.

Se paseó Sempronio Graco alrededor de los carros cargados con pieles y mantas. Escrutó con gesto frío el interior de los cofres de monedas. Calculó que faltaba la mitad de toda la mercancía,

además de los auxiliares. Porque Dagenus y su consejo se habían presentado solos, sin jinetes ni soldados, conduciendo ellos mismos las carretas que portaban el precioso estipendio.

—Disculpa que no vengamos acompañados, pero es que prescindir de tantos hombres dentro de un oppidum no es asunto fácil... —se justificó un Dagenus aparentemente abrumado—. Se necesitan muchos brazos para llevar los campos y...

Hizo callar Graco al celtíbero con un gesto de la mano. Fingía el romano estar contando las pieles y las mantas. Pareció incluso no preocuparle la ausencia de auxiliares hispanos.

—De todo esto... ¿qué es lo que habéis aportado vosotros diez? —preguntó, dirigiéndose al grupo.

Se miraron los consejeros de Carabis con ademán confundido. Sabían que traían la mercancía incompleta y también el dinero. Habían previsto la queja, pero no la pregunta.

—La mitad —respondió al fin Dagenus.

Asintió benévolo Sempronio Graco.

—Devolved la otra mitad a sus propietarios, aportad vosotros del mismo modo la parte de los pobres y entonces renunciaré a hacer leva en Carabis —les dijo.

Se repitieron las miradas de estupor entre los representantes de las gentilidades más poderosas. No contaban con sufragar ellos la parte de los menesterosos, pero ciertamente esperaban pagar más. Al fin y al cabo, aquellas carretas no eran más que el inicio de un largo y tedioso regateo. Sin embargo, la exención total de ese último deber contributivo les pareció un gesto de magnanimidad inaudita por parte del invasor romano.

En realidad no lo era. Esa misma noche Máximo Vento le había dicho a Graco que no se le ocurriera reclutar ni un solo guerrero celtíbero, ni en Carabis ni en ningún lugar de tan inhóspitas tierras. Porque sería lo mismo que tener al enemigo dentro de casa. Ya corrían bastante riesgo llevando ilergetes e ilercavones en sus filas. Unas tropas que hoy podían mostrarse fiables, pero tal vez mañana cambiasen de bando sin el menor sonrojo.

Pasaron los diez notables al interior del praetorium para seguir charlando con más intimidad que en el foro. Un enorme mapa de la zona, con Carabis en su centro, destacaba sobre la mesa. Pero los jefes celtíberos no se fijaron en él hasta que Graco les dijo:

—Decidme, si no os importa, qué tierras controla cada uno de vuestros clanes familiares.

La curiosidad apiñó a los próceres alrededor del dibujo. Estaban acostumbrados a ver el mundo y sus posesiones desde la grupa de un caballo y no aplanados en un pergamino. Pero pronto se orientaron en aquel laberinto de trazos y puntos negros al distinguir los nombres de algunas ciudades vecinas. Se tomaron como un juego el delimitar sus dominios con los cálamos y los tinteros con líquido rojo que el propio Graco les repartió mientras reían.

Apenas discutieron entre ellos al trazar los límites entre sus tierras, porque veían muchos signos

que les servían de referencia. Reconocieron ríos y arroyos marcados con rayas azules, sierras y montes pintados con manchas grises y zonas boscosas moteadas de verde. Las áreas de color ocre representaban campos de cultivo, y pronto quedaron todas circunscritas dentro de las lindes territoriales de uno u otro dignatario.

Tan entretenidos estuvieron en la tarea que no se dieron cuenta de que dos hombres penetraban en el praetorium. Uno era Máximo Vento; el otro, el agrimensor de confianza de Sempronio Graco. Se acercó el pretor al mapa cuando los mandatarios de Carabis terminaron de definir las posesiones de los diez clanes más poderosos de la urbe.

—Entonces los dominios de vuestras familias... ¿no van más allá de esas líneas rojas que habéis trazado en el mapa? —les preguntó.

Se encogieron de hombros los diez notables celtíberos. Había sonrisas cómplices, y gestos de ironía en algunos rostros. Fue Dagenus el que señaló las fortalezas de Bursau, Turiaso y Kaiskata.

—El territorio de Carabis llega hasta ahí —confirmó el jefe celtíbero—. Esas son las lindes con estas ciudades. Ellas también tienen derecho a contar con campos para cultivar trigo o criar cabras, y bosques en los que cazar o extraer leña...

Asintió Graco con ademán introspectivo.

—Ya, claro, es comprensible. ¿Y podrías decirme cuántos clanes familiares hay en Carabis?

Extrañó un tanto la pregunta del pretor romano, pero no advirtieron malicia en ella los dignatarios lusones. Y por eso Dagenus respondió sin prejuicios:

—Al menos cincuenta.

Cabeceó otra vez Sempronio Graco con ademán grave. Se tomó su tiempo antes de menear el árbol para hacer caer la fruta podrida.

—Pues aquí yo solo veo diez representantes —asentó circunspecto.

Comenzó a enfurruñarse el gesto de Dagenus y el de todos sus compañeros.

—Este es un consejo de diez miembros. Así ha sido toda la vida... —respondió ofendido el de Carabis.

—Entiendo. Sois las diez gentilidades más prósperas, y todo os pertenece. Entonces los pobres de tu oppidum... ¿a qué tienen derecho? ¿Solo a morir de hambre?

Incomodaron las palabras del pretor a sus invitados, que intercambiaron entre ellos algunas palabras ásperas. Pero lo hicieron en celtíbero; y por eso, los romanos presentes en aquella tienda no tuvieron claro si el comentario de Graco lo tomaban como una ofensa o como una injerencia intolerable. Hasta que Dagenus puso orden y replicó otra vez en nombre de todos:

—Entre los lusones, el poder y la riqueza siempre han sido una cuestión de cuna. Es la tradición, y nosotros no tenemos la culpa —dijo, y se quedó tan tranquilo.

Miró de reojo Graco a los suyos. Vio que estaban preparados para el golpe de efecto.

—Eso fue hasta ayer. A partir de hoy las cosas van a cambiar un poco —asentó muy serio mientras le hacía una seña a su experto en medir tierras.

Se abrió paso el agrimensor entre el círculo de rostros tirantes. Llevaba en las manos instrumentos desconocidos para los notables celtíberos. Se colocó junto al pergamino y empezó a utilizar aquellos trastos, vertical y horizontalmente, sobre las líneas trazadas por los de Carabis.

Medía el romano con calma ayudado por sus escuadras y cartabones, anotaba, hacía cálculos con fórmulas extrañas; hasta que por fin usó un cálamo repleto de tinta negra, para que el color de los difuntos resaltara con claridad sobre las líneas marcadas en rojo.

Murmuraban los oligarcas de Carabis en su idioma mientras trataban de descifrar el significado de unos trazos que, aparentemente, reducían sus posesiones a la cuarta parte. Graco decidió explicarles las nuevas disposiciones antes de que llegaran las preguntas y las consabidas protestas.

—No os preocupéis. El nuevo reparto de tierras no os va a convertir en hombres pobres, pero sí es cierto que vuestro poder y vuestra riqueza dejarán de ser abusivos. Además, a partir de este momento, el consejo de Carabis contará con veinte integrantes: vosotros diez y otros tantos miembros que yo mismo designaré entre las gentilidades más desfavorecidas. Así habrá igualdad, y todos estaréis condenados a entenderos —declaró tajante.

Había previsto Graco la ira y el revuelo; incluso no descartó la violencia. Por eso había hecho venir a su legado.

—Si alguno no está de acuerdo, que lo diga ahora —los desafió mientras el praetorium se llenaba de una música sibilante, metálica, amenazadora. Era el gladius de Máximo Vento al resbalar fuera de su funda.

Abandonaron los diez consejeros la tienda refunfuñando. Gesticulaban como demonios. Hablaban en aquella lengua bárbara e ininteligible. Alcanzaron al fin la porta decumana y alguien se acordó de los niños.

—¿Nuestros nietos? —demandó entonces Dagenus.

—Van camino de Tarraco —respondió el pretor con displicencia.

—¡¿Tarraco?! ¡¿Para qué?!

Sempronio Graco se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Oh, se me olvidó comentároslo antes —dijo—. Van a completar allí su formación humanística. No debéis preocuparos. Estarán seguros y los trataran como a emperadores; a no ser

que... a sus abuelos les dé por mostrarse desobedientes.

Hubo gestos de espanto entre algunos oligarcas. Otros se mesaron las barbas con ojos enrojecidos por la cólera. Los menos prometieron acatar las nuevas normas con docilidad de perro doméstico. Graco obvió tanto los ademanes como las palabras. No se fiaba de ninguno de ellos. De hecho, ya tenía preparada la centuria que acompañaría a aquellos prohombres de vuelta a su fortaleza. Unos soldados que pensaba dejar como guarnición dentro del oppidum hasta nueva orden, para que la recién estrenada legalidad no durase solo diez minutos.

XXII

Fueron dos semanas frenéticas las que pasó Graco en Carabis. Se empeñó en estar presente en la parcelación del terreno por parte de sus agrimensores; y también en el reparto de aquellos lotes a la población más necesitada. Ordenó, no obstante, dejar tierras libres para el futuro; con el fin de que las generaciones venideras pudieran nacer y crecer con expectativas. Para nombrar a los diez nuevos consejeros, paseó antes por los barrios de las afueras. Observó a sus gentes, habló con unos y con otros, hizo sus indagaciones... Pero a la hora de elegir a los miembros entrantes, se guió por la mirada, además de por el aspecto y vestimenta de aquellos seres desesperados. Escogió a hombres que no mostraran el odio esculpido en las pupilas. No quería Graco una fiesta de sangre tras su partida. Consiguió así que muchos seres, antes relegados, le besaran las sandalias y le juraran obediencia eterna.

Estaba Sempronio Graco celebrando su primer gran logro en la Celtiberia cuando un hombre se presentó a escondidas en su campamento. Venía el desconocido de una ciudad llamada Contrebia Belaisca, en territorio de los belos. Hasta allí habían llegado voces sobre el reparto de tierras en Carabis. Y por eso los pobres se habían levantado contra los ricos. Cundían el descontento y la violencia dentro de la urbe. Era en realidad un conato de revuelta en la que los desheredados llevarían al final las de perder, a no ser que el pretor romano se presentara en la ciudad con urgencia.

Dio crédito Sempronio Graco al disidente, y por eso ordenó desmontar el campamento a toda prisa. Le costó solo dos días alcanzar la fortaleza bela. Un oppidum que encontró, sorprendentemente, con sus cuatro puertas abiertas; sin retenes ni centinelas que pudieran dar gritos de alarma. Al parecer, la atención de los contrebienses estaba puesta en el interior de sus muros más que en el horizonte.

Irrumpieron las tropas romanas en la ciudad sin tener siquiera que desenvainar sus armas. Los miembros del máximo órgano regente permanecían en aquellos instantes encerrados dentro del edificio del Consejo, no se sabía si por miedo o para tomar decisiones. En las calles, mil guerreros intentaban sofocar los disturbios provocados por otros tantos menesterosos. Cuando Graco apareció en la plaza, rodeado por sus veteranos, los pobres de Contrebia lo recibieron como si se tratase del paladín de las libertades.

Asumió el control de la ciudad el pretor romano sin tener que recurrir al derramamiento de sangre. Obró después exactamente igual que en Carabis, pero sin llegar a tomar chiquillos como rehenes. Pensó ilusamente que, tras aquellos éxitos como justiciero, todos los oppida de la Celtiberia lo requerirían con diligencia. Para que resolviera a golpe de ley romana los desafueros de una tradición errónea. Y por esa misma razón se quedó esperando, acampado en las inmediaciones. Sin embargo, al cabo de un mes, no había recibido ni una sola llamada de auxilio. Quiso conocer entonces el parecer de su mejor experto en la guerra.

—¿Es que ya no hay más pobres en la Celtiberia? ¿Es que ya se han terminado las desigualdades en sus ciudades? —inquirió extrañado.

Suspiró hondo Máximo Vento, como siempre que se veía enfrentado a preguntas absurdas.

—Dado que los dirigentes celtíberos no son ciegos ni sordos, ya habrán tenido noticia de lo acontecido tanto aquí como en Carabis —explicó—. Entonces... yo diría que existen tres posibilidades con respecto a los indigentes de sus ciudades.

—¿Y cuáles son, si puede saberse?

—O bien están encarcelados o muertos.

Percibió Graco el sarcasmo de su legado, pero decidió pasarlo por alto.

—Has dicho tres opciones —gruñó irritado.

—Pensaba que la tercera era muy obvia —sonrió Vento—: los que hayan podido escapar de las represalias estarán ya enrolados en el ejército de Tencino.

Despidieron chispas los ojos de Graco.

—¿Insinúas acaso que mi estrategia en cuanto a la distribución de tierras entre los más débiles es errónea?!

Resopló de nuevo Máximo Vento antes de iniciar una explicación al alcance de cualquier niño.

—Cambiar la realidad de dos o tres ciudades celtíberas no va a erradicar una tradición que lleva existiendo tal vez cinco siglos. Lo que sí lograrás con tus medidas es hacer engrosar las filas de ese gigante con varios miles de fugitivos. Créeme, para nosotros no sería buena noticia saber que Tencino cuenta ya con un ejército de veinte mil hombres.

La perorata de su legado dejó pensativo a Graco un instante.

—¿Hablas, pues, de tener que combatir contra ese monstruo tarde o temprano? —preguntó.

—Será inevitable en algún momento.

Una confusión colérica se abrió paso dentro de la nube de tribulaciones en la que el pretor romano se debatía como un timonel sin brújula.

—¡No te entiendo! ¡Tú mismo me dijiste que hacer la guerra no me ayudaría a conquistar la Celtiberia! —se encrepó.

—¡Y es así! ¡Puede que no ganes nunca el control de esta tierra, pero un puñado de buenas victorias es lo único que da prestigio a un pretor romano cuando acaba su campaña!

No quedó Graco del todo convencido por las teorías de su legado. Y por eso se puso a buscar nuevas ciudades en las que remediar injusticias. A tal fin recorrió la Celtiberia de este a oeste. Acampó en las cercanías de todas las fortalezas situadas entre el valle del Hiberus y las fuentes del Durius, pero solo encontró puertas cerradas y murallas llenas de lanzas. Además, sufrió el acoso implacable del ejército errante de Tencino en todos y cada uno de sus desplazamientos.

Cualquier barranco o recodo del camino era bueno para que aquellos guerreros desharapados emboscasen a los forrajeadores de Graco o a su interminable retaguardia.

Trató el pretor de arrastrar al caudillo lusón a una gran batalla en campo abierto, pero Tencino siempre rehusó el ofrecimiento. Se conformaba con matar a veinte o treinta legionarios en cada golpe. Cansado de acumular decepciones y bajas, Sempronio Graco decidió reunirse con su legado a finales de agosto.

Llevaba casi un mes sin consultar nada con él, y de ahí que Vento trajese el gesto tirante aquel mediodía. Le dolía el abandono al antiguo centurión de Fulvio Flaco. Se daba cuenta de que cuanto más autónomo se volvía Graco en sus actuaciones, menos contaba con quien había sido su instructor y su mano derecha.

Encontró al pretor como casi siempre, inclinado sobre sus mapas de Hispania, como si sobre ellos confiase en resolver el enigma de sus problemas. Pasar tantos días enclaustrado en su praetorium esperando en vano la visita de los descontentos le había dejado el rictus cansado y el semblante algo lechoso.

—¿Tu diagnóstico de la situación sigue siendo el mismo que hace un mes? — preguntó sin levantar la mirada de sus planos.

—Es peor todavía —replicó Vento lacónico.

Un escalofrío recorrió la espalda del pretor romano. A pesar del distanciamiento seguía reconociendo la supremacía de su legado en muchos aspectos, principalmente en la capacidad para olfatear problemas.

—¿Peor?! ¿Por qué?!

—Porque la tropa anda ya murmurante, y eso es muy peligroso.

Procuró Graco esconder el temblequeo de sus piernas.

—Pues los tribunos no me han comentado nada al respecto... —adujo con frialdad impostada.

—Esos imberbes no te valen como espías. Ningún legionario, por estúpido que sea, va a contarle sus cuitas a un oficial imberbe.

—¿También los iberos están descontentos?

Torció la boca Vento en una mueca de indiferencia.

—Esos no dicen nada.

—¿Y de qué se quejan los nuestros?

Usó otra vez su lengua el legado como si fuera un látigo con el que fustigar la incompetencia.

—Tienes la memoria corta —le reprochó a su superior—. En marzo prometiste a tus tropas

derecho de saqueo en todas las ciudades, incluso en las que no se rindieran. Estamos acabando el verano y aún no han metido una sola moneda en sus bolsas. A diario solo ven compañeros caídos en emboscadas invisibles, y ciudades enemigas con las que su comandante prefiere hablar antes que pasarlas por las armas. La paciencia de los hombres no es infinita y tú la estás llevando a su límite —sostuvo el legado con toda crudeza.

Le huyó la sangre de la cara a Sempronio Graco y estuvo a punto de desmayarse. Hacía guiños nerviosos con los ojos. Se pellizcaba las manos como si un ejército de pulgas le estuviera comiendo las palmas a mordiscos. Conocía el pretor algunos casos de generales romanos que habían perdido la vida tras la rebelión de sus hombres.

—Y tú... ¿estás de su parte? —balbució aterrado.

Sonrió Máximo Vento para sus adentros al olisquear el pánico de su superior en el cargo. Un terror que él podía administrar en su beneficio. Para recuperar su influencia. Para sentirse otra vez imprescindible, y poderoso.

—Yo no he dicho eso. Tan solo te informo de lo que veo —sonrió tranquilizador el legado.

Respiró Graco más aliviado.

—Entonces... ¿crees que deberíamos atacar o perseguir a Tencino?

—Ahora no procede. La moral de los hombres no está para eso. Y además, aunque venciésemos, poco botín iban a sacar los muchachos de esos malnacidos.

—¿Entonces?

Volvía Graco a mostrarse inexperto, vulnerable, receptivo; tal y como Vento lo había conocido al principio.

—Tencino no nos seguirá si vamos hacia el sur. No se atreverá a alejarse de sus territorios. Creo firmemente que ha llegado el momento de asaltar una gran fortaleza celtíbera —sostuvo el experto.

Regresó Graco a su mapa. Recorrió con un dedo la zona meridional de la Celtiberia. Cruzó sus lindes y se detuvo algo más adelante; en medio de la Carpetania. Poco o nada sabía de aquel pueblo. En sus informes al Senado, sus predecesores en el cargo habían catalogado a sus habitantes como «neutrales». Jamás había logrado comprender Graco el sentido real de aquella palabra.

—¿Qué puedes decirme de los carpetanos? —le preguntó a su legado.

—No pagan tributos a Roma, si es a lo que te refieres.

—Ya, pero no son gentes hostiles, como los celtíberos...

—La Carpetania es un territorio incierto —quiso resumir Máximo Vento, pero sólo consiguió

afilar la curiosidad de Graco.

—Quieres decir que nos atacarán si nos ven pisar su tierra...

Un conato de sonrisa onduló los labios de Vento. Llegaba a divertirse tanto desconocimiento.

—Los carpetanos no tienen grandes ejércitos. Los perdieron peleando contra Cartago. Por eso jamás presentarán batalla, pero no nos abrirán las puertas de sus ciudades. No nos darán trigo, ni siquiera pagando. Y tampoco nos prestarán auxiliares.

—¿Y si asediamos alguno de sus oppida y tratamos de tomarlo al asalto? —inquirió un cada vez más interesado Graco.

La réplica de Vento no se hizo esperar ni un segundo.

—Entonces llamarán a los celtíberos. Los carpetanos les pagan fuertes sumas para que los protejan de las garras de Roma —dijo.

Un aire de profunda cavilación secuestró la mirada del pretor romano mientras examinaba los nombres de las ciudades celtíberas lindantes con la Carpetania. No le gustó a Vento aquel gesto tan absorto. Era la expresión habitual de Graco cuando los ojos se le llenaban de estrategia; cuando su mente calenturienta pergeñaba planes y éxitos que el tiempo y los desastres se encargaban de reducir a meras ocurrencias.

—¿Cómo se comportó Fulvio Falco con respecto a los carpetanos? —preguntó al cabo.

La respuesta de Vento fue clara.

—Los dejó estar. Decidió que el problema principal de la Hispania Citerior radicaba en la Celtiberia.

Asintió Graco con rictus satisfecho. La inacción o los miedos de su predecesor mejoraban su humor de manera considerable.

—¿Cuál dirías que es la capital de la Carpetania?

Vento señaló Cértima.

—Ahí reside su régulo más importante. Se llama Thurro. Ningún pretor ha osado jamás asaltar la fortaleza —asentó el legado.

—¿Tan poderosa es?

—El desafío supondría la aproximación de un ejército celtíbero por nuestra espalda. No se puede asediar una ciudad mientras tus hombres están expuestos a ataques por la retaguardia.

Esbozó el pretor romano una sonrisa de tiburón hambriento.

—Fulvio Flaco no se atrevió a hacer nada, pero yo someteré a los carpetanos.

—¿Y cómo lo harás?

—¡Desde el descrédito de sus aliados! —replicó Graco hinchando el pecho.

—No sé si te entiendo... —rezongó Vento.

—¿Cuáles son las fortalezas celtíberas que antes ayudarían al rey Thurro en caso de ataque? —demandó el pretor tras escrutar su mapa.

—Las más cercanas, obviamente. —El dedo de Vento recorrió una hilera de tres grandes oppida: Munda, Ercávica y Alces.

—Entraremos primero en Munda —aseveró el pretor con firmeza—, pero solo consentiré el saqueo si su consejo no admite una *deditio in fide*m.

XXIII

Se enteró Magilo de las maniobras sobre el reparto de tierras, tanto en Carabis como en Contrebia Belaisca, por boca de Arranes. Y es que el joven ilergete no dejó de frecuentar el calabozo en todo aquel tiempo. Con la excusa de curar las heridas del prisionero, visitaba al caudillo de los belos dos o tres veces por semana. Habían acabado por hacerse amigos, y el nieto de Estobeles se aprovechaba del miedo que el cautivo seguía infundiendo a sus guardianes. En realidad, al celtíbero ya solo le quedaban algunas costras secas en la espalda, pero nadie contaba con el valor necesario para entrar en la jaula y comprobarlo.

Escuchaba con atención Magilo los relatos de Arranes sobre la distribución de tierras que estaba llevando a cabo Sempronio Graco. Se escandalizaba después por lo que consideraba una intromisión intolerable del pretor romano. Como jefe de los guerreros de Sekaisa, él mismo pertenecía a esa élite social que lo tenía todo. Pero las cosas no eran así por capricho —afirmaba—, sino por decisión de los dioses, que habían decidido poner todo lo importante bajo el control de unos pocos, de los mejores. Por eso, desde tiempos inmemoriales, los terrenos de cultivo y los bosques estaban en poder de la aristocracia.

Denostaba Magilo a los que se hacían llamar marginados o desheredados. Los despreciaba por ser unos resentidos; por hacerse las víctimas cuando, en realidad, cualquiera podía cambiar su destino a base de coraje. De hecho, él mismo conocía a alguien en Sekaisa que había nacido en los lodos de la pobreza. Se llamaba Botilkos el susodicho, y un día se había marchado a las montañas con la intención de cazar un oso con una simple falcata.

Consiguió al final su propósito, y aunque perdió un ojo y una mano, logró algo mucho más valioso: el respeto de todos sus convecinos, incluidos los ricos. Además, después de vender la piel y las garras del bicho a precio de oro, subastó la cabeza en la plaza del mercado. Arranes no lo sabía, pero Magilo le explicó los extraordinarios beneficios que pueden sacarse de la cocción del cerebro de un plantígrado y el consumo posterior de su caldo; entre otras cosas: más valor, mayor virilidad y extensa sabiduría. Y de ahí, la cantidad astronómica que Botilkos metió aquel día en su bolsa.

Con aquellas ganancias, se hizo una casa de piedra en la mejor calle, compró solares y ganado, e incluso varios caballos. La deformidad de su rostro no fue óbice para encontrar esposa porque, según apuntó Magilo sonriendo, la mayor parte de las mujeres corre hacia donde canta el dinero aunque el sitio huela a mierda.

Al cabo de los años, Botilkos se convirtió en uno de los miembros más influyentes del Consejo; y su hijo, en uno de los guerreros más prominentes. Su clan familiar, el de los Alisakum, era en la actualidad uno de los más poderosos de Sekaisa.

Ambos amigos tuvieron que interrumpir sus conversaciones cuando el ejército de Graco se puso en marcha definitivamente a finales de agosto. Ninguno de los dos conocía el destino de aquel viaje; pero Magilo supo que se dirigían hacia el sur cuando, al tercer día, divisó Sekaisa a lo

lejos. Entonces se puso en pie en la jaula y aguzó la mirada como un náufrago perdido en el océano.

Sabía que los centinelas de las torres habrían visto la interminable columna romana. Esperó en vano la aparición de sus guerreros durante horas. Soñó con la liberación, o con la oportunidad de escapar en medio del desconcierto durante el ataque. Pero las murallas de su casa desaparecieron tras los montes cercanos antes de caer la tarde.

Se sentó Magilo en el suelo cuando la oscuridad devoró el crepúsculo, y se comió también sus ilusiones. Lloró en silencio mientras disculpaba a los suyos. Era comprensible que no hubiesen venido, se decía a sí mismo. Al fin y al cabo, una ciudad desprovista de un jefe es igual que un lobo sin cabeza. Le queda la piel y tal vez la pose. Pero no tiene mordisco, ni siquiera aullido.

Fueron muchas jornadas de largas marchas las que Sempronio Graco impuso a su gente a través de los territorios de los belos y de los titos. Quería alejarse a toda costa de la zona de influencia de un demonio llamado Tencino. Por fin, en los idus de septiembre, Magilo dispuso de un calabozo definitivo. Lo construyeron los romanos con un zócalo de piedra y gruesos troncos en las paredes, igual que los muros de un campamento que, por alguna razón, tenía aires de fortaleza.

Arranes acudió aquella tarde a visitar a su amigo preso. Iba cargado con vendas y emplastes que ya no servían para nada. Simplemente quería informar al cautivo del nombre de la ciudad cuyas murallas blancas resplandecían al sol del crepúsculo como acantilados de mármol y oro. Pero Magilo hizo un gesto para hacer callar al ilergete.

—Sé perfectamente cómo se llama este oppidum —musitó con la mirada baja—. Fulvio Flaco quiso tomarlo la campaña pasada y no pudo. Estoy seguro de que Máximo Vento tiene desde entonces la ciudad entre ceja y ceja; y por eso ha convencido a Graco para volver a intentarlo. No creo que lo logren tampoco ahora. En cualquier caso, no es Munda un lugar que me agrade.

Percibió Arranes un velo de tristeza en los ojos del cautivo.

—Veo que esta ciudad no te trae muy buenos recuerdos... —murmuró el ibero con prudencia.

Torció Magilo el gesto. Prefería silenciar su memoria. Sí se prestó a hablar, en cualquier caso, del gobernante que regía con mano férrea los designios de la fortaleza.

—Conozco muy bien al hombre fuerte de este oppidum. Se llama Bricio. Fue un guerrero insigne en su época. Ya es viejo, pero nadie en el Consejo se atreve a contradecir sus decisiones. Todos temen su crueldad y su ira. No se rendirá tan fácilmente.

—Has tratado bastante con él entonces —repuso Arranes con un deje de sorpresa—. Lo digo por la distancia que separa tu ciudad y la suya...

Asintió Magilo aunque sin levantar la cabeza.

—Bricio es mi cuñado —confesó sin un ápice de cariño.

Arranes dio un respingo en el banco.

—¿Tienes una hermana viviendo en Munda?!

Cabeceó otra vez el celtíbero con pesadumbre.

—Se llama Elvia. Bricio se había quedado viudo y a mi padre se le ocurrió casarla con ese demonio. De eso hace ya hace tres años. Ya sabes..., cosas de pactos entre ciudades y clanes. Yo mismo la traje hasta aquí y la dejé en sus manos. Nunca olvidaré ese día.

Un muro de silencio separó a ambos hombres durante varios segundos.

—Es lógico que estés preocupado por ella —murmuró Arranes al cabo—. No hemos venido hasta aquí de paseo. Lo más probable es que Graco nos ordene asaltar la ciudad muy pronto.

Coincidió Magilo con el ilergete.

—Dalo por seguro. Y además, los auxiliares seréis los primeros en desafiar a los guerreros de Bricio.

—¿Tú crees? —dudó Arranes—. Conquistar Munda no es igual que cruzar espadas con las hordas de Tencino.

Chascó la lengua Magilo con desagrado.

—Recuerda siempre que, para un pretor romano, sus tropas auxiliares no son más que carne de matadero. Aun así... pelea como un hombre, incluso si tienes que enfrentarte a los de mi stirpe. Que no te tiemble nunca la mano. Eres un guerrero.

—Sí, un guerrero que no puede elegir bando —se lamentó el ibero.

No escuchó Magilo la reflexión sombría del ilergete. Estaba el caudillo celtíbero tratando de dar forma a sus pensamientos mientras refrenaba las emociones.

—Me gustaría pedirte algo, Arranes —musitó al fin con los codos puestos en las rodillas y la cabeza apoyada sobre las manos.

—Tú dirás...

—En realidad, es lo mismo que tu abuelo quería que yo hiciera por ti cuando los dos nos encontráramos en una batalla.

—¿Te refieres a matarme rápido?

Asintió compungido el líder de los belos.

—Munda no se rendirá. Y aunque lo hiciera, daría lo mismo. El mismo día que juró el cargo, Graco les prometió a sus hombres el derecho de saqueo. ¿Sabes lo que eso significa para una jauría de lobos hambrientos?

—Más o menos...

No era partidario Magilo de las ambigüedades, y por eso juzgó necesario dar mayor rigor a sus explicaciones.

—En cuanto la ciudad esté en poder de los romanos, no quedará nadie vivo, excepto los niños, que serán vendidos como esclavos. Las mujeres también perecerán tras la debacle. Pero antes sufrirán, sobre todo las jóvenes, la violación y el abuso por parte de la soldadesca. Bricio ya le ha dado bastante mala vida a Elvia. Mi hermana no merece pasar por todo eso. —Bandeó el celtíbero la cabeza; después lanzó una mirada descarnada a su amigo—. Júrame que la matarás deprisa antes de que nadie le ponga la mano encima.

Un sudor frío cubría la frente y la espalda de Arranes mientras trataba de imaginar las escenas tras la caída de una fortaleza. Su abuelo jamás había querido contarle cómo se hicieron las brechas en los muros de Athanagia, y tampoco lo que ocurrió después de la catástrofe.

—¿Cómo se supone que debo hacerlo?

Un aire de pensamiento invadió a Magilo. Dominaba el arte de la muerte desde muy joven, pero no esperaba la misma habilidad en el ilergete.

—Lo más indoloro sería una estocada al corazón, pero seguro que no aciertas a la primera y tienes que repetir el golpe —se lamentó el prisionero—. No quiero que el remedio sea peor que la enfermedad. Así que... lo mejor será que la degüelles. ¿Estamos?

Asintió compungido Arranes. Tardó un rato en hablar, pero al fin lo hizo porque Magilo se había olvidado de lo más importante.

—Tendrás que describírmela, si es que quieres que la encuentre... —dijo.

XXIV

Era Sempronio Graco un legalista por naturaleza. Siempre había respetado las normas en la paz, y pensaba hacerlo también en Hispania. Por eso, si la ley romana dictaba que el ataque sobre una ciudad debía venir precedido por una declaración formal de guerra, él pensaba hacerlo así en Munda. Antes, sin embargo, procedía tratar de evitar el conflicto.

Para ello, el pretor estaba decidido a armarse de paciencia y explicarle al consejo regente los diferentes tipos de capitulación a los que la ciudad podía acogerse. Sabía que Fulvio Flaco había prescindido de aquel protocolo por considerarlo innecesario. Su predecesor había dado por hecho que jamás obtendría una rendición incondicional de la fortaleza. Y por eso había atacado sin previo aviso. Un error táctico en el diseño del asalto le había costado casi mil bajas, según Máximo Vento. Y el fracaso.

Se encontraba el oppidum asentado en la cima de un monte, rodeado de profundos barrancos. No contaba con foso porque en realidad no lo necesitaba. La ausencia de espacio entre la muralla y el precipicio hacía imposible instalar artefactos artilleros en las inmediaciones. Por eso, a medida que ascendía por la intrincada senda que lo llevaría hasta la ciudad de Munda, Graco iba preguntándose por la manera de dominar semejantes peñascos.

Se presentó el pretor a las puertas de la fortaleza acompañado por sus seis tribunos. No quiso que Vento lo acompañara para aquel parlamento inicial con Bricio y sus consejeros. Aunque no era muy probable, temía que alguien reconociera al antiguo centurión, y que el sobresalto empeorara las cosas. No resultó Bricio, sin embargo, un hombre propenso a los sustos.

Hizo detenerse el mandatario celtíbero a su cortejo cuando aún le quedaban por recorrer veinte pasos. Avanzó entonces solo hacia los romanos, a lomos de su caballo. Se le antojó indicado a Graco hacer lo mismo, pues lo contrario podría interpretarse como un exceso de cautela. De ahí que mandara retirarse a sus jóvenes oficiales con un gesto autoritario.

Se encontraron ambos dirigentes a una distancia ridícula de los muros de Munda. Había lanzas en la empalizada, y arqueros en las torres. Un sol de herrumbre iluminaba las caras y los ojos de todos ellos. Pero no era pánico a sus legiones lo que Graco leyó en aquellos rostros, sino una fe ciega en la victoria.

Tendría Bricio una edad semejante a la de Estobeles, aunque lucía un cuerpo mucho más enjuto que el ibero. De hecho, aún podía ceñirse la coraza y los correajes de cuando era joven. El gesto lo traía tranquilo, casi indiferente, como si la presencia de un ejército enemigo de quince mil hombres fuese en realidad la visita inesperada de una muchedumbre desorientada en la estepa.

Levantó el brazo el itálico para saludar a la usanza romana.

—¡Salve, me llamo Tiberio Sempronio Graco y soy el pretor de estos territorios! —dijo, y pareció que se había dirigido a un muerto viviente.

Ni un solo músculo se movió en el rostro apergaminado de Bricio. Ello no le impidió al militar romano continuar con el procedimiento. Extrajo así un rollo de entre sus ropas y se lo tendió a su contrario.

—Te he traído las condiciones —expuso.

Llevaba el celtíbero grabado el desdén en el gesto, tanto que su semblante —arrugado y cerúleo — se asemejaba a la máscara horrible de un dios del Averno.

—Las condiciones... ¿de qué?

—De la protección que Roma te ofrece, y de su precio.

—Protección... ¿contra quién? —sonrió Bricio, despectivo.

—No hace tanto que estuvieron por aquí los cartagineses...

Un rictus de ironía arrugó las facciones acartonadas de Bricio.

—De esos ya solo nos acordamos los viejos —murmuró, y tomó el papiro como si le interesara. Pero lo dejó caer bajo las patas de su caballo. El animal lo pateó furioso hasta desintegrarlo.

Contempló Graco la destrucción con ojos estupefactos.

—Entenderé esto como una negativa al acuerdo —gruñó incómodo.

Estuvo Bricio a punto de estallar en carcajadas, pero se contuvo.

—¿Qué te hace pensar que eres mejor que Fulvio Flaco? Por lo menos él tenía hechuras de soldado. Tú las tienes de espantapájaros —sostuvo el celtíbero riendo.

Digirió el insulto como pudo el pretor romano. Sacó otro rollo lacrado de los forros de su uniforme.

—No me ofreces otra opción que declararte la guerra. Estos son los términos —le dijo con la mano extendida.

Obvió Bricio el regalo.

—En realidad no sé leer en lengua romana —afirmó impasible.

—Da igual, yo lo haré por ti —asentó Graco mientras desenrollaba el documento.

Bricio hizo un gesto negativo con el brazo.

—Para ir a la guerra no hace falta hablar tanto. Fulvio Flaco vino aquí, peleó, perdió y se marchó. No cruzamos ni una palabra entre nosotros. Si quieres tomar mi ciudad, demuéstalo con hechos. No perdamos más el tiempo. Tu verborrea me recuerda a las mujerzuelas más patéticas de mi oppidum —zanjó taxativo el jefe celtíbero.

Quedó Graco solo en la loma cuando los jinetes de Munda volvieron grupas hacia su fortaleza. Tardó unos segundos antes de regresar con sus tribunos porque no quería que estos vieran a un pretor fuera de quicio. Galopó después hasta el campamento como si Plutón en persona lo persiguiera de cerca. Entró como una exhalación a través de la porta sinistra principalis y frenó junto a los calabozos.

—¡Sacad al prisionero y crucificadlo! —ordenó a sus guardianes.

Se miraron indecisos los dos legionarios al cargo. Dieron voces para que otros compañeros los ayudaran en tan peligrosa tarea. Fueron al final veinte los hombres que arrastraron a Magilo fuera de su cárcel, y se dispusieron a atarlo al aspa de los tormentos. Máximo Vento llegó corriendo desde su tienda en ese instante.

—¿Qué te has propuesto?! —le gritó a un hombre embrutecido por la cólera.

Hilachas de una saliva blanca y pegajosa escapaban de la boca de Graco mientras hablaba.

—¡Voy a quemar al prisionero delante de las almenas de Munda! ¡Quiero que ese Bricio sepa lo que les espera a todos ellos si no se rinden!

—¡No cometerás semejante estupidez! ¡Me opongo a esa orden! —le contradijo su legado.

—¡Ese viejo celtíbero me ha insultado! ¡Se ha reído de Roma como si fuera un emperador asiático y no un vulgar régulo hispano!

El revuelo y los gritos atrajeron la atención de algunos prefectos y varios centuriones. El propio Magilo estaba presenciando la trifulca mientras pateaba con furia en su púlpito de la muerte. Máximo Vento aferró a Graco por el reborde de la armadura y lo arrastró como a un pelele lejos del bullicio.

—Yo sé cómo conquistar ese oppidum —le susurró a su superior al oído—, y para eso no tenemos que quemar a nadie. Fulvio Flaco no me escuchó porque subestimó el potencial de Munda; por eso perdió mil hombres en un asalto suicida. ¿Y sabes otra cosa? Esas bajas no figuran en ninguna parte. Bricio nos asaeteó sin piedad cada vez que intentamos acercarnos a recoger a los muertos. No pudimos hacernos con sus chapas identificadoras. Has estado pisando sobre restos romanos sin saberlo.

El relato sobre la incompetencia de su predecesor pareció despabilar a Graco.

—Entonces... ¿cómo justificó en sus informes al Senado la desaparición de aquellos soldados?
—inquirió intrigado.

—Seiscientos eran iberos, y de esos no hubo que dar cuenta a nadie. A los otros... los anotó como desertores.

La tranquilidad y la cordura regresaron poco a poco a la mente del pretor romano. Detuvo el carro que ya transportaba a un Magilo crucificado a los riscos de Munda y ordenó el regreso del cautivo al calabozo. Durante apenas un segundo la mirada del prisionero se cruzó con la de

Vento. No había agradecimiento en las pupilas del celtíbero, pero tal vez sí un ápice menos de inquina.

Graco no se percató del hecho porque estaba pensando.

—¿Y dices que sabes cómo penetrar en Munda sin perder muchos hombres? —le preguntó a su legado.

XXV

La noche era negra como el pico de un cuervo. Los baches y las piedras hacían bambolearse la tartana que ascendía por la senda que conducía hasta Munda por su cara sur. Bajo el toldo del carromato se acurrucaban el propio Vento y un puñado de sus mejores hombres. Sobre el pescante viajaban dos ilercavones a los que el legado había elegido para la misión por su dominio de la lengua celtíbera, además de por su desparpajo.

Escrutó Vento el exterior a través de una rendija en la lona. Las murallas de la fortaleza estaban ya cerca. Tal y como había sospechado, la empalizada permanecía casi vacía de lanzas a aquella hora. En las torres apenas dos centinelas dormitaban a la espera de la alborada. La razón para tan flagrante escasez de efectivos era la misma de siempre: Bricio acostumbraba a celebrar una asamblea en la plaza del Consejo cada vez que algún asunto importante llamaba a la puerta de su oppidum. Y la amenaza de asalto por parte de un ejército enemigo ciertamente concitaba la atención de ricos y pobres.

Gustaba el dictador celtíbero de informar a su pueblo de las nuevas circunstancias, fueran estas buenas o malas. Cualquier hombre podía tomar la palabra, opinar e incluso oponerse verbalmente a sus decretos. El oligarca escuchaba a todos con calma, fingía tomar nota y, al final, no hacía caso a nadie. Pero en ese acto de impostada paciencia basaba su convicción de ser, a pesar de las maledicciones, un verdadero demócrata.

Igual que el año anterior, los romanos se habían presentado en Munda justo antes de caer la tarde. Por eso Bricio había convocado su asamblea por la noche, sin prisa además por terminarla. De todos era sabido que las legiones itálicas jamás combatían después del crepúsculo. Así había sido siempre, incluso cuando estaban los cartagineses; hasta que a un legado atípico se le había ocurrido infringir las leyes de la costumbre.

Le pareció a Vento que el carro avanzaba con lentitud exasperante, y por eso pidió a dos ilercavones que acicatearan a los bueyes. Sabía que aquella reunión multitudinaria en el mismo corazón de la ciudad acabaría en cuanto el primer rayo de luz despuntara sobre la muralla. El tiempo apremiaba si lo que pretendían era encerrar al ejército de Munda en un laberinto mortal de calles sin salida y espadas romanas. Las órdenes impartidas en el campamento unas horas antes habían sido claras.

Mil veteranos de esa legión deberían de andar ya apostados en los alrededores de la fortaleza, justo por detrás de la zona de influencia de las antorchas. Eran los mejores, y por eso Vento los había elegido personalmente para un trabajo rápido y sangriento, propio de expertos matarifes.

Aquellos supervivientes de mil batallas irían penetrando en la ciudad de Munda a medida que el comando camuflado en el carromato fuera abriendo sus cuatro puertas una por una. Alrededor de tres centurias irrumpirían por cada costado de la fortaleza, para sellar todas y cada una de las salidas de la plaza del Consejo. No se requerían más tropas para retener e incluso eliminar a un ejército acorralado entre muros de piedra. En la operación perecerían miles de civiles, pues nadie

en aquella marea humana tendría la oportunidad de defenderse de las cuchilladas y, sobre todo, de las flechas.

Con el fin de asegurar el éxito y acortar los plazos, Vento decidió utilizar quinientos arqueros iberos. Y para hablar de eso había llamado a Arranes. Como otras veces, le dio libertad para designar a los suyos. Los elegidos tendrían que trepar por los barrancos que rodeaban Munda en medio de la oscuridad, portando escalas de asalto, e instalarse justo por detrás de los veteranos. Al escuchar la señal acordada, se lanzarían en una sola oleada contra las murallas. Su labor iba a consistir en aniquilar a los pocos centinelas desplegados en las empalizadas, tomar posesión del adarve y ejecutar desde allí descarga tras descarga. Aquellos dardos hispanos debían masacrar a una masa guerrera inmovilizada por una barrera de escudos infranqueable.

Apenas mudaron su gesto de sopor los dos centinelas apostados en las torres cuando vieron cómo un enorme carromato descataba el cerro en mitad de la noche. Lo dejaron progresar sin dar la alarma, porque al fin y al cabo los conductores iban vestidos a la usanza celtíbera, y además hablaban la lengua.

—¡Traemos las ovejas extraviadas de Bricio! ¡Venimos desde Cértima! Al parecer, los animales se perdieron en nuestras tierras, pero llevan la marca de vuestro caudillo, y no queremos problemas con ese malnacido! ¡Abrid la puerta! —voceó el ilercavón que manejaba las riendas del carruaje.

Consultaron entre ellos los dos vigías, pero de manera breve. Las normas de la fortaleza eran bastante claras al respecto.

—¡Pues volved mañana! ¡No se pueden abrir las puertas tras el toque de queda! ¡Los romanos están muy cerca! —respondió el de la atalaya derecha.

Un chaparrón de maldiciones escapó del pescante de la tartana. Blasfemaba el ilercavón como un auténtico celtíbero.

—¡No hemos visto a ningún soldado romano mientras subíamos la cuesta! ¡Es noche cerrada, pedazo de imbécil! ¡¿No te das cuenta?! ¡Tal vez os ataquen por la mañana, pero ahora estarán durmiendo! ¡Ya sé que es tarde, pero es que se nos ha roto una rueda a medio camino, y aun así hemos llegado con las malditas ovejas de Bricio!

Volvieron los murmullos y las consultas. Parecían voces más atenuadas, aunque el resultado final fuese el mismo.

—Lo siento. No estamos autorizados a dejar entrar a nadie hasta que amanezca —replicó esta vez el de izquierda.

Masculló nuevas letanías el ilercavón mientras apuntaba su vara de atizar hacia los centinelas.

—¿Cómo os llamáis? —reclamó malhumorado.

Cruzaron una mirada de extrañeza los guerreros, pero acabaron identificándose.

—¿Para qué quieres saber nuestros nombres? —preguntó intrigado uno de ellos.

—Es muy sencillo —respondió el ibero con calma—. Si no nos abríis ahora mismo, nos iremos de vuelta a casa y volveremos a soltar las ovejas donde estaban. Lo más probable es que para cuando amanezca ya se las hayan comido los lobos. Un día Bricio vendrá a Cértima y preguntará por ellas. Le encantará saber quiénes fueron los dos inútiles que no quisieron evitar su muerte.

No hubo más consultas entre los vigilantes; tan solo un segundo de duda. Después los dos pugnaron por ser el primero en bajar hasta la puerta y girar los tornos. Vento y Marcio iban sentados al fondo del carruaje, con las espadas desenvainadas para no hacer ruidos delatores.

—Son al menos treinta. Ayudadnos a sacarlas por la parte trasera —solicitó el ilercavón que aún no había hablado.

Uno de los centinelas se dirigió directamente al portón de descarga, pero el otro se detuvo a medio camino. El curioso acento de aquel palafrenero anónimo hizo sonar de pronto el cuerno de las alarmas.

—Espera, ¿tú de dónde eres? —le preguntó un segundo antes de que Vento lo degollara de un solo tajo.

También murió en silencio su compañero. Marcio le endosó una estocada en las tripas y otra en el gástrico. Después, dos soldados romanos subieron a las torres y apagaron las antorchas. El reclamo impostado de un búho puso en marcha a tres centurias de veteranos. Era muy poca la distancia que los separaba del arco de la puerta. Y además, la oscuridad reinante ya no permitía distinguir entre hombres o fieras.

Tras la entrada de los antiguos soldados de Flaco en la fortaleza, el comando oculto en la tartana se dividió en dos. Ya estaba previsto que Vento liderara uno de los grupos y Séptimo el otro. Tenían que seguir abriendo puertas sin demora; y para ello comenzaron a circunvalar Munda en sentidos opuestos, utilizando para ello el estrecho callejón situado bajo el adarve. Un lugar solitario, húmedo e insalubre al que solo iban a parar inmundicias y trastos rotos.

Cada grupo de diez iba acompañado de uno de los ilercavones, por si procedía trabar conversación con los vigilantes de las torres. Vento era el jefe, y por eso escogió al auxiliar con mejor palique. Caminaban todos disfrazados de bárbaros, con un sagum cubriendo sus corazas romanas, confiados en no toparse con nadie en un pasadizo tan repugnante. Y, sin embargo, Marcio se detuvo al divisar dos siluetas.

Era una pareja de amantes, que había aprovechado la asamblea de Bricio para timarse durante un rato en la intimidad de un basurero. El prefecto interrogó a su superior con la mirada. Ya llevaba el gladius en ristre, pero Vento le hizo un gesto negativo con la cabeza. El grupo pasó entonces de largo sin tocarles siquiera la ropa. Resultó aquel un gesto de compasión instintiva y a la vez absurda por parte del legado romano. Pensó que dos seres entrelazados de aquella manera, en medio de un beso eterno, no merecían una muerte tan prematura. No se dio cuenta de que tan solo había pospuesto una hora su cita con el paraíso. Además, puede que él muriese rápido, en medio de la pelea. Pero a ella la noche se le haría bastante más larga. Y penosa.

Alcanzaron la puerta este en pocos minutos. Máximo Vento aferró por el brazo al auxiliar ibero y le sopló al oído:

—No sé qué diablos les has dicho antes a los centinelas, pero haz ahora algo parecido para conseguir que bajen de las torres.

Soltó su parlamento el ilerjavón con la misma desenvoltura. De toda la parrafada, Vento solo entendió una palabra: «Bricio». Aunque no era más que un nombre propio, el sonido debía de tener algún significado maléfico aparejado; porque los dos centinelas se precipitaron como locos por los escalones nada más oírlo. Abajo los recibió una muerte breve e inesperada.

Tras aplastar los hachones con las botas, Marcio hizo otra vez de búho. Los portones estaban ya abiertos para que la segunda jauría de lobos penetrara en la ratonera. Escondieron un poco los cadáveres y reanudaron la marcha hacia la puerta norte. Ese era el lugar en el que ambos grupos deberían reencontrarse tras haber dejado todas las entradas expeditas para los veteranos. Sin embargo, Vento elevó un brazo en el aire a los pocos segundos.

Habían avanzado con el rumor de la asamblea como acompañante durante todo el recorrido. Podían distinguir la voz pausada de Bricio cada vez que el dignatario respondía a una pregunta o interpelaba a un asistente. Se oían también las blasfemias e incluso las murmuraciones del público tras las contestaciones. Pero el clamor que ahora se percibía por encima de aquel atenuado barullo era distinto. Ya no se trataba de simples voces discordantes, sino de gritos. Los centinelas apostados en el flanco opuesto de la fortaleza acababan de dar la alarma y, a juzgar por el tintineo de metales, había ya lucha en el sector de Poniente.

Vento se giró para encarar a Marcio. Había un rictus de contrariedad en su rostro, pero no de derrota. Desde el principio había contado con que la infiltración en la ciudad no fuera completa. Las cosas parecían haberse torcido antes de lo previsto. A buen seguro los guerreros convocados en la plaza ya habrían comenzado a moverse. La batalla por el control de la fortaleza tendrían que darla con apenas quinientos legionarios. Hasta que alguien abriese las dos puertas restantes. Entonces entrarían el resto de veteranos, e incluso las tropas que Graco tenía dispuestas en el fondo de los barrancos.

—Han descubierto a los hombres de Séptimo un poco pronto... —se lamentó.

Asintió Marcio circunspecto.

—Ya. Es natural. Es que llevaban peor intérprete que nosotros... —dijo.

Decidió Vento no tomarse el comentario como una crítica. No era aquel el momento de las desavenencias.

—Creo que ha llegado la hora de reclamar la ayuda de los arqueros ilergetes. Me temo que de ellos va a depender la conquista de Munda —murmuró simplemente.

—Vamos a ver de qué pasta están hechos esos auxiliares, y qué puntería tienen... —respondió Marcio mientras echaba mano de su cornu. Después sopló en la boquilla del instrumento hasta que casi le estallaron los pulmones.

XXVI

—¡Es la señal! —exclamó Arranes al escuchar el lamento agónico del cuerno.

—Sí, pero esa puerta continúa cerrada y los centinelas siguen en la empalizada. Será un suicidio escalar esas murallas —temblequeó el ilergete que estaba tumbado a su lado.

Temía Arranes tanto como su amigo el momento del asalto. Habían practicado mucho con la espada y el escudo en los entrenamientos, pero trepar por una escala hecha de sogas y gruesos nudos no era algo que hubiesen ensayado antes. Según Máximo Vento, esas cosas de la rapiña las llevaba un hispano en la sangre desde el nacimiento.

—Tenemos que subir como sea. Los del otro lado ya estarán en movimiento —pronosticó mientras se ponía en pie y se colocaba la escala al hombro.

Había desplegado el legado romano a los auxiliares en los dos flancos más alargados de la fortaleza; alrededor de tres centurias de arqueros a cada lado. Desgraciadamente, Arranes y su grupo debían conquistar el lado de Poniente, la zona en la que Séptimo no había logrado abrir la puerta ni despejar las almenas.

Avanzaron los iberos en medio de la oscuridad mientras la batahola de la lucha intramuros hacía que les temblaran las piernas. Pasaron en silencio entre las filas de veteranos que continuaban esperando su oportunidad para penetrar en Munda por su puerta oeste.

—Daos prisa si no queréis que Vento os arranque las pelotas —les espetó uno de aquellos legionarios.

—¡Nos disparan! —aulló un ilergete en cuanto las antorchas de la muralla iluminaron al grupo.

No hizo falta que nadie impartiera órdenes. La estrategia había quedado clara en el campamento. Cien auxiliares se descolgaron los arcos y trataron de cubrir con sus flechas el avance del resto. Arranes fue uno de los que corrieron hacia las murallas de Munda con la escala en las manos y la falcata entre los dientes.

Llegó hasta el pie de la muralla sin contratiempo. Levantó la mirada. Había centinelas sobre su cabeza, pero no tantos como al principio, tal vez uno cada treinta pasos. Se notaba que algunos habían tenido que abandonar su puesto para neutralizar a los legionarios de Séptimo. O incluso para acudir a la plaza y plantar cara a los infiltrados.

Lanzó Arranes su escala al aire tres veces, y otras tantas se la devolvieron los cielos hecha un ovillo. A la cuarta logró tensar la cuerda. Por fin, los garfios habían mordido los troncos de la empalizada con éxito. Empezó a subir a ciegas, sin mirar hacia arriba ni a los costados; hasta que oyó caer a un compañero desde lo alto del adarve. Gritaba como un loco el desdichado mientras se despeñaba. Otro guerrero ilergete también se precipitó a tierra, pero desde más abajo. Los

defensores del camino de ronda le habían cortado la soga con guadañas.

Mordió Arranes su falcata con rabia y continuó el ascenso. Resoplaba, maldecía, tiritaba de miedo mientras se acercaba al borde de la muralla. Iba preparado para trabar combate nada más echar pie en tierra firme, aunque el arco y las flechas que llevaba a la espalda le embarazaban algo los movimientos. Puso al fin una mano sobre el parapeto, pero la apartó a tiempo. Un hacha de combate se abatió justo donde había tenido los dedos un segundo antes. Quedó aquel filo incrustado en los troncos tras el brutal impacto. El contratiempo de su rival le permitió a Arranes culminar su escalada de un salto.

El guerrero celtíbero liberó su arma al segundo tirón. La levantó sobre la cabeza para descargar un nuevo golpe, pero le fallaron las fuerzas repentinamente. Miró entonces a su enemigo con ojos incrédulos. En la vorágine de la lucha, apenas había sentido la estocada de Arranes en el pecho.

Varios garfios se clavaron en las inmediaciones mientras el centinela todavía boqueaba sobre un charco de sangre. Diez cascos ilergetes asomaron al instante por encima del parapeto. Otros tantos aparecieron un poco más lejos. La falta de hostigamiento había permitido a los iberos trepar los muros de Munda como una marabunta de hormigas furiosas.

Fue un combate breve, desigual, el que los auxiliares hispanos libraron con los centinelas de Munda. Séptimo y sus hombres tardaron un poco más de lo previsto en abrir la puerta oeste, pero desde el principio habían logrado bloquear las escaleras de subida al adarve. Y de ahí la ausencia de tropas enemigas en las alturas. Cuando el penúltimo grupo de veteranos penetró en la fortaleza, Arranes pudo entregarse durante unos segundos a la contemplación de una batalla insólita.

Era Munda una ciudad celtíbera por completo, aunque había tenido que adaptar sus formas a la orografía incontestable de la montaña. Resultaba por ello un oppidum de lo más chocante: achatado en su eje este-oeste, y alargado en el otro. Contaba con puertas orientadas a los cuatro puntos cardinales y otras tantas arterias principales, coincidentes en la plaza del Consejo. Como siempre que los peligros acechaban la comarca, su población había crecido de manera alarmante en las últimas semanas. Miles de personas provenientes de asentamientos cercanos habían corrido a refugiarse al amparo de sus inexpugnables murallas. A diferencia de otras veces, Bricio había tomado una determinación inflexible con respecto a los visitantes.

Cuando Vento y los suyos iniciaron el avance desde la puerta sur, el autócrata celtíbero acababa de dejarles claro a los foráneos que su estancia en Munda solo sería posible si contaban con una tésera que los emparentase con alguno de los clanes de su oppidum. El resto debería partir al acabar aquella asamblea. De ahí las imprecaciones, los murmullos y las protestas.

Arranes escrutó la plaza del Consejo a través del lomo de su arco. Tenía un ojo cerrado y una flecha alojada en la cuerda, aunque en realidad no se requería demasiada puntería para cumplir con el trabajo asignado. El corazón de Munda era lo más parecido a una marmita abandonada al fuego, con la única diferencia de que el caldo no podía rebosar.

Para cuando los centinelas de la puerta oeste comenzaron a dar señales de alarma, los veteranos ya habían bloqueado tres de las cuatro salidas principales de la plaza. Habían avanzado por calles

desiertas en las que solo algunos niños pequeños se asomaban de vez en cuando por las ventanas. Pero no gritaban. Se limitaban a contemplar con mirada atónita la evolución silenciosa de una marea oscura y acorazada de la que solo se veían miradas amarillas y aceros brillantes.

Le pareció a Arranes digno de asombro cómo apenas trescientos legionarios expertos podían presionar a una multitud hasta la asfixia. Y es que los romanos empujaban como demonios, protegidos por sus enormes escudos oblongos. Pinchaban, acuchillaban, tajaban a contrarios a diestro y siniestro mientras los reunidos en la asamblea enloquecían de espanto. Había civiles y guerreros escuchando a Bricio en la plaza del consejo, pero, debido a las apreturas, estos últimos ni siquiera contaban con espacio para desenvainar y manejar el brazo.

Un compañero tuvo que recordarle a Arranes las órdenes de Vento. Tras unos instantes de titubeo, el ilergete soltó al fin a bulto. Siguió instintivamente el vuelo de su flecha, y la vio caer sobre un anciano. Se desplomó el celtíbero en medio de la turbamulta. Tal vez el disparo no hubiese sido mortal de necesidad, pero todo el que perdía el equilibrio en aquel amasijo sangriento ya no se levantaba. Perecía bajo las suelas de los que trataban de huir de la plaza a toda costa.

Disparó Arranes más de cincuenta flechas, pero lo hizo con los ojos cerrados. Pensaba que aunque no evitara del todo la muerte de muchos inocentes, sí esquivaba al menos las voces de su conciencia. Aquella impuesta ceguera le impidió percatarse de la avalancha.

Y es que ni Séptimo ni Vento habían logrado alcanzar el sector norte de la ciudad; y por eso su puerta seguía con todos los cerrojos puestos. Las tres centurias encargadas de penetrar hasta la plaza por esa calle continuaban fuera de los muros, esperando su oportunidad de empezar el trabajo. Fueron muchos los acorralados que decidieron aprovechar la escapatoria que el destino parecía brindarles.

Corrieron despavoridos hacia la puerta norte, quitaron los postigos con dedos trémulos y salieron al exterior creyendo que la salvación vivía en las laderas oscuras de Munda. Pero se encontraron con un semicírculo infranqueable de escudos de cuero y filos brillantes. Pocos fueron los que alcanzaron el fondo del barranco. Pero incluso aquellos murieron a manos de Sempronio Graco y sus huestes.

No tardó ni media hora el pretor en plantarse ante los muros de la fortaleza. Para entonces ya había cesado la algarabía de la guerra. No se escuchaban gritos, ni campaneos de armas; a lo sumo, algún lamento aislado. Escogió Graco para entrar la puerta este, la misma en la que había sufrido el desprecio de Bricio pocas horas antes. Lo hizo a propósito, con un regusto de dulce venganza. Pero se equivocó, porque la inclinación natural del terreno hacía fluir hacia ese lado la sangre de la masacre. Y por eso llegó a la plaza del Consejo con cara de asco y los borceguíes ensopados de caldo rojo.

Encontró a Máximo Vento contando los muertos. Había dispuesto el legado a los caídos en dos grandes pilas. Una para los combatientes y otra más grande aún para los civiles. Se asombró el romano del elevado número de cadáveres que aún guardaba una tésera de amistad en la mano. Habían muerto aferrados a ella como un náufrago perece agarrado a su leño. Al parecer, el pavor y el desconcierto no habían logrado que aquellas gentes perdieran la fe en sus tradiciones.

—¿Cuántos guerreros? —le preguntó Graco.

—Dos mil.

—¿Y de los otros?

—Esos no cuentan para el informe.

Asintió el pretor, ecuánime.

—¿Bricio?

Giró Vento sobre sus talones y señaló con la espada hacia el edificio del Consejo. Era una torre marmórea que el autócrata celtíbero se había hecho construir para las emergencias.

—Está ahí encerrado junto con los otros mandatarios de Munda. Si quieres hablar con él, podemos sacarlo, pero tendremos que traer el ariete. Esa puerta tiene muy buenas trancas —dijo.

Despreció tal posibilidad el pretor romano.

—Quemad el edificio con todos sus refugiados —decretó tajante.

Comenzaron los aullidos con las primeras llamas. Se oyó cómo los de dentro quitaban los maderos para salir, pero Graco había ordenado apuntalar la puerta por fuera. Para que nadie escapara de la quema. Para que su venganza contra los enemigos de Roma fuera completa.

Había venido el pretor preparado con su velo de sacerdote augur y acompañado de media docena de arúspices. Se ciñó la prenda sobre la cabeza tras convocar a los mandos de su ejército en la plaza. A la soldadesca la dejó fuera, abarrotando las calles de Munda como una marea siniestra. Entonces procedió a dar gracias a los dioses por tan aplastante victoria. Se atribuyó sin sonrojo el acierto de haber atacado de noche, pues así se lo había indicado el oráculo tras la pertinente consulta. Esbozó Vento una sonrisa torcida al oírlo, pero quedó conforme con la arrogancia.

Había recuperado, después de todo, su antiguo peso en aquel ejército. Bricio, mientras tanto, prometía obediencia y fidelidad eternas al Senado romano, pero apenas se le entendía: sus gritos desgarradores y sus súplicas quedaban enterrados bajo el crepitar de los troncos y los huesos de sus consejeros.

Le habría gustado a Graco explayarse en su primer discurso como general victorioso, pero notó a la tropa intranquila. Abrevió, por tanto, el protocolo y decretó abierta la veda del saqueo. Invitó a todos sus hombres a aquella orgía de botín y sangre, incluidos los auxiliares.

Declinaron, sin embargo, el ofrecimiento los iberos. Al parecer, no habían hallado mucho placer en acribillar celtíberos desde el adarve. Y tampoco lo iban a encontrar desvalijando sus casas y violando a sus mujeres. Regresaron, pues, a sus contubernios en el campamento romano como un rebaño triste; cabizbajos, murmurantes, desencantados. Una única silueta permaneció acucillada en el adarve, disimulada entre las sombras de la tragedia.

Arranes dejó el arco en el suelo y bajó las escaleras del camino de ronda con la falcata desenvainada. Tenía que cumplir su juramento, y para eso solo le hacía falta un poco de suerte... y la espada.

XXVII

Magilo le había descrito la casa en la que vivían Bricio y su hermana Elvia. Estaba en el centro de la ciudad, detrás del edificio del Consejo, muy cerca de la plaza. Se trataba de una mansión enorme, con tres plantas de robusta piedra y una bonita balaustrada en el segundo piso. Y eso... a pesar de que la pareja no había tenido hijos. Tras una somera inspección ocular, Arranes se dio cuenta de que la descripción de su amigo iba a resultarle insuficiente. Había muchas viviendas parecidas en la zona sugerida por Magilo, y tendría que registrarlas todas. Debía de haber sido Munda una ciudad tan poderosa en la guerra como próspera en los negocios. Un oppidum lleno de desigualdades en el que los más desfavorecidos habían tenido que buscarse —como en Carabis— una cueva o un chamizo en los arrabales. De ahí que el frenesí del pillaje afectase en primer lugar al centro de la urbe, y se desplazase con el discurrir de las horas a las cabañas de los pobres.

Los aullidos de Bricio ya eran cenizas cuando Arranes pasó junto al edificio del Consejo. Una gran humareda escapaba todavía por el techo y llenaba la noche de tirabuzones grises. Graco y su legado seguían en la plaza, indiferentes al hedor de la guerra, comentando tal vez detalles macabros de la matanza. Pensó el ilergete de manera incauta que aquella niebla lúgubre disimularía sus movimientos. Y así ocurrió en el caso del pretor romano. Los ojos de Vento, sin embargo, eran los de un águila siempre al acecho.

Identificó de inmediato la figura furtiva de Arranes. Le extrañó verle saquear moradas, y por eso se despidió apresuradamente de su superior. La curiosidad ante aquel comportamiento tan inusual lo impulsó a seguir al auxiliar hispano. Era, al fin y al cabo, el nieto de Estobeles el único ibero que no había abandonado Munda tras la debacle.

Avanzaba Arranes sin mirar a su espalda. Llevaba el paso algo rígido y la falcata desenvainada. Penetró en una lujosa vivienda y salió de ella a los tres minutos. Repitió la misma operación el joven ilergete en la siguiente puerta. Vento lo agarró del brazo antes de que irrumpiese en la tercera.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le preguntó desabrido.

Arranes le dirigió una mirada entre furiosa y ofuscada.

—Lo que yo haga no es de tu incumbencia —replicó mientras trataba de librarse de la zarpa de Vento.

Escrutó el legado el rostro del ilergete. Trataba de descifrar su extraño gesto. Un rictus a medio camino entre el deber y la amargura.

—Andar por libre en el saqueo de un oppidum es lo más parecido a un suicidio —insistió Vento sin soltar a su presa—. Por otra parte... tu actitud no es la habitual en un bandido.

La parsimonia del romano exasperaba a Arranes. Estaba perdiendo un tiempo precioso por su culpa. Su misión era ahorrarle el sufrimiento a Elvia, y tal vez ya la hubiesen violado cincuenta hombres.

—¿Por qué?! —demandó furioso.

—Porque ningún ladrón entra en una mansión como esta y permanece dentro solo dos minutos. Así que... ¡dime qué es lo que buscas!

Miró Arranes su falcata de reajo. Matar a Vento sería la única manera de seguir adelante. Pero incluso en tan corta distancia, y con todas las ventajas, el legado era un rival imbatible.

—Estoy buscando a la hermana de Magilo —declaró al fin—. Vive en alguna de estas casas. Es..., bueno, era la esposa de Bricio.

Podría Arranes haber acuchillado a Vento cinco veces seguidas y le habría sobrado tiempo. Porque tras escuchar aquella confesión, el legado de Graco quedó paralizado de pies a cabeza.

—¿Y qué es lo que vas a hacer con ella cuando la encuentres? —preguntó al fin cuando se recuperó de la sorpresa.

Las miradas de ambos hombres chocaron en la niebla de Munda igual que dos saetas con punta de fuego.

—Matarla. Magilo me hizo jurar que acabaría con ella antes de que tus legionarios la maltratasen mucho.

El grito agónico de una mujer estalló entre los muros de la calle. Provenía la voz de la vivienda que Arranes se proponía inspeccionar cuando fue abordado por Vento. Era en cualquier caso un lamento lejano, subterráneo; como si un muerto hubiese despertado de repente en su sepulcro y se hubiera puesto a pedir auxilio a quienes pisaban su tumba.

Máximo Vento y Arranes entraron en el edificio a la carrera. Se encontraron con un espacioso zaguán dispuesto con los enseres habituales de una vivienda celtíbera. Había pesas de telar, un molino de trigo, tijeras, cuchillos y otras herramientas. Bricio tenía allí colgadas algunas lanzas, varias pieles de tejón y una de oso. La estancia se encontraba revuelta, pero vacía. Pasaron a otra habitación más grande, repleta de vasares para la vajilla y un par de bancos corridos. En un extremo de la sala vieron peldaños de madera que conducían a un piso más alto; y varios escalones de piedra iluminados por la luz cimbreada de las antorchas. Un nuevo quejido los convenció de lo que ya suponían.

Bajaron a la bodega de Bricio como si los persiguiera el dios Vaélico. Había ánforas y toneles por doquier. Al parecer, el mandatario producía su propia caelia, pero importaba vino de otras regiones de Hispania con clima más benigno. Tres hombres contemplaron a los intrusos con ojos llenos de peligro. Era una ley no escrita entre saqueadores el respetarse tanto el sitio como la presa. Además, los desaprensivos eran duros veteranos de Fulvio Flaco. Conocían a Vento desde hacía años. Tenían confianza para hablarle como si aún fuera un simple centurión con el que compartir un vaso de vino y algunas bromas.

—Lo sentimos, camaradas. Esta madriguera ya está ocupada por otras fieras —les espetó el legionario que esperaba turno con los pantalones en las rodillas.

Había una mujer en el suelo, sujeta por cuatro manos. Se trataba de una joven de facciones regias, con una frente despejada y pómulos prominentes. Una larga catarata de bucles rubios le disimulaba a medias una fea cicatriz en la mejilla izquierda. Se notaba que había peleado mucho antes de sucumbir porque sus captores habían tenido que rendirla a golpes. Presentaba algunos cardenales en el rostro y rasguños en los brazos. A pesar del aturdimiento, la desconocida seguía pugnando por liberarse. Vento la observó durante unos segundos.

—¿Crees que puede ser ella? —preguntó.

Asintió Arranes mientras recordaba la descripción proporcionada por Magilo en el calabozo: «Elvia es como una de esas princesas de las que hablan los viajeros que vienen del norte, más allá de los mares».

Había ignorado Máximo Vento a los tres saqueadores como si en vez de soldados suyos fuesen escoria. Pero los miró ahora con ojos duros antes de proferir una orden improcedente.

—Dejadla en paz —murmuró sin mover un músculo de la cara.

Se ató los pantalones el que tenía las manos libres, y se acercó a su superior con ademán huraño. Era un viejo decurión que llevaba en el ejército casi tantos años como Vento.

—Se te ha subido el cargo a la cabeza, Máximo —le dijo con sonrisa cínica—. Aquí no hay graduaciones que valgan. Si quieres comer de este pesebre, tendrás que esperar tu turno. Aunque, por otra parte..., siempre he pensado que lo tuyo eran las putas, no las damas de alcurnia.

Le olía el aliento a vino al soldado romano. Se notaba que había estado catando sin recato las ánforas de Bricio. Aguantó el tufo Máximo Vento porque no quería ceder terreno.

—Apestas a borracho y a muerto, Licinio —le espetó impertérrito—. Apartaos de ella y no ocurrirá nada.

Una daga era el arma ideal para las distancias cortas. Por eso quiso usarla aquel decurión osado; tal vez como simple amenaza o quizá para perpetrar el magnicidio. Nunca se supo, porque Máximo Vento no le permitió aclarar el gesto. Tan pronto como le vio elevar el brazo, se lo dobló por el codo; y se lo empujó después con fuerza hacia el cuello. Consiguió de ese modo que Licinio se atravesara el gaznate con su propia daga.

Tosió el soldado bravucón un par de veces como si quisiera librarse de una molesta flema, pero acabó desplomándose sobre un tonel de caelia. Pareció que quería vomitar allí su borrachera; pero era un río de sangre lo que le salía por la boca. Sus dos compañeros se apartaron de la mujer al instante. Mostraron así su renuncia con el gesto. Pensaban que el hombre de hielo con el que habían compartido tanta vida castrense se daría por satisfecho y olvidaría otra de las normas de obligado cumplimiento durante la rapiña: nunca dejes testigos vivos si no deseas que tu fechoría trascienda tarde o temprano.

Negó con la cabeza Vento mientras desenvainaba su gladius. Ya había matado suficiente aquel día. Le desagradaba incurrir en un nuevo derramamiento, y más entre subordinados, pero no se le ocurría otra manera de zanjear el asunto. Siempre le había parecido que los muertos eran los únicos que nunca se iban de la lengua.

—Tendrás que echarme una mano en esto —le dijo a Arranes.

XXVIII

Asistió Elvia a una pelea feroz e incomprensible: la lucha que sus dos captores todavía vivos libraron con otros dos hombres vestidos y armados igual que ellos. Y perdieron. Su asombro, sin embargo, se convirtió en pánico cuando el más joven de los vencedores se acercó a ella con la espada manchada y una disculpa en la boca. «Lo siento, pero debo hacerlo. Apenas sentirás nada. Es por tu bien», le susurró el muchacho mientras se disponía a rebanarle el pescuezo.

Máximo Vento saltó sobre Arranes en el último instante.

—¿Pero qué diablos te proponías hacer?! ¿Estás loco?! —le recriminó tras arrebatarse la falcata.

—Ya te lo he dicho antes. Prometí ahorrarle el sufrimiento... —adujo el ibero desconsolado.

—¿Ya no puedes evitarle los golpes y las heridas! ¿Pero a esta mujer aún no la ha violado nadie! ¿Es que no ves que todavía no tiene los muslos rojos?! —se encrespó el romano.

Se recogió Elvia las faldas al ver que hablaban de sus piernas. Gimió algo al moverse, y su quejido atrajo la atención de quienes porfiaban a cuenta de su futuro.

—¿Y qué es lo que propones tú? —contraatacó el ilergete—. ¿Abandonarla en ese rincón para que quienes vengan detrás de nosotros acaben el trabajo que no pudieron hacer esos? ¿A esta mujer le espera un suplicio interminable si la dejamos viva!

Examinó Vento otra vez a la celtíbera. Había logrado incorporarse un poco hasta pegar la espalda contra el muro. Las teas la iluminaban ahora de frente. Conferían a su rostro noble y a su mirada un fulgor indómito. Sus cabellos también se le antojaron distintos. Rivalizaban en color y brillo con la luz rojiza de las antorchas.

—No le ocurrirá nada de eso si la llevamos con nosotros —determinó el legado.

Llevaba Magilo más de dos horas aferrado a los barrotes de su calabozo, contemplando con aire afligido la destrucción de una ciudad celtíbera. Había visto partir a los veteranos de aquella legión, y a los quinientos arqueros hispanos destinados a conquistar las almenas de la fortaleza. Después, cuando el clamor de la batalla incendió la noche, Graco se había marchado con el resto de sus tropas. Apenas quedaron entonces una veintena de legionarios encargados de la seguridad del campamento.

Vento los había elegido personalmente, pero se tomaron la elección como un castigo aquellos centinelas forzosos. Por eso abandonaron sus puestos en cuanto a Graco se lo tragaron los barrancos de Munda.

Designaron ellos mismos a unos cuantos auxiliares como guardianes mientras se reunían en el Foro para maldecir su mala suerte. Para una vez que tocaba saqueo, se lamentaban, a ellos los ponían de vigilantes. Hablaban a grandes voces delante del prisionero; criticaban a Vento y a Graco sin ningún recato. Pero Magilo no les prestaba oídos porque seguía pensando en su hermana Elvia. Despreciaba a su cuñado, Bricio. De no haber sido porque algo suyo se quemaba dentro de Munda, le habría importado menos la caída de aquel tirano. En su silenciosa desesperanza, el caudillo belo confiaba al menos en que Arranes hubiese llegado a tiempo de cumplir con su juramento. No quería ni imaginar la escena del degüello; menos aún, lo que a buen seguro sucedería si el nieto de Estobeles se demoraba en su encargo.

Se cansó Magilo de ver regresar soldados iberos al campamento tras finalizar el asalto. Venían cabizbajos, silenciosos, como si en vez de haber salido vencedores en una batalla hubiesen sufrido una amarga derrota. Creyó, en cualquier caso, que volvían algunos menos de los que habían ido, pero achacó la circunstancia a los avatares fatídicos de toda guerra. Aguzó la mirada el guerrero celtíbero cuando los centinelas apostados en la porta sinistra principalis se apartaron de un salto para dejar paso a dos siluetas. Una le resultó conocida desde el primer momento porque reconoció a Máximo Vento por el casco. La otra parecía cargar con un cadáver sobre el hombro.

Se sobresaltaron los murmurantes del foro al ver aparecer al legado cuando la noche aún era joven. Magilo los vio temblar ante la expectativa de un escarmiento. Y, sin embargo, lejos de amonestarlos, Vento les concedió permiso para marcharse a Munda y disfrutar del saqueo. Un segundo después, los veinte legionarios corrían hacia la ciudad vencida como perros hambrientos en busca de las sobras. Ninguno de ellos se fijó en que el acompañante del legado era un mero auxiliar con una mujer a cuestas.

Depositó Arranes el cuerpo de Elvia junto a los barrotes del calabozo. Lo hizo con sumo cuidado, como si manejara un ánfora antigua y frágil.

—¿Es ella? —le preguntó Vento al cautivo.

Estrujó Magilo los barrotes de su celda hasta que el hierro casi se derritió entre sus dedos. Examinaba a su hermana con ojos vidriosos mientras el mentón le temblaba como a un niño pequeño a punto de iniciar el llanto. No advirtió señales de corte en el cuello de la joven. Tan solo la tumefacción y los golpes en un rostro aparentemente pacificado por la muerte.

—Has llegado tarde, por lo que veo... —le dijo a Arranes entre sollozos.

Desvió la mirada el ilergete y se mantuvo callado. En su fuero interno todavía se consideraba un fracasado.

—Tan solo está desvanecida. Aparte de lo que ves, tiene varias costillas rotas y se ha desmayado de dolor cuando la hemos recogido del suelo —le explicó Vento.

A un gesto del legado, Arranes volvió a cargar con Elvia y desapareció entre las tiendas de los oficiales. Magilo y Vento quedaron entonces solos en la noche. Leyéndose las pupilas y los surcos de la frente. El celtíbero fue el primero en hablar.

—¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó.

—Nada. Tan solo curarle las heridas.

—¿Y después?

—Después será libre para ir donde quiera.

Tenía Vento las manos aún manchadas de sangre. Le costó un poco abrir los cerrojos del calabozo porque se le resbalaban los dedos.

—Vete antes de que vuelvan todos —le dijo al prisionero.

Sacó un pie de su encierro Magilo, y pisó la tierra apelmazada del campamento como si fueran ascuas. Además, iba descalzo. Llevaba el mismo sagum y los mismos calcetines rojos de legionario que el propio Vento le proporcionara meses atrás. Miró en derredor el celtíbero con prudencia de fiera. Solo vio a los auxiliares iberos reunidos en el otro extremo del campamento. Sin embargo, su alma de lobo lo prevenía ante una posible emboscada. Un intento de fuga constituía la justificación perfecta para matar a un prisionero incómodo. Mas en vez de propinarle una cuchillada, Máximo Vento se desprendió de sus botas y del cinturón con el gladius delante del guerrero belo.

—Te harán falta ambas cosas —le dijo, y se las ofreció con gesto sincero.

No las aceptó Magilo al instante. Estaba demasiado estupefacto como para alargar la mano.

—¿Por qué? —dijo simplemente.

Por la cabeza de Vento pasaron muchas ideas: la obsesión de Graco por quemar vivo a su prisionero en cuanto un oppidum se le resistiese, la captura del caudillo belo casi un año antes, sus propios cargos de conciencia... Demasiadas cosas como para resumirlas en una sola parrafada. Por eso, simplemente dijo:

—Un hombre como tú merece caer peleando y no ardiendo como una tea.

Asintió Magilo, conforme con lo escuchado. Se puso al fin las botas claveteadas, y se ciñó la espada romana. Lanzó después a su interlocutor una última mirada entre el agradecimiento y la extrañeza.

—Uno de los dos morirá cuando volvamos a vernos. Eso ya lo sabes... —le dijo.

Quiso el legado quitarle hierro al asunto.

—Ya nos hemos encontrado varias veces en el campo de batalla, y aquí seguimos...

—Sí, pero ya conoces el dicho: si dos no pueden ser amigos, tarde o temprano... uno de ellos sobra.

Un esbozo de sonrisa afloró en el rostro curtido de Máximo Vento.

—El destino decidirá por ambos. No hay por qué adelantarse —zanjó, y le tendió su brazo al celtíbero.

Aceptó al apretón Magilo, aunque con condiciones.

—Cuida de mi hermana o te mataré antes de lo previsto —se despidió del romano. Un segundo más tarde una sombra simiesca ascendía al agger del campamento, salvaba la empalizada de un salto y desaparecía después dentro del foso con la agilidad de un felino salvaje.

XXIX

Máximo Vento escrutó su alrededor como un ladrón en la noche. Estaba solo frente a un calabozo vacío. Todos los soldados romanos, sin excepción de rango, se habían marchado a Munda para disfrutar de una fiesta sin restricciones. En el extremo más alejado del campamento, los auxiliares habían hecho una gran pña en torno a una hoguera. Imaginó a Arranes en medio de aquella muchedumbre silenciosa y aparentemente abatida. Ni siquiera él había sido testigo de la liberación de Magilo. La misteriosa huida del celtíbero traería sin duda consecuencias, pero esas repercusiones no llegarían hasta por la mañana. Y jamás afectarían a todo un legado.

Enfiló Vento sus pasos hacia la enorme tienda de cuero que hacía las veces de valetudinarium. Quería aprovechar esa tranquilidad furtiva para hacerse con ungüentos y apósitos. Y tal vez con un frasco del milagroso laserpicum, la pócima secreta que curaba todos los males del legionario.

Un hilo de luz escapaba por una rendija de la puerta. Atribuyó la circunstancia a un olvido de Akakios, el médico griego que Graco se había traído de Roma para tratar a los heridos en combate. Pero tras penetrar en la estancia, se encontró con el prestigioso cirujano durmiendo a pierna suelta en una de las literas destinadas a los amputados. Contempló Vento al heleno hasta que se convenció de que no despertaría. Roncaba como un verraco después de vaciar la jarra de vino que yacía a su lado. Resultaba lógico por otra parte que Akakios no hubiese mostrado interés por el saqueo de un vulgar oppidum hispano. Al fin y al cabo, los médicos contaban con el mismo sueldo que los oficiales, tenían derecho a tierras, además de una exención total de impuestos al acabar su servicio en el ejército.

Pasó Vento de puntillas junto al cirujano. Dejó atrás los dos habitáculos dotados con jergones y se detuvo unos instantes en el espacio destinado a quirófano. Nunca había estado allí, porque jamás lo habían herido lo suficiente. Sus múltiples cicatrices eran el producto de los remiendos rápidos que muchas veces se aplicaban en el mismo campo de batalla. Por eso le impactó tanto ver aquellos instrumentos.

Había fórceps para extraer puntas de flecha, sondas para bucear en cráneos abiertos, gubias y agujas de lo más variado, escalpelos, sierras con las que cercenar miembros, horcas para separar el tejido muscular antes de escarbar entre vísceras, pinzas y tablillas para alinear huesos. Máximo Vento pasó de largo y se adentró en la farmacia.

Encontró fácilmente los apósitos en el primer armario. En el segundo tuvo que esforzarse más, hasta dar con el extracto de vinagre para la desinfección y el jugo de mandrágora como anestésico. Se asombró un poco al comprobar que Akakios también tenía tratamiento para la locura. El eléboro era al parecer la medicina maravillosa que convertía a los desquiciados por el miedo en soldados valientes. Antes de abandonar definitivamente el valetudinarium y a su anfitrión durmiente, Vento se llevó bajo el brazo un enorme jergón de paja.

Volvió a su tienda de puntillas y encontró a Elvia donde Arranes la había depositado: encima de su propio camastro. Continuaba desvanecida, aunque en algún instante de lucidez la celtíbera

había tratado de tapar la desnudez de sus carnes. Y es que aquellos veteranos feroces le habían rasgado las ropas antes de intentar forzarla. Vento se inclinó sobre ella con las medicinas, y le limpió las escoriaciones de la cara y los brazos con un paño humedecido en vinagre. Después tuvo que volver a abrirle la túnica e incluso el subligaculum para comprobar si Elvia tenía más lesiones ocultas.

Le temblaron las manos al romano al descubrir el vientre y el pecho de la mujer celtíbera. La contemplación de la carne tersa le pareció igual que entregarse a un deleite injusto y a la vez prohibido. Se sobrepuso con un suspiro mientras buscaba heridas punzantes o cortes, pero solo advirtió algunas magulladuras en las costillas. Empujó el cuerpo inerte de Elvia hasta dejarlo de medio lado. Tenía que comprobar también el estado de la espalda.

Un escalofrío recogió la nuca del legado al descubrir los verdugones. Innumerables marcas viejas de látigo se mezclaban con otras más recientes, más rosáceas, más descarnadas. Mordiscos salvajes en la piel que, en cualquier caso, no habían sido causados por los legionarios de Graco.

Repasó Vento aquellas señales con dedos trémulos. Conocía de primera mano los estragos causados por el azote del cuero. La postura o tal vez el contacto de sus yemas hicieron gemir a Elvia, y acabaron por despertarla.

El desconcierto hizo parpadear a la joven celtíbera. Miró en derredor, sobresaltada, mientras trataba de conciliar aquella tienda de lona con sus últimos recuerdos de Munda. Reconoció al fin a Vento como el hombre que la había salvado de una muerte segura. Escrutó después los frascos de hierbas, los ungüentos y los emplastes.

—¿Por qué haces esto? —preguntó con más asombro que desconfianza.

Trató Vento de mostrarse ocurrente.

—Porque le tengo miedo a tu hermano.

Elvia se incorporó sobre un codo a pesar de los dolores.

—¿Lo conoces?! ¿Magilo vive entonces?! —exclamó entre ilusionada y estupefacta.

Barajó el romano varias respuestas. Optó, tal vez, por la menos acertada.

—Oh, sí. De hecho acaba de escaparse de nuestro calabozo.

Se escuchaban voces en el campamento desde hacía algunos minutos. Los primeros soldados estaban regresando de Munda. Solían venir primero los más afortunados, los que habían dado con el oro de los ricos y se daban ya por satisfechos. Un par de horas después irían llegando quienes habían rebuscado hasta entre la comida de los perros sin encontrar nada valioso.

—No me gusta que nadie me tome por tonta. Nadie se escapa de un sitio así sin que le dejen. Si mi hermano está muerto, prefiero saberlo —asentó Elvia con el ceño fruncido.

Trató de esquivar la conversación Máximo Vento, y para ello se propuso retomar sus tareas

sanitarias.

—Hay que tratar esos rasguños si no quieres que se infecten —afirmó como si hablara por boca de Akakios.

—Sanarán solos, igual que las costillas —le contradijo Elvia.

—Lo harán —asentó el romano—, pero si mueves mucho los brazos, las costillas se romperán más y entonces no podrás ni peinarte. ¿Eso es lo que deseas?

Elvia dudó apenas un segundo. Después desplegó ambas extremidades y se las tendió a Vento.

—Dime qué sabes de mi hermano —demandó a la vez con voz imperiosa.

—Bebe antes de aquí. Te calmará los dolores. —Vento le ofreció el frasco con jugo de mandrágora.

La celtíbera olisqueó el líquido con recelo y negó con la cabeza.

—No es veneno. Si hubiera querido matarte, ya lo habría hecho hace rato. ¿No crees? —sonrió el legado.

Vació al fin el frasco de un trago la herida y se acomodó en el camastro. Las luces de los candiles empezaron a darle vueltas dentro de la cabeza casi de inmediato. Incluso la voz grave de Máximo Vento le llegaba atenuada, lejana, cautivadora. Cerró los ojos y se dejó hacer.

Apenas notó el escozor de los refrotes en su antebrazo, o el contacto de las vendas al enrollarse sobre su piel... Todo le pareció en realidad caricias. No estaba acostumbrada a que un hombre la cuidara con tanto esmero. Por eso no supo si achacar tales sensaciones al efecto de las drogas o a la sutileza de un enemigo extraño.

Pretendía Vento utilizar aquella dulce duermevela para explicarle a Elvia la odisea de su hermano, pero entendió que los gritos histéricos de Sempronio Graco en el exterior reclamaban su presencia en el foro.

—¿Adónde vas?! —Una mano firme atrapó el antebrazo del legado antes de que este pudiera incorporarse.

—Tengo que solucionar un problema ahí fuera.

Una llama de desamparo iluminó los ojos azules de Elvia.

—¿Volverás?

—Espero que sí, aunque nunca se sabe... Mi nombre es Máximo Vento, por cierto.

XXX

Había cinco hombres encadenados a otros tantos postes en medio del foro. Estaban desnudos de cintura para arriba mientras Graco los amenazaba con un hierro candente en la mano. Máximo Vento tuvo que abrirse paso con los codos para pasar entre la muchedumbre. En cuanto lo vio llegar, el pretor romano se fue hacia él hecho un basilisco. Si hubiera tenido un ojo de fuego en la frente, como el monstruo, habría convertido a su legado en una pulpa de carne achicharrada y sangrante.

—¿Es cierto lo que afirman estos soldados?! —le espetó a gritos a su hombre de confianza.

Sabía Vento de sobra la respuesta, pues acababa de reconocer en los condenados a los seis centinelas de puertas de aquella noche.

—No lo sé. ¿Qué es lo que dicen? —arguyó no obstante.

—¿Que tú les diste permiso para ausentarse!

Se frotó el legado los cabellos con aire distraído.

—Bueno, sí. Lo hice porque la victoria había sido completa y no había ningún peligro...

—¡Maldita sea, dejaste el campamento en manos de los auxiliares! ¡Y alguien aprovechó para liberar al prisionero! —se encrespó Graco.

Solo entonces reparó Máximo Vento en que el quinto encadenado no era otro que Arranes.

—¿Qué pinta él aquí? —preguntó con el ceño fruncido.

Graco le dedicó una mirada incisiva al nieto de Estobeles.

—Me dijiste que era el auténtico líder de los iberos. Él tiene que saber el paradero de todos los auxiliares desaparecidos tras la toma de Munda. —Graco posó un dedo acusador sobre la coraza de Vento—. ¡Tú me dijiste que habían caído treinta en combate, pero aquí faltan más de doscientos!

Un público expectante había ido congregándose en el centro neurálgico del campamento. Aborrecía el legado las aglomeraciones, los discursos fatuos, las amonestaciones públicas y las ejecuciones ejemplarizantes. Por eso odiaba el foro. Porque aquel espacio en la intersección de las cuatro calles principales servía para que los pretores y los cónsules ejercieran todo el poder y la fuerza que no solían demostrar en el campo de batalla.

—Vayamos a tu praetorium. Deja esto para más tarde —murmuró Vento con cara de circunstancias.

Humeaba el hierro rusiente de Graco tanto como su cabeza.

—¡Necesito todavía las confesiones de estos malditos! —exclamó irritado.

Se acercó Vento a su superior con pasos vehementes, como si pretendiera acuchillarlo delante de sus hombres. Graco dio un respingo, pero Vento lo cogió por el brazo. Después sus palabras restallaron en el oído del pretor romano como el látigo que había fustigado a Elvia en la ciudad de Munda.

—¡Lo que necesitas es entender un par de cosas, y yo voy a procurar que lo hagas! —le dijo.

El silencio del puesto de mando pareció aplacar a ambos hombres, aunque el rumor de voces seguía filtrándose dentro de la tienda.

—Empecemos por lo más sencillo: la ausencia de los auxiliares —sugirió Vento tras tomar asiento junto al pretor romano.

Graco enarcó una ceja.

—¿Tú sabes qué ha pasado con ellos?

—Lo de siempre. Han desertado. Debes acostumbrarte a ello —replicó Máximo Vento lacónico.

—¿Insinúas que este comportamiento se repetirá más veces?!

—A partir de ahora, casi cada noche. Le pasó a Fulvio Flaco, a Varrón, a todos...

Temblaron los dos vasos de vino que Graco había servido tras el puñetazo en la mesa.

—¡No lo consentiré! ¡Tomaré represalias contra ellos! —aulló.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Hacerlos formar y matar a uno de cada diez? La decimatio sería aún peor. Los perderías a todos al día siguiente —lo ilustró aquel experto en la guerra y sus vicisitudes.

—Pensaré otra cosa entonces...

—Claro, abandonaremos la Celtiberia mañana mismo para desplazarnos hasta Athanagia, Edeta e Hibera con el fin de masacrar las ciudades de origen de los auxiliares —ironizó Vento.

Sorbió de su vaso en silencio Sempronio Graco mientras una realidad implacable iba calando en su sesera.

—¿Y sobre lo otro?

—¿La huida del prisionero?

—Sí.

—Lo solté yo.

Estaba Sempronio Graco escanciando caldo de la jarra, pero la confesión de su legado le hizo perder el tino y el chorro le empapó los pergaminos de la mesa.

—¿Tú?! ¿Por qué?! —preguntó con más curiosidad que enojo.

—Porque se lo debía.

Calló el pretor durante varios minutos. Se le había quedado la mirada fija en el fondo del vaso. Fruncía los labios mientras elucubraba con ideas imposibles.

—Te considero un hombre cabal. Me gustaría entenderlo —murmuró al cabo.

Se había jurado Vento no abusar nunca más del vino agrio, pero engulló su jarra de un trago. Necesitaba el valor que infunde la bebida para acometer el relato.

—Habíamos combatido mucho contra los belos —rememoró evocador—, aunque con escasos resultados. Es decir, muchas bajas y pocos avances. A Fulvio Flaco se le ocurrió entonces plantear al enemigo un cese provisional de las hostilidades.

—¿Una especie de tregua? —se extrañó Graco—. Eso jamás lo ha hecho un pretor en Hispania...

Se encogió de hombros el legado romano.

—Era en realidad un engaño; pero, en principio, no sonaba como una opción tan descabellada. Ambos bandos andábamos muy mermados, y la idea de interrumpir la lucha durante al menos un año engatusó a algunas ciudades celtíberas.

—Ya. Y Flaco pensó que Magilo era el interlocutor más válido... —repuso Graco.

Asintió Vento con la mirada enturbiada por el recuerdo.

—Magilo era el auténtico caudillo de dos tribus muy importantes: los titos y los belos —recordó—. Era el hombre más indicado con el que pactar el acuerdo.

—¿Tanto poder atesoraba entonces? —preguntó el pretor, absorbido por el relato.

—Como jefe de los guerreros belos tenía una gran influencia entre los ancianos de su oppidum y también de otras ciudades. Su padre había sido hasta su muerte el hombre fuerte del consejo de Sekaisa. Él esperaba ocupar su puesto cuando envejeciera. En su ciudad y en media Celtiberia se hacía lo que Magilo ordenaba.

Seguía Graco con gran atención el curso de una narración que prometía algunas sorpresas.

—Y Fulvio Flaco te mandó a ti a Sekaisa... —adivinó como un vidente tramposo.

Volvió a cabecear Vento; esta vez con pesadumbre.

—Así es. Sabía que Magilo y yo nos respetábamos después de pelear frente a frente en el campo de batalla varias veces. Por eso me envió a mí solo. Porque todo resultaría más creíble si nadie me acompañaba.

Sempronio Graco había apartado el vino. Solo tenía ya ojos y oídos para una historia que involucraba de manera directa a su predecesor en el cargo.

—¿Y el consejo de Sekaisa aceptó la propuesta que tú le presentaste? —preguntó intrigado.

—En un principio se sorprendieron de que Fulvio Flaco plantease la retirada de sus legiones hasta la línea del Hiberus si no había hostigamiento por nuestra parte. Pero lo entendieron como una gran victoria y se avinieron a aceptar el trato.

La mano derecha de Graco se elevó en el aire de repente. Tenía que detener la deriva de una narración que aún no resultaba enteramente convincente.

—Todo eso que me has contado todavía no explica cómo llegó Magilo a convertirse en prisionero romano... —adujo circunspecto—. Necesito saber qué ocurrió antes de que Flaco enviara aquella embajada de la que tú fuiste uno de sus integrantes. En Roma aquellos dos tribunos presumieron de haber dominado la Celtiberia. Imaginé que todo era pura patraña. Pero ahora me doy cuenta de que ni siquiera existió una escaramuza en la que Magilo fuera tomado prisionero... —sostuvo Graco con ojos entornados.

Vento negó con la mirada humillada.

—Como te he dicho, todo fue una vil treta de Flaco —recordó el antiguo centurión—. Tras parlamentar dentro de su oppidum, Magilo y yo iniciamos un viaje que culminaría en un punto intermedio entre Sekaisa y Castra Atiliana. Allí se produciría la entrevista con Fulvio Flaco. Dos jefes solos en mitad de la nada. Un apretón de manos, un acuerdo y una sorprendente retirada del invasor romano.

—No puedo creer que Magilo no recelara... —se admiró Graco.

—No es tan raro. Los celtíberos tienen en gran estima a aquellos que consideran guerreros valerosos. Se fían de ellos y de su palabra. Y lo cierto era que Magilo respetaba también a Flaco porque lo había visto combatir en primera línea con sus hombres. De ahí que no se olera la emboscada cuando yo le expliqué la manera en que todo se llevaría a cabo.

—¿Y tú sabías a dónde estabas llevando al caudillo celtíbero?

Había sombras de pesar en los ojos de Vento.

—No. Flaco jugó con dos barajas desde el principio. Me ocultó sus verdaderas intenciones porque sabía que yo jamás me prestaría a una cosa así. Por eso me sorprendí tanto como Magilo cuando varios escuadrones de caballería nos rodearon un poco antes de llegar al punto acordado.

—Supongo que Magilo te hizo a ti responsable de su desgracia...

Esbozó el legado una sonrisa triste.

—Resultó algo inevitable, aunque traté de explicárselo muchas veces.

—¿Y te creyó?

—Me parece que sí, y por eso tampoco se extrañó demasiado cuando esta noche le abrí la puerta de su mazmorra. En realidad, Magilo siempre se tomó el cautiverio como un gaje más de su oficio. Confiaba en que el mismo destino que lo encadenó a nosotros le concedería la oportunidad de escapar un día.

Había escuchado Graco todo el relato sin salir de su asombro. Todo lo ocurrido le hacía despreciar todavía más a Fulvio Flaco. Hasta entonces lo había tenido por un militar mediocre con sueños de grandeza. Pero jamás lo habría creído capaz de urdir una artimaña tan sucia. Resultaba lícito que un pretor o su legado engañaran al enemigo en el campo de batalla, o antes. Eso era parte de la estrategia de combate. Lo que no podía permitirse era que un militar romano intentara escalar hasta la cúspide del cursus honorum a base de mentirle al Senado. Y Flaco lo había hecho; con su lista interminable de ciudades celtíberas supuestamente sometidas, y con el cuento de una victoria incontestable en la que había capturado al gran caudillo de todos los celtíberos.

Tras un ejercicio de reflexión que a Vento se le hizo eterno, Graco dijo:

—Si en algún momento quise usar a Magilo para mis fines fue tan solo porque siempre pensé que era un prisionero en regla. Ya me entiendes..., alguien capturado en buena lid. Ojalá me hubieras contado todo esto antes.

—¿Antes de qué? —Vento enfrentó la mirada fría de su superior—. Ayer mismo no habrías creído ni una sola palabra de esta historia.

Asintió Graco mientras se escanciaba más vino; esta vez dentro del vaso.

—Es cierto —admitió—. En cualquier caso... has sido víctima de tus remordimientos. Se ve que no existe el soldado perfecto —murmuró con desagrado antes de preguntar—: Ahora que vuelve a estar libre... ¿representa Magilo una nueva amenaza para nosotros?

Ya traía Vento su respuesta pensada de antemano. El contacto casi diario con el enemigo durante tantos años le había dado un conocimiento bastante exhaustivo del comportamiento de aquellas élites guerreras.

—Solo si recupera su antiguo cetro. Y eso no le será fácil —dijo.

—¿Por qué? ¿No era tan poderoso?

—En la Celtiberia se olvida muy rápido a los que desaparecen.

Se había levantado Vento para marcharse, pero se paró en la puerta del praetorium. A contraluz, su poderosa figura producía una sombra alargada y sin rostro. Graco la miró con aprensión.

—¿Hay más novedades que quieras contarme? —le preguntó casi temblequeando.

—Sí, una. Tengo a la hermana de Magilo en mi tienda.

XXXI

Magilo no paró de moverse en tres días, siempre en dirección norte. No se detuvo ni para atarse las sandalias. Quería alejarse todo lo posible de Munda y, sobre todo, del campamento romano. No podía descartar que Graco enviase un par de turmae de caballería en su busca. Aun así, a pesar de las prisas, apenas recorrió cuatro leguas en todo ese tiempo. Y es que tantos meses en la jaula le habían dejado los andares tullidos. Daba pasitos cortos, como si aún llevara las piernas sujetas por grilletes. Y si trataba de correr, lo hacía como los gorriones, a base de pequeños saltitos. Además, se fatigaba enseguida.

El cuarto día sintió el mordisco del hambre y, casi a continuación, el del desfallecimiento. Usó entonces el gladius que le había regalado Vento para escarbar en el suelo y conseguir algunos bulbos y raíces comestibles. Le dio pena utilizar un arma tan buena para tales menesteres, pero comprendió que una simple espada no le serviría para cazar corzos o jabalíes; y no iba a ponerse a buscar osos en sus condiciones. Si al menos hubiese tenido un arco...

Pisó al fin un humedal, y vio moverse varios conejos. Se lanzó a por uno con los brazos estirados, pero solo consiguió darse un batacazo. Entonces se le ocurrió entrelazar varios juncos y construir un lazo para atraparlos. Sabía que los siervos que le llevaban las tierras capturaban así a tan esquivos roedores. Plantó, pues, varios de aquellos rústicos ingenios en las bocas de las madrigueras y en las sendas que los animalillos marcaban entre la maleza. Atrapó un gazapo al cabo del rato y le retorció el cuello para que no chillara. Consideró Magilo la idea de hacer una fogata, pero le dio miedo que el humo lo delatara. Empezó entonces a comérselo crudo, a grandes bocados.

Estaba el celtíbero sentado en un ribazo, con la mirada puesta en el horizonte, desentendido por primera vez de sus posibles perseguidores. Lloraba mientras engullía los trozos de carne blanca. Notaba cómo la sangre tibia del conejo le templaba la boca y los labios. Percibía, sin embargo, otro calor más interno y reconfortante. Y no lo atribuía a la carne de su presa, sino a la ilusión de la vuelta a casa y del reencuentro con su familia.

No le quedaba padre ya a Magilo, pero lo asumía con naturalidad. Morir era una circunstancia más de la vida. Llegar a la edad de su progenitor o a la de Estobeleles no estaba al alcance de cualquiera. Lo de sus hermanos... —ambos caídos en sendas escaramuzas con los romanos— lo había aceptado con estoicismo fatídico. Era el sino de un guerrero morir en el campo de batalla. Y si no ocurre así, eso es que las deidades han previsto para él un servicio aún más alto: envejecer y hacerse sabio, con el fin de ilustrar a los guerreros más jóvenes y por lo tanto más vehementes.

Aquel era el papel que el propio Magilo reservaba para sí mismo, y nadie discutía en Sekaisa. Alucio había tomado el relevo a su padre en el consejo de ancianos. Ambos pertenecían al clan legendario de los Bodivescos. Habían sido amigos de juventud además de parientes y grandes guerreros. A sus cuarenta y nueve años, el nuevo regente debería sobrevivir todavía una década, o casi. Para entonces Magilo ya estaría en condiciones de desempeñar el cargo. Las batallas en

primera línea serían ya cosa de otros. Pero ahora, lo que el caudillo belo más ansiaba era el disfrute de su familia. Porque incluso en la guerra hay momentos para el esparcimiento.

Hacía casi un año que no veía a su esposa, Izaro, y a los dos retoños que ambos compartían. El mayor ya tendría cinco años. Al menor ni lo conocía, porque había nacido durante su cautiverio. Pero daba igual, el reencuentro lo compensaría todo. No temía que su pequeño heredero se asustara al verlo. A tan temprana edad, un niño se acostumbra rápido a la presencia de un padre recién llegado.

Siguió Magilo alimentándose de conejos y ratas de agua durante su viaje de vuelta a casa. El undécimo día cazó, sin embargo, una culebra. Estaba el bicho adormecido debajo de una piedra y el celtíbero le cercenó la cabeza con su gladius. Y es que en aquellos últimos días de septiembre los reptiles debían de sentir ya el barrunto del invierno.

Conocía el terreno Magilo como la palma de su mano. Calculó en una sola jornada el tiempo que lo separaba de Sekaisa. Graco y sus legiones estaban lo suficientemente lejos, pensó, como para permitirse el lujo de comer caliente. Hizo entonces una fogata para asar a su presa. Tras la comilona, dejó incluso que una dulce duermelve se adueñara de su cuerpo. De hecho, se quedó dormido sin darse cuenta. Soñó el celtíbero con tiempos plácidos, cuando a la muerte de Redukeno se postuló como jefe de los guerreros del oppidum. Una sonrisa de orgullo le brotó entre las barbas al recordar el momento. Nadie osó discutirle el puesto durante la proclamación. De haberlo hecho, la ceremonia habría acabado en duelo. A muerte. Así eran las leyes de la Celtiberia y así serían siempre. Un jefe debe ser en todo momento el mejor. El más decidido, el más arrojado, el más fuerte. Y si alguien le discute el puesto, uno de los dos sobra.

Una presión punzante sobre el pecho sacó al fugitivo de sus ensoñaciones. Aún no había abierto los ojos cuando una soga se cerró sobre su cuello. Cinco hombres lo rodeaban. Habían tomado posesión ya de sus gladius y hasta de sus sandalias. Magilo los reconoció al instante. Eran tropas de Tencino.

Se maldijo a sí mismo el guerrero celtíbero por no haber tomado más precauciones. No era infrecuente que aquel gigante infame abandonara el territorio lusón y se adentrara en el de los belos. Vivían aquellas fieras de la rapiña, de hacer botín entre los desprevenidos y los incautos. Y para ello se movían constantemente. No necesitaban levantar grandes instalaciones. No excavaban fosos alrededor de su campamento y apenas ponían centinelas. Tencino se sentía el rey de un páramo en el que él era la alimaña más peligrosa.

Le hicieron caminar varias horas en dirección oeste, con las manos atadas por delante y la soga del cuello sujeta a la cola de un caballo. Horribles letanías escapaban entre las barbas de Magilo mientras se alejaba de su rumbo. Tencino era un hombre imprevisible. Lo mismo podía invitarte a su mesa al verte llegar que despellejarte vivo. Ambos se conocían desde hacía muchos años, cuando el rey del páramo no era más que un vulgar salteador de caminos con una docena de acólitos. Los tiempos en la Celtiberia habían cambiado, sin embargo. A peor, aunque Magilo no se diera cuenta. Los pobres habían dejado de tolerar a los ricos; y aunque jamás lograsen desalojarlos del poder, trataban al menos de no tener que rendirles cuentas.

Alcanzaron por fin los reales que Tencino había levantado en la llanura. Tenían una extensión

enorme, sin ningún límite físico. Porque el gigante permitía que sus hombres acamparan sin orden ni concierto, allá donde les venía en gana. Así cada cual buscaba guarecerse un poco bajo la copa de una encina o detrás de unos matorrales. La única premisa era no plantar tiendas. El modus operandi de aquellas tropas se basaba en su rapidez de movimientos. Tencino pretendía que sus seguidores estuvieran dispuestos para la huida o el asalto en cuestión de segundos. Por esa misma razón en su ejército solo había hombres. Las mujeres significaban sobre todo demora y conflicto. Para su uso y disfrute... ya visitaban ciudades de vez en cuando.

Iba Magilo como una mula terca camino de la noria. Caminaba a trompicones, con la cabeza incrustada entre los hombros para que nadie en el campamento lo reconociera. Encontró al rey de aquellos miserables sentado al fuego con sus tres lugartenientes. Tres fieros guerreros de los que Tencino no se separaba ni para ir a la letrina. Eran casi tan corpulentos como él e igual de hábiles con las armas.

Se encontraba hambriento el caudillo celtíbero tras la larga caminata, pero estuvo a punto de vomitar su última cena cuando se percató de que el espetón que Tencino y sus guardaespaldas mantenían girando sobre las llamas era el cuerpo decapitado de un niño.

Se levantó el gigante de un salto al reconocer al insigne prisionero. Lo observó unos segundos sonriendo con desprecio. Había una honda satisfacción en su mirada lobuna. Al fin y al cabo, no se captura a un mito todos los días.

Tenía Tencino un gran triángulo metálico siempre a mano. Lo hacía sonar con el atizador del fuego cada vez que deseaba convocar a sus hombres. Era un sonido escandaloso e inconfundible que, por lo visto, atraía rápidamente a las hienas. A los pocos segundos, miles de desharapados estrecharon el círculo sobre el anfitrión y el recién llegado.

—¡Mirad quién ha venido! ¡El gran Magilo! ¡El caudillo de los titos y los belos! ¡¿Os acordáis de él?! ¡Lo vimos en una jaula romana en Carabis! —rio Tencino a mandíbula batiente.

Se escucharon carcajadas entre la multitud arremolinada alrededor de la hoguera, pero fueron muchos más los murmullos de sorpresa. Vio Magilo caras conocidas pendientes de su triste figura, y tal vez de sus palabras. Había algunos hombres de Sekaisa en aquel círculo de curiosos: esclavos escapados de sus amos, tahúres, buscavidas; pero también gente llana caída en desgracia. Los últimos humillaron los ojos al verlo. Los otros le mantuvieron la mirada, algunos incluso escupieron en el suelo con asco. Tencino esperó a que las risas, los murmullos y los insultos cesaran antes de seguir hablando.

—Es esta una aparición extraña. ¿No os parece? —se admiró el gigante con los brazos en jarras—. Que yo sepa... ningún jilguero sale de su jaula si no es porque alguien le abre la puerta por fuera.

Hubo más carcajadas entre los congregados. Esta vez incluso las gentes de bien esbozaron una sonrisa.

—¡Maté a mis guardianes con mis propias manos y escapé de las garras del pretor Graco! ¡Nadie puede someter al caudillo indiscutible de los belos! —barbotó Magilo con furia.

Mantener su dignidad y su fama de hombre indomable bien merecía una mentira, se le antojó al celtíbero. Y por eso se abrazó a ella sin sonrojo. Hubo pocas risas en esta ocasión y muchos oídos interesados, como si esas bestias estuvieran considerando la veracidad de su testimonio. Percibió Tencino el peligro en aquellos gestos atentos. Temía, como cualquier jefe celtíbero, los imprevistos del destino. Esos giros inesperados que podían dar al traste con un reinado en un simple parpadeo. Afortunadamente, tenía en sus manos el antídoto que desmontaría la patraña.

Agitó los calcei y el gladius aprehendidos al prisionero ante los ojos de sus súbditos. Estrujó las botas de cuero elástico con ademán admirativo, examinó los clavos de sus suelas con el mismo rictus. Después blandió la espada romana como si fuera de juguete. Tenía el arma un equilibrio perfecto. Contaba con un filo acanalado hasta su centro; el pomo era de duro boj, forrado en cuero. Tencino la dobló sobre una rodilla para demostrar la sorprendente flexibilidad de su acero.

—No me parece a mí que estos objetos hayan pertenecido a un simple centinela... —adujo.

—¡Eran de un centurión! ¡Lo maté y me quedé con ellos! —aulló Magilo al instante.

Debía atenerse el caudillo belo a su quimera; y así procuró hacerlo. Era consciente, sin embargo, de que el relato comenzaba a abrirse por sus costuras. Tencino dio un cómico respingo aprovechando las voces de asombro de los congregados.

—¡Ahora resulta que los pretores romanos han cambiado de costumbres, y de pronto colocan a sus centuriones como vulgares centinelas! —exclamó con ademán histriónico.

El estruendo de las risas abrumó esta vez a Magilo. Se sintió sin fuerzas para contrarrestar las burlas y los insultos. Sabía que solo un gesto mantendría su honra de guerrero, pero le costaría la vida. Tenía la garganta bastante seca, pero a base de rascar reunió en ella un buen gargajo. Apuntó al rostro del gigante y lanzó hacia allí su salivazo. Desgraciadamente, debido a su altura, el esputo le impactó a Tencino en el pecho.

Uno de los lugartenientes quiso abalanzarse sobre Magilo con su falcata, pero el rey de las fieras lo contuvo con un gesto de la mano.

—Eres un ser patético, además de un mentiroso. No tienes ya arrestos ni para escupir como los hombres. Y, aun así, voy a ofrecerte cobijo en mi ejército —asentó Tencino con aire severo—. Respirarás con mi permiso. Vivirás como un gusano bajo mi bota. Pelearás cuando y contra quien yo diga. Eso sí, sin derecho a botín durante el primer año.

Buscó Magilo más saliva en su boca, pero resultó que la ira le había resecado hasta el agua de los ojos.

—¡No serviría bajo tu mando ni aunque me lo ordenaran los dioses! —resolló colérico.

Asintió el gigante con indiferencia.

—Quitadle todo —les ordenó a quienes lo traían preso.

En realidad, una vez desprendido de las botas y el cinto, al caudillo belo solo le quedaban los

calcetines rojos de legionario y el sagum. Se tapó Magilo sus vergüenzas como pudo al verse expuesto otra vez a las chanzas. De ser una montaña de músculos, el cautiverio lo había dejado convertido en un esqueleto andante. Las costillas se le marcaban en los costados como si fueran las branquias abiertas de un pescado muerto. Sus miembros, antes vigorosos, parecían ahora las ramas secas de un arbolillo marchito. Pensó Magilo que tanta risa y tanta burla colmarían las ansias de venganza de Tencino, y tras la humillación llegaría la libertad definitiva. Pero no acertó del todo.

—Aunque no te lo mereces, voy a concederte una oportunidad de seguir vivo. En realidad, se trata de un juego que a mis hombres les encanta —lo informó el gigante devorador de niños—. Te daremos tres horas de ventaja. Pasado ese tiempo, estos demonios saldrán a cazarte. Si te encuentran, te traerán otra vez ante mi presencia, pero descuartizado.

XXXII

Regresó Máximo Vento con los brazos llenos después de su charla con Sempronio Graco. Traía por un lado el beneplácito del pretor para que la joven celtíbera pudiera permanecer en su tienda hasta su entero restablecimiento. Portaba también un barullo de prendas debajo del brazo. Y es que el roce diario con los tribunos le había procurado al legado una cierta confianza con ellos y con sus mujeres. Sus aposentos no estaban muy lejos del suyo, y tras abandonar el praetorium se decidió a visitarlos. No obstante, le costó mucho vencer la vergüenza.

Admitir que tenía a una mujer de Munda bajo su techo y que necesitaba tomar prestadas algunas ropas de sus prometidas le resultó más duro que entablar batalla con el enemigo. Y, sin embargo, aquellos jóvenes oficiales no le concedieron al asunto la trascendencia que Vento temía. No se llevaron las manos a la cabeza, escandalizados; y tampoco intercambiaron miradas cargadas de burla. Debió de parecerles normal que un legado solitario buscara, al fin, lo mismo que ellos: disfrutar de un jergón más caliente y mullido por las noches.

Encontró a Elvia tendida sobre el camastro, pero con los ojos abiertos. Al parecer, la mandrágora había dejado de hacerle efecto. A decir verdad, la joven llevaba rato examinando el contenido de la tienda. Le asombró el orden. Vio túnicas y subuculae meticulosamente plegadas; y media docena de corazas colgadas de perchas.

Todas las prendas lucían limpias, impecables, relucientes; igual que los tres pares de calcei y los dos de sandalias claveteadas. Las armas reposaban en otro rincón, junto con las condecoraciones. Había también una silla y un pequeño escritorio sobre el que descansaban la jofaina y la palangana necesarias para efectuar las abluciones matinales antes del desayuno. Sí le extrañó, pero solo hasta cierto punto, que el dueño de aquella tienda no guardase recuerdos. No encontró nada a la vista que hiciera pensar en los orígenes o en la vida pasada de aquel hombre.

—Te he traído esto. He pensado que te haría falta —murmuró Vento mientras depositaba sobre la mesa el montón de ropa.

—Acércamela —demandó Elvia al instante.

—¿Ya?

—No querrás que salga de aquí medio desnuda...

Obedeció el legado la orden con premura, pero tal y como había previsto, la celtíbera solo logró incorporarse sobre un codo.

—Tendrás que ayudarme —solicitó Elvia con una mueca de dolor en el rostro.

La irguió el romano como si fuera una pluma. Tras recuperar la verticalidad, la ropa rasgada de la muchacha se escurrió de sus hombros de manera irremediable. Dejó al descubierto una carne

blanca, deslumbrante, irresistible para un hombre que jamás había visto desnuda a una mujer que no fuera prostituta. La visión embarazó a Máximo Vento, quien se dio la vuelta como accionado por un resorte.

—Tengo las costillas trituradas y no puedo vestirme sola —arguyó la celtíbera con serenidad sorprendente—. Lavaste mis heridas cuando estaba desvanecida. Así que mi cuerpo y todas sus marcas no deben de ser para ti ningún secreto....

Giró Vento sobre sus talones para encarar su destino. Tenía a Elvia de espaldas. La ayudó a ceñirse el subligaculum en el vientre y el strophium para el busto.

—¿Hay más mujeres en este campamento? —preguntó la joven al ponerse la última prenda.

—Seis exactamente. Son las prometidas de los oficiales más jóvenes.

—¿Y esto es lo que visten ellas?

—Sí. Es que no quieren que se les descuelguen los pechos...

—Ya.

Había cobrado Vento un cierto valor sin darse cuenta.

—¿Quién te hizo lo de la espalda? —se atrevió a inquirir.

—¿Los latigazos?

Vento repasó con un dedo varias de aquellas marcas.

—Sí.

—Bricio. ¿Quién si no?

—¿Por qué? ¿Tan mal te portabas?

Se revolvió la celtíbera como una serpiente con ojos de fuego. Los golpes de la cara se le habían amoratado un poco. Aun así, la belleza de aquella mujer le pareció intimidante al romano.

—Mi marido me hizo esto porque no le daba hijos. Tampoco los tuvo con su primera esposa. Pero, como todos los hombres, pensó que la culpa era nuestra.

Le ajustó Vento la stola al cuello. Era una prenda adornada con franjas de color índigo y ricos bordados.

—¿Y lo de la cara? —preguntó sin levantar la mirada.

Se tocó Elvia la quemadura de la mejilla como si palpara una cicatriz todavía fresca.

—Es la marca que Bricio les hacía a sus cabras para distinguirlas del resto. A mí me la hizo por

el mismo motivo.

Los dedos trémulos del romano terminaron al fin de anudar las cintas.

—Pues ya no perteneces a su rebaño. Bricio está muerto, por si no lo sabías —le dijo con su mejor sonrisa.

—Me alegro. ¿Salimos?

—¿Afuera? —Un pánico casi cerval petrificó a Vento sobre sus botas.

—Claro. ¿O es que vas a mantenerme aquí encadenada como hacía mi esposo?

No tuvo el legado tiempo de pensar una respuesta. Elvia se plantó en el exterior de la tienda de dos zancadas, pero el dolor la hizo tambalearse peligrosamente.

—Espera un poco. No sería buena idea pasear descalza por un terreno que suele estar sembrado de esquiras metálicas... —le aconsejó el romano mientras se arrodillaba junto a ella.

Le faltaba a Elvia calzarse las sandalias que su protector le había conseguido, además de la ropa. Vento se las anudó con delicadeza a unos tobillos que parecían torneados en mármol por las manos de un dios experto en esculpir piedra. Le asombraron también los pies pequeños y blancos de la joven celtíbera. Saltaba a la vista que Bricio no la había obligado a pisar un solo grano de uva en el lagar de casa. Tan solo le había arrancado la piel a tiras por no darle hijos.

—Estabas hablándome de mi hermano cuando te fuiste... —le recordó Elvia cuando comenzaron a andar hacia el foro.

—Magilo estuvo preso un tiempo con nosotros, pero ya no se encuentra aquí.

—Ya. Pero no se escapó, como me dijiste... —Sintió el legado la mirada de la mujer como si alguien le hubiera acercado un ascua rusiente a la cara.

—No, yo le permití marchar —confesó cabizbajo.

—¿Por qué?

Reparó Vento en los centenares de legionarios que ya estaban pendientes de la pareja. Dentro de su cabeza, las palabras de Graco sobre los remordimientos de un militar imperfecto resonaban con eco dolorosamente repetitivo.

—Porque la forma de capturarlo no fue lícita.

El desconcierto detuvo los pasos de la joven celtíbera en medio del campamento.

—Pensaba que para vosotros no contaba la forma de apresar a un enemigo —dijo.

Máximo Vento torció el gesto.

—A mí sí me importa —murmuró.

—Conozco a mi hermano —adujo Elvia mientras reiniciaba la marcha—. No esperes de él el más mínimo agradecimiento.

Se encogió de hombros el antiguo centurión romano.

—Es natural. Estamos en bandos contrarios —dijo—, pero al menos ahora ya no tengo deudas pendientes con nadie.

Habían alcanzado casi sin darse cuenta la porta decumana. Al verlos llegar, los centinelas se apartaron para dejarles el paso expedito al exterior del campamento. Pisó Elvia aquellos prados verdes como si fueran la antesala del paraíso prometido por la diosa Noctiluca a sus súbditos. Sin embargo, se dio la vuelta a los pocos pasos. Las murallas de Munda sobresalían por encima de la empalizada romana como la cresta de un dragón vencido por un monstruo más poderoso. Le pareció a Vento que la joven escrutaba aquellas almenas aún humeantes con pretérita nostalgia.

—Puedes marcharte de aquí en cuanto quieras... No eres una prisionera. Graco está empeñado en hacer un reparto justo de las tierras de Munda entre sus nuevos habitantes. Tal vez te apetezca regresar cuando te repongas. Ahora que Bricio ha muerto, podrías rehacer tu vida —le dijo con voz tranquila.

La ocurrencia arrancó a Elvia una sonrisa triste.

—Ahora que Bricio ha muerto soy una viuda. Su viuda. ¿Sabes lo que eso significa?

—La verdad es que no —admitió el legado, cuyos conocimientos de la Celtiberia se limitaban principalmente a la guerra.

—Pues yo te lo explicaré. Nadie volverá a Munda tras la debacle. Pero, aun en el caso de que algunos atendieran la oferta de tu pretor, ni un solo hombre se me acercaría. Entre los nuestros, las viudas traen mala suerte; sobre todo si tu marido se llamaba Bricio. —Un gesto de amargura ensombreció el rostro de Elvia—. No estoy dispuesta a morir en vida como una apestada, con la cabeza eternamente espolvoreada de cenizas.

—Ya. Tal vez podrías probar fortuna en una ciudad distinta... —sugirió el romano, pero su comentario solo provocó la risa sarcástica de la celtíbera.

—¿Otra ciudad dices? ¿Tú sabrías indicarme un solo oppidum que no vaya a sufrir el ataque de una legión romana en el próximo año?

Vento cabeceó una silenciosa negativa.

—Volvamos. Estoy cansada —decidió Elvia de repente.

Un súbito temblor de piernas le impidió a la joven terminar en pie el paseo. Máximo Vento la sujetó por la cintura nada más cruzar por debajo de la porta decumana, pero la ayuda resultó insuficiente. Mucho antes de alcanzar la vía principalis, Elvia viajaba ya en los brazos del legado

romano. De aquella guisa llegaron hasta la tienda.

—Estás débil. Te conseguiré algo de comida —le dijo Vento tras depositarla sobre el camastro.

—Solo necesito dormir —respondió la muchacha.

—Por supuesto.

—A tu lado —añadió Elvia al ver que el romano se daba la vuelta—, pero quítate antes esa coraza. No quisiera que esas escamas metálicas me marcaran la otra mejilla.

Se tendió Máximo Vento, obediente, junto a la celtíbera. Vestía el legado únicamente su túnica sobre un corazón desbocado a causa del miedo. No debió de notar Elvia aquel martilleo implacable, pues se quedó dormida al instante, con la cabeza apoyada en el pecho del soldado itálico.

XXXIII

Echó a correr Magilo como alma que lleva el diablo en cuanto Tencino puso en marcha una clepsidra imaginaria y falsa. Iba desnudo, igual que un cordero recién parido, después de que el gigante lo desposeyera de todo. Cruzó el campamento lusón entre las risas y burlas de los vagabundos. Le molestaba el bamboleo constante de sus partes íntimas en aquella galopada frenética, pero no podía perder ni un segundo en zarandajas. Tencino le había prometido tres horas antes de salir en su busca. Sin embargo, Magilo era consciente de que, a la hora de la verdad, esa supuesta ventaja no pasaría de los tres minutos.

Abandonó al fin el guerrero belo la zona de influencia de las antorchas, pero continuó corriendo con el mismo ímpetu. No dedicó siquiera una mirada a las estrellas con el fin de orientarse en la noche. Su único objetivo era poner tierra de por medio antes de que empezara la cacería.

Sintió de pronto el chapoteo de sus propios pies en la hierba. Empezó a atascarse en el fango a los pocos pasos. Detuvo al fin Magilo su huida cuando el barro le cubrió los tobillos. El olor a ciénaga y a heces porcinas lo convenció de que estaba pisando un revolvedero reciente de jabalíes. La luz blanca de la luna, cercana ya a su plenilunio, le iluminó los enormes montones de cieno removidos por las bestias y las raíces hozadas entre la junquilla.

El rugido gutural de Tencino en la lejanía lo sintió, nítido, mientras consideraba sus opciones reales de escapatoria. El aullido feroz de miles de fieras lo pilló rebozándose ya en el lodo como un puerco salvaje. La caza del hombre había comenzado. No vendrían todos en su búsqueda, eso era evidente; tan solo quienes vieran un atractivo en el premio ofrecido por su líder. Quizá algunas monedas de plata, tal vez unas pieles... Aun así, serían cientos, tal vez varios miles de seres enloquecidos los que ya estuvieran acercándose.

Magilo hundió la cara en el lodo al escuchar las primeras voces. Pretendía evitar que el blanco de los ojos lo delatara. En medio de la oscuridad autoimpuesta, a oídos del caudillo belo llegaban los chasquidos inquietantes del acero. Y es que aquellos cazadores implacables venían asaeteando el barro con sus lanzas. Reían, gritaban, bromeaban entre ellos sobre el momento de la captura. Porque en tres minutos escasos ni siquiera un galgo podía alejarse demasiado.

Pasaron a su lado sin descubrirlo. Varias puntas de solliferrea se clavaron entre las piernas abiertas del fugitivo. Una le provocó un desgarró en una oreja. Otra le arañó un costado. Pero Magilo no movió un músculo. Se había propuesto soportar el dolor sin rechistar, incluso si lo alanceaban en la espalda o en los glúteos.

Dos horas permaneció el celtíbero sumergido en la ciénaga. Entonces se levantó y oteó el páramo. No advirtió siluetas ni movimientos sospechosos en los alrededores. El ulular tranquilo de los búhos lo convenció de que ya podía ponerse en marcha. Sintió el mordisco del frío; pero, pronto, la costra de barro que llevaba adherida al cuerpo lo protegió como un abrigo hecho de arcilla y juncos.

Anduvo Magilo toda la noche, aunque se escondió como un conejo al romper el alba. Aún recelaba de los hombres de Tencino. Muchos habrían dado ya por concluida su infructuosa cacería. Sin embargo, no era descartable que algunos siguieran husmeando en las llanuras como sabuesos incansables. Al tercer día, el fugitivo ya se atrevió a caminar bajo el sol otoñal de la Celtiberia.

Iba hacia el norte, en dirección a Sekaisa. Conocía el terreno como la palma de su mano. No en vano, aquellos habían sido los territorios de caza de la familia desde que era niño. Atravesó durante horas un denso bosque de carrascas al que los locales llamaban «Nemeton». Varios corzos cruzaron despavoridos delante de sus narices. Instintivamente, Magilo apuntó con un arco imaginario al ejemplar más grande.

—Zas, muerto —murmuró tras soltar su flecha invisible. A mediodía, el caudillo belo salió de la dehesa. La fortaleza de Sekaisa se dibujó en un horizonte tan azul y diáfano como el mar que él había cruzado en una embarcación romana en dos ocasiones.

Estimó en apenas tres millas la distancia que lo separaba de su querido oppidum. Después, el caudillo celtíbero se arrodilló y lloró como un niño. Las tierras que pisaba eran suyas. Había heredado aquellas vastas planicies de su difunto padre no hacía tanto. Allí pastaban sus cabras y sus ovejas, aunque también solía dedicar algunas parcelas al cultivo de hortalizas y frutas.

Magilo se frotó los ojos para secarse las lágrimas más rápidamente. Acababa de ver una sombra a menos de medio estadio. La silueta se le antojó conocida; pero entre el tiempo transcurrido y la nostalgia, bien podía tratarse de un espejismo traicionero y no de una visión auténtica. No obstante, a medida que avanzaba, fue convenciéndose de que aquel ser con aspecto de saltamontes jorobado correspondía al perfil inconfundible de uno de los esclavos más antiguos la familia.

Atendía al nombre de Iru, y era una víctima de las muchas guerras de vecindad libradas entre vascones y celtíberos al norte del río Hiberus. El padre de Magilo lo había comprado en el mercado lusón de Kalakori hacía casi treinta años, después de que el vascón cayera prisionero en una de esas escaramuzas. Ahora ya era viejo, y no habría podido ir muy lejos; pero incluso de joven, el guerrero norteño jamás había intentado escapar de sus cadenas.

Magilo se detuvo a solo cinco pasos para contemplar el afanoso trajinar de su esclavo. Le emocionó ver cómo aquel hombre ya caduco arrancaba nabos a puñados y los cargaba después en un enorme cesto que él mismo transportaría de vuelta a Sekaisa sobre los hombros. Sin duda, aquella era una señal inequívoca de que Izaro seguía encargándose de las cosechas y de los rebaños como una esposa modélica.

—Iru...

El esclavo giró sobre sus talones muy despacio. Después dio un respingo al descubrir un oso cavernario a su espalda. Y es que ese y no otro era el aspecto de Magilo una vez que el fango negro hubiese fraguado en una gruesa costra negra sobre su cuerpo.

—Soy yo, imbécil —gruñó al percatarse de que el vascón no lo reconocía.

—¡Ma... Magilo! ¡Te creíamos muerto! —exclamó al fin el anciano.

—¡Pues ya lo ves! ¡Nadie puede acabar conmigo! —Una amplia sonrisa emblanqueció un rostro oscurecido por el barro—. Ahora... ¡dame tu ropa, rápido!

Iba el vascón ataviado con unos borceguíes sin apenas suela y con una vieja manta a la que había hecho un corte en el centro con el fin de hacer pasar su cabeza por la abertura. Los faldones los llevaba plegados alrededor de la cintura mediante una simple cuerda.

—No puedo darte mi ropa. Me quedaré desnudo si lo hago... —opuso con rictus bobalicón.

Chascó Magilo la lengua mientras trataba de mantener la calma.

—Eso ya lo sé, pero resulta más lógico que llegues tú en cueros a Sekaisa y no yo. ¿No te parece?

Retrocedió dos pasos el viejo vascón sin dejar de negar con la cabeza.

—No lo haré —murmuró con voz temblona—. Ya no.

Magilo avanzó hacia el anciano con ademán amenazante.

—¡Maldito desagradecido! ¡¿Cómo te atreves a tratarme así después de todos mis desvelos?!

Iru seguía reculando de espaldas. Un tropezón en una piedra estuvo a punto de llevarlo al suelo.

—¿Desvelos? —preguntó, tal vez porque desconocía la palabra.

La cólera trepó hasta la garganta de Magilo como un chorro de lava volcánica. Un dedo negro y acusador apuntó al ingrato.

—¡¿Quién te quitó la argolla del cuello para que pudieras dormir más cómodamente cuando mi padre murió?! —lo increpó.

—Fuiste tú —reconoció Iru.

—¡¿Quién te permitió rebuscar entre las manzanas agusanadas de la cosecha para que te comieras las menos podridas?!

—Fuiste tú.

—¡¿Quién te permitió compartir la comida de los cerdos cuando dijiste que pasabas hambre?!

Volvió a trastabillar el vascón en un accidente del terreno. El traspié le cortó el habla. Magilo tomó aquel silencio como una nueva falta de respeto.

—Y una cosa más... —le reprochó con los brazos en jarras—. Antes me llamabas «amo» cada vez que te dirigías a mí. ¿Por qué prescindes ahora del tratamiento?

Iru dudó unos segundos. Al final respondió con una mezcla de pavor y valentía en el tono.

—Es que... es que... ¡ya no te pertenezco! —dijo.

Magilo cerró los puños. Después dio dos zancadas rápidas hacia el anciano.

—¡Maldito vejestorio loco! ¡Yo te enseñaré modales! —exclamó mientras el vascón perdía el equilibrio debido al miedo y caía al suelo de espaldas.

El golpetazo dejó al esclavo atontado, con los ojos dando vueltas en sus cuencas. El caudillo belo aprovechó el aturdimiento para estrujar el gáznate del anciano con sus manazas.

—Perdóname, Iru —le dijo mientras lo estrangulaba—. Comprende que ya te quedaba poca vida. En cualquier momento te vendrían los achaques; y ya no me serías útil; y tendría que matarte... ¿Qué más da que lo haga ahora? Además, necesito esa manta.

Se defendió con uñas y dientes el viejo vascón a pesar de las reflexiones. Pataleó, arañó a su agresor e intentó incluso usar contra él un pequeño cuchillo con el que ahuecaba la tierra antes de extraer los nabos. Pero Magilo le inmovilizó el brazo y acabó asfixiándolo con una sola mano. Después se calzó las botas del muerto y se ciñó su manta con ademán de circunstancias. Era una asquerosa piltrafa maloliente, pero al menos le permitiría regresar ante los suyos vestido.

Antes de ponerse a andar, el caudillo belo se palpó los costados y encontró dos bolsillos secretos. En uno, Iru guardaba un trozo de queso; en el otro, un mendrugo de pan mohoso. Magilo los engulló como si fueran auténticos manjares. Después se dirigió a la cesta y se comió un par de nabos como postre. Entonces reparó en que el esclavo se había traído al trabajo una calabaza hueca llena de agua con el fin de refrescarse.

Echó un trago largo el fugitivo. El resto del líquido lo empleó en derretir los adoquines de barro en que se le habían convertido las barbas y el pelo de la cabeza. Media hora más tarde, el caudillo de Sekaisa estaba plantado ante las puertas cerradas de su fortaleza. Faltaban dos días para las calendas de octubre. Habían transcurrido catorce meses desde su marcha a ninguna parte.

XXXIV

—¡Bajad el puente y abrid la puerta! —les gritó Magilo a los centinelas de las torres.

No juzgó oportuno identificarse el caudillo belo, pues esperaba que su voz y su estampa fueran suficientes para granjearle la entrada en Sekaisa sin más requerimientos. Sin embargo, los arqueros no movieron un pie de su sitio, tan solo los brazos. Y fue para apuntar sus armas hacia el recién llegado.

—¡Soy Magilo, imbéciles, vuestro jefe! ¡¿Es que no os dais cuenta?! —aulló al fin, temeroso de que a alguno de los guardianes se le escapara una flecha.

Hubo gestos de estupor entre los vigilantes, y algunos comentarios inaudibles desde abajo. Después, los murmullos recorrieron el adarve como un reguero de llamas sobre paja seca. En la torre derecha, un guerrero abandonó su puesto y reapareció en la atalaya izquierda para parlamentar con un compañero.

Debido a la distancia, pero sobre todo a los cascos que los hombres llevaban incrustados hasta los ojos, Magilo no reconoció a nadie. No pudo, pues, maldecirlos convenientemente. Se vio obligado a esperar más de veinte minutos sin recibir ninguna respuesta de unos centinelas que parecían pendientes de recibir órdenes.

Ya consideraba la idea de lanzarse al foso y escalarlo de algún modo por el otro lado cuando oyó por fin el crujido de las maromas que sostenían el puente. Y los goznes de las puertas.

—¡Luego ajustaremos cuentas! —amenazó al retén de guardia sin detenerse.

Iba Magilo con prisa por las calles de Sekaisa, aunque procuraba no perder la compostura. Trataba de caminar con la dignidad de un caudillo, a pesar de ir vestido como un pordiosero. Saludaba de manera efusiva a unos y a otros. Los llamaba antes por sus nombres o por sus apodos. Notaba entonces el asombro helado de aquellas gentes. Echaba de menos sus gritos de alegría, las sonrisas, incluso los abrazos... Pero todo lo atribuyó al desconcierto. Había pasado más de un año desde que lo vieron desaparecer acompañado de un centurión romano.

Al menos, la mayor parte de esos hombres dejaba sus obligaciones al verlo, y lo seguía después en silencio mientras se dirigía a la plaza del Consejo. Allí estaba su casa, tal vez el edificio más imponente de toda la urbe. Tenía tres pisos de altura, horadados todos en plena roca, y un enorme sótano destinado a almacenar armas, herramientas y viandas diversas. Contaba también la mansión con una porqueriza y un establo en el que nunca trotaban menos de seis caballos. Los esclavos vivían y dormían ahí, arropados por el calor de los equinos. Eran ya más de cien las personas que acompañaban al recién llegado en su desfile cuando el jefe celtíbero se plantó en la puerta de su casa, y la encontró cerrada a cal y canto.

—¡Izaro! ¡Abre, soy yo! ¡He vuelto! —vociferó varias veces mientras aporreaba los gruesos

maderos sin éxito.

Ajeno a los murmullos del público, Magilo cogió un pedrusco de la calle y lo lanzó contra una de las ventanas.

—¡Maldita autrigona del diablo, ¿no me estás oyendo?! ¡Ábreme ahora mismo o te tundiré a palos! ¡Quiero ver a mis hijos! —se desgañitó.

Cedieron al fin los postigos. Izaro apareció bajo el umbral de la puerta, cubierta simplemente con una fina manta de lino que apenas le llegaba hasta los muslos. A su lado, una criatura de corta edad miraba al desconocido de pelo largo y alborotado como si se tratara del ogro de un cuento.

—¿Qué haces así vestida? ¿Es que no sabes lo que es el decoro o el respeto a un marido? —Magilo hizo un amago de cruzarle la cara con el dorso de la mano, pero se contuvo ante la presencia del pequeño.

Izaro compuso una mueca indescifrable.

—Me has pillado en la cama... —dijo.

—Ya hablaremos más tarde —gruñó Magilo irritado. Después se arrodilló para revolver la cabellera de su hijo Caro. Tenía el celtíbero errante la mirada vidriosa y las manos frías. Notó que la criatura lo miraba como a un extraño. Seguramente no recordaba el rostro de su padre, pero poco importaba el olvido. La vida familiar pronto volvería a ser como antes. Además, el pequeño contaba ya con edad suficiente para montar a caballo y disparar un arco.

—¿Y nuestro segundo hijo?! —preguntó Magilo de repente al echar de menos a un segundo retoño.

—Muerto.

—¿Muerto?!

—Sí, murió en el parto, pero tú no te enteraste, claro. —Había un gesto de dolorosa cólera en el rostro de Izaro. Por eso Magilo vio la necesidad de justificarse.

—¡He estado cumpliendo con mis obligaciones de jefe, maldita sea! —exclamó con voz recia mientras esperaba la aprobación, si no la aclamación, de todos los congregados, pero al no producirse esta, añadió—: Y ya se sabe que esas cosas comportan a veces retrasos imprevisibles...

Una sombra cruzó el zaguán y se colocó por delante de Izaro y el pequeño Caro. Iba el joven guerrero con el torso desnudo, aunque llevaba la falcata colgada del cinto. Magilo frunció el ceño al reconocer a Kaukirino, el hijo del famoso cazador de osos. Después, el semblante se le quedó blanco al asociar de manera inevitable la desnudez impávida de los dos compañeros de alcoba.

Se palpó los bolsillos con dedos nerviosos, y desenvainó su única arma disponible: el diminuto

cuchillo con el que Iru recogía nabos.

—¡Serás hijo de puta! ¡¿Cómo te atreves a entrar en mi casa y forzar a mi mujer aprovechando mi ausencia?! —lo increpó mientras le lanzaba una cuchillada al cuello.

Kaukirino atrapó el brazo de Magilo al vuelo, le retorció la muñeca y el utensilio acabó tintineando en el suelo.

—Ni esta es ya tu casa ni ella tu esposa. Has tardado demasiado en volver. ¿Qué esperabas? —replicó tranquilamente el hijo de Botilkos.

Retrocedió Magilo un paso después de liberarse de aquella zarpa. Estaba lívido como un muerto, con la sangre convertida en veneno. Kaukirino era más joven que él. Había luchado bajo su mando muchas veces, siempre con valentía y arrojo. Opinaba como el que más en las asambleas de guerreros, pero jamás había osado discutir su liderazgo. Sin embargo, las cosas parecían haber cambiado últimamente.

Miró a su alrededor el antiguo caudillo belo con una mezcla de rabia e impotencia. Buscaba el apoyo o cuando menos la comprensión de sus convecinos. Mas solo atisbó gestos herméticos y sonrisas ladinas. No distinguió, al menos en primera línea, a nadie de su clan familiar, el de los Bodivescos.

Una mueca de desencanto ensombreció el rostro de Magilo al caer en la cuenta de que las más de trescientas personas que ya se arremolinaban en la plaza no eran partidarios suyos, ni siquiera admiradores. Se trataba de simples curiosos a la espera de una pelea a muerte entre el pasado y el presente. Una voz cavernosa se alzó entre aquella corte de mirones.

—Quien abandona su hogar más de medio año pierde su posición, si la tenía, así como todos los derechos sobre sus posesiones; y eso incluye a su esposa e hijos. Son las mismas normas que tu difunto padre y tú aplicasteis a muchos hombres cuando los Bodivescos regían esta ciudad. Ahora mandamos los Alisakum, pero esas reglas siguen vigentes. Mi hijo reclamó tu puesto como jefe de los guerreros de Sekaisa a los seis meses y nadie se atrevió a discutirlo. No hubo necesidad de librar ningún duelo a muerte —sentenció Botilkos, que acaba de presentarse en la escena acompañado de todos sus consejeros—. Así que... no sé de qué te extrañas ahora.

Se revolvió Magilo como un león acorralado por alimañas. Encontró frente a sí, a la distancia de un suspiro, al hombre que tanto había medrado en el escalafón social y político de la urbe tras cazar un oso pardo con sus propias manos. Le faltaban a Botilkos medio rostro y una mano a consecuencia de la pelea. La fiera le había arrancado el ojo izquierdo, la mejilla y la oreja de ese lado antes de sucumbir a su espada. La herida había acabado sanando, aunque la inmensa cicatriz mantenía el gesto del nuevo oligarca siempre tirante, en una suerte de mueca de asco perpetuo hacia todos sus semejantes.

—¡Nunca abandoné mi hogar! ¡La mía ha sido una ausencia forzosa en el servicio de mis funciones! —se defendió Magilo con vehemencia.

Un desdén frío y recóndito se asomó a la única pupila útil del nuevo autócrata belo.

—Claro, todos te vimos marchar con un centurión romano para, supuestamente, firmar una tregua con el pretor Fulvio Flaco. Lo curioso es que te fuiste a caballo, con tus mejores ropas y armado como un gran guerrero; y ahora vuelves sin paz, montura ni armas; convertido en un auténtico miserable. —Botilkos examinó al aparecido de arriba abajo—. Por cierto..., ¿no es esa la manta que utiliza Iru?

Sintió Magilo el peso de cientos de miradas sobre su escurrido cuerpo. Solo se le ocurrió una forma de obviar el humillante episodio vivido en el campamento de Tencino y justificar su lamentable aspecto.

—Lo cierto es que me desgarré la ropa al cruzar el bosque de carrascas. Encontré al esclavo muerto al lado de su cesta y aproveché su manto. A él ya no le hacía ninguna falta —masculó incómodo.

—¿Has dicho muerto? —Frunció Botilkos su única ceja.

—Sí, debió de desnucarse tras dar un mal paso. Ya era viejo...

—Investigaremos eso que dices —zanjó Botilkos circunspecto.

Jadeaba Magilo como un galgo cansado. Lo atosigaban el silencio atento de los reunidos y la necesidad de resultar convincente en sus respuestas. Se dio cuenta al fin de que estaba sufriendo un interrogatorio. No pensaba tolerar que la cabeza visible del clan rival de los Alisakum lo hiciera pasar por villano y no por héroe con tantas preguntas.

—¿¿Dónde está Alucio?! —reclamó entonces, en referencia al hombre que había sucedido a su padre al frente del Consejo.

Una quietud insana planeó sobre el público reunido a las puertas de la casa de Magilo.

—Muerto —asentó Botilkos sin más explicaciones—. Ya no queda ni uno solo de los vuestros en Sekaisa. Ahora... ¿puedes explicarnos qué has hecho y dónde te has metido en estos catorce meses?

Se sintió Magilo de repente como un ave huérfana en un gallinero rodeado de zorros. Miles de ojos estaban pendientes de sus gestos y de sus palabras. Tragó entonces saliva ante una encrucijada perversa de solo dos caminos. El primero estaba lleno de espinas y se llamaba «vergüenza». Implicaba reconocer, y describir, la pueril emboscada en la que había sido hecho prisionero y su posterior cautiverio a manos de los romanos.

La segunda senda era estrecha y resbaladiza. La utilizaban habitualmente los farsantes para salir airoso de sus imposturas. La estrategia podía ayudarlos a mantener su dignidad temporalmente, pero también podía conducirlos al precipicio de los mentirosos.

—¡Fui a Roma para negociar la maldita tregua! —barbotó tras decantarse por el abismo.

Recios murmullos de sorpresa sobrevolaron la plaza abarrotada de Sekaisa. Había sido Magilo un guerrero tan poderoso y mítico que algunos parecieron dar crédito a semejante gesta.

Botilkos, sin embargo, compuso un mohín de guasa.

—A ver si nos queda claro —dijo mientras cruzaba una mirada cómplice con sus consejeros—. Negociaste con el Senado tú solo durante más un año. Residiste en Roma a cuerpo de rey hasta que un día te decidiste a interrumpir las conversaciones porque las condiciones del enemigo te resultaron inaceptables. Entonces te dejaron marchar de la ciudad tan campante, sin tomar medidas ni represalias por tanta pérdida de tiempo...

Las risas de los reunidos en la plaza irritaron a Magilo. Lo ofuscaron para pensar con la debida cordura.

—¡Me persiguieron, me apresaron, pero escapé de mi cautiverio! —explotó, incapaz de urdir una patraña más veraz—. ¡Nadie puede encadenar al gran Magilo! ¡Por eso he vuelto! —añadió con ojos brillantes.

Asintió Botilkos con ademán falsamente fascinado.

—Claro, escapaste de tus guardianes y de esa cárcel romana antes de que te ejecutaran. ¡Qué odisea tan increíble! —El nuevo déspota hizo una breve pausa antes de asestar su golpe definitivo—. Y luego..., para volver desde la costa romana, te aferrarías a las patas de un águila que te trajo en volandas hasta el bosque de carrascas de aquí al lado... —Algunas risas sonaron entre el público—. Porque si no..., ¿cómo diablos regresaste hasta las tierras de los iberos?

El silencio retornó de nuevo a la plaza tras la pregunta de Botilkos. Una tensa calma que a Magilo le dejó la boca seca y la mente en blanco para urdir mentiras que no sonaran como la bravuconada de un loco.

—¡Vine nadando! —explotó al fin, fuera de sí.

La carcajada de los congregados resultó atronadora. Retumbó en los oídos del caudillo caído en desgracia como un martillo de fragua. Botilkos tuvo que alzar su bastón de mando para reclamar orden.

—Me da la impresión de que estás mintiendo con el único fin de recuperar un puesto, una mujer y una hacienda que ya no te pertenecen —afirmó implacable—. ¿Sabes cuál sería la pena por eso?

Algunos hombres deambulaban por Sekaisa con la espalda marcada de verdugones por haber vertido graves falsedades para perjudicar a otros. Lo normal, sin embargo, era que el reo muriera en medio de grandes padecimientos mientras recibía el brutal castigo. El encargado de examinar el caso y dar después un veredicto irrefutable era el brujo de Sekaisa, el único hombre capaz de hurgar en el más allá y desenmascarar a los mentirosos.

—¡Llamad a la Sombra! —demandó Botilkos mientras Magilo guardaba silencio.

Un tenebroso trasiego de cadenas precedió a la voz lúgubre del brujo.

—Estoy aquí. No hace falta que nadie vaya a buscarme —resolló el druida desde las

profundidades inescrutables de su capucha.

Se apartó el gentío al sentir la presencia del ser más respetado de Sekaisa con permiso de Botilkos. A través de aquel pasillo, producto de la veneración y el pánico, avanzó un fantasma flaco y enlutado de pies a cabeza a quien nadie jamás había visto la cara. De la Sombra se decía que no tenía ojos, tan solo bolas de fuego en las cuencas; y que era tan viejo como las montañas. En cuanto a la cadena que arrastraba atada a un tobillo, la leyenda sostenía que era la misma que lo había mantenido sujeto al trono de Vaélico en el inframundo. Los herreros de Sekaisa daban por ciertas las habladurías, pues todos habían quebrado sus cinceles al tratar de romper los eslabones de un metal desconocido e indestructible.

—¿Has escuchado lo que afirma Magilo? —le preguntó Botilkos.

Se hizo esperar unos segundos la respuesta del druida.

—Hummm... —murmuró al fin, como si reflexionara—. He oído todo, sí...

—¿Y cuál es tu sentencia? —reclamó el líder los Alisakum.

Percibió Magilo el aliento helado del brujo sobre su rostro. Se sintió transparente a un escrutinio ciego y abrasador. Conocía a la Sombra desde que tenía juicio. Temía a aquel ser espectral como cualquier humano.

—Abre la boca —demandó el brujo.

Obedeció con mansedumbre el encausado. Dos dedos de uñas largas bordeadas de mugre bucearon entonces en la garganta de Magilo hasta provocarle el vómito. La Sombra se arrodilló con agilidad inaudita para examinar el mejunje amarillo como si buscara pepitas de oro entre los adoquines del suelo.

Había trozos de queso engullidos en una pieza, y pasta de pan semidigerida. El brujo observó aquel miasma inmundo desde diversos ángulos. Lo manoseó con sus dedos negros, lo olisqueó sin recato como si fueran flores. Hasta Botilkos giró la cabeza, espantado, cuando el brujo se llevó finalmente uno de aquellos pedazos gelatinosos a la boca.

—Hummm... —murmuró con aire absorto mientras masticaba.

—¿Y bien?

—Este hombre dice la verdad. En todo —decretó tajante el brujo después de tragarse el bocado.

—¡¿También cuando afirma que volvió nadando?! —inquirió Botilkos estupefacto.

—Claro, por eso está tan flaco —respondió la Sombra tranquilamente. Después emprendió el camino de vuelta a su cueva acompañado por el concierto metálico de sus grilletas.

Acusado y acusador quedaron entonces frente a frente, leyéndose el brillo de los ojos y las rayas del entrecejo.

—No te hagas ilusiones, Magilo —asentó Botilkos con voz de escarcha—. La Sombra tan solo es un elemento de consulta para este Consejo. Mañana decidiremos sobre tu caso. Es posible que te libres de los latigazos. Sobre lo demás..., dalo todo por perdido. Ya no tienes un padre que te proteja. No tienes ya tampoco hermanos vivos. Los miembros de tu clan que no se han marchado a lo largo del último año andan por ahí escondidos como lagartijas. Si vas a permanecer en Sekaisa... —el nuevo autócrata esbozó una sonrisa siniestra—, harías bien en buscarte una cueva en los estercoleros. Después tienes dos opciones: servir a las órdenes de mi hijo o pedir limosna para no morir de hambre.

La plaza comenzó a despejarse tras la marcha de Botilkos y sus consejeros. Izaro desapareció también dentro de la casa, con Caro de la mano y el talle ceñido por el brazo fornido de Kaukirino. No le pareció a Magilo que la zarpa de su sucesor incomodase a la mujer autrigona. Pero bastante tenía él con su desgracia. La mirada triste del antiguo caudillo de todos los belos buscó la estela invisible de la Sombra. El brujo acababa de salir de la plaza rumbo a los arrabales, el lugar en el que moraba.

XXXV

Despertó Máximo Vento con el barrunto inquietante de la amenaza. Estaba soñando que alguien lo vigilaba de cerca. Abrió los ojos sobresaltado y se llevó una mano a la cintura buscando su gladius. Mas no había centinelas sobre su cabeza; tampoco aquella extraña presión en el costado la causaba la punta de ninguna lanza.

Respiró aliviado el legado romano al percatarse de que la mirada embelesada de Elvia y el contacto cálido de su cuerpo eran los únicos peligros que lo acechaban esa mañana. Entonces se dio cuenta de que ambos yacían desnudos en el camastro.

Como cada noche desde hacía tres días, Vento había seguido las instrucciones de Akakios, el físico de aquel ejército. Frotaba la espalda de la joven celtíbera con una pócima cicatrizante para tratarle las heridas causadas por el látigo de Bricio. El masaje tranquilizaba a Elvia y la adormecía casi tanto como el jugo de la mandrágora. Después, él se tumbaba a su lado sin la coraza, pero con la túnica puesta, tal y como ella le había solicitado la primera noche. Esta última vez, sin embargo, Vento no había podido reprimir el deseo de sentir la piel blanca de la mujer sobre la suya propia. Se había aprovechado de que Elvia ya dormía para tenderse junto a ella desnudo. Ahora se avergonzaba de su osadía.

—Perdona —murmuró apesadumbrado.

—¿Por qué?

—Por quitarme la túnica sin tu permiso. —Vento trató de recoger la prenda, pero Elvia le impidió el movimiento con una mano.

—Estás bien así. Nunca había pasado la noche con un hombre, y menos desnudo —sostuvo pensativa, y besó al romano un segundo después con delicadeza; casi como si se tratara de un gesto de agradecimiento.

Un rictus de sorpresa enarcó las cejas de Vento. Por el beso y por una confesión que se le antojó inaudita.

—¿Acaso no dormías con tu marido?

—Bricio solo venía a mi lecho cuando quería poseerme —murmuró Elvia mientras examinaba las marcas que el legado lucía en el pecho—. ¿Son cortes de espada?

Se estremeció el antiguo centurión al sentir los dedos de la joven jugueteando sobre su torso.

—Algunas son de tu hermano.

Aguzó los ojos la celtíbera sobre las cicatrices.

—¿Cuáles?

Aferró Máximo Vento la mano de Elvia con delicadeza, como si tocara un cristal muy frágil, y la dejó sobre un costurón rosáceo en su pectoral izquierdo.

—Magilo pudo haberte matado aquel día... —susurró la muchacha impresionada por el tamaño de la herida. Después volvió a besar al militar romano, esta vez con más avaricia.

—Hay otra peor algo más abajo —replicó Vento sin auténtica malicia.

—Tal vez Magilo y tú os hagáis amigos un día... —sostuvo Elvia mientras su mano desaparecía debajo de la manta—. ¿Por aquí, más o menos? —preguntó con mirada traviesa.

Suspiró Vento al notar unos dedos juguetones a la altura del ombligo.

—Casi aciertas —replicó el oficial romano acercando su boca a la de la mujer celtíbera.

Los labios de Elvia rozaron los de Máximo Vento en una suerte de caricia breve e inocente.

—¿Es esta otra? —Unas yemas inquietas recorrieron las costillas y el abdomen del legado como si se tratara de un juego entre dos amantes vergonzosos.

Vento arrastró entonces la mano de Elvia hacia sus muslos, hasta que la muchacha dio un respingo. Después, el legado le regaló un beso largo y húmedo.

—Nunca había besado así un hombre, y tampoco había tocado su miembro —confesó la celtíbera tras recuperar el habla.

—¿Bricio no te dejaba?

—Bricio me montaba como a una yegua, y después se marchaba por donde había venido.

Un gemido se le escapó a Vento cuando sintió la caricia sobre su miembro inflamado. Los dedos del romano buscaron entonces las ingles de la muchacha.

—¿Te hago daño?

—Al contrario —jadeó Elvia mientras se colocaba a horcajadas sobre su amante.

Una luz de pánico se asomó a las pupilas de Vento al ver de pronto a la mujer celtíbera de frente.

—¡¿Qué haces?! —preguntó temblando.

—Quiero saber qué se siente cuando un hombre al que deseas te hace el amor cara a cara.

—Quizá no sea buena idea hacerlo —replicó el romano, consciente de la repentina flacidez de su miembro.

También Elvia notó la súbita falta de dureza. Había desconcierto y una traza de decepción en el

rostro de la celtíbera.

—¿No te gusto? —musitó entristecida.

Entornó Máximo Vento los ojos y giró la cabeza a un lado para que Elvia no atisbara la vergüenza en su mirada.

—No es eso —murmuró con voz apagada.

—¿Qué es entonces?

Vento agitó la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. Los fantasmas de un pasado oculto durante muchos años aullaban como lobos dentro de su memoria. Elvia le acarició la cabellera, y después la cicatriz de la frente.

—Los secretos que uno cree inconfesables son pura ponzoña —le susurró la muchacha al oído —. Acaban por destruirte si tú nos los matas antes.

Se atrevió al menos a abrir los ojos el legado romano.

—¿Cómo? —musitó como un náufrago pidiendo auxilio.

Elvia se tendió sobre él. Durante unos segundos dejó que el silencio y el roce de sus bucles dorados sosegaran el corazón de un hombre que había mantenido un absurdo recuerdo de juventud escondido dentro del desván de la ignominia.

—La única manera de hacerlo es contárselo a alguien. ¿Cuánta gente crees que sabe lo que Bricio me hacía por las noches? —le preguntó al cabo.

—No lo sé.

—Solo tú.

Un aire de pensamiento se apoderó del legado romano.

—¿Y te sientes mejor?

Rio Elvia por primera vez en años, y hasta ella se sorprendió de su risa.

—¿No lo has notado?

Asintió Vento mientras rebuscaba dentro de su corazón el valor que lo había convertido en el centurión más admirado en las legiones de Fulvio Flaco.

—No puedo mirar a una mujer a los ojos mientras lo hago con ella —confesó al fin con mirada esquiva.

Elvia se irguió sobre el cuerpo de Vento con una mueca de extrañeza.

—¿Por qué?

Se debatía el legado entre la procedencia de limpiar de una vez por todas la pátina de la vergüenza o continuar callado como un muerto.

—Fue nada más alistarme. Tenía diecisiete años y quise probar mi virilidad con una vieja prostituta —dijo al fin—. Pensé que una mujer experimentada sería más comprensiva con un cliente inexperto, pero se echó a reír al verme la cara al alcanzar el orgasmo. Mi gesto debió de antojársele patético, y eso la hizo prorrumpir en carcajadas, tan grandes y atronadoras que atraieron a otras meretrices del local que andaban desocupadas en ese momento. Ellas también se sumaron a la mofa, igual que muchos veteranos que ese día estaban en el prostíbulo. Después de aquello, las burlas siguieron en el campamento durante semanas, meses... —rememoró Vento con mirada perdida—. Y solo supe encontrar una forma de acabar con las chanzas.

—¿Cuál?

—Combatir como un loco en primera línea de escudos. El desprecio aparente de la vida me dio el respeto de mis compañeros; les hizo creer que no me importaba morir el primero en el campo de batalla.

—Pero, en realidad, no deseabas la muerte...

Los ojos de Vento escaparon, evocadores, al techo de la tienda.

—Por supuesto que no. No era tan valiente como parecía. Pero lo cierto es que ese arrojito absurdo me hizo ascender a centurión con el tiempo —recordó.

Elvia selló los labios del legado de Graco con un largo beso y volvió a tenderse a su lado.

—El destino ha querido mantenerte vivo hasta ahora, igual que a mí. Tal vez sea por alguna causa... —musitó dentro de su oído.

El restregón de la lengua de Elvia azuzó el deseo carnal de Vento. Aquel cosquilleo lascivo le hizo sentir el mismo batir desbocado que el corazón produce en los tímpanos durante el combate; con la diferencia de que la sangre le inflamó también el bajo vientre.

—¿Quieres que lo hagamos como solías? —le preguntó Elvia al notar el ardor renovado en el miembro de su amante.

Vento la retuvo sosteniéndola por las nalgas.

—Ya va siendo hora de que les pierda el miedo a este tipo de batallas —replicó el romano con voz ronca de deseo.

XXXVI

Cruzó Magilo la plaza con la mirada puesta en sus viejos borceguíes. No pretendía trabar conversación con nadie, pero le llegaban, de manera inevitable, los comentarios de un público ya disperso. Eran en su inmensa mayoría voces de condolencia y lástima las que sus paisanos murmuraban mientras el celtíbero buscaba los arrabales de Sekaisa.

Dejó atrás el barrio principal del oppidum, allá donde herreros, curtidores, alfareros y demás artesanos tenían sus talleres. Se internó en callejones habitados por truhanes, asesinos y enfermos, lugares en los que nadie en su sano juicio osaría poner el pie después del crepúsculo. Pero allí era donde moraba la Sombra, en una oscura oquedad de la que habían huido las ratas e incluso los murciélagos.

Penetró Magilo en la cueva tanteando el terreno con los brazos extendidos. Tenía miedo de chocar con una roca saliente o con el propio druida. Distinguió por fin al brujo cuando logró acostumbrar los ojos a aquella oscuridad tan apabullante.

Estaba el viejo acucillado sobre una marmita al fuego. Cocinaba algo con ademán concentrado. A pesar de su gesto ausente, el antiguo caudillo belo sabía que la Sombra había advertido su presencia en la gruta. No había, pues, razón alguna para carraspear un saludo o anunciarse en voz alta.

—¿Por qué les mentiste a todos? —le espetó mientras se acercaba a la fogata.

El druida de Sekaisa siguió inclinado sobre su olla, ajeno a todo. Removía con un palo los diferentes condimentos con los que iba aderezando su caldo. Lo hacía en silencio, vertiendo de manera meticulosa parte del contenido de diversos frascos; como si un grano de más o de menos pudiera ocasionar el fracaso total de su pócima. Tuvo que esperar Magilo varios minutos hasta que el guiso adquirió el color, el sabor y el aroma adecuados.

—Hummm... ¿Habrías preferido que dijera la verdad? —repuso al fin el brujo.

Se lo pensó el celtíbero apenas un segundo, tiempo más que suficiente para imaginar su cuerpo desgarrado por el látigo de Botilkos.

—No; tan solo quiero saber por qué diste por buenas mis mentiras.

El brujo apartó con parsimonia su caldo humeante del fuego. Al parecer, tampoco era recomendable un exceso de temperatura.

—Si hubiese dicho la verdad, ya estarías muerto. Y un muerto ya no puede luchar por recuperar su antiguo puesto —dijo, y se quedó observando la figura tambaleante que acababa de entrar en su casa.

—¿Te refieres a recuperar mi lugar como jefe de todos los guerreros de la ciudad?!

—Sí. ¿Cuál es el problema?

Magilo se palpó los brazos con ademán incrédulo.

—Apenas he sido capaz de matar al viejo Iru. ¿Tú crees que estoy en condiciones de desafiar a Kaukirino?

—Pues claro. Hoy precisamente es el día más indicado para ello. —La Sombra siguió removiendo la mezcla de su marmita con gesto indiferente.

La maza del dios Sucellos se abatió por fin sobre la sesera atribulada de Magilo, para hacerlo consciente de que había llegado a casa justo a tiempo para la noche del plenilunio. Una fiesta propicia para bendecir nuevos matrimonios, y también para zanjar cuentas pendientes. Habría música, bodas, danzas y festines en Sekaisa en cuanto la diosa Noctiluca asomara su cresta blanca en el horizonte. Habría, asimismo, hombres enfurecidos reclamando a otros a cuenta de unas lindes no respetadas o unas ovejas desaparecidas misteriosamente.

Según la costumbre, la Sombra casaba primero a los novios bajo la mirada atenta de Lug. Después el jefe del Consejo, en este caso Botilkos, trataba de mediar entre los descontentos. A menudo no lo lograba, y la disputa terminaba en una simple riña a puñetazos, hasta que quien tenía la razón trituraba a golpes a su contrario.

Durante casi una década, Magilo había ejercido su mandato sin sobresaltos. Nadie jamás había osado discutirle su sitio al frente de los guerreros desde que su mismo padre lo postulara para el cargo. No obstante, recordaba varios duelos a muerte cuando era niño. Habían sido sangrientos combates librados bajo la luna llena, porque aquella noche sagrada era también el momento de las reivindicaciones.

Chascó la lengua con desánimo el antiguo caudillo de Sekaisa. No acababa de ver claras sus opciones de victoria sobre el poderoso Kaukirino. Y por eso recurrió a las excusas.

—No tengo espada, ni escudo —se lamentó—. Y, además, parezco un sucio esclavo con esta manta. Así no puedo presentarme en público...

La Sombra vertió una porción de su caldo en una taza de barro y se la ofreció a su invitado.

—Bebe esto y verás las cosas de distinta manera —le dijo.

Magilo recogió el recipiente con dedos dudosos. Contempló con asombro su contenido, un líquido viscoso que chisporroteaba y lanzaba chiribitas de color amarillento.

—¿Y con esta magia venceré a Kaukirino?! —preguntó súbitamente excitado.

Murmuró el brujo como era su costumbre. Asintió mientras pensaba, cubierto por la oscuridad impenetrable de su capucha. Al fin dijo:

—Tu combate será un triunfo para todos.

Ingirió Magilo el brebaje de un solo trago, y aún pidió una segunda taza a pesar de que el sabor se le antojó nauseabundo. Después tuvo que recostar su espalda contra la roca porque empezaban a temblarle las piernas. Los párpados se le cerraron pocos segundos más tarde, cuando ya estaba tumbado en el suelo. No escuchó, por tanto, el trasiego de las cadenas del brujo cuando este se marchó a la plaza del Consejo para cumplir con sus obligaciones.

Despertó Magilo sobre un jergón de paja con una extraña sensación de euforia y fortaleza. Recordaba todo lo ocurrido desde su infausta llegada a Sekaisa, aunque fue incapaz de calcular la duración de su sueño. Se asustó al incorporarse, pues se vio vestido de pies a cabeza. En algún momento de la noche, la Sombra lo había embutido en un sagum casi nuevo y le había colocado un par de botas de piel de venado. Una bonita falcata le colgaba del cinto. El escudo —pequeño y circular— lo encontró recostado en la pared de la cueva.

—Hummm... justo a tiempo. —El gruñido del brujo sobresaltó a Magilo.

—¿Ya es la hora? —preguntó entre guiños, ya que aún no lograba discernir la silueta del druida del contorno de las piedras.

—¿Acaso no oyes la fiesta?

Aguzó el oído el celtíbero. Percibió la música en la lejanía, y las voces de los celebrantes. Entonces recogió la pequeña caetra y miró la silueta inmóvil del brujo.

—¿Tú no vienes? —inquirió extrañado.

—¿Para qué?

La confusión planeó durante unos segundos donde antes anidaban los murciélagos, hasta que el celtíbero cayó en la cuenta de la estupidez de su pregunta.

—Claro, ¿para qué ibas a venir a presenciar un combate cuyo desenlace ya conoces? —repuso con sonrisa lobuna.

Abandonó Magilo la gruta algo tambaleante, aunque fue entonándose por el camino. Hacía más de un año que no asistía a la celebración del plenilunio. Se emocionó al ver a muchos pequeñuelos jugando con sus padres o abuelos en la calle. Cantaban, danzaban, familias enteras al amor de la lumbre, olvidados por unas horas las angustias y los problemas con el invasor romano. Vio grupos de hombres y mujeres jóvenes riendo mientras encharcaban sus cuerpos de amarga caelia. Había entre ellos algunas parejas que acababan de casarse en la plaza y ahora aireaban su felicidad futura en forma de cánticos.

Se detuvo Magilo unos instantes para admirar a las viejas contadoras de cuentos que entretenían a niños de ojos grandes, atentos a las historias épicas de sus antepasados. La nostalgia le atravesó el corazón como una flecha envenenada al acordarse de su hijo Caro. Se preguntó dónde estaría

el pequeño, y en qué brazos. Poco importaba en realidad si descansaba en los de Kaukirino, porque al usurpador le quedaban apenas unos minutos de vida.

Cuando Magilo alcanzó por fin la plaza del Consejo, ya solo había dos hombres disputando por una vaca. Luchaban a brazo partido sobre un espacioso escenario de tablas de apenas dos codos de altura. Perdían el equilibrio cada dos por tres a causa de los golpes; pero, sobre todo, debido a la sangre y las vísceras que ensuciaban la tarima. Y es que, poco antes, la Sombra había destripado allí mismo a dos cabritos para leer en sus entrañas los designios que el dios Lug guardaba para los jóvenes novios. Tras las bodas se había dado comienzo a las demandas entre paisanos.

Magilo esperó emboscado en la muchedumbre hasta que vio desplomarse de manera definitiva a uno de los contendientes. De inmediato, Botilkos concedió la posesión de la res a quien, a pesar de los moratones, todavía se mantenía en pie. Después se volvió a un público gritón y borracho que había presenciado la pelea entre vítores y juramentos.

—Entonces... ¿ya no hay más reclamaciones? —preguntó con gesto aburrido.

Magilo ascendió al estrado sin solicitar permiso. Llevaba la caetra ceñida al brazo y la falcata desenvainada.

—Hay una más. La mía —dijo mientras un silencio de necrópolis sobrevolaba la plaza como un pájaro de mal agüero.

—¡¿Tú?! —Estupefacto, Botilkos se frotó su ojo sano con el muñón de su mano izquierda.

—Yo, el gran Magilo de Sekaisa, reclamo mi casa, mi hacienda y a mi esposa. Y para eso exijo mi derecho a desafiar al usurpador de todo en un duelo a espada. A muerte. Si tu hijo no es un cobarde, mándale recado ahora mismo para que se presente —asentó el antiguo caudillo belo con voz recia.

No hizo falta enviar a ningún heraldo. Kaukirino no se encontraba lejos, y escuchó los términos del reto mientras disfrutaba de una jarra de vino y miel junto a Izaro y el pequeño Caro. Percibió Magilo el movimiento de las masas que abrían un pasillo respetuoso por el que dejar pasar al hijo de Botilkos. Identificó también las dos siluetas —una de mujer adulta y otra de niño— que abandonaban a toda prisa la plaza para no presenciar la tragedia.

Era Kaukirino un joven alto y robusto, aunque su rostro no resultaba muy agraciado. Tenía ojos de pez y mandíbulas asimétricas. De ahí que los dientes los gastara torcidos debido al defecto. El desencaje de las quijadas también le provocaba un gracioso silbidillo en el habla. Aun así, sus hechuras eran las de un guerrero imponente. Aquella noche de plenilunio, con un solo brazo de Kaukirino se habrían hecho las dos piernas de Magilo.

El hijo de Botilkos escupió sobre las tablas ensopadas de la palestra.

—¿Quieres que limpien todo esto antes de que te mate —le preguntó a su adversario en referencia al mejunje pringoso que impregnaba las tablas— o te da igual que tus tripas se confundan con las vísceras de los dos animales sacrificados por la Sombra?

XXXVII

Fue el propio Botilkos quien finalmente ordenó adecentar la tarima antes del combate, pues no estaba del todo convencido de que un suelo resbaladizo fuese a beneficiar a su hijo.

Le extrañó a Magilo que Kaukirino prescindiera de escudo para el combate. Ciertamente era que el desafiado había subido al escenario a cuerpo gentil, pero podía haber pedido un escudo al numeroso público que ya rodeaba la plataforma. Él, por su parte, no pensaba desprenderse de la caetra, al menos al principio. Tal vez lo hiciera cuando recuperase viejas sensaciones. Hacía más de un año que no cruzaba espadas con nadie, por eso lanzó un primer golpe al tuntún, tan solo por escuchar el tintineo metálico de su falcata y notar la vibración en el brazo.

Kaukirino paró de planos y amagó una estocada de contraataque, pero, en vez de tirar la cuchillada, golpeó a su rival en plena cara con el puño izquierdo. Surgieron las primeras risas tras el lance. Sin embargo, el cómico traspies le sirvió de acicate al retador para acometer con más furia a su contrario; para hacerlo retroceder bajo una catarata de golpes.

Escuchó Magilo algunos aplausos y vítores entre el público a raíz de sus aciertos. Se envalentonó al oler la sorpresa o tal vez el miedo de Kaukirino. Danzó alrededor de su rival como en sus mejores tiempos, con ese juego de piernas que lo había hecho invencible en multitud de combates. Desgraciadamente, la caetra comenzó a pesarle como el plomo pasados diez minutos, igual que el brazo con el que manejaba la espada. Todos sus movimientos se volvieron peligrosamente torpes a partir de ese instante. El cansancio se apoderaba de su cuerpo y de su mente como una enfermedad imparable. Agotado, Magilo arrojó al suelo su pequeño escudo, un gesto que los asistentes tomaron como un ademán de desprecio hacia un rival que se mantenía a la expectativa a pesar de los síntomas.

Un primer vahído hizo trastabillar a Magilo tras lanzar al aire varios tajos erráticos. Kaukirino exhibió su dentadura imperfecta al notar el desmayo. Pudo haber segado el cuello de su contrincante en el siguiente lance, pero prefirió asestarle un mandoble brutal con la empuñadura de la espada.

Varios dientes salieron despedidos por la boca ensangrentada de Magilo. Pero eso solo fue el comienzo de su calvario. Porque Kaukirino deseaba matarlo despacio, delante de los ojos de todos los guerreros de Sekaisa, unos hombres que habían adorado a su antiguo líder hasta hacía poco, y ahora iban a verlo morir con la cabeza alta, con la entereza propia de los más grandes.

Las patadas y los guantazos se sucedieron sin descanso, porque, además de su espada, Magilo había perdido también las fuerzas para protegerse. En cada envite, el puño de Kaukirino o la guarda de acero de su falcata abrían dolorosas brechas en los pómulos, en la frente o en los párpados del derrotado. La suerte estaba echada, se dio cuenta el antiguo líder de los belos, aunque la duración del suplicio dependía exclusivamente del hijo de un orgulloso Botilkos.

Un rayo de luz iluminó de repente la sesera obnubilada de Magilo cuando más penoso era el

castigo. Se vio morir sobre aquellas tablas, humillado, desfigurado, en mitad del delirio de los Alisakum. Y no pudo soportarlo. No había resistido el largo cautiverio romano para rendir el alma ahora como un jabalí herido rodeado de perros hambrientos. Un brote de súbita y vergonzante cordura le hizo olvidar su obligación de pelear hasta la muerte, incluso sin armas.

—¡Me rindo! —exclamó postrándose de rodillas.

Le costó a Kaukirino asimilar el fin de una diversión que ya llevaba rato disfrutando, él y todos los miembros de su gentilidad. La rendición era una actitud insólita, además de absurda, en un derrotado, pues no le evitaba la muerte. Si un vencido no deseaba sucumbir a la espada de su rival tras perder el combate, lo que un hombre digno hacía era suicidarse. De ahí que Botilkos le acercara a Magilo la falcata que había perdido en la lucha, para que pudiera abrirse las tripas en canal o arrancarse el corazón a la vista de todos. No obstante, la tradición obligaba a plantearle antes una disyuntiva tan ancestral como innecesaria.

—¿Muerte o destierro? —preguntó sonriendo el líder de los Alisakum.

Un torrente de lágrimas transparentes abría surcos de color gris en el rostro tiznado del guerrero postrado. Lloraba Magilo desconsolado porque jamás en su vida había visto a ningún guerrero pedir clemencia tras perder un duelo. Todos habían aceptado su negra suerte en silencio, de una manera u otra. Quien reta vence o muere. Ese había sido siempre su lema y el de todos los belos. Hasta ese día.

—¡Destierro! —gimió con los ojos cerrados y los brazos caídos.

Un rumor de voces estupefactas inundó la plaza. Incluso a Botilkos le costó dos parpadeos recordar el siguiente paso de un protocolo olvidado por el desuso.

—Si cuando salga la próxima luna todavía estás en Sekaisa, te apresaremos y te colgaremos de los pies hasta que la sangre del cuerpo se te vacíe por los ojos —amenazó a Magilo tras acordarse del castigo aplicable a los desobedientes.

Cúmulos de una espuma roja y fosforescente desbordaban la cazuela en la que la Sombra fabricaba una de sus pócimas. Magilo observó al brujo a solo tres pasos de distancia. Llevaba el rostro tumefacto a causa de los golpes, y la dignidad hecha añicos debido a la vergüenza. Sabía que el brujo lo había oído entrar en su cueva, aunque no lo demostrara.

—Me dijiste que ganaría ese duelo. ¡Me mentiste! —bramó con los puños prietos.

Prosiguió la Sombra con sus labores como si fuera sordo. Magilo lo aferró entonces por el cuello del sagum y quiso obligarlo a incorporarse. Pero fue como tratar de mover una pesada estatua. El cuerpo encorvado del druida parecía hecho de un mármol extraño que además producía calambres al tocarlo.

—Hummm... —gruñó como si se desperezara—. Te dije que tu pelea sería un éxito para todos. Y eso es lo que ha sido.

—¿A la derrota lo llamas éxito?! —se encolerizó Magilo.

—Sí. Ganar no siempre trae buenas consecuencias.

El asombro le produjo un repentino dolor al herido, pues las costras de la frente se le cuartearon al arrugar el entrecejo.

—Entonces... ¿sabías que perdería? —musitó estupefacto.

—Claro.

—¿Y contabas también con mi cobardía tras perder el combate?

Agitó la Sombra su cabeza encapuchada.

—Hummm..., llámalo como quieras —murmuró—. El oráculo le dio otro nombre.

Un pestañeo incrédulo agitó el único párpado abierto de Magilo.

—El oráculo... ¿de quién?

—De Vaélico, Sucellos y Cernunnos.

—¿Solo de esos tres? ¿Y los demás? —preguntó sorprendido el antiguo caudillo belo al escuchar únicamente los nombres de las tres deidades principales que regían el inframundo.

La Sombra sirvió una copiosa ración de espuma roja en un cuenco.

—Los demás son unos perdedores —resolló, satisfecho con la textura de la pasta.

—¿También Lug?!

Una mueca de decepción pareció adivinarse en el interior de aquella cogulla negra.

—Lug se ha hecho el distraído, pero, en el fondo, está de acuerdo con la misión que se te ha asignado.

—¿Misión? ¿Qué misión?

El brujo obvió la pregunta.

—Siéntate y bebe esto. Necesitas recuperar fuerzas antes de marcharte —dijo, y tendió a Magilo su última pócima.

Obedeció el guerrero vencido con mansedumbre. Tenía hambre y sed, y por eso bebió aquella papilla espesa con avidez de camello.

—¿Sabes cómo llaman los romanos a todos los que habitan en territorio tito, belo, arévaco, lusón, pelendón e incluso olcade? —prosiguió el druida.

—¿Qué tiene que ver eso con el oráculo y mi derrota?

—¡Responde!

—Nos llaman celtíberos —replicó Magilo de mala gana.

—¿Y sabes por qué?

—Se habrán inventado esa palabra para no tener que memorizar tanto nombre, supongo.

Movió su cabeza el brujo de Sekaisa con disgusto.

—No sé cómo el oráculo ha podido escoger a alguien tan estúpido —murmuró—; pero, si lo ha hecho, será por algo... —se consoló a sí mismo.

El comentario sulfuró a Magilo, a pesar de que ya empezaba a notar la cabeza hueca.

—¿Acaso tú conoces la respuesta, maldito brujo del diablo?!

—Pues claro. Nos llaman así porque nos ven como hermanos.

Enarcó el ceño Magilo antes de expresar sus dudas.

—Hombre, hermanos..., lo que se dice hermanos...

—Vestimos igual..., pensamos de manera similar..., todos peleamos contra el invasor como demonios... ¡Y, además, hablamos la misma lengua! ¡¿Te parece poco?! —porfió la Sombra.

Compuso un mohín de circunstancias el antiguo caudillo belo.

—Bueno, con los titos nos llevamos bien. En realidad, los tenemos sometidos —consintió—. Los lusones no nos incordian mucho, aparte de Tencino y su banda de criminales, pero con arévacos y pelendones no tenemos relación alguna. Y cuando la hemos tenido, hemos acabado a espadazos.

Asintió el brujo satisfecho por el análisis.

—Así es, y así ha sido siempre, lamentablemente. Por eso se necesita a alguien que logre la unión de todos los pueblos.

A Magilo la tarea se le antojó imposible, y así lo expuso.

—Los titos ya comen en nuestra mano. Los lusones no son mala gente, pero una parte de ellos ya ha admitido una guarnición romana en sus oppida. Es decir, han claudicado. En cuanto a los otros..., todo el mundo sabe que los pelendones son unos resentidos y los arévacos, unos estirados. ¿Para qué diablos queremos estar a buenas con ellos?

Volvió a lamentarse en silencio el brujo ante la ceguera del elegido.

—¿Cómo pretendes derrotar al invasor romano si no es peleando juntos, pedazo de imbécil?! — se enervó la Sombra.

Estaba el guerrero vencido recostado sobre un codo, pero se incorporó como activado por un resorte.

—¿Estás acaso hablando de...?

La Sombra acercó la cabeza hacia su huésped hasta que los flecos de su capucha rozaron la frente maltrecha de Magilo. Su hálito áspero y avinagrado rebotó contra el rostro aterrado de Magilo como un eco del inframundo.

—Hummm..., sí. Estoy hablando de una coalición de todas las tribus celtíberas. Trato de hacerte entender la necesidad de lograr una gran alianza que reúna, de una vez por todas, a un ejército enorme; para dar la batalla definitiva en la que al fin destruyamos a los romanos. ¡Esa es la misión que las deidades principales te han confiado! ¿Acaso vas a negarte?!

—Eeeh... Yo...

Tomó la Sombra aquellos titubeos como una negativa, aunque en realidad era el miedo lo que paralizaba al guerrero vencido. Dada la extrema cercanía de ambas cabezas, a Magilo le había parecido ver dos luciérnagas verdes asomadas a las cuencas de una calavera pelada y seca.

—¿Voy a tener que recordarte quién fue tu padre?! ¿Ya no te acuerdas de todo lo que el gran Buntalos batalló contra Roma?! ¿Vas a atreverte a traicionar su espíritu?! —lo increpó el brujo con vehemencia.

—Ha... haré lo que me piden los dioses —balbució al fin Magilo, sin saber cómo lograría tal hazaña en su estado: sin hogar, sin armas y sin ejército que lo arropara en el páramo.

—Hummm... Bien —asentó satisfecho el druida—. Ahora tómate esto otro.

Magilo vio aparecer ante sus ojos un pequeño recipiente con un líquido frío, pero a la vez humeante.

—¿Qué es? —se atrevió a preguntar antes de engullir la fórmula.

—Algo que facilitará tu trabajo ahí fuera.

—¿Vas a darme algún poder?

—Sí...

—¿Cuál?!

—El de la persuasión.

Un gesto de decepción se dibujó en el rostro magullado de Magilo, porque él esperaba adquirir la fuerza de los Titanes, o algo parecido. A pesar de todo, se lo bebió de un trago. Después farfulló,

súbitamente adormilado:

—¿Y eso vale para ganar batallas?

—No, pero sirve para llegar a ellas en mejores condiciones, con más hombres.

—Ya. —Bostezó el celtíbero como un oso a punto de entrar en su letargo de invierno.

—¿Tienes alguna otra pregunta antes de que el sueño te llame?

Un relámpago de curiosidad morbosa iluminó una mente que ya no estaba para grandes peroratas.

—Sí, hay una más —balbució Magilo súbitamente envalentonado.

—¿Qué es lo que te intriga?

Un esfuerzo supremo le permitió al antiguo caudillo belo mantener su único ojo sano entreabierto mientras hilvanaba su última pregunta. Un misterio nunca resuelto, pues nadie jamás se había atrevido a interrogar a la Sombra al respecto.

—¿Vaélico te dejó marchar de su reino o tú te escapaste rompiendo esa cadena que arrastras?

—Hummm... —Magilo cayó dormido antes de escuchar la respuesta.

XXXVIII

Disfrutó el elegido por el oráculo de un sueño largo y apacible. Estaba en los jardines blancos de la diosa Noctiluca, paseando tranquilamente entre otros héroes legendarios. Vio acercarse de pronto a su esposa, Izaro, con las manos extendidas. Sonreía abiertamente la mujer autrigona, aunque con un mohín de disculpa. Había abandonado a Kaukirino, le susurró al oído, al darse cuenta de que el único amor de su vida había sido su primer marido. Se abrazaron en medio de un prado. Ambos eran siluetas celestes, ingravidas, nuevamente felices. Se besaron con pasión pretérita, pero siguieron con las cabezas juntas, apoyado uno en la frente del otro.

Le resultaba agradable a Magilo sentir el aleteo sensual de las pestañas de Izaro sobre su rostro. El cosquilleo en las mejillas se trasladó a la nariz y bajó después a los labios. Una dolorosa picadura en la comisura de la boca despertó de su sueño al guerrero durmiente. Maldijo Magilo a la araña negra que había jugado con sus sentimientos. Después, aplastó entre sus dedos a la única criatura capaz de compartir guarida con la Sombra sin morir de miedo.

Tendido en el jergón de paja, el celtíbero aguzó el oído. No oyó ruido de cadenas, ni burbujeo de pócimas en marmitas al fuego. Había silencio total en la cueva. También los arrabales parecían estar en calma. Solo entonces se atrevió Magilo a levantarse y escrutar el exterior de la gruta.

Los últimos rayos del crepúsculo pintaban las torres de poniente de un color dorado casi áureo. La tarde se moría sin remedio en la ciudad de Sekaisa. Se agotaba el plazo fijado por Botilkos antes de salir en su búsqueda.

Aceleró el paso el desterrado a través de callejones casi desiertos. Vestía igual que en el momento del combate, aunque con menos sangre incrustada en la lana. Al parecer, el brujo le había adecentado un poco el sagum durante el sueño y le había limpiado las heridas de la cara. Lo que echó en falta fue la falcata, pero entonces recordó que se la había dejado tirada en la tarima de la plaza.

Había pasado casi una jornada entera desde la fiesta del plenilunio, pero, aun así, Magilo tuvo que esquivar los cuerpos de varios borrachos desvanecidos en mitad del suelo. Una prostituta lo asaltó en una bocacalle. La mujer le cortó el paso mientras le rodeaba el cuello con ambos brazos.

—Te queda una hora de vida, más o menos. Pásala conmigo y la muerte te parecerá más dulce. Además, te lo haré gratis. Por los viejos tiempos... —le sonrió zalamera.

Magilo la apartó de un empujón y siguió su camino hacia su antigua casa. Había decidido que un mensajero de los dioses no podía emprender su misión a pie, como un vulgar esclavo. Al fin y al cabo, seguía considerando suyo todo lo usurpado por Kaukirino; y eso incluía los caballos que a buen seguro estarían dormitando en el cobertizo que él mismo construyera junto a la empalizada. No iba a llevárselos todos, por ahora. Con uno le bastaría.

Saltó la barrera de troncos como un fantasma más del crepúsculo. Tuvo suerte de encontrar a su favorito todavía trotando dentro del cercado. Piafó el animal con gozo al reconocer a su antiguo dueño. Buscó sus carantoñas rozando sus belfos contra el pecho de Magilo. Lo acarició este como antaño. Le susurró palabras de amor y guerra al oído mientras peleaba con sus propias dudas.

Iba el animal sin riendas, ni manta sobre el lomo. Podría montarlo así, aunque la cabalgada le resultaría bastante más incómoda. El tiempo apremiaba. Apenas había ya luz de luna sobre los cielos plomizos de Sekaisa. Debía decidir si entrar en el cobertizo y buscar unas bridas o marchar sin demora. Lo primero implicaría hacer ruidos y tal vez delatarse. Lo segundo significaba tener que aferrarse solo a las crines de Boudi y bambolearse como un tentetieso hasta que encontrara una cuerda perdida en algún sitio.

Magilo dio un respingo al notar una presencia furtiva a su espalda. Instintivamente pensó en Kaukirino, y por eso se tentó los costados, pero ni siquiera el patético cuchillo de Iru colgaba de su cinto.

—¿Esto es por lo que ibas a arriesgar la vida ahora? Más te valdría habértela dejada en el duelo.
—Izaro le tendió un ramal de cuero, una manta y hasta una gruesa cincha para fijarla.

Había salido la mujer por una puerta trasera. Iba tan desnuda como cuando el reencuentro. Aceptó Magilo los trastos con un gruñido.

—Parece que siempre te pillo en la cama... —masculló con dolorosa sorna.

—Kaukirino me quiere —asentó la autrigona, hierática.

—Claro, y yo te odiaba —replicó Magilo con sarcasmo mientras le colocaba a Boudi las riendas.

—Tú me compraste a mi padre como si fuera una yegua. No se puede decir que eso fuera enamoramiento —respondió Izaro con los brazos en jarras—. Además, Kaukirino no va con mujeres de mala vida y jamás me ha puesto la mano encima.

Voló la manta sobre la grupa del semental negro, y después la cincha con su gruesa hebilla. Volvió su cara Magilo, ensanchada por una sonrisa irónica.

—¿Kaukirino no se va de putas? ¿Y nunca te ha pegado?

—No.

—¡Porque será un afeminado de esos! En cualquier caso... —parecía reflexionar el antiguo caudillo belo—, ¿en cuántas ocasiones te golpeé yo en todo nuestro matrimonio? ¿Dos? ¿Tres veces?

—Cuatro —precisó Izaro, que, al parecer, las había contado todas.

Agitó la cabeza Magilo como queriendo quitarle importancia al asunto.

—Bueno, pues, si te parece mucho, tendrías que ver todo lo que su marido le hizo a mi hermana Elvia —masculló.

—A tu hermana la vendió tu propio padre. Así que, si sufrió, él tuvo la culpa.

—¡No hables mal de mi difunto padre o esta será la quinta vez que te arrepientas de haberme conocido!

Izaro inició la vuelta a la casa tras un mohín de disgusto.

—¡Espera! —la contuvo la voz súbitamente desesperada de Magilo.

—¿Qué te ocurre ahora?

—¿Caro se ha enterado de... lo de ayer?

Izaro compuso una mueca indescifrable. Su forma de arrugar la nariz y los labios tanto podía indicar pesar como desprecio.

—Caro ya no se acuerda de quién es su padre. Confío en que la vergüenza tarde muchos años en alcanzarlo. Tu tiempo ha pasado, Magilo. Si no quisiste morir cuando tenías que hacerlo, deberías dejarte comer por los lobos del páramo. Tal vez los buitres se apiaden de ti y se lleven tu alma a algún sitio —le espetó al desterrado.

De nuevo Izaro trató de zanjar una conversación sin visos de llegar a ninguna parte. Esta vez la mano de su antiguo esposo la retuvo por el brazo.

—Quiero decirte dos cosas antes de que te marches con ese desgraciado.

—¿Cuáles?

—La primera es que Kaukirino está contigo por lo que representas, no porque te quiera. Fuiste la mujer del caudillo más poderoso de los belos y él piensa que estar a tu lado lo convierte en lo mismo. Pero se equivoca. Siempre será un segundón y un don nadie.

—¿Y la segunda? —preguntó Izaro sin inmutarse.

Estaba ya Magilo aupado a su caballo. Desde las alturas apuntó con un dedo acusador a su antigua esposa.

—Ten por seguro que volveré como jefe de un ejército jamás visto en estas tierras. Recuperaré mi fama, mi hacienda y a mi hijo. Ese mismo día tú tendrás que decidir sobre tu futuro.

Saltó Boudi la puerta de troncos sin tocarla siquiera con los cascos. Después, caballo y jinete cabalaron hacia la puerta norte de Sekaisa entre una lluvia de chispas blancas. El retén de guardia quitó los postigos a toda prisa y echó abajo el puente levadizo para que aquel centauro desbocado se perdiera en las llanuras celtíberas cuanto antes.

Mas no se alejó mucho Magilo de su ciudad natal. Tenía una buena montura, pero se sentía

desnudo como un cordero recién parido. Para cumplir con la misión encomendada por el oráculo necesitaba contar con las hechuras de un líder.

Se dirigió al galope hacia un pequeño roquedo rodeado de encinas situado a apenas una milla de distancia. Ese había sido el lugar escogido por su difunto padre para descansar eternamente cuando los dioses lo llamaran. Llegado el momento, el propio Magilo depositó el cadáver en la fosa, ataviado con sus mejores galas y acompañado también de sus armas predilectas. Y como el viejo nunca había aprendido a leer o escribir en ninguna lengua, sus herederos decidieron grabar la imagen de un guerrero celtíbero alanceando a un centurión romano en la superficie de la lápida.

Se movió la losa de piedra con ronquido siniestro. La última claridad del día iluminó el esqueleto blanco de un hombre corpulento vestido en malla de acero y rodeado de espadas y lanzas por todas partes. Crujieron las costillas del gran Buntalos cuando su hijo mayor se dejó caer dentro del agujero. Un hedor lóbrego, a humedad corrompida y lombrices, estuvo a punto de hacer vomitar a Magilo.

—Siento el desmembramiento, padre —murmuró tras arrancarle al muerto el cráneo y luego los brazos—, pero no hay otra forma de quitarte el chaleco de anillas.

Tras varios minutos de profanación inevitable, Magilo salió de la tumba convertido en el fantasma de su temido progenitor, pero más flaco. Llevaba puesto el único casco que no le venía grande, la gruesa loriga de anillas y un ancho cinturón engastado con clavos de plata del que colgaba una preciosa espada. Todo estaba reluciente, a pesar del tiempo y los gusanos. Incluso el solliferreum, el arco de fresno y su cuerda ensebada conservaban todas sus propiedades.

Satisfecho, Magilo empujó la losa de vuelta a su sitio para evitar que los zorros y los tejones esparcieran los huesos de su padre por los alrededores. Se contrarió después al percatarse de que jamás lograría subir al caballo lastrado con tanto peso. Un año antes le habrían sobrado fuerzas para hacerlo. Ahora tuvo que utilizar una piedra como peana. El contratiempo, al menos, lo convenció de que necesitaba recuperar todo su músculo de antaño antes de empezar con el reclutamiento. Y por eso se dirigió al sur, al bosque de Nemeton. Dormiría allí, entre las carrascas, decidió, y al rayar el alba cazaría algo con el arco. Tenía hambre retrasada y soñaba con comerse un ciervo entero.

Poco antes de penetrar en la espesura, se topó con una bandada de buitres remolones. Le extrañó ver todavía posados en la tierra a aquellos carroñeros implacables. Pronto descubrió, sin embargo, la causa: el cadáver medio devorado de Iru continuaba allí, en el huerto de nabos. Desnudo, mirando al cielo sin ojos, con un rictus de animalillo desvalido y estupefacto.

Cabalgó Magilo más de diez millas siempre entre carrascas. Quería alejarse de Sekaisa, de los malditos Alisakum e incluso de Izaro; pero tampoco se atrevía a salir a campo abierto. Tenía miedo de que Tencino lo descubriera, porque entonces ya no habría segundas oportunidades. Por esa razón y no otra permaneció en la zona más meridional de Nemeton durante dos semanas.

Aprovechó, en realidad, aquel tiempo para reponerse. Comió carne abundante, de ciervo, gamo o

lo que se terciara. Practicó con la espada, con la lanza y con las flechas. Levantó grandes piedras por puro gusto. Trepó a muchos árboles, y se colgó de sus ramas para hacer flexiones con los brazos. Hasta correteó por el bosque con el fin de aligerar las piernas.

También pasó Magilo muchos ratos pensativo, reflexionando sobre la misión encomendada por el oráculo y la manera de acometerla correctamente. Pero no se le ocurrió nada. Estaba solo, como el pollo de un cuco en un nido vacío. No podía presentarse ante ningún pueblo celtíbero en tales condiciones, y menos aún reclamar su liderazgo. Los pelendones se le reirían en la cara. Los lusones mirarían con desdén hacia otra parte. Los arévacos lo tomarían por loco cuando les hablara de alianza. Ni siquiera estaba seguro de que su antigua fama le sirviera ya entre titos y belos. Una cosa estaba clara: las armas de su padre por sí solas no serían suficientes para convencer a nadie.

La impotencia y la tristeza comenzaron a horadar el ánimo de Magilo como el pico afilado de un pájaro carpintero. Además, por aquellos agujeros del alma penetraban enjambres de insidiosas abejas que llenaban su cabeza con zumbidos delirantes. Una tarde de mediados de octubre escuchó voces lejanas, y pensó que se trataba otra vez de los molestos insectos y sus serenatas desquiciantes. Se subió a un árbol, por si acaso, y vio que eran dos jinetes.

Venían en su dirección, y miraban mucho al suelo, como si buscaran el rastro fresco de una presa. Iban bien armados y cabalgaban atentos. No parecían chusma mercenaria de la que solía seguir a Tencino, pero Magilo conocía bien el aspecto de los merodeadores. El páramo, al fin y al cabo, estaba lleno de hombres feroces que cazaban a otros hombres desprevenidos.

Los dejó acercarse apostado en la copa del árbol, con una flecha alojada en la cuerda del arco y diez en la aljuba. Soltó cuando casi les veía el color de los ojos. Se derrumbó el primer jinete como si su cuerpo no tuviera huesos. El virote le había atravesado el chaleco de lino y los pulmones. Trató de maniobrar el segundo entre los matorrales, pero se llevó un flechazo en el hombro. El impacto lo hizo caer del caballo. Solo entonces aquel cazador cauteloso se aproximó a sus víctimas con la falcata desenvainada y la muerte asomándole por las pupilas.

—¡Ma... Magilo! ¡So... somos guerreros de Ercávica! —exclamó el menos grave despavorido pero a la vez aliviado por una aparición imprevista.

Mostraba el joven unos ojos desorbitados por la sorpresa. Su compañero tan solo emitía gorgoteos de agonía que hacían presagiar un final rápido. Eran rostros vagamente conocidos a los que Magilo no logró poner nombre ni alias.

—Vaya, lo siento —se disculpó—. He pensado que veníais tras mis pasos...

Se recostó el joven herido en el tronco de una encina. Tosió un par de veces antes de seguir explicándose.

—Íbamos a Sekaisa. A parlamentar con Kaukirino. No sabíamos que habías vuelto...

—Ya, bueno, es una larga historia. Pero lo cierto es que estoy aquí de nuevo —sostuvo Magilo con gesto evasivo.

—Entonces... ¿vuelves a ser el caudillo de todos los belos?

Se irguió el antiguo caudillo en toda su envergadura como si estuviera pasando revista a sus mejores tropas. Una sonrisa impostada le afloró en los labios.

—¡Por supuesto!

Se agitó, incómodo, el joven guerrero.

—Ayúdame a sacar la flecha. Duele bastante...

—Sí, enseguida. Cuéntame antes qué ocurre en Ercávica.

Un gesto de profunda tristeza se dibujó en el rostro noble del jinete caído.

—Hemos tenido que abandonar la ciudad a su suerte. Solo quedan los viejos y los tullidos, pero morirán muy pronto si no lo han hecho ya. Les hemos dejado cuchillos para que se suiciden antes de que entren los romanos y los crucifiquen. —Atribuyó el herido la tardanza en reaccionar de Magilo a una desinformación comprensible de la tragedia, y por eso añadió: —¿Es que no os habéis enterado de lo de Munda todavía?

—Pues no —mintió Magilo a medias.

—Ya, claro. Es natural. Las noticias corren, pero no vuelan —se lamentó el mensajero—. Los romanos tomaron la ciudad hace unas dos semanas. Mataron a Bricio y a todo su ejército. Saquearon después la fortaleza. La quemaron por sus cuatro costados.

—¿Qué tiene eso que ver con huir de Ercávica como ratas?

Trató de justificarse el herido.

—No nos juzgues mal —gimió con la cabeza baja—. No éramos suficientes para defender la ciudad de tanto romano...

—¿Y adónde os habéis dirigido?

Levantó la mirada el guerrero belo. Había una luz de orgullo en sus pupilas.

—¡A defender Alces!

Enarcó Magilo las cejas hasta que le dolieron las pústulas de la frente.

—¿Alces también está en peligro?!

—Hacia allí avanzan las legiones del pretor Graco ahora mismo —confirmó el heraldo—. Pero, como sabes, la fortaleza cuenta con buenas murallas y una ciudadela inexpugnable. Allí daremos batalla al invasor en mejores condiciones.

—Ya. ¿Y qué pensabas plantear en Sekaisa? —preguntó Magilo con ojos suspicaces.

—Hay cien jinetes de Ercávica esperando instrucciones en las inmediaciones de Alces. El resto de los nuestros ya está dentro, para ayudar a los locales durante el asalto. Ahora que vuelves a ser el líder de todos los belos..., digo yo que nos echarás una mano con una parte de tus hombres...

—Desenvainó su daga el herido y se la ofreció a Magilo mientras a este se le perdía la mirada en un horizonte relativamente próximo—. Anda, corta la punta de la flecha y tira luego por detrás. Es mejor quitar esto cuanto antes.

—¿Y dices que un centenar de jinetes sin jefe aguardan órdenes cerca de Alces?

—Así es. Segius, nuestro líder local, está ya dentro de la fortaleza con más de quinientos guerreros. ¿Vas a ayudarme con la flecha o qué?

Se colocó Magilo a espaldas del herido y comenzó a cortar la punta del astil que él mismo le había clavado.

—Claro. ¿Cómo te llamas?

—Vironos.

Emitió Magilo un gruñido de desagrado mientras miraba a su derecha. No deseaba imprevistos. De inmediato descubrió que no iba a tenerlos, pues al otro mensajero de Ercávica ya lo invadían las moscas.

—Mira, Vironos —le dijo entonces al muchacho—. Este agujero en tu hombro tiene muy mala pinta. Lo más probable es que se infecte. Te dará fiebre y sufrirás mucho hasta el momento de la muerte.

Iba el guerrero a protestar por tan descabellado diagnóstico, pero no pudo articular palabra porque Magilo le seccionó la yugular de un tajo. Le dolió después el corazón al caudillo belo al incorporarse.

—Lo siento —dijo, por segunda vez aquella mañana mientras miraba ora al degollado, ora al de las moscas—. Pero todo es por la gran alianza del pueblo celtíbero. Vosotros no habríais podido entenderlo, y yo no tengo tiempo ahora de andar con explicaciones.

XXXIX

Empezó a acostumbrarse Elvia a la vida itinerante. Pareció incluso no disgustarle del todo. Los cinco días que pasó en Munda los ocupó en recorrer los alrededores con la alegría de un niña pequeña. Bricio jamás le había permitido salir de casa ni para ir a lavar la ropa al arroyo. Ahora, en cambio, colgada del brazo de Máximo Vento o aferrada a su cintura sobre la grupa de su caballo había visto ríos, lagos, bosques, fuentes naturales y parajes cuya existencia desconocía por completo.

El destino, pensaba muchas veces, tenía caminos inescrutables. Primero le había dado un marido impuesto, celoso y cruel. Después le había traído a un romano insólito. Un hombre capaz de matar a dos de los suyos para salvarla de la violación y la muerte. A sus veinticinco años, Elvia jamás se había topado con un ser tan adorable. Alguien que no levantaba la voz al hablarle, ni la golpeaba con la menor excusa.

Se alegró la joven celtíbera cuando, al sexto día, Graco dio por fracasada su política para hacer adeptos entre los celtíberos más pobres. Ni un solo hombre se presentó para aceptar las tierras que el pretor ofrecía a los necesitados. En un arrebato de ira, el gobernador romano ordenó quemar Munda hasta los cimientos. Una enorme seta de humo negro despidió al ejército itálico y a sus auxiliares iberos al iniciar la marcha hacia su siguiente objetivo: la ciudad de Ercávica.

Montó Elvia en el carromato blindado sin derramar una sola lágrima. Dejar atrás tan infame oppidum se le antojó lo mismo que abandonar las llamas de un largo infierno. Miró, pues, hacia el horizonte con decisión y esperanza, pero apenas divisó nada. La incertidumbre y un miedo repentino a lo desconocido llenaron de sombras grises la nebulosa de su cabeza.

Todo —la caída de Munda, la muerte de Bricio y su llegada al mundo romano— había ocurrido demasiado rápido como para poder digerir tantas sensaciones en tan poco tiempo. Creía que Vento la amaba, pero ella solo sentía mariposas en el estómago; y no estaba segura de que eso significase nada. Era muy corta, por no decir nula, su experiencia con hombres convencionales. Así se lo expresó a las prometidas de los tribunos durante su breve estancia en Ercávica. Al fin y al cabo, las siete mujeres compartían buena parte del día, sobre todo cuando tocaba viaje. Y es que, en los frecuentes desplazamientos de aquel ejército, todas viajaban apiñadas a bordo de un carro blindado que las protegía de casi cualquier agresión externa.

Rieron sin mala fe las romanas al escuchar las confesiones inocentes de la celtíbera. La envidiaban por lo de los cosquilleos en las tripas, tal vez la prueba más fehaciente para comprobar el enamoramiento, le dijeron. De hecho, ellas no sentían nada parecido. Si estaban allí, al lado de esos jóvenes oficiales, era tan solo por conveniencia. Porque sabían que sus futuros maridos acabarían siendo magistrados en el Senado romano, y quizá incluso cónsules. Así pues, la perspectiva de una vida de lujo y placeres en Roma dentro de unos años compensaba con creces la incomodidad de una campaña militar en Hispania.

Se admiraron también las seis itálicas por los cambios obrados en el carácter de Máximo Vento,

un hombre desagradable, irascible e incluso violento hasta la aparición de Elvia en el campamento. A partir de ese instante, el legado de Graco había cambiado como por ensalmo. Se había vuelto más humano y ceremonioso, incluso accesible a todo el mundo. De eso podían dar buena fe sus prometedos, a los que Vento siempre había tratado con desprecio.

Las ruinas de Ercávica desaparecieron al fin de la vista tras cuatro días de pillaje. Ese fue el tiempo de holganza que Graco permitió a sus tropas. Como de costumbre, los iberos no tomaron parte en el saqueo, ni en las muertes de los pocos que no habían tenido el valor de suicidarse. La fortaleza de Alces —majestuosa e imponente— surgió entre el polvo del camino al cabo de solo tres días de marcha.

Se detuvieron las legiones y todos sus carromatos a una legua del oppidum. Para cuando llegaron, los agrimensores ya habían marcado las lindes del nuevo campamento. En cuestión de cuatro horas, el agger, el foso, las tiendas de los oficiales y los contubernios estarían dispuestos. Porque hasta con las estacas de la empalizada cargaban los hombres de Graco. Por si el enemigo había tenido la precaución de talar los bosques más próximos.

Máximo Vento llamó con los nudillos en la puerta del carruaje que transportaba a las siete mujeres. Lo había hecho cada día al concluir el viaje. Le gustaba avisar a Elvia del final del trayecto y entretenerla hasta que estuvieran preparados sus aposentos. En esta ocasión, sin embargo, el rostro del romano mostraba el rictus fruncido de las obligaciones. Sempronio Graco lo acompañaba y, al parecer, ambos tenían prisa.

—Debo ausentarme un rato. Volveré en cuanto pueda —le dijo, y la besó después en la frente. No se atrevió a hacerlo en los labios porque vio a las novias de los tribunos muy pendientes de sus actos.

—No me iré muy lejos —bromeó Elvia, consciente del escrutinio adusto del gobernador romano.

Hicieron girar a sus monturas los dos oficiales y emprendieron rumbo a Alces. Una turma completa de caballería trotaba tras ellos portando banderas blancas para el parlamento. Cabalgaban en silencio, a sabiendas de que desde las torres del oppidum estaban observando todos y cada uno de sus movimientos. Habló al final Graco como si un desasosiego profundo le hubiese quitado el sueño de muchas noches. Pretor y legado estaban escasamente a dos tiros de flecha de las puertas de la fortaleza.

—Espero que tu afición hacia esa mujer celtíbera no interfiera con tu trabajo —murmuró como quien habla del tiempo.

Encajó mal la pulla Vento, por inesperada e injusta. Y de ahí que respondiera con destemple.

—¿Lo ha hecho hasta ahora?

—No, pero te veo cada vez más encelado.

Se mordió la lengua el antiguo centurión de Fulvio Falco. La experiencia le había enseñado a cerrar la boca ante oficiales de mayor rango; aunque a veces incumplía la norma si estaba borracho.

—¿Crees que acatarán la autoridad de Roma a la primera? —Señaló Graco con un gesto las almenas atestadas de Alces.

—Ya habrían salido a darnos la bienvenida si fueran a hacerlo.

—Ya, pero se habrán enterado de lo que ocurrió en Munda. Y sabrán también que los habitantes de Ercávica se han muerto de miedo tan solo de escuchar el crujir del terreno bajo nuestras botas... —se ilusionó un pretor a falta de éxitos relevantes.

Escuchó Vento el chasquido de los arcos en la distancia, y el silbar de los proyectiles en el aire. Por el sonido supo que los tiros se quedarían un poco cortos. Por eso no dio la voz de alarma. Graco era un poco duro de oído, además de inexperto en melodías de guerra.

—¡Por todos los dioses, casi nos matan! —exclamó espantado al ver los astiles clavados a cuatro pasos de sus narices.

—Ahí tienes su respuesta. Más clara, imposible.

Se quedó mirando el pretor romano la puerta sur de Alces con ademán desafiante. Levantó una mano y se la pasó por el cuello como si fuera el cuchillo de un carnicero. Ya que aquellos bárbaros no querían parlamentar una rendición sin condiciones, él quería dejarles su mensaje de muerte.

—¿Lo haremos esta noche, como en Munda? —le preguntó, envalentonado, a quien sí entendía de músicas y tácticas.

Negó con la cabeza Máximo Vento.

—No procede. Estos están prevenidos. Habrá que ablandar sus defensas y su moral de combate a golpe de catapulta durante varios días —dijo, y se dio la vuelta.

No estaba en el ánimo de Vento pelear aquella madrugada. Ansiaba pasar con Elvia el resto de la tarde, y de la noche. Quería escuchar su voz y su risa. Deseaba tener su cuerpo entre sus brazos, y mirarla de frente mientras la amaba. La guerra era más fácil en compañía de una mujer, había descubierto, aunque fuera la hermana de un enemigo a ultranza. Por eso se dispuso a iniciar el regreso al campamento como un buey cansado en busca de su pesebre.

—Espera —lo detuvo Graco.

Se volvió Vento con desgana.

—¿Qué ocurre ahora?

—Quiero comunicarte una cosa porque tarde o temprano vas a enterarte.

Enarcó una ceja de intriga el oficial romano.

—¿De qué se trata?

—Ayer mandé un heraldo a Roma. He pedido al Senado que prolongue mi mandato un año más. También quiero más hombres. Otra legión completa.

El silencio de su subordinado exasperó a Graco.

—¿No dices nada?

—Ya me lo esperaba —repuso Vento con ademán displicente.

—¿Por qué?

—Porque Fulvio Flaco hizo lo mismo y tú estás calcando sus pasos, pero con menos éxitos todavía.

Ahora fue Graco el que se sintió fustigado por un comentario que juzgó peyorativo.

—¿Insinúas que aún no he logrado, cuando menos, lo mismo que ese pretencioso?!

Disfrutaba Vento en ocasiones de la envidia que corroía a su superior como una carcoma insidiosa.

—Viniste a conquistar la Celtiberia y aún no has añadido ni una sola ciudad a las que ya eran tributarias de Roma. Y tampoco has destruido ningún gran ejército enemigo. Si no consigues nada de eso en tu segundo año de gobierno, solo te quedará una esperanza para que en Roma no te señalen con el dedo a tu vuelta.

—¿Cuál?! —Tuvo que gritar Graco para hacerse oír porque Vento ya había iniciado un trotecillo indolente hacia el campamento.

—Que el pretor de la Hispania Ulterior, Postumio Albino, haya hecho menos que nosotros todavía.

XL

Magilo divisó primero los caballos. El emisario de Ercávica no le había mentido. Eran alrededor de un centenar de animales trabados al pie de un altozano ya muy cerca de Alces. Ató el suyo al lado de unas bestias que pastaban tranquilamente, ajenas a las guerras de los hombres. Supuso que sus jinetes no andarían muy lejos, y por eso se puso a trepar por la ladera hasta que los encontró amatojados en la cima del montículo.

Estaban los huidos espionando los movimientos del ejército enemigo mientras seguían esperando instrucciones desde Sekaisa. Se volvieron asustados al escuchar el crujido de las matas a su espalda. Algunos echaron mano de la espada, pero se tranquilizaron al ver acercarse a un hombre solo. Eran en su mayoría guerreros jóvenes, posiblemente en su primera escaramuza sería después de haber dejado la estaca con la que simulaban atacarse en las calles de Ercávica. Había, asimismo, una veintena de veteranos con los que Magilo había compartido espacio y peligro en el muro de escudos. Fue uno de estos hombres curtidos quien reconoció al recién llegado.

—Ya casi no esperábamos ayuda de Sekaisa. ¡Qué alegría verte otra vez, compañero! —Buscaba sombras o siluetas el veterano detrás de la estampa marmórea de Magilo, pero, al no hallarlas, añadió:

—¿Y tus hombres?

Tomó asiento el antiguo caudillo de todos los belos en medio del grupo y escudriñó entre los arbustos con mirada grave. Vio cómo la vanguardia romana colocaba numerosas piezas de artillería alrededor de la ciudad sitiada. Divisó a los lejos los reales de Graco y se preguntó si Elvia estaría aún dentro de aquel mar de estacas puntiagudas. Le habría gustado encontrarse con Vento, y matarlo si había incumplido la promesa de cuidar de su hermana. Y si no, también. Porque para eso era un enemigo irreductible.

Trataba de imprimir Magilo serenidad y confianza a todos sus gestos, y también a sus pensamientos. Por eso tardó un poco en hablar, porque sabía que las palabras tienen más valor después de un largo silencio.

—Sois un atajo de imbéciles por no poner centinelas junto a vuestras monturas —abroncó a aquellos guerreros despreocupados, obviando así la pregunta que a todos mantenía en vilo—. Si una turma enemiga llega a presentarse por vuestra retaguardia, ya no tendríais caballos; y además estaríais todos muertos, porque os habrían cazado como a conejos.

Agacharon la cabeza los veteranos, conformes con el rapapolvo. Aguantaron, sin embargo, la mirada encendida de Magilo los que no lo conocían de nada.

—¿Eres tú a quien antes llamaban caudillo de todos los belos? Pues no parece traer tras de ti mucho ejército... —replicó con aspereza uno de los jóvenes.

—¿Y dónde está Kaukirino? —terció otro—. Él nos habría enviado ayuda.

—¡Kaukirino no pinta nada ya! ¡Vuelve a ser un don nadie! —explotó Magilo al fin, incapaz de prolongar por más tiempo su ejercicio de paciencia—. ¡Si he venido solo es porque así lo exige la misión que se me ha encomendado!

Cruzaron un vistazo intrigado los viejos y los bisoños.

—¿De qué misión nos hablas? —le preguntó un guerrero casi anciano.

Respiró hondo Magilo antes de aventurarse por un sendero que anticipaba incierto.

—De la que me ha encargado el oráculo a través de la Sombra.

Conocían todos los presentes al brujo de Sekaisa, pues la Sombra tenía el don de la ubicuidad, o casi. Por ello era respetado y temido en un millón de estadios a la redonda. De ahí que las dudas de algunos enfilaran hacia lo divino.

—El oráculo... ¿de quién?

Le pareció mal a Magilo nombrar solo a las deidades maléficas y añadió por su cuenta a Taranis, protector ante las tormentas, y a Teutates, dios de la guerra.

Se puso en pie quien llevaba la voz cantante entre los guerreros recién estrenados. Se le notaba alterado a causa de la inacción y de la cháchara insulsa del supuesto caudillo belo.

—¡Está bien escuchar a los dioses y pedirles ayuda, pero quienes ahora necesitan auxilio, y pronto, son los de ahí abajo! ¡Algo podremos hacer nosotros, aunque seamos pocos! —Señaló el joven de manera vehemente a los sitiados en Alces.

Magilo se alzó en toda su envergadura para dirigirse a los reunidos como si estuviera subido a una tribuna.

—No es esa la voluntad de los dioses —asentó solemne, y guardó después un largo minuto de silencio.

—¿Los dioses no quieren que ayudemos a la ciudad de Alces? —inquirió perplejo el guerrero de las barbas blancas.

Asintió Magilo con gravedad fatídica. Iba a decir verdades y también alguna mentira. Por eso se acogió a ese extraño poder de persuasión que le había dado a beber la Sombra.

—Sí, pero no así. Alces está condenada por mucho que nos empeñemos. ¿Qué podrían hacer cien jinetes contra un pretor romano y todas sus tropas? ¿Hostigar su campamento? ¿Evitar que les caigan las primeras piedras a los sitiados? ¿Quemar tal vez un par de onagros? ¡Incluso recurriendo a todo mi ejército de Sekaisa, jamás podríamos plantar cara a dos legiones durante más de diez minutos! ¡Eso es lo que hemos venido haciendo durante años, los belos, los titos, los arévacos, los pelendones..., todos, cada cual por su cuenta! ¡¿Y para qué?! ¡Para nada! ¡Para ir

perdiendo terreno y sangre ante un ejército más pequeño, pero más unido y organizado!

Tras acabar, buscó el orador los rostros de los más antiguos, de aquellos que habían batallado y perdido muchas veces contra el invasor itálico, de quienes habían visto caer con las tripas abiertas a amigos e hijos en el revoltijo de la pelea. Vio cabezas vencidas, asentimientos funestos y ademanes de comprensión ante una realidad tan dramática como irrefutable. Aprovechó Magilo la magia de aquel momento para continuar su arenga.

—¿Sabéis cómo llaman los romanos a todos los que habitamos estas tierras?! —demandó como si fuera la Sombra.

—Celtíberos —murmuró el de la barba luenga y canosa.

El viento trajo el gatillazo lejano de una catapulta. Después zumbaron dos onagros. Pero ni siquiera el posterior retumbar de los pedruscos contra los muros de Alces detuvo a un Magilo excitado por los brebajes de la Sombra.

—¿Celtíberos, eso es! ¡Y yo os diré por qué! —«Chac... Zas... Pum» hizo una pieza de artillería —. ¡Nos llaman así porque titos, belos, arévacos, lusones y pelendones somos hermanos de sangre, y temen que podamos luchar juntos! ¡Tienen miedo a que podamos reunir una fuerza enorme y derrotarlos para siempre!

Se le había roto la voz a Magilo después de tanto grito. Trató de hacer saliva mientras pensaba cómo continuar su perorata, pero el guerrero viejo se puso a su lado y entrechocó su falcata contra el umbo de su escudo.

—¡Keltiber! ¡Keltiber! —aulló entre el chasquido de las catapultas y el zumbido de los proyectiles.

—¡Keltiber, Keltiber! —le respondieron veinte voces veteranas.

No hubo respuesta por parte de los jóvenes. Ochenta guerreros casi adolescentes emprendieron la cuesta abajo en busca de sus monturas. Enfurruñados, murmurantes, apretándose las armaduras y el cinto de la espada. Ya había previsto Magilo su falta de éxito con quienes aún no contaban con cicatrices en el alma. Pero al menos veinte hombres permanecieron a su lado, alborotando los aires con un canto de guerra que jamás se había escuchado bajo los cielos de Hispania. Veinte discípulos le parecieron más que suficientes para emprender una aventura que tal vez no llevara a ninguna parte. Antes, sin embargo, el minúsculo ejército celtíbero tuvo que presenciar el calvario de Alces y sus moradores.

XLI

Tronaba la artillería romana sin descanso, de sol a sol, convirtiendo en astillas el remate de troncos de las almenas hispanas. Al amanecer, sin embargo, el parapeto aparecía otra vez reconstruido de pies a cabeza. Por debajo, las marcas de los proyectiles de roca eran meras muescas decorativas en los sillares marmóreos de la muralla.

Contaban los de Alces cada nueva alborada como un triunfo. Normalmente, en la guerra, resistir es vencer; pero no contra Roma. Desconocían aquellos héroes olvidados por los dioses que tanto el bombardeo diurno como la inactividad nocturna eran parte de una estrategia diabólica diseñada para agotarlos antes del asalto. Porque, a la luz de las antorchas, todos los hombres válidos de Alces sacrificaban el sueño y el descanso para volver a levantar una defensa que el enemigo despedazaba en diez minutos.

El cuarto día de asedio Máximo Vento cenó en su tienda en silencio. Con el rumor sordo de los onagros y el chasquido metálico de las catapultas como una música de fondo funesta y premonitoria. Tenía a Elvia a su lado, pero no se atrevía a mirarla. Notó la mano fría de la celtíbera sobre la suya.

—¿Hoy no van a parar?

Negó con la cabeza baja el legado.

—Esta noche entraremos. Lo siento por los tuyos...

Se acordó Elvia de su padre, el gran Buntalos; de su marido muerto, el dictador Bricio. Y de la vida miserable que ambos autócratas le habían dado.

—Yo no pertenezco a nadie —murmuró con voz ronca.

Asintió Vento, algo aliviado por el comentario, pero, aun así, pensativo, entristecido, aparentemente abrumado por la cercanía del combate.

—¿Tienes miedo? —Elvia le apretó los dedos con inusitada fuerza.

—Solo a una cosa.

—¿A qué?

—A perderte.

—¡Sobrevivirás! —vaticinó ella mientras lo abrazaba.

—Eso ya lo sé. Pero te perderé igualmente si debo matar a tu hermano.

—¿Crees que Magilo podría estar dentro de esa fortaleza?! —Había estupor, alegría y pánico en el tono de la joven celtíbera.

—No lo descarto. Ya sabes lo que suele ocurrirles en esta tierra a los caudillos que se alejan demasiado tiempo de su trono. Si Magilo ya no es nadie entre los suyos, tampoco se habrá quedado de brazos cruzados.

Elvia obligó al romano a mirarla a los ojos. Los lucía algo vidriosos el legado de Graco, pero por encima de aquella agua turbia, la joven vio flotar la muerte.

—¿Qué harás si te lo encuentras?!

—Lo mismo que él.

Llovieron bolas de fuego sobre Alces durante gran parte de la noche. Había ordenado Vento cargar los onagros con piedras forradas de broza y bañadas con pez ardiente. No por eso las catapultas dejaron de castigar el parapeto de troncos. La consigna era provocar el caos. Que los sitiados no dieran abasto en solventar problemas. Que no supieran tampoco por dónde se produciría el ataque. Mientras unos soportaban la andanada entre los restos de las almenas, otros se veían obligados a apagar incendios en las calles. Así era la estrategia ideada por Vento para dividir las fuerzas enemigas antes de lanzar a los iberos.

Las carroballistae fueron las penúltimas máquinas en intervenir antes del asalto. Sus largos y veloces virotes despejaron de valientes tanto el flanco sur como el norte de la fortaleza, los extremos más idóneos para llevar a cabo el asalto. Después de los ingenios, lanzadores de flechas, catapultas y onagros enviaron una tupida andanada de harpagones.

Fue digno de admiración o de pánico, según el lado desde el que se mirara, ver volar los artefactos llenos de ganchos de los que colgaban innumerables cuerdas y escalas. Vento mandó a continuación a los auxiliares hispanos divididos en dos grupos. Para que asaltaran lugares opuestos de la muralla y obligaran así al enemigo a dividir sus fuerzas.

Puso a aquellas tropas prescindibles bajo el mando directo de los seis tribunos de Graco, para que a los jóvenes oficiales les pareciera que hacían algo. Tenían en realidad orden los jóvenes oficiales de arengar a los auxiliares manteniéndose siempre al margen de la pelea. Tuvo suerte Arranes de que Vento lo incluyera en la tercera y definitiva oleada, porque, en las dos anteriores, sus compañeros murieron como chinches.

Se defendieron bien los de Alces, pero no pudieron evitar que un grupo de osados iberos se hiciera fuerte en el sector meridional del adarve hasta conseguir abrir la puerta sur de la fortaleza. Hastati y principes penetraron entonces por ella como alimañas sedientas de sangre. Poco botín habían conseguido en Ercávica tras el éxodo de sus habitantes, y pretendían resarcirse en la ciudad vecina. Vento entró en medio de los centuriones que comandaban a aquellas tropas. A pesar del nuevo cargo, y de un sentimiento recién estrenado, no había perdido la costumbre de exponerse al peligro desde los primeros lances.

No duró mucho el combate intramuros. Viendo la suerte echada en sus calles y plazas, los guerreros de Alces, con sus líderes a la cabeza, optaron por la retirada, y se encerraron todos, con esposas e hijos, en la ciudadela del oppidum. Como otras veces, viejos y tullidos quedaron expuestos a la cólera del enemigo y a su implacable venganza.

Estaba el fortín en la parte más alta de la fortaleza, levantado sobre un terreno abrupto y aterrazado, sumamente incómodo para un ejército asaltante. Tenía además gruesos lienzos contruidos sobre acantilados de roca viva. Se sabían inexpugnables los de dentro y, por eso, casi ni se molestaban en disparar flechas. Presintió Graco que sus planes se habían torcido sin remedio, y de ahí que buscara la opinión de su experto.

—¿Cuánto crees que podrán aguantar encerrados esos malditos?

Ladeó la cabeza Vento mientras hacía cábalas.

—Son muchos los que se han metido ahí dentro, pero si racionan bien la comida y el agua..., alrededor de cinco meses.

—¡No tengo todo ese tiempo, maldita sea! ¡Piensa algo! —exigió Graco, como si su legado fuese un mago y pudiera hacer trucos con las manos o las palabras.

No tuvo que meditar mucho quien lo había visto ya todo en sus muchas campañas en un atolladero llamado Hispania.

—Si vas a ofrecerles algo, más vale que lo hagas ahora, en caliente.

—¿Hoy mismo, te refieres? ¿Por qué tanta prisa? —objetó el pretor, sorprendido por la premura.

—Porque mañana se les habrá enfriado la cabeza y pensarán con más cordura.

Un aire de pensamiento envolvió a Graco durante unos segundos.

—Ya. Entonces... les ofreceré convertirse en socios tributarios de Roma a cambio de respetar sus vidas y las de sus familias —dispuso.

Vento se mostró contrario.

—Eso no funcionará —sostuvo taxativo—. Nadie libra semejante pelea para acabar claudicando ante el Senado romano a la primera. Preferirán la muerte.

—¡Dime de una vez qué es lo que sacará al conejo de la madriguera y dejémonos de rodeos!

Una vez más Sempronio Graco hubo de aceptar las consideraciones de Máximo Vento. Y por eso exigió dinero en grandes cantidades, la entrega de todas las armas disponibles dentro de la ciudadela y un compromiso —escrito— de no agresión mutua durante un año. A cambio de ello, los habitantes de Alces podrían seguir viviendo en su oppidum como si la visita de las legiones senatoriales tan solo hubiese sido una corta pesadilla. Graco les dio tan solo una hora para pensarlo.

Aceptaron los sitiados las condiciones del enemigo como un mal menor, y confiaron en la palabra del gobernante itálico. Las armas, tanto ofensivas como defensivas, y los cofres con la plata y el oro deberían ser depositados en la plaza del Consejo. Allí se firmaría también el documento por el cual los habitantes de Alces y el Senado romano se comprometían a respetarse mientras el pretor Sempronio Graco permaneciera en Hispania.

Salieron los encerrados con las primeras luces del nuevo día, desfilando en larga y solemne comitiva. Iban los líderes políticos y religiosos al frente seguidos por la élite más selecta del oppidum. A caballo, los que aún lo tenían vivo. Caminando con la cabeza bien alta, la infantería y los jinetes sin montura.

Ataviados con sus mejores galas, mil guerreros fueron dejando sus falcatas, jabalinas, arcos y solliferrea en una pirámide de madera y hierro que por momentos pareció infinita. Diez carretas se llevaron todo aquel armamento de la plaza. Ablón, caudillo local de Alces, fue el último en depositar su cetro de plata en uno de los carromatos. Después se volvió a Graco.

—¿Y el documento sobre la tregua? —preguntó sorprendido, al ver al pretor con las manos vacías.

Sempronio Graco torció el gesto. Aprovechó para mirar de soslayo a los quinientos legionarios que esperaban formados en la plaza, y a otros tantos que hacían lo mismo en las calles aledañas. Fue un ademán apenas perceptible por parte del general romano el que desencadenó el asalto. En pocos segundos, aquellos guerreros recién desarmados se vieron con una lanza contra el pecho o un gladius al cuello.

—Tú y yo sabemos que todo esto es mentira, excepto el oro —le espetó Graco a un Ablón ya maniatado—. Tenéis más armas escondidas en algún sitio. Y en cuanto al compromiso de tregua... no ibas a respetarlo ni dos días.

Lucía el rictus lechoso el caudillo hispano.

—¡Pe... pero has jurado respetar las vidas de todos nosotros! —aulló indignado.

Asintió Graco ceremonioso.

—Y eso es lo que haré. No te preocupes. —Hizo el pretor una pausa inquietante antes de ordenar a sus centuriones—: ¡Cortadles la mano derecha a todos los hombres válidos!

No le sedujo a Vento la obligación de presenciar semejante afrenta, pero Graco se empeñó en hacer formar a todo su ejército, incluidos los auxiliares, delante de los tocones de fabricar mancos. Tras escuchar mil golpes de hacha y otros tantos alaridos de dolor y cólera, el reproche le resultó inevitable.

—Tenemos suerte de que veinte mil celtíberos no estén viendo este espectáculo. Porque conseguiríamos lo que ellos son incapaces de hacer por sí mismos: unirse y pelear contra nosotros como un solo ejército —le dijo.

—Ese ejército, si alguna vez existe, debe de encontrarse muy lejos de aquí. Ya no hay ni un solo

guerrero en Munda, Ercávica o Alces. —Una luz malévola brillaba en las pupilas del pretor romano—. Un día me dijiste que los carpetanos pagaban a los celtíberos para que los protegieran de Roma. ¿No es cierto?

—Así es.

—Pues a partir de ahora tendrán más problemas para hacerlo. ¿A cuánto queda de aquí su capital?

Recordó Vento una conversación casi olvidada en el praetorium de Graco, y también los mapas sobre los que él mismo había situado cuatro ciudades: las tres fortalezas celtíberas destruidas y Cértima, el lugar donde moraba el rey Thurro.

—¿Pretendes pasar el invierno en la Carpetania? No es territorio amigo. Nadie lo ha hecho antes —repuso con un deje de asombro.

—¿Ni siquiera Fulvio Flaco?

—Bueno, lo cierto es que lo intentó. Envío una embajada a Cértima para exigir alimentos durante el invierno, pero su gobernante confiaba mucho en sus aliados celtíberos y nos mandó a paseo. Entonces Flaco decidió retirarse a Castra Atiliana y después a Tarraco.

—¿Tú estabas entre los emisarios?

—Sí, igual que los dos tribunos que conociste en Roma.

Asintió Graco satisfecho.

—Pues si ningún pretor ha invernado jamás en estas tierras..., ¡yo seré el primer insensato!

No fueron veinte mil celtíberos los que presenciaron la hecatombe de Alces y el salvajismo posterior de sus conquistadores. Fueron solo veinte los testigos, pero lo que vieron afiló su odio hacia Roma. Afianzó su idea sobre la conveniencia de una gran alianza de todos los pueblos hermanos. Apuntaló la figura de un líder visionario con una misión divina sobre sus espaldas.

Lo cierto fue que Magilo y los suyos acabaron sobrecoídos por la barbarie. Soportaron con estoicismo el bombardeo nocturno de la ciudad, el zumbido aterrador de las carroballistae arrojando gruesas lanzas, los chasquidos de los cuerpos al partirse en dos tras el impacto... Y, sin embargo, tuvieron que mirar hacia otro lado cuando llegaron las mutilaciones en mitad de la campa.

Pero no eran sordos, y los aullidos de los hombres que corrían hacia la estepa aferrándose el muñón derecho les acribillaron los oídos como dardos incandescentes. Iban aquellos jóvenes chorreando como fuentes, gritándose entre ellos, corriendo sin rumbo fijo mientras se sangraban sin remedio. Kaerkes, el guerrero canoso, fue el primero en solicitar instrucciones.

—¿Bajamos a ayudarlos o qué? —preguntó.

Tardó un poco en responder quien ostentaba el mando único de aquella minúscula tropa.

—Sí, pero solo a los zurdos —murmuró al fin Magilo, que no quería rémoras de ningún tipo entre sus huestes.

—¿Y el resto? —insistió Kaerkes.

—Tal vez Tencino los acoja en su seno. Seguro que no anda lejos.

XLII

Le defraudó a Graco la ciudad de Cértima. Estaba construida la fortaleza sobre un cerro que dominaba grandes llanuras y valles verdes. Contaba con altas murallas, un buen número de torres y un foso reglamentario. Pero su tamaño le pareció casi diminuto comparado con los oppida celtíberos que había visitado en los últimos meses.

—¿Esta miniatura es Cértima? —preguntó incrédulo.

Se encontraban pretor y legado a las puertas del campamento. Acababan de instalarse en un montículo cercano, a solo media milla de la fortaleza. Nadie los había hostigado por el camino ni durante el emplazamiento; aunque, por supuesto, se sabían observados desde hacía mucho rato.

—Esa es solo la casa de recreo de Thurro. La Carpetania no está organizada como la Celtiberia —le explicó Máximo Vento.

—¿A qué te refieres?

—Si te has fijado, en general, las urbes celtíberas tienen un líder local que dirige su oppidum, preside el Consejo y tiene algo de influencia sobre un puñado de aldeas. Poca cosa más. En cambio, los régulos carpetanos reinan sobre muchas ciudades, aunque residan en un sitio aparentemente modesto. Tienen a su cargo vastos territorios. Son ricos a pesar de las apariencias. Y también pacíficos, si uno no se mete con ellos —concluyó el hispanista Máximo Vento.

Se había quedado Graco observando el brillo del parapeto de Cértima. Lucía nuevo, refulgente, como una puerta recién embadurnada con aceite de lino. Los lienzos de la muralla, sin embargo, mostraban los mordiscos infalibles de las catapultas.

—¿Has dicho pacíficos? Eso —Graco señaló las muescas en la roca— son impactos de nuestra artillería...

—Eso lo hicieron los cartagineses —lo aleccionó Vento, que había escuchado muchas historias antiguas en sus tiempos de legionario raso—. Según cuentan, los carpetanos pelearon hasta la extenuación en su lucha contra el Imperio Bárquida. Perdieron decenas de miles de hombres. Ahora prefieren que los muertos los pongan otros. Y para eso pagan a las tribus celtíberas.

Volvió Graco al único tema de interés aquella tarde de mediados de octubre.

—Ya. ¿Y sobre cuántas ciudades crees que gobierna ese Thurro?

—Casi todas. Al menos treinta.

Le brillaron los colmillos al pretor romano mientras formulaba su siguiente pregunta.

—Entonces... si hago comer en mi mano a ese régulo, ¿habré controlado la Carpetania?

La ambición y la avaricia estaban cegando a Graco más que el sol del crepúsculo; tanto que ni siquiera notó que las puertas de Cértima se abrían para dejar paso a los miembros de su Consejo.

—Ahí tienes a quien debe darte trigo para después comerlo de tu mano. —Señaló Vento hacia la comitiva.

Iban los doce sobre caballos blancos, a juego con el color de las murallas de Cértima, y de sus propias ropas. Habrían parecido ninfas de cualquier paraíso de no haber sido por las barbas. Obviamente, Thurro era el más elegante de todos.

Vestía una preciosa túnica de armiño y una capa hecha con la piel de algún raro espécimen de oso plateado. Sobre la cabeza, el régulo lucía la famosa corona de oro macizo que únicamente usaba cuando pretendía impresionar a sus invitados. Era de un grosor extraordinario el aro, y llevaba mucho ornamento. De ahí que solo pudiera portarla un rato. Thurro ya no era joven, y el peso del artefacto lo hacía parecer cheposo.

Sempronio Graco y su fiel legado no les hicieron esperar mucho.

—Vaya, otra vez tú —murmuró el soberano al ver de nuevo a Vento—. Pensaba que todo había quedado claro el año pasado...

Había usado Thurro un tono a medio camino entre la irritación y el hastío en su parlamento. Pero más encolerizó a Graco el hecho de sentirse invisible ante un simple regente hispano.

—El año pasado trataste, tal vez sin saberlo, con un pretor llamado Fulvio Flaco. Ahora yo estoy al mando. Me llamo Tiberio Sempronio Graco —matizó el militar itálico.

Desvió la mirada por primera vez Thurro hacia el pretor romano.

—¿Qué te hace pensar que la cosa cambia contigo? —inquirió con ojos fríos.

Señaló Graco hacia su campamento con un gesto de la cabeza.

—Algo muy sencillo: el peso de los números. Traigo junto a mí a un ejército enorme e invencible, y por eso te ofrezco la protección de Roma.

—¿Frente a qué?

—Frente a todo.

Una sonrisa aviesa se filtró entre las barbas cuidadas de Thurro.

—Eso mismo dijo Roma cuando nos atacaron los cartagineses. Y fue todo mentira. Además..., yo ya pago a otros señores de la guerra para que me protejan. Son gente muy poderosa e irascible. Se enojarían mucho si cambiáramos de bando. Cértima y el resto de mis ciudades podríamos sufrir serias consecuencias... —Puso el régulo cara de circunstancias.

—Te aseguro que no ocurriría nada de los que dices —insistió Graco, tozudo.

Por un instante, pareció Thurro abierto a considerar la propuesta.

—Ya..., tal vez. No digo que no..., pero tendría que consultarlo antes.

—¿Con tu Consejo?

—No, con los belos..., los titos..., los lusones... Ya sabes.

—Sí, con los celtíberos —resumió el pretor.

—Eso es. —Detrás del rictus inocente del régulo se escondía la sorna, pero Graco se mostró dispuesto a seguir la broma.

—¿Quieres, pues, hablar con ellos antes de darme una respuesta?

—Sí, si no te importa... —asentó Thurro con tanta vehemencia que estuvo a punto de perder la corona.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Oh, mis hombres estarán de vuelta en tres o cuatro días; cinco como mucho.

—Está bien. Permitiré que envíes algunos heraldos adonde tú elijas —concedió el general romano.

Volvió Thurro a su fortaleza con el cuello torcido, aunque también convencido de que la visita de los invasores sería breve. Diez minutos más tarde, cinco jinetes salieron por la puerta norte a galope tendido. Su destino: la poderosa ciudad de Alces.

Reventaron los carpetanos a sus monturas con el fin de pedir auxilio cuanto antes. Ocho horas más tarde divisaron el oppidum aliado. Les extrañó en un primer instante no ver banderas en las almenas, ni vigías en las torres. Cuando estuvieron más cerca repararon en la destrucción total del parapeto, y en los muertos amontonados en la base de la muralla. Y en los mil regueros de sangre que empapaban la campa y se perdían en los montes.

Penetraron al fin en una ciudad fantasmal, desvalijada y con las calles todavía cubiertas de cadáveres. No sabían qué hacer ni adónde ir, pero se orientaron en aquel laberinto de hollín y muerte porque escucharon voces en la ciudadela.

—Son lamentos y no conversaciones —sostuvo uno de los recién llegados, que, al parecer, tenía el oído más fino.

Magilo salió a su encuentro. Se había cobijado con los suyos en las ruinas de Alces después de que Graco y sus legiones pusieran rumbo a Cértima. Estaban sus veinte acólitos curando a los treinta guerreros zurdos. Les habían puesto apósitos y emplastes de hierbas medicinales para ver si las carnes no se les corrompían y lograban salvar a alguno.

—Habéis venido un poco tarde para pedir ayuda —les dijo a los carpetanos.

—¿Y Ercávica? —preguntó el único que no había perdido la facultad del habla.

—Abandonada.

—¿Y Munda?

—Quemada por sus cuatro costados.

—¿Y vosotros cuántos sois?

—Veinte sanos y otros tantos mancos.

Se volvió el emisario hacia sus compañeros. Iban poco a poco farfullando sonidos, y recobrando algo la compostura los servidores de Thurro.

—No podemos ir más lejos en busca de ayuda —opinó uno de ellos—. Tardaríamos demasiado en volver. Y, además, no sabemos si más al norte nos atenderían...

Sostuvieron los carpetanos un cónclave urgente, dramático. No les importó que Magilo los escuchara. De pronto, un rayo de luz pareció rasgar el cielo encapotado del desaliento.

—¡Recurriremos a Tencino! Esa polvareda que hemos visto a poniente solo puede provenir de su ejército. Estarán a media jornada de aquí, a lo sumo. ¡Él nos ayudará! —exclamó el más veterano.

Había visto también Magilo la nube turbia desde la acrópolis. Era muy probable que a Tencino le hubiera llegado el tufo de la tragedia. De eso vivían, al fin y al cabo, aquellas hienas: de remover la carroña que otros habían dejado, por si había aún algo aprovechable. Del mismo modo los mutilados por Graco podrían haber supuesto un reclamo si alguno de los desdichados había dado con su campamento antes de caer desangrado.

—Tencino no se partirá la cara por vosotros —les auguró Magilo, no obstante, a los viajeros—. Como mucho os acompañará para ver cómo los romanos os despedazan y después rebuscará entre las cenizas de Cértima.

El carpetano, sin embargo, se mostró seguro del éxito.

—Tencino nos ayudará si le prometemos la fortuna que percibían nuestros antiguos aliados.

No perdieron ni un minuto más los mensajeros de Thurro. Ya no les quedaba mucho fuelle a sus monturas. Espumeaban bastante por la boca. Pero confiaban en poder plantarse ante el gigante devorador de niños antes de que las bestias cayeran muertas.

—Y nosotros... ¿qué hacemos? —le preguntó Kaerkes a un Magilo meditabundo.

—Seguirlos.

—¿A los carpetanos? ¿Para qué?

—¿Cómo quieres que visitemos a los diferentes pueblos celtíberos siendo solo veinte?

Se mesó Kaerkes aquellas barbas de chivo viejo mientras elucubraba. Los ojos se le pusieron blancos cuando adivinó lo que su líder tenía en mente.

—¿Pretendes acaso quitarle hombres a Tencino para engrosar nuestro ejército?!

—Así es.

—Ya. ¿Pero cómo?

Lucían con un brillo mágico y febriculoso las pupilas del caudillo celtíbero. Hasta su voz se convirtió en un resuello sibilante y ronco, parecido al del brujo de Sekaisa.

—Eso aún no lo he decidido. Tendré que preguntarle al oráculo —dijo.

Miró el guerrero canoso a su espalda como si desconfiara de su propia sombra.

—¿Y qué hacemos con los heridos? —inquirió en voz baja, pues había dos mancos cerca.

—Los dejaremos aquí hasta que volvamos, si volvemos —determinó Magilo tajante.

XLIII

Regresaron los heraldos de Thurro al cabo de tres días. Llegaron en caballos prestados y se encerraron en la fortaleza de Cértima como si hubiese venido persiguiéndolos el mismísimo Vaélico con su tridente de fuego. Presenció Graco la maniobra de los jinetes desde la porta decumana de su campamento. Corrió en busca de su casco de ceremonias; se vistió con una armadura recién bruñida y sus mejores grebas. Y como el pecho le quedaba algo vacío, se colocó algunas condecoraciones prestadas por Máximo Vento. El gladius era el mismo de siempre. Jamás había tenido necesidad de limpiarlo porque aún estaba libre de sangre y mugre.

Se dispuso entonces el pretor de la Hispania Citerior a esperar la rendición incondicional de la Carpetania, con todas sus ciudades. Pero se impacientó al cabo de dos horas. Le irritaba que Thurro se tomase tanto tiempo para firmar una claudicación tan inevitable como una tormenta de mayo. Empezó a extrañarle también que el adarve de la ciudad fuera llenándose de curiosos. Hizo llamar entonces a Vento y ambos se dirigieron a pie a la puerta sur de la fortaleza con el fin de pedir explicaciones, pero a medio camino les sorprendió un grupo de batidores romanos.

—¿Se acerca un gran ejército! ¿Están a solo tres horas de aquí! —ladró el decurión al mando.

—¿Un gran ejército celtíbero? —le preguntó Graco con ojos súbitamente despavoridos.

—Solo lusones. Es ese tal Tencino con sus hombres. Pero son muchos... —puntualizó el explorador.

—¿Cuántos?

—Unos quince mil.

—Ya.

Había comenzado a apaciguársele la mirada a Graco. Las cifras y los nombres iban cuadrando en su mente con la misma facilidad que el agua se acomoda a cualquier recipiente. Vento se percató de que el miedo inicial del general romano se había tornado en ambición y codicia.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó.

Sonrió Graco hacia el horizonte de polvo. Porque dentro de aquella nube de color ocre viajaban la fama, la admiración del Senado, un triunfo a su llegada a Roma y, seguramente, su nombramiento como cónsul.

—Ya puedes imaginarlo —murmuró con mirada febril—. Voy a ser el primer pretor desde la época de los Escipiones que acabe con un gran ejército hispano.

—Eso no es un gran ejército hispano —le contradijo Vento—. La mayor parte son ratas de cloaca sin formación militar alguna.

No le cambió el rictus ensimismado a Sempronio Graco al oír el comentario.

—Pero llevan armas, y pretenden darnos combate —adujo—. El Senado no sabrá si vencimos a un gran ejército celtíbero o a una banda de maleantes. Lo único que trascenderá es el número de muertos enemigos. Mi victoria será histórica.

Ardieron los reales de Graco en el frenesí de la batalla. Se llenaron sus pasillos de soldados presurosos y de voces de centuriones reclamando a sus hombres para formar en la campa. Por las justas tuvo tiempo Máximo Vento de despedirse de su amada.

—¿Volverás pronto? —le preguntó ella mientras le abrochaba las hebillas de la coraza.

—Me conformo con volver. Las batallas no saben de horas —replicó un legado más atribulado que de costumbre.

—¿Estará mi hermano enfrente?

—No lo creo. No sería su estilo.

Elvia respiró aliviada. Después rodeó la cintura del romano con sus brazos y lo besó en la nuca.

—No te expongas mucho. Hazlo por mí... —le suplicó.

Se retrasó un poco Máximo Vento con tantos arrumacos. Cuando se presentó en la explanada, encontró a los tribunos pasando revista a las tropas. Y a Graco reunido con los centuriones. Estaba el general dándoles órdenes muy precisas sobre los movimientos que las tropas deberían llevar a cabo durante el combate. Era la primera vez que Vento le veía tomar decisiones relativas a estrategia. Reconoció también a Arranes entre los que escuchaban muy atentamente las instrucciones del pretor romano.

Pretendía Graco lograr una maniobra de envolvimiento sobre el enemigo, igual que el gran Aníbal había hecho en la famosa batalla de Cannas. Y para ello estaba instruyendo a los suboficiales, especialmente a Séptimo y Marcio, a quienes pretendía colocar al frente de las tropas auxiliares. Arranes marcharía en medio de ambos veteranos con el fin de vocear sus órdenes en lengua ibera. Un lenguaje que resultaría incomprensible para las huestes lusonas, que irían metiéndose en la boca del lobo sin percatarse del engaño.

La idea era igualar la longitud de la línea frontal que plantearía Tencino para la batalla, e ir cediendo terreno poco a poco por el centro. Dejando que el enemigo se envalentonase por los aparentes progresos, y penetrase en la formación ibera como un niño atolondrado en una cueva negra. Para cuando Tencino quisiera darse cuenta, sus tropas habrían sido rodeadas por las alas. El embolsamiento resultaría mortal, incluso para un ejército superior en número. Porque las apreturas no iban a permitirles ni levantar los brazos para defenderse. La caballería romana avanzaría por la izquierda y la ibera, por el extremo opuesto, explicó Graco con aires de general experto. Al terminar, mandó a cada cual a su puesto. Reparó entonces en un Máximo Vento ceñudo, silencioso, disgustado.

—¿Qué te ha parecido?

—¿El qué?

—La clase de estrategia, obviamente.

—¿Puedo ser franco?

—Por supuesto —repuso Graco con displicencia.

—Pues entonces permíteme que te diga que esa maniobra es muy arriesgada. No está al alcance de cualquier general, ni de cualquier ejército. Tú no eres Aníbal Barca ni nuestros legionarios son los mejores del mundo, aunque han entrenado duro todos estos meses.

No se molestó el pretor por la crítica.

—Bueno, tampoco Tencino es Pirro o el Africano, ¿verdad?

—Esperemos que no.

—¿No te vas con ellos? —Le sorprendió a Graco que Vento no se marchara con sus dos prefectos de confianza, para colocarse también en el meollo de la batalla, tal y como era su costumbre.

—Hoy no. Iré a caballo y me encargaré del ala derecha, si no te importa.

—¿Por qué?

—Porque si Tencino trata de desbordarnos, será por eso lado.

Esbozó Graco una sonrisa irónica.

—No me refería a eso.

—¿A qué entonces?

—A que prefieras la altura de un caballo a la cercanía de la pelea. ¿Es acaso por esa mujer?

—No —mintió Vento.

—¿A qué se debe entonces el cambio?

—A que quiero llegar vivo al día en que incluso tú tengas que coger un escudo y un gladius y ponerte en primera línea para defender tu vida.

El casco le bailó sobre la cabeza a Graco a causa del sobresalto.

—¿Hablas de esta batalla?! —Vento no respondió, porque ya iba en busca de su montura. Era casi mediodía cuando las legiones romanas abandonaban sus cuarteles con la impedimenta justa. La coraza la llevaban puesta desde el mismo contubernio; los pila, el scutum y una pequeña laguncula les colgaban del hombro. La espada, bien engrasada, brillaba en un lateral del cinto. En

el macuto, raciones de galleta, pan y queso para sobrevivir dos días de marcha. No esperaba Graco una caminata más larga antes de toparse con el enemigo. Después vendrían las típicas marchas y contramarchas hasta encontrar un lugar que ambos líderes consideraran idóneo para matarse.

El barrunto de la tragedia hizo girar la cabeza a Máximo Vento cuando ya estaba aupado sobre su montura. Sempronio Graco confiaba en una victoria aplastante, pero Tencino traía quince mil hombres, y el pretor romano no quería estar muy por debajo de esa cifra. Por eso solo había dejado doscientos cincuenta soldados, y no de los mejores, a cargo del campamento. Por otra parte, los muros de Cértima, con sus cientos de figuras silenciosas en el adarve, escondían un número desconocido de guerreros carpetanos dispuestos a un traicionero asalto.

Encaramada a la empalizada de troncos, Elvia lanzó un beso al aire en dirección a Vento. Después se llevó la mano al corazón mientras le sonreía. El legado le dedicó una mirada húmeda que, sin saber por qué, le supo a despedida.

XLIV

Caminaron solo hora y media las legiones romanas, guiadas siempre por una inmensa seta de color terroso en un cielo cada vez más cercano. Ellas provocaban el mismo efecto en el aire, pero sus integrantes no lo notaban. Para un soldado, masticar polvo era casi un complemento de su dieta diaria.

Detuvo Graco a los suyos a solo cinco estadios de distancia del enemigo. Se encontraban ambas formaciones en una ancha vaguada, incrustada entre dos laderas tamizadas de un verde disperso. El terreno, ligeramente empinado para los que venían, le confería al pretor romano cierta ventaja de cara a la batalla. Asimismo, le daba la oportunidad de estudiar al ejército enemigo con sumo detalle.

Tras varios minutos de contemplación y una rápida consulta a su legado, Sempronio Graco hizo llamar a los exploradores que habían avistado a Tencino pocas horas antes.

—Dijisteis que eran quince mil —le espetó al decurión que comandaba el grupo.

Se encogió de hombros el veterano jinete. Hacía rato que él también se había dado cuenta de que el ejército lusón al que iban a enfrentarse ascendía a poco más de diez mil integrantes.

—Eran por lo menos quince mil —insistió—, pero tal vez hayan establecido un campamento de marcha cerca de aquí y los que faltan se encuentren allí, guardando lo que tienen...

Miró Graco a su legado con atención de ave nocturna, y lo vio fruncir los labios en una mueca indescifrable. Tomó el pretor el gesto de su subordinado por una señal de serenidad dentro de la incertidumbre. Era en los prolegómenos de una batalla cuando un general mostraba sus verdaderas cartas. La improvisación y una osadía temeraria parecían ser las de Tencino. Las suyas, decidió, serían la determinación y una fe ciega en la superioridad de su ejército.

Había seguido avanzando el gigante lusón mientras los romanos debatían en corro. Levantó su hacha bipenne cuando el enemigo ya podía distinguir sus greñas grises, su musculatura ciclópea y su faz de monstruo rabioso.

Cabalgaba Tencino sobre un caballo enorme, en consonancia con su descomunal corpulencia. Lo encabritó delante de sus tropas e hizo molinetes con el hacha sobre su cabeza. El alarde de sus rugidos y la vehemencia de sus ademanes arrancaron un alarido feroz en miles de gargantas sedientas de sangre invasora.

—Ya vienen —murmuró Vento.

—Sí, que los dioses nos deparen suerte —replicó Graco, y se fue hacia el ala izquierda dispuesto a lograr la victoria de su vida.

No replicó nada Máximo Vento, aunque bien sabía él que no era la suerte la encargada de ganar batallas, sino la inteligencia de un comandante; y tal vez su osadía para hacer frente a la desventaja. Afortunadamente, no era aquella la tesitura de Graco, sino más bien la contraria.

Aunque en franca inferioridad numérica, Tencino había decidido estirar sus líneas y ocupar toda la hondonada, a costa de adelgazar el fondo. Había dispuesto al grueso de su infantería en el centro y la caballería en las alas. Lo mismo había hecho su antagonista, con la diferencia de que al general romano le sobraban legionarios. Y por eso había dejado a todos los triarios en lo alto de un montículo como reserva.

Marcio y Séptimo estaban en tercera fila, igual que Arranes. Desde allí, los centuriones iban a dirigir los primeros compases, mientras se gestaba la encerrona. Cruzaron los dos amigos una última mirada con Vento, que se alejaba de ellos a lomos de su cabalgadura. Le pareció al legado advertir la decepción en los rostros de ambos hombres. Arranes también lo miró, pero su ademán inmutable no le dijo nada; excepto que, tal vez, el ibero estaba considerando la idea de pasarse al enemigo durante el embrollo, como muchos auxiliares hartos ya de acuchillar hispanos.

Corrieron los lusones hacia la batalla como una jauría de perros asilvestrados; siguieron andando las legiones como si el valle estuviera desierto. Aullaban unos como demonios dementes, los otros guardaban las palabras para cuando terminara el enfrentamiento.

—¡Testudo! —aulló Marcio al ver detenerse a los lusones a apenas cuarenta pasos.

A nadie sobrecogió ya el repiqueteo de los solliferrea enemigos sobre los escudos, ni siquiera a los que cayeron heridos.

—¡Vélites, lanzad! —gritó el centurión cuando cesó la lluvia de proyectiles lusones.

Los soldados más jóvenes salieron de la formación y se adelantaron unos pasos para arrojar sus jabalinas sobre las primeras líneas de Tencino. Después, desaparecieron rápidamente entre las filas de hastati y principes. No vestían corazas suficientemente gruesas aquellos legionarios de infantería ligera como para dar batalla en primera línea.

—¡Pila! —se desgañitó Séptimo, con las tropas de Tencino ya casi encima.

Fueron en esta ocasión los hastati y los principes quienes, por dos veces, enviaron sus lanzas de punta fina sobre la tierra de nadie en dirección a las hordas enemigas. Pocas derribaron a unos guerreros ya muy próximos, pues el cometido principal de aquellos dardos no era matar, sino inutilizar escudos.

Sonrió Graco al ver los pesados pila, doblados por su extremo más débil, colgados de las caetrae enemigas como si fuesen arados de plomo. Enarcó las cejas Máximo Vento, perplejo, al ver cómo los lusones se desprendían de aquellas defensas ya inútiles y se descolgaban de la espalda un segundo escudo. Le extrañó también que Tencino no desmontara para tomar parte en la pelea desde el primer minuto.

—¡¿Qué diablos hacen ahora?! —le gritó Marcio a Séptimo cuando la formación romana ya se preparaba para aguantar el topetazo.

Y es que los lusones hicieron algo insólito en el último momento: se detuvieron en seco tras el alarido de Tencino y retrocedieron medio estadio. Desde allí volvieron a desafiar al enemigo con gestos obscenos, profiriendo insultos en lengua latina para que todos los entendieran.

Vento rodeó los manípulos en retaguardia hasta alcanzar la posición de su superior en el cargo.

—¡Esto no me gusta! —le gritó al oído.

Sempronio Graco observó a su legado con calma. Vio a un Máximo Vento desbordado, histérico, desconocido. Le dio dos palmaditas en el hombro para serenarlo.

—Tranquilo —le dijo—. Tan solo se han dado cuenta de que el terreno nos favorecía demasiado. Los aplastaremos un poco más abajo, en cuanto cojan confianza. Que los hombres aprovechen ahora para comer un poco de galleta y echar un trago de agua mientras avanzamos hacia ellos.

Miró Vento hacia el horizonte con desesperación de naufrago. El sol era un disco rojo empañado por nubes grises. Las sombras de los árboles comenzaban a alargarse en el valle, igual que fantasmas cada vez más densos.

—Se ha hecho ya demasiado tarde para combatir hoy —opuso Vento.

—¿Pretendes que montemos aquí un campamento, con lo que cuesta? —se burló Graco.

—Sugiero volver a Cértima y buscar a Tencino mañana temprano.

Había un barrunto de catástrofe en las pupilas del legado. Pero Graco no supo leerlo; y al propio Vento el sentimiento también se le enredó en algún lugar entre el corazón y la boca.

—Eso no vamos a hacerlo —zanjó el pretor de media Hispania.

—Hazme caso al menos en una cosa —suplicó Vento, casi vacío de palabras.

—¿En qué?

—Manda batidores a esas dos laderas—. Señaló el legado las dos crestas de la garganta.

Movió la cabeza con incredulidad el general itálico.

—Ya no eres ni sombra del centurión que conocí en Roma. Te has vuelto miedoso. El enamoramiento es incompatible con la guerra —le dijo como un padre defraudado con un hijo—. ¿Ves cómo tengo razón? Ya se han parado. ¿Para qué queremos mandar exploradores si vamos a desbaratarlos antes de que anochezca? No quiero prisioneros. Solo cadáveres. ¿Entiendes? Pasa la orden a los centuriones.

El suelo se había allanado por fin bajo los pies de ambos ejércitos. El terreno había dejado de ser una ventaja para los romanos. O eso pareció entender Tencino, que mandó detener el repliegue de los suyos e hizo formar de nuevo el muro de escudos.

Dispuso en esta ocasión el gigante a su caballería detrás de los peones. Algo que complació a

Graco, que prefería un enfrentamiento exclusivamente de las infanterías de ambos bandos.

Vinieron otra vez los lusones contra los romanos, pero viraron antes un poco, para hacerlo desde Poniente. Querían que los rayos oblicuos del sol cegaran al enemigo durante el combate. Se acercaron además con menos miedo porque ya no temían ninguna descarga de pila por parte de hastati o principes. Tencino volvió a rehuir el combate cuerpo a cuerpo y permaneció a la expectativa sobre su montura.

—¡Apretad! ¡Teneos! ¡Escudos juntos! —les gritó Marcio a los iberos que comandaba junto con Séptimo.

El impacto brutal de los guerreros lusones sobre las tropas hispanas provocó una ola inevitable de hombres tambaleantes que alcanzó hasta la tercera fila, la que ocupaban los dos prefectos amigos y también el nieto de Estobeles.

—¡Arranes, tú diriges ahora!

La voz estentórea de Marcio paralizó al ilergete durante unos segundos. Tan solo pensar que el éxito —al menos inicial— de la batalla iba a depender de los auxiliares le helaba la sangre. Habría represalias seguras por parte de Graco si la maniobra de envolvimiento resultaba fallida.

Dejó Arranes que las fuerzas y el empuje de unos y otros se estabilizaran, en apariencia. Después gritó en ibero:

—¡Un paso atrás y aguantamos la línea!

Repitió la orden cada cuatro o cinco minutos, cada vez que Séptimo o Marcio hacían sonar sus silbatos con el fin de que una línea de refresco relevara a otra ya cansada. Le llegó a él mismo el turno de cruzar aceros con el enemigo tras un cuarto de hora de lucha. Se sintió seguro al verse flanqueado por dos veteranos en el muro de escudos. La batalla discurría del mismo modo por los cauces previstos. Y, aun así, la situación se le antojó extraña al nieto de Estobeles.

Hastati y principes avanzaban por las alas mientras los auxiliares hispanos iban perdiendo terreno por el centro, paso a paso, fingiendo debilidad ante el empuje enemigo. De ahí que las líneas lusonas hubieran acabado adquiriendo la forma puntiaguda —y peligrosa— de una bandada de grullas en pleno vuelo. La circunstancia, sin embargo, más había que achacarla a la inacción de los iberos que al brío de los de Tencino.

Había pocos muertos sobre el suelo de la Carpetania. Los lusones parecían más pendientes de taparse que de lanzar tajos. Combatían de manera excesivamente cautelosa, con un ojo puesto en una esquina de la campá: el lugar desde el que Tencino lo miraba todo con una sonrisa siniestra.

También Máximo Vento advirtió la anormalidad de un combate que más bien se asemejaba a un burdo entrenamiento. Así se lo dijo al tribuno que tenía al lado. Y, de hecho, lo envió a la posición de Graco con un claro mensaje: si deseaba ganar aquella batalla antes de que los búhos ululasen desde los árboles cercanos, debía olvidarse del famoso envolvimiento de Cannas, retirar a los auxiliares del centro y poner a trabajar a los auténticos profesionales de su ejército.

Partió el tribuno con la misiva, pero no le dio tiempo a entregarla. Porque cuando estaba a medio camino, Tencino levantó su hacha en el aire y emitió uno de sus estruendosos berridos. Entonces aquellos vagabundos de la Celtiberia —expulsados de sus ciudades como las ratas, convertidos por necesidad en sanguinarios maleantes— giraron sobre sus talones y echaron a correr como liebres.

—¡Perseguidlos! ¡Es el momento de la cacería! ¡Matadlos a todos! —aulló Graco desde su montura, confundiendo el colapso impostado de las líneas lusonas con una celada preparada por un zorro de las praderas.

Estuvo atento Tencino para cubrir la retirada de los suyos con una carga de su caballería. Anduvieron lentos Sempronio Graco y también un afectado Máximo Vento para contrarrestarla con los jinetes dispuestos en las alas. Fue comprensible la negligencia en el caso del legado, pues se había quedado observando el horizonte por el lado de levante con la boca abierta.

Estaba el cielo rojo donde no debía. Se trataba de un fulgor cárdeno que teñía las nubes según soplara el viento. Subía de intensidad con las ráfagas fuertes, amainaba al dejar de correr el aire. Vento cerró la boca al fin, pero no tenía saliva para juntar las palabras.

—¡Hay fuego en el campamento! —gritó tras recobrar el habla. Después lanzó un horrible exabrupto contra Sempronio Graco. Por no enviar la partida de batidores que habría descubierto a tiempo las intenciones de Tencino: rodear el valle por detrás de una de sus crestas con un contingente de cinco mil acólitos y lanzarlos contra un fortín casi desprotegido.

XLV

Llegó Máximo Vento el primero a las inmediaciones de la capital carpetana. Lo seguían a corta distancia los seis tribunos. Iban todos desbocados, descompuestos, con el corazón dando saltos de rana en sus gargantas, porque desde hacía rato veían el contorno destrozado de la empalizada recortado en una cortina de llamas. Graco se había quedado atrás, acompañando a su ejército, con la noche encima y sin ideas claras.

No sabía si procedía improvisar una acampada de emergencia o emprender la vuelta a una ruina reducida a cenizas. Desconocía el objetivo final de Tencino. Se preguntaba si el auténtico propósito del gigante lusón no sería el saqueo de sus reales, sino, en realidad, un ataque por sorpresa que destruyera sus legiones con ayuda de la penumbra.

Al final, el pretor romano optó por avanzar hacia Cértima, cruzando una llanura negra como los cirros de una borrasca. Si había de sufrir el acoso de las fieras lusonas, mejor en movimiento que en parado, pensó.

Seguían los curiosos poblando las almenas de Cértima —impávidos, silenciosos, atentos— cuando Máximo Vento pasó por debajo de la muralla. Pero el legado ni siquiera levantó la cabeza para ver si le llovían flechas o piedras. Tampoco le preocupaban las tribulaciones de su superior en el cargo. Su corazón y mente solo los ocupaba la figura desvalida de Elvia.

Encontró las puertas del campamento desvencijadas, y el foso lleno de cadáveres. Eran en su mayoría guerreros de Tencino, que se habían abalanzado contra la barrera de estacas como simios enfurecidos. Había también alrededor de cincuenta centinelas romanos caídos, arrastrados allí durante la lucha sobre el agger. El resto, más de doscientos, estaban dentro. Muertos los que habían tenido la suerte de caer destripados en el fragor de la batalla. Agonizantes quienes se habían rendido con la esperanza de conservar la vida.

—¡Elvia! ¡Elvia! —gritó Máximo Vento entre quienes consumían sus últimos soplos de vida tras haber sido empalados por las hienas de Tencino.

De la misma manera llamaban a sus prometidas los tribunos en medio de aquel infierno de llamas, maderos humeantes y gemidos de auxilio. Las tiendas de los oficiales habían sido las primeras en sufrir el expolio. Por eso estaban arrasadas, vacías, despojadas de cualquier objeto de valor, y también de sus moradoras. Apenas quedaban en pie una veintena de contubernios. Vento y los tribunos los registraron todos, removiendo entre telas rasgadas y cuerpos ensangrentados. Buscaron después entre las piezas de artillería que no habían ardido. Cuando Graco se presentó en aquel escenario de caos, agonía y muerte, encontró a sus siete oficiales recorriendo con desesperación las dos orillas del riachuelo que proporcionaba agua al campamento.

Regresaron con las manos vacías Vento y los tribunos al cabo de una hora de búsqueda. A los segundos los confortaba el hecho de no haber encontrado los cadáveres de sus prometidas. Las

creían aún vivas, presas de unos desalmados. No había consuelo, sin embargo, para el hombre que había sugerido aplazar la batalla cuando aún había remedio. Tuvieron que esforzarse los seis jóvenes oficiales para contenerlo. De lo contrario, el legado habría estrangulado al pretor de media Hispania sin pensarlo dos veces.

A pesar del violento altercado, Graco se atrevió a encarar a Vento cuando la primera claridad del día iluminó el riachuelo. Estaba el legado sentado sobre una roca. El reír del agua a su paso entre los guijarros parecía haberlo serenado un poco; lo suficiente al menos como para mantener una conversación sin tentaciones de desenvainar la daga.

—Lo siento —musitó un Graco cariacontecido—. Si llego a imaginarlo...

—En la guerra, las cosas no se imaginan. Se comprueban —masculló Vento, agrio.

—Ya, tienes razón. Si quieres... —titubeó el pretor—, hoy mismo podemos salir en busca de esos malnacidos. Los hombres han batallado poco y no están cansados. Además, quieren vengar a sus compañeros muertos.

Miró Vento a Graco con ojos enrojecidos por la zozobra.

—Tu ejército es una tortuga cargada de trastos y el de Tencino, una liebre sin equipaje. Nos descubrirían a una legua y jamás les daríamos alcance.

—¿Qué propones entonces?

—Que mandes reparar esa empalizada de inmediato. Después, apunta todas las catapultas que no se han quemado contra los muros de Cértima e intenta arreglarte con ese Thurro.

—Y tú... ¿qué harás?

—Encontrarlas.

—¿Quieres llevarte una turma de caballería al menos?

Una mueca de ácido sarcasmo se dibujó en los labios pálidos de Vento.

—¿Y qué hago si encuentro a esos lusones? ¿Atacar a quince mil hombres armados con apenas treinta jinetes?

Trató de descansar Máximo Vento hasta que el sol asomó su cogote dorado sobre los muros de Cértima. Después abandonó un recinto en vías de reparación al que no sabía si regresaría. Lo acompañaban solo tres hombres vestidos con ropas arrebatadas a guerreros lusones muertos: Arranes y los dos ilergetes que chapurreaban celtíbero. Aunque deseaban formar parte del grupo, el legado decidió prescindir de los seis tribunos. A la hora de la verdad, iban a suponer más estorbo que ayuda.

Le extrañó al nieto de Estobeles que Vento los escogiera a ellos para la salida, y así se lo expresó cuando aún no habían cabalgado dos millas. Latía en el pecho del ibero un no sé qué de repulsa

hacia el mundo romano y su proceder con los pueblos hispanos.

—¿No es una temeridad por tu parte marcharte de aquí en inferioridad numérica? —le espetó al legado.

—¿A qué te refieres exactamente?

—¿Cómo puedes estar seguro de que mis compañeros y yo no te mataremos en cuanto te distraigas? Somos tres contra uno...

No estaba Vento para fruslerías aquella mañana de últimos de octubre. Una mueca siniestra le afeó el rostro mientras respondía a lo que consideraba una bravuconada absurda de tres mequetrefes hispanos.

—En realidad, solo estoy seguro de una cosa: de que tú no me matarás por la espalda. Tan solo por eso, creo que tus amigos tampoco se atreverán a hacerlo. De cara no os tengo miedo. Aun viniendo tres, no seríais rivales.

Había presenciado Magilo el combate entre lusones y romanos desde su escondite en una de las cimas de la vaguada. El minúsculo ejército de la Celtiberia había seguido los pasos de los heraldos de Cértima hasta que estos dieron con la guarida del lobo. Después, se habían limitado a observarlo todo desde la distancia: el acercamiento de unos y otros al desfiladero, los desafíos, la búsqueda de un lugar adecuado para el enfrentamiento...; y, por último, un combate que a todos los presentes se les antojó falso.

Plantear una batalla en campo abierto no era típico del gigante devorador de niños. Lo lógico habría sido hostigar por los flancos, o por retaguardia, a unas tropas enemigas en movimiento. Aprovechar el desorden para matar a unos cuantos y robar a mansalva. Hasta un aprendiz de pretor se habría dado cuenta de lo inusual de aquel comportamiento.

Desde su promontorio, los celtíberos asistieron también al sorprendente —y súbito— incendio del horizonte por su lado de levante. Entonces lo entendieron todo: el simulacro de batalla de la vaguada tan solo era una estratagema para hacer tiempo. Para permitir que cinco mil criminales rodearan una larga loma en silencio y se presentaran a las puertas de un campamento desguarnecido.

No pudo evitar Magilo que el alma se le encogiera al asociar el fuego con la más que probable muerte de su hermana. Había dejado a Elvia en manos de Vento la noche en la que cayó Munda. El legado le había prometido cuidar de ella hasta su restablecimiento, pero... ¿quién podría fiarse de la palabra de un romano?

Esta vez los celtíberos persiguieron a siete jinetes itálicos desbocados hasta la campa encendida de Cértima. Reconoció Magilo la estampa trastornada de Máximo Vento recortada a la luz de los rescoldos. Le vio mirar por todas partes como un ser desquiciado. Le oyó incluso vocear el nombre de su hermana mientras saltaba entre cadáveres. Presumió que estaba llorando cuando fue a sentarse a orillas del riachuelo.

Montó raudo el caudillo celtíbero sobre su caballo e instó a los suyos a hacer lo mismo al percatarse de que tres figuras disfrazadas de bárbaros partían de un cuartel todavía humeante. Por el camino, Magilo aprovechó para hacer partícipes a los suyos de la idea que acababa de anidarle en la mente. Un plan que a todos se les antojó entre delirante y descabellado, pero que aceptaron sin rechistar porque su líder les aseguró que detrás de todo estaba el oráculo.

Era mentira, obviamente; y hasta el propio Magilo temblaba por dentro tan solo de pensarlo. Pero si las cosas salían bien, los beneficios para el ejército en ciernes de la Celtiberia serían incalculables. Si salían mal, perecerían todos; en la cruz o en un caldero hirviente. Desgraciadamente, el éxito o fracaso de aquella empresa no dependía de él mismo.

Arranes fue el primero en divisar al pequeño contingente celtíbero. Se los señaló con el dedo a Vento.

—¿Qué hacemos? —le preguntó cuando ya los tenían encima.

—Sonsacarles. Tal vez sepan algo que nos interese. Ya sabéis lo que tenéis que preguntar —dijo mirando a los dos intérpretes—. Yo me haré el mudo.

—¿Y si sospechan?

—¿Qué más da morir hoy que mañana? —fue la respuesta palmaria de un hombre casi huérfano de esperanza, pues su intención de infiltrarse en las filas lusonas y acceder en solitario a la tienda de Tencino suponía un salvoconducto bastante seguro hacia la tumba.

Refrenaron los celtíberos a sus caballos sin hacer mención alguna de cargar los arcos o desenvainar sus armas. Le dio la sensación a Vento de que venían en son de paz, aunque parecían tener prisa. Se asombró al identificar a Magilo bajo la armadura deslumbrante del gran Buntalos. Se le ensanchó entonces el alma al legado romano al presentir la mano de los dioses en aquella aparición insólita.

—¡Tienes que ayudarme, Magilo! —gritó por todo saludo—. ¡Tu hermana está cautiva de Tencino! O tal vez muerta... —añadió entristecido.

—Ya lo imaginaba. ¿Crees que he bajado de ahí arriba para saludarte? —gruñó el celtíbero—. Menos mal que tengo un plan bastante bueno para recuperarla.

Se le abrieron mucho los ojos y la boca a Máximo Vento. Magilo aprovechó la pausa para asestar un puñetazo en el hombro al nieto de Estobeles.

—¡Me alegra verte aún vivo, renacuajo! —le dijo al ilergete.

Aceptó de buen grado la carantoña el ibero.

—Lo mismo digo —sonrió—. ¿Qué es lo que has pensado entonces para salvar a las mujeres de las garras de Tencino?

Dos líneas verticales aparecieron marcadas como profundas cicatrices en el entrecejo de Magilo.

—¿Mujeres? ¿Es que hay alguna más aparte de Elvia?

—Se han llevado también a las prometidas de los tribunos —terció Vento.

—Claro, todo concuerda ahora —cabeceó el caudillo celtíbero—. A tu hermana Tencino la ha tomado por romana. Es lógico. Estará frotándose las manos por el rescate que mañana le pedirá a Graco.

Vento se mostró claro respecto a las posibilidades de salvar a Elvia a base de oro.

—Después del saqueo de su campamento, Graco no tiene ni para cambiarse de ropa interior ahora mismo. No podrá pagar ni un miserable sestercio.

Asintió Magilo, paciente.

—Eso Tencino ya lo sabe. Pero cuenta con el dinero que el pretor pueda pedir en Castra Atiliana, Tarraco, Emporiae y otras ciudades importantes.

Empezó a llenarse de nubes negras la cabeza del legado. Se le encogió del mismo modo el ánimo.

—¿Ese es el plan tan maravilloso que tramas? ¿Pagarle a ese malnacido con dinero romano? ¡Costaría meses reunirlo! Y para entonces ya... —El semblante se le demudó a Máximo Vento al imaginarse a una Elvia violentada por centenares de bárbaros.

—Tencino no va a tocarles ni un pelo de la ropa hasta no ver por dónde respira Graco. Además, eso a nosotros no nos importa, porque no vamos a darle tiempo ni de mandar al mensajero con el precio.

Un rayo de alivio se filtró de las pupilas de Máximo Vento.

—¿Crees que podremos salvarlas a todas?!

Torció el gesto Magilo para expresar su destempe.

—¡Qué le vamos a hacer! Procuraremos sacar vivas también a esas mamarrachas... —murmuró, como si la liberación de las jóvenes romanas supusiera un daño colateral inevitable.

—Bien —aplaudió Vento—. Explícanos entonces cómo vamos a infiltrarnos entre los hombres de Tencino y recuperarlas.

Magilo se encogió de hombros como un niño antes de sumar dos y dos juntando piedras.

—Nadie ha hablado de infiltrarse. El plan es muy sencillo. Consiste en entrar en el campamento lusón tan tranquilos y cumplir después con las reglas de Tencino.

—¿Qué reglas? —Esta vez era el ceño del romano el que aparecía fruncido.

—¿Sigues en forma? —Magilo obvió la pregunta apostata.

—Pues claro.

—Ya. Es que como antes no te he visto combatir en primera línea...

Se sonrojó un poco el legado de Graco al sentirse observado en el campo de batalla por un guerrero de reconocido prestigio.

—Bueno..., ha sido por motivos tácticos —titubeó—. ¿Vas a contarnos de una vez cuáles son las normas de ese Tencino?

Ladeó la cabeza Magilo.

—Todo a su momento —dijo—. Tan solo tienes que confiar en mí y no hablar en lengua romana cuando estemos entre ellos. Ya ves que tu papel no es muy difícil.

XLVI

Había sido Tencino un caudillo incontestable durante más de quince años, y aun así su tiempo no parecía prescrito. Buena culpa de ello la tenía su descomunal fortaleza, pero también una cautela casi obsesiva. En el campo de batalla, un abanico de escudos lo protegía de las espadas enemigas mientras él repartía hachazos a dos manos. El resto del día y de la noche el gigante lusón se hacía acompañar de manera permanente por tres lugartenientes.

Eran aquellos fieles servidores los guerreros más fuertes y hábiles de todo su ejército. Tencino ponía mucho cuidado al elegirlos, y además los reemplazaba por otros más jóvenes y poderosos en cuanto envejecían un poco. Por eso, el líder de tales desechos de la meseta siempre estaba rodeado de los mejores, hasta cuando iba a la letrina.

Obviamente, el trono que ocupaba Tencino podía ser pretendido por otros. Cualquier guerrero de su ejército o de otra tribu celtíbera podía desafiarlo en combate singular con el fin de ocupar su puesto. Sin embargo, el protocolo —admitido por todo el mundo a lo largo y ancho de la Celtiberia— era algo distinto.

El aspirante debía presentarse con dos acompañantes obligatorios: un secretario —así lo llamaba Tencino— y un sepulturero. El primero debía enfrentarse, de manera consecutiva y sin descanso, a los tres lugartenientes del caudillo lusón. Solo si vencía a los tres, el aspirante al puesto tenía derecho a pelear con Tencino.

Si el secretario caía derrotado antes de tiempo, ya no habría combate por la jefatura de aquel ejército de desheredados. El aspirante sería crucificado de inmediato. De hecho, eso ya había ocurrido diez veces en los quince últimos años. El cometido del sepulturero resultaba evidente: recoger y llevarse lejos de allí los cuerpos de sus dos compañeros muertos.

Esas y no otras eran las famosas reglas de Tencino a las que Magilo pensaba someterse. Aunque aún no lo sabía, Máximo Vento iba a ejercer como secretario. Kaerkes ya estaba de acuerdo en ser el enterrador de ambos, si procedía.

Se detuvo el grupo cuando se toparon con los primeros centinelas. Estaban a media milla del campamento lusón.

—¿Adónde vais? —les preguntó el jefe del retén de guardia.

—A ver a Tencino —respondió Magilo tranquilamente.

—¿Para qué?

—Para desafiarlo según sus normas.

El guardián dio un respingo. Después examinó con curiosidad a los recién llegados.

—En ese caso, solo podéis pasar tres, y andando —arguyó circunspecto.

Advirtió Magilo el nerviosismo de los dos intérpretes iberos. No estaban al corriente de nada, pero no hacía falta entender mucho para presentir el peligro. Máximo Vento era el único que aparecía inmutable, pues, al no hablar el idioma, no había comprendido ni una sola palabra.

—Vosotros dos podéis marcharos ya, y tú también, Arranes —les dijo Magilo a los tres iberos.

El nieto de Estobeles desestimó la posibilidad de licenciarse gratis con un gesto de la mano, y se quedó junto al grupo de jinetes belos. Los otros picaron espuelas al instante. Asintió Magilo, complacido con la decisión de Arranes. Después, el aspirante prendió dos antorchas en la misma fogata en la que los guardianes calentaban un desayuno algo tardío y echó a andar hacia los reales de Tencino con sus dos hombres de confianza.

—¿Vas a decirme ya cómo recuperaremos a Elvia? —le preguntó Vento a medio camino.

—Sí —replicó, contundente, Magilo—. Debes hacer todo lo que yo te diga. Sin rechistar, sin remilgos, sin quejas de niño pequeño. Si te pido cosas extrañas, piensa que es solo por salvar a mi hermana. ¿Estás de acuerdo?

—Pues claro.

—Bien, entonces súbeme ahora sobre tus hombros.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes.

Cruzaron el campamento lusón los tres osados tal y como exigían las normas: el aspirante tenía que desfilar sobre los hombros de su secretario, con una antorcha encendida en cada mano y la vista puesta en el dios Lug, o en Vaélico. El sepulturero caminaba detrás, metiendo escándalo con el umbo del escudo y la espada. De esa manera llamaba la atención de todos los reunidos. Cuando el público miraba y veía a un guerrero de agallas aupado sobre otro de aspecto fiero, ya sabían que habría espectáculo.

Tencino contempló el rimbombante acercamiento de Magilo con ojos incrédulos. En realidad, le costó reconocerlo debido al cambio. No hacía tanto que lo había visto vestido como un pedigüño, y flaco como una grulla desnutrida. En cambio, ahora, su antiguo prisionero venía embutido en una armadura rutilante, con los músculos otra vez en su sitio y, al parecer, dispuesto a discutirle el trono.

—Otra vez tú... —masculló con disgusto mientras mordisqueaba un trozo de carne.

—Sí. Debe de ser que me gusta este sitio. He oído que tienes carne fresca de mujer romana en tu tienda. En cuanto acabe contigo, pienso divertirme un rato —sostuvo Magilo desde los hombros de Vento.

El gigante lusón cruzó un rápido vistazo con sus tres lugartenientes y miró después de reojo

hacia su tingladillo de telas.

—Esas mujeres no van a ver tu polla seca, porque te la cortaremos antes de que puedas usarla —sonrió siniestro.

Máximo Vento dejó al fin a Magilo en el suelo, a solo dos pasos de su interlocutor. Reparó entonces el romano en los miles de curiosos que iban cerrando el círculo en el que Tencino y sus tres lugartenientes charlaban con Magilo sin interrumpir su almuerzo.

Devoraban los lusones dos cuerpos humanos previamente asados en gigantescos espetones. Recordó Vento de inmediato los cuatro cadáveres desaparecidos en el campamento de Graco tras el saqueo. Los otros dos no debían de estar muy lejos, alimentando a los carroñeros del páramo. Inevitablemente, el legado se preguntó por el porqué de tanta admiración morbosa.

Dedicó Tencino una mirada distraída al viejo Kaerkes. A Máximo Vento lo examinó más a fondo. Evaluó su estatura, sus hechuras, sus posibilidades.

—¿Es tu secretario? —preguntó al cabo.

—Sí.

—Pues su cara me resulta conocida...

—Lo dudo —se apresuró a contradecirle Magilo—. Es mudo, y un poco lerdo. Solo me entiende a mí, si le hablo al oído y muy despacio. Pero lo cierto es que este y yo no hemos venido a darte palique.

Asintió Tencino con un gesto de hastío, como si ver morir a un secretario con las tripas fuera y después a un aspirante aullando en la cruz como un verraco ya no le divirtiera.

—Preparadlo todo —les ordenó a sus lugartenientes.

No tardaron los lusones ni cinco minutos en marcar con estacas un amplio redondel sobre el terreno. Colocaron dos caetrae a disposición de los contendientes en puntos opuestos del círculo. Allí mismo, clavadas en la tierra, debían poner los luchadores las armas que utilizarían en el duelo.

El primer guardaespaldas de Tencino se situó en el centro, mirando hacia el norte con ojos fríos. Magilo se acercó a Vento, le rodeó el cuello con un brazo y le sopló al oído en lengua romana:

—Ahora tienes que entrar ahí y matar a ese. ¿Ves el escudo? Deja ahí tu gladius y tu daga y los coges en el momento de iniciar la pelea. Son las normas. Y es el único modo de recuperar a tu hermana, así que no preguntes.

Parpadeó Máximo Vento su asentimiento. En realidad, ya suponía que nada saldría gratis aquella mañana. Por eso colocó su espalda contra la del lugarteniente y esperó a que Tencino dejara caer una piedra. Se abalanzó entonces con presteza a por sus armas, pensando en que su rival haría lo mismo. Pero el lusón se movía despacio, como con desidia, lastrado en parte por su enorme

corpulencia. Tenía las piernas aquel guerrero como troncos de una encina centenaria y los mismos brazos del coloso de Rodas.

Se supuso Vento más rápido de movimientos que su contrincante, y de ahí que renunciara a la pequeña caetra. En su lugar, empuñó la daga con la zurda. Un murmullo de admiración planeó sobre el público presente. Resultaba inusual, casi insultante, pelear de esa forma. Pero los rumores subieron de tono cuando vieron danzar al secretario alrededor de un guerrero desorientado.

Paró Vento un par de mandobles con su gladius sin molestarse en responder a los golpes. Esquivó por tres veces las acometidas de su rival, amagando a un lado y saliendo por el otro. Desquiciado por las risas de los asistentes, el lusón quiso acabar por la vía rápida y trató de empujar a Vento usando su escudo. Pretendía así desequilibrarlo y hacerlo más vulnerable a sus erráticos espadazos. Pero el legado de Graco lo esquivó como si lo atacara un niño pequeño. Aprovechó además la cercanía extrema del lugarteniente para tajarlo en un costado.

Vio el hombre de Tencino cómo se le empapaba de rojo la coraza de lino, y cómo le bajaba después la sangre por el muslo y la pantorrilla. Miró a su líder entre el horror y la vergüenza. Intentó un ataque a la desesperada antes de que le fallaran las fuerzas. Pero Vento volvió a fingir y le clavó la daga en el cuello. Un escandaloso surtidor de sangre enfangó el suelo polvoriento del círculo, pues durante varios segundos pareció que el guerrero lusón quería morir de rodillas y no tumbado.

Abandonó Vento el recinto con una sonrisa de oreja a oreja. Hasta que Magilo se la borró de los labios.

—No has estado mal, pero ahora tienes que entrar otra vez y matar al siguiente. Es el protocolo, si quieres volver a ver a Elvia —le dijo con voz muy queda, boca contra oído. Después le propinó un empujón que lo metió trastabillando en el círculo.

Mandó Tencino verter arena sobre la sangre de su subordinado. No quería que su segundo pupilo sufriera un resbalón traicionero durante el combate. Tuvo tiempo de sobra Máximo Vento para juzgar a su nuevo contrincante. Era de su misma estatura, algo menos musculoso que el primero y con ojos más astutos. Previó tras el examen que el duelo sería mucho más largo e igualado. Desestimó, pues, la daga y se ciñó la caetra, para decepción del público. Pero entonces descubrió que el lusón era zurdo, y manejaba todo con la mano contraria.

Sonreía el segundo lugarteniente de Tencino detrás de su escudo. Se relamía de gusto antes de cruzar un solo golpe; por la incomodidad que supone para un diestro enfrentarse a alguien con la guardia cambiada.

Abrió Magilo la boca, estupefacto, cuando Máximo Vento se encogió de hombros y se cambió el escudo y el gladius de mano. Así, de pronto, un zurdo de toda la vida iba a enfrentarse a un contrincante ambidiestro; a un demonio de la guerra al que lo mismo le daba matar con el brazo que con la mirada.

Acertó el secretario en sus pronósticos. Resultó difícil de doblegar el lugarteniente segundo de Tencino. Incluso herido en una pierna y un brazo, le dio bastante trabajo al romano. Pareció por

momentos que la victoria peligraba. O que, aunque llegara, no dejaría indemne a Vento. Al final, el lusón se desplomó con el vientre abierto, soltando bocanadas de sangre negra entre los dientes.

Ya no se salió el legado del círculo tras su victoria. Había comprendido por fin la dinámica del juego. Tendría que acabar también con el tercer guardaespaldas, y quién sabía si con el propio líder de aquel ejército. Para su desgracia, desconocía Vento la costumbre de Tencino de reservar para el final a su mejor hombre. Lo que sí sabía el legado romano era que ya no tenía fuerzas para otro combate tan largo. Por eso miró a Magilo y negó lentamente con la cabeza. Se estremeció el caudillo celtíbero al tomar el gesto por una señal de desistimiento, o incluso de despedida.

El tercer devorador de carne humana pisó el recinto de la muerte con pie seguro. Era un guerrero membrudo, de rostro duro —pómulos salientes, ojos entrecerrados, mandíbula cuadrada— y anillas en los brazos, señal inequívoca de que había matado a muchos rivales en duelos similares. Incluso de su lenguaje corporal dedujo Vento que aquel hombre sería demasiado, teniendo en cuenta su cansancio. Aun así, se ciñó a las normas y esperó a que Tencino arrojara la piedra.

Se volvió el legado de Graco como una serpiente venenosa en cuanto sintió que el otro despegaba las escápulas de su espalda. En vez de dirigirse a por su caetra y su espada, Vento saltó sobre el lusón y le pasó un brazo por la garganta. Con el otro le aferró la barbilla y le partió el cuello mediante un giro diabólico solo al alcance de un experto asesino.

XLVII

Era Kaerkes el encargado de ir sacando los cuerpos del círculo. De haber sido Vento y Magilo, se los habría llevado a hombros, para enterrarlos fuera del campamento. Pero como eran lusones, los iba dejando a los pies de los que miraban. Una muchedumbre que no estaba por la labor de perder detalle. Y por eso los cadáveres de los lugartenientes se llenaban de moscas verdes, de esas que sobreviven al otoño e incluso al invierno celtibérico a base de devorar muertos y chuparles la sangre a las caballerías.

Emitió un suspiro de hastío Tencino al ver caer a su última baza. Escupió con desprecio hacia los caídos en medio de un silencio espeso y macabro. Y de ahí que su esputo retumbara contra el suelo casi tanto como la piedra con la que marcaba el comienzo de los duelos. Se vistió después con parsimonia el gigante: bandas de lana sobre las pantorrillas, lino endurecido para proteger el bajo vientre y su famoso disco de bronce con correajes sobre el pecho. Del casco prescindió, pues, debido a su estatura, no esperaba estocadas tan altas.

—Aún estás a tiempo de salvar la vida si te conviertes en mi lugarteniente —le ofreció a su adversario—. Y a ese también lo quiero —añadió, señalando al secretario de ceremonias.

Magilo no respondió. Ya estaba en el centro del círculo con el gladius prestado —y ensangrentado— de Máximo Vento. «Este sabe matar mejor que tu falcata, y como el otro que te di veo que se lo regalaste a Tencino..., te lo presto un rato, hasta que acabes», le había dicho el romano cuando se acercó a felicitarlo por su último triunfo.

Los bigotes se le erizaron al gigante lusón en una suerte de mueca patibularia al ver que su rival pretendía hacerle frente a cuerpo gentil, armado solo con una espada. No parecieron afectarle los aplausos del público hacia su contrincante cuando penetró en el recinto con su escudo y su mítica hacha bipenne. Fuera había dejado clavado el gladius aprehendido al propio Magilo, por si acaso.

No había nadie en esta ocasión para tirar la piedra. El duelo a muerte lo puso en marcha el mismo Tencino mediante un golpe de hacha que sesgó el aire sin hacer carne. «Zuuuum, raaas», sonó el filo aquella vez, y todas las que el gigante intentó alcanzar en vano el cuerpo de su enemigo.

Había recuperado Magilo su famoso juego de pies, además de sus músculos. Sabía del potencial mortífero de Tencino, pero también conocía sus limitaciones. El gigante lusón era letal en primera línea de batalla, parapetado detrás de un muro de escudos, y casi sin moverse. Hacía mucho tiempo, sin embargo, que no se veía obligado a pelear en solitario.

Pronto se percató Magilo de que los años no habían pasado en balde para el ogro de las greñas grises. La fatiga hacía mella en él tras muchos esfuerzos estériles. Y es que rebanar trozos de viento sin dar nunca en el blanco lo hacía resollar como una mula con sobrecarga.

Giraba sobre sí mismo Tencino buscando una sombra intangible para su hacha. Bufaba de rabia

cada vez que rasgaba el aire sin éxito. Podía haberlo matado Magilo en varios de aquellos lances frustrados, pero decidió prolongar el martirio de su rival para divertirse.

Encontraba un placer salvaje en la venganza. Deseaba un ajuste de cuentas cruel y con ensañamiento después de que Tencino lo humillara en público ante sus hombres tras sorprenderlo en el páramo. De ahí los tajos innecesarios; en los hombros, en los brazos y hasta en las piernas. No eran aquellas heridas graves. Más bien simples muescas sin importancia para un coloso con músculos de mármol. Sin embargo, el terreno empezaba a estar inevitablemente salpicado de rojo a causa de los derrames.

Mordió Tencino varias blasfemias antes de arrojar al suelo un instrumento tan pesado e inútil como su hacha. Pensó que con una espada cometería menos errores, y se agachó para recoger el gladius que había pertenecido a Vento. Cuando se dio la vuelta para continuar la lucha, se extrañó de que Magilo estuviese empuñando su antigua arma. Era, en realidad, una de las reglas establecidas por el propio Tencino: un combatiente podía utilizar cualquier cosa que quedara abandonada por su contrincante dentro de los límites del recinto.

El gigante vio venir a su rival con el brazo cargado y elevó el escudo para evitar el hachazo por alto. Mas no era la intención de Magilo partir en dos el cráneo del caudillo lusón, sino desestabilizarlo. Y, a tal fin, lo golpeó con el plano en vez de con la parte cortante.

Retrasó el pie izquierdo Tencino para afianzarse tras el topetazo, y dejó adelantado —y desprotegido— el derecho. Un segundo más tarde, su propio filo le cercenaba la puntera de la bota con todos los dedos dentro. El aullido descomunal de la fiera fue más por la rabia de saberse vencido que por el destrozo. Y es que, a partir de ese instante, Tencino comenzó a cojear como un perro con las patas aspeadas. Ya no podía atacar, y se limitaba a defenderse de los cortes cada vez más frecuentes de su adversario. Vendió caro su pellejo el coloso lusón, pero acabó en el suelo, de rodillas, tajado en mil sitios, rojo de sangre de pies a cabeza. Había perdido el gladius y el escudo. Su arma predilecta estaba en manos de su verdugo.

—¿Muerte o destierro?! —bramó Magilo triunfante.

Levantó la mirada Tencino con sus últimas fuerzas. Tenía una oreja arrancada y medio cuero cabelludo desprendido a causa de un espadazo. Su rostro era una máscara macilenta de polvo y sangre.

—¿Destierro? —murmuró con una mueca de desprecio—. ¿Me has tomado por algún cobarde? Alárgame una espada.

Se le antojó adecuado a Magilo ofrecerle la falcata de su padre, el gran Buntalos. Y a Tencino poco pareció importarle. Buscó con parsimonia el hueco apropiado entre las costillas, a la altura del corazón, y empujó la espada hasta el puño. Cayó de bruces el hombre que durante muchos años había dominado la tierra de nadie de la Celtiberia. Le puso la bota encima del cuello Magilo como si, en vez de a un guerrero, hubiese matado a un oso.

—¡Yo soy el nuevo rey de todos vosotros! —aulló mirando a un público todavía aturdido por el espectáculo—. ¡¿Hay alguien que se atreva a reclamar el puesto?!

Hubo más murmullos de los previstos tras la muerte del líder y el ascenso del aspirante. A los más intrépidos, sin embargo, los frenaba la figura de un matarife implacable llamado Máximo Vento. Daban por hecho que aquel demonio sin barba ni greñas iba a convertirse en el primer lugarteniente del nuevo caudillo.

—¡Está bien! —asentó Magilo tras el largo silencio—. ¡Yo ya era el caudillo de todos los belos y de los titos, y ahora también lo seré de los lusones! ¡Sé que muchos sois hombres injustamente expulsados de vuestra tierra por caudillos crueles y poderosos! ¡Desterrados a un páramo inhóspito y frío! ¡Condenados a vivir una vida de criminales! Pues bien... —Magilo hizo una pausa para que sus siguientes palabras tuvieran más importancia—. ¡Yo os haré recuperar esa dignidad arrebatada! ¡Pero a través de la guerra, no del pillaje! Nada ganamos peleando entre nosotros, robando o matando a los nuestros. ¡La verdadera lucha es contra quienes llamaron a esta tierra Celtiberia y a nosotros... celtíberos! ¡Nacisteis y moriréis guerreros de honra, aunque el destino haya torcido vuestro camino temporalmente! ¡Yo os juro que volveréis cubiertos de gloria y triunfos a las ciudades que os vieron marchar en desgracia! Pero para eso... debemos unirnos todos: ¡titos, belos, lusones, arévacos y pelendones! ¡Y así lo haremos, porque esa es la misión que los dioses nos han encomendado! Aunque no os lo creáis, ¡vosotros sois los elegidos por las divinidades para liderar la victoria absoluta sobre Roma!

Se había subido Magilo sobre el cuerpo de Tencino para predicar más alto. Sentía el fulgor ardiente de muchos ojos, a pesar de que miles de desaharrapados empezaban a plegar sus hatillos y a mirar hacia los descampados en los que llevaban años viviendo. Fue entonces cuando Kaerkes comenzó con su soniquete.

—¡Keltiber! ¡Keltiber! —aulló el viejo entrechocando falcata y umbo antes de que la marcha de miles de decepcionados ensombreciera el ambiente.

—¡Keltiber, Keltiber! —respondieron algunos desde las primeras filas. Y es que, enrolados en un ejército hecho mayormente de malhechores, también había algunos guerreros de enjundia. Hombres que se consideraban válidos a pesar de la marginación sufrida en sus ciudades natales. De esos... permanecieron todos. Hicieron suyo el nuevo grito de guerra y lo repitieron cada vez más alto, con más decisión y rabia. Entonces se atrevieron a entonarlo otros que parecían tibios. Hubo incluso varios centenares que regresaron de la oscuridad al oír cómo crecía el estruendo.

—¿Cuántos crees que se han quedado? —le preguntó Magilo a Kaerkes.

—Unos cinco mil.

—¿Entonces se han marchado diez mil?

Ladeó la cabeza el viejo con ademán de sabiduría.

—Se han quedado los mejores. A los demás..., que se los coman los lobos.

Miró alrededor Magilo como un búho repentinamente deslumbrado por las luces del mediodía. Echó en falta al causante de su éxito.

—¿Vento?

—¿El romano?

—Sí.

—Ha cogido el hacha y se ha ido hacia la tienda de Tencino.

Se había marchado Máximo Vento a medio discurso, no sin haber dejado antes al nuevo caudillo haciendo uso del poder de persuasión imbuido por la Sombra. No podía soportar por más tiempo la espera el legado romano. Al recorrer las telas de la entrada lo recibió un coro de gritos. Estaban las siete mujeres encadenadas las unas a las otras alrededor del poste que sostenía todo el entramado de la tienda. Tiritaban de frío tras la larga noche, pues los lusones se las habían llevado vestidas con un simple subligaculum. Temblaban ahora ante la visión horrenda de un hombre feroz que goteaba caldo rojo hasta de las cejas.

Y es que, cubierto de sangre de pies a cabeza, tocado con un casco de cuero endurecido que le tapaba hasta las orejas y una piel de lobo sobre los hombros, Vento era la encarnación perfecta de un horrible bárbaro.

—¡Soy yo! —exclamó tras descubrirse—. Separad bien los brazos y tensad las cadenas. Los grilletes ya los quitaremos luego.

Liberó Vento a las siete mujeres partiendo los gruesos eslabones a hachazo limpio. Elvia se le abrazó la primera. Le frotó la cara para comprobar que la sangre no era suya. Besó después unos labios resecos, agrietados por el polvo y el sudor de tres enfrentamientos a vida o muerte.

—Sabía que vendrías...

Se le aniñó el semblante al legado tras las caricias.

—En realidad, he venido gracias a tu hermano. Él me ha traído hasta aquí —le confesó el romano al oído con el fin de que las otras no lo oyeran.

—¿¿Magilo está bien?! —Había una traza de preocupación en los ojos de Elvia.

Puso Vento una mano sobre la boca de la joven celtíbera.

—No digas su nombre en alto. No quiero que las novias de los tribunos sepan de vuestro parentesco, al menos todavía —le dijo muy quedo al oído mientras las romanas recién liberadas se apiñaban todas juntas en un extremo de la tienda.

—Pues ya se lo he dicho, esta noche mientras llorábamos —repuso compungida—. Les he prometido que, si no eras tú, un hermano mío, caudillo de todos los belos, vendría a liberarnos. —Se encogió de hombros la bella Elvia—. Tenía que darles algo de esperanza.

Un suspiro de impotencia escapó del pecho de Vento.

—Confiemos en que sean discretas.

—Pero... ¿Magilo está bien?

Señaló vento al exterior con un gesto de la cabeza.

—¿No lo oyes? Acaba de coronarse rey de esa chusma.

Divisó Elvia a Magilo nada más abandonar la tienda. Estaba de espaldas, arengando desde lo alto de un cadáver a una muchedumbre absorta. Quiso acercarse a él para estrecharlo entre sus brazos después de tanto tiempo, pero Kaerkes le salió rápidamente al paso.

—Lo siento, pero ahora no puedes interrumpir al líder —le dijo—. No estaría bien que los muchachos lo vieran recibiendo arrumacos de una mujer mientras habla de guerra.

—¡Soy su hermana! —protestó la celtíbera.

—Da igual. Ya conoces nuestras costumbres. Magilo me ha encargado que os saque de aquí cuanto antes. —Kaerkes lanzó a Vento una ojeada urgente—. Diez de nuestros jinetes os escoltarán hasta las cercanías del campamento romano.

Desfiló el grupo de mujeres entre rostros barbudos cargados de un asombro peligroso. Había entre los asistentes a la asamblea bastantes guerreros que habían participado en el asalto a los reales de Graco. No entendían aquellos hombres la marcha de unas rehenes cuya captura había costado centenares de vidas lusonas. Vento permaneció, sin embargo, hasta que el nuevo caudillo acabó su discurso cinco minutos más tarde. Entonces se acercó a él y le dijo:

—Eres un hijo de la gran puta, Magilo.

Una mueca de fingido disgusto se dibujó en el rostro tiznado del celtíbero.

—¿Por qué?

—Porque me has utilizado para conseguirte un gran ejército.

Rio con sorna el sucesor de Tencino.

—Bueno..., no te quejes. Tú también has conseguido lo que querías.

Asintió Vento con inusitada tristeza.

—Cierto, pero a ver cómo le explico ahora a tu hermana que todo esto que estás montando acabará en una gran batalla campal de la que, quizá, no salgamos vivo ninguno.

Compuso Magilo una mueca de fatalismo inevitable.

—No te engañes, Vento. Tú y yo estamos destinados a terminar mal de una manera u otra —sostuvo filosófico—. En cuanto a esa gran batalla de la que hablas..., nos conviene a ambos bandos.

—¿Tú crees?

Se mostró categórico el nuevo caudillo.

—Es la única manera de saber quién es más poderosa: Roma o Celtiberia. —Se miraron el uno al otro con mucha fijeza—. ¿A qué estás esperando para marcharte con los otros? —preguntó Magilo al ver que el legado continuaba a su lado con gesto paciente.

—A que te bajes del muerto.

Se apeó intrigado Magilo del cuerpo abatido de Tencino.

—¿Para qué?

En lugar de responder, Máximo Vento levantó el hacha bipenne en el aire y decapitó al gigante de un solo golpe. Después se llevó su cabeza aferrada por los pelos.

XLVIII

Se había quedado Arranes guardándole el caballo a Vento en un puesto de guardia totalmente vacío. Se había marchado el retén a presenciar el duelo a muerte en cuanto escucharon los primeros tañidos de las espadas. Los diez hombres de Magilo y el ilergete eran los únicos que seguían allí, a las puertas de la estepa. Atentos los primeros a las arengas que traía el viento de un líder enfervorecido tras su victoria; más inquieto el segundo, a la espera de un parlamento que iba a resultarle, cuando menos, incómodo.

—¿Los otros? —reclamó Vento tras presentarse con la cabeza cortada de Tencino colgada del cinto.

—Te llevan quince minutos de ventaja. Elvia monta mi caballo.

—¿Entonces tú?... —Tenía los párpados entrecerrados el legado romano en un rictus de sospecha. Tragó saliva Arranes para que la frase le saliera de una pieza.

—Yo me quedo aquí, con Magilo —dijo.

Agitó la cabeza Vento con ademán caviloso y, a la vez, admonitorio.

—No saldrás ganando nada con el cambio de bando. Eso ya lo sabes... —predijo.

—Lo mío no es una deserción —matizó el ibero—, sino una cuestión de principios. Tan solo quería despedirme de ti antes de que te fueses.

Agradeció Vento el gesto del ilergete y le ofreció la mano.

—He procurado hacer de ti un buen soldado, aunque ya veo que van a ser otros los que disfruten del trabajo.

—Son las cosas que a veces tiene la guerra, supongo.

Estuvo de acuerdo Vento con la apreciación del ibero.

—Desde luego. Por lo que he visto y oído, me temo que volveremos a vernos en algún momento no muy lejano —replicó antes de espolear a su montura en busca del grupo.

Los alcanzó al cabo de media hora. Elvia era la única mujer que disponía de montura propia. Las seis prometidas de los tribunos iban fuertemente agarradas a la cintura de otros tantos jinetes celtíberos. Kaerkes detuvo a los suyos a media milla del campamento romano, cuando el sol crepuscular convertía las nubes del horizonte en una densa bruma de color púrpura.

—Aquí os dejamos. No me fío de tus amigos ni de sus juguetes —dijo, mirando con recelo a las ballistae emplazadas sobre una empalizada recién reconstruida sobre un grueso zócalo de piedra.

Asintió Vento, conforme y agradecido por el servicio prestado por los acólitos de Magilo. La súbita aparición de una turma de caballería romana por la porta principalis impidió una charla más larga.

Venía el propio Graco al frente de los jinetes itálicos. Lo acompañaban unos tribunos alborozados, gesticulantes, todavía incrédulos de ver a sus novias en una pieza. Miró el pretor a su legado con ojos interrogativos, no exentos de una admiración estupefacta.

—¿Vas a contarme cómo lo has conseguido?

—Mejor mañana —respondió Vento, con la vista puesta en Elvia.

Ambos estaban cansados. Llevaban un día entero sin probar bocado, pero antes de comer, beber o hablar con nadie, querían satisfacer la calentura interna provocada por la zozobra.

Pareció hacerse cargo Sempronio Graco de la necesidad imperiosa de los dos jóvenes. Porque, además, el mismo rumbo tomaron los tribunos con sus prometidas. Tampoco se atrevió a interrogar a Vento por el contenido de la bolsa que portaba bamboleándose en su cinto. Ya tendrían tiempo de charlar a la mañana siguiente durante el desayuno.

Resultó más frugal que de costumbre el ientaculum porque el barracón donde se guardaban los víveres se había quemado casi por completo durante el incendio. Aun así, Vento mascaba el pan duro y el queso a dos carrillos, como si fuera carne de cerdo recién cocida. De hecho, se quedó el último en la mesa, acompañado por un Graco irritado por el silencio recalcitrante de su subordinado y la consiguiente demora de los informes.

—Entonces, a las chicas no les hicieron nada...

Gruñó Vento una negativa sin dejar de masticar la pasta agria que llenaba su boca.

—Ya. ¿Y los tres iberos que te llevaste?

Hizo esta vez el legado un gesto evasivo, como si espantara una nube de mosquitos con una mano.

—Me preocupa el tema de los auxiliares —reflexionó en voz alta el pretor romano—. Entre muertos y desertores, estamos faltos de mano de obra barata.

Volvió a permanecer mudo Máximo Vento ante el comentario, lo cual exasperó a Graco.

—¿Vas a desembuchar ya sobre lo ocurrido en el campamento de Tencino o estás todavía embobado por esa celtíbera? —preguntó apremiante.

—Cuéntame tú antes qué has conseguido de ese Thurro.

Graco torció el gesto. Le dolía reconocer su falta total de resultados en las negociaciones con el régulo carpetano.

—Aún nada —gruñó—. Quiero que esos malditos hispanos vean que estoy decidido a permanecer aquí, en su tierra, todo el invierno. Esa es la razón por la que he ordenado hacer más grande nuestro recinto, con grandes barracones para la tropa, y otros individuales para los oficiales. Lo del zócalo de piedra bajo la empalizada me ha parecido procedente tras ver lo fácil que penetraron los lusones.

Asintió Vento anuente.

—Eso está bien. ¿Apuntaste toda la artillería contra sus murallas como te dije?

—Toda nuestra artillería se reduce ahora mismo a tres catapultas y dos onagros tras el incendio. Ese viejo zorro lo sabe, o lo sospecha, y no quiero que se ría de nosotros a la cara. Por cierto, ¿qué llevas en esa bolsa?

Se había fijado por fin Graco en el bulto que Vento había traído consigo la noche anterior. Le extrañó que lo mantuviese con él todavía por la mañana. Dio por terminado Vento su desayuno en ese instante. No era él un hombre escrupuloso con las cosas de comer, ni susceptible al asco. Pensaba, quizá con inocencia, que todos los enrolados en la milicia tenían el mismo cuajo. Por eso sacó la cabeza cortada de la bolsa y la depositó sobre la mesa como si se tratara de una tarta de manzana.

—¡Por todos los dioses, ¿qué diablos es esto?! —barbotó Graco antes de que una arcada brutal lo obligara a vaciar el estómago a los pies de su silla.

Se secó el pretor romano los restos del vómito con los faldones de su capote de invierno mientras examinaba la faz descompuesta del muerto, sus ojos desaforados y blancos mirando al infinito, sus hilachas negras entreveradas de canas enrojecidas por la sangre, su lengua gruesa y amoratada asomándole por la boca.

—¡Este es Tencino! —exclamó incrédulo tras el meticuloso estudio.

—Sí.

—¿Y el cuerpo?

Se le escapó a Vento una sonrisilla sardónica.

—Habríamos necesitado una carreta tirada por cinco bueyes para traer semejante peso...

—Ya. ¿Y tuviste que matar a esta bestia para recuperar a las chicas?

—En realidad, lo hizo otro por mí. Yo solo ejecuté a sus tres lugartenientes.

Tardó unos segundos Graco en ordenar sus ideas. Frunció el ceño cuando las piezas del rompecabezas encajaron, y el resultado fue una imagen de lo más preocupante. Faltaban aún muchos días de trabajo para que sus reales tuvieran la solidez necesaria como para repeler con éxito un asalto directo de quince mil bárbaros.

—¿Y su ejército?! Estará ciego de venganza tras el asesinato de su líder... Esta vez vendrán en serio...

La voz serena y experimentada de Vento tranquilizó un poco a Graco.

—El ejército lusón está ahora en manos de Magilo. Fue él quien batió a Tencino en un duelo a muerte.

—¿Magilo? ¿El caudillo de los belos? ¿Nuestro antiguo prisionero?

—Eso es.

Un dedo acusador, aunque algo tembloroso, apuntó a Vento.

—Debimos haberlo matado cuando pudimos, pero tú lo evitaste. Ahora es un peligro para nosotros.

Chascó la lengua Vento en desacuerdo.

—Cada hombre tiene su hora de morir, y la de Magilo no era aquella. Además, no hay por qué preocuparse tanto —sostuvo el legado en una verdad a medias; en realidad, casi una mentira—. Los lusones ya no son tantos como vimos. No menos de diez mil han preferido continuar con su vida esteparia antes que seguir la senda marcada por un nuevo líder al que solo conocen de oídas.

Volvieron los ojos de Graco a superar la empalizada norte de su campamento como el astil perdido de una carroballista. Se clavaron al fin en las torres encaladas de Cértima y sus siluetas curiosas. No acababa de sacudirse la zozobra el general itálico.

—Ya, pero, aun así, dispone de cinco mil guerreros listos para el combate, e imagino que se habrá quedado con los mejores...

—Eso sí es cierto.

—... y nosotros todavía aquí, empantanados entre dos fuegos por culpa de ese régulo mezquino que se niega a cruzar palabra conmigo. Me gustaría entrar por la fuerza en esa maldita ciudad carpetana y quemar vivo a ese malnacido de Thurro, pero no está la moral de los hombres ahora mismo como para pedirles semejante sacrificio después de que vieran a doscientos compañeros caídos tras el asalto de los lusones. —Hizo Graco una larga pausa reflexiva antes de formular su pregunta—. ¿Sabes cuál será el siguiente paso de ese Magilo? Algo habrás visto en ese campamento...

Percibió Vento el escrutinio ceñudo de Graco sobre su rostro. La sensación fue la misma que si se hubiera acercado demasiado a una antorcha. No aceptaría el pretor gestos ambiguos ni respuestas evasivas.

—Es posible que intente una coalición de algunos pueblos celtíberos —se vio obligado a confesar.

—¿Una coalición de las tribus de la meseta?! ¿Eso es posible?!

Se encogió de hombros el legado, dando así a entender su incapacidad para prever el futuro.

—Nunca se ha hecho, porque ningún caudillo celtíbero ha logrado reunir a su alrededor a todas las tribus que habitan estas tierras.

—¿Y crees que las tornas podrían cambiar con Magilo?

Pretendió Vento fingir un cierto grado de ignorancia con el fin de no abrumar a Graco.

—Es de suponer que todos los lusones de raigambre lo seguirán a partir de ahora; y también lo harán los belos y los titos si les pide ayuda. En cuanto a arévacos y pelendones... es casi imposible ponerlos de acuerdo. Se llevan a matar. Por otra parte, los primeros siempre prefieren ir por libre. Jamás se someten a un líder ajeno.

Respiró Graco más aliviado bajo su coraza mientras Vento no dejaba de observar el tranquilo ir y venir de los carpetanos sobre el adarve. Seguramente, todavía esperaban el asalto final de las tropas lusonas. Mientras tanto, la cabeza desgredada de Tencino miraba sin ver hacia el lado opuesto con un extraño rictus de asombro.

—¿Para qué te has traído este fetiche? Bastaría con que me hubieses dicho que la bestia había muerto... —murmuró Graco con repugnancia.

Volvió a meter Vento la testa del gigante dentro de la bolsa y esbozó una sonrisa perversa.

—La he traído para que te evite un asalto que nos provocaría al menos mil bajas —dijo, e instó al pretor a seguirlo.

Notaba Graco una flaqueza inquietante en las rodillas a medida que el grupo se acercaba a las torres de Cértima. No en vano los cinco soldados que los acompañaban portaban sus enormes escudos oblongos de combate mientras que Vento y él mismo caminaban a pecho descubierto. Iba, de hecho, preparado para escuchar el zumbido de alguna flecha cuando ya fuera demasiado tarde. Si arriesgaba la vida era tan solo porque su legado había insistido en que un pretor con agallas debía jugársela en según qué ocasiones. Para impresionar al enemigo con su desprecio por la muerte. Para convencerlo de que Roma no conoce el miedo a los bárbaros, y menos a los que se encierran en sus fortalezas.

Tomó Graco el pilum de uno de sus hastati y sacó la cabeza de Tencino de la bolsa. Después la ensartó en la punta de la lanza y clavó su regatón en el suelo. Lo hizo nervioso, inseguro, con movimientos envarados; pero como estaban a veinte pasos de la puerta sur de Cértima, Thurro y sus acólitos no percibieron los temblores. Además, el viento le soplaba de espaldas al pretor romano. Por eso, cuando habló, aquel cierzo gélido lanzó sus palabras como si fueran una granizada de proyectiles de artillería incendiaria.

—¿Este es el hombre que debía defenderos?! ¡Pues ya veis que, sin cabeza, no podrá hacerlo!

—tronó en un discurso que llevaba aprendido desde el campamento—. ¡Rendíos ya si no queréis que monte en cólera! ¡No podéis recurrir a ningún ejército celtíbero porque ya hemos tomado sus mejores ciudades! ¡En cuanto a los criminales que seguían a Tencino... los desbaratamos en la batalla de la vaguada! ¡Solo quedan los cobardes que atacaron mi campamento de noche, y a esos... los cazaremos hoy mismo sin falta! —mintió según lo había aleccionado Vento, y se cruzó después de brazos para ver la reacción que sus amenazas causaban en los mirones.

Observó Thurro la cabeza cortada del gigante entre horrorizado y perplejo. Levantó después la vista hacia el horizonte, en la esperanza de ver aparecer una polvareda que delatara en la lejanía al ejército salvador de la Carpetania. Una inmensa nube de tordos lo confundió durante un rato. El semblante, sin embargo, se le puso otra vez pálido tras percatarse de que el nubarrón era por culpa de los estorninos y no de las botas de quince mil hombres en marcha.

—¡Págame a mí lo que ibas a darle a Tencino y respetaré Cértima! ¡De lo contrario... dejaré que mis hombres tomen venganza en tu ciudad y en sus habitantes! ¡Moriréis todos, y tu cabeza se pudrirá en una pica, junto a la de tu último aliado! ¡Tienes una hora para decidirlo! —amenazó Graco con voz más recia, pues la inacción de los arqueros carpetanos y las caras blancas que veía en las torres iban dándole más confianza.

Comenzó de inmediato un parlamento desesperado en la torre derecha de la puerta sur de Cértima. Thurro y sus consejeros debatían acaloradamente el asunto mientras el miedo les revolvía los cabellos más que el propio cierzo.

Pensaba Graco que la reunión iría para largo, y por ello se dispuso a volver a sus reales hasta que se cumpliese el plazo. Pero los portones de Cértima crujieron en cuanto Vento y él se dieron la vuelta. Una carreta de bueyes le llevó tres cofres pequeños llenos de monedas doradas. El propio Thurro venía a las riendas, vestido con ropas humildes y desprovisto de corona.

—Acepta mis disculpas, dux —dijo, tras bajarse del pescante e hincar la rodilla en el suelo—. Todo ha sido un lamentable malentendido. No hay nada que desee más que ser amigo de Roma.

Husmeó Graco dentro de las arquetas con ademán displicente. Eran modestas, pero iban llenas de oro hasta arriba.

—No serás amigo, sino tributario —matizó—. Y te concederé mi perdón solo si me traes otros seis cofres iguales a esos. Y quince mil mantas de buena lana, y otros tantos saga. Si te parece mucho, agradéceselo a los que nos quemaron todo en el campamento por tu culpa. También quiero madera y piedra de calidad para terminar los barracones de mi nuevo cuartel; y alimentos suficientes para que mis hombres pasen aquí todo el invierno. Ya sabes: grano, carne, forraje... Ese tipo de cosas.

Mantenía la cabeza humillada el régulo para no mirar de frente al militar romano, pero casi se torció la nuca al escuchar las exigencias.

—¡No tengo todo eso que pides en Cértima!

—Pero sí lo tiene la Carpetania. —Esquinó Graco una sonrisa malévola—. Encárgate de que todas tus ciudades apoquinen lo que les corresponda. Porque así va a ser siempre a partir de

ahora.

XLIX

La primera orden de Magilo como jefe supremo fue la de hacer llevar el cuerpo incompleto de Tencino al revolcadero de jabalíes en el que él mismo se había escondido cuando lo perseguían las hordas. Un lugar suficientemente alejado de todo para que los buitres no se sintieran importunados en su trabajo. No le pareció adecuado descuartizar el cadáver y dárselo de comer a los lobos y tampoco quemarlo para que sus cenizas abonasen los campos de la Celtiberia. Criminal o no, Tencino había sido también un gran guerrero. Y, como tal, merecía que su alma reposase en el paraíso de la diosa Noctiluca, al lado de otros grandes hombres que se habían dejado la vida manejando la espada o la lanza.

A media tarde, Magilo pasó revista a sus nuevas tropas acompañado de Arranes. A Kaerkes le iba a costar regresar de su excursión hasta Cértima, pues antes de volver debía dirigirse a Alces, en busca de los guerreros mancos, o lo que quedase de ellos.

Le sorprendió a Magilo gratamente encontrar un puñado de belos, algunos titos e incluso una veintena de pelendones enrolados en unas filas que suponía exclusivamente de origen lusón. Lo que no vio fue arévacos.

—¿Estás seguro de que quieres estar aquí?

Escuchó Arranes la pregunta entre el tañido de las falcatas contra los umbos metálicos de los escudos. Llevaba los pelos de la piel erizados y el cuerpo estremecido por una emoción inesperada e intensa.

—No quiero que los romanos vuelvan a reclutarme a la fuerza. Por lo menos aquí puedo elegir bando.

Asintió complacido el celtíbero.

—Tu abuelo estaría orgulloso de ti.

—Magilo...

—¿Qué?

—Nunca te había oído hablar así.

—Así... ¿cómo? No me digas que has entendido una sola palabra de mi discurso...

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro franco del ilergete.

—No he entendido apenas nada, pero nunca te había oído pronunciar la palabra Celtiberia, o celtíbero. He escuchado también cómo mencionabas a todos los pueblos que habitan entre los dos grandes ríos y he supuesto que te referías a lograr la unidad de todos para una lucha

conjunta.

Se adecentó Magilo la coraza de su padre y los correaes antes de seguir hablando.

—Todo eso es cierto. Pero no es idea mía, sino de los dioses.

—¿Los dioses?

Procedió Magilo a resumir, obviando su derrota ante Kaukirino, la misión encomendada por el oráculo a través de la Sombra.

—¿Y tú te crees eso? —le interrogó el ibero.

—Bueno... —se encogió de hombros el líder celtíbero—, las cosas van saliendo, más o menos, según lo previsto. Por ahora.

—Ya. Y a partir de ahora... ¿cuáles son los planes?

Un suspiro de cansancio escapó del pecho del caudillo.

—Encontrar un lugar seguro..., pasar allí el invierno de manera digna..., conocernos..., reunir más hombres y... —dirigió Magilo una mirada llameante hacia Arranes— ¡prepararnos para la batalla definitiva contra Roma!

Había cesado el retumbar de aquella música de orgullo y guerra que tanto enfervorecía a los guerreros antes del combate. Estaban ya ambos contertulios de vuelta a la antigua tienda de Tencino.

—¿Para ti Sempronio Graco es Roma? —inquirió de pronto el joven ibero.

—Pues claro. —Magilo echó una ojeada suspicaz al ibero—. ¿Qué tratas de insinuar, mequetrefe?

—Nada, que, aun ganando esa batalla que dices definitiva, solo conseguiríamos el control absoluto de la Celtiberia durante un corto espacio de tiempo. Y eso, contando con que al pretor de la otra media Hispania, Postumio Albino, no le dé por meterse en el ajo. Después habría que volver a librar otra batalla definitiva al año siguiente, y al siguiente. Y así sucesivamente hasta no acabar nunca.

Aún olía la tienda de Tencino a sudor rancio y miedo de mujeres esperando el final truculento de sus vidas. Levantó Magilo un dedo amenazador en aquel aire viciado.

—Escúchame, mocosito. Hay que empezar a reconquistar territorios por algún sitio, y no quiero derrotistas en mi ejército. Si vas a andar poniendo trabas a todo, es mejor que te vayas por donde viniste. Por otra parte..., ¿vas a saber tú más que el oráculo?

Era Arranes un hispano medianamente religioso. Compartían además los ilergetes parte de su panteón con los pueblos celtíberos. De hecho, Netón, dios solar de la guerra, destacaba como uno de los favoritos del nieto de Estobeles.

—No, eso no... —respondió abrumado—. Permíteme al menos una pregunta.

—¿Cuál?

—Aquí tenemos unos cinco mil guerreros bastante bien pertrechados. Pero ¿cómo vas a hacer para arrastrar a otros? ¿Cómo conseguirás esa gran coalición de la que hablas?

Se mostró Magilo confiado en su nuevo poder de convicción y en la predisposición de los de su estirpe.

—Mandaré emisarios a las ciudades más importantes de la Celtiberia. Convocaré a sus líderes a una reunión inaplazable. De ahí saldrá un compromiso con el que levantaremos un gran ejército —sostuvo tajante.

—¿Eso incluye a los arévacos? Siempre he oído que son los más poderosos, militarmente hablando...

Usó Magilo su lengua como un látigo de siete colas para emitir un sonoro chasquido.

—No —confesó de mala gana—. Los arévacos no están todavía en una guerra abierta contra Roma. En general, las legiones de los pretores no suelen internarse tan lejos. Tan solo han tenido algunos encontronazos esporádicos con el invasor. Y no vendrán al cónclave, a menos que...

—¿A menos que qué?

Dudó un segundo Magilo del poder omnímodo del oráculo y de los dones otorgados a través del brujo de Sekaisa, pero descartó al instante tal pensamiento.

—A menos que a esa reunión se presenten también los vacceos. Y yo me encargaré de que lo hagan —dijo, y se le fue la mirada hacia poniente, el lugar de morada de aquella tribu indómita.

—¿Son buenos esos guerreros?

Asintió Magilo con vehemencia.

—Una casta indomable, como los arévacos. Por eso se respetan y se admiran mutuamente. No me imagino cómo será verlos luchar a todos ellos junto a belos, titos, lusones y pelendones. La unión nos hará invencibles... —Un hilillo de baba se le escapó al nuevo líder celtíbero por la comisura de la boca y se le quedó colgando de las barbas.

—¿Y conoces a su caudillo principal?

—Sí, se llama Ari. Sé que estará dispuesto a entrevistarse conmigo.

—Entrevistarse no es lo mismo que dar por hecho un acuerdo... —repuso Arranes, escéptico.

La manaza de Magilo restalló sobre el cogote del joven ibero.

—No seas agorero —lo amonestó—. Tú mismo has de verlo con tus propios ojos porque pienso

llevarte conmigo en cuanto estemos bien instalados en Ercávica.

La ciudad celtíbera resonó en los oídos de Arranes como una tuba lejana de guerra.

—¿Ercávica?

—Sí, ya sé que pasaste por ahí cuando aún eras un maldito esclavo de los romanos. Me enteré de que sus habitantes la abandonaron antes de que llegaseis. Estará desvalijada, imagino.

—Lo está. Y bastante quemada.

—Bueno, pero tiene las murallas en pie, supongo. Y el resto lo ya reconstruiremos nosotros. El lugar le viene a mano a todo el mundo, y no creo que Graco se mueva de Cértima en todo el invierno. No quiero que los hombres se acostumbren más a esta vida trashumante. Deben recuperar la autoestima. Deben volver a sentirse ciudadanos de alguna parte. Levantar una casa que sea suya. Amar unas calles, unos muros, un terruño. Pergeñar una familia, si les da tiempo. Todo eso los hará más temibles, más peligrosos, a la hora de pelear contra el invasor romano. Porque tendrán algo que defender, un rincón al que volver después del triunfo o, los dioses no lo quieran, una derrota. La intemperie no es buena ni para las alimañas.

—¿Y qué pasa con la tuya?

Encajó Magilo la pregunta de Arranes como si un cuchillo con el filo romo le rebanara el corazón en rodajas.

—¿Con mi qué? —repuso, seco.

—Con tu familia de Sekaisa. Una vez me dijiste que tenías mujer y dos hijos, y que ibas a recuperarlos en cuanto fueras libre y otra vez jefe. ¿Vas a llevarlos contigo a Ercávica?

Se le había ido quedando el gesto pétreo al celtíbero; pero después se le puso extrañamente laxo, con un rictus decreciente en la boca igual que la máscara de la tragedia.

—Mi familia ahora mismo es lo que ves ahí fuera —murmuró con un hilo de voz.

Se hizo cargo el ibero de la desazón amarga de su amigo. Porque a Magilo le temblaba el mentón como a un niño pequeño haciendo un puchero.

—Ya. Las cosas no sucedieron como pensabas al regresar a casa... —musitó al cabo.

—No. Pero ya llegará el día en que lo arregle. Nada en esta vida es definitivo, excepto la muerte.

Así habló Magilo, los ojos vidriosos, mientras escuchaba el festejo de los que celebraban el nacimiento de un nuevo poder llamado Celtiberia.

L

Se desplomó el invierno sobre la Celtiberia y también sobre la Carpetania con toda su virulencia. A principios de diciembre era previsible que la estepa se convirtiera en un barrizal y las cumbres de las montañas relumbraran al sol de la mañana como espejos de polvo blanco. Mas no pillaron desprevenidos aquellos temporales ni a romanos ni a celtíberos.

Hacía más de dos semanas que Sempronio Graco vivía confortablemente en su nuevo campamento de troncos y mampuestos. Se reponían sus legiones de las largas caminatas y de los combates a base de consumir el alimento facilitado por el régulo Thurro y otros señores menos importantes.

Estaba el pretor satisfecho de sus logros, pero aún se puso más contento cuando, en los idus de enero, un heraldo le trajo noticias frescas de Roma: el Senado le autorizaba a prolongar su mandato por otro año y le concedía, además, la legión extra solicitada para rematar de una vez por todas a los condenados celtíberos.

Dada la ubicación de los ejércitos senatoriales, los soldados llegarían a primeros de marzo, como era la costumbre en cada campaña, al puerto de Carthago Nova en vez de al de Tarraco.

Solo una cosa agriaba, sin embargo, el humor a menudo cambiante del pretor romano: el exterior de su flamante cuartel pronto se vio de nuevo rodeado de canabae. Y es que las noticias volaron como como raudos proyectiles de ballista hasta Castra Atiliana, el lugar al que Graco había enviado a la muchedumbre de no combatiente antes de internarse a fondo en la Celtiberia.

Para las calendas de febrero, la campa de Cértima ya estaba llena de parásitos. Así es como llamaba el pretor a las esposas o amantes de sus soldados, a las prostitutas que les vendían su cuerpo para que olvidaran la sangre, a los mercachifles que les ofrecían objetos inútiles a precios exorbitantes, a los quincalleros que afirmaban saber repararlo todo, a los tahúres que manejaban dados plomados.

Él había logrado librarse durante unos meses de aquella ralea de oportunistas que seguían —por norma general— a las legiones romanas a todas partes. Pero la infección había vuelto en forma de centenares de tingladillos.

Eran a veces simples sombrajos sujetos con palos, o casetas de ramas secas con un simple cañizo como techumbre.

—Y ahora... ¿qué hago? —le preguntó, sombrío, a su legado mientras contemplaba aquel universo maloliente bajo el que anidaban las rémoras que tanto odiaba.

—Transigir —replicó Vento lacónico, y se fue en busca de Elvia, que examinaba entusiasmada un tenderete de baratijas y abalorios bajo la mirada ávida de su dueño.

En la orilla opuesta del río, Magilo no podía quejarse de cómo le habían ido las cosas. Los designios del oráculo iban cumpliéndose de manera inexorable. Daba ya por hecho que el resto de acontecimientos, y también los éxitos, irían cayendo por el peso de lo divino.

Había superado los sinsabores del encarcelamiento, de su derrota ante Kaukirino y el rechazo de Izaro. Se sentía otra vez fuerte, y solo el recuerdo de su hijo Caro lo trastornaba algunas veces. Se preguntaba si el niño estaría creciendo de acuerdo a los preceptos establecidos por los antepasados; si ya sabría montar a caballo, disparar con un arco y decapitar gallinas con una falcata. Si el maldito Kaukirino lo estaría educando como a un futuro dignatario.

En el fondo, poco importaba si sus deseos coincidían con la nueva realidad impuesta por los Alisakum en Sekaia, porque él pensaba destronarlos muy pronto, y retomar después sus labores de líder y padre.

También Elvia llenaba a ratos su pensamiento. Sentía no haberle hecho más caso en el campamento de Tencino, pero es que las obligaciones de un caudillo tenían su precio. Afortunadamente la sabía en buenas manos, tal vez incluso consentida en exceso por un enemigo entrañable llamado Máximo Vento. No obstante, algún día tendría que recuperarla; porque una bonita flor no puede enraizar entre la mala hierba.

En cuanto a Izaro, el rencor y lo que a él aún se le antojaba como una sombra de cariño se le mezclaban en la sangre como dos elementos contra natura. Dos ingredientes más propios de una pócima corrosiva, pero inevitables en el corazón de un hombre despechado.

Se serenaba, sin embargo, cuando pensaba en la urbe que había rehecho casi de la nada. Ercávica tenía otra vez todos los fundamentos para volver a ser un gran oppidum. Aparte de unas gruesas murallas y de un núcleo urbano otra vez febril y ruidoso, la ciudad contaba ya con un consejo regente en el que todos sus miembros, obviamente, eran afines a Magilo hasta las trancas. La ciudad, además, desbordaba vida por sus cuatro costados después de que varios centenares de mujeres se acercaran a ella, cansadas de vivir una vida de sexo mercenario en los confines de la Celtiberia.

Hubo muchos guerreros que no les hicieron ascos a pesar de su mala fama. Y llegaron incluso a contraer matrimonio con ellas. A unos pocos osados se les ocurrió pedir la presencia de un brujo que oficiase los enlaces, pero Magilo se mostró tajante al respecto. Ante la dificultad de encontrar un druida de confianza en los alrededores y dada su estrecha relación con el oráculo — asentó—, él mismo asumiría el liderazgo religioso en la urbe. El militar y el político... A esos ya los daba por afianzados.

Ni una sola voz se opuso a la iniciativa, tal vez debido a la presencia silenciosa pero amenazante de Arranes y Kaerkes. Ambos hombres flanqueaban al caudillo en todo momento, como antes hacían con Tencino sus lugartenientes.

Se había convertido el nieto de Estobeles en un soldado curtido gracias al entrenamiento diario y la guerra. Con la nariz aplastada por los golpes, las cicatrices propias del combate y unos brazos recios como ramas de encina, nadie tenía por qué saber que sus habilidades con la espada no eran, ni de lejos, las de Máximo Vento.

A Kaerkes cualquiera podía leerle la muerte en sus ojos de ratón astuto. Aunque era demasiado viejo para luchar tres horas seguidas en el muro de escudos, podía acabar con cualquiera en un duelo si la pelea no se alargaba más de cinco minutos.

Aquel mismo 13 de febrero, Magilo emprendió el viaje que debía colocar la primera pieza del rompecabezas. Porque si los vacceos no aceptaban unirse a aquella coalición en ciernes, tampoco lo harían los cautelosos arévacos. Entonces... las posibilidades de vencer a las legiones de Graco contando solo con guerreros belos, titos y, quizá, pelendones se reducirían bastante.

Kaerkes fue el designado por Magilo para quedarse al frente de Ercávica mientras duraran las negociaciones. Lo acompañaron Arranes y una tropilla de doscientos jinetes. Podía haberse llevado el nuevo caudillo a todo su ejército, o a una buena parte de él, para impresionar a Ari, soberano principal de Vaccea. Pero desestimó la idea ante los riesgos evidentes del desplazamiento.

Trotaron tranquilos mientras atravesaban territorios de los belos y los titos. De pronto Magilo ordenó virar hacia el sur en un sorprendente escorzo.

—¿Vamos a dar un rodeo? —le interpeló Arranes al ver girar el sol de manera extraña.

—No queda otra. De seguir recto, entraríamos en terreno arévaco y nos interceptaría alguna patrulla. Preguntarían y esas cosas.

—Pero son celtíberos y van a ser nuestros aliados...

—Eso ya lo veremos. Por ahora prefiero llevar todo en secreto —zanjó Magilo hermético.

Prefirió el líder de aquella exigua tropa cabalgar justo entre los lindes de la Carpetania y la tierra arévaca. Continuaron después por la frontera dudosa que separaba a vettones de arévacos. Tras un día de marcha, penetraron por fin en Vaccea por el sur. A los pocos minutos, Magilo mandó a sus hombres desmontar de sus caballos. Arranes fue el único sorprendido del grupo.

—Nuestras monturas no están cansadas —objetó—. ¿Qué sentido tiene avanzar andando?

—Son las normas —respondió Magilo sin dejar de escrutar las crestas de los montes cercanos.

—¿De quién?

Se le antojó absurda la pregunta a Magilo, pero enseguida se dio cuenta de que un joven ibero no tenía por qué conocer las reglas imperantes en el lado opuesto del mare Internum.

—Los vacceos son un pueblo muy tolerante —le explicó paciente—. Permiten que caravanas de viajeros, incluso ejércitos de otras tribus, crucen sus territorios. Pero solo si lo hacen como ellos dicen: a pie y con las lanzas apuntando hacia el suelo. Es la forma de demostrar que uno va en son de paz. En cualquier caso, ten por seguro que nos estarán observando desde algún sitio. Por si acaso.

Anduvieron siempre hacia el norte, rumbo a Intercatia, lugar de residencia de Ari, líder

indiscutible de aquel pueblo indomable. Desde el primer momento divisaron numerosos rebaños de ovejas y cabras guardados por sus pastores. Campos inabarcables de futuro cereal en los que cientos de hombres y bestias preparaban los barbechos para la siembra de invierno.

—¿Son esclavos? —quiso saber Arranes.

—Pues no. Son hombres libres, y feroces guerreros cuando toca.

—Qué raro.

—¿Qué te parece raro?

—Que se manchen las manos trabajando. Vosotros, los celtíberos, no lo hacéis...

—Cada cual tiene sus rarezas. ¿No crees? —gruñó Magilo algo incómodo por el comentario.

—Ya, pero entonces esa gente... ¿es libre pero pobre? —insistió el ibero, que a fuerza de recorrer la Celtiberia ya asociaba el trabajo manual con la pobreza.

Suspiró Magilo su desgana antes de ponerse a aclarar la forma de vida vaccea.

—Aquí no hay pobres ni ricos. Son todos iguales —dijo, pero su escueta observación resultó insuficiente.

—¿Cómo es eso posible?

—Aquí las tierras son colectivas, igual que el ganado. O sea, todo pertenece a la comunidad, cuyo Consejo lo reparte entre las diferentes gentilidades, que a su vez lo distribuyen entre todos sus miembros. Después, la producción revierte en la ciudad, aunque cada individuo puede quedarse con un pequeño porcentaje de lo producido.

Permaneció unos minutos Arranes en silencio mientras asimilaba tanta teoría.

—¿Y no es eso más justo que lo que hacéis en la Celtiberia?

Miró Magilo a Arranes con los párpados convertidos en rendijas.

—¿A qué te refieres, mequetrefe? ¿No he repartido yo acaso las tierras y las casas en Ercávica entre todos mis hombres? ¿No has visto que todo el mundo tiene ahora un terruño y un techo?

Asintió Arranes a medias.

—Bueno, sí. Ercávica parece una ciudad más justa que otras urbes celtíberas que he visto. Aun así, tú te has autoadjudicado la mejor vivienda en su núcleo urbano y terrenos casi ilimitados.

—¡En algo tienen que notarse la categoría y el prestigio de un jefe! —exclamó fuera de sí el caudillo celtíbero.

—Ya, claro, entiendo. Entonces... ese Ari al que vamos a ver en Intercatia, y que es un dirigente

indiscutible para todos los de su estirpe, supongo que vivirá en una mansión de ensueño y poseerá bosques y montes allá donde se pierde la vista...

—Pues no. —El mal humor de Magilo comenzaba a ser difícilmente soportable.

—Ya, entonces los vacceos... ¿solo se fijan en el arrojo y la inteligencia de un hombre a la hora de elegirlo como su jefe?

Mascullaba ininteligibles letanías Magilo en su intrincado idioma. No le gustaba hablar por hablar, y eso era a lo que Arranes lo estaba obligando: a explicar obviedades y estupideces que ni un niño de teta preguntaría. Respiró aliviado cuando el ilergete pareció olvidarse del interrogatorio. Sin embargo, la súbita aparición de un cuerpo colgado de una horca volvió a ser motivo para reiniciar el diálogo.

—¿Algún salteador de caminos ajusticiado? —preguntó Arranes apuntando hacia un cadáver al que los grajos le estaban sacando los ojos.

—Aquí no hay criminales al estilo de Tencino y su ejército de ratas miserables —le informó el caudillo belo—. Si tal cosa ocurriera, en Helmántica, Pallantia, Cauca, Pintia, Intercatia, Rauda y las otras grandes fortalezas, los vacceos movilizarían un gran contingente de tropas que acabaría con esas hienas en cuestión de minutos.

—Entonces, ¿quién es ese?

—Uno que se quedó con más trigo del que debía. Aquí, engañar a tu clan familiar y a tu ciudad se paga con la muerte.

LI

Quedó deslumbrado Arranes al divisar Intercatia desde la lejanía una semana más tarde. Estaba la fortaleza edificada en lo alto de una vasta meseta con laderas abruptas, inconquistables; despejadas de vegetación y rocas. Había resultado, según comentó Magilo, inexpugnable para los cartagineses y también lo sería para los romanos si un día pretendían atacarla. Tratar de acceder hasta ella, sin permiso de sus ocupantes, significaba afrontar un ascenso mortífero, bajo una densa lluvia de flechas y lanzas.

Su sistema defensivo consistía, al menos en apariencia, en una doble muralla y un foso exterior rodeando toda la fortaleza. Su adarve, además, debía de ser de una anchura extraordinaria a juzgar por la cantidad de guerreros desplegados detrás del parapeto. Fue, sin embargo, tras superar la puerta norte cuando a Arranes se le quedó la boca abierta.

Gracias a su agudo ingenio, los vacceos habían previsto que su larga red de cisternas subterráneas pudiera convertirse, en caso de emergencia, en un segundo foso anegado de agua hasta los bordes. Estaban los estanques excavados justo debajo de la antemuralla, cubiertos con plataformas móviles que podían retirarse de manera rápida si la situación así lo aconsejaba. Incluso conquistando el camino de ronda, pocos atacantes conseguirían atravesar con vida una segunda barrera líquida a todas luces infranqueable.

Contaba el oppidum con una ancha vía principal que recorría de norte a sur toda la fortaleza. Había tres intersecciones importantes, y muchas calles menores perpendiculares a la gran avenida. Las viviendas eran en su mayoría modestas. Algunas tenían un zócalo de piedra, rematado con tabiques de arcilla. Muchas eran de adobe cocido y techumbre de bálago. Arranes no vislumbró ni un solo edificio hecho enteramente de roca y con tres pisos de altura, como era habitual entre los aristócratas de la Celtiberia. Tampoco vio suburbios, ni mendigos arrastrando su miseria por callejuelas inmundas.

El propio Ari moraba en una cabaña levantada, eso sí, en el centro de la urbe. Se trataba de una amplia plaza que los habitantes de Intercatia utilizaban para plantar el mercado de viandas o para celebrar las reuniones de su Consejo, según fuera el caso. Aquella tarde de últimos de febrero, lo segundo era lo procedente.

Avanzó Magilo con gesto grave hacia el caudillo vacceo, acompañado de su exiguo séquito. Solo cinco personas estaban autorizadas a acompañarlo, ya que las reglas vacceas no permitían que grupos más numerosos se colaran intramuros.

Había escogido el caudillo belo a los de más confianza para llevar a cabo su parlamento, pero también a los mejor vestidos. Contrastaron de manera inevitable los seis celtíberos, con sus capas de piel de oso, sus torques de plata y sus cinturones engastados con clavos de oro, con el aspecto austero de Ari y sus diez consejeros ancianos.

Estaban todos los vacceos sentados en semicírculo, sobre simples tocones de madera seca,

enfrentados a seis escaños vacíos: los que esperaban a ser ocupados por Magilo y sus cinco acólitos. Lucían los dignatarios simples pellizas de oveja o carnero sobre los hombros, y burdas bandas de lana sucia enrolladas en las pantorrillas. Sus armas sí eran admirables. Tenían filos que habrían cortado un cabello limpiamente en dos mitades. Relumbraban con furia aquellas hojas recién engrasadas al sol oblicuo de media tarde.

Se levantó Ari de su modesto trono para estrechar a Magilo entre sus brazos. Ambos eran de la misma edad, y de unas hechuras parecidas: altos, membrudos, mismas barbas y cabello largo, aunque el vacceo lo llevaba sujeto en una larga coleta. Por los ademanes de uno y otro, Arranes dedujo un vínculo de mutuo aprecio entre los dos guerreros. Una relación que quizá provenía de lejos; de tiempos remotos en los que padres o abuelos tal vez habrían peleado juntos contra los cartagineses.

Tomaron asiento los recién llegados y, tras ser preguntado por el propósito de tan inesperada visita, Magilo se dispuso a echar mano del poder de persuasión imbuido por la Sombra. Estaba tranquilo. Ya lo había utilizado varias veces, siempre con éxito. Se había acostumbrado a que la gente le bebiera las palabras antes incluso de pronunciarlas. La frecuencia de aquella exitosa plática lo había convertido en un auténtico histrión a la hora de manejarse en público.

Una vez más Magilo se explayó a gusto. Abordó sin rodeos el tema de su misión divina, encargada por el oráculo: crear una nueva nación llamada Celtiberia. Un espacio en el que obviamente tenían cabida los vacceos, afirmó con mirada fogosa. Un nuevo poder en expansión que derrotara a Roma en una batalla memorable. Así serían otra vez libres. Pero, aunque los pronósticos del oráculo eran propicios, incluso inmejorables, resultaba de vital importancia coaligar a todos los pueblos que habitaban entre los dos grandes ríos, el Durius y el Tagus, y, asimismo, a los del valle del Hiberus para que la victoria resultase rápida e inapelable.

Escucharon los vacceos con aparente interés el discurso de Magilo. Le dejaron hablar hasta que se le secó la boca. Incluso entonces le ofrecieron una jarra de caelia para que se refrescase la garganta, por si quería continuar con la charla. Pero ya estaba todo dicho, sostuvo Magilo, que examinaba con ojos ansiosos los gestos y las miradas que aquellos hombres cruzaban en silencio.

—Así pues, también los arévacos formarían parte de esa coalición, por lo que dices... —adujo Ari al cabo.

—¡Por supuesto!

Asintió el vacceo, aparentemente satisfecho con lo escuchado.

—¿Con cuál de sus líderes has hablado?

Giraron las ruedas del pensamiento con prisa dentro de la cabeza de Magilo. No había previsto la pregunta, pero no le costó mucho acordarse del caudillo con más renombre en Arévaca.

—Con Vismaro de Uxama.

—Así que con Vismaro... —Cabeceó Ari con ademán aparentemente reflexivo.

—Eso es.

—¿Y cuándo hablaste con él?

—De camino a Intercatia. O sea, hace una semana, más o menos.

Compuso Ari un mohín lánguido, casi melancólico, como si su mejor galgo hubiese fallado una carrera tras la liebre y hubiera ya que matarlo. Por viejo e inservible. Tembló Magilo bajo el escrutinio decepcionado del mandatario vacceo. Sabía que detrás de sus ojos opacos y entrecerrados bien podía esconderse una negativa rotunda, o incluso la orden de ejecución inmediata de los visitantes.

—Vismaro murió hace ocho meses —murmuró Ari con voz queda y a la vez amenazante.

Irguió su espalda Magilo sobre el tocón de madera seca como si una astilla le hubiese pinchado en las posaderas. A pesar del miedo, no quería parecer cohibido a los ojos del público que se arremolinaba, muy atento, alrededor de los reunidos.

—¿Y tú cómo lo sabes?! —repuso con insolencia.

—Lo sé porque desde hace ocho meses el trigo que antes le vendíamos a él ahora nos lo compra su hijo, y heredero, Carontes. Así que no has podido hablar con un cadáver. —Meneó la cabeza con hastío el caudillo vacceo antes de añadir—: Te estimo como guerrero por tus muchos enfrentamientos con los romanos, pero detesto a los mentirosos. No me defraudes ahora como persona. Además, sabemos que has evitado pisar tierras arévacas en tu desplazamiento desde Ercávica a Intercatia. Los vettones os han visto desfilar por su frontera norte tratando de pasar inadvertidos a todo el mundo.

Boqueaban atónitos los integrantes de la delegación celtíbera mientras Ari hacía gala de un conocimiento exhaustivo de los últimos acontecimientos. Gracias a sus batidores, o a su red de espías, el consejo vacceo estaba al corriente de los colapsos de Munda, Alces y Ercávica; así como de la refundación de este último oppidum por parte de Magilo. Conocían la situación exacta de las legiones romanas tras internarse en la Carpetania. Estaban informados de la disolución del ejército de Tencino, y de su muerte. Y algo habían oído también del fracaso del líder belo a la hora de recuperar su lugar en Sekaisa.

Tras un silencio fúnebre en el que solo el zureo de las palomas provocaba ecos siniestros entre los muros de las casas, Magilo se puso en pie como un condenado a muerte antes de ascender al patíbulo. Llevaba la boca llena de disculpas, y de excusas, incluso de lamentos. Pero Ari lo contuvo con un gesto de la mano.

—Como bien sabes, nosotros no hemos entrado en guerra abierta contra Roma. Las legiones senatoriales no han traspasado nuestras fronteras. Tenemos paz. Seguimos trabajando, comerciando, viviendo como antes de los cartagineses.

Desplegó la mirada Magilo alrededor de la plaza, y observó miles de ojos pendientes de aquella charla. Rostros atezados, curtidos por la intemperie, gestos decididos de hombres indomables, amantes de su libertad y de sus costumbres. Sintió el antiguo caudillo belo la fuerza interior

necesaria para interrumpir a Ari en su propia casa, y delante de los suyos.

—Seguís siendo libres... Tenéis paz..., pero solo por ahora —dijo, y resonaron los murmullos de los asistentes como si una nube inmensa de abejorros sobrevolara la plaza—. Todos aquí sabemos lo que Roma hará con Vaccea y Arévaca en cuanto controle las principales fortalezas de titos, belos, lusones y pelendones. Una Celtiberia unida es crucial para evitarlo. Y eso os incumbe de la misma manera a vosotros.

Dirigió Ari una mirada consultiva a sus consejeros. Conversaban atropelladamente aquellos ancianos, supervivientes algunos de las guerras contra el imperio Bárquida. Asentían muchos con vehemencia. Callaban otros, otorgantes. Apenas uno o dos mostraban semblantes de duda.

—A tu gente le interesa lo que estamos discutiendo... —Magilo hizo un ademán circular con el brazo con el que abarcó a todos los reunidos en los soportales y también a los venerables.

—Lo sé. Y por eso seguís ahí, hablando, y no colgados de una horca —admitió Ari pensativo—. Dinos de una vez qué plan tienes en mente y con qué fuerzas cuentas exactamente —añadió al cabo.

—Tengo más de seis mil guerreros en Ercávica; quinientos de ellos son jinetes —comenzó, pero no pudo ir muy lejos.

—Si son de lo que le quitaste a Tencino, no los llares guerreros, sino desechos del páramo. Eso no vale para el combate.

—Bueno, se han quedado conmigo los mejores —le rebatió Magilo—: cinco mil lusones bien pertrechados, y otros mil que han ido llegando más tarde a Ercávica, convencidos de que la hora de la gran batalla se aproxima. No tengo ninguna duda de que titos, belos y pelendones me seguirán donde yo diga. Los arévacos se unirán en cuanto sepan que vosotros participáis en la alianza. En total, los celtíberos podríamos reunir veinte mil hombres.

Aprovechó Magilo las cavilaciones silenciosas de Ari, así como su posición dominante en medio del círculo, para disertar sobre estrategia. Su idea —explicó— consistía en aplastar a Sempronio Graco en una maniobra de tenaza. El gran ejército de la Celtiberia atacaría desde el norte, y los vacceos, desde el lado opuesto. No habría escapatoria posible para las legiones senatoriales.

—Creo que no has contado con el pretor de la Hispania Ulterior... —Salió al fin Ari de su mutismo.

—Tendremos que plantear la batalla muy al norte, eso es cierto —sostuvo Magilo—, con el fin de que a Postumio Albino no le dé tiempo a llegar en auxilio de Graco. Si hacemos las cosas bien, lo más probable es que no se entere de nada.

Asintió Ari, inmerso en profundas cavilaciones.

—¿Has pensado en un lugar apropiado para esa batalla, y también en cómo arrastrar hacia él a Graco?

—Por supuesto, pero todo es secreto. Desvelaré los detalles cuando nos reunamos todos.

Aceptó el vacceo el sigilo de Magilo como un axioma irrefutable de la guerra.

—Me parece bien —dijo—. Secreto entre dos deja de ser secreto a los diez minutos, pero esa reunión de la que hablas ocurrirá aquí, en Intercatia. Esa es mi primera condición.

—Tienes más, entonces...

—Sí, otra.

—¿Cuál?

—Yo me encargo de hablar con los arévacos.

Torció el gesto Magilo, pues le pareció que Ari pretendía suplantarle como jefe indiscutible de la coalición.

—¿Por qué? —repuso.

—Porque para ellos yo resultaré más fiable. Tú ocúpate de reunir al resto.

Asimiló Magilo el revés con un imperceptible gesto de disgusto. Aun así, se le iluminaron hasta las pestañas al percibir más cercana la gran alianza.

—Entonces ¿vendréis con nosotros?

—Os apoyaremos con siete mil infantes y trescientos jinetes —concluyó Ari tras un suspiro—. Convoca a todos los jefes guerreros de eso que has dado en llamar Celtiberia, para que se presenten aquí en el plenilunio del mes próximo.

Un rugido de guerra se elevó en una esquina de la plaza, y recorrió después los soportales como un reguero de fuego sobre yesca seca. Pocos segundos más tarde, el cielo de Intercatia estaba inflamado de proclamas.

—¡Muerte al invasor romano! —chilló uno de los ancianos del consejo.

—¡Keltiber, Keltiber! —aulló Arranes puesto en pie, entrechocando espada contra escudo.

—¡Vaccea, Vaccea! —respondió el público congregado en la plaza.

—¡Vaccea, Vaccea! —se escuchó desde el mismo corazón de Intercatia.

—¡Keltiber, Keltiber! —gritaron también los que habían tenido que acampar extramuros mientras Ari y Magilo se abrazaban con ojos acuosos.

LII

Discurrió el invierno plácido en el campamento romano. Se reveló como un gran acierto la decisión de permanecer dentro de los lindes de la Carpetania en los meses más fríos. Hasta Máximo Vento hubo de estar de acuerdo, aunque él estaba acostumbrado a librarse de aquellos rigores en Tarraco, a orillas del mare Internum. Esa era la costumbre, hasta la llegada de un pretor ambicioso llamado Sempronio Graco. Y es que el militar itálico seguía empeñado en completar la conquista de la Celtiberia Citerior en cuanto llegase la primavera y recibiese refuerzos desde Roma. La otra parte, la que daba cobijo a Arévacos y Pelendones, Máximo Vento le había aconsejado que la dejara para su sucesor en el cargo, o para cuando fuera cónsul. Una cosa era domeñar a titos, belos y lusones y otra muy distinta, someter a las facciones más rebeldes de las tribus celtíberas. Y con ello quería referirse también a los vacceos.

No decayó la disciplina en los reales de Graco a pesar de los sonos de paz que soplaban en el frío cizicus. Las legiones practicaban sus despliegues y maniobras a diario; incluso el propio Graco se empeñó en mejorar sus destrezas con la espada aquellos meses de asueto. Asimismo las marchas se hacían de manera puntual cuatro veces por semana con el fin de no perder resistencia en las piernas; pero como los recorridos eran circulares, con vuelta al mismo sitio, los soldados ya no cargaban con su impedimenta básica: raciones de comida para cuatro días, útiles para cocinarla, dolabra para excavar zanjas, dos pila reglamentarios... En su lugar, Vento les hacía llenar el macuto de piedras, y eso incluía también a los tribunos. Lo que sí llevaban todos era su armadura completa. No quería el legado que sus hombres se acostumbraran a dar paseos por los montes sin fundamento. Él mismo daba ejemplo y se colgaba la alforja a la espalda mientras Elvia y las otras mujeres los seguían a caballo, muertas de risa.

No había peligro en tales excursiones por la campiña carpetana. Su capital y todas las ciudades dependientes de Cértima se habían convertido en tranquilas balsas de aceite desde la caída de los oppida celtíberos más meridionales, pero sobre todo debido al miedo que Graco infundía en Thurro. Y es que, a pesar de su hospitalidad inicial y las concesiones en silabur y alimento, el pretor no se fiaba del régulo; y había tomado a sus tres hijos como rehenes. La excusa era la habitual en aquellos casos: permitir que los jóvenes adquirieran una sólida formación humanística en Tarraco.

Tampoco había riesgos en el interior de Cértima para los oficiales romanos, los únicos autorizados por Graco para penetrar en la ciudad a cualquier hora. De ahí que Vento y Elvia se perdieran muchas tardes dentro de la urbe carpetana sin temor al asalto.

Deambulaban sin rumbo fijo por sus callejuelas empedradas. Ascendían al adarve y paseaban por el camino de ronda cuando les venía en gana. Se encaramaban a la misma torre desde la que el régulo Thurro confundiera las nubes de tordos con ejércitos aliados. Contemplaban desde allí los montes rojos con su manto de bruma púrpura mientras veían morir el crepúsculo. Después, cuando la noche se tragaba la capital de la Carpetania, miraban al cielo en silencio, con las manos entrelazadas, como si pidieran un deseo cada vez que una estrella fugaz rasgaba la oscuridad sobre sus cabezas.

En los días de mercado, a Elvia le gustaba entretenerse en los puestos de baratijas, y probarse pulseras y collares como una niña traviesa. Discutía después los precios con fiereza, hasta que Vento sacaba su bolsa y pagaba —tras un guiño cómplice al mercader— el doble de lo acordado.

La vida pacífica dentro de una ciudad hispana, se daba cuenta el legado, tenía sus alicientes, incluso para un hombre forjado en la fragua de la guerra. Por eso se iba dejando arrastrar sin reticencias a un mundo desconocido y a la vez próximo.

En sus muchos años de milicia, a menudo una simple muralla había separado la alegría de la fiesta del estruendo de los combates. Pero así de paradójica era la vida de los hombres que deben matarse; unos para ser fieles a sus ideales, otros para cumplir con las órdenes de sus mandos. Él era, o había sido, uno de aquellos últimos. Un mercenario competente, un soldado intachable con un horizonte breve y un único objetivo como rutina: sobrevivir a un nuevo día.

El contacto de una mano tibia sacó al romano de sus sombrías reflexiones. Le enterneció ver la sonrisa pícara de la joven celtíbera mientras tiraba de él hacia el centro de la plaza. Aunque sabía de ellas, Máximo Vento nunca había asistido a la celebración mensual del plenilunio ni a otras fiestas dedicadas a los dioses de mayor renombre. Jamás había contemplado los espectáculos propios de esos pueblos hispanos. Le eran ajenos los sacrificios de animales para la inspección de sus vísceras, los ejercicios temerarios de los saltimbanquis, los recitados de cuentos que Elvia le traducía divertida. Y las danzas.

Había hogueras encendidas en cada una de las cuatro esquinas. En todas ellas se asaban los bichos sacrificados horas antes ante la mirada experta del brujo. Siringas, flautines y tambores llenaban el ambiente de cálidas melodías. Cientos de mujeres bailaban al son de la música acompañadas de hombres sin armas. Tampoco Máximo Vento llevaba su inseparable gladius al cinto. No en Cértima, donde las gentes, las risas y los gestos parecían encerrados en una burbuja de felicidad anacrónica e incoherente.

Se movía Vento alrededor de Elvia como un oso atolondrado y borracho, pero no le importaba mucho al romano hacer el ridículo. De hecho, no le importó nada tras ingerir un par de jarras de caelia. Las carcajadas de la joven celtíbera ante sus constantes desatinos le divertían; lo transportaban a un limbo ingrátido en el que todo era posible y a la vez mentira. Escuchó de repente la voz de Elvia entre aquellas nubes blancas.

—¿Sabes ya algo de mi hermano?

Le había ido dando largas el legado a la celtíbera durante semanas. Era consciente, sin embargo, de que aplazar la conversación no eliminaba el problema.

—No mucho —murmuró, aparentemente concentrado en la música.

—Pero algo sí... —Aprovechó Elvia el cambio de ritmos para aferrarse a la cintura de Vento y apoyarle la cabeza en el pecho—. ¿Sigues con ese ejército de salvajes?

Estaban al corriente en los reales de Graco del penúltimo movimiento de Magilo, aunque no de sus intenciones a medio plazo.

—En realidad no. El ejército de desaharrapados que lideraba ese gigante se desperdigó tras su muerte. A tu hermano lo siguieron unos pocos. Se marchó con ellos a repoblar la ciudad de Ercávica. Han acudido algunas mujeres al oppidum. Supongo que se propone rehacer la ciudad y vivir al margen de todo. Puede incluso que acepte ser amigo de Roma —sostuvo, tergiversando la realidad a su antojo.

Hizo Elvia un gesto de desconfianza.

—No sé. La paz no es su estilo. Y su esposa, Izaro, ¿también se ha ido con él a Ercávica? —preguntó al cabo.

Acarició Vento los bucles dorados de Elvia.

—Yo no sé cuánto amor los une... ¿Tú habrías ido detrás de Bricio?

Las uñas de la celtíbera se clavaron en el costado del romano como las garras de una pantera furiosa. Cesó al fin la música tras la última pieza. El humo gris y aromático de los espetones de carne asada engatusaba ya a músicos y a danzantes. Era el momento de comenzar a degustar los manjares. Pero Elvia hincó ambos pies en el empedrado y evitó que su acompañante acudiera al reclamo de la comida.

—¿Hasta cuándo, Máximo?

Malinterpretó Vento la pregunta, o fingió que lo hacía.

—Bueno..., ya sabes cómo son estas cosas del ejército —comentó de mala gana—. A finales de este mes de marzo empezaremos a movernos hacia el norte. Después...

—No me refiero a eso.

—¿A qué entonces?

—¿Hasta cuándo vas a seguir enrolado en una legión romana?

La sonrisa bobalicona de Máximo Vento se convirtió de repente en una mueca helada. Hacía mucho que temía aquella pregunta. Le tenía, de hecho, más miedo que a la batalla campal que Magilo planeaba proponerle a Roma.

—No lo sé, Elvia —balbució—. No es fácil para un buey abandonar su establo de toda la vida. Debo pensarlo.

—Es que no me gustaría que nuestro hijo naciera en un campamento. No quiero que crezca entre espadas, blasfemias y sangre. No quiero que perciba que lo único que su padre sabe hacer bien es la guerra. —Titilaban los ojos añiles de Elvia como dos estrellas brillantes mientras hablaba.

Máximo Vento tardó mucho en responder porque la emoción hacía que le temblaran las piernas y las palabras. Cuando al fin se sintió capaz de hablar, tuvo que recurrir a la túnica de Elvia para secarse las lágrimas.

LIII

Aprovechó Magilo la cercanía para iniciar su largo periplo por la Celtiberia visitando en primer lugar a los pelendones. Cabalgó su grupo durante tres días completos hasta abandonar los dominios vacceos. Ari les había concedido permiso para usar sus monturas con el fin de acortar los tiempos. No en vano, quedaba poco más de un mes para la reunión de todas las tribus en Intercatia.

Fueron desapareciendo los campos de cereal a medida que los jinetes celtíberos se alejaban de Vaccea y penetraban en la abrupta e inhóspita Pelendonía. El suelo se puso duro, rocoso. Vino la escarcha. Arreció el frío a pesar de las fechas. Llegó un momento en el que solo hubo rebaños de cabras pastando en parajes inverosímiles, haciendo equilibrios sobre peñascos asomados al abismo. Sus pastores —cubiertos de pieles de pies a cabeza— parecían osos recién salidos de la caverna.

Contrastaban sobremanera aquellas cumbres inaccesibles con las planicies propias del litoral ibero, e incluso con los territorios que Arranes había visto en otras zonas de la Celtiberia.

—¿Pero aquí se puede vivir? —le preguntó a Magilo, incrédulo, mientras se arrebujaba en su capa de lobo.

Se encogió de hombros el caudillo celtíbero.

—No queda otra.

—¿Por qué?

—Los arévacos son grandes guerreros, y por tanto malos vecinos —sostuvo el guerrero belo con un rictus que aunaba la admiración y el fastidio—. Ambos pueblos llegaron a la vez en la época de las grandes migraciones, y se establecieron en la cuenca del Durus. Pero enseguida los arévacos recurrieron a la violencia. Desde Numantia, Clunia, Segontia, Termes, Uxama y otras ciudades fuertes salieron grandes ejércitos que fueron empujando río arriba a los pelendones, hasta arrinconarlos en las serranías más altas. Se quedaron los más fuertes con las llanuras, que eran tierras más fértiles. Y obligaron a sus primos hermanos a comerse las piedras y criar cuatro cabras para poder alimentar a su prole. Ya ves dónde tienen que vivir los pobres ahora...

Estaban acercándose a la fortaleza de Visontium, y a Arranes le llamó la atención la cantidad de casuchas y chabolas levantadas extramuros.

—Es que los pelendones ya no caben ni dentro de sus ciudades —le explicó Magilo—. Necesitarían expansionarse un poco, pero cualquiera les tose a los arévacos.

—Ya. ¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Me lo contó la Sombra —asentó Magilo con cara de certeza.

—¿Quién?

—El brujo de Sekaisa. Él lo vio todo porque ya estaba aquí hace trescientos años.

Fueron recibidos los jinetes de Ercávica con una cordialidad fría y desangelada. Pero el discurso abrasador de Magilo sobre la construcción de un nuevo poder llamado Celtiberia y la necesidad de aplastar al invasor romano acabó por calentarles la sangre. Más o menos.

Al igual que todos los pueblos nortños, encaramados a cumbres nevadas e inaccesibles, los pelendones no habían sufrido aún el azote de Roma. Pero, como tenían ojos en la cara y orejas en la cabeza, no eran ajenos a las tribulaciones de titos, belos y lusones. Sabían que, más pronto que tarde, ellos también verían cómo las legiones romanas trepaban a sus nidos de águila con el gladius entre los dientes.

A Alban, líder de aquellos hombres desconfiados por naturaleza, solo se le ocurrió una pregunta antes de dar su consentimiento a integrar la liga que uniría a todos los pueblos de la meseta:

—¿Estarán los arévacos en esa alianza?

—¡Por supuesto! —respondió Magilo al instante—. Carontes de Uxama vendrá al frente de todos ellos.

—Ya. ¿Y con cuántos hombres?

Improvisaba Magilo sobre la marcha, amparado en su poder de persuasión y su bien ganado carisma en toda la Celtiberia.

—¡Diez mil!

Un trazo blanco partió en dos el rostro curtido de Alban. Quería ser el gesto una sonrisa sarcástica, pero le salió una mueca desdeñosa.

—¿Y tú te lo has creído?

—Puedes preguntárselo tú mismo si acudes a Intercatia para hablar del asunto y fijar la fecha definitiva de la batalla —sostuvo sin pestañear Magilo.

Asintió Alban tras una consulta visual con sus acompañantes.

—Nosotros no somos un pueblo mentiroso. Hablaré con los míos, pero puedes contar con que contribuiremos con dos mil guerreros. Nos veremos en el próximo plenilunio en tierras vacceas —afirmó solemne, y abrazó a Magilo como una señal de compromiso inquebrantable.

Se quedó Arranes pensativo tras la entrevista de los dos líderes. Como ya se manejaba bien en el idioma celtíbero, lo había entendido todo.

—¿No son pocos dos mil hombres? —preguntó.

Magilo se mostró comprensivo con los pelendones.

—Es mucho tratándose de una tribu modesta. No podemos pedirles más.

—Ya. ¿Y eso de interesarse por el concurso de los arévacos?...

—Bueno, los pelendones ven que se avecina jaleo y tratarán de aprovechar el ambiente para medrar algo en sus interminables disputas con los arévacos. Es lógico hasta cierto punto. Habrá que escucharlos y ser transigentes —fue la misteriosa respuesta de Magilo.

Partieron de Visontium los de Ercávica al día siguiente, rumbo a las tierras más templadas del Hiberus. Cedieron poco a poco los riscos y las montañas. Las aguas lentas y arremansadas sucedieron a los torrentes. Se dulcificó el clima en las tierras de los lusones. Un pueblo que, a fuerza de recibir reveses por parte de Roma, ya no era tan agresivo como antes. Aun así, Magilo confiaba en reclutar entre ellos a un buen número de seguidores; y en hacer entrar en razón a los más tibios, e incluso soliviantar a los ya sometidos.

Se equivocó a medias el estratega celtíbero. En Lutia, Bursau y Kaiskata los acogieron con grandes muestras de alegría. Ya estaban al corriente de la muerte de Tencino y de la disolución de su manada de hienas. Los rumores sobre la formación de un gran ejército para enfrentarse a Roma con garantías también habían volado por encima de sus cabezas como una lluvia bendecida por los dioses. Reconocer a los jinetes de Ercávica como paisanos suyos resultó, asimismo, de gran ayuda.

No estaban los lusones acostumbrados a liderar grandes revueltas, y tampoco contaban con jefes de tanto renombre como Magilo. De ahí que no les costara aceptar la postulación del de Sekaisa como caudillo único de sus guerreros.

Salieron satisfechos de Complega y Arcóbriga. Los números que Magilo llevaba anotados dentro de su cabeza arrojaban hasta el momento la cifra nada desdeñable de cinco mil infantes lusones y trescientos jinetes.

Esperaba conseguir más hombres en Turiaso y Carabis, pero en ambos oppida los recibieron con caras largas desde el adarve y una densa rociada de flechas. Fingió Magilo no tomarse a mal el incidente, y se dirigió a los descreídos desde una prudente distancia. Les habló del motivo de su visita como si fueran hermanos descarriados. Disertó largo y tendido sobre la conveniencia de alcanzar una unión duradera de todas las tribus sitas a lo largo de los grandes ríos y en la meseta. Acuñó por primera vez en aquellos lares el nombre de Celtiberia. En la unión que él perseguía, les dijo, residía la verdadera libertad de los hombres dignos, y no en el pago de tributos abusivos a Roma.

El silencio fue la única respuesta de dos ciudades que ya estaban cansadas de caminar entre los dientes del diablo. Ni siquiera reaccionaron cuando Magilo insultó a grandes voces a sus habitantes. Los llamó «esclavos de pantalón flojo», «mujerzuelas cobardes» y «bueyes apesebrados del pretor Graco». Pero es que, igual que los iberos de la costa, esos guerreros cansados se habían hecho ya al peso del yugo itálico, y estaban conformes con su estatus de socios estipendiarios. Obviamente, no creían posible que Magilo fuese a invertir el giro de las ruedas del destino con una iniciativa tan descabellada.

Se animó el líder de aquella tropilla al llegar a los dominios de los titos y los belos. Sintió que pisaba el suelo de su propia casa, un terreno abonado previamente para el éxito. Y así pareció en un principio, pues el consejo de Nertóbriga y sus ciudadanos lo recibieron con grandes muestras de afecto. Unos gestos que a Magilo le humedecieron los ojos. Ese velo acuoso, sin embargo, no le impidió percibir el asombro de los reunidos. Y es que a través de Kaukirino aquellas gentes se habían enterado de su cautiverio con los romanos, de su lamentable derrota en Sekaisa y de su exilio. Por eso les extrañaba verlo tan pronto dentro de unos confines prohibidos para un desterrado.

Quiso restarle importancia Magilo a lo de su claudicación en el duelo y también a lo del ostracismo. Lo atribuyó todo al designio inextricable de las deidades. Habló del oráculo, de la Sombra y de su inaplazable misión divina. Explicó lo de la alianza de pueblos. Enarboló la bandera de la liga celtíbera y, a una seña, hizo que sus hombres entonaran el cántico mágico de «¡Keltiber, Keltiber!» con estruendo de espadas y umbos. Pidió unidad contra el enemigo común y se permitió exigir cuatrocientos guerreros y cincuenta jinetes de cada una de las grandes ciudades. Las pequeñas, sostuvo, podrían contribuir con la mitad de aquellos efectivos.

Las lágrimas de emoción del principio se le convirtieron en gotas de plomo fundido cuando el máximo representante del consejo le dijo: «Es que ahora nos debemos a Kaukirino. Es él quien, como caudillo absoluto, debe decidir sobre la participación de titos y belos en esta nueva guerra de la que hablas».

No supo Magilo si era la decepción o la vergüenza lo que le impedía viajar a Sekaisa para entrevistarse con Kaukirino. Pero lo cierto fue que envió en su lugar a Arranes con un mensaje muy claro: «Consigue que ese hijo de puta no nos deje con el culo al aire después de todo lo que hemos hecho», le ordenó al joven ibero.

Empleó apenas dos días el nieto de Estobeles en viajar, parlamentar y regresar al campamento que Magilo había plantado a media jornada de su antiguo oppidum. Supo que traía buenas noticias porque lo vio llegar eufórico, igual que los cincuenta jinetes que lo escoltaban. No le había costado ningún trabajo convencer a Kaukirino, dijo, porque el nuevo líder belo odiaba a los romanos tanto como el propio Magilo. Aceptó de buen grado los números propuestos para fortalecer la alianza y juró presentarse en Intercatia en la fecha acordada.

—He visto a tu mujer —murmuró Arranes tras entregar su mensaje.

Abrió Magilo los ojos como platos enormes de loza blanca.

—¿Cómo sabes que se trataba de Izaro?!

—Porque ella misma ha venido a presentarse.

Se entrecerraron entonces los párpados del celtíbero como si quisiera proteger sus pupilas de una insolación dolorosa.

—¿Te ha dicho algo?

—Me ha preguntado cómo estabas.

—¿Y qué le has respondido?

—Que eres el más grande.

Volvieron las aguas turbias a la mirada de Magilo. Se le resquebrajó también la garganta.

—Y a mi hijo Caro... ¿lo has visto?

—Sí.

—¿Y qué hacía?

—Seguir a Kaukirino a todas partes.

—Ya, bueno, es comprensible. Andará desorientado sin un padre —balbució Magilo, presa de una emoción torturante. Hizo intención de darse la vuelta para que Arranes no le viera las lágrimas, pero se encontró con un nuevo recado.

—Traigo también un mensaje del brujo sin rostro.

—¿De la Sombra?!

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?!

—Hablaba raro, como entre murmullos, pero creo haberle entendido que, a pesar de todo, la victoria en la batalla final estará en tus manos.

LIV

Faltaba una sola semana para el plenilunio de marzo cuando Magilo dio por terminada su labor de movilización de todos los pueblos de la Celtiberia. Se sintió satisfecho por los resultados, aunque una cosa eran las promesas y otra muy distinta, los hechos. En Intercatia se vería el interés real de cada tribu por la alianza, así como su generosidad a la hora de aportar mimbres para el cesto.

Trataba Magilo de refrenar su optimismo ante unas cifras que, en ocasiones, se le antojaban astronómicas, mareantes. En sus ratos más esperanzados soñaba con reunir a más de veinticinco mil celtíberos en un frente común contra el invasor romano. Si, de repente, aparecían nubarrones en aquel horizonte celeste, los números no bajaban demasiado. Tal vez los arévacos escatimarán algo. Quizá Kaukirino no tuviera el carisma suficiente como para arrastrar a tantos guerreros titos y belos como él habría conseguido de ser caudillo. De cualquier manera, en el peor de los casos, la coalición jamás contaría con menos de veinte mil efectivos. Ciertamente era que Tencino se había aproximado en algún momento a esos números, pero la valía en combate de esos pordioseros no era comparable con la calidad que atesoraría el nuevo ejército de la Celtiberia.

Para Magilo, lo paradójico —y a la vez triste— era el hecho de que en Intercatia él estaría en representación de los lusones, y no de sus paisanos. El todopoderoso Carontes se presentaría como líder indiscutible de los arévacos. Alban lo miraría de reojo al frente de la delegación pelendona. Ari, el caudillo vacceo, lo vería todo con ojos serenos, dada la distancia todavía existente entre sus dominios y los tentáculos de Roma.

Por aquellas mismas fechas un heraldo se presentó en el campamento romano con un mensaje que Graco llevaba ya semanas esperando: la legión de refresco solicitada al Senado para su campaña de prórroga en Hispania ya había desembarcado en Carthago Nova. La buena nueva fue acogida con más recelo que euforia por la soldadesca. Eran muchos los que se preguntaban si la llegada de tantos refuerzos traería aparejada la concesión de licenciamientos.

Lo único que Máximo Vento sí dio por seguro fue el hecho de que en él recaería la responsabilidad de viajar hasta la antigua colonia cartaginesa para hacerse cargo de los nuevos reclutas. Por eso, y por algo más, decidió adelantarse a la llamada del pretor romano.

Se dirigió el legado al praetorium de Graco con el gesto un poco tirante. Aparte de desayunar juntos sin mirarse, ambos militares apenas habían coincidido desde la última entrevista con el rey Thurro a las puertas de Cértima. A cada cual lo secuestraron después sus propios dilemas.

El pretor solía pasar el día recluido en su tienda, inclinado sobre sus mapas, planificando la campaña que le haría ganar la Celtiberia, o una buena parte de ella. Vento tenía quebraderos de otra índole.

—Vaya, ni que me hubieras leído la mente... Iba a llamarte hoy mismo —sonrió Graco al ver a su legado bajo el umbral de la puerta.

Forzó Máximo Vento una mueca afable mientras examinaba el plano que su superior manejaba sobre la mesa. Abarcaba toda la Hispania Citerior y parte de la Ulterior, hasta la Lusitania. Tenía el mapa un reguero de agujas con cabeza roja clavados sobre su superficie. Comenzaba la hilera en la capital carpetana y se extendía, serpenteando un poco, hasta el valle del Hiberus.

—Me dijiste que dejara en paz a los arévacos y a los vacceos... —Tenía Graco la felicidad tatuada en el gesto mientras hablaba—. Te haré caso, por ahora. Pero es muy posible que, a la entrada del verano —puso el dedo el pretor en Contrebia Leucade—, desde aquí avancemos sobre Numantia. Todo dependerá de la calidad de las tropas que acaban de llegar a Carthago Nova.

Se percató Vento de que una de las primeras agujas rojas estaba pinchada sobre la ciudad renacida de Ercávica. Era tan evidente y descarado el escrutinio que la mirada mereció el comentario de Graco.

—Debimos haber derribado los muros de ese maldito oppidum de camino a Alces. Imagino que ya sabes quién vive ahora ahí dentro...

Compuso Vento un ademán de falsa indiferencia mientras Graco volvía a sus reflexiones.

—La verdad es que no me preocupa que ese Magilo se haya refugiado ahí con unos cuantos lusones de Tencino. No son muchos, y nos pilla de camino. Así que tendremos que hacerle una visita. Y esta vez, será la última. —Le chocó a Graco el aire ausente de su legado—. ¿Me buscabas por lo de Carthago Nova o por algo más concreto?

Llevaba Vento un pergamino en la mano. Estaba casi reblandecido por el sudor que le impregnaba los dedos.

—Te buscaba por esto —dijo, y alargó el documento.

Lo aceptó Graco, pero no le quitó siquiera el precinto.

—¿Qué es?

—Mi solicitud de licenciamiento.

Se le quedó al pretor el mismo aire estupefacto que si una flecha lo hubiera alcanzado a traición, por la espalda.

—¿Esa mujer celtíbera tiene algo que ver en este asunto? —demandó ceñudo.

Las ideas y las palabras acudieron todas a la vez a la cabeza de Vento. Se hizo un lío con ellas. Se aturulló con tanto ruido y decidió ser fiel a sí mismo: una línea recta siempre sería mejor que un rodeo lleno de divagaciones incoherentes.

—Voy a ser padre... —balbució—. Es mal momento para perder la vida.

Hizo un esfuerzo sobrehumano Graco para mostrarse paternalista con el legado, pero le salió su

vena más agria.

—La paternidad conviene dejarla para los tiempos de calma. ¿No ves? Yo voy a cumplir cuarenta y dos años y aún no se me ha ocurrido engendrar un solo vástago —dijo, y pareció que ahí quedaría la regañina; mas luego añadió—: El ejército no es un burdel de esos que tú conoces, en los que uno entra y se marcha cuando le viene en gana. Aquí tenemos normas, y contratos. Y yo guardo una copia del tuyo en algún sitio. El original, obviamente, obra en poder del Senado. No querrás que lo busque y te lea el apartado que habla de la desertión y sus penas... Serías un criminal si te marchas ahora. Un fugitivo condenado a vivir entre los bárbaros de Hispania, porque no podrías poner un solo pie en ningún municipio romano sin ser arrestado. ¿Es eso lo que deseas?

Mantenía la mirada baja Máximo Vento mientras repasaba todos los años gastados en los campos de la Celtiberia.

—Sé lo que firmé —adujo—, pero pensaba que mi largo y abnegado servicio a Roma tal vez mereciera un poco de buena voluntad por tu parte. Me ha costado mucho encontrar el camino, y no desearía perderlo precisamente ahora.

Se dio cuenta al fin Graco de que la acritud hacia su subordinado no arreglaría las cosas. Se acercó entonces a Vento y le rodeó los hombros con el brazo, como había hecho otras veces para llevarlo a su terreno.

—Jamás te denunciaría, aunque te marcharas ahora mismo —le dijo al oído—, pero piensa en una cosa.

—¿En qué?

—¿Sabes cultivar la tierra o pastorear ganado como hacen aquí los lugareños?

Negó el legado despacio.

—Sabes que no. He dedicado toda mi vida a la guerra.

Dos amables cachetes se estrellaron en el cuello de Vento.

—Pues comprende que, si desaparecieras de entre nosotros misteriosamente, jamás cobrarías tu pensión de legado. Ni siquiera la de soldado raso. ¿De qué otra cosa, sino del dinero de Roma, piensas sobrevivir al lado de esa celtíbera? —Usó el pretor su sonrisa más embaucadora antes de añadir—: Te irás con todos los honores al acabar esta campaña, te lo prometo. Y eso será, con toda seguridad, antes del invierno. Los auspicios de los dioses nos son favorables.

—¿Los auspicios?

—Sabes que pertenezco al colegio sacerdotal de los augures... Y que, además, tengo a mi alrededor a media docena de buenos arúspices...

—Sí, alguna vez os he visto mirando el vuelo de los pájaros, pero no me pareció que supierais

mucho de sus costumbres —sostuvo Vento con un deje de ironía.

Azotó Graco el aire de su tienda con gesto desmayado.

—Bueno, en realidad, se trata de las estrellas. Llevamos muchas noches contemplándolas, e interpretándolas. Los dioses se manifiestan a través de ellas, ¿sabes?

No era Vento propenso a las adivinanzas, pero tampoco podía considerársele un absoluto descreído.

—Ya. ¿Y qué os han dicho?

—Que someteremos la Celtiberia, que tú sobrevivirás a cuantas batallas libremos y también esa mujer hispana, y vuestro futuro hijo —contestó Graco mientras aplicaba la llama de una vela a la solicitud de licenciamiento de su legado—. Mañana mismo conseguiré de Thurro la entrega de tres mil auxiliares carpetanos —añadió con la vista puesta en las volutas de humo.

—¿Eso también te lo han profetizado los dioses?

—No, eso es de mi cosecha.

LV

Se llevó Magilo un séquito de cien jinetes para la reunión prevista en Intercatia. Faltaban todavía veinticuatro horas para la luna llena cuando llegaron y, tal vez por eso, fueron los primeros. Ari no había cambiado de costumbres, e hizo que se instalaran los lusones al otro lado de la muralla, a la espera del decisivo cónclave. Los agasajó, eso sí, con succulentos tasajos y varias ánforas de caelia para que se recuperaran del viaje.

Los arévacos y los pelendones se presentaron en la capital vaccea la última tarde, justo antes del crepúsculo. Como era de esperar, los primeros —alrededor de doscientos guerreros de élite— cuadruplicaron en número a los segundos —cincuenta hombres taciturnos—. En cualquier caso, solo media hora de tiempo separó a ambas delegaciones. Era como si unos y otros hubiesen venido vigilándose a través de la estepa.

Kaukirino fue el último. Vino de noche. Tal vez se había extraviado un poco por el camino o quizá deseaba esquivar los saludos. Lo cierto fue que hubo poco contacto, y menos palabras, entre los distintos grupos celtíberos antes de la asamblea. Un gruñido y una breve cabezada eran todas las muestras de cortesía que aquellos hombres se dispensaban si en algún momento coincidían al recoger agua del río o aliviarse la vejiga en el exterior de sus respectivos campamentos. A pesar de ser hermanos de lengua y origen, tanta proximidad repentina los desconcertaba. Saber que pisaban los dominios de los indómitos vacceos tampoco contribuía a pacificarles el ánimo.

Acompañaban a Kaukirino treinta dignatarios escogidos por él mismo de entre las principales gentilidades de Sekaisa, así como un pequeño ejército de trescientos jinetes. Magilo sonrió desdeñoso al verlo tan arropado. Le pareció una precaución excesiva. Entendió el gesto como un signo de debilidad o incluso de cobardía. Obviamente, ambos guerreros se ignoraron mutuamente cuando Ari salió a reclamar a los caudillos celtíberos a las puertas de Intercatia.

Únicamente cuatro hombres acompañaron al líder vacceo bajo un cielo negro recién espolvoreado de estrellas plateadas. No le gustaban a Ari las reuniones tumultuosas en las que los gritos y las blasfemias siempre priman sobre las reflexiones. Se guio el vacceo por el tamaño de los campamentos a la hora de ordenar el desfile de personalidades a través de Intercatia.

Así, el propio Ari abrió la marcha, como era lógico; flanqueado por Carontes, el arévaco, y por Kaukirino. Por detrás circulaban un murmurante Magilo y Alban, el pelendón de los ojos montaraces.

Recorrieron los cinco la vía principal de la ciudad escuchando el eco de sus propios pasos. Había mucho público joven arremolinado en la calle. Había ancianos y tullidos que apenas podían moverse asomados a sus zaguanes o a las ventanas de sus casas como gatos curiosos. Al parecer, aquellos guerreros de antaño no deseaban perderse tan inusual desfile.

Magilo divisó incluso niños temerariamente encaramados a los tejados de broza de sus viviendas.

Lo miraban todo con ojos inquietos los intrépidos polluelos vacceos. Porque alguien les había dicho que el encuentro de aquella noche sería único y, probablemente, irrepetible. Jamás tantos pueblos de la meseta habían estado de acuerdo en aliarse para hacer una guerra juntos.

Era una expectación reverente la que inundaba las calles de Intercatia ese plenilunio de marzo. Parecía, no obstante, un silencio tan solo provisional y, quizá, quebradizo; como si una mala voz o un grito a destiempo pudieran romper el fino hielo sobre el que aún se asentaba una alianza insólita a todas luces.

Un rumor ronco rasgó los aires de la ciudad carpetana mucho antes de que la comitiva alcanzara la plaza. Era el grito mágico de «Keltiber, Keltiber» en las gargantas de Arranes, Kaerkes y todos los guerreros lusones. Magilo les había dado orden de empezar a entonarlo en cuanto lo perdieran de vista. No tardaron mucho en imitarlos desde los campamentos vecinos. Por primera vez en su sangrienta historia, lusones, pelendones, arévacos, titos y belos rugían al unísono, hermanados por una palabra que, en realidad, era prestada.

Respondieron al instante quienes asistían al desfile dentro del oppidum con un atronador «¡Vaccea, Vaccea!». Replicaron otra vez desde los campamentos celtíberos. Contestaron de nuevo los guerreros de Ari, y ya no paró ninguno en sus proclamas. A muchos les pareció que el clamor de tantas voces y el estruendo de las espadas y los escudos despejaba de nubes el cielo plomizo de Intercatia, dejando espacio para que la luna surgiera —blanca, redonda, inmensa— sobre un adarve repleto de hombres dispuestos para la guerra.

Esta vez no había tocones de madera seca esperando a los representantes de los pueblos celtíberos. La plaza central de la ciudad hervía en los preparativos para la fiesta. Además, Ari disponía de un sobrio edificio destinado a este tipo de acontecimientos. No estaban hechos de boj labrado los asientos del local, pero al menos tenían respaldo. Y estaban ordenados alrededor de un fuego rojo que arrojaba una luz pavorosa sobre los rostros solemnes de los caudillos.

Ari estaba en su casa, y por eso tomó la palabra el primero. Antes, sin embargo, dejó que todo el mundo encontrara acomodo a su antojo. Así, Carontes se sentó, más o menos, frente al vacceo. Alban, el pelendón de la mirada hosca, y Kaukirino escogieron flanquear al anfitrión como si fueran sus dos mejores amigos. Magilo estuvo lento y, muy a su pesar, no le quedó más remedio que situarse junto a quien lo había despojado de su trono en Sekaisa.

—Si alguno de los reunidos no ha venido a hablar de guerra, se ha confundido de lugar y de día —asentó Ari cuando percibió a todos sus huéspedes atentos—. Es urgente saber cuántos guerreros aportará cada pueblo. Y eso... ya habéis tenido tiempo de sobra para decidirlo.

Estaban los cuatro celtíberos con las cabezas erguidas, apuntando la mirada hacia el fuego rojo que les distorsionaba los rostros; pero, aun así, se vigilaban de reojo por si, a última hora, alguno reculaba o se arrepentía parcialmente de sus promesas.

—Nadie se ha confundido, me parece —intervino Carontes en medio del crepitar de leños—. Todos hemos venido a hablar de guerra, pero también de sus condiciones. Es lógico que, antes de lanzarse de cabeza a un pantano, a uno le guste conocer la profundidad de sus aguas. Y lo cierto es que no fuiste muy explícito al respecto cuando viniste a verme a Uxama.

Asintió Ari en silencio mientras Magilo contemplaba al arévaco con una mezcla de admiración y disgusto. Su tono le resultó altivo, aunque sus dudas se le antojaron razonables. Había tratado con su padre hacía años, cuando Carontes no era más que un joven apuesto con ganas de regir al pueblo más poderoso y temible de la Celtiberia. Vismaro había sido un gran líder, capaz de aunar el poder militar y el político de manera indiscutible durante décadas. Su hijo heredó los dos sin esfuerzo. No tuvo que luchar las guerras de sus antepasados contra cartagineses, romanos y contra los propios pelendones. Sin embargo, la fama de su progenitor no le evitó los desafíos.

Según se decía, en menos de un año de mandato, Carontes había tenido que librar ocho combates singulares contra otros tantos insurgentes que pretendían arrebatarle el puesto. El joven arévaco los había matado a todos como se debía: demostrando que era el más fuerte con la espada.

—Magilo es realmente el alma de esta alianza, y ha preferido mantener en secreto los pormenores de la gran batalla contra el pretor Graco. Para eso nos hemos reunido aquí en Intercatia, para escucharlo y corregir su estrategia si nos parece errónea. —Hizo Ari un gesto anuente con la cabeza y dejó a todos pendientes de las palabras del caudillo de los lusones.

Sintió Magilo un calor repentino en la cara. No supo si atribuirlo a la hoguera o a las miradas inquisitivas de sus compañeros de sala. Se levantó de un salto, pues no se veía capaz de predicar sentado. La Sombra le había dicho que el poder de persuasión siempre debía ejercerse en pie, dominando a quienes pretendes convencer de tus teorías.

Castra Atiliana sería el señuelo para sacar a Graco de su madriguera en la Carpetania. El hostigamiento de aquel cuartel ya legendario a cargo de tres mil lusones leales a la liga celtíbera desataría todas las alarmas en Cértima. Todo estaba ya pactado y previsto, repuso Magilo con la calma de los grandes generales.

Sempronio Graco apenas tardaría un par de días en enterarse del asedio. Entonces se pondría en marcha de inmediato con el fin de evitar la caída del baluarte romano más alejado del mare Internum. Una auténtica —aunque aislada— fortaleza que a Roma le permitía controlar algunas ciudades lusonas cercanas, así como asomarse a la indómita Celtiberia Ulterior.

Perder Castra Atiliana sería como amputarle a un cojo su única pierna sana; igual que arrancarle a un cíclope su ojo de la frente. Graco lo sabía mejor que nadie, y no estaría dispuesto a ser señalado con el dedo de la ignominia cuando terminara su mandato.

Pero mientras el pretor tiritaba de ira en sus reales de Cértima y preparaba a sus legiones para una larga marcha, cinco mil lusones acantonados en Ercávica saldrían de su fortaleza para reunirse en Sekaisa con las huestes de Kaukirino. Ascenderían juntos el río Salo hasta Salduie. Desde allí avanzarían por el mismo valle del Hiberus sin esconderse, dándose a ver en Carabis y en otros oppida fieles a Roma. Para que las noticias le llegaran a Graco con mayor presteza y de primera mano.

Acamparía aquel ejército mixto a una sola jornada de Castra Atiliana con el fin de que, en su apresurado ascenso desde la Carpetania, el atribulado pretor tuviera que debatirse en una disyuntiva inquietante: ¿qué era menos peligroso: ayudar a los sitiados y arriesgarse a sufrir una embestida del enemigo por la espalda o dar batalla primero a los ejércitos de Magilo y Kaukirino y después ocuparse del asedio?

Cualquier opción era pésima. Entrañaba riesgos evidentes de acabar acorralados por el norte y por el este. Lo que Graco no podía vaticinar era un ataque demoledor también desde Poniente. Miró Magilo fijamente al líder vacceo y después al arévaco y al pelendón antes de anticiparles lo que se aguardaba de ellos.

Carontes debería aguardar a Ari y a sus siete mil hombres en la ciudad de Clunia. Después, los dos ejércitos avanzarían juntos, sigilosos, pendientes de las notificaciones de sus aliados lusones y belos. Porque, inevitablemente, el lugar para la batalla definitiva dependería de la elección hecha por Graco. Lo que no iba a estar en manos del pretor era la victoria. A los pelendones los instó a que viajasen por su cuenta desde las fuentes del Durius para reunirse en algún punto con arévacos y vacceos. Y, si no, con quienes ascendían por el valle del río Salo hacia su confluencia con el Hiberus.

Si los líderes de los diferentes pueblos se mostraban mínimamente generosos, alrededor de quince mil guerreros de la meseta se le vendrían encima desde el oeste. Una cifra muy parecida o tal vez mayor lo acosaría desde Levante mientras tres mil lusones de toda confianza le impedirían recibir ayuda desde Castra Atiliana. Ningún ejército romano, por numeroso que fuera, podría sobrevivir a un ataque conjunto de tantos celtíberos con ansias de libertad y venganza.

Regresó el crepitar de leños a la sala del consejo de Intercatia. Se oían girar los engranajes del pensamiento de los asistentes. Había gruñidos, murmullos y hasta suspiros en el aire caldeado de la estancia, a pesar de que nadie había despegado aún la boca tras la larga intervención de Magilo.

—Me place —afirmó al fin Ari tras una ardua reflexión de cinco minutos.

—Y a mí —confirmó Carontes—. Aportaremos siete mil guerreros a la lucha, igual que los vacceos.

—Pelearé al lado de Magilo —sostuvo Kaukirino de repente, mirando a los ojos de su antiguo rival—. Con lo que tenga. En Sekaisa viven tres mil hombres de guerra, pero aún hay muchas ciudades de nuestro territorio que tienen que decantarse.

—¿Y tú? —le preguntó Ari al caudillo pelendón cuando los números dejaron de hacer piruetas dentro de su cabeza.

Tenía Alban los ojos irritados de tanto mirar el fuego. El semblante se le había ido endureciendo durante la perorata de Magilo. Sus facciones eran puras aristas cinceladas en roca. Su boca, una línea recta, pálida y reseca. A todos pareció que el pelendón apenas se había enterado de nada. Y tal vez fuera cierto, pues la mente de Alban había estado ocupada reverdeciendo rencillas que solo recordaban los viejos.

—Antes de luchar contra el invasor romano, nosotros queremos recuperar todo lo que nos quitaron los arévacos. Es decir, nuestro antiguo territorio en la cuenca de Durius, hasta las planicies de Numantia —dijo, y se quedó mirando a Carontes con ademán desafiante.

Encajó mal la demanda el de Uxama. Negó pensativo con la cabeza, como si no diera crédito a

sus oídos. Después se irguió en toda su envergadura. Era Carontes un joven de rostro severo y cuerpo colosal, como el Magilo de sus mejores tiempos. Iba vestido con una cota de anillas blancas sobre las que las llamas jugueteaban dibujando caprichosas lenguas rojas.

—Nuestros ancestros pelearon mucho, es cierto —concedió displicente—. Los míos ganaron. Los tuyos perdieron, pero todo fue en buena lid. No obstante, te daré la oportunidad de recuperar todo eso que dices aquí en Intercatia.

Desenvainó Carontes con parsimonia una espada que mostraba ocho muescas en su empuñadura, correspondientes a ocho duelos exitosos; a ocho hombres que se habían supuesto mejores, pero no vivieron para ver crecer a sus hijos.

Crujió el escaño de Alban con el chirrido de un gozne siniestro. Lucía el pelendón los músculos del cuello tensos, y también los del brazo derecho. Tenía la respiración alterada, pero la mano firme, cuando desenvainó sin alardes. El fulgor de las llamas reveló una falcata que, a falta de muescas en el puño, llevaba grabado el nombre de su difunto padre en la acanaladura.

LVI

No llegó la sangre al río gracias a la rápida intervención de Ari. El vacceo se interpuso entre ambos caudillos y les recordó el auténtico propósito de aquel cónclave. Intercatia no era el lugar para saldar viejas cuentas entre pueblos celtíberos. Tampoco la fiesta sagrada del plenilunio parecía la más indicada para el derramamiento de sangre entre hermanos, les dijo. Ya habría tiempo de sobra para las reivindicaciones tras la victoria. En cualquier caso, cuando la coalición empujase a las legiones romanas, o a sus restos, hasta el litoral del mare Internum, habría tierras en abundancia para todo el mundo. Si ponían un poco de empeño por su parte, hasta los iberos de la costa podrían volver a ser libres de sus opresores. Así se expresó el líder vacceo antes de conceder un mes a sus aliados para ir reuniendo tropas. Después los mandó a todos a la plaza para asistir a los oficios del brujo.

Resultó al final una fiesta multitudinaria la que se celebró en el corazón de Intercatia aquel plenilunio de marzo. Porque, tras hablar de guerra y victoria, Ari se sintió generoso esa noche y permitió que las escoltas que los caudillos celtíberos habían traído consigo desde sus lugares de origen penetraran en su ciudad y se emborracharan al lado de sus gentes.

Corrieron las jarras de caelia y los vasos de vino endulzado mientras el druida vacceo preparaba el sacrificio de un cabrito ya muerto de miedo. Dijo que en el cuerpo del animal residía la respuesta de los dioses ante la batalla definitiva que los pueblos de la meseta iban a librar contra Roma. Algunos no le hicieron caso porque estaban ya borrachos. La mayoría, sin embargo, estiró el cuello y se acercó más al estrado para contemplar de cerca la revelación de las deidades.

Trabajaba el brujo aupado a un escenario de tablas. Tenía a su alrededor todos los instrumentos necesarios para la ofrenda: ollas en las que recoger sangre u otros fluidos, platos, cuchillos, escalpelos, trapos sucios... Nada se le antojó extraño a Magilo en aquellos prolegómenos. Estaba cansado de ver espectáculos que solían ser simplemente consultivos, si no amañados por los caudillos de turno, antes de algún acontecimiento decisivo para la urbe. Así sucedía a lo largo y ancho de toda la Celtiberia, excepto en Sekaisa, donde la Sombra resultaba insobornable.

Era calvo como un huevo el brujo de Intercatia. Tenía el rostro anguloso y la piel tirante debido a una falta atroz de carne sobre los huesos de la cara. De puro viejo se le habían caído hasta los dientes. Ocultaba, sin embargo, tanta decrepitud cubriéndose con la cabellera larga y blanca de algún cadáver reciente.

Llevaba el anciano un cuervo amaestrado sobre la cabeza, haciendo equilibrios en el abismo. Degolló con mano experta al animalillo bajo la mirada atenta del pajarraco. Lo destripó después, con la habilidad del mejor matarife. Dejó que la sangre y los mondongos se esparcieran libremente sobre las tablas del suelo, insinuando intrincadas formas y siluetas. Unos trazos que parecieron convencerlo, a juzgar por sus gestos de asentimiento. Se arrodilló entonces de espaldas al público, con el cabrito en su regazo, y se puso a destazarlo usando un afilado escalpelo.

Cortó abundantes briznas de carne que colocó meticulosamente en dos platillos metálicos. Se giró al fin con los brazos extendidos, sosteniendo en cada mano una escudilla repleta de restos ensangrentados. Examinaba el cuervo, a través de los ojos del dios Lug, las porciones de cada plato con gesto inquieto en medio del silencio. Permanecía el druida mudo mientras tanto, igual que un espantapájaros con peluca. En realidad, no hacía falta explicar nada, pues todos en la plaza conocían de sobra el significado y alcance de aquella disyuntiva.

La mano derecha era la de manejar la espada, la buena, la correcta, la bendecida por los dioses. La otra era la siniestra, la traicionera, la que indicaría todo tipo de desgracias si el pajarraco se inclinaba por ella. Se posó al fin el dios Lug sobre el hombro derecho del druida. Avanzó después a lo largo de su brazo hasta alcanzar el plato. Tras un graznido de regusto, el bicho devoró su contenido de tres ávidos picotazos.

Un rugido triunfal reventó los cielos de Intercatia ante un vaticinio que prometía una victoria indiscutible sobre Roma. Aullaron como locos los que seguían, atentos, la ceremonia. Farfullaron también vítores inconexos los beodos o los distraídos. Magilo fue de los pocos que permanecieron callados. Conocía el truco por haberlo visto en Titia, la capital de los titos, una vez que iba de paso.

Seguramente aleccionado por Ari, y sin que el público se percatara de ello, aquel brujo famélico había cortado duros tendones de las patas traseras del cabrito, y los había depositado en la escudilla izquierda. En la otra había puesto tiras de carne tierna, de las costillas y del vientre. El cuervo no había tenido dudas sobre el manjar más apetitoso.

Magilo dio un respingo al notar la cercanía inesperada de una silueta. Era Kaukirino, con dos jarras de caelia.

—Parece que ganaremos nosotros... —El nuevo líder de titos y belos le ofreció a su antiguo rival en Sekaisa una de las cervezas.

Se mantuvo inmóvil el caudillo adoptado por los lusones. Hermético, adusto, desconcertado. Reticente a entablar conversación con quien, a su juicio, había aprovechado su ausencia para robarle todo.

—Tan solo quería que supieras que tu hijo Caro ya monta muy bien a caballo. Y también sabe disparar con el arco —repuso Kaukirino, que ya estaba a punto de retirar la mano cuando Magilo, por fin, aceptó la jarra.

—¿Y la espada?! ¿Y la lanza?! ¿Ya ha hecho sangre?! —Una súbita llama, entre la emoción y la angustia, prendió en las pupilas de aquel padre errante.

—Oh, sí. Tiene buena puntería para ensartar gatos con las flechas que él mismo fabrica. Y a la hora de decapitar ocas, le da igual usar el hacha que la espada.

Bajó los ojos Magilo para hurtarle a Kaukirino el velo que le empañaba la mirada.

—¿Izaro? —murmuró cuando estuvo seguro de que la voz no le saldría rota.

Quiso el de los Alisakum esbozar una sonrisa, pero le salió una mueca triste.

—Está preocupada. Le gustaría que tú y yo volviéramos con vida de esa batalla. Reza por ello todos los días y hasta ha consultado con el brujo.

—¿Con la Sombra?!

—Sí.

—¿Y qué le ha dicho?!

Se encogió de hombros Kaukirino en un ademán de impotencia.

—No lo sé. No ha querido contármelo.

No deseaba Magilo conformarse con ambigüedades.

—Ya, pero... ¿la has notado afectada o entristecida después de la consulta?

Otra vez la misma mirada de pez varado en el lodo, el mismo gesto de disculpa.

—La verdad es que no mucho. Debe de ser porque venceremos fácilmente. Ya has visto lo que ha pronosticado el cuervo —siseó Kaukirino entre aquellas mandíbulas imperfectas.

—Ya, sí, claro. Será eso. —Magilo sorbió su caelia inmerso en una burbuja de pensamiento.

—No me importa que no cumplieras lo del destierro —asentó Kaukirino de repente—. Lo entiendo.

Tosió Magilo al atragantarse con el líquido. Iba a responder algo para justificarse, pero se le adelantó el hijo de Botilkos.

—Cuando todo esto acabe, puedes quedarte a vivir donde quieras, menos en Sekaisa. Te dejaré ver a tu hijo de vez en cuando.

LVII

Máximo Vento se tomó el desplazamiento a Carthago Nova como si se tratase de una placentera excursión hasta la playa. Al final, logró convencer a Graco para que lo acompañaran los tribunos. El viaje les haría ganar experiencia en temas de logística, así como en el manejo de tropas, le dijo. Lo que el legado, en realidad, pretendía era llevarse a su amada consigo. Y los jóvenes oficiales iban a ser su salvoconducto, porque siempre se hacían acompañar por sus prometidas; máxime cuando entre la Carpetania y la costa no había apenas zonas de peligro.

Para Elvia, aquella fue la primera vez que veía el océano en su vida. Vento había tratado de retratárselo muchas veces, comparándolo con el color añil de sus ojos. Le había resultado imposible, sin embargo, describirle el infinito. La celtíbera aspiró la brisa templada y salina como una cervatilla olisqueando el aroma de la hierba en mitad de un prado verde. Miró hacia la línea del horizonte con gesto confundido. Alargó el cuello y se puso de puntillas para ver más lejos. Le pidió después a Vento que la subiera sobre sus hombros.

—Entonces... ¿el mar no acaba nunca?

—En realidad sí, pero por el lado contrario, en Finisterrae —repuso el romano.

Obligó Elvia a Vento a girar sobre sus talones.

—¿Y qué hay más allá del fin de las tierras?

—Una catarata gigante en la que se precipita toda esta agua, y monstruos, dicen.

Hizo Elvia un mohín de repulsa y volvió a contemplar las olas y los barcos que entraban y salían del puerto de Carthago Nova.

—¿Te gustaría vivir aquí cuando me retire? —le preguntó Vento.

Habían subido a la torre más alta de la fortaleza, desde la que se divisaba la inmensa laguna, el puerto, los acueductos y la ciudad completa. Se veían desfilar carros con sus mercaderes por el cardo y el decumanus. Había soldados por todas partes. También el foro aparecía repleto de vida. Hasta el camino de ronda llegaban las voces de los comerciantes anunciando sus precios y sus ofertas, y las réplicas a veces airadas de las mujeres.

Elvia acarició la cabellera hirsuta de Vento aprovechando la postura.

—He vivido muchos años entre celtíberos. Ahora llevo un tiempo entre romanos —musitó pensativa.

—¿Y con qué te quedas?

—¿Tengo que elegir? ¿Es que no existe una ciudad en la que todos vivan mezclados, y en paz?

Lo pensó Vento un segundo.

—Ahora mismo creo que no.

—Bueno, pues ya la buscaremos cuando te retires. Afortunadamente, ya no falta mucho... — murmuró Elvia, que solo conocía a medias el camino por el que iba a transitar al lado de Máximo Vento hasta el día de su licenciamiento.

Regresó el legado a Cértima a mediados de abril, casi veinte días después de su partida. Encontró a Graco ansioso, impacientado y con el campamento prácticamente desmantelado. En la reunión que ambos militares mantuvieron dentro del praetorium, Vento justificó la tardanza aludiendo a la imposibilidad de ir más rápido por culpa de la artillería. Los trirremes fletados por el Senado habían descargado veinte máquinas pesadas y cincuenta y cinco carroballistae, además de cinco mil legionarios de refresco.

—Pues resulta que nos va a sobrar casi todo —gruñó el pretor, que, como casi siempre, estaba enfrascado en sus mapas.

El estupor o la nostalgia golpearon a Vento. Le había cogido cariño a la ciudad carpetana, o a la tranquilidad de la que Elvia y él llevaban disfrutando desde hacía meses.

—¿Ya vamos a marcharnos? ¿Tan pronto?

—Mañana mismo. De hecho, iba a iniciar el viaje sin vosotros.

Se acercó el legado al mapa objeto de tanto análisis y tanta zozobra.

—¿A qué se deben las prisas?

Puso su dedo índice el pretor sobre un emplazamiento pintado en verde en el valle del Hiberus.

—Hay un ejército lusón rondando Castra Atiliana.

Frunció el ceño Vento. En sus largos años de milicia, nadie jamás había osado husmear cerca de aquel potente baluarte.

—¿Un ejército? ¿De cuántos hombres?

—Tres mil.

Sonrió sereno el legado, confiado en que el gesto tranquilizaría a Graco.

—Hay casi dos mil legionarios defendiendo Castra Atiliana. Cuentan con tres ballistae por torre, y onagros, y catapultas. El foso parece una sima y los muros son de piedra maciza. Se requerirían unas fuerzas muy superiores a lo que dices para poner ese campamento en peligro.

—Hasta ahí es cierto —concedió el pretor romano—. Lo malo es que nuestros exploradores han

descubierto grandes concentraciones de tropas celtíberas de camino hacia esa zona. Al parecer, lusones, titos y belos se han puesto de acuerdo para atacar todos a una y hacer caer Castra Atiliana, y yo no voy a permitirlo. Son unos quince mil guerreros y nos llevan cuatro días de ventaja.

Torció el gesto Máximo Vento.

—Siento decirte que las tropas que hemos recibido no están listas para el combate. Son, en su mayoría, soldados muy jóvenes que no han visto una batalla ni de lejos. Están bien pertrechados, pero carecen de experiencia.

—Pues tendrán que adquirirla por el camino.

Hizo Vento algunos números rápidos dentro de su cabeza. Con lo llegado a Carthago Nova, las tropas senatoriales destacadas en la Citerior ascendían a tres legiones casi completas, y dos mil quinientos iberos. Los auxiliares que faltaban habían caído en la batalla o habían desertado. No era aquella una mano de obra que a Vento le inspirase demasiada confianza para adentrarse de nuevo en una Celtiberia más convulsa que nunca.

—¿Te ha proporcionado Thurro guerreros carpetanos?

Compuso un mohín de disgusto Sempronio Graco.

—Le pedí tres mil, pero me ha dado la mitad. Por culpa de las prisas, dice...

—Ya. ¿Y qué hacemos con toda esta artillería? —Señaló Vento la maquinaria que habían arrastrado desde Carthago Nova con mulas y bueyes.

—Podemos dejarla dentro de Cértima para que nos la guarden.

Rio Vento abiertamente la ocurrencia de su superior.

—¿Quieres que nos maten con nuestros propios proyectiles si un día volvemos a la Carpetania?

—¿Entonces?

—Mejor quemarla.

Ardieron toda la noche los onagros, las tormentas, los escorpiones y, en general, toda la maquinaria superflua. Por la mañana, cuando aún humeaban los rescoldos, dos hombres vestidos con saga y pieles se acercaron a unos reales a punto de ser abandonados a su suerte.

Estaba Graco plantado a las puertas de su praetorium, frente al ejército que iba a enfrentarse al conglomerado de tres tribus celtíberas. O eso era, al menos, lo que él pensaba en ese momento. Trataba el pretor de dejar claros sus objetivos en aquel accidentado principio de campaña: en primer lugar, urgía defender Castra Atiliana del acoso de los lusones. Era muy probable también que tuvieran que combatir por el camino contra una gran coalición celtíbera. Habría, no obstante, tiempo de sobra para al asalto y saqueo de nuevas ciudades enemigas de Roma, les aseguró a sus

legionarios.

Vestía en ese instante la toga trabea de los augures porque, tras su discurso, se disponía a oficiar junto a sus arúspices la ceremonia de la lustratio, el ritual que purificaba y protegía a los hombres antes de salir en campaña. Interrumpió, sin embargo, los preparativos cuando Vento le dijo que la visita de los recién llegados podía ser importante.

Se desenvolvían con soltura en el idioma romano los dos desconocidos, aunque su lengua materna posiblemente era el celtíbero. Tal vez se trataba de olcades o de turmogos, o de berones conociendo tierras de otros. Lo cierto fue que aquellos hombres se negaron a decir de dónde venían, o a qué tribu rendían obediencia. Tan solo querían entregarle al pretor de la Hispania Citerior una información muy valiosa a cambio de dinero.

Aceptó Graco la cantidad demandada sin inmutarse. Era exorbitante, pero hizo que Marcio le trajera un cofre con mil ases de bronce.

—¿Y bien?

Cruzaron los dos bárbaros una mirada recelosa tras calcular, grosso modo, el montante de la arqueta.

—Tal vez nos hemos expresado mal —adujo quien llevaba la voz cantante—. Son mil para cada uno.

Asintió de nuevo Graco, y esta vez fue Séptimo el encargado de traer el tesoro.

—¿Ahora sí?

—Ahora sí —sonrió el hispano mientras guardaba las monedas en las alforjas de su montura.

—No tengo todo el tiempo del mundo —les urgió Graco al ver que, de nuevo, dudaban.

—Nos dirigíamos hacia poniente, pero nos hemos vuelto para avisarte —aseveró el viajero.

—¿De qué?

—De que los vacceos han reunido un ejército y planean dirigirse hacia el noreste, para cruzar el Durius por algún sitio y plantarte cara.

—¿De cuántos guerreros me hablas?

—Más de cinco mil.

Trató Graco de contener su zozobra en presencia de los hispanos. Intentó, en realidad, parecer indiferente a la noticia.

—Ya. ¿Algo más?

—Sí. Los arévacos los esperan al otro lado del río. Los pelendones también se unirán en algún

punto. Entre todos sumarán al menos nueve mil guerreros.

Palideció el pretor, aunque fue una lividez pasajera que no le impidió hacer una seña imperceptible a Marcio y Séptimo para que los dos antiguos centuriones mandaran cargar cuatro de las veinte carroballistae que pensaba arrastrar en su camino hasta Castra Atiliana. Despidió después a sus dos informantes con el abrazo de la muerte. Cuando se dirigió a su legado, el color ya le había vuelto al semblante. Incluso la confianza.

—Roma no paga a traidores. Y mucho menos a mentirosos —murmuró satisfecho mientras veía volar por los aires los cuerpos hechos trizas de los dos jinetes hispanos por efecto de las flechas.

—¿Crees que esos hombres mentían?

La pregunta inesperada de Vento pareció pinchar la burbuja de optimismo en la que el pretor había elegido refugiarse.

—¡¿Tú no?! —demandó al instante.

—Solo digo que deberíamos cerciorarnos de si esa información es cierta o no antes de aventurarnos tan tranquilos en territorio enemigo. Si vacceos, pelendones y arévacos van a reunirse en algún punto con los que ya están de camino hacia Castra Atiliana, deberíamos saberlo cuanto antes. De lo contrario, podrían prepararnos una emboscada de la que no habría salida posible.

Dio un respingo el militar romano como si un espectro le hubiera puesto la mano en el hombro.

—Entonces... ¿qué sugieres? ¿Que dividamos nuestro ejército en dos y que una parte de él se dedique a husmear en territorio vacceo?

Cabeceó Vento con pesar mientras buscaba las palabras justas. Era consciente de que la campaña que estaban a punto de empezar iba a estar muy lejos de ser una última misión sin importancia antes del retiro, tal y como le había prometido a Elvia.

—Tienes que pedirle ayuda al pretor de la Hispania Ulterior. Y rápido —dijo al fin.

La sugerencia encrespó a Graco.

—¿A Postumio Albino? ¿Quieres que recurra a otro general romano? ¿Para luego tener que compartir con él las mieles de un triunfo en el que no habrá intervenido? Los vacceos no van a venir, y tampoco los arévacos. Me he pasado la noche entera hablando con las estrellas. Ellas me habrían dicho algo, de avecinarse una catástrofe. Además, todavía no estamos en una guerra declarada con esos tres pueblos. —Se le agolpaban a Graco las razones para rechazar la ayuda de su colega—. Postumio Albino se limitará a otear la llanura desde un monte y mandarnos un heraldo con un mensaje muy simple: no hay peligro en el horizonte —arguyó acalorado—. Pero luego, a la vuelta, querrá desfilar en Roma a mi lado para llevarse la mitad de las alabanzas por la conquista de la Celtiberia.

—Es posible que ni siquiera tú puedas asistir a ese desfile.

—¿Por qué?

Mostró su hastío Vento a través de un largo suspiro. Aborrecía tener que explicar obviedades tantas veces.

—Porque no será el desfile del triunfo lo que organizarán en las calles de Roma, sino una ceremonia de exequias.

—¿De quién?

—Serán las tuyas, y las de todos nosotros si los dos pueblos más temibles de la meseta se unen para hacernos frente. ¿O crees acaso que celtíberos y vacceos van a darnos cuartel si consiguen cercarnos como a ovejas?

Aquella misma mañana los prefectos Marcio y Séptimo partieron hacia la Beturia con una misiva urgente para Postumio Albino: debía el pretor mover sus legiones a la otra margen del río Anas con el fin de controlar las posibles maniobras de los vacceos, aun a riesgo de dejar desguarnecido su territorio ante un improbable ataque lusitano. Si detectaba el desplazamiento de algún contingente enemigo hacia el Durius, la consigna era detenerlo. Como fuera. De ello podría depender la integridad de las dos Hispanias y las vidas de decenas de miles de romanos.

LVIII

El penúltimo favor —obligado— que Thurro tuvo que hacerle a Graco, si quería volver a ver algún día a sus hijos, fue aprovisionarlo de grano para un mes y regalarle cien vacas para leche, o para que las legiones se las fueran comiendo por el camino. Pensó el régulo que aquellas dádivas serían ya suficientes para perder de vista a su molesto invitado, al menos durante un año. Pero erró en sus cálculos. Justo antes de ponerse en marcha, Graco le pidió diez cerdos, otras tantas ovejas y tres toros; todos de piel negra, tal y como requería la ceremonia purificadora de la lustratio.

Había hecho construir el pretor un altar a las puertas de su praetorium. Hasta él hizo arrastrar a su rebaño de víctimas. De manera suave, sin tensar las cuerdas, pues el hecho de forzar a las bestias podía ser considerado como señal de mal augurio. Sus arúspices pasearon a los animales alrededor del ara hasta completar tres vueltas completas. Sin tirones en los ramales, sin usar varas ni fustas. Cuando terminaron, Graco ya se había echado por encima la sagrada mola salsa, una mezcla de harina, sal y agua. Un mejunje necesario antes de los sacrificios. Un simple gesto del militar y sacerdote augur desencadenó la matanza.

Se esforzaron los arúspices en sacrificar de manera rápida y limpia a las bestias, tal y como exigían los cánones. Mas no pudieron evitar las coces, los gruñidos, los lamentos y los berridos de pánico de los inmolados. A fin de cuentas, ningún bicho se deja destripar por voluntad propia. Examinó Graco los órganos internos desparramados por el suelo y, tras examinarlos concienzudamente, alzó las entrañas chorreantes de uno de los toros. Se dirigió entonces con voz estentórea a las deidades responsables de conceder victorias a Roma: Marte, Hércules, Minerva y los Dioscuros.

—Os suplico que seáis benevolentes y propicios conmigo y con mis ejércitos; para eso he hecho pasear a estas víctimas alrededor de mi campo, mi tierra y mi heredad; para que apartéis las enfermedades, la destrucción y las calamidades de nuestro camino. Con esta intención, dignaos aceptar la inmolación de estas reses.

Había muchos soldados pendientes del discurso, y de los gestos histriónicos de su protagonista, y de las vísceras esparcidas sobre la tierra. Pero eran más los que esperaban la conclusión de la ceremonia para llevarse toda aquella carne fresca y asarla en una gigantesca hoguera. No habría mucha más comida caliente para las legiones tal vez durante meses.

Elvia lo había presenciado todo desde la puerta de la tienda que compartía con Máximo Vento: el discurso inicial de Graco en el que el pretor hablaba del propósito de su nueva campaña, la entrevista y ejecución de los dos hispanos y la lustratio. Se le quedó el aire ceñudo a la par que pensativo tras los acontecimientos.

—Este viaje no va a ser lo que me dijiste... —le echó en cara a Vento.

Cabeceó el legado, cariacontecido. Se daba cuenta de que no podía seguir escondiendo una

realidad imparabile.

—Puede que sea un poco más largo y complicado de lo que imaginaba, pero saldremos adelante
—murmuró mientras atraía hacia sí a la celtíbera.

—¿Mi hermano va estar en esa coalición de la que ha hablado Graco?

—Tal vez —musitó Vento, pero se demoró demasiado en su respuesta.

—Dime la verdad. No soy tonta.

Asintió con desgana el legado.

—Sí, estará al frente de uno de los ejércitos celtíberos.

—¿Lucharás contra él?

—Quizá.

—¡Maldita sea, sé sincero conmigo!

Suspiró Vento ante lo inevitable.

—No habrá más remedio.

Voces de soldados felices destazando bestias muertas llenaban los aires del campamento mientras una pregunta inaplazable rondaba la cabeza del militar romano. Le puso al fin palabras cuando encontró el valor necesario para pronunciarla.

—¿Con quién estarás tú cuando Magilo y yo tengamos que enfrentarnos?

Un fuego azul se asomó a los ojos entrecerrados de Elvia.

—¡¿Cómo puedes dudarlo?! ¡Estaré con ambos! —repuso enfurecida, y se marchó al ver llegar a un pretor todavía cubierto de vísceras, harina pringosa y sangre.

Señaló Sempronio Graco con un dedo rojo hacia la muchedumbre silenciosa que había asistido al discurso y a la ceremonia fuera de la empalizada.

—Y ahora... ¿qué hacemos con esos? —Miraba el romano las numerosas canabae con una mezcla de asco y desprecio.

—¿A ti qué se te ocurre?

Compuso el general romano un gesto de indiferencia.

—Dejarlos aquí. Al fin y al cabo, no son mi problema. Yo no los he llamado.

—No me parece una solución correcta. —Dedicó Vento una ojeada de lástima a aquella marea

parda de no combatientes.

—Pues entonces le diré a Thurro que se encargue de esa caterva de parásitos.

—Eso no evitará que mueran —le censuró el legado—. A manos de los mismos carpetanos o de quien sea. Entre esos a los que llamas parásitos hay también muchas mujeres que comparten vida, incluso hijos, con centenares de tus legionarios. Hay niños pequeños que han nacido en esas tiendas. Para ellos un campamento romano es su casa; y el ejército, su familia.

Se quitó Graco el velo sacerdotal de la cabeza y lo lanzó, furioso, contra el suelo.

—¿Insinúas que debemos cargar con todas las rémoras y, además, alimentarlas y protegerlas? ¡Nos retrasarán! Y en caso de ataque, nos restarán efectivos.

Comprendía Vento la zozobra que embargaba a su superior y por eso trató de mostrarse ecuaníme.

—Podemos acomodar a las embarazadas y a los niños más pequeños en los carros que llevan las vituallas y la impedimenta. Las mujeres jóvenes no tendrán problema para seguir nuestro ritmo.

—¿Y el resto? ¿Qué haremos con las prostitutas viejas, y con los mercachifles y quincalleros que portan su carga a cuestas? Esos no aguantarán siete leguas diarias de marcha. Al segundo día empezarán a descolgarse.

Asintió Vento con cara de circunstancias.

—Trataremos de acompañar a todo el grupo hasta algún lugar seguro desde el que puedan dirigirse por su cuenta hasta Tarraco. A los que se retrasen... los ayudaremos mientras podamos.

Escrutó Graco a su subalterno con una mezcla de curiosidad y asombro.

—Hace un año me habrías dicho que los abandonara a todos en mitad del páramo. Para que se los comieran los lobos o el propio Tencino. Ahora te preocupan las vidas de toda esa escoria. ¿Qué te ha hecho cambiar tanto?

Lo pensó Vento unos segundos. Por detrás de sus ojos glaucos pasaron muchos años de una juventud gastada en guerras ajenas, extraviada en una Hispania sangrienta. En medio de aquella nebulosa de crueldad, alaridos y tañido de espadas surgió la imagen impávida de Elvia. Llevaba de la mano a una criatura: el hijo de ambos, si los dioses romanos y los celtíberos se ponían de acuerdo en algún momento para detener el sinsentido.

—La realidad —dijo—. Antes veía las cosas de otro modo.

LIX

El mismo día que Graco puso rumbo al norte desde Cértima, Magilo divisó la fortaleza majestuosa de Sekaisa a una legua de distancia. Iba acompañado de sus dos fieles lugartenientes, Arranes y Kaerkes, además de por un ejército de cinco mil guerreros decididos a seguirle hasta el infierno si hacía falta. Se le humedecieron los ojos al caudillo celtíbero al contemplar las torres de su ciudad natal. No había vuelto a ver aquellas almenas desde el día del destierro.

Había soñado Magilo muchas veces con el retorno a su antiguo reino, liderando un gran ejército, aupado otra vez a la cúspide de los poderosos. Para que todos, incluido el propio Kaukirino, pudieran admirarlo en la armadura que vestía del gran Buntalos antes de dar batalla al invasor romano. Para que el pequeño Caro volviera hacia su madre sus ojitos intrépidos con una pregunta comprensible en un niño de cinco años: «¿Quién es ese guerrero tan formidable?», querría saber al instante. «Tu verdadero padre», le diría Izaro con un deje de orgullo tal vez medio auténtico.

Pensaba Magilo enterrar la vergüenza aquel mismo día dándose un baño de multitudes en las calles de Sekaisa. Después se entrevistaría con Kaukirino para exigirle el mando único de la coalición alcanzada entre titos, belos y lusones por el mero peso de los números.

Ascendió el último cerrete el ejército de Ercávica antes de tener una visión diáfana de la ciudad y sus alrededores. Se detuvo Magilo en la cima del montículo y contempló el encinar sagrado de Nemeton y las tierras allende con mirada estupefacta, como si la maza del dios Sucellos —el que golpea bien y fuerte— le hubiese reblandecido el cráneo de un certero martillazo.

Abrió la boca para decir algo, pero las palabras se le quedaron perdidas entre las muelas. Se frotó los ojos, incrédulo. Bebió un largo trago del pellejo que llevaba colgado de la grupa y, al fin, se sintió capaz de interrogar a Kaerkes, el único hombre que conocía sus ilusiones secretas, y también sus propósitos.

—¿Cuánta gente crees que hay ahí acampada?

Ladeó la cabeza el viejo guerrero mientras echaba cálculos, sabedor de que sus números —aunque fueran a la baja— supondrían para su jefe una cuchillada en las tripas.

—Diez mil al menos, y faltan los de dentro. Pues sí que ha tenido éxito Kaukirino entre tus antiguos súbditos... —murmuró sorprendido.

—Por fin veré Sekaisa, y conoceré a tu esposa y a tu hijo Caro. Me has hablado tanto de ellos...

—terció entonces Arranes, ajeno a las tribulaciones de Magilo y a su creciente cólera—. Aunque lo que más me apetece es tomar unas jarras de caelia, comer un buen asado y dormir en un jergón de paja en vez de en el suelo.

Tenía Magilo las mandíbulas apretadas como tenazas de fragua a causa de la envidia. Las palabras le salieron ásperas, chirriantes, como el canto estridente de una cigarra.

—Pues no vas a hacer nada de eso —zanjó quien aspiraba a haber encabezado al menos a tres pueblos celtíberos pero tendría que contentarse con uno solo.

Rodearon los lusones errantes de Magilo la fortaleza bela por su costado de poniente. Lo hicieron, además, sin acercarse mucho, para que los fisgones del camino de ronda no pudieran distinguir las caras de quienes los conducían, ni sus gestos. De haberlo hecho, la visión habría preocupado a muchos. El fantasma triste del mítico Buntalos no podía ser de ningún modo un buen augurio de cara a la guerra contra Roma.

—Volverás cuando ganemos —trató de animarlo Kaerkes—. Tal vez entonces puedas reclamar tu viejo trono y el liderazgo que ahora anhelas. Las batallas son de lo más propicio para enderezar un destino torcido. Aunque ganemos, seguro que algún jefe que tú y yo conocemos cae en la línea de escudos —rio por lo bajo el viejo guerrero—. Y si no cae..., ya haremos por que caiga. Tú ya me entiendes.

Acamparon los lusones dos millas al norte de la ciudad bela. Nada más hacerlo, Magilo envió a Kaerkes y a Arranes con un recado muy claro para Kaukirino: en cuarenta y ocho horas debería tener ya listo a todo su ejército para avanzar juntos hacia el norte.

El nuevo líder de los titos y los belos se presentó por la tarde con catorce mil infantes y mil jinetes. No tardó ni cuatro horas en hacerlo. A decir verdad, ya llevaba varios días esperando, le explicó a Magilo mientras lo guiaba a través de su inmenso campamento.

Distinguió el antiguo caudillo caras conocidas entre los seguidores de Kaukirino. Eran veteranos de su época. Gente bregada en la guerra; curtida en escaramuzas de ida y vuelta, lanzadas con más orgullo que éxito. Guerreros que afrontaban probablemente la última batalla de sus vidas. Junto a ellos, Magilo vio miles de rostros jóvenes con ojos brillantes. Eran los hijos de los viejos combatientes, a punto de tomarle el relevo a una generación en cuyo horizonte diario solo había existido la guerra. Primero contra los cartagineses y después contra Roma.

A pesar de que aquella tropa había sido reclutada por otro, Magilo quería pensar que sus soflamas públicas sobre la Celtiberia y la unión de todos sus pueblos contra el invasor romano no habían caído en saco roto. Y que tanto hombre dispuesto a seguir a un líder hasta sus últimas consecuencias no era otra cosa sino el premio a sus esfuerzos.

Se asombró, no obstante, cuando Kaukirino le nombró las fortalezas en las que había alistado a gran parte de tales huestes. Eran ciudades tibias, fronterizas, medio romanizadas, en las que Magilo no habría logrado arrastrar a nadie, o como mucho a una docena de locos.

Iba temblando el celtíbero mientras andaban, por si, dada la desigualdad de tropas, Kaukirino demandaba las riendas de una formación que, entre infantes y jinetes, rondaba los veinte mil efectivos. Pero no lo hizo. Debió de entender que arévacos, vacceos e incluso pelendones jamás obedecerían a un caudillo extranjero.

Partieron a la mañana siguiente, zigzagueando a lo largo del río Salo como una gigantesca serpiente multicolor. Titos y belos marchaban en la vanguardia, mezclados unos con otros en buena armonía, como si todos fueran mimbres del mismo cesto. Los lusones caminaban por detrás, hosclos, silenciosos, manteniendo medio estadio de distancia, como si en el fondo

desconfiaran de sus aliados. Tenían, sin embargo, algo en común ambos contingentes: a diferencia de los romanos, obligados a transportar su propia comida, las tropas celtíberas viajaban ligeras de equipaje.

No tenían necesidad de cargar con casi nada, aparte de sus armas, pues se aprovisionaban sobre la marcha. Y es que los lugareños de las ciudades por las que pasaba la larga columna los agasajaban con carretas de grano y adobos, además de con loas y fervorosas voces de victoria.

Se acostumbró la liga celtíbera a desfilar con la cabeza alta mientras les llovían gritos de «¡Keltiber, Keltiber!» desde las torres de las fortalezas. Al cabo de algunos días de compartir polvo y cariño, los integrantes de aquella gigantesca coalición acabaron por fundirse como si siempre hubiesen sido cachorros de la misma camada; y no lobos, los unos para los otros. Le emocionó a Magilo comprobar que sus lusones errantes, hechos a una vida de odio y rechazo, se animaban a compartir charla y camino con los guerreros que les precedían.

«¡Castra Atiliana arde!», rugió una mañana Arranes al ver el horizonte emborronado de negro. Su alarido provocó la respuesta inmediata de veinte mil gargantas eufóricas. Querían muchos lanzarse a terminar la faena iniciada por los lusones de Borsau y Kaiskata, pero tanto Magilo como Kaukirino se mostraron cautos. Mandaron por delante a una partida de batidores con el fin de verificar la hazaña, pero resultó que no era el campamento romano lo que se quemaba, sino las canabae que siempre lo habían rodeado desde su nacimiento.

Decidieron los dos líderes plantar sus reales aquella misma tarde, manteniendo la orden de continuar con el hostigamiento de Castra Atiliana. Su guarnición jamás abandonaría una madriguera segura para unirse a Graco si al otro lado del foso rondaban tres mil lusones en pie de guerra. Faltaba un solo día para las calendas de mayo.

Los pelendones aparecieron a la mañana siguiente, el día de Beltane, la festividad que honraba al dios Lug por su aspecto solar y apolíneo, y por su clarividencia. Magilo se disponía a officiar una breve ceremonia en el campamento que reunía a lusones, titos y belos; pero la interrumpió ante la llegada inminente de Alban y sus guerreros.

Venían los pelendones frescos, ruidosos, con las armas engrasadas y los ojos centelleantes. Según afirmaron, habían salido con tiempo de su territorio y ya llevaban dos días enteros acampados en las inmediaciones, esperando al resto. Conocían lo sucedido en Castra Atiliana y se preguntaban cuánto tardaría el pretor de la Hispania Citerior en tratar de ponerle remedio a la amenaza.

—Los romanos andan más que nosotros —tuvo que admitir Magilo—. Habrán ido recortando la ventaja que les sacábamos. Lo más probable es que estén aquí en dos días, como mucho. Y tú... ¿sabes algo de los arévacos?

Se encogió de hombros el caudillo pelendón en un gesto que aunaba desconocimiento e indiferencia.

—Hemos venido bordeando su territorio por el norte —dijo—, pero es cierto que deberían haber venido los primeros, junto con los vacceos.

No pretendía Magilo sonar agorero, pero la zozobra que lo consumía por dentro le soltó la lengua.

—¿Crees que podrían haberse arrepentido?

Sonrió irónico Alban al escuchar la pregunta. Había, no obstante, una traza de admiración en aquella mirada de hurón receloso.

—¿Faltar a una promesa de guerra? Los arévacos serán lo que quieras, pero morir con honor en la batalla supone para ellos un placer mayor que el de la propia carne. Con los vacceos pasa más o menos lo mismo. Vendrán.

Asintió Magilo, conforme.

—Está bien. Celebremos Beltane todos juntos mientras esperamos. Usaré los poderes imbuidos por la Sombra para invocar a Lug. Me escuchará —sentenció orgulloso—. Protegerá a ambos ejércitos en su desplazamiento.

LX

Avanzaban las legiones de Graco a una media implacable de siete leguas diarias, aunque a veces cubrían ocho, según el terreno. Se presentaron en las puertas de Ercávica en solo dos jornadas, pero no se detuvieron ni a contemplarla. Al pretor le habría encantado tomar la fortaleza al asalto, y reducir sus muros a escombros, aprovechando que solo quinientos guerreros la defendían. Mas la prisa resultaba acuciante. Temía que Castra Atiliana pudiera caer en cualquier instante. Temblaba ante la mera posibilidad de perder el bastión romano más infiltrado en la Celtiberia. Porque, después de la hecatombe, centenares de dedos senatoriales lo tacharían de incompetente. Tal vez incluso lo destituyeran antes de tiempo.

Tal y como había previsto, los más débiles empezaron a rezagarse desde el primer momento. Los caminos se volvieron colinosos en cuanto abandonaron Cértima, y a muchos se les hizo de noche en el secarral que separaba Occilis de Segontia. Eran sobre todo prostitutas veteranas y mercaderes pobres que, a falta de una mula, debían tirar ellos mismos de sus carromatos. Cuando al fin conseguían alcanzar el campamento, ya era la hora de levantarse. La extenuación les impedía reiniciar la marcha con el grupo. Y si lo hacían, era para volver a quedarse aislados en la primera subida.

Sortearon Sekaisa por el oeste, como hacían con todas las grandes ciudades celtíberas que encontraban a su paso. Intuía Graco una falta casi total de guerreros dentro de aquellos enormes oppida. Aun así, prefería jugar sobre seguro y dar un rodeo de varias millas. A partir de la capital de los belos, el ejército romano calcó el recorrido de sus antagonistas a lo largo del río Salo.

Un rastro delator de tierra apelmazada, pellejos vacíos y restos de comida les iba mostrando, jornada tras jornada, la ruta infalible del enemigo hacia el norte. Solía mirar Graco ese mar inmenso de huellas humanas con ademán pensativo. Se le antojaban desproporcionados los efectivos movilizados por belos, titos y lusones para la conquista de un simple baluarte. Temía que se tratase en realidad de una celada urdida por celtíberos y vacceos. Una amenaza ficticia que convertiría a aquel campamento permanente en un señuelo con el que engatusar a un general inexperto.

Cada medio día, tras plantar sus reales en algún montículo, pasaba largas horas con la vista puesta en las sierras de Poniente; hasta que el sol le enrojecía los ojos. Esperaba Graco con verdadera ansia el regreso de Marcio y Séptimo con noticias frescas sobre Postumio Albino. Sabía que no era precisamente sencilla la tarea encomendada a su colega en la Hispania Ulterior. Vigilar las maniobras vacceas entre el Tagus y el Durius suponía tener que exponerse al vadeo de dos grandes ríos. Detener a un ejército conocedor del terreno y, además, perfectamente adiestrado entrañaba asumir riesgos tal vez excesivos para un gobernador circunscrito a otros territorios. De hecho, Graco no estaba seguro de que Albino fuera a aceptar unas órdenes que no provenían del Senado. Por eso, cuando la irritación ya no le permitía seguir escrutando el cielo púrpura, entrecerraba los párpados y se ponía a escuchar el canto de las lechuzas. Por si en su ulular misterioso pudiese descifrar el futuro.

A Máximo Vento, mientras tanto, le preocupaban asuntos más terrenales, más perentorios. Diez o doce días era todo el tiempo del que disponía para conseguir que los nuevos reclutas enviados desde Roma fuesen capaces de aguantar el miedo en el muro de escudos. A él mismo se le habían erizado los cabellos debajo del casco la primera vez que sufrió la acometida brutal de las hordas celtíberas.

El griterío salvaje de aquellos bárbaros, sus desafíos obscenos mientras les llovían los pila como si les cayera simplemente granizo, los cánticos a sus dioses, sus saltos inverosímiles antes del topetazo... No era un espectáculo apto para novatos.

La práctica constante hasta conseguir el automatismo era la mejor herramienta para vencer el pánico. Porque el dominio del miedo conducía a la confianza en uno mismo, y en el grupo. Ahí se engendraban el silencio y la disciplina que caracterizaban a las legiones romanas durante el combate. La fe ciega en la victoria funcionaba mejor que el temor a las represalias de los mandos. Por eso había eximido a los nuevos soldados de los trabajos de construcción del campamento. Para que adquirieran en un plazo casi imposible las habilidades necesarias para la supervivencia.

Así, tras las siete horas reglamentarias de marcha, una legión veterana se mantenía en guardia mientras la otra y los auxiliares hispanos se afanaban en excavar el foso, levantar el agger y montar la empalizada. Los recién llegados se iban con Máximo Vento y una veintena de centuriones para ensayar las maniobras de despliegue y repliegue que, a no mucho tardar, tendrían que ejecutar con el resto. También dedicaban mucho tiempo a simular los tajos de gladius parapetados tras su enorme scutum. Aquel sería, les decía Vento, el proceder rutinario y mortífero una vez que las líneas se estabilizaran tras los primeros empujones.

Esquinaron Salduie las tropas de Graco con el fin de evitar imprevistos en un oppidum que consideraba incierto. Tomaron rumbo a Carabis, aunque poco antes se despidieron de la muchedumbre no combatiente que había llegado sana y salva hasta el último confín seguro de Hispania. A partir de ese instante continuarían solos hasta el vado de Hibera. Si lo cruzaban, podrían considerarse salvados.

A instancias de Máximo Vento, Graco permitió diez minutos de contacto entre los legionarios de su ejército y los que se iban. Hubo besos, abrazos y hasta lágrimas en muchos soldados curtidos que se separaban de sus mujeres e hijos en medio de una incertidumbre lúgubre. En Carabis, sin embargo, solo hubo amenazas y blasfemias por parte del pretor romano.

Resultó que el caudillo Dagenus había sido depuesto tras la visita de Graco en la primavera anterior, y el nuevo líder se negó a abastecer a las tropas senatoriales. De hecho, no les abrió ni la puerta. Y cuando Graco llamó a gritos a la guarnición que había dejado dentro en su primera visita, nadie respondió a sus voces. Por lo visto, estaban todos muertos.

Como si el asunto no le incumbiera, el recién nombrado regente se declaró neutral en la problemática que enfrentaba a celtíberos y romanos. No había ayudado a Magilo y a Kaukirino, sostuvo impassible desde la muralla, pero tampoco auxiliaría a Roma. Aunque no hubiese citado nombres, a todos pareció que el nuevo mandatario optaba por nadar y guardar la ropa. Prefería mantenerse a la expectativa hasta ver el resultado de la batalla campal más multitudinaria en toda

la historia de Hispania.

Como si las desgracias nunca llegaran solas, esa misma mañana las legiones senatoriales divisaron la nube negra sobre los cielos de Castra Atiliana. Graco sabía que las huestes enemigas debían de estar próximas, igual que el momento de la verdad. Envío batidores hacia la humareda, y aquellos jinetes le confirmaron el asedio del campamento a cargo de unos tres mil lusones. Del conglomerado celtíbero que habían perseguido a lo largo del valle del Salo no vieron ni rastro.

Pero Graco sospechaba que tenían que estar cerca, quizá aguardando. Durante todo el día el pretor de media Hispania se debatió en una cruel disyuntiva: ¿debería avanzar de inmediato para salvar un cuartel en aparente peligro o sería más prudente emplear un tiempo indefinido en localizar a un enemigo emboscado en los valles?

Al caer la tarde, dos jinetes desbocados interrumpieron sus sombrías reflexiones. Eran Marcio y Séptimo quienes aparecieron al galope en medio de una nube de polvo, con las monturas reventadas de tanto cabalgar y las armaduras cubiertas de sangre reciente.

LXI

La inquietud que torturaba a Magilo y Kaukirino pareció terminar, por fin, dos días después de las calendas de mayo. Al rayar el alba, los vigías avistaron un nutrido grupo de jinetes acercándose desde Poniente. Parecían los heraldos de un ejército acampado, tal vez, a media jornada de distancia.

Carontes, el jefe arévaco, fue muy pronto reconocible gracias al brillo níveo de su cota de anillas y al color plateado de las pieles que lucía sobre los hombros. Venían todos trotando despacio, casi con indolencia. Tanta tranquilidad apaciguó a Magilo en un primer instante, hasta que descubrió la polvareda que situaba al contingente arévaco-vacceo a escasa media hora de los jinetes.

Frunció el ceño el caudillo de los lusones, pues no era aquello lo acordado en Intercatia. Según habían pactado sus líderes, Carontes y Ari se encontrarían en Clunia. Desde allí avanzarían los dos juntos hacia el este, pero manteniéndose siempre ocultos, a la espera de noticias. La idea primigenia consistía en golpear a Graco a traición, desde dos puntos, distintos cuando menos lo esperara. Sorprenderlo, rodearlo, exterminarlo.

El barrunto de la tragedia asaltó a Magilo al descubrir que la lentitud de aquella tropilla de jinetes se debía a la debilidad extrema de uno de sus integrantes. Cabalgaba el guerrero tambaleándose como un tentetieso en su montura, aferrado a las crines con ambas manos para no caerse. Al llegar, el semblante lechoso de Carontes se lo dijo todo. Aun así, Magilo no pudo evitar la pregunta.

—¿Qué ha pasado?!

—Que te lo cuente este antes de que se muera.

Señaló Carontes con un gesto de la cabeza al herido. Un guerrero joven que venía con las ropas cubiertas de lodo endurecido y sangre. Traía un hombro burdamente vendado y el astil roto de una flecha asomándole a través de la coraza.

—No hemos podido pasar —murmuró el vacceo con voz agónica antes de desplomarse. Entonces, los ojos desorbitados de Magilo se centraron otra vez en el de Uxama.

Cabeceó Carontes con abatimiento.

—No sabíamos que Postumio Albino estaba al tanto de nuestra cita —se lamentó—. Esperó escondido en un bosque hasta que los vacceos empezaron a vadear el Durius. Atacó entonces. Sus arqueros aniquilaron fácilmente a los que ya estaban dentro del cauce. Los demás se defendieron con coraje en la misma orilla, pero los que no acabaron destripados murieron ahogados por el peso de sus corazas. Debió de ser una masacre —resumió mientras dedicaba una última mirada al héroe vacceo que había sobrevivido justo lo suficiente para entregar su mensaje.

—¿Ari?

—Muerto.

Se le enturbió la mirada a Magilo tras conocer el trágico final de un hombre al que admiraba. Pero recobró la compostura rápidamente.

—¿Y qué ha hecho Albino después de la matanza? ¿Ha cruzado el Durius con sus legiones? ¿Os han seguido? —preguntó con una traza de inquietud en el tono.

—No lo sabemos —admitió Carontes sin rodeos—. Desde luego, no ha vadeado en las cercanías de Clunia, pero no se puede descartar que lo haya hecho en otro sitio.

Corrió tan funesta noticia por todo el campamento celtíbero con la velocidad y el daño de una flecha incendiaria. Enfureció a los más jóvenes la escabechina perpetrada por Postumio Albino. Exigieron a grandes voces ir en busca del enemigo romano y tomar venganza. Afortunadamente, Magilo y Kaukirino lograron calmarlos antes de que el torrente se desbordara.

Causó gran impacto la debacle del Durius entre los más veteranos de la coalición; sobre todo entre los que consideraban a los vacceos una fuerza invencible. Se extendió el desánimo en aquellos guerreros expertos como una gangrena maloliente. Iniciar una campaña con una derrota tan inapelable suponía empezar a dudar del éxito, recelar de quien los había arrastrado a todos a la guerra e incluso recelar de los mismos dioses.

Percibieron muchos celtíberos que las tornas habían cambiado en un abrir y cerrar de ojos. El gato era de pronto ratón. Y la emboscada mortal prevista por sus jefes tal vez fueran a sufrirla ellos mismos. Todavía se desconocía el paradero exacto de Graco, y nadie podía asegurar que el pretor de la Hispania Ulterior no fuera también a presentarse en la batalla de improviso.

Para Magilo y los otros jefes, lo de menos fue la elevada cifra de bajas a orillas del Durius —siete mil— antes de haber siquiera avistado al enemigo itálico. Por experiencia propia sabían que el pesimismo de una tropa conduce, primero, al derrotismo y, después, a una hemorragia imparable de desertiones. Con el fin de enderezar las cosas, pero sin una idea clara, se reunieron aquella misma noche en la tienda de Carontes.

Acababan de conocer la ubicación exacta de las legiones de Sempronio Graco, que había tenido el descaro de plantar sus reales a apenas dos leguas del campamento celtíbero. Andaban los cuatro líderes meditabundos, sentados en silencio alrededor del fuego. Escuchaban a través de la tela las voces y los comentarios de quienes querían combatir de inmediato y de los que ya hablaban de volver a casa. A ninguno de ellos se le escapaba el hecho de que había llegado la hora de las grandes decisiones.

El papel de Castra Atiliana había cambiado por completo tras el descalabro vacceo y el desconocimiento sobre el paradero de Postumio Albino. El campamento ya legendario había dejado de ser un señuelo para convertirse en una amenaza si el enfrentamiento final se libraba cerca de sus empalizadas. Porque Magilo ya había ordenado la retirada de los lusones que lo asediaban. Reforzar la liga de pueblos celtíberos con tres mil guerreros le pareció mucho más útil que mantener a aquellos hombres esperando de brazos cruzados.

—Tal vez debiéramos hacer algún sacrificio que anime a los muchachos —sugirió Magilo en un intento de sondear a sus tres compañeros de alianza.

—No tenemos prisioneros romanos a los que sacar los ojos y despellejar vivos en público... —se lamentó Alban, el pelendón.

—Podríamos matar a alguno de nuestros peores caballos... —terció Kaukirino.

La propuesta fue del agrado de Magilo.

—A mí me parece bien —dijo—. Yo sé algo de descifrar vómitos y entrañas despanzurradas. Seguro que mi interpretación de esas vísceras animaría a los más decaídos —añadió con sonrisa algo sombría.

Asintió Alban, conforme. Tardaba en consentir Carontes, que no apartaba los ojos del fuego.

—Los hombres no son tontos; por lo menos los que yo traigo —murmuró al cabo—. Un sacrificio amañado no servirá de nada. Lo que necesitan nuestros guerreros es tener presente que combaten bajo la mirada de los dioses.

Confundió un tanto a Magilo la aseveración del arévaco.

—¿Es que no están siempre pendientes de nosotros?

—Sí, pero se fijan más en los lugares altos y sagrados. Ahí es donde más atención ponen, y los hombres lo saben. Los míos pelearán con más saña, si cabe. Titos, lusones, pelendones y belos entregarán la vida con menos dudas, casi como si fueran arévacos. —Dirigió Carontes una mirada de suficiencia a sus compañeros líderes—. Por eso es de vital importancia que nos desplazemos a uno de esos lugares antes de que la moral de algunos se desplome por completo.

Cruzaron un vistazo los tres caudillos segundones de la liga celtíbera. Detestaban a Carontes por sus aires de superioridad y su afán de protagonismo. Pero la idea apuntada por el arévaco era buena y el tiempo se iba como el agua en un cesto.

—¿Te refieres al bosque de Burado? —inquirió Magilo.

Asintió Carontes, absorto en el chisporroteo de las brasas.

—Los romanos han demostrado que están dispuestos a trabar combate, si no..., no habrían acampado tan cerca. Les concederemos ese placer —un rictus lobuno deformó las facciones del arévaco—, pero donde nosotros digamos. Y Burado es el mejor sitio. Nos marcharemos esta misma madrugada —decidió por todos—. Así les sacaremos algo de ventaja, porque ellos nunca avanzarán de noche. Pasaremos primero por Arecoratas. Allí nos avituallaremos. De ahí al bosque sagrado apenas hay nada. Además, en ese terreno, los romanos no podrán seguirnos con vehículos de ruedas.

LXII

—Entonces acabasteis con todos los vacceos... —Mantenía Graco la mirada fija en la indumentaria sucia de Marcio.

—Puede que media docena de ellos lograra cruzar el río —admitió el prefecto—, pero, el que menos, llevaba dos flechazos en el cuerpo. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que ese ejército hispano ya no existe.

Asentía el pretor con ademán reflexivo mientras escuchaba a su veterano oficial.

—Y vosotros dos participasteis en la batalla...

—Fue una encerrona más que una batalla —reconoció Séptimo sin rodeos—. En cualquier caso, Postumio Albino nos rogó que lo acompañáramos. Por lo visto, andaba corto de mandos.

—Lo cierto es que nos pareció mal pedirle ayuda y desmarcarnos al minuto siguiente —añadió Marcio.

Dio su aprobación Graco por medio de una cabezada.

—Ya. ¿Y qué ha hecho Albino después de la matanza? ¿Viene hacia aquí para echar una mano con lo que falta?

Negaron ambos tribunos al mismo tiempo. Se les veía agradecidos, incluso comprensivos, con el pretor de la Ulterior.

—Emprendió el regreso a sus territorios de inmediato. Según dijo, los lusitanos andan levantiscos, y no era cuestión de cederles la iniciativa. Bastante ha hecho por nosotros. Gracias a él ya tenemos siete mil enemigos menos.

Concilió el sueño Sempronio Graco con más facilidad de la habitual aquella noche. La amenaza de un ataque traicionero desde poniente había desaparecido de su horizonte bélico. Sus batidores habían descubierto, además, el campamento de la liga celtíbera a solo dos leguas del suyo. Estimaron en unos veinticinco mil el número de efectivos enemigos. Según contaron, la coalición estaba tranquilamente acampada en la orilla meridional de una laguna. Un buen lugar en el que pernoctar. Un pésimo sitio para trabar combate. Cualquier general mediocre sabía de las consecuencias, generalmente mortales, de pelear con una masa de agua a la espalda. Carecer de una vía clara de escape volvía indecisos a los hombres, incluso si se iba ganando. Les agarrotaba las piernas y los brazos, y hasta el cerebro. Dejaban de distinguir si lo que hacían era avanzar o retroceder en la batalla. Y si no..., que se lo preguntaran a los vacceos.

Obligó Graco a sus tropas a cenar temprano aquella tarde e irse al camastro sin tertulia. Quería ganarle dos horas al amanecer el pretor romano. Pretendía que sus legiones cubriesen la distancia

que los separaba del enemigo celtíbero disimuladas entre las sombras. De esa manera sorprenderían a los bárbaros cuando aún estuvieran dormidos junto a las hogueras.

Ni siquiera pensaba ofrecerles la posibilidad de una batalla digna. La estratagema que le transmitió a Vento suponía lanzar por delante a la caballería para provocar el caos. Después entrarían en acción los veteranos de Flaco, los que más experiencia tenían en saqueos de ciudades y matanzas colectivas. Los triarios de su predecesor causarían estragos en unas hordas adormecidas y estupefactas. Principes y hastati irían en los flancos, acompañados por los auxiliares hispanos; por si en vez de ahogarse pacíficamente en la laguna, algún guerrero osado trataba de romper el cerco por la zona de los juncos. La legión recién traída de Roma quedaría como reserva, aunque tal vez se la autorizase a rematar a los moribundos. Por aquello de aprender a hacer sangre cuanto antes.

Estaba soñando el pretor de media Hispania con una victoria aplastante y un triunfo a su llegada a Roma cuando una mano de hierro lo levantó de su cama como si fuera un pelele.

—¡Los celtíberos han madrugado más que nosotros! ¡Hay que moverse! —le gritó Máximo Vento a la cara. Después, el legado abandonó el praetorium a la carrera y continuó dando voces como un loco entre los contubernios para despertar a todos.

Azuzó Máximo Vento a unas legiones importunadas en mitad del sueño para que recogieran sus contubernios, se vistieran de guerra de pies a cabeza y formaran —todavía tambaleantes— al otro lado de las empalizadas.

Se llevaron todo lo que pudieron cargar a toda prisa en los carromatos, pero no se entretuvieron en destruir las cercas, tapar el foso y allanar el agger, como hacían siempre antes de marcharse. Máximo Vento dio orden de dejar el campamento intacto. Mas no era —como el propio Graco pensaba— por ahorrar tiempo, sino por contar con una guarida más o menos segura a la que regresar si las cosas venían mal dadas.

Y es que el legado albergaba algunas dudas sobre la obtención de una victoria rotunda y rápida, incluso pillando al enemigo desprevenido. La legión era una unidad concebida, construida y acostumbrada a pelear en una inferioridad numérica a veces abrumadora. No habría en esta ocasión tanta desproporción en los números: quince mil legionarios contra unos veinticinco mil celtíberos. Sin embargo, nadie en aquel ejército senatorial —ni siquiera él mismo— se había enfrentado jamás a los temibles arévacos. Una estirpe de la que a menudo había oído hablar entre los legionarios ya viejos en su primera campaña en Hispania. De ellos se decía que peleaban como titanes enfurecidos, y que disfrutaban muriendo mientras luchaban. Aunque no había compartido sus miedos con Graco, temía que el carácter irreductible de esos seres endemoniados pudiera resultar contagioso para el resto de aliados.

Nunca había dado pábulo a su imaginación a la hora de elucubrar sobre una posible derrota romana. Pero, de ocurrir, tenía claro que sería ordenada y sin histerias. Hasta el último segundo de lucha, hasta el último hombre. Porque, incluso para morir dignamente, las legiones de Roma habían recibido adiestramiento en el Campo de Marte.

Las filas nunca se romperían, ni siquiera si se veían copadas. No habría desbandada en busca de bosques o peñascos salvadores. Los legionarios seguirían combatiendo codo con codo,

acorralados por miles de guerreros enloquecidos, reducidos a un círculo cada vez más pequeño a medida que fueran cayendo los hombres. La rendición no solía garantizar la vida. Tampoco la huida hacia ninguna parte, pues aquellos seres rudos y desgredados conocían la estepa, el bosque y el monte mejor que cualquier soldado romano. Por eso, Máximo Vento se había empeñado en mantener en pie el último campamento. Para poder retroceder combatiendo antes de que veinte mil demonios los rodearan por completo.

Aun así, en algún momento había fantaseado con un desenlace rápido y favorable. Con una victoria sin paliativos frente a un enemigo que quizá aún anduviera desperezándose junto al fuego. Después buscaría a Elvia para decirle que, por fin, todo había terminado: la incertidumbre, las acechanzas, las incomodidades, los peligros. Que su hermano Magilo había muerto como un valiente, casi sin enterarse. Que su labor como legado ya estaba cumplida y su retiro podía darse por hecho. Que ya podían ir eligiendo un sitio para el nacimiento de la criatura.

Mas en la laguna solo encontraron hogueras ya frías; y un terreno blando, marcado con un reguero infinito de pisadas apuntando hacia el norte. Un desaliento súbito y dañino se apoderó de Máximo Vento mientras calculaba el rumbo tomado por los celtíberos. Y sus intenciones.

—¿Sabes adónde conduce este camino? —La voz crispada de Sempronio Graco lo devolvió al mundo de los vivos.

—A Arecoratas.

—¿Y eso qué es?

—Una pequeña fortaleza celtíbera.

—¿Entraña peligro?

—No.

Complacieron a Graco las respuestas de su subordinado.

—¿Conoces entonces este territorio?

—Lo suficiente.

Se había quedado Vento escrutando el rastro fresco de miles de botas enemigas con mirada opaca. Sabía que el camino desaparecía en apenas media milla, para convertirse en una senda cada vez más tortuosa, empinada y estrecha. La última legua solo era apta para el ganado menudo.

—Pues adelante. Manda avanzar a los hombres. No nos llevan mucha ventaja, y en algún momento tendrán que pararse —le urgió Graco.

—¿Y si nos olvidamos de todo? —Tenía Vento el semblante ceniciento y la mirada triste.

Se volvió Graco hacia él como si una flecha le hubiera silbado entre las orejas.

—¿Olvidarnos de todo? ¿A qué diablos te refieres?

—Ya hemos librado a Castra Atiliana del peligro. Hemos puesto en fuga al enemigo. Nadie va a señalarte en Roma cuando vuelvas. Has hecho tantos méritos como tu antecesor en el cargo —murmuró el legado, lacónico.

Un lanzazo en pleno esternón le habría hecho menos daño a Graco que las palabras de su legado.

—Tantos méritos como Fulvio Flaco, un pretor que no hizo nada excepto saquear aldeas... —adujo el pretor con voz ronca—. No sé si tomar eso como un cumplido o como un desprecio.

Seguía Máximo Vento contemplándose las punteras de las botas igual que un guerrero cansado de perseguir imposibles.

—Creo firmemente que en esta laguna hemos perdido la última oportunidad de destruir a ese ejército celtíbero —musitó como si hablara consigo mismo.

—¿La última oportunidad?! —rugió un Graco incrédulo—. ¡Tan solo ha sido la primera! ¡Apenas nos superan en número! Los despedazaremos en cuanto se detengan a descansar en Arecoratas.

Cabeceó Vento con realismo fatalista.

—No van a quedarse en esa pequeña fortaleza. Su idea no es defenderla, sino arrastrarnos al combate en una zona ventajosa para ellos.

—¿Adónde se dirigen entonces?

Giró la cabeza el legado lentamente hacia el norte. La sola dirección de su mirada contenía la respuesta al acertijo.

—¿Al Mons Caunus? —inquirió Graco extrañado.

—Sí.

Escrutó el pretor la enorme montaña con ojos entornados. En su primera incursión en el valle del Hiberus, el monte Canoso le había parecido un mero accidente orográfico, un error cometido por la naturaleza al levantar una mole nevada en medio de una llanura plana como el agua tranquila de un lago.

—¿Ahí se puede combatir? —preguntó, incrédulo, sin dejar de observar el cogote todavía blanco de la montaña, la fronda impenetrable que cuajaba sus laderas y el desierto de rocas picudas donde el exceso de altura impedía el desarrollo de los árboles.

—Ellos sí.

—¡Entonces nosotros también! —prorrumpió Graco ufano antes de añadir—: ¿Y tú de qué conoces este sitio?

Mostraba un aire alicaído Máximo Vento. Llevaba muchos meses tratando de sepultar en su memoria algunos pasajes especialmente crueles de sus tiempos en la milicia, como los vívidos dos años antes en aquellas laderas. Intentó, por eso, ser parco en sus explicaciones.

—Arecoratas fue uno de los poblados que Fulvio Flaco asoló de camino a Tarraco cuando se enteró de que el Senado no le concedería un triunfo. Hicimos cosas de las que ahora no me enorgullezco.

—Ya. La rabia conduce a la barbarie. Es comprensible... —murmuró Graco, uno de los instigadores de la negativa—. ¿Los matasteis a todos?

—Algunos pudieron escapar al bosque sagrado de Burado, el lugar en el que el contingente celtíbero estará esperándonos ahora mismo, para darnos una cálida bienvenida.

Reflexionó Graco unos segundos mientras los números daban vueltas detrás de sus ojos.

—Pero entre ellos y nosotros sumamos cuarenta mil hombres. Una marea humana de ese tamaño no puede pelear entre árboles...

—En Burado hay grandes claros en los que desplegar a un ejército —le aclaró Vento—. Aun así, estaríamos en desventaja.

—¿Por qué?

—Tendríamos que abandonar muchos recursos para llegar hasta arriba.

—¿Cuáles? —Había más curiosidad que miedo en la mirada encendida del militar romano.

—En primer lugar, tendríamos que prescindir de todo lo que lleve ruedas: carroballistae, carromatos de víveres e impedimenta... y la carreta blindada en la que viajan las mujeres.

No pareció que aquellos inconvenientes fueran a hacer desistir a un hombre obsesionado con la destrucción de unas tribus insumisas a Roma, hasta el momento.

—Ya. ¿Hay aún más desgracias?

—Sí, nuestros caballos no podrán trepar entre las rocas. Habría que dejarlos trabados por aquí hasta la vuelta, si volvemos.

Se encogió de hombros el general itálico como si el segundo problema no fuera tal.

—Bueno, ellos tampoco podrán disponer de caballería entonces...

Sonrió Vento ante el fragante desconocimiento de Graco.

—Las monturas celtíberas son como cabras. Esos bichos sí subirán, incluso con sus jinetes encima.

Una burbuja de pensamiento envolvió al pretor de media Hispania como si al final hubiese

puesto todas las consideraciones de su legado en una balanza. Estuvo así tanto tiempo que Máximo Vento llegó a ilusionarse. Le pareció que el peso de la prudencia se imponía al brazo de la locura. Que la campaña del general romano terminaría allí mismo, junto a una laguna idílica, rodeada de junquilla fresca y flores de primavera. Buscaba ya a Elvia con la mirada, para correr a abrazarla, y besarla en los labios y en el vientre en cuanto Graco asumiese la imposibilidad de seguir adelante.

—Continuaremos sin caballos, carroballistae ni carromatos. Que los hombres lleven todo lo necesario a cuestas, incluidas raciones de comida para cuatro jornadas.

Así se expresó de repente el comandante en jefe de las legiones senatoriales. Su voz cadenciosa y decidida sobrecogió a Máximo Vento.

—¿Y las mujeres?!

—Tendrán que ir a pie; aunque, si lo prefieren, pueden quedarse aquí, con los caballos. Les dejaríamos una veintena de soldados para protegerlas.

LXIII

Ascendían las tropas itálicas por la intrincada ladera como una serpiente roja y brillante. Iban, en realidad, calcando el camino seguido por los celtíberos. De eso no les cabía ninguna duda; porque en un pronunciado recodo recortado sobre el abismo divisaron una docena de caballos despeñados. Habían resbalado en el musgo verde y se habían precipitado al vacío con sus jinetes. Los cuerpos reventados de todos ellos yacían en el fondo de la cárcava, todavía libres de carroñeros, señal inequívoca de que las muertes eran recientes.

Quiso Graco forzar la marcha para alcanzar lo antes posible al enemigo, pero el ritmo impuesto a la tropa pronto desfondó a las prometidas de los tribunos. Y es que, tras debatir el asunto —y para desconsuelo del pretor—, las mujeres habían decidido continuar con el grueso del ejército.

Eran jóvenes y estaban sanas. Al principio, no parecieron una carga. Las colocaron en el centro de la formación, con el fin de que fueran más seguras. Sin embargo, en cuanto las legiones avivaron el paso, todas salvo Elvia comenzaron a sufrir el tormento de las rocas, las ampollas y los retorcijones. Graco no tardó ni media hora en cambiar de planes al percatarse de que su ejército se partía en dos mitades.

A pesar de las protestas de sus tribunos y del propio Vento, el pretor las dejó atrás con una escolta de solo quinientos hombres. El resto continuó el tortuoso ascenso por una lengua de roca que, en ocasiones, resultaba casi inaccesible.

—¿Eso es Arecoratas? —preguntó Graco al descrestar un cerro.

Asintió Vento en silencio para confirmarle el hallazgo. Habían alcanzado una planicie bastante elevada pero insignificante. En el centro de aquel pradillo verde se alzaba una ruina reconstruida solo a medias. De sus ocho torres originales, sus moradores solo habían reparado dos: las que flanqueaban la puerta principal de la caduca fortaleza. Tras el asalto de Flaco, la muralla había quedado reducida a un murete de altura apenas suficiente para contener a un rebaño de reses.

Había seis centinelas patéticos temblando en una de las atalayas. Eran los representantes de los clanes principales del oppidum. Se acercaron a ellos Graco y Vento sin más preámbulos ni precauciones. El pretor les hizo un gesto imperativo con el brazo para que bajaran a dar parlamento.

Apareció solo uno, el más viejo. Tenía el anciano las facciones descarnadas a causa de la edad y, posiblemente, del hambre. Su semblante —gastado e impasible— era el de alguien que ya lo ha visto todo en la vida —lo malo, lo peor y lo pésimo— y no concibe mayores atrocidades por parte de los dioses o de los humanos.

Se le esfumó, sin embargo, al celtíbero aquel gesto de entereza impávida al reconocer a Máximo Vento. Le apuntó con un dedo blanco, temblón y torcido mientras las mejillas le bailaban con una ira recóndita.

—¡Ya nos robasteis todo hace dos años! —le espetó con voz colérica—. ¡Matasteis a los guerreros jóvenes, os llevasteis a sus mujeres para vendérselas a los vascones! No queda nada en Arecoratas excepto miseria. Porque, además, la poca comida que teníamos se la han llevado ellos. —Señaló el venerable hacia la senda que serpenteaba entre collados y desfiladeros hasta alcanzar el bosque de Burado.

El silencio de la hierba tumbada por el viento envolvió durante unos segundos a los tres protagonistas de la escena. Era la brisa helada del Mons Caunus. El mismo soplo que traía en su seno el rumor lejano de un enorme ejército trastabillando por vericuetos más propios de muflones y lobos.

—Lo siento —musitó Máximo Vento.

—Quiero ver tus silos —intervino Graco, implacable.

Se asomó Sempronio Graco a la gruta que había guardado el cereal de la ciudad hasta la llegada de la coalición celtíbera. Estaba vacía, pero aún no habían aparecido los ratones, ni las cucarachas ni las arañas. Por eso, el pretor mandó barrer su suelo y rascar en las paredes hasta que se llenaron dos sacos con grano.

Muy cerca localizó una oquedad secreta en la que los lugareños almacenaban su valiosa provisión de higos secos. Ordenó, asimismo, desvalijarla y repartir los frutos entre la tropa. Se paseó después por las calles enlodadas de una ciudad cochambrosa. Fulvio Flaco no solo había desmantelado las torres y la muralla: también había echado abajo las viviendas de piedra. Sus habitantes vivían ahora en tristes cabañas de adobe y tablas. Todos eran añosos o estaban enfermos, como si Arecoratas fuera la antesala de la muerte.

Husmeaba Graco como un fino sabueso en los corrales y los cercados de aquellas casuchas. Buscaba vacas, ovejas, cerdos o cualquier tipo de ganado que proporcionara sustento a aquellos seres decrepitos. No encontró nada vivo, pero vio muchas bostas frescas todavía humeantes. Consultó entonces con Máximo Vento la posibilidad de torturar a alguno de los consejeros con la esperanza de que desvelara el escondite de las reses. Pero su legado le quitó la idea de la cabeza con un ademán de asco.

—Está bien —consintió Graco—. Que cacen a todos los perros y gatos de este maldito sitio y los asen después dentro de la ciudad —les ordenó entonces a Marcio y Séptimo—. A los hombres les diremos que es carne de cabra vieja. Quiero que hagan una última comida caliente antes de continuar la marcha.

Parpadeó Vento desconcertado ante una alternativa que consideraba descabellada.

—¿Continuar la marcha? Sería una locura. Es mucho más sensato acampar aquí y partir mañana —protestó.

Esbozó Graco una sonrisa torva.

—Lo dices porque las mujeres todavía no han llegado... Te da miedo alejarte de esa celtíbera.

—Lo digo porque este será el último lugar en el que podamos establecer un campamento como es debido.

Frunció el ceño el pretor romano.

—Explícate —demandó, un poco más sereno, algo más preocupado.

—A partir de Arecoratas el suelo es granítico, imposible de excavar con picos y palas.

—Ya, pero en algún momento llegaremos a ese bosque... —Señaló Graco al sol del mediodía—. Aún hay tiempo.

—No vamos a acampar entre árboles —repuso Vento tajante—. Tendríamos que talar un perímetro de seguridad, y lo llenaríamos todo de ecos de hachazos. Nos localizarían de inmediato. Nos lloverían las flechas desde la espesura sin que pudiéramos evitarlo. Nos matarían como a conejos.

—¿Entonces?

—Hay una enorme losa de piedra en el extremo más meridional de Burado. Es una especie de cono, alto y truncado, que podríamos ocupar; y que nos permitiría mantener a salvo a las mujeres el tiempo que sea necesario.

—Pero ahí también nos verán...

—Cierto, pero solo hay un camino de acceso y se defiende muy fácilmente. Nunca se atreverán a atacarnos. No podremos cavar un foso, eso es verdad, ni construir un agger, porque no hay tierra. Tan solo podremos rodearnos de una modesta empalizada con un zócalo de rocas sueltas. Y los troncos habrá que subirlos a mano desde aquí.

—Muy mal me lo estás poniendo...

Mantenía todavía Vento la esperanza de una retirada a la vista de tanto inconveniente.

—Así son las cosas, y es mejor que lo sepas antes de que todos lo lamentemos —concluyó, tan solo en apariencia, ya que en su macuto de las adversidades aún guardaba varias razones de peso.

Se arrebujó Graco en su capote como si hubiera sufrido un escalofrío súbito.

—Ya. ¿Hay más desgracias que debas poner en mi conocimiento?

—Sí.

—¿Cuáles?

—Es sobre el lugar de la batalla.

—Me dijiste que había una gran explanada en el centro del bosque, y que ahí se enfrentarían ambos ejércitos. ¿Qué pasa ahora? ¿Han crecido de pronto los árboles?

—No, lo que ocurre es que es un claro con una fuerte pendiente. Y como ellos van por delante, se habrán adueñado de las posiciones más ventajosas. Nos tocará pelear cuesta arriba, me temo.

Compuso Graco un gesto de hastío hacia su legado. Empezaba a cansarle tanto pesimismo.

—Bueno, no será para tanto... —masculló como si quisiera espantar a un pájaro insidioso y triste.

—Tú no has visto cargar a esas hordas cuando tienen el terreno a favor de las piernas —respondió Vento con rictus fatalista—. Y recuerda también que ellos dispondrán de caballería para hostigarnos por los flancos.

Había llegado hasta el interior de la ciudad un rumor de voces femeninas. Las mujeres acaban de presentarse en Arecoratas con su exigua escolta. Vento giró sobre sus talones y se dispuso a buscar a Elvia sin haber recibido antes el consentimiento para retirarse. Graco lo frenó a los dos pasos. No con una orden, sino con una pregunta.

—Me has dicho que atacasteis este pueblucho hace dos años...

—Así es.

—¿Cómo es que conoces el bosque de Burado como si fuera el patio trasero de tu casa?

Una avalancha de recuerdos sangrientos, nítidos, indeseados afearon el gesto de un hombre obligado a hacer memoria.

—Matamos aquí a casi todos —rememoró cabizbajo—, pero Fulvio Flaco se empeñó en enviar tres centurias ahí arriba para acabar con el resto. Yo iba al mando.

—Y lo hicisteis...

—Eran las órdenes.

LXIV

Llevaban los líderes de la coalición celtíbera día y medio escondidos en la zona más septentrional del bosque. Habían plantado el campamento en medio de una foresta fría, húmeda e inhóspita, a solo cincuenta pasos de donde pretendían fisgar los movimientos de un enemigo todavía invisible.

No habían tenido más remedio que encender hogueras para combatir la noche. Sabían que el humo los delataría, pero daban por hecho que los romanos adivinarían su posición desde el primer instante. Aquel era el lugar más elevado en toda la campa de Burado. Resultaba, por tanto, lógico que quien primero llegara se apropiase de él sin dudarlo. Al segundo en aquella carrera frenética por ocupar los mejores puestos de cara a la batalla solo le quedaría el promontorio de roca situado al sur de la explanada.

—Son tres legiones completas... —murmuró Kaukirino al ver emerger al ejército enemigo de la cárcava.

—Son más de cuatro, en realidad, si contamos a los auxiliares iberos —apuntó Alban con una traza de angustia.

—No son todos iberos. Más de la mitad son carpetanos —le corrigió Arranes, que yacía acurrucado al lado de Magilo.

—Esos no saben ni coger la espada por mucha armadura que lleven de sus abuelos —intervino Kaerkes, despectivo.

—Ya, pero, aun así..., ¿no serán muchos? Estamos hablando de unos veinte mil soldados, en general mejor pertrechados que nosotros —insistió el líder pelendón.

Se revolvió Magilo como un tejón rabioso entre la hojarasca.

—¿Ya estamos a vueltas con el derrotismo? —gruñó desabrido—. Nosotros somos más. Los aventajamos en unos cinco mil hombres. Y te recuerdo que ellos no traen caballería.

—La caballería no valdrá de mucho en esta ratonera —terció Kaukirino mirando a su alrededor como un jilguero enjaulado—. Hemos buscado un lugar que nos concediera ventaja, pero será solo anímica. Porque si ellos ocupan toda la anchura de la explanada, nuestros jinetes no tendrán espacio suficiente para atacarlos por los flancos.

Agitó la cabeza Magilo en desacuerdo.

—Eso que dices les supondría un severo adelgazamiento de las filas; y estoy seguro de que mantendrán una profundidad de, por lo menos, siete en fondo. Temen demasiado nuestra embestida inicial. Con el terreno a favor, llegaremos casi volando. Los arrollaremos. Nuestros

jinetes los envolverán por las alas mientras nosotros rompemos su muro de escudos y convertimos la batalla en un revoltijo sangriento. Somos más hábiles y más salvajes que ellos en el cuerpo a cuerpo.

—Tal vez tengas razón, sí —consintió al final Kaukirino.

—Suenan bien eso de pelear uno contra uno —abundó Alban, más animado.

Había estado Carontes silencioso hasta el momento. Escuchando el debate de sus compañeros sin dejar de escrutar la losa de roca en la que el enemigo ya estaba plantando estacas, y apilando enormes rocas para sostenerlas.

—¿Y si no logramos romperlos a la primera? —murmuró al cabo, como si reflexionara para sí mismo—. ¿Y si no se despliegan como pensamos?

Volvieron la cabeza hacia el caudillo arévaco los interpelados. Tenía el de Uxama los ojos entrecerrados mientras parecía imaginar la escena de una matanza brutal entre alaridos, insultos y blasfemias. Un espectáculo que, sin duda, divertiría a los dioses que estuvieran mirando; sobre todo a las deidades vencedoras. Y, para Carontes, no estaba tan claro que esas fueran a ser las celtíberas. O, al menos, no acababa de ver las cosas tan sencillas como vaticinaba Magilo.

—Este no es el momento de las dudas, sino de los valientes —le reprochó con acritud el líder accidental de los lusones—. ¿Acaso tienes miedo?

Socarró Carontes a Magilo con aquellas pupilas negras como dos carbones todavía rusientes.

—Los arévacos no tememos a nada ni a nadie —le dijo—. Solo pregunto qué haremos si no conseguimos perforar su barrera de escudos a las primeras de cambio y la lucha se enquistará. Y sus filas rotan con normalidad. Y nuestra caballería no puede contra sus picas. Y la batalla se alarga. Y solo caen los nuestros.

Se miraron largo rato las caras los líderes celtíberos interpelados. Giraban el cuello como gallinas despistadas a la espera de que alguien dijera algo. Pero todos callaban; porque a ninguno se le ocurría nada, aparte de pelear como siempre. Al buen tuntún, sin perder tiempo en estrategias, sin importar los muertos.

—Todos parecéis descartar la posibilidad de que el muro romano aguante —prosiguió Carontes ante el silencio de sus compañeros—. Pero ¿y si lo hace? ¿Seguiremos entonces combatiendo como si nada, hasta que el último guerrero se desplome? ¿Nos pondremos los cuatro a dar gritos como locos cuando los cadáveres de los nuestros no nos dejen ni ver el suelo? ¿Impartirá cada cual órdenes contradictorias que solo cumplirán unos cuantos mientras el resto persiste en lo imposible?

Magilo fue el primer líder en recuperarse de las dudas sembradas por Carontes. Se puso en pie y se acercó al arévaco sin preocuparse de si alguien estaba mirando desde el promontorio de piedra.

—Los dioses me han dado el poder de la persuasión, pero no el del entendimiento —le espetó

con un dedo en el pecho—. Así que explica mejor qué quieres decirnos, porque no te sigo y ya me estás poniendo nervioso.

Un gesto de autoridad se dibujó en el rostro de Carontes.

—Deberíamos unificar el mando de nuestros ejércitos.

—Ya, claro; en tu persona. —Miró Magilo al arévaco entre las rendijas de la suspicacia.

—Mis tropas son las mejor equipadas para el combate, las más arrojadas, las más dispuestas. Al final, ellas llevarán el mayor peso en esta batalla. Es lógico que las decisiones sobre estrategia recaigan en mis manos. Es justo que yo comande la liga celtíbera con el fin de que todos los hombres reciban las mismas órdenes. ¿Lo has entendido ahora?

Seguía Magilo con la yema de su dedo puesta en las pieles de zorro blanco que Carontes lucía sobre los hombros. Le asestó con ella al arévaco dos golpecitos sobre la coraza de anillas. Dos carantoñas amables a la par que amenazadoras.

—Yo soy quien debe estar al mando —repuso con voz ronca—. Por dos razones. Primera, porque nadie ha combatido contra los romanos tanto como el gran Magilo. Tengo el culo pelado de librar batallas contra esos hijos de perra.

—¿Y la segunda?

Se le afilaron a Magilo los pómulos como si la piel fuera a rasgársele sobre los huesos.

—¡Porque la idea de la alianza de pueblos fue mía! —barbotó con las mandíbulas apretadas por la ira.

Frunció el líder arévaco los labios mientras rebuscaba dentro de la cabeza las palabras justas. Una frase que resultase enteramente comprensible para el líder de los lusones. Kaukirino habló antes de que lo consiguiera.

—Yo soy quien más guerreros aporta a esta alianza. Por lo tanto, es de justicia que yo sea el jefe.

Lejos de increpar a un advenedizo como Kaukirino, tres cabezas giraron al unísono para contemplar a Alban. El que faltaba por opinar del grupo.

—Mis hombres solo obedecerán mis órdenes. Y yo no pienso haceros caso a ninguno —asentó el pelendón con vehemencia, como si liderase un ejército inmenso e invencible.

Una mueca entre la decepción y el desánimo arrugó el rostro barbudo de Magilo.

—Ya me extrañaba a mí que fuéramos a entendernos —les recriminó a sus compañeros de alianza—. Debí haber sacado el tema en Intercatia. Ari me habría dado la razón. Os habría metido a todos en cintura.

—Y se habría erigido él en jefe único —gruñó Carontes.

Exhaló Magilo con cansancio.

—En fin, supongo que al menos nos pondremos de acuerdo sobre el momento más idóneo para comenzar la batalla...

—Para eso no hace faltar gastar tiempo ni saliva —adujo el líder arévaco—. Con lo que nos llevamos de Arecoratas no comeremos ni dos días. Y lo mismo tiene que ocurrirles a los romanos. Ni ellos ni nosotros hemos subido hasta aquí arriba para ver el paisaje. Los dos hemos aceptado el desafío de combatir hasta el final; hasta que un ejército despedace al otro.

—¿Entonces? —No parecieron quedarle claros los plazos a Kaukirino.

—Entonces saldremos al claro en cuanto veamos que bajan de esa losa de piedra. Yo iré por el centro con mis hombres. Los demás, obrad como os parezca. Y que los dioses se encarguen de velar por la victoria de la Celtiberia sobre Roma —añadió el arévaco para sorpresa de todos.

—*¡Keltiber, Keltiber!* —aulló de inmediato Kaerkes, entrechocando la espada contra el umbo de su escudo.

—*¡Keltiber, Keltiber!* —le siguió Arranes, quien ya se consideraba adoptado por sus primos hermanos.

—*¡Keltiber, Keltiber!* —respondieron los cuatro caudillos tras leerse el brillo de los ojos durante unos segundos.

—*¡Keltiber, Keltiber, Keltiber!* —retumbó el bosque de Burado cuando casi veinticinco mil gargantas reventaron el mismo aire que respiraban los dioses del panteón celtíbero.

LXV

El clamor llegó nítido, ensordecedor, al campamento romano. Era una algarabía multitudinaria, llena de ecos metálicos y voces enronquecidas por la cercanía de la batalla. Duró más de un cuarto de hora. Cuando terminó, comenzaron los truenos y los relámpagos. Y una lluvia incesante.

Sobresaltaron a Graco aquellos latigazos zigzagueantes que sembraban de culebrillas blancas el cielo súbitamente ennegrecido del Mons Caunus. Le espantaron los rayos cuando los oyó rebotar sobre los collados cercanos. Consultó entonces con Máximo Vento casi temblando.

—Me dijiste que este era un bosque sagrado para los celtíberos...

—Así es.

—¿Crees que todo esto tiene algo que ver con sus creencias y sus leyendas? —le preguntó a su legado en voz baja.

Se encogió de hombros el oficial romano.

—No lo sé. Dímelo tú, que eres sacerdote augur.

—A veces no entiendo ni a mis propios dioses —masculló entre dientes Graco—. ¿Y esa mujer celtíbera que vive contigo no podría aclararnos algo?

—Ya le he preguntado.

Enarcó ambas cejas el pretor de media Hispania.

—¡¿Y qué te ha dicho?!

—Que las gotas de lluvia son las lágrimas de sus dioses.

Respiró un poco más aliviado el general itálico.

—Bueno, pues si las deidades celtíberas están llorando, será por sus muertos —dijo, y señaló con la cabeza hacia la zona de acampada enemiga.

No tardó ni un segundo Vento en contradecirle.

—Ella cree que es por nosotros.

Estaban ambos militares hablando a las puertas del praetorium, una de las pocas tiendas levantadas sobre la gigantesca losa colgante. Los legionarios tendrían que pernoctar al raso, cubiertos solo con lonas con el fin no pillar una pulmonía en el momento más inoportuno. Había

una vista parcial, pero suficiente, del campo de batalla.

—¿Piensas que el combate será largo?

Percibió Vento más curiosidad que alarma real en el tono de su superior en el cargo.

—Es lo más probable.

Pareció regresar la confianza al corazón de Sempronio Graco al amainar el escándalo de los truenos.

—Bueno, tal vez salgan huyendo tras tantearnos un poco. Quizá escapen en cuanto tengan que pelear sobre sus muertos —dijo.

Examinó Máximo Vento la campa por enésima vez aquel día. El bosque de Burado era un inmenso tapiz verde incrustado en una hoya de laderas infranqueables. Un auténtico anfiteatro natural diseñado para que las divinidades de uno y otro bando tomaran asiento en la cúspide del Mons Caunus y gozaran, entre risas, de una larga e implacable matanza.

—¿Escapar adónde? —repuso al cabo—. Ellos han elegido tener la ventaja del terreno. Pero si les va mal, solo podrían salir de aquí volando.

—¿Y qué haremos nosotros si las cosas vienen mal dadas?

—Nuestro estilo no es retirarnos.

—Ya. Eso es cierto. Las legiones vencen o mueren, ¿verdad?

Asintió Vento en silencio mientras Graco cargaba la ballesta para disparar su flecha más inquietante.

—¿Cuándo será?

Señaló el legado hacia unos soldados que engullían el grano rancio requisado en Arecoratas en forma de gachas. A algunos aún les quedaba algún trozo de cecina o galleta en el macuto. Para muchos aquella podría ser su última comida.

—Será mañana, si es que quieres que tus hombres peleen con fuerzas. Tampoco ellos andarán sobrados de alimento. Así que ambos estaremos de acuerdo en empezar cuanto antes.

Cabeceó Graco su consentimiento, aunque lo que en realidad pretendía con el gesto era pedir ayuda.

—Solo he visto una gran batalla en mi vida, ¿sabes? —confesó cabizbajo.

—Suponía que no habías estado en muchas.

—Me refiero a la de Magnesia, en la campaña contra Antíoco III el Grande. Estuve como tribuno de Escipión el Asiático, pero apenas intervine. Lo vi todo de lejos; tal vez no puse el interés que

debía.

Quiso Vento acortar el diálogo y lo hizo de la manera más directa.

—¿Hay algo que quieras o debas decirme antes de que sea demasiado tarde?

Volvió Graco a dar cabezadas como un pecador arrepentido.

—Sí, dos cosas. Quiero que seas tú quien decida esta vez sobre la estrategia más adecuada.

—¿Y la segunda?

—No deseo que te expongas. Eso significa que no te permitiré luchar en el muro de escudos.

Estuvo de acuerdo el legado, pero advirtió:

—Aun así, en esta ocasión nadie estará libre de sobresaltos. No hay promontorios desde los que contemplar la batalla a salvo. No podemos huir a uña de caballo si lo vemos todo perdido. Habrá peligro para todos. Para ti también. ¿Lo entiendes?

—Ya lo suponía —asentó Graco con resignación—. ¿Qué haremos para resguardar el campamento durante la batalla?

—Bastará con dejar cien hombres.

—¿Solo cien?!

Esbozó Vento una sonrisa descarnada.

—Si perdemos, dará igual haber dejado mil. En cualquier caso, los arúspices que te trajiste de Roma pueden echar una mano si hace falta. Es posible que eso sea lo único valioso que hagan en todo este tiempo. Incluso Akakios y sus físicos saben empuñar una espada.

—Entonces mañana... —murmuró Graco en el instante en que los truenos volvían a retumbar en la hoya de Burado como si un gigante estuviera jugando a los bolos con las piedras de la cárcava.

LXVI

Lloraron los dioses durante gran parte de la noche. Y también entonaron grandes lamentos, porque eso —según Elvia— eran los truenos. Los rayos se debían a la lucha infernal que las deidades de ambos bandos libraban en los confines del firmamento.

Dejaron los celtíberos que fueran los romanos los primeros en desplegarse sobre la campa. Pensaron todos sus líderes, excepto Magilo, que así el enemigo desvelaría sus cartas de cara a la batalla. Pero no les dijo mucho ver todo lo ancho de la explanada, en su vertiente sur, ocupada por un sinfín de manípulos.

Eran unos cuadrados perfectos y equidistantes, compuestos por unos doscientos hombres, separados los unos de los otros por apenas dos metros de distancia. Al frente de aquella formación ajedrezada iban los auxiliares iberos y carpetanos. Por detrás formaban los reclutas recién llegados de Italia. Los últimos cuadros estaban integrados por los legionarios más curtidos: los que ya habían cumplido un año peleando en la Celtiberia y los veteranos de Fulvio Flaco.

A primera vista todo parecía indicar que la primera sangre que impregnaría el suelo esponjoso de Burado sería hispana.

—Me temo que tendremos que empezar por los auxiliares —murmuró Carontes con una mueca de pesar—. No comprendo cómo puede haber pueblos de aquí que den ayuda a los romanos en sus guerras. Los arévacos preferiríamos morir antes que servir a esas ratas con armadura.

—No des por hecho todo lo que ves ahí delante —Magilo apuntó hacia la formación enemiga con un gesto de cabeza—. Esos malditos son capaces de cambiarlo todo en el último momento.

—¡No les vamos a dar tiempo! —adujo Kaukirino, vehemente.

—A mí me da igual empezar matando carpetanos que romanos —terció Alban, taciturno como siempre.

Estaban los cuatro caudillos hablando sobre sus monturas, justo por delante de la primera línea de guerreros. Todos eran conscientes de que, en el fondo, las reglas del combate iban a dictarlas los de enfrente. Y, de no ocurrir nada raro, estaba claro que las legiones de Graco no pensaban dejar ningún espacio en los flancos. La caballería celtíbera tendría que mantenerse al margen. Al menos de momento.

Un pequeño grupo, compuesto por ocho oficiales, apareció por entre los dos manípulos centrales de la formación enemiga.

—¿Quién de esos es Sempronio Graco? —preguntó Carontes.

—El más viejo —respondió Magilo.

—¿Y los otros?

—El que camina a su lado es su hombre de confianza, además de su legado. Los seis de atrás son tribunos, pero podrían ser tus seis hermanas en lo que a pelear se refiere.

—¿Quieren parlamentar antes de dar comienzo? —preguntó Kaukirino, extrañado.

—Es la costumbre —murmuró Magilo con la vista puesta en el campamento romano. Tenía el celtíbero la esperanza absurda de localizar a su hermana Elvia entre las escasas figurillas que habían quedado a resguardo detrás de la empalizada.

—Pues yo no pienso acercarme. Aquí hemos venido a luchar, no a dar palique —zanjó Carontes.

—Yo opino de igual modo —sostuvo Alban, por primera vez de acuerdo con su vecino arévaco.

—Y yo —terció Kaukirino.

—Os falta experiencia como caudillos —les reprochó Magilo—. Esto no es una escaramuza. Las grandes batallas tienen su protocolo. Esperadme aquí.

Acicateó a su caballo el líder del contingente lusón. Galopó como un centauro loco a través de la campa y frenó a su montura cuando parecía que iba a arrollarlos a todos. Máximo Vento fue el único que no retrocedió ni un paso. Mas no obró así por hacerse el valiente, sino porque aquella mañana turbia de primeros de mayo el legado romano actuaba como un sonámbulo.

Mantenía Vento la mirada fija en el horizonte, cristalizada sobre las rocas de la ladera norte. Lucía el semblante demacrado y grave, como si Plutón, dios de los infiernos y de los muertos, acabara de anunciarle el fin de los días. Lo observó Magilo unos segundos, mientras Graco se reponía del susto. Después se apeó del caballo porque los romanos iban a pie y le parecía mal mirarlos desde arriba.

—¡Pero tú eres...! —Señalaba el pretor con gesto incrédulo hacia el imponente celtíbero que tenía a dos palmos de sus narices.

—Sí, soy el gran Magilo, tu antiguo prisionero y ahora caudillo de ese ejército que va a pasarte por encima.

No le causó el mínimo sonrojo al hijo del mítico Buntalos arrogarse el puesto de jefe indiscutible de la coalición. Al fin y al cabo, él había sido el único dispuesto a ejercer como representante.

Graco trató de mantener la compostura y la bravuconería propias de los grandes generales romanos a los que admiraba secretamente. Se imaginó en las botas de Escipión el Africano, o de su hermano, el Asiático.

—Debí haberte matado entonces, pero no importa. Todavía tenéis una oportunidad de someteros al Imperio y ser súbditos de Roma.

Cabeceaba Magilo con calma mientras escrutaba sin disimulo por encima del militar romano. Después se giró para contemplar las fuerzas ya desplegadas de la Celtiberia.

—Pensaba que sabías contar con los dedos —sonrió irónico—, pero ya veo que no. Os superamos en número, y ya has visto que hoy nuestros dioses están pendientes de Burado. Para otorgarnos una victoria legendaria y definitiva sobre Roma.

Sintió Graco el peso de la Historia sobre sus hombros. El mismo que Catón el Viejo o Escipión habrían notado en sus duras confrontaciones en Hispania. Trató de parecerse a ellos, al menos en las formas.

—Te he ofrecido una capitulación honrosa —dijo—. Si no aceptas, hablaremos de una rendición sin condiciones. Para toda la Celtiberia. Seréis esclavos tributarios para el resto de vuestros días.

Arrancó Magilo un barullo de flemas de su garganta y escupió a los pies del pretor de media Hispania.

—Esa es mi respuesta. Ya puedes pedir clemencia a los dioses, porque yo no voy a dártela.

Asintió Graco, el gesto prieto, hermético, orgulloso. Después se dio media vuelta e inició el regreso al único lugar dudosamente seguro para la batalla: el centro de la formación romana, rodeado de los cien legionarios más expertos y hábiles con el gladius.

Permaneció el legado donde estaba, mirando al infinito hasta que la voz de Magilo lo devolvió al presente.

—Vento...

—¿Qué?

—Ambos sabíamos que este momento llegaría tarde o temprano. Uno de los dos no vivirá para ver el amanecer mañana. Tal vez perezcamos ambos. Quién sabe. Así que no le demos más vueltas. Si he de matarte, prometo hacerlo rápido; sin acritud por todo lo pasado. —Tendió su mano el celtíbero hacia el romano en un ademán que aunaba sinceridad y reconocimiento.

Aceptó el apretón Máximo Vento mientras miraba de frente a su adversario.

—No le temo a la muerte, pero ya sabes quién me preocupa.

Cabeceó Magilo condescendiente.

—Te prometo que cuidaré de Elvia si ganamos nosotros.

—¿Sabes tus compinches que está conmigo?

Negó Magilo circunspecto.

—No he creído prudente decirles nada todavía —murmuró tras meditar su respuesta.

—En tu ejército hay guerreros de tribus diversas. No creo que todos te obedezcan en caso de saqueo. ¿Qué crees que harán los arévacos o los pelendones cuando la encuentren en un campamento romano? ¿Puedes garantizarme que no la violarán y la ejecutarán tras torturarla? —demandó Vento con ojos ansiosos.

Debió de causar pasmo tanto en las filas celtíberas como en la itálicas cuando el líder de los lusones y el legado de Graco se fundieron en lo que pareció un entrañable abrazo.

—Solo puedo jurarte que tendrán que matarme a mí antes —le dijo Magilo a Vento al oído. Después montó sobre su caballo y cabalgó de vuelta al extremo norte de la campa.

Vio a todos preparados según galopaba. Carontes, Kaukirino y Alban ya habían echado pie a tierra y se habían colocado al frente de sus tropas. Tal y como había dicho, el arévaco conduciría a los suyos por el centro, con los lusones engrosando el corazón de las líneas. Los belos habían formado a la derecha. Los titos irían por el ala izquierda. Los pelendones le resultaron invisibles. Porque iban a avanzar por el bosque, mil por cada lado de la explanada, por si a los romanos se les había ocurrido emboscar soldados en la espesura.

Tres mil jinetes quedaron en reserva en la misma linde del bosque. Para lanzar un ataque demoledor en cuanto la balanza de Vaélico empezara a inclinarse de su lado bueno. Es decir, cuando las filas romanas temblaran a causa de las bajas, y su frente se estrechase lo suficiente como para dejar espacio a la caballería enemiga. Aunque tampoco era descartable lo contrario: que la coalición celtíbera necesitase más brazos en el muro de escudos si a los dioses la batalla se les hacía corta y querían holgarse durante más tiempo. En ese caso, los jinetes tendrían que echar pie a tierra y fajarse como infantes.

Doscientos guerreros permanecerían en la espesura, al cargo del campamento. Kaerkes y Arranes fueron dos de los elegidos. Uno por viejo, el otro porque alguien había decidido que no peleara contra los suyos.

Frenó Magilo cuando solo estaba a medio estadio del mayor ejército jamás levantado contra Roma en toda la Celtiberia. Encabritó a su montura a la vez que enarbolaba la espada por encima de la cabeza.

—¡Keltiber! —tronó a pulmón lleno.

—¡Keltiber! —le respondió el estruendo infernal de decenas de miles de gargantas.

—¡Keltiber! —rugió el propio bosque.

—¡Keltibeeer! —retumbó el eco desde las rocas de la cárcava.

Había llegado Magilo a la batalla decisiva como el líder accidental de la tribu menos poderosa. Había sufrido muchas penurias y bastantes humillaciones por el camino. No era aquello exactamente lo augurado por la Sombra en su cueva de Sekaisa, pero tenía un gran parecido.

En su fuero interno, Magilo se consideraba el artífice de una gesta jamás vista: la unión, por vez primera, de todos los pueblos celtíberos contra Roma. Por eso, su corazón palpitaba de orgullo

guerrero. La respiración le subía caliente por el gaznate. El estómago ya lo llevaba revuelto por la bilis de la guerra.

Ese mediodía de mayo, bajo un cielo tenebroso y negro como la gruta de un oso, el hijo del mítico Buntalos se sentía más importante que su propio padre, más grande que cualquiera de los caudillos reunidos en Burado.

—¡Keltiber, libertad o muerte! —aulló tras entregarle su caballo a Arranes. Después se puso a correr como un loco al lado de Carontes.

No iban a usar los arcos. En eso si habían estado de acuerdo todos los jefes. No querían que los hombres perdieran velocidad y tiempo lanzando proyectiles que apenas causarían bajas. La formación de testudo, con aquellos enormes escudos oblongos, resultaba casi invulnerable a las flechas. La inclinación de la campa los impulsaba en su carrera. Debían ganar toda la inercia posible para que el primer impacto rompiera la barrera enemiga en mil pedazos. Luego vendrían el caos, la escabechina y la victoria. Por ese orden.

LXVII

—¿Por qué le has dado un abrazo a ese bárbaro enemigo? —inquirió Graco en cuanto tuvo a Vento a su lado.

—Lo cortés no quita lo valiente —respondió el legado con aire ausente mientras se abrochaba las carrilleras del casco—. Hace mucho que Magilo y yo nos conocemos. Nos hemos deseado suerte. Nada más

—¿Suerte has dicho?! ¡Su suerte podría significar nuestra desgracia!

La respuesta de Vento resultó inaudible. Porque quedó envuelta en alaridos de guerra; desde las filas enemigas y desde el interior del bosque. Después ya no hubo tiempo para más comentarios.

Resultó pavoroso el avance de las hordas celtíberas. Ululaban sus guerreros como diablos enardecidos por el olor de la sangre. Venían dando saltos, más que corriendo, como si estuvieran ejecutando una danza macabra antes de entablar combate. A sus líderes se los distinguía al frente, ufanos, ruidosos, enfervorecidos. Destacaban del resto porque llevaban las armaduras más rutilantes y cascos de antenas, empenachados con plumas blancas.

A muchos de aquellos seres feroces se les veía relamerse a medida que acortaban distancias con el enemigo. Se habían dado cuenta de que quienes iban a recibir el encontronazo eran los soldados más tibios y, quizá, menos comprometidos con el Imperio: los auxiliares hispanos.

—¡Soltad! —aulló Máximo Vento cuando percibió a tiro a la masa celtíbera.

Una nutrida lluvia de flechas partió de las primeras líneas, las ocupadas por los arqueros iberos. Una segunda nube de proyectiles ya estaba en el aire cuando aún no se habían posado los primeros dardos.

Repiquetearon las saetas sobre los escudos celtíberos como una tromba mortal de granizo. Se desplomaron algunos guerreros, atravesados de parte a parte; otros resultaron heridos en hombros o brazos, pero continuaron corriendo tras partir los astiles con la mano sana. No había perdido ni un ápice de fuerza la marea celtíbera cuando Vento volvió a impartir órdenes.

—¡Vélites! —rugió esta vez, con las hordas a menos de medio estadio, y acercándose.

Diez de los manípulos situados en retaguardia se disolvieron al instante. Sus casi dos mil integrantes se colaron, sin estorbarse, por los pasillos que separaban aquellos cuadrados perfectos. Lanzaron después sus jabalinas en dos tandas distanciadas por unos pocos segundos. Se alejaron con silbido funesto los venablos pintados de blanco. Cimbreado bajo los cirros plomizos del Mons Caunus como serpientes plateadas en busca de su presa.

Aunque estaba en el mismo corazón de la formación romana, arropado por los mejores y

protegido por cientos de escudos, Sempronio Graco aferró instintivamente su gladius.

—¿Es que no van a pararse ni siquiera un poco? —preguntó al percatarse del escaso efecto de las descargas.

—Aún quedan las lanzas más dañinas —lo tranquilizó Vento mientras buscaba con la mirada a Marcio y Séptimo.

Estaban ambos prefectos colocados en extremos opuestos de la campa, junto a los portadores de signa de las legiones. Preparados para impartir consignas que aquellos hombres tocados con pieles de lobo convertirían en movimientos frenéticos de sus estandartes.

Los cornicines, destacados en puntos estratégicos, traducirían después esos vaivenes vertiginosos a música de viento. El concierto bélico de las tubas y los cuernos era lo que los centuriones estaban esperando para comenzar a mover los manípulos.

Un gesto afirmativo de Máximo Vento hacia sus dos viejos camaradas desencadenó la sorprendente metamorfosis del ejército romano.

—¡Pila! —ladraron al unísono los dos oficiales cuando a los enemigos más cercanos ya se les apreciaba hasta el color de los ojos.

Tras los giros de las enseñas y los trompetazos pertinentes, los manípulos compuestos por auxiliares hispanos cedieron su espacio en primera línea a los legionarios recién llegados de Roma. No eran hombres todavía probados en combate. Contaban con el adiestramiento básico recibido en el Campo de Marte, y el barniz corrector aplicado por Vento en apenas dos semanas de trabajo. Todo lo cual no sería suficiente para mantener a raya a una marea humana desatada y violenta.

Pero era precisamente aquella previsible falta de contundencia ante el envite celtíbero por lo que el legado había decidió ponerlos a combatir los primeros. Para espanto de Graco, Máximo Vento deseaba apostar por una reacción flexible, aparentemente fallida, de sus líneas frontales ante el empuje enemigo.

—¡Lanzad!

Mil proyectiles de mango grueso y punta fina iniciaron un vuelo mucho más certero y menos parabólico que los venablos de los vélites. Dos segundos después, la explanada de Burado se llenaba de crujidos funestos. «Zum..., ploc», hacían los arpones de tan diabólicos ingenios al clavarse en la madera de los escudos. «Zum..., chas», sonaban cuando daban en carne.

La segunda descarga de pila se produjo con las filas enemigas a apenas quince pasos; con el tiempo justo para desenvainar el gladius y encomendarse a los dioses.

Notó Magilo el impacto de una de aquellas lanzas insidiosas sobre su caetra. Blasfemó horriblemente al sentir cómo cedía su espigón de hierro y el astil se le enredaba entre las piernas.

Era ese y no otro el propósito de los proyectiles enemigos: forzar al rival a pelear sin escudo. Carontes, se percató de un rápido vistazo, sufría el mismo problema. Afortunadamente ya estaban casi encima de los hastati romanos.

Percutió el líder arévaco contra el muro itálico con un pie por delante. Lo mismo hicieron Magilo y todos los guerreros que los flanqueaban a diestro y siniestro. El estruendo metálico del choque resultó atronador, como si dos paquidermos de hierro macizo se hubieran acometido en plena campa de Burado. Las voces posteriores —maldiciones, bufidos e insultos— las pusieron solo los celtíberos. El silencio en la lucha era propiedad exclusiva de las legiones de Roma.

Según los instructores itálicos, la quietud alejaba el caos. Serenaba la mente. Atraían el orden, el aplomo y la seguridad en la victoria; costara lo que costara, cayese quien cayese.

Un costurón de más de treinta pasos se abrió en las dos primeras líneas romanas tras el brutal impacto. Rodaban aquellos legionarios bisonños por los suelos mientras pugnaban por recuperar el sitio y el equilibrio. Ninguno consiguió ponerse siquiera de rodillas. Carontes, Magilo y dos centenares de guerreros los masacraron sin misericordia. Después, siguieron adelante. Empujando, lanzando estocadas mientras alentaban a los suyos a ampliar la brecha.

También la siguiente fila acusó los envites y los tajos propinados por lusones y arévacos. Retrocedieron algunos pasos los hastati tratando de contener lo incontenible. Trastabillaban sobre cuerpos de compañeros caídos, pues en la anarquía impuesta por el enemigo no había tiempo ni de retirar a los heridos. Se le dislocaron los ojos a Sempronio Graco cuando, de pronto, se sintió señalado por la espada ensangrentada de Magilo.

Se rasgó al fin la tercera línea romana como una tela vieja carcomida por la polilla. Caían los soldados senatoriales como árboles talados antes de tiempo. Del mismo modo lo hacían los celtíberos, aunque en números más asumibles. Aprovechó Magilo una de esas muertes para cambiar su caetra ensartada por una nueva. Carontes también peleaba ya sin contrapesos. Estaba utilizando un hacha de combate recogida en algún sitio. Repartía golpes devastadores que partían en dos los escudos oblongos del enemigo y a veces hasta su antebrazo.

Divisó a los lejos a Kaukirino, liderando a los belos. Iban haciendo camino por el ala derecha, aunque un poco más despacio. Le trepó a Magilo un orgullo pretérito por el pecho. No en vano, muchos de aquellos hombres habían peleado antes a su lado en multitud de ocasiones.

En el flanco izquierdo, los titos andaban más retrasados. Habían ganado terreno, pero no tanto como el resto. Era como si la falta de un referente los hiciera dudar de sus posibilidades. Decidió el celtíbero centrarse en la batalla, y en un objetivo que le pareció próximo, factible, tal vez decisivo.

Estaban las enseñas romanas relativamente cerca de donde Carontes y él combatían junto a los guerreros más intrépidos. Se encontraban los estandartes rodeados por varios manípulos de campigeni. Soldados que habitualmente combaten en primera línea, por su destreza y su temeridad en la lucha. Sabía que Vento los había colocado allí para proteger lo que una legión romana más aprecia y, por tanto, más teme perder ante el enemigo.

Graco permanecía en medio de un mar de astas decoradas con banderines colgantes y discos

metálicos. Pálido, hermético, con un ojo puesto en las maniobras de su legado y el otro en un cataclismo cada vez más próximo.

—¡Matad al pretor! —aulló Magilo pletórico, como si lo más difícil de la tarea ya estuviera hecho. Como si la batalla del Mons Caunus fuera a resultar, después de tantas dudas, un regalo de los dioses.

Levantó Vento un brazo cuando la hecatombe de aquella legión de refresco parecía próxima. Séptimo y Marcio ya estaban esperando el movimiento desde hacía rato. «¡Signa inferre!», decretó el legado a voz en grito. Repitieron la consigna los prefectos. Se agitaron entonces los estandartes de los signiferi. Ladraron palabras de guerra los hombres de la crista trasversa como si fueran perros rabiosos.

Tras la orden de carga, los veteranos de Fulvio Flaco, supervivientes de decenas de enfrentamientos en un infierno llamado Celtiberia, tomaron el relevo a unas tropas severamente diezmadas. Lo hicieron, además, con orden y elegancia. Sin dejar ni un solo hueco entre sus filas. Sin permitir que lusones y arévacos utilizaran la maniobra de permuta para achicar aún más los espacios.

Acusaron drásticamente el cambio los lusones y los arévacos. A pesar de todo, Carontes y Magilo se empeñaron en no ceder el terreno que tanta sangre había costado entre los suyos. Se negaban a renunciar a una victoria que casi tocaban con los dedos. Si Graco y los estandartes caían, ni siquiera Vento podría mantener la nave romana a flote.

Los flancos, sin embargo, habían quedado estancados sin remedio. De hecho, tanto titos como belos comenzaron a recular paso a paso. Creían ilusamente los celtíberos que seguían cambiando tajo por tajo, muerto por muerto, tanto en el centro como en las alas. Pero lo cierto era que las tornas habían cambiado radicalmente.

Desde la llegada de los veteranos a primera línea, los silbatos de los centuriones atronaban los aires de Burado como una sinfonía monótona, machacona, interminable. Las filas romanas rotaban con precisión y disciplina al son implacable de aquellas órdenes acústicas. Se retiraban a segunda o tercera línea quienes llevaban cinco minutos manejando la espada. Adelantaban dos pasos los soldados de relevo. Se colaban por entre los costados de sus compañeros como si fuesen anguilas. El muro romano jamás se rompía o temblaba ni siquiera en medio de tan peliaguda maniobra. La barrera de escudos y las puntas de los gladii siempre estaban allí, asomando entre rendijas minúsculas, inaccesibles para las falcatas hispanas.

Dirigió Magilo a Carontes una mirada de desesperación al percatarse de que estaban perdiendo toda la ventaja. La forma de pico que habían logrado imprimir a la línea de avance celtíbera iba aplanándose poco a poco. El líder arévaco se encogió de hombros en una mueca de desentendimiento. Él había venido hasta Burado para disfrutar de una buena batalla, para morir con honra si esa era la voluntad de los dioses, quería decirle con el gesto.

Asintió Magilo de mala gana. No por miedo a una cita anticipada con Vaélico y las otras deidades del Averno, sino porque le habría gustado considerar otras opciones que no fueran matar un romano y entregar tres vidas celtíberas a cambio.

El frente quedó nivelado por el centro tras dos horas de encarnizado combate. En los flancos, titos y belos habían retrocedido casi cien pasos. El envolvimiento del ejército celtíbero por parte de las legiones de Roma había dejado de ser una posibilidad remota y absurda para convertirse en una catástrofe bastante probable.

—¡Tenemos que retirarnos y pensar algo! —le gritó Magilo a Carontes en medio de la algarabía.

Pareció considerar el arévaco la idea de posponer por un tiempo su ascenso al paraíso de los guerreros. Se le vio dispuesto a intentar un repliegue hasta el extremo septentrional de la explanada, donde tres mil guerreros todavía esperaban, impertérritos, la orden de huir o inmolarse.

Un repentino alboroto surgió entonces del bosque, por ambos lados de la campa. Contenía estrépito metálico y estallido de voces. Era el fragor de la lucha, y resultó breve. Dos mil pelendones asomaron sus cabezas por encima de los arbustos. Rugieron como leones antes de lanzarse sobre una retaguardia romana totalmente desguarnecida.

—*¡Keltiber, libertad o muerte!* —aulló entonces Carontes, *olvidada ya su moratoria al Paraíso.*

—¡Teneos, hijos de la Celtiberia! ¡Aguantad, que llegan refuerzos! —vociferó también un Magilo enfervorizado—. ¡Acabemos con todos!

LXVIII

Había enviado Vento cuatro centurias al interior del bosque, dos por cada lado de la campá. Pero para que ejercieran como exploradores más que como unidades de combate. Por eso no eran tropas escogidas. Su principal cometido era dar la voz de alarma si percibían movimiento enemigo entre el bosque. Con que uno solo de aquellos hombres llegara vivo a la campá y se pusiera a dar gritos, ya sería suficiente para tomar medidas a tiempo.

No consideraba Vento del todo descabellado que el enemigo quisiera sorprenderlos por retaguardia. Sin embargo, a la vista de todo lo que las tribus hispanas ponían en liza en la campá de Burado, casi descartó la idea de una celada.

Subestimó, seguramente, la astucia de los caudillos celtíberos; y el conocimiento del terreno por parte de los pelendones. Unos guerreros mucho más acostumbrados que los legionarios a deslizarse sigilosos en la espesura, igual que víboras en busca de presas incautas.

La emboscada ocurrió prácticamente a la vez en ambos flancos, y resultó muy breve. Los pelendones eran mucho más numerosos, y, además, usaron primero sus arcos para diezmar al enemigo antes de atacarlo con caetra y falcata.

Se luchó bajo la sombra fría de las hayas, entre raíces y rocas, sobre una alfombra de musgo verde que fue tornándose rojo a medida que iban cayendo los soldados romanos. Cuando los pelendones asomaron el hocico en la campá, Lug y los otros dioses principales habían empezado a verter un torrente de lágrimas sobre Burado.

Regresaron también los relámpagos y la tormenta. El grito de Alban al lanzarse a la batalla con los suyos coincidió con uno de los truenos más largos y tenebrosos. Pareció en realidad el aullido atroz de Vaélico, dios del inframundo, incitando a sus súbditos a la masacre. Graco desenvainó instintivamente al ver a su ejército atacado por los costados, al sentirse él mismo en peligro de muerte.

Se mantenían en su puesto los manípulos situados en la retaguardia itálica. No habían movido un pie de la zona en la que el legado los había dispuesto. Pero estaban allí por algo: se trataba de tropas auxiliares en su totalidad. Vento desconfiaba de la fidelidad de algunos y de la moral de combate de la mayoría. Por eso, solo deseaba poner a pelear a aquellas unidades en caso extremo.

—¿Cómo es posible que no hubieras previsto una cosa así?! —le gritó Sempronio Graco a un legado súbitamente atribulado por las prisas.

La pregunta no obtuvo respuesta. A decir verdad, Vento ni siquiera escuchó el reproche. Porque estaba dando alaridos para tratar de arreglar el descalabro.

Maldijo para sus adentros al tener que desplegar a los auxiliares hispanos a lo largo de ambas

lindes del bosque. Pronto se vio que su concurso resultaría insuficiente para bloquear el asalto salvaje de los pelendones. Vento se vio obligado entonces a distraer tropas más competentes y motivadas. Llamó a la legión que había sido dramáticamente diezmada al comienzo de la batalla. Pero a aquellos reclutas bisoños aún les temblaban los brazos de cansancio. Las tubas y los banderazos de los signifer reclamaron con urgencia a varios manípulos de veteranos que estaban ya rotando en el muro de escudos. La maniobra supuso una alteración inevitable de la formación itálica.

Adelgazó peligrosamente el frente de batalla romano al tener que dedicar, súbitamente, muchos efectivos en ambos flancos. En pocos segundos, las legiones senatoriales adoptaron una curiosa organización defensiva en forma de herradura, con solo tres filas en fondo en el sector que se oponía a arévacos y lusones.

Pero entonces los pelendones maniobraron para intentar colarse por la zona que aún quedaba abierta en retaguardia. Vento dirigió una mirada desesperada a sus dos viejos compañeros de milicia. Tanto Marcio como Séptimo le señalaron el manípulo formado exclusivamente con los campigeni. Ellos mismos ya estaban preparándose para ponerse en primera línea.

—¿Qué diablos te has propuesto?! —aulló Graco al verse súbitamente desprovisto de escolta.

No escondió Vento la urgencia ni el desespero al dirigirse al general romano.

—Salvarte la vida, a ti y a tus tribunos; al menos a corto plazo. Sígueme y no te separes de mi lado.

—¿Y esos? —Graco señaló a sus oficiales.

—Que se coloquen detrás de los campigeni.

Arrastraba Vento al pretor por el brazo en dirección al muro de escudos.

—¿Adónde me llevas?!

—Quiero que presencias lo que pocos generales han visto desde tan cerca.

—¿El qué?

—Una carga de caballería enemiga.

Se le desorbitaron los ojos al mandatario romano al ver cómo se preparaban los jinetes de la Celtiberia al otro lado de la explanada. Y es que sus cuernos de guerra llevaban ya un buen rato sonando.

—¿Qué van a hacernos? —demandó—. ¿Arrojarnos flechas? ¿Arrollarnos? ¿Alancearnos?

—De todo.

—¿Pero... pero aquí mi vida correrá peligro!

Señaló Vento hacia el combate encarnizado que libraban en retaguardia los campigeni y varios centenares de guerreros celtíberos.

—Es verdad. Aquí te va a tocar tirar de espada, y puede que caigas —coincidió el legado—. Pero cuando tengas miedo, piensa en cómo sería tu final si caes en manos de los pelendones.

Se le erizaron a Graco los pelos del cogote.

—¿Tirar de espada?! ¿Yo?! ¿Contra esos salvajes?!

—¿No quieres parecerte a Fulvio Flaco?

Cesó al fin la música de viento en los cielos enfurruñados del Mons Caunus. El crepúsculo se confundía casi con la noche. Llovía a cántaros sobre los combatientes en medio de una oscuridad prematura e incierta. Pero no fueron las lágrimas de los dioses lo que interrumpió momentáneamente la pelea, sino la aparición de un jinete solitario en medio de la explanada.

Portaba el desconocido un estandarte blanco con un dibujo inconfundible: un guerrero con un cetro apoyado en el antebrazo cabalgando sobre un ciervo enorme. La aparición, orgullosa y desconcertante, de la enseña de los ilergetes levantó una ola de murmullos en uno de los flancos itálicos. Varios miles de cabezas giraron para ver mejor las evoluciones del jinete anónimo.

—¡Hibera, Amtorgis, Athanagia! —vociferó el nieto de Estobeles, sabedor del origen de la mayoría de aquellos jóvenes auxiliares—. ¡Ilergetes, soy Arranes!

El murmullo se convirtió en clamor, y después en algarabía, tras las palabras del príncipe.

—¡Escapad de las garras de Roma! ¡Uníos a nosotros! —instó a los suyos en lengua ibera mientras hacía corvetear a su montura.

No necesitó Arranes dar muchos más gritos para provocar la desbandada. Cerca de tres mil auxiliares hispanos salieron de la formación romana y echaron a correr hacia la zona de la campa dominada por los celtíberos.

—¿Qué están haciendo esos malnacidos? —preguntó Graco con ojos incrédulos, ya que no había entendido ni una palabra de las arengas.

—Desertar —masculó Vento antes de jugar su última baza—. ¡Triarios!

El aullido del legado provocó movimientos vertiginosos en casi todas las líneas. Los hastati y los principes, que a duras penas mantenían el frente nivelado, cedieron sus puestos a los temibles triarios, los hombres destinados a enderezar las cosas con sus largas picas cuando todo parecía perdido.

Eran aquellas las tropas más bregadas en la batalla y, por tanto, las más fiables de todo el ejército. Soldados profesionales que se habían comprometido con Roma y sus inaplazables guerras por un período no inferior a veinticinco años. Muchos lo hacían por huir del acoso de la justicia en tierras itálicas, otros por dinero, algunos por convencimiento. Para los últimos, la

defensa de un imperio era una obligación ciudadana.

A pesar de su incuestionable dominio de los tiempos y los movimientos, el avance de los veteranos a primera línea se vio favorecido por la momentánea retirada de las huestes celtíberas. Y es que excepto Alban y sus pelendones, que seguían percutiendo contra el enemigo con ánimo incansable, Magilo y los otros líderes habían ordenado dejar la campa expedita para la carga de la caballería celtíbera. También Arranes había retornado a la linde del bosque para esperar allí a los auxiliares iberos que iban llegando a la carrera.

—¡Desenvaina! —La voz de su legado retumbó en los oídos de Graco como el lamento oxidado de una tuba rota.

Contempló atónito el general romano las tres líneas de legionarios que tenía delante de sus narices. Los triarios sostenían sus famosas picas con el regatón plantado en el suelo. Silenciosos, oscuros, concentrados; hechos a ser el último as de la baraja cuando empiezan a escasear las cartas. Los hastati y los principes formaban a su espalda, con los escudos apoyados en las escápulas de sus compañeros. Para ayudarlos a amortiguar el golpe salvaje de la caballería enemiga. Para entablar combate con quienes perdieran su cabalgadura entre la maraña de lanzas.

—¿Desenvainar ya?! Estamos muy lejos de primera línea... —sostuvo Graco con una traza de asombro.

—Algunos de esos jinetes vendrán hasta aquí, aunque sea medio muertos. Y entonces habrá que rematarlos —repuso Vento mientras abrazaba su escudo y preparaba su gladius.

LXIX

Al fin, los jinetes de la Celtiberia lanzaron sus monturas al galope tendido desde el extremo más alejado de la campa. Lo hicieron en tres oleadas separadas por intervalos de pocos segundos. Cabalgaban dando gritos como demonios, blandiendo espadas, jabalinas o arcos. Se acercaban al muro de escudos jaleados por los que esperaban aprovechar el destrozo para colarse por las brechas y rematar la faena.

Soñaban Magilo, Kaukirino y Carontes con convertir una lucha enquistada en un multitudinario cuerpo a cuerpo. En su ensoñación sangrienta, no se percataban de que todo —la algarabía de los suyos y el retumbar de los cascos sobre la tierra— se estrellaba contra un muro impenetrable de orden, lluvia y silencio. En el lado romano, las voces de mando eran las únicas permisibles durante el combate.

—¡Ponte el escudo sobre la cabeza!

Atendió Graco la consigna perentoria de su legado y elevó su scutum para cerrar la formación de testudo. Se sumergió por primera vez en su vida en un mundo desconocido. Lleno de oscuridad, calor humano y respiraciones anhelantes. Sintió cierto alivio al librarse momentáneamente del aguacero. Se sobresaltó, sin embargo, cuando llegaron los repiqueteos. El susto le movió el brazo, y el escudo.

—No es granizo, ¿verdad? —le preguntó a Vento en el instante en que una flecha se colaba por el resquicio y hería de muerte a uno de los hastati.

—Debes poner más atención. Ese hombre ha caído por tu culpa —le reprochó su legado.

Sufrieron los romanos los dardos celtíberos durante varios minutos. Cayeron las puntas de hierro como cizaña sembrada por el mismo Vaélico desde su trono de fuego, hasta que la tortuga pareció un erizo con miles de púas.

A los heridos los fueron arrastrando a retaguardia, donde la presión de los pelendones había disminuido de manera notable. A los muertos los empujaron hacia delante, para que estorbaran en su momento el avance de las cabalgaduras enemigas.

—¿Esto es todo? ¿Y la famosa carga? —inquirió Graco con un deje de decepción cuando cesaron los proyectiles.

—Ahora es cuando viene —respondió Vento antes de ponerse a pegar gritos—. ¡Bajad los escudos! ¡Formación de combate!

Tras los banderazos de los dragonarios y los consiguientes estampidos de los cuernos retornó la luz, aunque no mucha, al corazón de la tortuga romana. Hasta aquel instante, los triarios colocados en primera línea habían sido los únicos ojos de una formación acorazada que

permanecía inmóvil, tensa, lista para afrontar lo inevitable. Y, sin embargo, la visión de una explanada aparentemente vacía sorprendió a Graco.

—¿Dónde están los malditos?

—Al fondo. Confundidos con las sombras del bosque.

Aguzó la mirada el pretor romano tratando de penetrar la cortina de agua y la oscuridad del crepúsculo. Y es que la lluvia seguía empapando hasta el tuétano a los combatientes de ambos bandos. Impedía percibir la realidad e incluso hacer conjeturas sobre el futuro.

—¿Cómo será? —preguntó Graco cuando logró distinguir al fin un mar de siluetas grises coronadas de falcatas y puntiagudos solliferrea.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?!

Había visto suficiente guerra Máximo Vento como para conocer las fortalezas y debilidades de cada uno de los ejércitos contendientes. Para los romanos, la caballería solía jugar un papel secundario en las batallas. Los jinetes itálicos se limitaban a hostigar a los arqueros hispanos con el fin de evitar, en la medida de lo posible, la lluvia de flechas. Diezmar, someter y aniquilar al enemigo correspondía a la infantería pesada, incluso si no existía apoyo alguno por parte de la caballería.

Los celtíberos, en cambio, procuraban sacar un mayor partido de sus jinetes. Solían cargar en tromba por las alas mientras sus guerreros de a pie se fajaban con lo más granado de las legiones. Esta vez, sin embargo, Vento tuvo un barrunto.

—¡Triarios, rodilla en tierra! —bramó al advertir movimientos atípicos al otro lado del aguacero —. ¡Preparad los pila quienes aún dispongáis de alguno! —les ordenó al resto.

Apoyaron sus escudos en el suelo los soldados de la primera línea. Afianzaron los regatones de sus picas mientras hastati y principes empuñaban el pilum, si aún conservaban alguno de los dos reglamentarios.

—¿Van a venir por el centro? —inquirió Graco cuando el retumbar de los cascos ya dominaba sobre el rumor de la lluvia.

—Van a venir por todas partes, pero creo que quieren hacernos trizas donde más duele.

Chorreaban las tropas romanas como manantiales inagotables de cuero y hierro cuando los jinetes celtíberos surgieron de la nada. Era un halo frío y gris el que envolvía como una mortaja húmeda al bosque de Burado y a todos sus ocupantes. Difuminando las voces, desdibujando los gestos y hasta los sentimientos.

—¡Lanzad! —ordenó Vento cuando estuvo seguro de que los jinetes de la Celtiberia no iban a respetar el muro de puntas.

La nube de proyectiles resultó escasa, enclenque, casi ridícula, a pesar de que algunos soldados arrojaron las jabalinas celtíberas que habían desclavado antes de sus escudos. Los solliferrea, en cambio, hicieron más daño. Ensartaron en su grueso arpón a algunos confiados. Inutilizaron muchos escudos, pero, sobre todo, ablandaron las defensas romanas antes del cataclismo.

La muralla de carne construida a base de acumular muertos no fue obstáculo para las ágiles cabalgaduras hispanas. Salvaron aquellas bestias la barrera de un salto y se lanzaron con sus jinetes en busca de un destino que tenía forma de puercoespín y solo dos finales posibles: el triunfo o la muerte.

Tras el brutal topetazo, muchos triarios rodaron como bolos sobre un suelo ya enfangado de lodo y sangre. Se contaron también por centenares los celtíberos caídos. A algunos los habían atravesado las picas; a otros les habían despanzurrado el caballo y se debatían en inferioridad numérica en una selva de piernas, grebas y espadas. No obstante, un buen puñado de jinetes consiguió abrirse paso a golpe de falcata hasta la tercera línea. La brecha lograda en el frente romano resultó enorme, aunque los principes lograron cerrar la sangría justo a tiempo; antes de que su pretor muriera decapitado de un mal tajo. Antes de que la formación se partiera en dos y una parte del ejército romano se viera copada sin remedio.

—Parece que al final no hará falta nuestro concurso —murmuró Graco aliviado.

—Yo no apostaría ni un sestercio falso por ello —le contradijo su legado.

Contemplaron Magilo y los otros líderes el descosido del frente romano con ojos avariciosos. Lucían los celtíberos las barbas amustiadas por el exceso de agua, pero la sangre les hervía en las venas al presentir cercana la victoria. Y eso a pesar de que el éxito de la carga en las alas había sido discutible.

El rugido atronador de Carontes provocó la estampida. Burado comenzó a vomitar guerreros eufóricos desde sus lindes, e incluso desde el campamento plantado en el interior del bosque. Arranes había logrado convencer a más de mil auxiliares iberos para que levantaran sus espadas contra Roma. La otra mitad prefirió esperar acontecimientos.

Regresaba en cualquier caso la infantería hispana a la batalla con una única idea entre ceja y ceja: el exterminio total de las legiones del pretor Tiberio Sempronio Graco.

Estimó Vento en un minuto escaso el tiempo que aquellos diablos vociferantes tardarían en cruzar la campa, alcanzar la brecha y aprovechar el roto. Anticipó los hechos dentro de su cabeza y no le gustó la escena: un buen número de lusones y arévacos se colaría por el agujero abierto como lobos en un redil de cabras. Los titos y los belos apretarían por los flancos. Se achicarían los espacios entre líneas. Unos legionarios estorbarían a otros compañeros. Las rotaciones dejarían de funcionar como una rueda engrasada. Al final, las filas se resquebrajarían como el hielo fino al pisarlo. Entonces miles de hombres acabarían enzarzados en un sinfín de duelos individuales. Espadas romanas contra falcatas, mazas con clavos y hachas de combate. Hombres ligeros y salvajes acostumbrados a tajarse entre ellos a diario contra soldados muy inferiores en el cuerpo a cuerpo. Una pelea nivelada, tal vez durante una o dos horas. Después, la derrota; lenta, agónica, inevitable.

Giró Vento sobre sus talones como una fiera acorralada en la espesura. Vio a Marcio y Séptimo batiéndose al lado de los triarios, derribando jinetes celtíberos que todavía pugnaban por ganar algo de terreno en los laterales. Afortunadamente, la retaguardia le pareció casi pacificada. Los últimos guerreros pelendones estaban vendiendo caros sus pellejos, pero su final se antojaba próximo.

—¡Campigeni! —barbotó como si fuera un grito de auxilio en vez de una llamada.

Cedieron su trabajo a los auxiliares carpetanos aquellos abnegados veteranos, y acudieron una vez más allá donde la hemorragia era más grave. Para insuflar ánimo y confianza a quienes flaqueaban ante el empuje arrollador de los jinetes de la Celtiberia. Para dar ejemplo de valor y sacrificio.

Maldijo en alto Magilo al percatarse de la rápida maniobra perpetrada por el enemigo; pero le supo peor verse rebasado por Carontes y otros guerreros más jóvenes en la frenética carrera en pos de la lucha.

Penetraron los arévacos por el tremendo hueco como una horda de jabalíes furiosos. Avanzaron sobre un mar de restos y despojos todavía palpitantes. Había triarios recién abatidos, todavía aferrados a sus largas picas; caballos destripados zancajeando agonizantes entre los cuerpos inertes de sus jinetes. Lanzas rotas con jirones de carne colgando de sus astillas; miembros mutilados; cascos, espadas y escudos sin dueño. Y, sobre todo, miles de cadáveres con su último gesto petrificado en el rostro.

Llegó Magilo al corazón de la batalla en la segunda oleada, cuando la lluvia y las nubes condenaban al Mons Caunus a una noche temprana; cuando aquellos soldados legendarios ya se habían hecho cargo del desaguizado. Le habría gustado al caudillo celtíbero enjugar su rabia desde el primer instante. Empujar, tajar, derribar enemigos sin descanso. Mas el orden en la batalla no era precisamente una de las virtudes de los ejércitos hispanos.

Vento y Graco estaban en cuarta fila, pero se encontraron a dos pasos de los espadaños al cabo de veinte minutos.

—¡Deberías ponerte detrás de mí! —le urgió Vento al pretor romano cuando sintió el olor de la sangre fresca.

Lejos de obedecer, Graco se mostró indignado por la sugerencia.

—¡Me dijiste que Fulvio Flaco combatió a tu lado!

—Así es.

—¡Pues hazme un hueco!

—No es buena idea. Apenas se ve ya nada.

Una vaharada tórrida le ascendió a Graco desde las tripas hasta la garganta. Era el valor que la desesperación imprime a todos los que perciben su último aliento próximo; aunque él no se daba

cuenta de ello.

—¡Mejor, así los celtíberos creerán que pelean contra un esqueleto escapado del Hades! — exclamó en alusión a su proverbial flaqueza.

Vento le hizo caso a medias. Colocó a uno de los campigeni a cada lado del general romano y se centró en su propia lucha. Estaba esperando el silbido del centurión más próximo para tomarle el relevo a un viejo triario. Pero el veterano se desplomó de repente con un profundo corte en el cuello. Saltó el legado hacia delante como si tuviera resortes en las botas. Debía ocupar aquel lugar antes de que el celtíbero se colara por la grieta.

Aferró con fuerza Vento su pesado scutum, lo levantó hasta la altura de los ojos y cargó el brazo. Lanzó una estocada recta, horizontal, contundente, sin enseñar apenas la mano. Un golpe habitual, mecánico, demoledor a pesar de su simpleza. Una maniobra que todo legionario aprendía el primer día de entrenamiento porque surtía efecto dos de cada tres veces.

«Clonk», sonó la caetra del enemigo al recibir el puntazo a la altura del ombligo. Apretó las mandíbulas el legado romano y se dispuso a neutralizar la réplica. Paró como pudo un mandoble por alto, respiró hondo y atacó de nuevo, esta vez un poco más arriba. Pero su gladius volvió a pinchar madera y, además, se quedó un segundo atascado. Su oponente aprovechó el lapso para tratar de tajarlo en el cuello, o en el rostro. Vento esquivó la cuchillada de milagro. Después recurrió a lo de siempre, a las malas artes.

Empujó a su contrario un paso atrás y le permitió venir hacia él con más ímpetu. Entonces amagó una estocada por abajo, pero en vez de lanzarla le asestó al celtíbero un cabezazo en plena cara. Aquella vieja artimaña había sido en muchas ocasiones el preludio de una muerte segura. El golpetazo solía dejar al rival aturdido, trastabillante, desprotegido.

—¡Hijo de puta! —lo insultó su enemigo en lengua romana tras el chasquido de huesos.

Detuvo Vento su tajo definitivo en el último instante. Esa voz...

—¿Magilo? —murmuró con el gladius temblándole en la mano.

—¿Vento? ¡¿Qué diablos haces aquí?! —le espetó el celtíbero como si hubiera topado con un viejo conocido en medio de una isla desierta.

—¡Lo mismo que tú, supongo! —Lanzó el romano un golpe flojo, de circunstancias.

Respondió Magilo con un simple encontronazo de su caetra mientras escarbaba dentro de su corazón buscando el odio. Se asombró, sin embargo, al encontrar algo más parecido al afecto.

—¡Aparta de ahí! ¡No quiero matarte! —exclamó con otro empujón de escudo.

Le ocurría al romano, más o menos, lo mismo. Tanto tiempo elucubrando sobre aquel enfrentamiento y la desaparición ineludible de uno de ellos..., y a la hora de la verdad, las manos le sudaban como a un triste principiante.

—¡Yo a ti tampoco quiero hacerte daño, maldita sea! ¡Quítate de en medio!

Estampó Vento el pomo de su gladius contra la defensa del celtíbero en un golpe que llevaba más aprensión que peligro. Notaba la boca repentinamente seca el legado a pesar de que el agua le escurría a chorros por las carrilleras del casco y le mojaba los labios como si llevara una fuente entre las orejas.

—¡Pues rendíos de una vez y te prometo que saldrás vivo de esta! —Contraatacó Magilo con un leve roce de su falcata sobre el voluminoso scutum.

—¡Sabes muy bien que Roma no puede rendirse jamás!

—¡Tampoco la Celtiberia!

—¡Tendremos que afrontar nuestro destino de una manera u otra!

Seguían los tajos, las chispas y las blasfemias a ambos lados de los dos contendientes a pesar de que nadie podía ya ver la cara del contrario. Continuaba aquel diluvio implacable lavando la sangre de los muertos y blanqueando la de los heridos.

Hizo Magilo entonces algo sorprendente: enfundó su falcata, aferró el escudo de Vento por su borde superior y tiró de él hasta tener al romano a un suspiro de su faz ensangrentada. Ambos hombres se leyeron los ojos un segundo.

—¡El destino nos ha traído hasta aquí, pero ya nos hemos matado lo suficiente como para satisfacer a los dioses! —le espetó el celtíbero—. ¡Detengamos esto de una vez por todas! ¡Tú y yo podemos hacerlo! ¡Y si buscas más razones..., hazlo por mi hermana, maldito testarudo!

Comenzó a tambalearse Máximo Vento como si lo hubieran herido de muerte. Se le descolgó el brazo de la espada. A duras penas lograba mantener el pesado scutum contra su pecho. Aprovechó Magilo el repentino desistimiento para atraer al romano un poco más hacia sí como si quisiera hacerle una confidencia.

—Además —le dijo casi al oído—, tú sabes que hoy las cosas no pintan muy bien para Roma en esta batalla. Elvia no merece velar un cadáver esta misma noche.

LXX

Estampó Graco su puño sobre la mesa de su praetorium. Regueros de sangre ajena le escurrían por la armadura y el rostro. Lucía la mirada extraviada mientras trataba de enfundar con ademán tembloroso un gladius teñido de rojo. El frenesí de la lucha agitaba todavía al pretor romano. La ira empeoraba el arrebato.

—¿Por qué has tenido que hacerlo?! —le espetó con furia a su legado.

—Porque tú quisiste que fuera yo quien dirigiera esta batalla. —Mantenía Vento el gesto ausente, la vista perdida en algún lugar imaginario muy lejos de aquella tienda.

—¿Cómo se te ha ocurrido ordenar la retirada cuando íbamos ganando?! —se indignó el pretor—. ¡Hemos tenido suerte de que no nos persiguieran!

—No íbamos ganando. No te confundas —adujo el legado con voz de ultratumba—. Además, nosotros no sabemos combatir de noche. A la larga, habría sido una escabechina. Nos habrían matado a todos.

Tomó asiento Graco en la única silla de su modesta estancia. Dejó la espada apoyada en el suelo, se sacó el casco y se sirvió un vaso de agua. Llenar los pulmones de aire un par de veces lo ayudó a serenarse. Después, escrutó el ademán ensimismado de su primer oficial.

—Entonces, tú crees que ellos están en mejor posición que nosotros ahora mismo...

—Sin duda.

—Ya. —Un largo suspiro precedió a una pregunta inaplazable—. ¿Qué cifras barajas?

Había recorrido Vento el campamento del roquedo antes de encerrarse en el praetorium. Había confeccionado una apresurada lista mental de los vivos, de los muertos y de los moribundos. Faltaban muchos hombres y, de los que quedaban en condiciones de dar batalla, la mayoría de ellos estaban cansados, ateridos y hambrientos.

—Creo que los dos hemos cosechado un número similar de bajas. Alrededor de nueve mil muertos y dos mil heridos graves.

Compuso Graco un ademán displicente.

—Bueno, en ese caso, seguimos igualados. La noticia no es tan mala...

Vento agitó la cabeza, sombrío.

—Lo es, porque nosotros hemos perdido a casi todos los campigeni y a más de la mitad de los triarios. Y, por si no te acuerdas, los iberos desertaron en masa y están ahora en el bando

contrario. Eso desequilibra aún más la balanza.

—¿Tienes alguna otra alegría que darme antes de que me desmaye? —preguntó Graco con ironía amarga.

—Sí, ellos aún cuentan con caballería suficiente como para darnos muchos quebraderos de cabeza. Ten en cuenta que ya no nos quedan hombres como para ocupar todo el ancho de la campa. Nos desbordarán por las alas. Nos atacarán por todas partes.

Apoyó Graco los codos en las rodillas y se puso a contemplar el suelo embarrado de su tienda. Pareció que la realidad —implacable y negra— empezaba a calar en la cabeza de un general con ínfulas, pero sin experiencia.

—¿Crees que podríamos escabullirnos esta misma noche? —preguntó al cabo.

—Imposible.

—Arecoratas no está tan lejos...

—No hay escapatoria posible de este bosque. Ni para nosotros ni para ellos. Quien pretenda retirarse acabará despeñado o masacrado por la espalda en la senda de bajada —zanjó Vento.

Se frotó Graco los ojos como para despertar de una pesadilla a deshora.

—Entonces... es todo o nada. Triunfo o muerte —murmuró con ademán abstraído.

—Tal vez podamos hablar con ellos...

Levantó la mirada el pretor hacia su legado y lo observó como si estuviera tasando a una caballería inservible antes de venderla.

—Hablar... ¿de qué?

—De pactar una tregua o algo así.

Saltó Sempronio Graco de su asiento como si una lezna le hubiera pinchado en las posaderas.

—¡¿Pactar una tregua con esos bárbaros?! ¡Eso sería igual que rendirse!

—Bueno, ya procuraríamos no salir muy mal parados en las negociaciones...

Avanzó el militar itálico con paso vehemente, hasta que las punteras de sus botas chocaron con las de su legado; hasta que la sangre que aún escurría de su nariz goteó como una clepsidra de agua roja sobre el pecho de Vento.

—¡He combatido en primera línea como uno de los campigeni! ¡He logrado matar a varios enemigos! —le espetó con voz ronca y orgullosa—. Estoy inmerso en la mayor batalla jamás librada por el dominio de la Celtiberia. Los arúspices acaban de confirmarme que los astros están alineados. Los dioses van a darme el empujón que necesito para completar la gesta.

—Yo no lo veo así de fácil.

Un dedo sucio de sangre y mugre se posó sobre la coraza de Máximo Vento. La golpeó con su yema dos veces.

—Dime una cosa, legado. En tus muchos años de servicio, ¿a cuántos pretores has conocido que hayan pactado, tal y como tú sugieres, con un ejército hispano?

El vaho ardiente de la pelea seguía empañando la vista de Sempronio Graco. Le enajenaba el juicio. Lo incapacitaba para tomar decisiones razonables y realistas. Aun así, miles de legionarios caminarían con él hacia una suerte incierta; sin una sola queja, incluso si su comandante en jefe ordenaba un disparate sin precedentes que provocara la muerte de casi todos. Vento era uno de aquellos locos disciplinados.

—A ninguno —dijo.

Asintió Graco, satisfecho.

—Saldremos a combatir de nuevo en la hora prima. Encárgate de que todo el que pueda empuñar un gladius esté listo.

—A la orden —murmuró Vento, y se marchó a abrazar a Elvia.

Ya había estrechado a la joven celtíbera nada más regresar de la batalla; antes de hacer recuento de los caídos, antes de encerrarse con un demente en su tienda. La había informado de manera escueta de su peculiar encuentro con Magilo, y de la retirada pactada con él en medio de la batalla.

Volvía ahora a buscar los brazos y los labios de su amada por segunda vez esa noche con un barrunto funesto; o más bien con la certeza de que aquella cita sería la última. Sin embargo, antes de penetrar en el tingladillo de telas bajo el que Elvia y él se cobijaban en el roquedo, Vento desplegó la mirada sobre el campamento romano.

A pesar de la humedad, los legionarios habían logrado encender varias fogatas. Akakios y sus físicos se movían como hormigas hacendosas en medio de una luz rojiza y desfalleciente. Attendían a toda prisa a los que aún contaban con salud y fuerzas como para levantar el escudo y regresar al combate al rayar el alba. Entablillaban con cualquier rama a quienes aparecían con una extremidad rota; suturaban pequeños cortes en brazos o piernas en la mayor parte de los casos; reparaban al instante miembros descoyuntados. A quienes tenían que rellenarles el vientre con sus propias vísceras, a esos los cosían de arriba abajo, les daban a beber uno de sus caldos alucinógenos y los animaban a dormirse para siempre.

Divisó Vento una miríada de estrellas blancas y una luna casi plena en medio de un cielo otra vez despejado. Media docena de arúspices tomaban nota del centelleo de las constelaciones. Asentían entre cuchicheos. Sintió odio el legado romano hacia tales fantoches; unos hombres a los que siempre había considerado inútiles dentro de un ejército. Eran ellos los que le habían llenado a Graco la cabeza de pájaros. Al menos sus soldados pasarían su última noche sin el suplicio de la lluvia, pensó mientras caminaba hacia su precario tingladillo de lonas y mantas.

Aquella nueva luz blanquecina le permitió advertir movimientos en la campa. Eran los celtíberos, transportando a sus muertos hasta un extremo del bosque. Para depositarlos allí y dejar que los buitres se llevaran sus almas al paraíso de los guerreros hispanos. Graco, en cambio, había decidido aplazar las labores de recogida y enterramiento hasta el cese definitivo de los combates.

Iba Máximo Vento con el semblante lechoso, pero procuraba mantener el rictus aplacado, indescifrable. Elvia se levantó de un salto al verlo aparecer de nuevo en la tienda. Sabía que de la conversación entre pretor y legado dependía el curso de futuros acontecimientos. Y las vidas de miles de hombres. Y de sus familias.

—¿Ya ha terminado todo?! —demandó con ojos ansiosos—. ¿Ya se ha acabado la batalla?!

Apretó el romano el cuerpo trémulo de la mujer celtíbera contra el suyo sin temor a mancharle la ropa de sangre. A decir verdad, ya le había dejado la túnica marcada de lodos y miasmas en su primera visita.

—Graco no quiere la paz. Volveremos al combate cuando llegue la hora prima —respondió con un hilo de voz mientras, con una mano, mantenía la cabeza de Elvia sujeta contra su pecho. Para que la mujer no pudiera verle los ojos vidriosos. Ni leerle los surcos que la zozobra le había grabado en la frente.

—Pero... pero... yo creía que...

—Y yo también. Pero no siempre sucede lo que creemos, ni lo que queremos, sino lo que otros disponen.

Se zafó al fin Elvia del abrazo protector de Vento.

—¡Sobrevivirás! ¡Y también lo hará Magilo! ¡Y nuestro hijo! —afirmó con mirada brillante.

Dos manos aún moteadas de sangre y barro se posaron sobre las sienes de la celtíbera. Acercó el romano su cabeza a la de Elvia antes de hablarle.

—Escucha bien lo que voy a decirte, y quiero que me hagas caso.

Había una extraña luz detrás de las pupilas de Vento, y Elvia malinterpretó aquellos brillos.

—¿De qué se trata? ¡¿Vamos a escapar los dos juntos esta noche?!

Una sonrisa triste arrugó los labios del romano.

—Ojalá pudiéramos, pero no hay salida posible de este bosque. Mucho me temo que Graco y todo su ejército acabaremos nuestros días aquí, en Burado, en plena Celtiberia. Por eso quiero que te vayas. Porque nuestro hijo debe salvarse a toda costa.

—¡Nuestro hijo estará bien donde tú estés!

Negó Vento despacio, los labios trémulos, la voz rasgada. Esta vez sin falsas luciérnagas en las cuencas de los ojos.

—Lo más probable es que nuestro hijo no conozca a su padre. Dile, cuando pueda entenderlo, que traté de ser un hombre recto, aunque tal vez me confundí algunas veces. Ahora márchate. — Vento empujó a Elvia con suavidad hacia el exterior de su tienda.

—¿Pero adónde?

El dedo del legado apuntó hacia el lado opuesto del bosque.

—Con tu hermano. Estarás mucho más segura entre celtíberos cuando todo llegue a su fin.

Permaneció Elvia pensativa unos segundos. Le pareció a Máximo Vento que una negativa obstinada y colérica estaba mucho más cerca que la aceptación obediente de unas circunstancias irrefutables. Pero se equivocó.

—Está bien —musitó al fin la celtíbera—. Cruzaré la explanada yo sola y me plantaré a las puertas de ese campamento. Me llevaré esto por si acaso —añadió, y le arrebató a Vento la daga que portaba enfundada en un costado.

LXXI

También hubo reunión de jefes celtíberos aquella noche. Alban no compareció porque estaba muerto, como la mayor parte de sus pelendones. Kaukirino sí acudió, pero tuvieron que acomodarlo entre Magilo y Carontes en unas parihuelas. Lucía el líder belo un voluminoso emplasto sobre el estómago. Su cota de malla no había resistido el impacto de una pica romana. La punta le había perforado las tripas. El dolor debía de ser inhumano, pero el hijo de Botilkos se esforzaba por disimularlo.

Asistió Arranes, como uno más, a aquel cónclave de caudillos, pues los iberos escapados de la zarpa de Roma lo habían designado su representante.

—¿Por qué diablos tuviste que ordenar la retirada de los lusones cuando estábamos a punto de romper sus líneas? —Mostraba Carontes unas facciones duras como aristas de roca—. Sabías que tu decisión nos obligaría a los demás a hacer lo mismo.

Puso Magilo la vista en el fuego que los concurrentes mantenían encendido en el centro. No quería mirar directamente al arévaco, por miedo a que sus pensamientos se volvieran transparentes.

—Lo hice porque ya no había presión en retaguardia por parte de los pelendones. Porque estaba oscuro y ya no se veía ni el filo de la espada. Porque este —apuntó a Kaukirino— había caído y los belos y los titos dudaban. ¿Todavía necesitas más razones?

Abrió los ojos Kaukirino, que estaba escuchando, aunque parecía muerto, y apuntó con un dedo acusador hacia el líder accidental de los lusones.

—A mí no me impliques en tus embrollos —jadeó—. Además, lo que dices es mentira. El lanzazo me lo dieron por tu culpa, cuando los lusones se retiraron de repente y nos dejaron a muchos con el culo al aire.

Sintió Magilo en sus carnes el escrutinio ardiente de todos los reunidos como si le estuviera cayendo encima una lluvia de chispas. Miró a Arranes en busca de apoyo, pero el ibero giró la cabeza, incómodo.

—¡Era necesario retirarse temporalmente para reflexionar! ¡Para hablar entre nosotros! —adujo vehemente.

—¿Reflexionar? ¿Sobre qué? —A Carontes apenas se le distinguían las pupilas detrás de los párpados.

—Sobre cosas que no se perciben en el fragor de la batalla. —Trataba Magilo de aparentar calma.

—¿A qué cosas te refieres?

—A la posibilidad de estar caminando hacia la derrota sin enterarnos.

Carontes irguió la espalda como si se hubiera tragado un remo. Los ojos le reaparecieron en la cara a causa de la sorpresa.

—¿Has dicho derrota?!

Había empezado Magilo a circular por un sendero embarrado, resbaladizo y harto peligroso. Ni él mismo se atrevía a ponerles nombre a las sensaciones y a los sentimientos que campaban a sus anchas en su pecho de titán celtíbero. Pero lo cierto era que el encuentro con Máximo Vento en el muro de escudos le había dejado secuelas. Internas, profundas, irreversibles.

—Así es. He dicho derrota. Estábamos peleando a ciegas, y hay que reconocer que esos perros luchan de manera más ordenada que nosotros. Conocen nuestros métodos, y no era descartable que estuvieran preparándonos una trampa. Por otra parte... —Magilo hizo una pausa.

—Termina de hablar antes de que me muera —le apremió Kaukirino—. Si vas a traicionarnos, quiero saberlo antes de irme al infierno.

—Hemos sufrido más de nueve mil bajas entre la infantería y hemos perdido mil quinientos jinetes. Creo que es hora de reconsiderar nuestros objetivos.

A Carontes las palabras le salieron rechinando entre los dientes.

—¿Objetivos? Solo teníamos uno: la victoria; y no me parece que eso haya cambiado. Al menos no por parte arévaca.

—Se... seguimos siendo más que ellos. No... no hemos llegado hasta aquí para rajarnos a las primeras de cambio —farfulló Kaukirino con voz débil.

Se aferró Magilo a su asiento con ambas manos en un movimiento puramente instintivo, como alguien que se bambolea sobre el lomo de un caballo e intenta amortiguar una caída inevitable.

—Eso ya lo sé, pero también sabemos, por desgracia, que las legiones romanas siempre combaten en flagrante inferioridad numérica. ¡Y, aun así, nos vencen! Ahora mismo solo los aventajamos en unos dos mil hombres...

—Más los tres mil iberos... —terció Arranes, que había permanecido mudo hasta el momento.

Magilo azotó el aire de Burado con una mano en un fingido gesto de desconfianza.

—No sabemos hasta qué punto tu gente se implicaría en el caso de tener que dar batalla otra vez mañana.

Había vuelto Carontes a esconder unas pupilas inflamadas de ira y cansancio.

—Dime exactamente qué estás pensando y ahorremos palabras. A los arévacos no nos gusta

perder el tiempo.

Pensó Magilo que Kaukirino querría añadir algo, pero no lo hizo, porque ya no respiraba.

—Estoy hablando de alcanzar un acuerdo con el enemigo.

—¿Una tregua?! —Saltó Carontes de su escaño con la mano en la empuñadura de su espada.

—No va a quedar más remedio.

La punta de la falcata del arévaco se posó sobre la nuez oscilante de Magilo. Temblaba de cólera la mano manchada del hombre fuerte de Uxama.

—¡Eso sería traicionar a nuestros muertos, y a nuestros pueblos! ¡Eso supondría el fracaso de la gran rebelión de la Celtiberia contra Roma! —resolló colérico.

Un carraspeo áspero como el graznido de una corneja interrumpió una escena que ya prometía violencia. Dos guerreros se habían presentado en el tenderete de lonas que protegía a los caudillos celtíberos de los colmillos de la noche. Traían a una mujer joven con ellos.

—La hemos encontrado mientras recogíamos muertos —aseguró el más veterano—. Al principio nos hemos asustado. Pensábamos que era el famoso fantasma de Burado. Pero luego, como ha preguntado por ti... —Señaló el centinela hacia un Magilo estupefacto.

—¡Elvia! —Ignoró el líder de los lusones el peligro de la falcata arévaca y se abalanzó sobre la recién llegada—. ¡Es mi hermana! —le dijo a Carontes, porque Arranes ya la conocía; y a Kaukirino no hacía falta explicarle nada.

—¿Tu hermana? ¿Y de dónde diablos sale?

—Del campamento romano —respondió Elvia tranquilamente.

El estupor desarmó el brazo del arévaco.

—¿Tenías una hermana con el enemigo y nos enteramos ahora?

Dirigió Magilo una mirada asesina a Arranes, por si al ibero se le ocurría decir alguna imprudencia.

—No os había dicho nada porque ni yo mismo lo sabía —mintió después con gesto grave mientras se encomendaba al poder de convicción conferido por la Sombra.

—Graco nunca ha sabido que Magilo era mi hermano —abundó Elvia con desenvoltura—. Me apresó en Munda, pero afortunadamente hoy he logrado escapar matando a un centinela. Traigo noticias que os interesan.

Olvidaron los tres jefes vivos sus rencillas para contemplar a una bella joven que, con las vestiduras ensangrentadas y una daga en la mano, más que humana parecía una diosa vengadora.

—¿Qué noticias? —solicitó Carontes.

—El pretor de la Hispania Ulterior está a punto de llegar a Burado con diez mil legionarios —asentó Elvia, y se quedó mirándolos a todos por turnos.

Fue de nuevo el arévaco el primero del grupo en reaccionar.

—¿Te refieres a Postumio Albino?

Desconocía Elvia el nombre del general romano, pero la respuesta a la pregunta se le antojó obvia.

—Sí, ese.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque llevo mucho tiempo recluida en una tienda sirviendo de juguete sexual a Graco y a sus oficiales. Incluso en esas circunstancias tan tristes, una se entera de cosas... —sostuvo la celtíbera con sombrío desparpajo—. Los romanos os han tendido una emboscada, y habéis tenido suerte de que yo haya podido avisaros a tiempo.

Volvió a sentarse Carontes en su tocón de madera astillada y húmeda. Se miraba las botas meditabundo. Los demás también callaban. Incluso Magilo estaba preguntándose por la verdad o la mentira de aquel testimonio.

—Postumio Albino no cuenta con tantos soldados —concluyó al fin el arévaco tras pensarlo un minuto.

—En realidad, ha tenido tiempo de sobra para vaciar todas las guarniciones de la Bética y la Lusitania tras destrozar a los vacceos. Apenas asume riesgos. Si ha reunido todo lo disponible, puede tener bajo su mando a una legión y media tranquilamente. Entre unos y otros, nos aplastarán sin remedio —repuso Magilo con aire abatido—. ¿Sabes cuándo llegará aquí? —añadió elevando los ojos hacia su hermana.

—Mañana al mediodía, o quizá por la tarde.

Rompió Arranes un silencio espeso en el que ni siquiera los búhos de Burado se atrevían a entonar su canto.

—Hay que tomar decisiones. Y rápido —dijo, como si él también contara con voz y voto en aquel concilio de próceres—. Puede que haya llegado el momento de arreglarse con el enemigo, si es que queremos sacar algún provecho de tanta carnicería. Todavía estamos en una posición de fuerza, y debemos aprovecharlo.

Miró Carontes a un Kaukirino ya cerúleo, como si los cadáveres pudieran expresar opiniones o dar consejos. En su fuero interno era consciente de que, a partir de ese instante, tanto los titos como los belos se plegarían a la voluntad de Magilo. Los pelendones tenían ya un peso insignificante en la alianza. De los iberos no quería saber nada.

—Sabía que todos os rajaríaís a la hora de la verdad —murmuró con una mueca de desencanto—. Ari os habría escupido a todos en la cara. Bueno, a este igual no —señaló a Kaukirino con la punta de su falcata—, porque luchó hasta el final como un valiente; y a este tampoco —apuntó ahora a Arranes—, por no gastar saliva. Nosotros, los arévacos, somos gente de otra estirpe; igual que los vacceos. Los demás no podéis ni imaginar el disfrute de la muerte cuando todo está perdido en la batalla. Desconocéis el sentido de la gloria. Id y entregaos a Graco como rameras en celo. Los míos y yo ya veremos lo que hacemos.

Así se expresó Carontes la noche en que en el Mons Caunus, supuestamente, los dioses habían derramado mares de lágrimas por los romanos. Y nadie se atrevió a contradecirle.

LXXII

—De manera que el enemigo quiere hacer un pacto...

Estaba Graco a punto de pasar revista a sus tropas dentro de la empalizada cuando recibió la visita por sorpresa de su legado. Se acercaba la hora prima. Incluso entonces, el alba se demoraría todavía un rato. Los primeros rayos de sol se entretendrían antes jugando con los riscos pelados del Mons Caunus, pero en la campa de Burado habría luz suficiente como para matarse en la batalla definitiva. La que iba a otorgarle al pretor de la Citerior un sonoro triunfo si sobrevivía.

—Así es. El enemigo desea alcanzar un acuerdo de paz —le confirmó Vento.

Un súbito desconcierto golpeó al general romano.

—¿No dijiste que ellos estaban en mejor posición que nosotros? ¿Cómo es posible que de repente cobardeen?

Vento se encogió de hombros.

—Habrán surgido disensiones entre ellos, imagino.

Se quitó Graco el casco que ya tenía incluso abrochado, como si la carcasa de metal le restringiera los juicios.

—¿Y no sería mejor machacarlos ahora, aprovechando que están reñidos? —insinuó al cabo.

Torció el gesto Máximo Vento al comprobar que la locura de Graco iba más allá de lo meramente transitorio.

—Lo de las diferencias es un suponer —adujo—. Yo no tentaré más a la suerte.

—Ya, pero es que no sé si una simple tregua con las tribus celtíberas sería considerada por el Senado como un mérito suficiente. Nunca antes he tenido tan cerca obtener un triunfo a mi vuelta a Roma.

—Nunca antes has estado tan cerca de tu sepultura —gruñó Vento desabrido—. La paz en Hispania contentará al Senado. Porque ahorrará vidas romanas y, sobre todo, permitirá emplear recursos para otras empresas. El Imperio podrá al fin recuperarse de tantos esfuerzos en esta endiablada tierra. Tendrás tu desfile del triunfo, y tu consulado. Tal vez incluso llegues a censor. ¿Qué más quieres? ¿El trono de Júpiter?

Levantó una mano Graco para detener la regañina.

—Está bien. Te haré caso. No obstante..., ¿crees que podemos fiarnos de ellos?

—Por supuesto. Magilo es de confianza.

—¿¡Magilo?! ¿Nuestro antiguo prisionero? —Enarcó una ceja de extrañeza quien pensaba encumbrarse como el pretor más renombrado de la Historia de Hispania—. Pero ese... ¿a quién representa?

—A los lusones y a las tribus que han perdido a sus líderes en el campo de batalla. Es decir, a los titos, a los belos y a dos docenas de pelendones.

Iba Graco a esbozar una sonrisa satisfecha, pero el gesto se le congeló en un mohín de suspicacia.

—¿Y los arévacos?

—Esos no van a presentarse —reconoció Vento sin ambages.

—Sabía que me ocultabas algo —masculló el pretor con un deje de resentimiento.

—Los arévacos representan tan solo una cuarta parte del ejército al que hemos combatido en este bosque. Tienes al alcance de la mano un entendimiento con la mayoría —se apresuró a recordarle Vento.

—Ya, pero los arévacos son los más fieros y peligrosos; los de más fama y raigambre. Tú me lo has dicho muchas veces...

—Bueno, quizá sus mejores tiempos ya hayan pasado.

Seguían las dudas torturando a Graco, poniendo en riesgo la balanza que Vento pretendía mantener vencida del lado de la cordura.

—Y dices que esos demonios no quieren parlamentar conmigo...

—Por el momento no.

—Seguirán combatiendo entonces...

—Es posible, pero no impedirán que las demás tribus hagan antes un pacto con nosotros. Permanecerán en el bosque hasta que terminemos de arreglarnos con Magilo. Después, ya no sé qué decirte...

Todavía buscó Graco la opinión de su experto antes de dar el brazo a torcer de manera definitiva.

—¿Estamos en disposición de vencerlos si nos atacan?

—Es de suponer...

Asintió el pretor al fin con ademán anuente.

—Alárgame esos papiros y ese cálamo —solicitó—. Voy a redactar las cláusulas de ese pacto

con Magilo.

—Magilo no sabe leer ni escribir en lengua romana... —arguyó Vento inmediatamente—, pero es un hombre de palabra. Si dice que a partir de ahora habrá paz entre Roma y los pueblos que él representa, tenemos que creerlo.

—Roma necesita documentos oficiales, no promesas que se las lleve el viento. Y por eso lo haremos todo por escrito. Si no..., ¡cómo vamos a aludir un día al incumplimiento del tratado por parte celtíbera si no reflejamos las condiciones en algún sitio?!

Se presentaron los romanos en la campa de Burado como si fueran a combatir de nuevo, aunque Graco hizo formar a sus hombres según el estado de su indumentaria y no de acuerdo con sus habilidades. Así, colocó delante a los que habían peleado menos y lucían la coraza y las ropas algo más limpias y relucientes. Dejó en retaguardia a los mejores, a los que lucían la armadura manchada de cuajos rojos y el casco abollado por los golpes.

Caminaba el pretor cinco pasos por delante de aquellas tropas deslumbrantes, acompañado por Máximo Vento y sus seis tribunos; aunque a los jóvenes oficiales los llevaba solo para que les transportaran dos sillas y el escritorio sobre el que pensaba materializar el pacto.

Hacía rato que Magilo y los suyos esperaban al pretor de media Hispania; también armados y dispuestos en un orden, pero no para librar combate, sino para evacuar cuanto antes el bosque de las matanzas.

Era un ejército de aspecto digno, incluso fiero, el que ocupaba la zona más septentrional de la campa. Al igual que su homólogo itálico, Magilo había tratado de dar una imagen final de fortaleza. No obstante, al fondo de aquella marea parda y silenciosa se adivinaban camillas, parihuelas y armazones de ramas sobre los que los celtíberos pretendían transportar a sus heridos al menos hasta Arecoratas.

Destacaba también un voluminoso ataúd entre tanto artilugio sanitario. Y es que Magilo había decidido llevarse a Kaukirino a Sekaisa. Para que tuviera un entierro en toda regla, tal y como merecía un caudillo valiente.

Una vez instalados los muebles, Graco invitó a Magilo a tomar asiento en una de las sillas. Pero el celtíbero rehusó la sugerencia con un gesto de cabeza y una mueca de repugnancia.

—Está bien. Firma aquí y acabemos de una vez por todas —le conminó el militar romano tras ponerle un papiro frente a los ojos.

Giró Magilo el documento entre sus manazas como si manejara un arado roto. Lo miró desde todas las posiciones posibles y al final le pidió a Vento:

—Léemelo. Quiero saber lo que suscribo.

Ya esperaba Vento verse en tan peliagudo aprieto dada la incapacidad de Magilo para

comprender la grafía latina. Decidió, no obstante, esquivar el lenguaje formalista utilizado por Graco en los preámbulos del tratado e ir directamente al grano; a las cláusulas más gravosas e infames para los celtíberos. Suspiró antes de lanzarse al precipicio.

—Roma reconoce vuestra vinculación a las tierras que habitáis, y os concede el derecho a protegerlas —asentó con voz grave sin que a su interlocutor le mudase todavía el gesto—. Obviamente, a cambio de algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Cada ciudad celtíbera seguirá pagando tributos a Roma, en moneda y bienes materiales, en función de su riqueza. No podréis fundar nuevas ciudades, ni ampliar las existentes. Debéis renunciar a la conquista de territorios que pertenezcan a otros pueblos hispanos. Tampoco se os autoriza a recrecer las murallas de ningún oppidum. —Miró Vento a Magilo de soslayo y vio que se le había puesto el semblante verde. Aun así, prosiguió—: Será obligatorio para los jóvenes guerreros de la Celtiberia prestar servicio militar en las legiones de los pretores o cónsules de turno. Un año como mínimo.

Abrió al fin sus fauces Magilo cuando las ascuas de la indignación ya no le cupieron en la boca.

—Quiero hablar contigo. En privado —le dijo a Vento.

Autorizó Graco la conversación mediante un ademán displicente. Entonces, los dos hombres se alejaron veinte pasos de la mesa.

—¡Esto no es lo que tú y yo habíamos convenido! ¡Las condiciones resultan humillantes! ¡No pienso aceptarlas!

Volvió a suspirar Vento mientras reunía fuerzas para aplacar la furia de un guerrero indignado. Y es que ambos combatientes se habían encontrado en el centro de la campa hacía apenas hora y media, después de que Magilo saliera del campamento celtíbero portando una bandera blanca.

Vento había bajado presto del roquedo. Para verse con él y atar los cabos que los dos se habían tendido mutuamente durante la batalla nocturna. Hablaron de una paz definitiva y duradera. De un cese de las hostilidades y de los abusos por parte de las legiones senatoriales hacia los pueblos de la Celtiberia. De un respeto mutuo mientras hubiera sol, luna y montañas. Es decir, para siempre.

—¿Es que no vas a decir nada?! —le increpó el celtíbero al romano—. ¡Te creía un hombre más honorable!

Compuso Vento un mohín de impotencia.

—Lo siento, Magilo. Sabes de mi buena fe, pero, al final, mi influencia sobre Graco ha resultado escasa.

—¡Por no decir nula!

Asintió el legado, sombrío.

—Sí. Olvidé que Roma siempre negocia con un pie sobre la cabeza de la otra parte.

Permanecía Magilo ladeado mientras masticaba blasfemias en su lengua materna. Miraba a sus guerreros desplegados en la explanada con la duda tatuada en el rostro. No hacía falta que nadie le tradujera a Vento el sentido de aquellas palabrotas. Bien sabía él que un par de voces de aquel caudillo colérico serían suficientes para revolver los aires de Burado y convertir a una muchedumbre plomiza en una marabunta otra vez rebelde.

—¿Para esto hemos luchado tanto? —se lamentó al cabo Magilo, tras observar la larga recua de heridos que esperaban silenciosos en retaguardia—. No creo que este sea el tratado que mis hombres merecen. Podría hacerlos retornar al combate con un simple grito, pero ya estoy cansado. —Agitaba el celtíbero la cabeza de lado a lado como si no diera crédito a sus propios actos—. Un día los convencí de que lo mejor para ellos era la guerra contra Roma. Ahora debo persuadirlos de lo contrario. No sé cómo se lo tomarán... —se lamentó.

—Pues aún me queda una cláusula por leerte —musitó Vento casi temblando.

—¿Qué más calamidades puede guardarnos el día de hoy? —se preguntó el celtíbero con ademán cariacontecido.

—Tendréis que abandonar vuestras espadas y lanzas aquí, en Burado. Graco no quiere que os vayáis armados. Ya sabes..., desconfía un poco. Pero no pasará nada. Te lo garantizo.

—¡Eso es como dejarnos desnudos! —protestó el celtíbero.

Colocó Vento su brazo sobre los hombros de un hombre deshecho por los conflictos internos, zarandeado por unos sentimientos tan antagónicos como desconcertantes.

—Confía en mí. Ya lo verás. Marcharéis del Mons Caunus sin ser hostigados; y el tratado que vas a firmar no será tan malo como piensas. Cesará la guerra contra Roma en vuestros territorios. Las ciudades de la Celtiberia podrán prosperar a pesar de todo. La paz hace maravillas.

Asintió Magilo, sin rechazar el contacto.

—En fin... —suspiró—. Cuando lo firme, quiero de todas formas una copia de ese maldito legajo.

Aunque se trataba de algo justo, la sorpresa se asomó a los ojos de Vento.

—Pero si vosotros solo escribís en piedra o sobre láminas de cobre... ¿Para qué quieres un papiro que se te va a descomponer en las manos antes de llegar a casa?

Chascó Magilo la lengua para expresar un hastío infinito.

—Me basta con que me dure hasta Arecoratas. No quiero cruzarme con Postumio Albino en la senda de bajada sin llevar un salvoconducto —dijo.

La sorpresa frunció el ceño de Vento.

—¿Postumio Albino?

—Sí, no te hagas ahora el desinformado. Elvia nos lo ha contado todo después de escaparse. Lo de la emboscada que preparabais y eso... No te lo tomes a mal, pero es lógico que, al final, la sangre le haya tirado más que el enamoramiento —sonrió Magilo.

—¡Pero si tu hermana ni siquiera conoce el nombre del pretor de la Hispania Ulterior! —se asombró Vento en un primer instante—. Y, además, Albino regresó a sus territorios tras desbaratar a los vacceos junto al Durius. ¡Fui yo quien le pidió a Elvia que se marchara a vuestro campamento! Porque está embarazada y pensé que estaría más segura entre vosotros cuando todo acabara. Estaba convencido de que, hoy, el ejército de la Celtiberia nos aniquilaría en poco rato.

Tardó unos segundos Magilo en asimilar las noticias.

—¿El padre de esa futura criatura eres tú? —preguntó al cabo.

—Pues claro.

—Ahora lo entiendo todo... —musitó el caudillo celtíbero cuando todas las piedras lanzadas al río se hundieron en el agua y se posaron en el fondo como plumadas infalibles—. Elvia nos mintió para salvarte el culo. Pretendía inducirnos a detener la batalla. O provocar divisiones insalvables entre las tribus. Y, de hecho, lo ha conseguido. Pensaba que, así, su hijo podría conocer a su padre.

—Es posible que haya actuado de esa manera por eso, sí —reconoció Vento—. ¿Hay algo de malo en ello?

—Bueno..., habría preferido que mi futuro sobrino tuviera un progenitor celtíbero.

—Hay calamidades peores que tener un padre legionario...

—Las habrá, si tú lo dices, pero no muchas.

—En realidad voy a licenciarme al final de esta campaña. No me queda ya mucho recorrido en el ejército romano. Después, tal vez me convierta en agricultor o granjero, y pueda crear una bonita familia junto a tu hermana.

—Ya, eso está bien. Te mereces el retiro. —Pareció que Magilo iba ya a acercarse a Graco para la firma del tratado, pero se giró de nuevo hacia su interlocutor—. ¿Quieres que le diga algo? A Elvia. Quería haber estado aquí, en medio de todo, ya la conoces. Pero no lo he juzgado procedente.

Se le brilló la mirada al legado romano antes de dar su mensaje.

—Dile que iré a buscarla allá donde esté en cuanto me licencie. ¡Espero llegar a tiempo para el nacimiento!

—Se lo diré. En cualquier caso, no tendrás que esforzarte mucho en remover piedras. Nos encontrarás en Sekaisa, o Segeda, como decís vosotros.

—¿Piensas volver entonces?

—Conducir a los lusones ha estado bien —reconoció Magilo—. Ellos me han ayudado a mantener mi prestigio guerrero. Pero yo era el líder de los titos y los belos, y vuelvo a serlo tras la muerte de Kaukirino. Mi sitio, mi hogar y mi familia están allí, en Sekaisa.

—Que tengas suerte.

—Lo mismo te digo —señaló Magilo hacia el interior del bosque con un golpe de cabeza—, porque lo vuestro con los arévacos no está zanjado. Carontes no admite la tregua con Roma, y cuando estas condiciones que yo voy a firmar lleguen a sus oídos, montará en cólera. Después vendrán a degüello. —Hizo una pausa el celtíbero que sonó casi a despedida—. Si no sales vivo de esta ratonera..., ya sabes que me ocuparé de tu hijo como si fuera mío.

—Lo sé, y te lo agradezco. —Se abrazaron Vento y Magilo ante la mirada atónita de Graco, de sus oficiales y de miles de legionarios.

Se había quedado mirando Sempronio Graco el desalojo de la explanada por parte del ejército enemigo con ojos indecisos. Llevaba en la mano derecha el pergamino que Magilo había formado con un garabato, pero lo sostenía como si fuera a utilizarlo para cebar el fuego de una hoguera.

—No pareces muy satisfecho... —le dijo Máximo Vento, que estaba, como él, presenciando el éxodo.

—Es que no sé si lo que he conseguido hoy aquí es mucho, poco o nada —musitó Graco, absorto en sus dilemas.

—Teniendo en cuenta que podíamos haber muerto todos esta pasada noche. Yo creo que es para estar contento —lo consoló su legado—. Viniste con una idea única y obsesiva: hacer la guerra al pueblo celtíbero, y te has encontrado al final con la paz. No es mal hallazgo.

Mantenía Graco el ademán algo desmadejado.

—Ya, sí, la paz —murmuró con desgana—, pero no la gloria.

En su fuero interno, Máximo Vento se sentía un poco el artífice, o responsable, o protagonista del éxito. Por eso le irritaba que Graco se resistiera a entender la importancia de tamaña gesta.

—Ningún pretor había conseguido antes infligir tantas bajas a los celtíberos. Nadie se había atrevido a llegar tan lejos; ni siquiera Fulvio Flaco —le dijo, para ver si la alusión a su antecesor lo animaba—. A falta de lo que hagan o digan los arévacos, puedes arrogarte el mérito de haber pacificado esta tierra.

—No es eso lo que le prometí al Senado antes de partir hacia Hispania, ya lo sabes —murmuró Graco con un deje de desánimo.

Se encontraba Vento con el corazón todavía algo blando tras despedirse de un enemigo al que había querido matar mil veces y había acabado apreciando.

—La paz es mejor que una guerra interminable; mejor incluso que el dominio abusivo sobre otros pueblos. La paz y la cordura debieran prevalecer siempre sobre las ambiciones personales —sostuvo con vehemencia de filósofo.

Encajó mal Graco el comentario; como si la reflexión hubiese venido de uno de esos sabios impertinentes y pacifistas importados de Grecia tras la segunda guerra macedónica.

—Desde hace algún tiempo ya no te reconozco —gruñó antes de añadir—: Me pareció que hablabas con Magilo durante la batalla, unos segundos antes de que ambos ordenarais la retirada de los frentes —adujo con ojos súbitamente suspicaces—. ¿Qué os dijisteis?

—Nada importante. Los dos nos dimos cuenta de que ya estábamos cansados de matarnos.

El grito de alarma de un centurión situado en primera línea interrumpió un diálogo que había comenzado a emponzoñarse.

—¡Arévacos!

Todavía no se había perdido de vista el ataúd de Kaukirino en el horizonte breve del Mons Caunus cuando Carontes apareció al frente de su ejército al otro lado de la campa. Causaba pavor la estampa colosal del caudillo arévaco, su gesto decidido y sus pieles de oso manchadas de sangre itálica.

—Mi última batalla antes del retiro —suspiró Vento desenvainando.

—Sobre eso ya hablaremos cuando todo esto termine.

—¡Me lo prometiste!

—Ya, sí, pero eso fue antes. Ahora tengo otra idea.

—¿Cuál?

—Quiero aprovechar tu sorprendente afinidad con el pueblo celtíbero para hacer algo grande; si es que ese de ahí enfrente se presta a firmar también esa paz que tú consideras tan importante.

LXXIII

Se reagruparon lusones, titos, pelendones y belos al alcanzar Arecoratas. Echaron en falta a algunos heridos que habían tratado de bajar por su propio pie y a varios jinetes. A todos los dieron por despeñados en la zona de lajas sueltas. Pero, en general, descendieron del Mons Caunus casi todos. Silenciosos, confundidos, con los brazos caídos a lo largo de los costados y la barbilla incrustada en el pecho. Tal vez debido a ese aire desvalido que les había dejado el bosque mágico de Burado, los habitantes de la decrepita fortaleza se envalentonaron, negándose a abrirles sus puertas.

Había contado Magilo con reaprovisionarse un poco en la ciudad celtíbera y, tal vez, conseguir algunas armas con el fin de no parecer unos fracasados durante el resto del camino. Pero las exigencias del caudillo único de unas tropas cenicientas fueron desoídas por los mandamases del oppidum. Rebajó su tono el líder celtíbero tras la negativa, mas su demanda resultó otra vez estéril. Tampoco las súplicas conmovieron a unos hombres que lo habían perdido casi todo en la vida a manos de los invasores o de sus propios paisanos.

Entonces alguien reparó en los caballos romanos trabados en un pradillo cercano. Estaban los animales vigilados por apenas media centuria de legionarios que corrieron despavoridos al ver aparecer la turbamulta. A muchos se les pusieron los ojos golosos, pues la batalla los había dejado hambrientos, y no tenían ni una brizna de carne que llevarse a la boca.

Magilo contuvo a duras penas a quienes pretendían apoderarse de aquellas bestias abandonadas a su suerte. Había que respetar el tratado, dijo, y forzó después un sorteo para matar el hambre. Participaron solo los que aún tenían caballo, y los veinte «agraciados», entre los que se encontraba él mismo, se vieron obligados a sacrificar a sus monturas para el beneficio del grupo.

Fue en medio de aquel entorno bucólico y funesto, aunque con los ánimos algo más tibios gracias a la comilona, cuando Magilo reunió el valor necesario para dirigirse a los suyos. Sabía que, tarde o temprano, algún entrometido lo interrogaría sobre las verdaderas razones para lograr un entendimiento tan rápido con el enemigo itálico. De ahí que Magilo decidiera adelantarse a lo inevitable.

Llevaba ya rato rumiando la forma de conciliar, de manera convincente, tanta lucha infructuosa, tanto odio vertido hacia el invasor romano a través de su propia boca y una tregua rápida e insólita.

No le resultó fácil convencer a sus súbditos de las «numerosas prebendas obtenidas de Roma» con aquel pacto. Le perjudicó, evidentemente, la falta de vino y caelia, pues a los concurrentes el alcohol los habría ayudado a ver las cosas tal y como pretendía su líder.

Magilo enumeró en primer lugar las cláusulas del tratado «arrancado a los romanos a golpe de falcata». Lo hizo atropelladamente y con frases cortas con el fin de que el chaparrón resultara más breve y sonara menos dañino. Y cuando algunos levantiscos comenzaron a elevar las voces

y los brazos para mostrar su descontento, el caudillo celtíbero apuntó hacia la extensa campa encerrada dentro del bosque de Burado.

—¡Escuchad los latidos del Mons Caunus! ¡Auscultad los ecos de la montaña sagrada! —les instó con ademán histriónico. Y todos pusieron, obedientemente, una oreja al viento.

El charloteo de las grajillas en la cortados y el concierto de los primeros grillos en la hierba fue la única respuesta transmitida por el cizicus.

—¿Veis? No se oye nada. No bajan sonidos de armas. No se escuchan gritos guerreros ni tintineos de espadas ¡porque los romanos han aniquilado a los arévacos! —tronó casi eufórico—. En cambio, nosotros estamos aquí, vivos y satisfechos, gracias a una decisión sabia.

Notó Magilo nuevos revuelos entre los presentes tras una afirmación que algunos consideraban más que discutible. Y por eso se apresuró a continuar con su argumentario.

—¡No os engañéis —amonestó a los desencantados—, el resultado de esta batalla no debéis medirlo por el número de rivales abatidos en el combate, ni por la conquista de estandartes, o por la supuesta liberación de un yugo!

—¿Pues por qué entonces?! —preguntó una voz anónima y exaltada.

—¡Por la gloria de estar vivos después de haber combatido contra el mejor ejército del mundo! ¡Por el orgullo de haber hecho temblar a Roma y haber ganado su respeto! ¡Por ser la única estirpe guerrera que ha logrado semejante hazaña en toda Hispania y en el mundo entero! ¡Por la dicha de poder contárselo a nuestros nietos! —replicó un Magilo desatado, grave, incontestable.

Saboreó el caudillo el silencio posterior a sus palabras, e incluso algunos murmullos que le parecieron aprobatorios. La confianza lo impulsó a seguir hablando de forma más pausada y conciliadora.

—Lo de los tributos... no será tan gravoso como muchos creen. Tampoco hay que alterarse por la prohibición de crear nuevos oppida. Tenemos ya suficientes ciudades como para pensar en construir otras nuevas. Nuestras murallas ya son sólidas desde hace siglos; y, además, nunca a partir de ahora necesitaremos parapetarnos tras ellas. En cuanto a lo de facilitar auxiliares a los pretores anualmente..., eso ya veremos en qué queda.

Magilo hizo una pausa para recuperar la voz y el resuello.

—Tened clara una cosa y marchad a casa con ese convencimiento: ¡al fin hemos ahorcado los odios y las rencillas entre Roma y la Celtiberia! ¡Estamos mejor que antes, hijos míos, mejor que nunca! —resumió en tres palabras antes de decretar la desmovilización de los restos del que había sido un gran ejército.

Se miraron confundidos los supervivientes de Burado. Muchos habían acudido a la llamada de la guerra con sus hermanos o con sus hijos y ahora se veían solos, huérfanos de aquellos seres queridos, y desarmados. No sabían aún qué nombre ponerle a lo que les había pasado en el Mons Caunus. El gran líder les había vendido la aventura de la alianza como una obligación de la

sangre; como un encargo de los dioses en el que obtendrían un triunfo sin precedentes. Pero ahora debían volver a casa sin falcatas ni lanzas y tratar de explicar ellos mismos el acertijo con sus propias palabras.

Arranes y Kaerkes fueron de los pocos que no mudaron el gesto.

—¿Qué haréis vosotros ahora? —los interrogó Magilo tras agradecerles encarecidamente su servicio a la causa.

—Quiero pasar algún tiempo con mi abuelo antes de que lo reclamen los dioses, si es que no lo han hecho ya —sostuvo el ibero—. Después, ya veremos... —añadió mirando con añoranza hacia las tierras de la Celtiberia.

—Con el tiempo serás rey de los ilergetes. No debes renunciar a eso —le recordó Magilo.

—Ya, como el viejo Estobeles, un monarca sin murallas, ejército ni corona...

—Bueno, ya has visto que la paz y la concordia tienen sus contrapartidas. Pero habrá que darlo todo por bueno. O por inevitable. —Dirigió Magilo la vista hacia el viejo guerrero.

—¿Y tú?

Kaerkes esbozó un mohín de desasosiego.

—Para mí, la paz va a ser más difícil que la guerra —sostuvo.

—¿Por qué?

—Porque tendré que buscarme una esposa. La otra se me murió justo antes de estos líos.

Sonrió Magilo comprensivo.

—Haces bien. Pronto serás un viejo achacoso y necesitarás a alguien que te limpie los mocos.

Bandeó la cabeza, dubitativo, Kaerkes.

—A ver si voy a ser yo quien tenga que ocuparme de ella. ¿O es que te crees que alguna joven va a interesarse por un trozo de alambre oxidado? Por cierto... —adoptó repentinamente Kaerkes un aire interesado—, alguien me dijo que tú te habías comprado una mujer del norte. ¿Es cierto?

—Sí. —Se le achicaron a Magilo las rendijas de los párpados como si sus ojos quisieran defenderse de una luz demasiado intensa.

—¿Y salen buenas? Quiero decir..., limpias, fieles y esas cosas...

Lo pensó Magilo un rato.

—Las hay peores —murmuró.

Los tres hombres se abrazaron en una despedida emotiva en la que todos prometieron mantener el contacto en el futuro, aunque no dijeron cómo. Después, cada cual tomó su propio camino. Arranes enfiló hacia el este con sus compatriotas ilergetes mientras Kaerkes acicateaba a su montura hacia el sur.

Magilo tardó un poco más en moverse. Esperó hasta que aquella marea humana se perdió de vista igual que el alba acaba siempre por desvanecer la niebla. Solo entonces puso rumbo a Sekaisa acompañado de mil acólitos, la mitad de los que habían partido junto a Kaukirino. De ahí que no pusieran objeción alguna a transportar el ataúd del que había sido su jefe el último año.

Tardaron mucho tiempo en alcanzar la capital de los belos, porque iban dando rodeos para evitar el paso por las ciudades. Aunque no se consideraban perdedores ni fracasados, no querían que nadie los viese de aquella guisa: sucios, desastrados, severamente diezmados y sin otras herramientas de guerra que no fuesen pequeños cuchillos que habían escamoteado a los ojos del pretor Graco. Gracias a ellos fueron sacrificando a los pocos caballos que llevaban consigo, y así evitaron morir de hambre.

Cuando Magilo se presentó con sus seguidores bajo las torres de Sekaisa, su aspecto era casi tan decrepito como el que presentaba al regresar del cautiverio romano. No vestía los harapos del esclavo Iru, pero se le transparentaban los huesos a través de la carne. Porque, durante muchos días, se había quitado la comida de la boca para dársela a su hermana. A cambio, Elvia le había ido aconsejando para afrontar el momento más peliagudo de su aventura: el del reencuentro con la realidad.

En Sekaisa, el autoproclamado líder de la coalición celtíbera iba a tener que dar algunas explicaciones incómodas. Si no quería sufrir la mofa, el desprecio e incluso las sublevaciones de su gente, debía prepararse para retorcer la historia y los hechos de tal forma que una falcata herrumbrosa y vieja a todos les pareciera una espada de plata recién salida de la fragua. Por si eso fuera poco, había también un niño que iba a mirar al gigante de las barbas luengas sin reconocer en él a su padre; y una viuda a la que Magilo —sorprendentemente— todavía consideraba su esposa.

—Es mejor que no me digas nada más. Me estás aturullando —le rogó a Elvia cuando divisaron los muros de Sekaisa—. Haré lo primero que se me ocurra, y acertaré. Para algo me concedió la Sombra el don de la improvisación.

LXXIV

Habían llegado rumores confusos a Sekaisa sobre el desenlace final de la batalla del Mons Caunus. Algunos hablaban de debacle porque nadie había regresado todavía a la ciudad para contarlo; otros aseguraban que había sido todo lo contrario, pues las legiones romanas llevaban demasiado tiempo desaparecidas de las llanuras. De ahí que, en cuanto los vigías divisaron a los supervivientes desde sus atalayas, sus gritos de euforia volaron por los aires de Sekaisa como una bandada inmensa de palomas mensajeras.

La algarabía cesó, sin embargo, cuando la caravana se aproximó lo suficiente como para distinguir las caras macilentas de sus integrantes, sus miradas esquivas, sus ropas raídas, y todo lo que les faltaba.

Habían partido aquellos hombres como jinetes acorazados y regresaban de su aventura guerrera como peones casi desnudos. Iba el propio Magilo sin la coraza de su padre, el mítico Buntalos, porque la había tirado por el camino. Los rigores de junio habían castigado duramente al ejército sin armas de Sekaisa. Por eso, casi todos los hombres volvían en paños menores. Desgreñados, flacos, polvorientos; atezados por un sol inclemente. Y, sin embargo, ciegamente fieles a quien todavía se hacía llamar «el gran Magilo».

Arriaron de inmediato el puente levadizo para dejar paso al interior a una muchedumbre entre la que venían muchos heridos. A Magilo le habría gustado echar a correr en ese mismo instante, desentenderse de todo lo concerniente a la guerra y sus resultados. Habría dado cualquier cosa por abrazar a su pequeño Caro y tal vez mirar de frente a Izaro. Pero también era consciente de sus obligaciones como jefe de los guerreros.

Botilkos salió a recibir a los recién llegados a la plaza del Consejo. Traía el máximo mandatario del oppidum el gesto descompuesto por la incertidumbre.

—¿Y mi hijo?! —demandó en cuanto estuvo delante de Magilo.

—Ahí dentro.

Observó Botilkos el ataúd fabricado con un tronco ahuecado de haya y sellado con resina fresca.

—¿Muerto?!

—Sí, a no ser que la magia de Burado lo haya revivido por el camino.

Se lanzó Botilkos sobre el féretro y trató de arrancarle la tapa con un cuchillo. El hedor le hizo desistir a los pocos minutos.

—¿Cómo murió? —le preguntó a Magilo, más aplacado.

—Bien.

Permaneció mudo y tieso unos segundos el líder de los Alisakum, como si intentara imaginar el momento de la muerte de Kaukirino. Si el lance habría sido largo y heroico, o breve e insulso, o quizá interminable y agónico.

—¡Pe... pero habéis perdido entonces! —exclamó al fin horrorizado por la visión de un ejército inofensivo.

—¡De ninguna manera! —le contradijo Magilo, que era de los pocos que mantenían la cabeza alta—. ¡Hemos ganado! —añadió a grandes voces, para que se le oyera bien desde las últimas filas.

Se pasaba el muñón Botilkos por aquella cara incompleta como si quisiera sacarle brillo a la frente. Se frotaba el único ojo que el oso le había respetado, y no daba crédito. Tampoco parecía muy convencido el pueblo. El ejército belo todavía no había sido autorizado a romper filas por su caudillo, pero cada cual andaba buscando a los suyos de reajo, sin atreverse a levantar mucho la mirada a causa de la vergüenza.

Se sentían todos esos guerreros bajo el escrutinio atónito y crítico de miles de ojos. Deseaban quitarse de en medio cuanto antes; sobre todo, porque las murmuraciones comenzaban ya a menudear entre el público.

—¡Hemos ganado la paz! ¡Hemos ganado lo que tanto anhelábamos! —tronó Magilo desde lo alto del mismo estrado sobre el que Kaukirino lo había vencido en combate—. ¡Por eso regresamos sin armas! ¡Porque ambos bandos las hemos dejado enterradas en el bosque de Burado como señal de la paz y la amistad pactadas entre Roma y la Celtiberia! —mintió sin rebozo—. ¡¿Qué os pensabais?! ¡¿Que nos habíamos rendido?! ¡A partir de ahora podremos dormir con las puertas de la ciudad abiertas, porque ninguna legión y ningún pretor van a importunar nuestros sueños! ¡Habrà paz —repitió—, y respeto, y progreso! ¡Además, la coalición ha conseguido el hermanamiento entre todos los pueblos celtíberos! ¡La unión nos hará más fuertes y ricos! ¡Y todo... gracias a estos feroces guerreros que tenéis delante! ¡Enorgulleceos de que sean vuestros hijos, padres o esposos! ¡Honremos también a Kaukirino, que, a pesar de sus errores de juventud, supo caer como uno de los grandes! ¡Alegraos de que sea yo, otra vez, quien maneje los designios de Sekaisa y de casi toda Celtiberia! ¡Keltiber, Keltiber! —aulló el caudillo único de titos, belos y lusones, y la multitud le devolvió el mismo rugido multiplicado cinco mil veces.

Sonrió Magilo para sus adentros al ver cómo sus guerreros empezaban a levantar la cabeza, y a respirar con más holgura. Iban poco a poco sacudiéndose el temor a ser tachados de vencidos, o de cobardes, o de ambas cosas. No se admiró de su arenga, improvisada y brillante. Confiaba, como así había sido, en que el poder de convicción imbuido por la Sombra lo ayudaría a justificarlo todo, sobre todo aquella apariencia de perros apaleados que traían sus guerreros.

Dio, al fin, el gran líder orden de romper filas a los suyos cuando las muestras de júbilo entre los asistentes habían aplastado el runrún de las murmuraciones. Entonces, mil hombres antes cenicientos corrieron a abrazarse con sus mujeres e hijos con el rostro radiante, como si fueran realmente los autores de una gran hazaña. Le entristeció, no obstante, ver a muchas esposas preguntando por sus maridos ausentes. La respuesta de los supervivientes solía ser una cabezada

sombría y una mueca de condolencia con la que daban a entender que el susodicho había fallecido en la batalla.

Se preguntó Magilo desde dónde estaría el brujo observándolo todo. Lo imaginó en el lugar más insospechado, sepultado en la oscuridad impenetrable de su capucha. Comprensivo con la versión de los hechos ofrecida al público. Satisfecho, a pesar de que el éxito de la empresa no hubiera resultado completo. A la mala hierba, el mayor ejército jamás formado en la Celtiberia solo le había podido arrancar unas cuantas hojas, pero no las raíces. Mientras meditaba, Magilo reparó en Botilkos.

Estaba sentado sobre el ataúd de su hijo con la cabeza entre las manos, abrumado por la pérdida de su único vástago. Ajeno a los gritos de alegría de una multitud que jaleaba ruidosamente a los recién llegados y a su caudillo. Le pareció que era el momento oportuno para abordar al líder de los Alisakum. Y así lo hizo, aunque no con intención de reconfortarlo.

—Escúchame bien, Botilkos —le dijo—. He regresado a Sekaisa para quedarme. Como ves, vuelvo a ostentar la jefatura indiscutible de este ejército. Hoy mismo recuperaré mi casa, y todas mis posesiones. A partir de ahora, asumo el mando político y militar de este oppidum. No te desterraré, como hizo Kaukirino conmigo. En vez de eso, te ofrezco un escaño en el Consejo. Pero harás en todo momento lo que yo diga. ¿Aceptas?

Miró Botilkos a Magilo con un ojo vidrioso; el otro siempre lo había lucido vacío y seco desde lo del oso, pero aquella tarde de las nonas de junio, el agujero le lloraba como si tuviera un manantial dentro.

—Tengo que pensarlo —farfulló.

—Te concedo diez días. Si no estás conforme, no quiero verte más en estas calles. Ni a ti ni a ninguno de los Alisakum.

Así se expresó Magilo en lo que, para él, era un gesto de condescendencia. Después se levantó y avanzó hacia un pequeño grupo formado por dos mujeres y un niño.

En los soportales de la plaza, Elvia charlaba con Izaro. La mujer autrigona portaba en su mano derecha una vasija con cenizas para espolvoreárselas por la cabeza. En la izquierda, llevaba sujeto al pequeño Caro.

—Piensa bien antes de echarle eso por encima. Si lo haces, renegarías de mí por segunda vez, y eso ya sería demasiado. Nadie ha humillado tanto al gran Magilo sin arrepentirse —le dijo a su antigua esposa antes de arrebatarse al pequeño y llevárselo a casa de la mano.

LXXV

Se aproximó Magilo a su mansión celtibérica sumido en un silencio reverencial. Atravesó el fresco zaguán de dos zancadas y se dispuso a visitar todas las dependencias de la casa. Iba como si caminara sobre las nubes. Ingrávido, abstraído; pisando sin hacer ruido las praderas a las que solo tienen acceso las almas de los guerreros más legendarios.

Recorrió en primer lugar la bodega, con sus toneles de vino y caelia. Los golpeó con los nudillos para comprobar si aún había líquido dentro. Le pareció que sí, que su último morador no había abusado. Reparó en sus armas, colgadas de alcayatas. Había más espadas y lanzas que antes. No le importó, pues lo entendió como el legado inevitable de Kaukirino. Volvió arriba y salió a la corraliza. Igual que antes, encontró a sus antiguos caballos, un poco más viejos, y algunos nuevos. Frunció el ceño al penetrar en el dormitorio matrimonial. Estaba todo cambiado: la decoración guerrera que él había impuesto, los travesaños de las ventanas, la ropa de cama y hasta las alacenas en las que apilaba sus saga y sus túnicas de verano.

Blasfemó en voz alta al darse cuenta de que no quedaba ninguna prenda suya. Gruñendo, se vistió con un manto de Kaukirino y se arrodilló para hablarle, al fin, al pequeño Caro.

Gastaba el niño un aire resuelto. Ya conocía la casa de sobra, pero algo menos al hombre que le estaba revolviendo los cabellos con los ojos húmedos.

—Tú no te acuerdas de mí porque he estado fuera mucho tiempo —comenzó Magilo vacilante.

—¿Dónde?

La pregunta, por inesperada, pilló al recién llegado con la guardia baja. Ni siquiera sabía que el pequeño ya se expresara con desparpajo.

—Pues... ¡en una gran guerra! —replicó, pasando por alto sus meses de cautiverio y otras peripecias.

—¿Contra quién?

—¡Contra los mejores! ¡Contra Roma y sus ejércitos!

—¿Y has ganado?

—¡Por supuesto!

—Entonces no eran los mejores.

—Ya, bueno, sí: los mejores después de los celtíberos, quería decir... —aclaró Magilo—. Por cierto..., ¿sabes ya montar a caballo?

—Sí.

—¿Y tirar con el arco?

—Claro.

—¿Y decapitar pollos y patos?

—También. Con cuchillo o espada. Todo eso me lo ha enseñado Kaukirino.

Estaba asintiendo Magilo con gran gozo ante todos los evidentes progresos del pequeño. El último matiz, sin embargo, lo encajó mal, con la sensación de haberse atragantado con una espina afilada. Porque él habría dado los dos brazos por compartir todas aquellas experiencias con su retoño.

—Escucha, Caro —le susurró al niño cuando recuperó el habla—. Aunque haya pasado mucho tiempo y no sepas quién soy, yo...

—Sé quién eres.

Enmudeció Magilo como un ahorcado colgando de un nudo demasiado flojo.

—¿Lo... lo sabes? —balbució al cabo.

—Sí, eres mi padre.

—Pe... pero ¿cómo es posible que te acuerdes?

—Es que no me acuerdo.

—¿Y quién te lo ha dicho entonces?!

—Mi madre. Muchas veces. Me lo recordaba todas las noches antes de dormirme.

Una lágrima traicionera resbaló por la mejilla hirsuta de Magilo y fue a buscar cobijo entre sus barbas. Resultó casi su susurro su siguiente pregunta.

—¿Te dijo también quién era Kaukirino?

—Sí, solo alguien que cuidaba de nosotros hasta que tú volvieras algún día con tu ejército. Y me dijo que no le cogiera cariño porque iba a morir en una batalla. Pero esto era un secreto.

Abrió Magilo dos ojos enormes, como dos huevos duros.

—¿Y ella cómo lo sabía?

—Porque se lo dijo el brujo. —Un trasiego de pasos en el zaguán interrumpió la enternecedora charla entre padre e hijo. Izaro había aparecido bajo el umbral de la puerta con los cabellos grises. A Magilo le cambió el color como si le hubieran dado a beber orines de cabra. Iba a

lanzar alguno de sus temibles exabruptos, pero se contuvo al ver la estampa de Elvia recortada al contraluz de la calle.

—No malinterpretes las cosas. Lo ha hecho tan solo por el qué dirán, pedazo de mula —lo amonestó su hermana—. Ha vuelto contigo. ¿No te das cuenta?!

Agitó la cabeza Magilo mientras miraba las losas del suelo con ojos sombríos.

—Eso no tiene mucho mérito —dijo.

—¿Por qué? —lo interrogó Elvia—. Yo jamás habría vuelto con Bricio.

—Desde hace mucho, ella ya sabía que Kaukirino no regresaría de Burado. No ha vuelto conmigo por amor, sino por intereses —se lamentó el celtíbero, como si él estuviera en disposición de dar lecciones sobre fidelidad y ternura.

—¿Amor?! ¿Quieres que hablemos de amor delante de nuestro hijo?! —explotó al fin Izaro.

Notaba Magilo los ojos calientes. Trataba de no perder los estribos delante de Caro.

—¡Siempre fui un gran guerrero! —barbotó mirando al pequeño de soslayo—. Y buen marido —añadió con menos ímpetu.

—Sobre lo primero no hay duda —afirmó la mujer autrigona—; lo otro también es casi cierto: jamás me dijiste un «te quiero», pero solo me pegabas cuando subías de la bodega borracho, lo cual no sucedía muchas veces. Tu afición por las mujeres ajenas no me pasó inadvertida, pero reconozco que en Sekaisa hay hombres más adúlteros.

Bajó la mirada Magilo hacia su hijo Caro para comprobar si la regañina estaba causando algún estrago en el pequeño. Lo cierto es que no supo a qué carta quedarse. El niño lo observaba con carita larga e inmutable. Sintió entonces el padre la necesidad de excusarse ante su vástago o, cuando menos, de justificar un proceder no tan atípico.

—Bueno, hijo, esto que has oído es muy propio de los hombres celtíberos —le dijo cabeceando con displicencia—. Pero no hay que darle mucha importancia. Se pasa con el tiempo. Yo ya empiezo a tener una edad, y a sentirme viejo. Lo más probable es que ya no me separe de las faldas de tu madre ni para ir al huerto. En realidad, esa es la vida con la que he soñado desde que me fui a la guerra, ¡y aun antes! —sostuvo Magilo con ademán grave, y esta vez no mentía.

Se sintió el caudillo celtíbero satisfecho de su soliloquio. Le pareció que había restañado heridas abiertas, y reparado platos rotos. Pero Caro todavía tenía algunas dudas sobre la nueva convivencia.

—¿Y quién es ella? —inquirió señalando a la desconocida.

—Tu tía Elvia. O sea, mi hermana.

—Ya. ¿Y va a quedarse a vivir con nosotros?

Compuso Magilo una mueca de incertidumbre.

—Solo si quiere tu madre. Ella es la que manda a partir de ahora... —bromeó. Seguía Caro con el rictus preocupado.

—Y a nosotros ¿nos permitirá marcharnos a montar a caballo juntos y a tirar con el arco?

—Bueno, con esas cosas... es de esperar que sea flexible —sonrió Magilo, pero se le esfumó la mueca al instante.

La batahola de la celebración por la victoria había cesado en la calle. La habían suplantado urgentes voces de alarma desde las torres de Sekaisa. Parecía claro que la ciudad se había descuidado debido a tanta alegría desbordante. De hecho, ambos puentes levadizos estaban tendidos, y las dos puertas principales, abiertas de par en par.

Cuando Magilo salió corriendo de su casa, se dio de bruces con Botilkos, que estaba esperándolo con el rostro crispado y un ojo llameante. Tan grande era su terror que había dejado a medias las exequias de su difunto hijo.

—¡Nos has mentido! —barbotó indignado entre el rechinar de los tornos que recogían a toda prisa los puentes levadizos—. ¡Has dicho que habías firmado la paz con el pretor Graco, pero el horizonte se ha llenado otra vez de legionarios! ¡Volvemos a estar en peligro!

Magilo lo agarró por el pecho, lo zarandeó; pero no se atrevió a golpearlo porque el de los Alisakum se había hecho acompañar de al menos veinte parientes.

—¡Avisa a la Sombra! ¡Que suba a la torre de inmediato! —lo apremió en vez de cerrarle el ojo bueno de un puñetazo—. ¡Él nos dirá qué hacer! ¡Él sabrá a qué se debe la visita! —añadió un Magilo consternado.

LXXVI

No eran legiones, ni siquiera una centuria, los peligros que acechaban a Sekaisa. Se trataba de un jinete solitario, cuyo cometido y rango en el ejército romano pronto suscitaron profusas elucubraciones.

—Yo creo que es un optio que trae algún mensaje. Malo para nosotros, evidentemente —sostuvo alguien.

—Para mí que es centurión, por lo menos —asentó otro.

—¿En qué te basas?

—En los brillos del uniforme.

—Igual son condecoraciones, y esas las lleva cualquiera.

El pánico de los espectadores se había tornado en mera inquietud. Sekaisa no iba a tomarla un manípulo compuesto por un solo hombre. Aun así, los comentarios y las suposiciones volaban por el adarve del oppidum como si fueran golondrinas espantadas por un águila.

—¿Centurión dices? Pues no se le aprecia la crista transversa...

—Claro, porque lleva penacho. Será un prefecto de campamento. Eso significa que Graco ha vuelto y ha plantado sus reales aquí cerca. Nos atacará en cualquier momento —terció un pesimista.

Era Magilo uno de los que contemplaban la aproximación del jinete itálico entre la aprensión y el desconcierto. Elvia estaba a su lado, forzando la vista como todo el mundo.

—¿Crees que pueda ser él? —le preguntó.

—No. —La celtíbera se mostró tajante.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque primero me prometió licenciarse, y después venir en mi busca. Máximo es un hombre de palabra.

—Tienes razón. —Rememoró Magilo la breve conversación en la campa—. A mí me dijo lo mismo. Que vendría a por ti convertido en un colono. Y ese que se acerca es un militar de alto rango.

—Tal vez sea uno de los tribunos... —apuntó Elvia.

Torció el gesto Magilo.

—Eso sería mala cosa. No sé para qué iba Graco a mandarnos a uno de esos tarados, como no fuera para reclamarnos algo.

Miró Elvia de frente a su hermano.

—Tú sabrás lo que verdaderamente firmaste con ese pretor, porque aquí aún estamos por enterarnos.

Compuso el caudillo celtíbero una mueca de condescendencia consigo mismo.

—Bueno... Hay algunas cosillas que es mejor decirlas cuando la gente esté más preparada para aceptarlas —arguyó en el instante en el que Botilkos se presentaba en la torre con el semblante lívido.

—¿Has estado con la Sombra? ¿Viene ya hacia aquí? —inquirió Magilo.

Al de los Alisakum tuvieron que darle un sorbo de agua para que hiciera saliva.

—La Sombra no va a venir. Me lo he encontrado justo cuando salía de su cueva. Se marcha de Sekaisa, me ha comentado —musitó a trompicones.

—¿Se marcha?! ¿Por la puerta de atrás?! ¿Adónde?!

—No lo sé. Solo me ha dicho que regresará dentro de veinticinco años.

—¿Veinticinco años?! ¡Estaremos todos muertos para entonces! ¡Ahora es cuando lo necesitamos, maldita sea! —aulló Magilo como un loco. Pero su grito de histeria no arrastró al pánico a la gente que miraba estupefacta la escena que discurría bajo la muralla.

En realidad, el atribulado caudillo ni siquiera se había dado cuenta de que Elvia había bajado de la torre saltando de dos en dos los escalones. Y había salido al exterior tras obligar a los guardianes a abatir el puente levadizo.

Inmersos en su particular zozobra, Botilkos y Magilo tampoco habían presenciado el insólito gesto protagonizado por el jinete itálico tras bajarse de su montura a los pies de la fortaleza.

Habían crujido antes los arcos en son de advertencia. Mil flechas apuntaron a la flamante pero desconocida figura de un legado que no parecía estar en sus cabales. Pero ni siquiera esos sonidos de muerte evitaron que Máximo Vento lanzara su espada lejos, se postrara de rodillas y besara el suelo sobre el que tanta sangre había hecho derramar él mismo.

Elvia había salido a su encuentro, corriendo como un pingüino mareado debido a su visible embarazo. Se había abrazado a él; le había sellado los labios con los suyos propios delante de miles de ojos curiosos. Tras el tórrido reencuentro, la celtíbera se mostró sorprendida del aspecto militar de su amado.

—Quedamos en que ibas a retirarte...

—Quedamos en que deseabas vivir en una ciudad donde celtíberos y romanos convivieran como amigos.

—Tú mismo me dijiste que no había ninguna...

—Existirá una muy pronto —se apresuró a aclararle Vento—. Graco va a fundar una nueva polis sobre los cimientos de un antiguo oppidum celtíbero. Quiere que yo me encargue del gobierno provisional de la urbe. Allí vivirán colonos romanos, veteranos retirados del ejército y todos los celtíberos que ahora mismo habitan Ilurcis. Dice que soy el más adecuado para mediar entre ambas partes. Nuestro hijo nacerá allí, a orillas del Hiberus, si nos damos prisa. Y será celtíbero o romano, o ambas cosas. O lo que él elija.

No había citado Vento el nombre latino de la nueva urbe, pero a Elvia le daba lo mismo.

—¿Cuándo nos vamos?

—Ya. Es decir, después de que tu hermano me invite a una jarra de caelia.

Volvieron a besarse con pasión ciega. Después Vento estrechó a la joven celtíbera entre aquellos brazos de gladiador romano y la hizo volar a su alrededor mientras las risas de ambos trepaban hasta el adarve y se confundían con los trinos de los vencejos.

Aprovechó Magilo tan entrañable escena para dirigirse nuevamente a los suyos desde la torre más alta de Sekaisa. Pretendía remachar así los clavos que pudieran haber quedado flojos en su discurso de la plaza.

—¿Veis cómo hemos hecho las paces con Roma?! ¿Os convencéis ya de que a partir de ahora no habrá disputas ni guerras con las legiones y seremos todos igual que hermanos?! ¿Qué mejor ejemplo queréis que una princesa celtíbera emparejada con un general romano?! —le espetó a una ciudad entera asomada a las almenas.

La ovación no se hizo esperar, y resultó atronadora. Hasta Botilkos aplaudió; pero Magilo, que otra vez se sentía fuerte, todavía quiso recordarle los plazos.

—Que no se te olvide lo que te he dicho en la plaza sobre tu futuro en esta ciudad y el de todos los Alisakum. Tienes menos de diez días —le dijo por lo bajo, aunque en tono amenazante.

—Acepto ese puesto en el Consejo. Y también someterme a tu mandato —murmuró Botilkos rápidamente, y se marchó corriendo para asistir a los últimos humos de la hoguera en la que se quemaba el ataúd de Kaukirino.

Había presenciado Izaro todo el espectáculo con el rictus pensativo y el pequeño Caro en brazos, ya que, de otra forma, el niño no habría podido ver nada.

—Va siendo hora de volver a casa. Creo que por hoy ya han sucedido suficientes cosas —rezongó la autrigona.

—Queda una más. La más importante —le contradijo Magilo—. Y para eso, mejor que nos dejes

solos.

Abandonó la torre Izaro refunfuñando. El caudillo de media Celtiberia tomó entonces a su hijo de los brazos de su madre y lo sentó sobre el pretil del muro, aun a riesgo de despeñarlo.

—Escúchame bien, Caro —le dijo—. Es cierto que vamos a tener paz, pero la tranquilidad no durará siempre. Todo puede romperse en cualquier momento. Quiero hacer de ti un gran guerrero, el mejor. Para que un día, cuando la tregua termine, seas capaz de batallar con el enemigo igual que hizo tu abuelo y ha hecho ahora tu padre.

—¿Qué enemigo?

—¡Los romanos, por supuesto!

Pareció el niño súbitamente ofuscado por el descubrimiento.

—¿Ese de ahí abajo no es romano?

—Sí, lo es. Pero va a ser tu tío; y, cosa rara, es buena persona. Los demás son diferentes. Tendrás que hacer con ellos lo mismo que haces con los pollos y los patos. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, al cuello, hasta que salga sangre.

—Eso mismo.

Colocó Magilo a Caro sobre sus hombros como si se ciñera la corona de un reino. Desplegó después la vista sobre la ciudad de Sekaisa. Había vuelto a su casa después de muchos percances. Pero volvía a ser el más grande. Lo había recuperado todo, incluso la admiración de sus súbditos y el miedo de sus rivales. Había alegría y jolgorio en las calles a pesar de que, en la plaza, algunos velaban las ascuas de Kaukirino en silencio. Su cuerpo era ya pura ceniza.

Se le humedecieron los ojos a Magilo irremediablemente; pero no por el recuerdo del muerto, sino porque sintió que todo —las desventuras, los accidentes y los padecimientos del pasado— ardía en la misma fogata. Imaginó una vida serena, sencilla y ordenada al lado de Izaro, alejado de los campos de batalla, ocupándose únicamente de la educación del pequeño Caro. Cuando terminó de soñar despierto, Elvia y Máximo Vento estaban a su lado en el camino de ronda.

—Parece que fue ayer —sonrió el romano.

—Pareció que no íbamos a entendernos nunca —respondió Magilo, y se abrazó a Vento igual que en la campa de Burado, pero con más fuerza.

Epílogo

Los históricos Pactos de Graco se firmaron después de la cruenta batalla del Mons Caunus. Y duraron justo veinticinco años; hasta que Roma volvió a sentirse fuerte y buscó una excusa de la que hacer casus belli y reanudar la guerra. Pero eso... es ya otra historia.

Algunas fuentes grecolatinas hablan de veintidós mil celtíberos muertos en el bosque de Burado, aunque la cifra suena exagerada. Sobre las bajas en el lado itálico no se menciona nada. Lo que sí parece probado es que, una vez atascados en una batalla interminable y sin precedentes, la única salida que ambos ejércitos encontraron para evitar la aniquilación mutua fue hacer las paces.

Los Pactos de Graco contentaron, en mayor o menor medida, a ambas partes. Celtíberos y romanos se rigieron por ellos durante dos décadas y media. El acuerdo trajo la paz a Hispania, y un relativo progreso; aunque hay que reconocer que, a la hora de negociar las condiciones, Roma fue más avispada. O tal vez terminó la famosa batalla en una posición de ligera preponderancia sobre sus antagonistas.

De algunos sucesos posteriores se desprende que los arévacos no aceptaron las mismas cláusulas que el resto de tribus celtíberas, y negociaron aparte. No es probable que retornaran a la batalla, pero, bien debido al miedo, bien a la prudencia del pretor Graco, obtuvieron de él unas condiciones menos lesivas y más favorables que sus paisanos.

Tal vez sin pretenderlo, Tiberio Sempronio Graco consiguió lo que ningún otro pretor había logrado antes: el cese de la guerra y de la muerte de miles de legionarios itálicos cada año. El Senado aplaudió su éxito y le otorgó un triunfo a su vuelta a Roma. Fue elegido cónsul por dos veces y llegó a censor, como siempre había ambicionado. Tras su periplo hispano, tuvo dos hijos que alcanzaron todavía más renombre que su propio padre.

En cuanto al resto de nuestros protagonistas, sus vidas muy bien podrían haber discurrido así, hasta el retorno de la Sombra.

Máximo Vento y Elvia se instalaron en Ilurcis. Sobre el antiguo oppidum celtíbero, Sempronio Graco fundó una importante ciudad que, como era de esperar, llevó su nombre: Gracurris. Allí nació el hijo de la pareja.

Vento lo habría llamado Mario, Julio o Marco Antonio, pero a Elvia le gustaba Leukon, y así es como se conoció a la criatura. Vivieron en la nueva urbe durante cinco o seis años, hasta que su esforzado gobernador tuvo que asumir el destino, o el fracaso. Y es que la deriva de todas las ciudades refundadas por Roma sobre muros hispanos solía ser la misma: por una razón u otra, los nativos acababan apartándose, a veces motu proprio, de sus vecinos itálicos, para acabar relegados a los barrios más marginales. Pocos celtíberos quedaban ya en Gracurris cuando Elvia le propuso a Vento marcharse.

Aceptó el antiguo legado la mudanza de buen grado, pues se había dado cuenta de que, debido a

la posición estratégica de la ciudad sobre el río Hiberus, Graco lo había convertido en el vigilante infalible de la Celtiberia. Y aquel trabajo de centinela no acababa de entusiasmarle.

Se fueron entonces a Contrebia Leucade, «la Ciudad Blanca», un oppidum más auténtico y menos romanizado a pesar de la cercanía. Le encantaron a Máximo Vento sus parajes descarnados plagados de riscos y barrancos y de truchas salvajes que nadaban en un río helado ceñido a la muralla de la fortaleza como un foso transparente e inexpugnable.

Se crio el pequeño Leukon a la usanza celtíbera para regocijo de su madre. A su padre tampoco le importó. De hecho, no se tomó como un retroceso que su hijo vistiera sagum desde pequeño y luciera los cabellos hasta media espalda. Porque, en el fondo de su corazón, Máximo Vento se había convertido en un idealista sin saberlo.

A diferencia de Magilo, él creía en una paz duradera, y quizá eterna, entre Roma y todos los pueblos hispanos. Y en la buena voluntad del Senado. Y en las leyes que iban a proporcionar la igualdad entre todos los habitantes de Hispania. De eso le hablaba a Leukon cuando se iban a pescar o a cazar juntos. Pero el niño se aburría de tanta cháchara, y prefería las largas cabalgadas que a menudo compartía con su primo Caro y su tío Magilo. Porque lo cierto era que aquellos dos antiguos enemigos acérrimos nunca dejaron de verse.

Ambos matrimonios coincidían con frecuencia, tanto en Sekaisa como en la Ciudad Blanca. Era entonces cuando los padres aprovechaban para emprender algún viaje a solas con sus hijos, gracias a que Elvia e Izaro hacían buenas migas y les daban rienda suelta. Un verano se fueron hasta Athanagia, a comprobar si Estobeles aún vivía y si Arranes había llegado a algo.

Resultó que el viejo monarca aún reinaba postrado en una silla, pero reconoció a Magilo de inmediato. Al ver a Vento estuvo a punto de recuperar la facultad de usar las piernas, del susto.

—Tranquilo. Ahora es mi cuñado. La vida da muchas vueltas —le explicó el celtíbero sonriendo.

—Ya, eso sí, pero lo que importa es que yo sigo siendo rey y tú caudillo, ¿no?

—¡Por supuesto!

—Y, además, este ya no va a meternos en una jaula, ¿verdad? —sostuvo Estobeles con un deje de desconfianza.

Estaban riendo todos cuando se presentó Arranes. Vestía el ibero como lo que era: un príncipe ilergete. Porque el anciano rey había nombrado sucesor a su nieto más joven tras desheredar a su hijo por cobarde. No le negó Arranes el saludo al romano, ni la sonrisa.

—Parece que fue ayer... —le dijo tras ofrecerle la mano.

—Parecía que jamás íbamos a entendernos —respondió el romano, afable—. Pero está visto que es en los momentos difíciles donde uno conoce a las personas más auténticas.

Se fundieron romano e ibero en un abrazo entrañable en el que también reclamaron al gran Magilo. Derramaron alguna lágrima los tres supervivientes de la batalla del Mons Caunus

mientras se estrechaban.

Caro de Sekaisa (o de Segeda, en lengua latina) y Leukon eran demasiado jóvenes como para interrumpir conversaciones de adultos. Pero miraron tales gestos con ojos intrigados. Después hicieron bastantes preguntas en el camino de vuelta a casa. Les vinieron bien aquellas andanzas a los pequeños. Por las experiencias vividas y por el profundo conocimiento que adquirieron de Hispania y de sus moradores. Pero, sobre todo, se beneficiaron del adiestramiento que les proporcionaron dos hombres de habilidades portentosas con las armas.

Les vino bien el aprendizaje porque ambos jóvenes —y esto ya no es ficción, sino historia— fueron los dos caudillos más importantes en la segunda guerra celtíbera, también conocida como «guerra de los belos». Pero, como ha quedado dicho, para eso todavía faltaban veinticinco años.

Glosario latino y otras voces prerromanas

Agger: *Terraplén.*

Bodivescos: Clan celtíbero. «Los de las grandes victorias».

Boudi: «Victoria», en celtíbero.

Buccina: *Instrumento de viento metal de la Antigua Roma formado por un tubo de metal que se curva en forma de G, muy similar al cornu. Empleado por el ejército romano para transmitir señales militares.*

Caetra: *Escudo circular de pequeño tamaño.*

Calcei: *Zapato-bota que se usaba en la antigua Roma. Era de suela plana, generalmente claveteada y cubría por completo el pie y el tobillo, hasta la parte inferior de la espinilla.*

Caligula: *Sandalia militar.*

Campigeni: *Soldados de élite que combaten en primera línea para dar ejemplo de sacrificio y coraje.*

Canabae: *Tiendas o barracas construidas con lienzos y maderas por techumbre, dependientes de campamentos cercanos. Daban cobijo a comerciantes, artesanos y mujeres que se trasladaban con las propias legiones.*

Cardo maximus: *Avenida perpendicular al decumanus maximus y que cruzaba la ciudad de norte a sur.*

Cernunnos: *Deificación de un macho cornudo. Sería el amo de los animales salvajes. Su rasgo más particular son los cuernos de ciervo.*

Cingulum: *Cinturón.*

Cizicus: *Cierzo.*

Coraza de malla: *Un tipo de armadura de cota de malla utilizada por la Legión Romana durante la República y todo el Imperio.*

Coraza musculada: *Armadura que reproducía la musculatura del pecho, reservada a los rangos superiores.*

Coraza de escamas: *Un tipo de armadura de escamas utilizada durante la República romana y en períodos posteriores.*

Cornicen: Suboficial músico del ejército romano que transmitía, con un gran instrumento de viento que funcionaba a modo de trompa, las órdenes impartidas por el signifer, mediante señales acústicas, a los legionarios romanos.

Cubiculum: Habitación.

Curia Hostilia: Uno de los edificios que albergó las reuniones del Senado durante la República romana.

Cursus honorum: Nombre que recibía la carrera política romana.

De iure: Locución latina que significa literalmente «de derecho».

Deditio in fidem: Rendición incondicional.

Delicatae: Prostitutas de lujo.

Dolabra: Herramienta muy versátil, utilizada como pico de excavación e incluso como arma.

Dux: Caudillo.

Evocatus: Soldado del ejército romano que había cumplido su tiempo de servicio pero continuaba alistado por orden del cónsul u otro comandante.

Garum: Salsa elaborada con aceite de oliva de la cuenca mediterránea, junto con vísceras fermentadas de pescados.

Gladius: Término latino para designar el arma utilizada por las legiones de la Antigua Roma y cuyo origen se remonta a la espada celtíbera de Hispania.

Hastati: Eran una clase de infantería en los ejércitos de la República romana que solo podían permitirse equipos modestos.

Hiberus: Río Ebro.

Honesta missio: Licenciamiento.

Hora prima: Primera hora después del amanecer, sobre las 6.00 horas de la mañana.

Ientaculum: Desayuno.

In albis: En blanco.

Intervallum: Vía perimetral interior, de unos once metros de anchura, separaba la muralla de las construcciones interiores.

Laguncula: Cantimplora.

Lug: Una de las divinidades más destacadas de la mitología celta. Era maestro de todas las

artes y habilidades.

Lustratio: Ceremonia de purificación que estaba conectada con sacrificios y otros ritos religiosos.

Magistri: Autoridades locales con funciones ejecutivas, presentando ciertas similitudes con las funciones de los ediles en Roma.

Mola salsa: Harina salada empleada en el mundo romano como un elemento ritual.

Netón: Dios panhispánico de la guerra.

Nobilitas: Nobleza.

Noctiluca: Diosa celtíbera de la luna y la luz nocturna.

Oppidum: Ciudad.

Optio: Ayudante del centurión.

Paratus ad bellum: «Preparados para la guerra».

Patres: Son los senadores por excelencia y forman parte de la nobleza primigenia de la ciudad, llamada nobleza de sangre.

Phalerae: Condecoraciones.

Pilum: Junto con la espada (gladius), el arma básica del soldado legionario romano. Diseñado para que, al clavarse en un escudo enemigo, se doblara e impidiera el manejo del arma por parte del soldado atacado.

Porta sinistra: Puerta principal situada a la izquierda del praetorium.

Praetorium: Tienda ocupada por el general en un campamento romano.

Princeps senatus: Primer Senador o Príncipe del Senado. Era el senador con mayor dignidad dentro del Senado romano.

Princeps: Soldados de cierta veteranía. En la disposición de damero de la legión republicana, se situaban detrás de los hastati y entraban en combate normalmente después de ellos.

Proletarii: Término aplicado en la antigua Roma a la clase social más baja, los pobres sin tierra. Eran demasiado pobres para pagar los impuestos sobre la propiedad y para realizar el servicio militar activo.

Sagum: Sago.

Scutum: Escudo del legionario romano. Voluminoso, en forma de teja.

Signa inferre: Orden de atacar.

Signa: Insignias romanas.

Signifer: En las unidades de infantería del ejército romano, un suboficial encargado de llevar el signum o enseña de cada centuria.

Silabur: Voz celtíbera que significaría dinero, plata.

Socii: Término utilizado para denominar a los aliados de Roma al principio de la República.

Solliferreum: Dardo de hierro.

Stola: Vestimenta característica de las mujeres en la antigua Roma.

Strophium: Prenda para cubrir los pechos debajo de la túnica.

Subucula: Prenda interior que usaban las mujeres romanas.

Sucellos: Dios celtíbero representado con un martillo de mango largo.

Toga trabea: Toga romana de gala que usaban los cónsules, los caballeros y algunos sacerdotes en actos oficiales.

Triarios: Legionarios veteranos. Eran mucho menores en número al resto de la infantería de línea. Se mantenían en última línea, como reserva para casos de crisis.

Vaélico: Dios celtíbero asociado con el Inframundo.

Vélites: Eran los soldados más jóvenes, considerados infantería ligera y escaramuzadores. Portaban un haz de jabalinas ligeras.

Listado de topónimos romanos y prerromanos

Alces: Ciudad atacada por el pretor Graco durante su campaña en Hispania. Sobre su ubicación existe cierta polémica. Pudo haber sido una fortaleza situada en el suroeste de la Celtiberia.

Anas: Guadiana.

Arcóbriga: Ciudad celtíbera en la margen derecha del río Jalón, dentro del término municipal de Monreal de Ariza (Zaragoza).

Arecoratas: Muro de Ágreda (Soria).

Athanagia (Atanagrum, en latín): Ciudad ibera que fue sitiada por Escipión en su guerra con los ilergetes.

Beturia: Amplio territorio situado entre el Guadiana y el Guadalquivir.

Bolskan (Osca, en latín): Huesca.

Burado: Bosque sagrado situado en los alrededores del Moncayo.

Bursau: Borja (Zaragoza).

Campo de Marte: Terreno situado al norte de las murallas Servianas, rodeado por el río Tíber. En época republicana servía como lugar de esparcimiento y de usos militares.

Carabis: Ciudad celtíbera ubicada en el término municipal de Magallón (Zaragoza).

Carthago Nova: Cartagena.

Castra Atiliana: Campamento romano permanente emplazado en el valle del Ebro, anterior en origen a Castra Aelia.

Cauca: Una de las ciudades vacceas más prósperas en el valle del Duero.

Cértima: Ciudad prerromana de ubicación todavía dudosa. Tal vez el lugar de residencia de Thurro, el líder que aglutinaba a los carpetanos.

Clunia: Originalmente, ciudad celtíbera perteneciente a los arévacos. Situada entre Coruña del Conde y Peñalba de Castro en la provincia de Burgos.

Complega: Ciudad celtíbera que podría haberse encontrado en el valle del Queiles o del Huecha.

Contrebia Belaisca: Ciudad celtíbera situada en el término municipal de Botorrita (Zaragoza).

Contrebia Leucade: Ciudad celtíbera situada en el término municipal de Aguilar del Río Alhama (La Rioja).

Corsica: Córcega.

Emporiae: Ampurias (Gerona).

Ercávica: Ciudad de origen celtíbero situada en el término municipal de Cañaveruelas (Cuenca).

Finisterrae: Finisterre.

Gracurris: Alfaro (La Rioja).

Helmántica: Salamanca.

Hibera: Ciudad ibera de la tribu de los ilerjavones. Situada en el tramo final del Ebro.

Iltirta (Ilerda, en latín): Lérida.

Ilurcis: Ciudad celtíbera en el término municipal de Alfaro (La Rioja)

Intercatia: Capital del pueblo de etnia céltica de los vacceos. Pasó a la Historia por su encarnizada resistencia a las legiones de Roma.

Kaiskata: Cascante, en lengua celtíbera (Navarra).

Lutia: Ciudad de los lusones de ubicación dudosa. Apiano dice que estaba a 60 estadios de Numancia, unos 60 km.

Mare internum: Forma en que los romanos llamaban al mar Mediterráneo.

Mons Caunus: Moncayo.

Munda: Ciudad celtíbera conquistada por Sempronio Graco mediante un asalto nocturno. Sobre su ubicación hay diversas teorías.

Nertóbriga: Ciudad celtíbera perteneciente al pueblo de los belos, entre las actuales Ricla, Calatorao y La Almunia de doña Godina.

Numantia: Numancia.

Occilis: Antigua ciudad celtíbera de la tribu de los belos que se corresponde con la actual Medinaceli.

Ostia Antica: Ubicada en la desembocadura del río Tíber. Fundada con propósitos

militares, se convirtió en el puerto comercial de Roma.

Pallantia: Ciudad de la región Vaccea citada de forma frecuente en las fuentes clásicas y de localización discutida.

Pintia: Ciudad vaccea localizada en el extremo oriental de la provincia de Valladolid, entre los términos de Padilla de Duero, Peñafiel y Pesquera de Duero, a ambos lados del río Duero.

Rauda: Roa de Duero (Burgos).

Salduie: Zaragoza (en lengua ibera).

Salo: Río Jalón.

Sardinia: Cerdeña.

Segeda: Oppidum prerromano cuyos habitantes lo llamaban Sekaisa. Situado en la Comarca de Calatayud (Zaragoza), era la ciudad más importante de los belos y emitió moneda en torno al siglo ii a. C.

Segontia: Sigüenza (Guadalajara)

Tarraco: Tarragona.

Tarraconensis (o Hispania Citerior Tarraconensis): Una de las mayores provincias romanas con capital en Tarraco, de la que toma su nombre.

Termes: Ciudad celtíbera enclavada en el municipio de Montejo de Tiermes (Soria).

Torre de Minerva: Atalaya de vigilancia construida en el punto más elevado de la antigua Tarraco. Decorada con una imagen de la diosa Minerva, protectora de la ciudad y de los viajeros que llegan.

Tulcis: Río Francolí.

Turiaso: Ciudad celtíbera perteneciente a la etnia de los lusones, correspondiente a la actual Tarazona (Zaragoza).

Uxama: Osma (Soria).

Vía Heraclea: Importante camino histórico que discurre por la península Ibérica y data del al menos el siglo vi a. C., antecesor de la Vía Augusta.

Visontium: Vinuesa (Soria).

FURIA CELTÍBERA

SINOPSIS



Año 180 a. C.

Tiberio Sempronio Graco acaba de ser nombrado pretor de la Hispania Citerior. El gobernante romano viaja hasta Tarraco al frente de su ejército con una idea obsesiva: la conquista a sangre y fuego de la Celtiberia. Además, cuenta con una valiosa baza para iniciar su campaña en Hispania: un ilustre prisionero, Magilo, líder indiscutible de la tribu de los belos.

El celtíbero es un importante caudillo al que el pretor pretende utilizar para rendir por la vía rápida las fortalezas enemigas más poderosas. Pero pronto se dará cuenta de que el chantaje no es

un método que funcione entre las tribus de la meseta.

La resistencia de las ciudades hispanas resultará tenaz, encarnizada, heroica, pero sin visos de que ese empuje vaya a resultar efectivo a corto plazo. Más bien al contrario. Porque, tras pacificar la Carpetania, Graco está en disposición de alcanzar el corazón de la Celtiberia. Y, sin embargo, algo va a hacer cambiar el rumbo de los acontecimientos.

Magilo ha logrado escapar y regresa a Sekaisa, su ciudad natal, con el convencimiento de que el trono, las riquezas, sus antiguos guerreros e incluso la esposa que dejó allí siguen esperando fervorosamente su vuelta.

Desgraciadamente, todo ha cambiado durante su ausencia. Pero ni el olvido ni las penurias impedirán que Magilo luche, primero, por recuperar su antiguo cetro y consiga, después, una gesta impensable: la unión de todos los pueblos celtíberos para pelear, por primera vez, juntos contra Roma. Para expulsar a los invasores de una tierra que todavía sueña con ser libre...

BIOGRAFÍA DEL AUTOR



Nacido en 1961, en Castejón (Navarra), reside en Tudela, ciudad en la que ha ejercido como profesor de inglés en Educación Secundaria durante más de tres décadas. Empezó a compaginar la escritura con su labor docente a partir de 2007, tras publicar su primera obra, *El profesor inocente*, una novela que mereció una mención especial en el III Premio Internacional de Novela «Territorio de la Mancha».

En 2009 ganó el I Certamen de Novela «Ciudad de Almería» con *La mala estrella*.

A partir de 2013, y siempre de la mano de Ediciones Pàmies, han visto la luz siete títulos más: la trilogía dedicada a la guerra librada en la península ibérica entre los generales romanos Quinto Sertorio y Pompeyo el Grande: *Contrebia Leucade*; *Hispania, el sueño de un rebelde* y *El último celtíbero*, y las novelas *Cruzados*, *La sombra del rey de Jerusalén* y *El indiano de Turruncín*.

Furia celtíbera es su último trabajo.



OTROS TÍTULOS
DE LA COLECCIÓN

«HISTÓRICA»

EN PÀMIES



CRUZADOS

AGUSTÍN TEJADA



Toledo, año 1096.

Cuatro hombres y una mujer emprenden viaje con destino a la Primera Cruzada. Cada cual carga con sus propias circunstancias. A fray Genaro, líder de la expedición, el obispo le ha encomendado traer reliquias de Tierra Santa. Lo que su ilustrísima no sospecha es que al maestro de novicios de San Servando piensa acompañarle Moraima, su amante, una muchacha mudéjar cuyo único objetivo es escapar de la miseria. Sobre Hervé, caballero misterioso y solitario, recae la tarea de proteger al grupo. Su habilidad con la espada resulta portentosa; sus pecados, sencillamente inconfesables. Hameth es el esclavo destinado a servirlos a todos ellos. Su suerte no importa a nadie, aunque su pasado sarraceno despierta cierta desconfianza.

Para Alonso de Liébana la participación en la cruzada del papa es un asunto de vida o muerte. Su padre y hermanos acaban de ser acusados del peor de los crímenes: vender caballos de guerra al enemigo infiel. Con toda seguridad serán ejecutados, a no ser que el joven Alonso retorne de Tierra Santa convertido en un héroe.

Desgraciadamente los planes se tuercen al cruzar Francia. Fray Genaro pierde a los dados la fortuna que el obispo le ha confiado para el sustento del grupo. Antes que volver a casa con las manos vacías, al monje benedictino se le ocurre una solución rápida: enrolarse en las huestes de Pedro el Ermitaño. El predicador y visionario de Amiens ha reunido ya cincuenta mil almas dispuestas a recuperar Jerusalén antes que los príncipes de Europa. Es la Cruzada de los Pobres. Un ejército desesperado y raído compuesto por miles de familias sin tierra, sin dinero ni armas. Y, aun así, para Alonso de Liébana cruzar Europa entera y luchar contra el enemigo turco al lado de aquellas gentes es la única manera de regresar a Hispania con la cabeza alta y librar a los suyos de la horca.

**Captura en el código
los primeros capítulos de
*Cruzados***



EL ÚLTIMO CELTÍBERO

EL ASEDIO DE CALAGURRIS

AGUSTÍN TEJADA



Celtiberia. Año 73 a. C.

Calagurris Nassica, enclave hispano fiel al general rebelde Quinto Sertorio, y asediada por tropas senatoriales, está sin apenas víveres y con los efectivos justos. En una situación límite. Una exigencia tal vez excesiva para Kalaitos, el joven legado hispano llamado a dirigir su defensa.

La ciudad, a orillas del río Sidacia, es un bastión de vital importancia para los intereses del militar rebelde. Sin embargo, no es la falta de alimentos y hombres el único problema al que se enfrenta Kalaitos. Pirreso, jefe de los guerreros celtíberos del *oppidum*, se niega a cederle el mando de las operaciones. Ultinos, cau-

dillo indiscutible de la ciudad, duda, y simplemente observa las violentas discrepancias entre los dos líderes.

Y mientras todos esperan una ayuda que no llega, un complot parece haberse puesto en marcha para forzar la rendición del baluarte. Aunque todavía carece de las pruebas que lo demuestren, Kalaitos sospecha de Sorban, el heredero de Ultinos, y de Kiara, la voluptuosa hechicera de la ciudad.

Un mensajero trae la noticia del asesinato de Quinto Sertorio cuando más enconada es la pelea. Se trata de Maldo, un mercenario astur, un ser misterioso con habilidades que pronto se demuestran excepcionales.

Muerto el hombre que justificaba la lucha contra Roma, la ciudad de Calagurris debe decidir ahora si se rinde o resiste. Hasta el final. Hasta las últimas consecuencias.

Captura en el código
los primeros capítulos de
El último celtíbero

